Simply Books

VICTORIA AVEYARD

GLASS SWORD

ARRÓDILLATE O SANGRA

Este libro llega a ti
gracias a

Simply Books

¡Descubre tu próxima aventura!

Créditos

MODERADORA

Aria

TRADUCTORAS

Aria
Axcia
Bluedelacour
CamilaPosada
Crys
DianyrisAngeliz
Fabiro13
Gerald
GigiDreamer
Kachii Andree
Kath
Lauu LR
Lvic15
Maria_clio88
Melusanti
Mona
Nelshia
Olivera

CORRECTORAS

Annabrch
Caronin84
Crys
Flopy
Maye
sttefanye

RECOPILACIÓN y REVISIÓN

Sttefanye

DISEÑO

Aria

Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Sinopsis

Si hay algo que Mare Barrow sabe, es que es diferente.

La sangre de Mare Barrow es roja —el color de la gente común— pero su habilidad de Plateada, el poder de controlar el rayo, se ha convertido en un arma que la corte real intenta controlar.

La corona la llama una imposibilidad, una farsa, pero cuando escapa del príncipe Maven —el amigo— que la traicionó, Mare descubre algo sorprendente; ella no es la única de su especie.

Perseguida por Maven, ahora un rey vengativo, Mare se propone encontrar y reclutar otros combatientes Rojos y Plateados para que se unan a la lucha contra sus opresores.

Pero Mare se encuentra en un camino mortal, en riesgo de convertirse en exactamente el tipo de monstruo que está intentado derrotar.

¿Se romperá bajo el peso de las vidas que son el coste de la rebelión? ¿O es que la traición y la deslealtad la han endurecido para siempre?

1

Me estremezco. El trapo que me da está limpio, pero todavía huele a sangre. No debería importarme. Todavía tengo sangre en toda mi ropa. La roja es mía, por supuesto. La plateada pertenece a muchos otros. Evangeline, Ptolemus, el Señor de las Ninfas, todos aquellos que trataron de matarme en la arena. Supongo que algo es de Cal también. Sangró mucho en la arena, herido y magullado por aquellos que nos iban a ejecutar. Ahora está sentado frente a mí, mirando sus pies, dejando que sus heridas comiencen el lento proceso de sanar naturalmente. Miro uno de los muchos cortes en sus brazos, probablemente de Evangeline, todavía fresco, y lo suficientemente profundo como para dejar una cicatriz. Parte se deleita con el pensamiento. Ésta irregular cuchillada no podrá ser borrada mágicamente por las frías manos de un curandero. Cal y yo ya no estamos en el mundo Plateado, con alguien que simplemente borre nuestras cicatrices bien merecidas. Hemos escapado. O al menos, yo lo he hecho. Las cadenas de Cal son un firme recordatorio de su cautiverio.

Farley le da un empujoncito a mi mano pero su toque es sorprendentemente gentil.

—Oculta tu rostro, chica rayo. Es tras lo que van.

Por una vez, hago lo que me dicen. Los otros siguen poniendo tela roja en sus bocas y narices. Cal es la última cara sin cubrir, pero no por mucho tiempo. No lucha contra Farley, cuando le ata la máscara en su lugar, haciendo que se vea como uno de nosotros.

Si tan sólo lo fuera.

Un zumbido eléctrico hace que mi sangre hierva, recordándome el pulsante y chirriante Tren Subterráneo que nos lleva inevitablemente hacia la ciudad que una vez fue un refugio. El tren acelera, chirriando en las viejas vías, como un rápido Plateado corriendo por un terreno abierto. Escucho el áspero metal, lo siento profundo en mis huesos donde un dolor frío se establece. Mi rabia, *mi fuerza* en la arena, parecen recuerdos muy lejanos, dejando atrás solo dolor y miedo. Apenas puedo imaginar lo que Cal debe estar pensando. Ha perdido todo, *todo* lo que una vez consideró querido. Un padre, un hermano, un reino. Cómo se está manteniendo tranquilo, incluso calmado excepto por el traqueteo del tren, no lo sé.

Nadie tiene que decirme la razón por nuestra prisa. Farley y sus soldados de la Guardia, tensos como un alambre, son suficiente explicación. *Todavía estamos corriendo*.

Maven vino por este camino antes, y lo volvería a hacer. Esta vez con la furia de sus soldados, su madre, y su nueva corona. Ayer era un príncipe, hoy es el rey. Pensé que era mi amigo, mi prometido, ahora lo conozco mejor.

Una vez confié en él. Ahora he aprendido a odiarlo, a temerle. Él ayudó a matar a su padre por una corona, y culpó a su hermano del crimen. Sabe que la radiación que rodeaba la ciudad en ruinas es mentira, un truco, y sabe a dónde se dirige el tren. El santuario que Farley construyó ya no es seguro, no para nosotros. *No para ti*.

Podríamos estar dirigiéndonos a toda velocidad hacia una trampa.

Un brazo me aprieta, sintiendo mi inquietud. *Shade*. Todavía no puedo creer que mi hermano está aquí, vivo y, lo más extraño de todo, como yo. Rojo y Plateado, y más fuerte que ambos.

—No voy a dejar que te lleven de nuevo —murmura tan bajo que apenas puedo escucharlo. Supongo que la lealtad hacia nadie, excepto la Guardia Escarlata, incluso hacia la familia, no está permitida—. Te lo prometo.

Su presencia es relajante, llevándome atrás en el tiempo. Antes de su reclutamiento, a un lluvioso día de primavera cuando todavía podíamos pretender ser niños. Nada existía excepto el barro, el pueblo, y nuestro estúpido hábito de ignorar el futuro. Ahora el futuro es todo en lo que pienso, preguntándome hacia qué oscuro camino nos están llevando mis acciones.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —Dirijo la pregunta a Farley, pero mis ojos encuentran a Kilorn. Él está al lado de su hombro, un guardia obediente con su mandíbula apretada y vendas sangrientas. Pensar que era el aprendiz de un pescador no hace mucho. Como Shade, parece estar fuera de lugar, un fantasma de un tiempo anterior a todo esto.

—Siempre hay algún lugar al que correr —replica Farley, más enfocada en Cal que en nada más.

Espera que él luche, que se resista, pero no hace ninguna de las dos cosas.

—Mantén tus manos en ella —dice Farley, volviéndose hacia Shade tras un largo momento. Mi hermano asiente, y su palma se siente pesada sobre mi hombro—. No puede perderse.

No soy un general o una estratega, pero su razonamiento es claro. Soy la pequeña chica rayo, electricidad viviente, un rayo en forma humana. La gente conoce mi nombre, mi rostro y mis habilidades. Soy valiosa, soy poderosa, y Maven hará cualquier cosa para evitar que contraataque. Cómo puede mi hermano protegerme del retorcido nuevo rey, aun cuando él es como yo, aun cuando es la cosa más rápida que jamás he visto, no lo sé. Pero tengo que creer, incluso si parece un milagro. Después de todo, he visto tantas cosas imposibles. Otra huida sería la menor de ellas.

El chasquido y desliz de los cañones hace eco por el tren mientras la Guardia se prepara. Kilorn se voltea para levantarse, balanceándose un poco, con su puño apretado en el rifle que cruza su pecho. Baja la mirada, su expresión es suave. Intenta sonreír, hacerme reír, pero sus brillantes ojos verdes están serios y temerosos.

En cambio, Cal está sentado en silencio, casi en paz. A pesar que es el que más tiene que temer, encadenado, rodeado de enemigos, cazado por su propio hermano, parece sereno. No estoy sorprendida. Es un soldado nacido y criado. La guerra es algo que entiende, y estamos ciertamente en guerra ahora.

—Espero no planees luchar —dice, hablando por primera vez en muchos minutos. Su mirada está en mí, pero sus palabras van dirigidas a Farley—. Espero que planees correr.

—Guarda tu aliento, Plateado. —Farley cuadra sus hombros—. Sé lo que tenemos que hacer.

No puedo evitar que las palabras salgan.

—Él también. —La mirada que me dirige quema, pero he lidiado con peores. Ni siquiera me estremezco—. Cal sabe cómo luchan, sabe lo que harán para detenernos. Úsalo.

¿Cómo se siente ser usado? Me espetó esas palabras en la cárcel debajo del Cuenco de Huesos y me hizo querer morir. Ahora, apenas escuece.

Simply Books

No dice nada, y eso es suficiente para Cal.

—Tendrán Snapdragons —dice sombríamente.

Kilorn se ríe en alto.

—¿Flores?

—Aviones —dice Cal, y sus ojos brillan con disgusto—. Alas naranjas, cuerpos plateados, un sólo piloto, fáciles de maniobrar, perfecto para un asalto urbano. Llevan cuatro misiles cada uno. Un escuadrón significa cuarenta y ocho misiles que tendrán que esquivar, además de la munición ligera. ¿Pueden manejar eso?

Se encuentra solo con silencio. *No, no podemos.*

—Y los Dragons son el menor de nuestros problemas. Simplemente volarán en círculo, defenderán el perímetro, nos mantendrán en el lugar hasta que las tropas lleguen.

Baja su mirada, pensando rápidamente. Está pensando en qué haría si estuviera en el otro bando. Si él fuera el rey en vez de Maven.

—Nos rodearán y presentarán sus términos. Podrán escapar si nos entregan a Mare y a mí.

Otro sacrificio. Aspiro lentamente. Esta mañana, ayer, antes de toda la locura, hubiera estado agradecida de entregarme sólo para salvar a Kilorn y a mi hermano. Pero ahora… ahora sé que soy especial. Ahora tengo a otros que proteger. Ahora no puedo perderme.

—No podemos estar de acuerdo con eso —digo. Una amarga verdad, la mirada de Kilorn pesa en mí, pero no levanto la mirada. No puedo soportar que me juzgue.

Cal no es tan hostil. Asiente, de acuerdo conmigo.

—El rey no espera que nos entreguemos —replica—. Los aviones nos traerán la ruina, y el resto limpiará a los supervivientes. Será un poco más que una masacre.

Farley es una criatura de orgullo, incluso ahora que está terriblemente preocupada.

—¿Qué sugieres? —pregunta, inclinándose hacia él. Sus palabras rezuman desdén—. ¿Rendición total?

Algo parecido al disgusto cruza el rostro de Cal.

—Maven todavía te matará. En una celda o en el campo de batalla, no dejará que ninguno de nosotros viva.

—Entonces mejor morir luchando. —La voz de Kilorn suena más fuerte de lo que debería, pero hay un temblor en sus dedos. Se ve como el resto de los rebeldes, dispuesto a hacer cualquier cosa por la causa, pero mi amigo tiene miedo. Todavía es un niño, no más de dieciocho, con demasiado por lo que vivir, y muy pocas razones para morir.

Cal se mofa de la forzada, pero descarada, declaración de Kilorn, pero no dice nada más. Sabe que una descripción más gráfica de nuestra inminente muerte no ayudará a nadie.

Farley no comparte su sentimiento y mueve su mano, desestimando a ambos abiertamente. Detrás de mí, mi hermano refleja su determinación.

Saben algo que nosotros no, algo que todavía no dirán. Maven nos ha enseñado el precio de confiar en la persona equivocada.

—No somos los que moriremos hoy. —Es todo lo que dice, antes de dirigirse hacia la parte delantera del tren. Sus botas suenan como si un martillo golpeara el suelo metálico, cada una golpeando con obstinación.

Percibo cómo el tren desacelera antes de sentirlo. La electricidad mengua, debilitándose, mientras nos deslizamos dentro de la estación subterránea. Qué nos encontraremos en el cielo, humo blanco o aviones con alas naranjas, no lo sé. Los demás no parecen preocuparse, saliendo del Tren Subterráneo con gran determinación. En su silencio, la Guardia armada y enmascarada se parece más a verdaderos soldados, pero lo sé perfectamente. No son rival para lo que está por venir.

—Prepárate —susurra Cal en mi oreja, haciéndome estremecer. Me recuerda a días ya pasados, de bailar a la luz de la luna—. Recuerda lo fuerte que eres.

Kilorn se dirige a mi lado, separándonos antes que pueda decirle a Cal que mi fuerza y mi habilidad es lo único de lo que estoy segura ahora. La electricidad en mis venas puede ser la única cosa en la que confío en este mundo.

Quiero creer en la Guardia Escarlata, y ciertamente en Shade y en Kilorn, pero no me lo permitiré, no después del lío en el que mi confianza, mi *ceguera* hacia Maven, nos ha metido. Y Cal está fuera de toda cuestión. Es un prisionero, un Plateado, el enemigo que nos traicionaría si pudiera, si tuviera algún otro lugar al que correr.

Pero aun así, de alguna manera, siento una atracción hacia él. Recuerdo el abrumado chico que me dio una moneda de plata cuando no era nadie. Con ese gesto cambió mi futuro, y destruyó el suyo.

Y compartimos una incómoda lianza, forjada por sangre y traición. Estamos conectados, estamos unidos, contra Maven, contra todos los que nos engañaron, contra el mundo que está a punto de romperse.

El silencio nos espera. Una niebla gris y húmeda flota por encima de las ruinas de Naercey, acercando el cielo tanto que quizás lo toque. Está frío, con la frialdad del otoño, la estación del cambio y la muerte. Nada acecha en el cielo todavía, no hay aviones que traigan la destrucción a una ciudad ya destruida. Farley marca un ritmo rápido, guiándonos desde las vías hasta la amplia y abandonada avenida. Los restos se abren como un camión, más grises y rotos de lo que recordaba.

Marchamos al este por la calle, hacia el muelle cubierto. Las altas, y medias colapsadas estructuras, se elevan por encima de nosotros, sus ventanas son como ojos viéndonos pasar. Los Plateados podrían estar esperando en los huecos rotos y los arcos ensombrecidos, preparados para matar a la Guardia Escarlata. Maven podría obligarme a mirar mientras derriba a los rebeldes uno por uno. No me daría el lujo de una muerte limpia y rápida.

O peor, pienso. *No me dejaría morir*.

El pensamiento enfría mi sangre como el toque escalofriante de un Plateado. Por mucho que Maven me hubiera mentido, todavía conozco una pequeña parte de su corazón. Recuerdo cómo me agarró a través de la barras de la celda, sosteniéndome con dedos temblorosos. Y recuerdo el nombre que carga, el nombre que me recuerda que todavía hay un corazón latiendo dentro de él. *Su nombre era Thomas y lo vi morir*. No pudo salvar al chico. Pero puede salvarme, en su retorcida manera.

No. Nunca le daré la satisfacción de tal cosa. Antes moriría.

Pero por mucho que lo intente, no puedo olvidar la sombra que pienso que es, el príncipe perdido y olvidado. Desearía que esa persona fuera real. Desearía que existiera en algún otro sitio que no fuera en mis recuerdos.

Las ruinas de Naercey producen un extraño eco, más silencioso de lo que deberían ser. De repente, me doy cuenta por qué. *Los refugiados se han ido*. La mujer que barría montañas de cenizas, los niños escondiéndose en las alcantarillas, las sombras de mis hermanos y hermanas Rojos, todos se han ido. No queda nadie excepto nosotros.

—Piensa lo que quieras de Farley, pero que sepas que no es estúpida —dice Shade, respondiendo a mi pregunta, antes que tenga la oportunidad de preguntar—. Anoche dio la orden de evacuar, después que escapó de Archeon. Pensó que tú o Maven podrían hablar bajo tortura.

Se equivocó. No hubo necesidad de torturar a Maven. Él dio su información y su mente libremente. Abrió su mente a su madre, permitiéndole que metiera su garra en todo lo que vio allí. El Tren Subterráneo, la ciudad secreta, *la lista*. Ahora todo es suyo, justo como él siempre lo fue.

La línea de soldados de la Guardia Escarlata se extiende por detrás de nosotros, una muchedumbre desorganizada de hombres y mujeres armados. Kilorn marcha directamente detrás de mí, sus ojos penetrantes, mientras Farley dirige. Dos corpulentas soldados se mantienen detrás de Cal, agarrándolo fuertemente por los

brazos. Con sus bufandas rojas, parecen la esencia de una pesadilla. Pero ahora hay tan pocos de nosotros, quizás treinta, todos caminando heridos. Tan pocos sobrevivieron.

—No hay suficientes de nosotros para mantener la rebelión, incluso si escapamos de nuevo —susurro a mi hermano. La niebla baja, camufla mi voz, pero aún me escucha.

La esquina de su boca se tuerce, queriendo sonreír.

—Eso no es de tu incumbencia.

Antes de poder presionarlo, el soldado enfrente de nosotros se detiene. No es el único. Al principio de la línea, Farley eleva su puño, mirando al cielo gris. El resto hacen lo mismo que ella, buscando algo que no vemos. Sólo Cal mantiene sus ojos en el suelo. Ya sabe cómo se ve nuestra perdición.

Un grito distante e inhumano nos alcanza a través de la niebla. El sonido es mecánico y constante, dando vueltas sobre nuestras cabezas. Y no está solo. Doce sombras en forma de flecha vuelan por el cielo, sus alas naranjas cortan entre las nubes. Nunca he visto un avión propiamente, no tan cerca o sin el amparo de la noche, así que no puedo evitar que mi boca se abra cuando aparecen en escena. Farley gruñe órdenes a la Guardia, pero no la escucho. Estoy demasiado ocupada mirando el cielo, viendo el arco alado de la muerte por encima de nosotros. Como el ciclo de Cal, las máquinas voladoras son hermosas, vidrio y metal imposiblemente curvados. Supongo que el magnetrón tendrá algo que ver con su construcción, ¿de qué otra manera puede *volar* el metal?

Motores teñidos de azul brillan bajo sus alas, una señal delatora de la electricidad. Casi puedo sentir su punzada, como la respiración contra mi piel, pero están demasiado lejos como para afectarme. Sólo puedo mirar… con horror.

Chirrían y dan vueltas alrededor de la isla de Naercey, sin romper su círculo. Casi puedo pretender que son inofensivos, nada excepto pájaros curiosos que han venido a ver los remanentes borrados de la rebelión. Después, una flecha de metal gris vuela por encima, dejando humo a su paso, moviéndose casi demasiado rápido como para verla. Colisiona con un edificio calle abajo, desapareciendo a través de una ventana rota. Una explosión roja y naranja aparece un segundo más tarde, destruyendo toda la planta del ya destruido edificio. Se cae sobre él mismo, colapsando en soportes de miles de años que se rompen como palillos. La estructura entera colapsa, cayendo tan lentamente que la visión no puede ser real. Cuando cocha contra la calle, bloquea el camino frente a nosotros, y siento un temblor profundo en mi pecho. Una nube de humo y polvo se eleva delante de nosotros, pero no me acobardo. Hace falta más que eso para asustarme ahora.

A través de la neblina gris y marrón, Cal está parado a mi lado, incluso mientras sus captores se agachan. Nuestros ojos se encuentran durante un momento, y sus hombros caen. Es el único signo de derrota que me dejará ver.

Farley agarra al Guardia más cercano elevándola en sus pies

—¡Dispérsense! —grita, señalando las calles en ambos lados—. ¡Al norte, hacia los túneles! —Indica a sus lugartenientes mientras habla, diciéndoles a dónde ir—.

¡Shade, al lado del parque! —Mi hermano asiente, sabiendo lo que quiere decir. Otro misil choca contra un edificio cercano, ahogándola. Pero es fácil saber lo que está gritando.

Corran.

Parte quiere mantener nuestra posición, detenernos, luchar. Mi rayo violeta y blanco ciertamente me hará ser un objetivo y podría llevar a los aviones lejos de la Guardia que huye. Quizás pueda llevarme uno o dos aviones conmigo. Pero no puede ser. Tengo más valor que el resto, más que las máscaras rojas y los vendajes. Shade y yo debemos sobrevivir, sino por la causa, entonces por los demás. Por la lista de cientos como nosotros… híbridos, anomalías, fenómenos, imposibilidades Rojas-y-Plateadas, que seguro morirán si fallamos.

Shade lo sabe tan bien como yo. Enlaza su brazo con el mío, y su agarre es tan fuerte que casi magulla. Es casi demasiado fácil correr con él, dejar que me guíe a través de la amplia avenida en el enredo gris y verde de los árboles demasiado crecidos en medio de la calle. Cuanto más profundamente avanzamos, más gruesos se vuelven, anudándose conjuntamente como dedos deformados. Cientos de años de descuido han convertido esta pequeña parcela en una selva mortal. Nos mantiene a cubierto del cielo, hasta que sólo podemos oír los aviones dando vueltas más y más cerca. Kilorn nunca está demasiado lejos. Por un momento, puedo pretender que estamos de vuelta en casa, vagando por los Pilares, buscando diversión y problemas.

Problemas es todo lo que parecemos encontrar.

Cuando finalmente Shade derrapa hasta detenerse, sus talones levantando tierra detrás de nosotros, tengo la oportunidad de mirar alrededor. Kilorn se detiene a nuestro lado, con su rifle dirigido inútilmente hacia el cielo, pero nadie más nos sigue. Ni siquiera puedo ver la calle, o los trapos rojos flotando en las ruinas.

Mi hermano mira a través de las copas de los árboles, observando y esperando a que los aviones vuelen fuera de nuestro alcance.

—¿A dónde vamos? —le pregunto, sin aliento.

Kilorn responde en su lugar.

—Al río —dice—. Y después al océano. ¿Puedes llevarnos? —Contempla las manos de Shade, como si pudiera ver su habilidad en su piel. Pero la fuerza de Shade está tan enterrada como la mía, invisible hasta que elige revelarla.

Mi hermano niega.

—Nadie puede saltar, está demasiado lejos. Prefiero correr y ahorrar mi fuerza. —Sus ojos se oscurecen—. Hasta que realmente la necesitemos.

Asiento, coincidiendo. Sé de primera mano lo que es quedarse sin habilidades, cansado hasta los huesos, apenas pudiéndote mover, y menos luchar.

—¿A dónde llevan a Cal?

Mi pregunta hace que Kilorn haga una mueca.

—Como si malditamente me importara.

—Debería —le espeto, incluso si mi voz tiembla con vacilación. *No, no debería. Tampoco deberías tú. Si el príncipe se ha ido, debes dejarlo ir*—. Puede ayudarnos a salir de ésta. Puede luchar *con* nosotros.

—Se escapará o nos matará en cuanto le demos la oportunidad —espeta, quitándose la bufanda para enseñar su enfadado ceño fruncido.

En mi cabeza, veo el fuego de Cal. Quema todo a su paso, desde metal hasta carne.

—Nos podría haber matado ya —digo. No es una exageración, y Kilorn lo sabe.

—De alguna manera, pensé que dejarían sus discusiones atrás —dice Shade, poniéndose entre nosotros—. Qué tonto por mi parte.

Kilorn se esfuerza en disculparse a través de sus dientes apretados, pero yo no lo hago. Estoy enfocada en los aviones, dejando que sus corazones eléctricos latan contra el mío. Se debilitan con cada segundo, yéndose más y más lejos.

—Se están alejando. Si nos vamos a ir, tenemos que hacerlo ahora.

Tanto mi hermano como Kilorn me miran con extrañeza, pero ninguno discute.

—Por aquí —dice Shade, señalando entre los árboles. Un camino pequeño y casi invisible se abre entre ellos, donde la tierra ha sido barrida para descubrir piedra y asfalto debajo. Otra vez, Shade enlaza su brazo con el mío, y Kilorn marcha adelante, marcando un paso rápido para que lo sigamos.

Las ramas rozan contra nosotros, inclinándose en el estrecho camino hasta que es imposible para nosotros correr uno al lado del otro. En vez de dejarme ir, Shade me aprieta más fuerte. Y entonces me doy cuenta que no me está apretando. Es el aire, *el mundo*. Todo y nada se aprieta en un asfixiante y oscuro segundo. Y después, en un parpadeo, estamos al otro lado de los árboles, mirando hacia atrás para ver a Kilorn emerger de la arboleda gris.

—Pero estaba adelante —murmuro en voz alta, mirando hacia atrás y hacia adelante entre Shade y el camino. Cruzamos al medio de la calle, con el cielo y el humo vagando por encima de nosotros—. Tú…

Shade sonríe. Sus acciones parecen fuera de lugar contra los lejanos chillidos de los aviones.

—Digamos que yo… he saltado. Mientras te sostengas, puedes venir conmigo —dice, antes de apresurarse hacia la próxima calle.

Mi corazón se acelera con el conocimiento que me acabo de *tele transportar*, hasta el punto en que es casi posible olvidar nuestra difícil situación.

Los aviones rápidamente me la recuerdan. Otro misil explota en el norte, derrumbando un edificio con el estruendo de un terremoto. El polvo avanza por la calle como una ola, pintándonos con otra capa de gris. El humo y el fuego son tan familiares ahora, que apenas los huelo, incluso cuando las cenizas comienzan a caer como nieve. Dejamos nuestras pisadas sobre ella. Quizás sean las últimas marcas que deje.

Shade sabe adónde vamos y cómo correr. Kilorn no tiene problemas en mantener el ritmo, incluso con el rifle pesándole. Por ahora, hemos vuelto a la calle. Al este, una espiral de luz solar se cuela entre la suciedad y el polvo, trayendo consigo una bocanada salada de aire marino. Al oeste, el primer edificio colapsado yace como un gigante caído, bloqueando cualquier retirada hacia al tren. Vidrios rotos, los esqueletos de hierro de los edificios, y extrañas placas de deslucidas pantallas blancas se elevan a nuestro alrededor, un palacio en ruinas.

¿Qué fue esto? Me pregunto débilmente. *Julian lo sabría*. Sólo pensar su nombre me duele, y aparto esa sensación.

Unos pocos trapos rojos sisean por el aire con cenizas, y busco una silueta familiar. Pero Cal no está por ningún lado, y eso me tiene terriblemente temerosa.

—No me voy sin él.

Shade no se molesta en preguntar de quién hablo. Ya lo sabe.

—El príncipe viene con nosotros. Te doy mi palabra.

Mi respuesta me rompe por dentro.

—No creo en tu palabra.

Shade es un soldado. Su vida no ha sido nada fácil y el dolor no le es extraño. Aun así, mi declaración le duele profundamente. Lo veo en su rostro.

Me disculparé luego, me digo.

Si es que luego llega alguna vez.

Otro misil surca el cielo por encima de nosotros, estrellándose a pocas calles. El lejano trueno de una explosión no enmascara el ruido más fuerte y terrorífico que se eleva alrededor.

El ritmo de miles de pies marchando.

Simply Books

2

El aire se espesa con un manto de cenizas, dándonos unos segundos para bajar la mirada a nuestro destino que se aproxima. Las siluetas de los soldados se mueven por las calles del norte. Aún no puedo ver sus armas, pero un ejército Plateado no necesita armas para matar.

Otros guardias huyen de nosotros, corriendo por la avenida con abandono. Por ahora, parece que podrían escapar, pero ¿hacia dónde? Sólo hay río y mar más allá. No hay ningún lugar para ir, no hay dónde esconderse. El ejército marcha lentamente, a un extraño ritmo arrastrando los pies. Entrecierro los ojos a través del polvo, tratando de verlos. Y entonces me doy cuenta de lo que es esto, lo que ha hecho Maven. La sorpresa surge, me *atraviesa*, forzando a Shade y a Kilorn a saltar de nuevo.

—¡Mare! —grita Shade, medio sorprendido, medio enojado. Kilorn no dice nada, viéndome tambalear en el lugar.

Mi mano se cierra sobre su brazo y él no se inmuta. Mis chispas ya se han ido, él sabe que no le haré daño.

—Mira —digo señalando.

Sabíamos que los soldados vendrían. Cal nos lo dijo, *nos advirtió* que Maven enviaría una legión después de los aviones. Pero ni siquiera Cal podría haber predicho esto. Sólo un corazón tan retorcido como el de Maven podría imaginar esta pesadilla.

Las figuras de la primer línea no están usando el borroso gris de los soldados Plateados que entrenaron duro con Cal. Incluso no son soldados en absoluto. Son criados en capas rojas, chales rojos, túnicas rojas, pantalones rojos, zapatos rojos. Tanto rojo que podrían estar sangrando. Y alrededor de sus pies, chocando contra el suelo, hay cadenas de hierro. El sonido raspa, ahogando los aviones y los misiles e incluso las crudas órdenes de los oficiales Plateados escondidos detrás de su pared Roja. Las cadenas son lo único que escucho.

Kilorn se eriza, gruñe. Da un paso hacia delante, levantando su rifle para disparar, pero el arma se estremece en sus manos. El ejército todavía sigue a través de la avenida, demasiado lejos para un experto tirador incluso *sin* escudo humano. Ahora es peor que imposible.

—Tenemos que seguir avanzando —murmura Shade. Una llamarada de ira en sus ojos, pero él sabe lo que debe hacerse, lo que debe ser *ignorado* para mantenerse con vida—. Kilorn, ven con nosotros ahora, o te dejaremos.

Las palabras de mi hermano pican, despertándome de mi horrorizado aturdimiento. Cuando Kilorn no se mueve, tomo su brazo, susurrando en su oreja, con las esperanza de ahogar el sonido de las cadenas.

—Kilorn. —Es la voz que utilizó mamá cuando mis hermanos fueron a la guerra, cuando papá tuvo un ataque de asma, cuando todo se vino abajo—. Kilorn, no hay nada que podamos hacer por ellos.

Las palabras silban a través de sus dientes.

—Eso no es cierto. —Me mira por encima de su hombro—. Tienes que hacer *algo*. Puedes salvarlos…

Para mi eterna vergüenza, niego.

—No, no puedo.

Nos mantenemos corriendo. Y Kilorn nos sigue.

Más misiles explotan, más rápido y más cerca con cada segundo que pasa. Apenas puedo oír sobre el zumbido en mis oídos. Acero y vidrio se mecen como cañas en el viento, doblándose y rompiéndose hasta que una mordaz lluvia plateada cae en nosotros. Al poco tiempo, es demasiado peligroso para correr, y el agarre de Shade me aprieta. Agarra a Kilorn también, saltando mientras el mundo se derrumba. Mi estómago se retuerce cada vez que se cierne la oscuridad, y cada vez, la caída de la ciudad se hace más cercana. La ceniza y el polvo de hormigón ahogan nuestra visión, lo que dificulta respirar. Vidrio se rompe en una tormenta brillante, dejando cortes superficiales en toda mi cara y mis manos, triturando mi ropa. Kilorn se ve peor que yo, sus vendas rojas con sangre fresca, pero se mantiene en movimiento, cuidando de no superarnos. El agarre de mi hermano nunca se debilita, pero comienza a cansarse, palideciendo con cada nuevo salto. No estoy indefensa, usando mis chispas para desviar la metralla de metal dentada de la cual, incluso Shade no puede hacernos saltar para evitarlas. Pero no somos suficientes, ni siquiera para salvarnos a nosotros mismos.

—¿Falta mucho? —Mi voz suena pequeña, ahogada por la marea de la guerra. Contra la bruma, no puedo ver más allá de unos pocos metros. Pero todavía puedo *sentir*. Y lo que siento son alas, motores, *electricidad* chirriando encima de la cabeza, volando cada vez más cerca. Igual podríamos estar a la espera de halcones arrebatándonos del suelo.

Shade nos detiene brevemente, sus ojos de color miel mirando de ida y vuelta. Por un aterrador segundo, me temo que podría haberse perdido.

—Espera —dice, sabiendo algo que nosotros no.

Se queda mirando al esqueleto que una vez fue una gran escultura. Es enorme, más alta que la torre de la Sala del Sol, más ancha que la plaza de César de Archeon. Un temblor recorre mi espalda cuando me doy cuenta que se está *moviendo*. De ida y vuelta, de lado a lado, balanceándose en los soportes torcidos ya desgastados por siglos de abandono. Mientras lo vemos, se empieza a inclinar, cayendo lentamente al principio, como un anciano acomodándose en su silla. Y luego, cada vez más rápido, cayendo encima y alrededor de nosotros.

—Aférrate a mí —grita Shade por encima del ruido, ajustando el agarre de los dos. Envuelve su brazo alrededor de mis hombros, aplastándome contra él, casi demasiado apretado para soportar. Espero la sensación desagradable de saltar, pero nunca llega. En lugar de ello, soy recibida por un sonido más familiar.

Tiroteo.

Ahora bien, la habilidad de Shade no es salvar mi vida, sino su carne. Una bala destinada para mí atrapa la carne de su brazo, mientras que otra bombardea su pierna. Gruñe con angustia, a punto de caer en la agrietada tierra debajo de nosotros. Siento el disparo a través de él, pero no tengo tiempo para el dolor. Más balas silban a través del aire, demasiado rápido y numerosas para luchar. Sólo podemos correr, huyendo de ambos, tanto del colapso de la construcción como del ejército que se aproxima. Una anula a la otra, con el trenzado acero cayendo entre la legión y nosotros. Al menos, eso es lo que debería ocurrir. La gravedad y el fuego hacen la estructura caer, pero la fuerza de los magnetrones impide que nos proteja. Cuando miro hacia atrás, puedo verlos, con el cabello de plata y las armaduras negras, una docena o así arrasando cada viga caída y soporte de acero. No estoy lo suficientemente cerca para ver sus rostros, pero conozco la Casa Samos lo suficientemente bien. Evangeline y Ptolemus dirigen su familia, limpiando las calles para que la legión pueda seguir adelante. Para que puedan terminar lo que empezaron y matarnos a todos.

Si Cal sólo hubiera destruido a Ptolemus en la arena; si sólo yo le hubiera mostrado a Evangeline el mismo nivel de bondad que ella me mostró. Entonces podríamos tener una oportunidad. Pero nuestra misericordia tiene un costo y eso podría ser nuestra vida.

Me aferro a mi hermano, sosteniéndolo lo mejor que puedo. Kilorn hace la mayor parte del trabajo pesado. Toma la mayor parte del peso de Shade, medio arrastrándolo hacia un cráter de un impacto todavía humeante. Nos sumergimos, encontrando un refugio contra la tormenta de balas. Pero no tanto. No por mucho tiempo.

Kilorn respira rápido y las gotas de sudor perlan su frente. Se arranca una de sus propias mangas, usándola para vendar la pierna de Shade. Se mancha de sangre rápidamente.

—¿Puedes saltar?

Mi hermano frunce el ceño, no sintiendo su dolor sino su fuerza. Entiendo eso lo suficientemente bien. Poco a poco niega, sus ojos volviéndose oscuros.

—Aún no.

Kilorn maldice en voz baja.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Me toma un segundo darme cuenta que me lo está preguntando a mí y no a mi hermano. No al soldado que conoce la batalla mejor que nosotros. Pero él tampoco me lo está preguntando a mí. No a la Mare Barrow de Los Pilares, su ladrona, su amiga. Kilorn está buscando a otra persona ahora, para que me convierta en el salón de un palacio y en la grava de la arena.

Está preguntándole a la chica rayo.

—Mare, ¿qué hacemos?

—¡Dejarme, eso es lo que hacen! —gruñe Shade entre dientes, antes que pueda responder—. Corran hacia el río, encuentren a Farley. Voy a saltar con ustedes tan pronto como pueda.

—No mientas, mentiroso —digo, tratando lo mejor posible de no temblar. Mi hermano recién ha vuelto a mí, un fantasma volviendo de entre los muertos. No voy a dejar que se escabulla de nuevo, por nada—. Saldremos juntos de aquí. *Todos*.

La marcha de la legión retumba en el suelo. Una mirada al borde del cráter me dice que están a menos de cien metros de distancia, avanzando rápido. Puedo ver a los Plateados entre los huecos en la línea Roja. Los soldados de infantería llevan los uniformes grises borrosos del ejército, pero algunos tienen armadura, las chapas de acero con colores familiares. Guerreros de las Casa Altas. Veo trozos de azul, amarillo, negro, marrón y mucho más. Ninfas y técnicos y sedas y Brazofuertes, los luchadores más poderosos que los Plateados nos pueden lanzar. Ellos piensan que Cal es el asesino del rey, un terrorista, y van acabar con toda la ciudad hasta destruirnos.

Simply Books

Cal.

Sólo la sangre de mi hermano y la respiración irregular de Kilorn me mantiene de salir del cráter. Tengo que encontrarlo, *debo* hacerlo. Si no es por mí, entonces por la causa, para proteger la retirada. Él es digno de un centenar de buenos soldados. Es un escudo de oro. Pero probablemente se ha ido, escapado, después de haber fundido sus cadenas y huyó cuando la ciudad comenzó a desmoronarse.

No, él no correría. Nunca huiría de ese ejército, de Maven, o de mí.

Espero no estar equivocada.

Espero que no esté muerto ya.

—Levántalo, Kilorn. —En el Salón del Sol, al final la señora Blonos me enseñó a hablar como una princesa. Es una voz fría e inflexible, sin dejar espacio para contestar.

Kilorn obedece, pero Shade todavía lo tiene a él para protestar.

—Sólo te voy a reducir la velocidad.

—Puedes pedir disculpas más tarde —le contesto, ayudándolo a pararse. Pero apenas les estoy prestando atención, mi concentración está en otro lugar—. Muévanse.

—Mare, si piensas que te dejaremos…

Cuando me giro hacia Kilorn, tengo chispas en las manos y determinación en mi corazón. Sus palabras mueren en sus labios. Mira más allá de mí, hacia el ejército que avanza con cada segundo que pasa. Telkies y magnetrones raspan los residuos fuera de la calle, abriendo el arrasado camino con raspaduras resonantes de metal sobre piedra.

—*Corre*.

Una vez más, obedece y Shade no puede hacer nada más que cojear, dejándome atrás. A medida que trepan fuera del cráter, yendo al oeste, tomo medidos pasos hacia el este. El ejército se detendrá por mí. Deben hacerlo.

Después de un aterrador segundo, los Rojos reducen la velocidad, sus cadenas tintinean cuando se detienen. Detrás de ellos, los Plateados equilibran rifles negros en sus hombros, como si no fueran nada en absoluto. Los transportes de guerra, grandes máquinas con ruedas recauchutadas, rechinan hasta detenerse en algún lugar detrás del ejército. Puedo sentir su repiqueteo de energía a través de mis venas.

El ejército está lo suficientemente cerca ahora para escuchar a los agentes gritar las órdenes.

—¡La chica rayo!

—¡Mantener la línea, mantenerse firmes!

—¡Apunten!

—¡Alto el fuego!

Lo peor viene al final, zumbando en contra de la calle repentinamente tranquila. La voz de Ptolemus es familiar, lleno de odio y rabia.

—¡Abran paso al rey! —grita.

Me tambaleo. Me esperaba a los ejércitos de Maven, pero no a Maven. Él no es un soldado como su hermano, y no tiene por qué hacer frente a un ejército. Pero aquí está, acechando a través de las separadas tropas, con Ptolemus y Evangeline sobre sus talones. Cuando sale de atrás de la línea Roja, mis rodillas casi ceden. Su armadura es de color negro brillante, su capa carmesí. De alguna manera parece más alto de lo que parecía esta mañana. Todavía lleva la corona de llamas de su padre, a pesar que no tiene lugar en un campo de batalla. Supongo que quiere mostrarle al mundo que ha ganado con sus mentiras, lo que es un gran premio que ha robado. Incluso desde tan lejos, puedo sentir el calor de su mirada y su turbulenta ira. Me quema de adentro hacia fuera.

Nada más que los aviones por encima de las cabezas; es el único sonido en el mundo.

—Veo que sigues siendo valiente —dice Maven, su voz bajando por la avenida. Se hace eco entre las ruinas, burlándose de mí—. Y tonta.

Igual que en la arena, no voy a darle la satisfacción de mi ira y mi miedo.

—Deberían llamarte la pequeña chica tranquila. —Se ríe con frialdad y su ejército se ríe con él. Los Rojos permanecen en silencio, con los ojos fijos en el suelo. No quieren ver lo que está a punto de suceder—. Bueno, chica tranquila, diles a tus ratas de amigos que se ha terminado. Están rodeados. Llámalos y les daré el regalo de una buena muerte.

Incluso si pudiera dar tal orden, nunca lo haría.

—Ellos ya se han ido.

No le mientas a un mentiroso, y Maven es el mentiroso más grande de todos.

Aun así, parece inseguro. La Guardia Escarlata ha escapado tantas veces ya, en la plaza de César de Archeon. Tal vez podrían escapar incluso ahora. Qué vergüenza sería. Qué desastroso comienzo de su reinado

—¿Y el traidor? —Su voz se agudiza, y Evangeline se mueve más cerca de él. Sus reflejos del cabello color plata como el filo de una navaja, más brillante que su armadura dorada. Pero él se aleja de ella, botándola a un lado como un gato lo haría con un juguete—. ¿Qué hay de mi desgraciado hermano, el príncipe caído?

Nunca escucha mi respuesta, ya que no tengo ninguna.

Maven se ríe de nuevo y ésta vez atraviesa mi corazón.

—¿También te ha abandonado? ¿Se ha escapado? El cobarde mata a nuestro padre y trata de robarme mi trono, ¿sólo para escabullirse y esconderse? —Se eriza, pretendiendo por sus nobles y soldados. Por ellos, todavía tiene que parecer el trágico hijo, un rey que nunca tuvo la intención de tener la corona, que no quiere nada más que justicia por los muertos.

Elevo desafiante mi barbilla.

—¿Piensas que Cal haría algo así?

Maven no es tonto. Es malvado pero no estúpido, y conoce a su hermano mucho más que ninguna otra persona viva. Cal no es un cobarde y nunca lo será. Mentirles no lo cambiará. Los ojos de Maven traicionan a su corazón y miran hacia los callejones y calles que van hacia la destrozada avenida por la guerra. Cal podría estar escondiéndose en cualquiera de ellos, esperando para atacar. Yo podría ser una trampa, el cebo que haga salir a la comadreja que una vez llamé mi prometido y mi amigo. Cuando gira su cabeza, la corona se desliza, demasiado grande para su cabeza. Incluso el metal sabe que no pertenece a él.

—Creo que estás sola, Mare —habla suavemente. A pesar de todo lo que me ha hecho, mi nombre en su boca me estremece, pensando en los días que pasaron. Una vez lo dijo con amabilidad y afecto. Ahora suena como una maldición—. Tus amigos se han ido. Han perdido. Eres una abominación, la única de tu miserable raza. Será misericordioso eliminarte de este mundo.

Más mentiras, y ambos lo sabemos. Copio su fría risa. Por un segundo, volvemos a parecer amigos. Nada más lejos de la verdad.

Un avión pasa por encima, sus alas casi rozando la cima de unas ruinas cercana. Está tan cerca. *Demasiado cerca*. Puedo sentir su corazón eléctrico, el zumbido de sus motores de alguna manera manteniéndolo en el aire. Intento alcanzarlo lo mejor que puedo, como he hecho tantas veces antes. Como las luces, como las cámaras, como cada cable y circuito desde que me he convertido en la chica rayo, lo agarro… y *lo apago*.

El avión cae, con la parte delantera hacia abajo, deslizándose por un momento con sus pesadas alas. Su trayectoria original para ir por encima de la avenida, por encima de la legión para proteger al rey. Ahora cae contra la primera línea de ellos, deslizándose por encima de la línea Roja para colisionar con cientos de Plateados. Los magnetrones de Samos y los Telkies de Provos no son lo suficientemente rápidos para detener el avión mientras cae en la calle, enviando el asfalto y cuerpos volando. El estruendo mientras explota casi me hace caer, enviándome lejos. La explosión es ensordecedora, desorientador, y dolorosa. *No hay tiempo* para el dolor en mi cabeza.

No me molesto en mirar el caos del ejército de Maven. Ya estoy corriendo, y mi rayo está conmigo.

Chispas violetas y blancas defienden mi espalda, manteniéndome a salvo de los vencejos que me intentan hacer caer. Algunos colisionan con mi rayo, tratando de romperlo. Se caen en pilas de carne humeante y huesos temblorosos. Estoy agradecida de no poder ver sus caras, de otra manera quizás soñaría con ellos después. Las balas vienen después, pero mi carrera en zigzag me hace un objetivo difícil. Los pocos tiros que se acercan se rompen contra mi escudo, tal y como debería haberlo hecho mi cuerpo cuando caí en la red eléctrica en la Prueba de la Reina. Ese momento parece tan lejano. Por encima de la cabeza, los aviones vuelven a chirriar, esta vez teniendo la precaución de mantener su distancia. Los misiles no son tan educados.

Las ruinas de Naercey han estado así durante miles de años, pero no sobrevivirán este día. Los edificios y las calles colapsan, destruidas por los poderes Plateados y los misiles. Todo y todo el mundo ha sido liberado. Los magnetrones retuercen y rompen vigas de apoyo metálicas, mientras los Telkies y los Brazofuertes arrojan escombros a través del cielo con cenizas. El agua sangra de las alcantarillas mientras las Ninfas intentan inundar la ciudad, sacando hasta el último de los Guardias escondiéndose en los túneles por debajo de nosotros. El viento aúlla, fuerte como un huracán, desde los Tejevientos del ejército. El agua y los escombros pican mis ojos, las ráfagas tan afiladas que son casi cegadoras. Las explosiones de los Olvidos estremecen la tierra y me tambaleo, confundida. Nunca solía caer. Pero ahora mi cara roza el asfalto, dejando sangre a mi paso. Cuando me levanto, un grito de Banshee capaz de romper cristales me hace caer de nuevo, forzándome a cubrirme las orejas. Más sangre ahí, saliendo rápida y densa entre mis dedos. Pero la Banshee que me ha aplastado me ha salvado accidentalmente. Mientras caigo, otro misil pasa por encima de mi cabeza, tan cerca que siento cómo cruza el aire.

Explota demasiado cerca, el calor palpitando a través de mi apresurado escudo de rayos. Débilmente, me pregunto si moriré sin cejas. Pero en vez de quemarme, el calor permanece constante, incómodo pero no insoportable. Unas manos fuertes y rozadas me levantan a mis pies, y cabello rubio brilla a la luz del fuego. Puedo descifrar su cara a través de la cortante tormenta de aire. *Farley*. Su pistola ya no está, sus ropas están rotas, y sus músculos tiemblan, pero continúa sosteniéndome.

Detrás de ella, una figura alta y familiar crea una silueta negra contra la explosión. La mantiene con una única mano alzada y abierta. Sus grilletes ya no están, derretidos o quitados. Cuando se vuelve, las llamas crecen, lamiendo el cielo y la destruida calle, pero nunca a nosotros. Cal sabe exactamente lo que está haciendo, dirigiendo la tormenta de fuego a nuestro alrededor como el agua alrededor de una roca. Como en la arena, forma una pared de llamas a través de la avenida, protegiéndonos de su hermano y la legión que hay detrás. Pero ahora, sus llamas son fuertes, alimentadas por el oxígeno y la rabia. Se elevan en el aire, tan calientes que la base es de un color azul fantasmagórico.

Más misiles caen, pero de nuevo, Cal contiene su poder, usándolo para alimentar el suyo. Es casi hermoso, viendo sus largos brazos crear un arco y volver, transformando la destrucción en protección a un ritmo constante.

Farley intenta alejarme, abrumándome. Con las llamas defendiéndonos, me vuelvo para ver el río a unos centenares de metros. Puedo incluso ver las grandes sombras de Kilorn y mi hermano, cojeando hacia la supuesta seguridad.

—Vamos, Mare —gruñe, medio arrastrando mi herido y débil cuerpo.

Por un segundo, dejo que me lleve. Duele demasiado como para pensar claramente. Pero con una mirada atrás entiendo lo que está haciendo, lo que está tratando de hacerme.

—¡No me voy sin él! —grito por segunda vez hoy.

—Creo que lo está haciendo bien solo —dice, sus azules ojos reflejando el fuego.

Una vez pensé como ella. Los Plateados eran invencibles, dioses en la tierra, demasiado poderosos como para ser destruidos. Pero maté a tres justo esta mañana; Arven, el Brazofuertes de Rhambos, y la Ninfa de lord Osanos. Probablemente más con la tormenta de rayos. Y de hecho, casi me mataron, y a Cal. Tuvimos que salvarnos el uno al otro en la arena. Y tenemos que volver a hacerlo.

Farley es más grande que yo, más alta y más fuerte, pero soy más ágil. Incluso golpeada y medio sorda. Con un movimiento de mi tobillo, un empujón en el momento justo, y se tambalea hacia atrás, dejándome ir. Me vuelvo en el mismo movimiento, las palmas abiertas, sintiendo lo que necesito. Naercey tiene bastante menos electricidad que Archeon o incluso los Pilares, pero no necesito sacar poder de nada ahora. Lo creo yo.

La primera explosión de agua de las ninfas choca contra las llamas con la fuerza de un maremoto. La mayoría se evapora rápidamente, pero el resto cae contra la pared, extinguiendo las grandes llamas de fuego. Respondo al agua con mi propia electricidad, dirigiéndome contra las olas y chocando en mitad del aire. Detrás de la ola, la legión Plateada marcha hacia adelante, abalanzándose contra nosotros. Al menos los Rojos encadenados han sido dejados a un lado, relegados al final de la línea. Cosa de Maven. No va a dejar que le hagan ir más lento.

Sus soldados se encuentran con mis rayos en vez del cielo abierto, y detrás, el fuego de Cal resurge de sus cenizas.

—Muévete hacia atrás lentamente —dice Cal, haciendo gestos con su mano abierta. Tomo los mismos pasos mesurados, con cuidado de no apartar la mirada de la perdición que se aproxima. Juntos nos alternamos atrás y adelante, protegiendo nuestra propia retirada. Cuando sus llamas caen, mi rayo se eleva, y así continuamente. Juntos, tenemos una oportunidad.

Murmura pequeñas órdenes: cuándo caminar, cuándo elevar la pared, cuándo dejarla caer. Parece más exhausto de lo que jamás le he visto, sus venas azules y negras contra su pálida piel, con círculos grises alrededor de sus ojos. Sé que debo verme peor. Pero su ritmo nos mantiene de forma que no renunciemos del todo, dejando que pequeñas partes de nuestras fuerzas vuelvan justo cuando las necesitamos.

—Sólo un poco más lejos —grita Farley, su voz desde atrás. Pero no está alejándose. Está quedándose con nosotros, aunque es sólo humana. *Es más valiente de lo que creo*.

—¿Más lejos hacia dónde? —gruño entre mis dientes apretados, tirando otra red de electricidad. A pesar de las órdenes de Cal, me estoy volviendo más lenta, y un poco de escombros pasa. Rompen unos pocos metros más allá, cayendo contra el polvo. Nos estamos quedando sin tiempo.

Pero también Maven.

Puedo oler el río, y el océano más allá. Penetrante y salado, nos llama, pero para qué, no tengo ni idea. Sólo sé que Farley y Shade creen que nos salvará de las garras de Maven. Cuando miro detrás de mí, no veo nada excepto la avenida, acabándose en el borde del río. Farley se mantiene de pie, esperando, su cabello corto volando en el aire caliente. *Salta*, dice moviendo la boca, antes de precipitarse por el borde de la derrumbada calle.

¿Qué pasa con ella y saltar al abismo?

—Quiere que saltemos —le digo a Cal, volviéndome justo a tiempo para suplir su pared.

Gruñe conforme, demasiado concentrado para hablar. Como mi rayo, su fuego se está volviendo débil y delgado. Podemos casi ver a través de ellos ahora a los soldados al otro lado. Parpadeantes llamas distorsionan sus figuras, haciendo que sus ojos se vean como carbón ardiendo, sus bocas como colmillos sonrientes, y los hombres como demonios.

Uno de ellos se adelanta hacia la pared de fuego, demasiado cerca como para quemarse. Pero no lo hace. En vez de ello, aparta las llama como una cortina.

Sólo una persona es capaz de hacer eso.

Maven se sacude las cenizas de su tonta capa, dejando que la seda se queme mientras su armadura se mantiene firme. Tiene el descaro de sonreír.

De alguna manera, la fuerza de Cal ha vuelto. En vez de romper a Maven con sus desnudas manos, agarra mi muñeca en un agarre caliente. Corremos, sin molestarnos en defender nuestras espaldas. Maven no es rival para ninguno de nosotros, y él lo sabe. En vez de ello, grita. Pese a su corona y la sangre en sus manos, es todavía muy joven.

—¡Corre, asesino! ¡Corre, chica rayo! ¡Corran rápido y lejos! —Su risa resuena en las destrozadas ruinas, acechándome—. No hay ningún lugar donde no los pueda encontrar.

Débilmente me doy cuenta de mis rayos cayendo, entregándose mientras me alejo. Las llamas del propio Cal se destruyen con ello, exponiéndonos al resto de la legión. Pero ya estamos saltando en medio del aire, el río a unos tres metros debajo.

Aterrizamos, pero no con una salpicadura sino con el resonar del metal. Tengo que rodar para evitar que mis tobillos se rompan, pero aun así siento un vacío dolor recorriendo mis huesos. *¿Qué?* Farley espera, con la fría agua del río hasta las rodillas, al lado de un tubo cilíndrico de metal con la tapa abierta. Sin hablar se mete, desapareciendo en lo que sea que yace debajo nuestro. No tenemos tiempo de discutir o preguntar, y la seguimos ciegamente.

Al menos Cal tiene el buen sentido de cerrar el tubo detrás de nosotros, cerrando el río y la guerra encima. Sisea neumáticamente, formando un sello de aire apretado. Pero eso no nos protegerá durante mucho tiempo, no contra la legión.

—¿Más túneles? —pregunto sin aliento, arremolinándome contra Farley. Mi visión se va con el movimiento y tengo que aplastarme contra la pared, mis piernas temblando.

Como hizo en la calle, Farley pone un brazo debajo de mi hombro, soportando mi peso.

—No, no es un túnel —dice con una sonrisa desconcertante.

Y entonces lo siento. Como un batería murmurando en algún lugar, pero más grande. Más fuerte. Palpita a nuestro alrededor, debajo del extraño pasillo nadando con botones que parpadean con suaves luces amarillas. Veo bufandas rojas moviéndose por el paseo, escondiendo sus caras de la Guardia. Parecen confusos, como sombras carmesí. Con un gruñido, todo el pasillo se estremece y *cae*, inclinados hacia abajo. *Hacia el agua*.

—Un barco. Un submarino —dice Cal. Su voz lejana, temblando, y débil. Justo como me siento.

Ninguno de nosotros da más de unos pocos pasos antes de colapsar contra las inclinadas paredes.

3

En los últimos días, me he despertado en la celda de una cárcel y luego en un tren. Ahora en un submarino. *¿Dónde despertaré mañana?*

Estoy empezando a pensar que todo esto ha sido un sueño o una alucinación, o peor. Pero, ¿se puede sentir cansada en los sueños? Porque, ciertamente lo estoy. Mi agotamiento es profundo hasta mis huesos, en todos los músculos y nervios. Mi corazón es otra herida por completo, todavía sangrando por la traición y el fracaso. Cuando abro los ojos, encontrando las estrechas paredes grises, todo lo que quiero olvidar se precipita de nuevo. Es como si la Reina Elara estuviera en mi cabeza de nuevo, obligándome a revivir mis peores recuerdos. Por mucho que lo intento, no puedo detenerlos.

Mis tranquilas doncellas fueron ejecutadas, culpables de nada más que pintar mi piel. Tristan, atravesado como un cerdo. Walsh. Tenía la edad de mi hermano, una sirvienta de Los Pilares, mi amiga… *uno de nosotros*. Y murió cruelmente, por su mano, para proteger a La Guardia, nuestro propósito, y a mí. Aún más murieron en los túneles de la Plaza Caesar, Guardias asesinados por los soldados de Cal, asesinados por nuestro estúpido plan. La memoria de la sangre roja quema, pero también lo hacen los pensamientos plateados. Lucas, un amigo, un protector, un Plateado de buen corazón, ejecutado por lo que Julian y yo hicimos que hiciera. Lady Blonos, decapitada porque me enseñó cómo sentarme correctamente. El Coronel Macanthos, Reynald Iral, Belicos Lerolan. Sacrificados por la causa. Casi vomito cuando recuerdo a los gemelos de Lerolan, de cuatro años, murieron en la explosión que siguió a los disparos. Maven me dijo que fue un accidente, una tubería de gas perforada, pero ahora lo sé. Su maldad es muy profunda para tal coincidencia. Dudo que le importara arrojar unos cuantos cuerpos más en el incendio, aunque solo fuera para convencer al mundo que La Guardia estaba hecha de monstruos. Matará a Julian también, y a Sara. Probablemente ya están muertos. No puedo pensar en eso en absoluto. Es demasiado doloroso. Ahora mis pensamientos se dirigen de nuevo a Maven, a sus fríos ojos azules y al momento en que me di cuenta que en su encantadora sonrisa escondía una bestia.

La litera debajo es dura, las mantas finas, sin almohada con la que hablar, pero parte desea estar tumbada boca abajo. Mi dolor de cabeza regresa, palpitando con el pulso eléctrico de este milagroso barco. Es un recordatorio firme que no hay paz aquí. Todavía no, no mientras hay mucho por hacer. *La lista. Los nombres. Debo encontrarlos. Mantenerlos a salvo de Maven y su madre*. El calor se propaga a través de mi rostro, mi piel se ruboriza con el recuerdo del pequeño libro de los secretos ganados con esfuerzo de Julian. Un registro de aquellos como yo, con la extraña mutación que nos da Sangre Roja y Habilidades Plateadas. La lista es el legado de Julian. Y mío.

Balanceo mis piernas en el costado de la cama, casi golpeando mi cabeza con la litera por encima de mí, y encuentro un conjunto cuidadosamente doblado de prendas de vestir en el suelo. Pantalón negro que es demasiado largo, una camisa color rojo oscuro con los codos raídos, y botas sin cordones. Nada como la fina ropa que encontré en la celda Plateada, pero se sienten bien contra mi piel.

Apenas tengo la camisa en mi cabeza cuando la puerta de mi compartimiento abre las grandes bisagras de hierro. Kilorn espera con expectación al otro lado, con una sonrisa forzada y sombría. No debería ruborizarse, habiéndome visto en varios grados de desnudez durante muchos veranos, pero sus mejillas se sonrojan de todos modos.

—No es propio de ti dormir tanto tiempo —dice, y escucho preocupación en su voz.

Me encojo de hombros y me paro en mis débiles piernas.

—Supongo que lo necesitaba. —Un extraño zumbido se apodera de mis oídos, punzante pero no doloroso. Sacudo mi cabeza, tratando de deshacerme de ello, luciendo como un perro mojado en el proceso.

—Será el grito de la Banshee. —Se acerca y toma mi cabeza entre sus suaves pero callosas manos. Soy sometida a su examen, suspirando de fastidio. Me gira lentamente, mirando los oídos que se tiñeron con sangre desde hace mucho tiempo—. Tienes suerte de no haber golpeado tu frente.

—Tengo un montón de cosas, pero no creo que la suerte sea una de ellas.

—Estás viva, Mare —dice bruscamente, alejándose—. Eso es más de lo que muchos pueden decir. —Su mirada me lleva de nuevo a Naercey, cuando le dije a mi hermano que no confiaba en su palabra. En lo profundo de mi corazón, sé que todavía no lo hago.

—Lo siento —murmuro rápidamente. Por supuesto que sé que otros han muerto, por la causa y por mí. Pero yo también he muerto. Mare de Los Pilares murió el día en que cayó en un escudo de rayo. Mareena, la princesa Plateada perdida, murió en el Cuenco de Huesos. Y no sé qué nueva persona abrió los ojos en el Tren Subterráneo. Solo sé lo que ha sido y lo que ha perdido, y el peso del mismo es casi aplastante.

—¿Vas a decirme a dónde vamos, o es otro secreto? —Intento no mostrar amargura en mi voz, pero fallo miserablemente.

Kilorn es lo suficientemente educado como para ignorarlo, inclinándose contra la puerta

—Dejamos Naercey hace cinco horas y nos dirigimos al noroeste. Honestamente, eso es todo lo que sé.

—¿Y eso no te molesta en absoluto?

Sólo se encoge de hombros.

—¿Qué te hace pensar que los de arriba confían en mí, o en ti, por cierto? Sabes mejor que nadie lo idiotas que hemos sido, y el alto costo que hemos pagado. —Una vez más, siento el aguijón de la memoria—. Tú lo has dicho, ni siquiera puedes confiar en Shade. Dudo que alguien vaya a estar compartiendo secretos por el momento.

La mandíbula no duele tanto como esperaba que lo hiciera.

—¿Cómo está?

Kilorn niega, haciendo un gesto hacia el pasillo.

—Farley creó una pequeña y agradable estación médica para los heridos. Lo está haciendo mejor que los demás. Maldiciendo mucho, pero definitivamente mejor. —Sus ojos verdes se oscurecen un poco y desvía su mirada—. Su pierna…

Inhalo, sobresaltada.

—¿Infectada? —En casa en Los Pilares, la infección era tan mala como un brazo cortado. No teníamos muchos medicamentos, y una vez que la sangre estaba mala, todo lo que podías hacer era continuar cortando, con la esperanza de escapar de la fiebre y de las venas ennegrecidas.

Para mi alivio, Kilorn niega.

—No, Farley lo dosifica bien, los Plateados luchan con balas limpias. Así que eso es bueno para ellos. —Se ríe oscuramente, esperando que me una. En su lugar, me estremezco. El aire es tan frío aquí abajo—. Pero definitivamente va a estar cojeando por un tiempo.

Simply Books

—¿Me llevarás a él o tengo que averiguar la forma de hacerlo sola?

Otra oscura risa y extiende su brazo. Para mi sorpresa, encuentro que necesito su apoyo para ayudarme a caminar. Naercey y el Cuenco de los Huesos sin duda han dejado su huella.

Mersive. Es así como Kilorn llama al extraño submarino. Cómo se las arregla para navegar *bajo* el océano va más allá de nosotros, aunque estoy segura que Cal lo averiguará. Es el siguiente en mi lista. Lo encontraré después que me asegure que mi hermano todavía respira. Recuerdo a Cal estando apenas consciente cuando nos escapamos, igual que yo. Pero no creo que Farley lo ponga en la estación médica, no con Guardias heridos en todas partes. Hay demasiado resentimiento y nadie quiere un infierno en un tubo de metal sellado.

El grito de la Banshee todavía resuena en mi cabeza, un gemido sordo que trato de ignorar. Y con cada paso, noto los nuevos dolores y contusiones. Kilorn se da cuenta de mis muecas de dolor, por lo tanto ralentiza su paso, lo que me permite apoyarme en su brazo. Ignora sus propias heridas, cortes profundos ocultos bajo otro conjunto de vendajes frescos. Siempre tenía las manos maltratadas, golpeadas y cortadas con anzuelos de pesca y cuerda, pero estas heridas eran familiares. Significaban que estaba a salvo, empleado, libre del reclutamiento. Si no fuera un maestro de peces muertos, las pequeñas cicatrices serían su única molestia.

Una vez ese pensamiento me puso triste. Ahora solo siento rabia.

El pasaje principal del Mersive es largo pero estrecho, dividido por varias puertas de metal con bisagras gruesas y sellos a presión. Es necesario cerrar partes para prevenir que todo el barco se inunde y llegue al hundimiento. Pero las puertas no me dan consuelo alguno. No puedo dejar de pensar en morir en el fondo del océano, encerrada en un ataúd acuoso. Incluso Kilorn, un chico criado en el agua, parece

incómodo. Las luces tenues están en el techo extrañamente, cortando sombras en su rostro para hacerlo parecer viejo y demacrado.

Los otros Guardias no están tan afectados, yendo y viniendo con gran propósito. Sus pañuelos rojos y chales se han reducido, revelando rostros con sombría determinación. Llevan historiales, bandejas de suministros médicos, vendas, comida o incluso, el ocasional rifle por el pasillo, siempre apresurados charlando entre sí. Pero se detienen cuando me ven, presionándose contra las paredes para darme tanto espacio como sea posible en el estrecho lugar. Los más atrevidos me miran a los ojos, observándome pasar con la cojera, pero la mayoría se quedan mirando sus pies.

Algunos, incluso, parecen tener miedo.

De mí.

Quiero decir gracias, para expresar de alguna manera lo profundamente en deuda que estoy con cada hombre y mujer a bordo de esta extraña nave. *Gracias por sus servicios*, casi escapa de mis labios, pero aprieto la mandíbula para contenerlo. *Gracias por sus servicios*. Es lo que imprimen en los avisos, las cartas enviadas para decirle que sus niños han muerto por una guerra inútil. ¿Cuántos padres he visto llorar por esas palabras? ¿Cuantos más las recibirán cuando Las Medidas envíen a niños aún más jóvenes al frente?

Ninguno, me digo. *Farley tendrá un plan para eso, al igual que vamos a elaborar una manera de encontrar a los nuevasangres, los otros como yo. Haremos algo. Debemos hacer algo.*

Los Guardias contra la pared murmuran entre sí mientras paso. Incluso los que no pueden hacer frente a mirarme se susurran entre sí, sin molestarse en ocultar las palabras. Supongo que piensan que lo que dicen es un cumplido.

—La chica rayo —se hace eco entre ellos, rebotando en las paredes de metal. Me rodea como los miserables susurros de Elara, el efecto fantasma en mi cerebro. *Pequeña chica Rayo. Es como ella solía llamarme, cómo me llamaban*.

No. No lo es.

A pesar del dolor, enderezo mi columna, parándome tan alta como puedo.

Ya no soy pequeña.

Los susurros nos siguen todo el camino hasta la estación médica, donde un par de Guardias vigilan la puerta cerrada. También están viendo la escalera, una cosa de metal pesado que llega hasta el techo. La única salida y la única entrada en esta lenta nave. Uno de los guardias tiene el cabello color rojo oscuro, igual que Tristan, aunque está lejos de ser tan alto. El otro está construido como una roca, de piel morena, ojos angulosos, un amplio pecho y manos enormes que se adaptan mejor a un Brazofuertes. Inclinan sus cabezas ante mí, pero para mi alivio, no me dan mucho más que un vistazo. En su lugar, giran su atención a Kilorn, sonriéndole como amigos de la escuela.

—¿Volviendo tan pronto, Warren? —El pelirrojo se ríe, moviendo las cejas con sugerencia—. Lena ha salido de su turno.

¿Lena? Kilorn se tensa debajo de mi brazo, pero no dice nada que traicione su malestar. En su lugar, se ríe con ellos, sonriendo. Pero lo conozco mejor que

cualquiera, lo suficiente como para ver la fuerza detrás de su sonrisa. Y pensar que ha estado gastando su tiempo *coqueteando* mientras he estado inconsciente y Shade yace herido y sangrando.

—El chico tiene suficiente en su plato sin tener que ir detrás de las guapas enfermeras —dice el pelirrojo. Su profunda voz resuena por el pasillo, probablemente hasta el cuarto de Lena—. Farley todavía está haciendo ronda, si la estás buscando —añade, apuntando con un pulgar hacia la puerta.

—¿Y mi hermano? —hablo, desenrollándome del agarre que Kilorn tenía para soportarme. Casi doblo mis rodillas, pero me mantengo firme—. ¿Shade Barrow?

Sus sonrisas desaparecen, endureciéndose en algo más formal. Es casi como estar de vuelta en La Corte Plateada. El pelirrojo sujeta la puerta, moviendo el masivo cerrojo para no tener que mirarme.

—Se está recuperando bien, señorita, eh, mi lady.

Mi estómago cae ante el título. Pensaba que ya había acabado con estas cosas.

—Por favor, llámame Mare.

—Por supuesto —replica sin ningún tipo de resolución. A pesar que ambos somos partes de la Guardia Escarlata, soldados juntos en nuestra causa, no somos lo mismo. Este hombre, y muchos otros, nunca me llamaran por mi nombre, sin importar cuánto quiera que lo hagan.

Abre la puerta de par en par con un pequeño asentimiento, revelando un amplio pero oscuro compartimento lleno de literas. Dormitorios en su día, pero ahora las literas están llenas de pacientes, el único pasillo bullicioso con hombres y mujeres con batas blancas. Muchos tienen la ropa salpicada con sangre carmesí, demasiado preocupados fijando una pierna o administrando medicación para darse cuenta que estoy cojeando en medio de ellos.

Kilorn tiene sus manos en mi cintura, preparado para sujetarme si lo necesito de nuevo, pero me apoyo en las literas en su lugar. Si todo el mundo se me va a quedar mirando, puedo intentar caminar sola.

Shade está apoyado en un cojín delgado, soportado mayoritariamente por la pared inclinada de metal. No puede estar cómodo, pero sus ojos están cerrados, y su pecho sube y baja con el fácil ritmo del sueño. Juzgando por su pierna, suspendida del techo de su litera con un apresurado cabestrillo, y su hombro vendado, seguramente le han medicado unas pocas veces. El verle tan roto, pese a que ayer pensaba que estaba muerto, es sorprendentemente difícil de soportar.

—Deberíamos dejarlo dormir —murmuro a nadie en particular, sin esperar respuesta.

—Sí, por favor —dice Shade sin abrir sus ojos. Pero torciendo sus labios en una familiar y traviesa sonrisa. A pesar de su lúgubre y lesionada figura, tengo que reír.

El truco es familiar. Shade pretendía dormir en el colegio o durante las conversaciones en susurros de nuestros padres. Tengo que reírme ante el recuerdo, recordando cuantos pequeños secretos Shade escuchó de esa particular forma. Puede

que haya nacido ladrona, pero Shade nació espía. No es de extrañar por qué acabó en la Guardia Escarlata.

—¿Espiando a las enfermeras? —Mi rodilla suena mientras me siento en un lado de su litera, con cuidado de no moverlo—. ¿Sabes cuántas vendas han escondido?

Pero en lugar de reírse del chiste, Shade abre sus ojos. Nos pide a Kilorn y a mí que nos acerquemos más gesticulando con su mano.

—Las enfermeras saben más de lo que piensas —dice, dirigiendo su mirada al final del compartimento.

Me volteo para encontrarme a Farley ocupándose de un paciente en una litera. La persona está fría, probablemente drogada, y Farley monitoriza su pulso de cerca. En esta luz, su cicatriz sobresale rudamente, torciendo un lado de su boca en una mueca antes de cortar por el costado de su cuello y por debajo de su camisa. Parte se ha abierto y está apresuradamente cosida. Ahora lo único rojo que lleva es la franja de sangre a lo largo de su ropa de enfermera y las medio lavadas manchas que llegan a sus codos. Otro enfermero está de pie al lado de su hombro, pero su ropa está limpia, y susurra apresuradamente en su oreja. Asiente ocasionalmente, a pesar que su rostro se tensa con enfado.

—¿Qué has oído? —pregunta Kilorn, moviendo su cuerpo para bloquear a Shade por entero. Para cualquier otra persona, parce como si le estuviéramos ajustando las vendas.

—Nos vamos a otra base, ésta vez lejos de la costa. Fuera del territorio Nortan.

Intento recordar el viejo mapa de Julian, pero no puedo pensar en mucho más que la línea de costa.

—¿Una isla?

Shade asiente.

—Se llama Tuck. No debe ser muy grande, porque los Plateados ni siquiera tienen un puesto allí. Simplemente la han olvidado.

El temor se asienta en mi estómago. La posibilidad de aislarme en una isla con ninguna vía de escape me aterra más que Mersive.

—Pero saben que existe. Eso es suficiente.

—Farley parece confiada en la base allí.

Kilorn se burla en voz alta.

—También recuerdo cómo pensaba que Naercey era segura.

—No fue su culpa que perdiéramos Naercey —digo. *Es mía*.

—Maven se burló de todos, Mare —replica Kilorn, apretando mi hombro—, pasó por encima de mí, de ti *y* Farley. Todos le creímos.

Con su madre para entrenarlo, para leer nuestras mentes y amoldar a Maven a nuestras esperanzas, no es sorprendente que todos fuéramos engañados. Y ahora es el rey. Ahora engañará y controlará todo nuestro mundo. *Qué mundo será ese, con un monstruo como rey, y con su madre sosteniendo su cuerda*.

Pero empujo esos pensamientos. Pueden esperar.

—¿Ha dicho Farley algo más? ¿Qué pasa con la lista? Todavía la tiene, ¿no?

Shade mira por encima de mi hombro, con cuidado de mantener su voz baja.

—La tiene, pero está más preocupada con los *otros* que nos encontraremos en Tuck, mamá y papá incluidos. —Una oleada de calor me atraviesa, una felicidad vigorizante. Shade se ilumina al ver mi pequeña pero genuina sonrisa, y toma mi mano—. Gisa también, y todos los bultos que llamamos hermanos.

Una cuerda de tensión se libera en mi pecho pero pronto es reemplazada por otra. Hago más fuerte mi agarre, alzo una ceja mientras pregunto:

—*¿Otros?* ¿Quiénes? ¿Cómo puede ser eso? —Después de la masacre debajo de la Plaza Caesar y la evacuación de Naercey, no pensé que nadie más existía.

Pero Kilorn y Shade no comparten mi confusión, prefieren intercambiar miradas furtivas. Todavía estoy en la oscuridad, y no me gusta ni un poco. Pero esta vez, son mi propio hermano y mi mejor amigo los que me ocultan secretos, no una reina malvada y un príncipe intrigante.

Simply Books

De alguna manera, esto duele más. Con el ceño fruncido, los observo a ambos hasta que se dan cuenta que estoy esperando respuestas.

Kilorn aprieta sus dientes y tiene el sentido común de parecer compungido. Señala a Shade. *Pasándole la culpa*.

—Sabes más que yo.

—A la Guardia le gusta jugar con el corazón, y con toda razón. —Shade se ajusta, sentándose un poco más. Sisea ante el movimiento, sosteniendo su hombro herido, pero me aparta antes que pueda ayudarlo—. Queremos parecer pequeños, rotos, desorganizados…

No puedo evitar bufar, mirando sus vendas.

—Bueno, estás haciendo un gran trabajo.

—No seas cruel Mare —espeta Shade de regreso, sonando mucho más como nuestra madre—, estoy tratando de decirte que las cosas no son tan malas como parecen. Naercey no era nuestro único refugio y Farley no es nuestra única líder. En realidad, ni siquiera es el verdadero Comandante. Sólo es un capitán. Hay otros como ella, e incluso por encima de ella.

Juzgando por como ordena a los soldados, podría pensar que Farley era una emperatriz. Cuando puedo echarle un vistazo de nuevo, está ocupada rehaciendo un vendaje, mientras le frunce el ceño a la enfermera que originalmente había vendado la herida. La convicción de mi hermano no puede ser ignorada. Sabe mucho más que yo sobre la Guardia Escarlata, y estoy inclinada a creer que lo que dice de ellos es verdad. Hay más en esta organización de lo que veo. Es alentador… y estremecedor.

—Los Plateados piensan que están dos pasos por delante de nosotros, pero ni siquiera saben dónde estamos —continua Shade, su voz llena de fervor—. Parecemos débiles porque queremos.

Me vuelvo rápidamente.

—Maven los engañó, los atrapó, los masacró, los hizo huir de su propia casa. ¿O van a intentar decirme que era parte de otro plan?

—Mare —murmura Kilorn poniendo su hombro contra el mío para darme comodidad. Pero lo aparto. También necesita oír esto.

—No me importa cuántos túneles, barcos y bases tengan. No van a ganar contra él, no así. —Lágrimas que no sabía que todavía tenía en mis ojos, pican ante el recuerdo de Maven. Es difícil olvidar cómo era. *No*. Como pretendía ser. El chico amable y olvidado. La sombra de la llama.

—Entonces ¿qué sugieres, chica rayo?

La voz de Farley me atraviesa como mis propias chispas, poniendo cada uno de mis nervios en tensión. Por un breve y abrasador momento, me quedo mirando mis manos apretadas en las sábanas de Shade. Quizás se vaya si no me volteo. Quizás me deje en paz.

No seas tan tonta, Mare Barrow.

—Luchar contra el fuego con fuego —digo mientras me levanto. Su estatura solía intimidarme. Ahora alzar la vista hacia ella se siente natural y familiar.

Simply Books

—¿Es eso algún tipo de chiste Plateado? —se mofa, cruzándose de brazos.

—¿Parece que esté bromeando?

No replica, y esa es respuesta suficiente. En su silencio, me doy cuenta que el resto del compartimento se ha quedado callado. Incluso los heridos camuflan su dolor para ver a la chica rayo desafiar a su capitán.

—Te creces al parecer débil y golpear duro, ¿no? Bueno, hacen todo lo que pueden para parecer fuertes e invencibles. Pero en la arena, he probado que no lo son. —*Otra vez, más fuerte que todo el mundo pueda escucharte*. Llamo a la firme voz que Lady Blonos hizo aparecer en mí—. No son invencibles.

Farley no es estúpida y encuentra fácil seguir mi tren de pensamientos.

—Eres más fuerte que ellos —dice, de verdad. Dirige su mirada hacia Shade, que yace tenso en su litera—. Y no eres la única que lo es.

Asiento firmemente, complacida que ya sepa lo que quiero.

—Cientos de nombres, cientos de Rojos con habilidades. Más fuertes, más rápidos, mejores que ellos, con sangre tan Roja como el amanecer. —Mi respiración se detiene, como si supiera que está parada en el límite del futuro—. Maven tratará de matarlos, pero si podemos llegar a ellos antes, podrían…

—Ser el mejor ejército que este mundo jamás haya visto. —Los ojos de Farley brillan ante el pensamiento—. Un ejército de nuevasangres.

Cuando sonríe, su cicatriz se aprieta contra los puntos, amenazando con abrirse de nuevo. Su sonrisa se hace más ancha. No le importa el dolor.

Pero a mí ciertamente sí. Supongo que siempre lo hará.

4

Farley no es tan alta como Kilorn, pero sus pasos son más rápidos, más intencionados, y más difíciles de seguir. Lo hago lo mejor que puedo, casi corriendo para seguir su paso a través del pasillo del Mersive. Como antes, los Guardas se apartan de nuestra trayectoria, pero ahora la saludan mientras pasamos, llevándose la mano al pecho o los dedos a la ceja. Tengo que decir que Farley tiene una figura impresionante, mostrando sus heridas y cicatrices como joyas. A ella parece no importarle la sangre en su traje, ausentemente limpiando sus manos en él. Alguna pertenece a Shade. Ella sacó la bala de su hombro sin inmutarse.

—No lo encerramos, si es eso lo que piensas —dice suavemente, como si hablar del encarcelamiento de Cal es un cotilleo casual.

No soy lo suficientemente estúpida para picar el anzuelo, no ahora. Me está tentando, comprobando mi reacción, mi *lealtad*. Pero ya no soy la chica que suplicó por su ayuda. Ya no enseño mis emociones tan fácilmente. He vivido en la cuerda floja, columpiándome de mentira en mentira, escondiéndome. Nada de lo que hago ahora es lo mismo y escondo mis pensamientos más profundamente.

Así que en vez de eso me río, estampando la sonrisa que perfeccioné en la corte de Elara.

—Ya lo veo. Nada se ha derretido —contesto, señalando los muros de metal.

La estudio como ella me estudia a mí. Esconde su expresión bien, pero la sorpresa brilla en sus ojos, sorpresa y *curiosidad*.

No he olvidado la manera en la que trató a Cal en el tren, con grilletes, guardias armados y desdén. Y él lo tomó como un perro apaleado. Después de la traición de su hermano y el asesinato de su padre, ya no tenía ánimo dentro de él. No lo culpo. Pero Farley no conoce su corazón, o su fuerza, como lo hago yo. No sabe lo peligroso que es realmente. *O lo peligrosa que soy yo, por esa razón*. Incluso ahora, después de todas mis heridas, siento el poder profundo, gritando hacia la electricidad que pulsa a través del Mersive. Lo podría controlar si quisiera. Podría hacer dejar de funcionar esta cosa. Nos podría ahogar a todos. La idea letal me hace sonrojar, avergonzada por tales pensamientos. Pero ellos me confortan lo mismo. Soy la mejor arma en una nave llena de guerreros, ellos parecen no saberlo.

Nosotros parecemos débiles porque queremos. Shade hablaba de la Guardia cuando dijo eso, explicando sus motivos. Ahora me pregunto si también estaba tratando de pasar un mensaje. Como palabras escondidas en una carta hace tiempo.

La habitación de Cal con literas está al final del Mersive, separada del bullicio del resto de la nave. Su puerta está casi escondida detrás de un nudo de cañerías y cajas vacías marcadas con *Archeon, Haven, Corvium, Harbor Bay, Delphie*, e incluso *Belleum* desde Piamonte hacia el sur. Lo que una vez contuvieron las cajas, no sé decir, pero los nombres de las ciudades Plateadas envían un escalofrío a mi espina dorsal. *Robadas*. Farley me nota mirando fijamente las cajas pero no se molesta en dar explicaciones. A pesar de nuestro poco sólido acuerdo sobre lo que ella llama "nuevasangre", yo sigo sin haber entrado todavía en su círculo privado de secretos. Supongo que Cal tiene algo que ver con eso.

Lo que sea que impulsa la nave, un generador masivo por lo que siento de él, tiembla bajo mis pies, vibrando a través de mis huesos. Arrugo la nariz con disgusto. Puede ser que Farley no haya encerrado a Cal, pero ciertamente tampoco ha sido amable. Entre el ruido y la sensación temblorosa, me pregunto si Cal habrá podido dormir algo.

—¿Imagino que éste es el único lugar en el que podías ponerlo? —pregunto, mirando el pequeño rincón.

Se encoge de hombros, golpeando la puerta con su mano.

—El príncipe no se ha quejado.

No esperamos mucho tiempo, aunque me hubiera gustado tener tiempo para recomponerme. En vez de eso, la rueda de la cerradura gira en segundos, haciendo ruido mientras gira a gran velocidad. Las bisagras de hierro rechinan, chirriando y Cal abre completamente la puerta.

No me sorprende verlo de pie todo lo alto que es, ignorando sus propios dolores. Después de toda una vida preparándose para ser un guerrero, él está acostumbrado a cortes y moretones. Pero las heridas interiores son algo que él no sabe cómo esconder. Evita mi mirada, enfocándose en Farley, la cual no nota o no se molesta por el príncipe con el corazón destrozado. De repente mis propias heridas parecen más fáciles de llevar.

—Capitán Farley —dice él, como si lo hubiera molestado durante la hora de la cena. Usa el enojo para enmascarar su dolor.

Farley no lo tolera y sacude su corto cabello con un bufido. Incluso se molesta en cerrar la puerta.

—Oh, ¿no quería tener una visita? Qué poco educado de mi parte.

Estoy callada, y contenta de no haber dejado a Kilorn venir con nosotras. Él hubiera sido peor para Cal, se habían odiado desde el momento en que se conocieron en Los Pilares.

—Farley —le digo con dientes apretados. Mi mano detiene la puerta. Para mi deleite, y disgusto, retrocede ante mi toque. Enrojece horriblemente, avergonzada de ella misma y de su miedo. A pesar de su duro exterior, es como sus soldados. Temerosa de la chica rayo—.Creo que ya te puedes ir, estamos bien aquí.

Algo hace que su cara se contraiga, un tic de irritación tanto consigo misma como conmigo. Pero asiente, agradecida por alejarse de mi presencia. Con una última

mirada de odio hacia Cal, se da la vuelta y desaparece por el pasillo. El eco de sus órdenes gritadas resuena por un momento, indescifrable pero fuerte.

Cal y yo nos quedamos mirándola, luego a las paredes, luego al suelo, luego a nuestros pies, con miedo de mirarnos uno al otro. Con miedo de recordar los últimos días. La última vez que nos miramos el uno al otro a través de una puerta, clases de baile y el beso robado que siguió. Eso también podría haber sido otra vida. *Porque lo era. Él bailó con Mareena, la princesa perdida, y Mareena está muerta*.

Pero las memorias de ella permanecen. Cuando paso por su lado, mi hombro roza un firme brazo, recuerdo la sensación, el olor y el sabor de él. Calor y madera ahumada y amanecer, pero ya no. Cal huele a sangre, su piel esta helada, y me digo que no quiero volver a saborearlo nunca jamás.

—¿Te han tratado bien? —hablo primero, empezando por un tema fácil. Un vistazo basta para ver el pequeño aunque limpio compartimento y sobra como respuesta, pero también noto el silencio.

—Sí —dice, aun inmóvil junto a la puerta. Debatiendo si cerrarla.

Mis ojos se fijan en un panel en la pared, curioseando veo una maraña de cables y enchufes debajo. No puedo evitar sonreír suavemente. Cal ha estado haciendo unos retoques.

—¿Crees que eso es inteligente? Un cable equivocado y…

Eso dibuja una débil pero aun así reconfortante sonrisa en él.

—He estado tonteando con circuitos la mitad de mi vida. No te preocupes, se lo que estoy haciendo.

Los dos ignoramos el doble sentido, dejándolo pasar de largo.

Finalmente decide cerrar la puerta, pero deja el cerrojo abierto. Una mano descansa en la pared metálica, dedos entrecerrados, buscando algo a lo que agarrarse. El brazalete de hacedor de llamas sigue parpadeando en su muñeca, plata brillante contra pálido gris duro. Él nota mi mirada y estira la manga sucia; imagino que a nadie se le ocurrió darle una muda de ropa para cambiarse.

—Mientras me mantenga fuera de la vista de todos, no creo que nadie me moleste —dice, y vuelve a manipular el panel abierto—. Es un poco agradable. —Pero el chiste es vacío.

—Me aseguraré que siga así. Si es eso lo que quieres —añado rápidamente. En realidad, no tengo ni idea qué es lo que Cal quiere ahora. *Venganza hasta el más allá. La única cosa que todavía tenemos en común*.

Alza una ceja, casi divertido.

—Oh, ¿ahora la chica rayo está a cargo? —No me da opción a contestar a su burla, cerrando la distancia entre nosotros en un solo paso largo—. Tengo la sensación que tú estás tan arrinconada como yo. —Sus ojos se entrecierran—. Solo que pareces no saberlo.

Enrojezco, sintiéndome enfadada… y avergonzada.

—¿Arrinconada? No soy la que está escondida en un armario.

—No, tú estás demasiado ocupada siendo puesta a desfilar. —Se echa hacia adelante, y el calor familiar entre nosotros regresa—. *De nuevo*.

Una parte quiere abofetearlo.

—Mi hermano *nunca*…

—¡Yo pensé que mi hermano *nunca*, y mira a dónde nos ha llevado! —grita, estirando sus brazos ampliamente. Las puntas de sus dedos tocan ambas paredes, arañando la prisión en la que se ha metido él mismo. *La prisión en la que lo he metido*. Y me encierra con él, lo sepa o no.

Ardientes llamaradas de calor salen de su cuerpo, y tengo que retroceder un poco. Se da cuenta de la acción y se calma, dejando caer su mirada y sus brazos.

—Perdona —dice, quitándose un mechón de cabello negro de la frente.

—Nunca te disculpes ante mí. No lo merezco.

Me mira de soslayo, sus oscuros ojos muy abiertos, pero no discute.

Con un pesado suspiro, me apoyo en la pared más alejada. El espacio entre nosotros se abre como mandíbulas.

—¿Qué sabes de un lugar llamado Tuck?

Agradecido por el cambio de conversación, se calma, retirándose a su forma de príncipe. Incluso sin corona, se le ve real, con una perfecta postura con sus manos detrás de la espalda.

—¿Tuck? —repite, pensando mucho. Una arruga se forma en medio de sus espesas y oscuras cejas. Cuanto más le cuesta hablar, mejor me siento. Si no sabe de la isla, entonces pocos sabrán—. ¿Es ahí adónde vamos?

—Sí. —*Creo*. Un frío pensamiento me atraviesa, recordando las duras lecciones aprendidas con Julian en la corte y en la arena. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera*—. Según Shade.

Cal deja mi incertidumbre colgada en el aire, suficientemente amable de no meterse con ella.

—Creo que es una isla —dice él finalmente—. Una de tantas frente a la costa. No es territorio Nortan. Nada que justifique una base o asentamiento, ni siquiera para defensa. Sólo hay océano abierto ahí fuera.

Un poco del peso en mis hombros se levanta. De momento estaremos seguros.

—Bien, bien.

—Tu hermano es como tú. —No es una pregunta—. Diferente.

—Sí. —¿Qué más puedo decir?

—¿Y está bien? Recuerdo que fue herido.

Incluso sin un ejército, Cal sigue siendo un general, preocupándose por los soldados y los heridos.

—Está bien, gracias. Recibió unas cuantas balas por mí, pero se está recuperando bien.

Con la mención de balas, los ojos de Cal parpadean, dándose permiso finalmente para mirarme del todo. Se detiene en mi arañada cara y la sangre seca alrededor de mis orejas.

—¿Y tú?

—He tenido peores.

—Sí, las hemos tenido.

Nos quedamos en silencio, sin atrevernos a hablar más. Pero continuamos mirándonos el uno al otro. De repente su presencia es difícil de aguantar. Y aun así no queremos irnos.

El Mersive tiene otras ideas.

Bajo mis pies, el generador vibra, golpea como un pulso cambiando de ritmo.

—Ya casi llegamos —murmuro, sintiendo el fluido eléctrico o el decaimiento de diferentes partes del aparato.

Cal todavía no lo siente, es incapaz, pero no cuestiona mis instintos. Conoce mis habilidades de primera mano, mejor que cualquiera en la nave. Mejor que mi propia familia. Al menos por ahora, papá, Gisa, los chicos, están esperándome en la isla. Los veré pronto. Ellos están aquí. Están *seguros*.

Pero por cuánto tiempo estaré con ellos, no lo sé. No podré quedarme en la isla, no si quiero hacer algo por los nuevasangre. Tendré que volver a Norta, usar lo que sea y a quién sea que Farley pueda darme, para intentar y encontrarlos. Ya parece imposible. No quiero ni pensar en ello. Aun así mi cabeza zumba, intentando montar un plan.

Una alarma suena sobre nosotros, sincronizada con una luz amarilla que empieza a lanzar flashes en la puerta de Cal.

—Increíble —lo oigo murmurar, por un momento distraído por la gran maquina a nuestro alrededor. No dudo que querría explorar, pero no hay espacio aquí para el curioso príncipe. El chico que se enterraba entre manuales y bicicletas construidas desde cero no tenía lugar en este mundo. *Lo maté, como también maté a Mareena*.

A pesar de la mente inclinada de Cal hacia lo mecánico y mi propio sentido eléctrico, no tenemos ni idea qué será lo siguiente. Cuando el Mersive se inclina, elevando la parte delantera de las profundidades del océano, toda la habitación se ladea. Este movimiento sorpresa nos lleva a los dos al suelo. Chocamos contra el suelo y entre nosotros. Nuestras heridas entrechocan, sacando doloridos suspiros de los dos. Sentirlo a él duele más que cualquier otra cosa, una profunda puñalada en la memoria, y me separo rápidamente.

Estremeciéndome, froto uno de mis muchos golpes.

—¿Dónde está Sara Skonos cuando se necesita? —refunfuño, pensando en la Curandera de Piel quien podría arreglarnos. Podría deshacerse de los dolores con un simple toque, devolviéndonos nuestro estado físico de luchadores.

Más dolor atraviesa la cara de Cal, pero no por sus heridas. *Bien hecho, Mare. Buen trabajo, criado por la mujer que sabía que su madre había sido asesinada por la reina. La mujer a la que nadie creía*.

—Perdona, no fue intencionado…

Él me evita y se pone de pie, un brazo contra la pared para mantener el equilibrio.

—Está bien, Ella era… —Las palabras son pesadas, afectadas—. Decidí no escucharla. No quise escucharla. Eso fue mi culpa.

Conocí a Sara Skonos solo una vez, cuando Evangeline casi me delató a todos durante una sesión de entrenamiento. Julian la citó —Julian, que la amaba— y miraba mientras arreglaba mi rostro sangriento y amoratado de vuelta. Los ojos de ella eran tristes, sus mejillas hundidas, su lengua faltando completamente. Arrancada por decir palabras contra la reina, por una verdad que nadie creyó. *Elara mató a la madre de Cal, Coriane la Reina Cantante. La propia hermana de Julian, la mejor amiga de Sara. Y a nadie pareció importarle. Era mucho más fácil mirar hacia otro lado*.

Simply Books

Maven también estaba ahí, odiando a Sara con cada aliento. Ahora sé que eso era una grieta en su armadura, revelando realmente quien era él bajo palabras ensayadas y sonrisas amables. Como Cal, no vi lo que había justo frente a mí.

Como Julian, ella probablemente ya esté muerta.

De repente las paredes metálicas y el ruido y los latidos en mis oídos son demasiado.

—Necesito salir de esta cosa.

A pesar del extraño ángulo de la habitación y de la persistente sirena en mi cabeza, mis pies saben qué hacer. No han olvidado el barro de Los Pilares, las noches pasadas en los callejones, o los Entrenamientos de carrera de obstáculos. Abro la puerta, buscando aire como si fuera una chica ahogándose. Pero el viciado aire filtrado del Mersive no me ofrece respiro. Necesito el olor de árboles, agua, lluvia de primavera, incluso calor veraniego o nieve de invierno. *Algo* que me recuerde al mundo más allá de esta lata de sardinas.

Cal me hace una señal con la cabeza para que me mueva antes de seguirme, sus pisadas son pesadas y lentas detrás. Me sigue de cerca, pero me da espacio. Solo si Kilorn pudiera hacer lo mismo.

Él se acerca desde el fondo del pasillo, usando agarraderas y ruedas metálicas de las puertas para ayudarse debido al ángulo de la nave. Su sonrisa se esfuma cuando ve a Cal, reemplazándola no con un ceño fruncido sino con fría indiferencia. Supongo que piensa que ignorar al príncipe lo enfadará más que hostilidad directa. O quizás Kilorn no quiere probar a un humano lanzallamas en un espacio tan pequeño.

—Estamos saliendo a la superficie —dice, llegando a mi lado.

Aprieto mi agarre a una rejilla cercana, usándola para mantenerme de pie.

—¿No dices?

Kilorn hace una mueca, se apoya en la pared frente a mí. Coloca sus pies a cada uno de mis lados, un reto si es que nunca hubo uno. Noto el calor de Cal detrás, pero el príncipe parece ser que también está tomando el camino de la indiferencia, porque no dice nada.

No seré un trofeo en el estúpido juego que están jugando. Ya he hecho eso suficientes veces en toda una vida.

—¿Cómo está-como-se-llame? ¿Lena?

El nombre golpea a Kilorn como una bofetada. Su sonrisa se afloja, un lado de su boca cayendo.

—Está bien, imagino.

—Eso está bien, Kilorn. —Le doy un amistoso, casi condescendiente, golpecito en el hombro. El cambio funciona perfectamente—. Deberíamos estar haciendo amigos.

El Mersive se equilibra bajo nosotros, pero nadie tropieza. Ni siquiera Cal, que no tiene mi balance ni de cerca o las piernas marinas de Kilorn, ganadas duramente en un bote de pesca. Está tenso como un alambre, esperando a que tome la delantera. Debería hacerme reír, el pensamiento de un príncipe siguiéndome, pero tengo demasiado frío y estoy agotada para hacer algo más que seguir adelante.

Y así lo hago. Recorro el pasillo, con Cal y Kilorn en fila, hacia el montón de Guardias esperando en la escalerilla que nos trajo aquí abajo para empezar. Los heridos van primero, atados a improvisadas camillas e izados a la abierta noche. Farley supervisa, su traje incluso más sangriento que antes. Hace un sombrío gesto, apretándose las vendas, con una jeringuilla entre sus dientes. Unos cuantos de los que están peor reciben un pinchazo mientras pasan, medicación para ayudar contra el dolor de ser movidos por el estrecho tubo. Shade es el último de los heridos, apoyándose pesadamente en los dos Guardias que importunaron a Kilorn con la enfermera. Me acercaría, pero la multitud está demasiado apretada, y ya no quiero más atención por hoy. Todavía débil por el tele-transporte, él sólo se puede apoyar en una pierna y enrojece furiosamente cuando Farley lo ata a una camilla. No puedo oír lo que le dice a él, pero de alguna manera lo calma. Él incluso rechaza su inyección, en cambio aprieta los dientes contra el desapacible dolor de ser izado por la escalerilla. Una vez que Shade ha sido llevado con seguridad, el proceso va mucho más rápido. Uno tras otro, los Guardias siguen subiendo la escalerilla uno tras otro, vaciando el pasillo lentamente. Muchos de ellos son enfermeros, hombres y mujeres marcados con trajes blancos con varios grados de manchas de sangre.

No pierdo el tiempo saludando a otros con la cabeza, fingiendo educación como debería una dama. Todos vamos al mismo sitio. Así que cuando la multitud se despeja un poco, la escalerilla despejándose, me dirijo deprisa. Cal me sigue, y su presencia combinada con la mía separa a los Guardias como un cuchillo. Se echan atrás rápidamente, algunos incluso tropezando para darnos nuestro espacio. Solo Farley sigue firme de pie, una mano alrededor de la escalerilla. Para mi sorpresa, nos ofrece, a mí y a Cal, un gesto de saludo. *A los dos*.

Eso debería haber sido la primera alarma.

Subir los peldaños de la escalerilla hace mis músculos arder, todavía tensa por Naercey, la arena, y mi captura. Puedo oír un extraño clamor por encima, pero no me desalienta en lo más mínimo. Necesito salir del Mersive, lo más rápido posible.

Mi último vistazo al Mersive, mirando atrás sobre mi hombro, es extraño, pasando por Farley y hacia la estación médica. Todavía hay heridos allí, inmóviles bajo sus mantas. *No, no son heridos*, me doy cuenta y subo. *Muertos*.

Más arriba de la escalerilla, suena el viento, y un poco de agua gotea adentro. Nada por lo que preocuparse, asumo, hasta que llego al círculo abierto de oscuridad. Una tormenta aúlla tan fuertemente que la lluvia golpea de lado, quedándome al descubierto sin la mayoría del tubo y la escalerilla. Pica contra mi cara arañada, empapándome en segundos. *Tormentas de otoño*. Aunque no puedo recordar una tormenta tan brutal como ésta. Me golpea, llenando mi boca con lluvia cortante, un spray salino. Por suerte, el Mersive está fuertemente amarrado a un muelle que casi no puedo ver, y aguanta firmemente contra las fuertes olas grises debajo.

—¡Por aquí! —grita una voz familiar en mi oreja, guiándome fuera de la escalerilla y por el cascaron cubierto de lluvia y agua de mar del Mersive. A través de la oscuridad, casi no puedo ver al soldado guiándome, pero su masiva corpulencia y su voz son fáciles de seguir.

—¡Bree! —Cierro mi mano en la de él, sintiendo los callos en el agarre de mi hermano mayor. Camina como un ancla, pesado y despacio, ayudándome a salir del Mersive y por el muelle. No es mucho mejor, metal corroído por el óxido, pero lleva a tierra y eso es todo lo que me importa. Tierra y *calidez*, un respiro bienvenido después de las frías profundidades del océano y mis memorias.

Nadie ayuda a Cal a bajar del Mersive, pero lo hace bien por sí mismo. De nuevo, tiene cuidado de mantener las distancias, caminando unos cuantos pasos por detrás de nosotros. Estoy segura que él no ha olvidado su primer encuentro con Bree en Los Pilares, cuando mi hermano no era otra cosa más que educado. En realidad, ninguno de los Barrows se preocupaban por Cal, excepto mamá y quizás Gisa. Pero no sabían quién era él en aquel entonces. Será una reunión interesante.

La tormenta dificulta ver Tuck, pero puedo decir que la isla es pequeña, cubierta de dunas y tumultuosa hierba alta como las olas. El latigazo de rayo en el agua ilumina la noche por un momento, enseñándonos el camino frente a nosotros. Ahora en campo abierto, sin los apretados muros del Mersive o del Tren Subterráneo, puedo ver que no sumamos más de treinta, incluyendo a los heridos. Ellos se dirigen hacia dos edificios de hormigón donde el muelle toca tierra. Unas cuantas estructuras se alzan en las suaves colinas delante de nosotros, parecen bunkers o barracones. Pero lo que hay más allá de ellos, no puedo decir. El siguiente rayo, más cercano esta vez, lanza deliciosos escalofríos a mi sistema nervioso. Bree lo confunde con frío, y me aprieta más, echándome su fuerte brazo por los hombros. Su peso me hace difícil caminar, pero lo soporto.

No se puede llegar suficientemente rápido al final del muelle. Pronto estaré dentro, seca, en tierra firme, y reunida con los Barrows después de demasiado tiempo. La perspectiva es suficiente para hacerme caminar a través de la actividad y el bullicio mojado. Enfermeros cargan a los heridos en una vieja barcaza, la zona de carga para

las camas está tapada por un toldo a prueba de agua. Indudablemente fue robada, como lo fue todo el resto. Los dos edificios en tierra son hangares, sus puertas se entreabren lo suficiente para revelar más barcazas esperando dentro. Hay incluso un par de botes anclados al puerto, balanceándose en las grises olas como si estuvieran surfeando la tormenta. Nada coincide, viejos botes en varios tamaños, botes lisos y brillantes, algunos pintados en plata, negros, verde. Robados o secuestrados o las dos cosas. Incluso reconozco el nuboso azul y gris, los colores de la marina de Nortan, en un bote. Tuck es como una versión más amplia del viejo camión de Will Whistle, lleno hasta los topes de partes y trozos de canjes o robos.

Las barcazas médicas se mueven lentamente antes que las alcancemos, luchando contra la lluvia y subiendo el camino de arena. Solo la indiferencia de Bree me detiene de acelerar el paso. Él no está preocupado por Shade, o por lo que hay en lo alto de la colina, así que también lo intento.

Cal no está de acuerdo con mi sentimiento y finalmente acelera para poder caminar a mi lado. Es la tormenta o la oscuridad, o puede ser sencillamente su sangre plateada lo que hace que se vea tan pálido y asustado.

—Esto no puede durar mucho —murmura él, lo suficientemente bajo que solo yo puedo oírlo.

—¿Qué es eso, príncipe? —dice Bree, en un rugido sordo. Le doy un codazo suave en las costillas, pero no consigo mucho más que amoratar mi codo—. No importa, lo sabremos lo suficientemente pronto.

Su tono es peor que sus palabras. Frío, brutal, tan diferente al hermano sonriente que solía conocer. La Guardia también lo ha cambiado.

—¿Bree, de qué estás hablando?

Cal ya lo sabe y se detiene en su trayectoria, mirándome. El viento despeina su cabello, aplastándolo contra su cabeza. Sus ojos color bronce se ven oscurecidos con miedo, y mi estómago se revuelve ante esta vista. *Otra vez no*, ruego. *Dime que no me he metido en otra trampa*.

Uno de los hangares aparece detrás de él, sus puertas abriéndose ampliamente con bisagras extrañamente silenciosas. Demasiados soldados como para contarlos salen al unísono, como un regimiento en la legión, sus armas están listas y sus ojos brillantes en la lluvia. Puede ser que su líder sea también un Temblor, con cabello rubio casi blanco y disposición helada. Pero él es de sangre roja como yo, uno de sus ojos esta nublado carmesí, sangrando bajo la lente.

—¿Bree, qué es esto? —grito, girándome hacia mi hermano con un gruñido visceral. Entonces, toma mis manos con las suyas, y no de una forma suave. Me atrapa firmemente, usando su fuerza superior para mantenerme separada de él. Si fuera cualquier otro, le daría una fuerte sacudida. Pero este es mi hermano. No puedo hacerle eso, *no lo haré*—. ¡Bree, *suéltame*!

—No le haremos daño —dice, repitiéndolo una y otra vez—. No le vamos a hacer daño, te lo prometo.

Así que esto no es para atraparme. Pero la idea no me calma nada. En todo caso, me enfadada más y me desespera.

Cuando miro atrás, los puños de Cal están en llamas, sus brazos se estiran ampliamente para enfrentar a los hombres de ojos sangrantes.

—¿Bien? —gruñe retándolos, sonando más como un animal que como un hombre. *Un animal acorralado*.

Demasiadas armas, incluso para Cal. Le dispararán si tienen que hacerlo. Puede que hasta sea lo que quieren hacer. Una excusa para matar al príncipe caído. Parte, la mayor parte de mí, sabe que serían perdonados por esto. Cal era un cazador de la Guardia Escarlata, esencialmente garantizó la muerte de Tristan, el suicidio de Walsh, y la tortura de Farley. Soldados mataban bajo sus órdenes, destruyendo la mayoría de la fuerza rebelde de Farley. Y quien sabe a cuantos ha enviado a morir al frente en la guerra, cambiando soldados Rojos por unos miserables kilómetros en Lakelands. Él no debe lealtad a la causa. Él es un peligro para la Guardia Escarlata.

Pero él es un arma como también lo soy yo, una que podemos usar en los días venideros. Para los nuevasangre, contra Maven, una antorcha para ayudar a levantar la oscuridad.

—Él no puede salir de ésta luchando, Mare. —Ese es Kilorn, escogiendo el peor de los momentos para retroceder furtivamente. Susurra en mi oreja, actuando como si su cercanía puede influenciarme—. Morirá si lo intenta.

Su lógica es difícil de ignorar.

—De rodillas, Tiberias —dice el hombre de ojos sangrientos, dando atrevidos pasos hacia el príncipe en llamas. Vapor sale de su fuego, como si la tormenta tratara de apagarlo—. Manos detrás de la cabeza.

Cal no hace caso, y retrocede ante la mención de su nombre de nacimiento. Está firme, fuerte, orgulloso, aunque sabe que la batalla está perdida. Hubo una vez en que intentó rendirse, tratando de salvar el pellejo. Ahora cree que su pellejo no tiene ningún valor. Solo parezco pensar de otra manera.

—Cal, haz como te ha dicho.

El viento se lleva mi voz así que todo el hangar me oye. Me asusta que puedan oír mi corazón también, golpeando como un tambor en mi pecho.

—*Cal*.

Lentamente, de mala gana, como una estatua desmoronándose en polvo, Cal se hunde en sus rodillas y su fuego se consume. Él hizo lo mismo ayer, arrodillado junto al cuerpo decapitado de su padre.

El hombre de ojos sangrientos sonríe, sus dientes brillantes y rectos. Se para sobre Cal con entusiasmo, disfrutando la vista de un príncipe arrodillado. Disfrutando del *poder* que le da.

Pero yo soy la chica rayo, y él no sabe nada de auténtico poder.

5

Tratan de convencerme que es lo mejor, pero sus pobres excusas caen en oídos poco comprensivos. Kilorn y Bree utilizan rápidamente todos los argumentos que les han hecho decir.

Él es peligroso, incluso para ti. Pero sé mejor que cualquiera que Cal nunca me haría daño. Incluso cuando tuvo razones para hacerlo, no le tenía miedo.

Él es uno de ellos. No podemos confiar en él. Después de lo que Maven le ha hecho a su legado y reputación, Cal no tiene nada ni a nadie más que a nosotros ahora, incluso si se niega a admitirlo.

Él es valioso. Un general, un príncipe de Norta, y el hombre más buscado del reino. Uno que me da una pausa y toca una fibra de miedo en el fondo. Si el hombre con la sangre en el ojo decide utilizar a Cal como ventaja frente a Maven, intercambiándolo o sacrificándolo, tomará todo lo que tengo para detenerlo. Toda mi influencia, todo mi *poder* y no sé si será suficiente.

Así que no hago más que asentirles, lentamente al principio, fingiendo estar de acuerdo. Pretendiendo estar controlada. Pretendiendo ser *débil*. Tenía razón. Shade me estaba advirtiendo antes. Una vez más, vio el cambio de la marea mucho antes que rodara. Cal es poder, fuego hecho carne, algo a lo que temer y derrotar. Y yo soy un rayo. ¿Qué tratarán de hacerme si no juego mi parte?

No he entrado en la otra cárcel, todavía no, pero puedo sentir la llave en la cerradura, amenazando con girar. Por suerte, tengo experiencia en este tipo de cosas.

El hombre de sangre en los ojos y sus soldados llevan a Cal al hangar, sin ser lo suficientemente estúpidos como para tratar de unir sus manos. Pero nunca bajan sus armas o la guarda, con cuidado de mantener su distancia para que alguno de ellos no sea quemado por su audacia. Solo puedo ver, ojos muy abiertos pero la boca cerrada, cuando la puerta del hangar se cierra de nuevo separándonos a los dos. No lo van a matar, no hasta que él les dé una razón. Solo puedo esperar que Cal se comporte.

—Sean cuidadosos con él —susurro, apoyándome en la calidez de Bree. Incluso en la fría lluvia de otoño se siente como un horno. Los largos años luchando en el frente norte lo han hecho inmune a mojarse y al frío. Pienso de nuevo en el viejo dicho de papá. *La guerra nunca se va*. Ahora lo sé de primera mano, aunque mi guerra es muy diferente a la suya.

Bree finge no oírme, apresurándonos desde los muelles. Kilorn nos sigue de cerca, sus botas capturando mis talones una o dos veces. Resisto las ganas de darle una patada, y me centro en subir los escalones de madera que llevan al cuartel colina

arriba. Los escalones están desgastados, golpeados por demasiados pies para contar. *¿Cuántos vinieron por este camino?* Me pregunto. *¿Cuántos están aquí ahora?*

Subimos la colina y la isla se extiende ante nosotros, revelando una base militar más grande de lo que esperaba. El cuartel en la cumbre era uno de al menos una docena de lo que veo ahora, organizado en dos filas pares, separados por concreto de una yarda de largo. Es plana y está bien mantenida, no como los escalones o el muelle. Hay una blanca línea pintada en el medio del patio, perfectamente recta, que se aleja en la noche tormentosa. A dónde va, no tengo ni idea.

Toda la isla tiene un aire de quietud, momentáneamente congelada por la tormenta. Viniendo la mañana, cuando la lluvia termine y la oscuridad se eleve, supongo que voy a ver la base en todo su esplendor. Estoy desarrollando un mal hábito de subestimar a los demás, sobre todo cuando a la Guardia Escarlata se refiere.

Y como Naercey, Tuck es mucho más de lo que parece.

El frío que sentí en el Mersive y bajo la lluvia persiste, incluso cuando estoy entrando en la puerta de los cuarteles marcados con un "3" pintado de negro. Tengo frío en los huesos, en mi corazón. Pero no puedo dejar que mis padres vean eso, por su bien. Les debo tanto. Deben pensar en mí, intacta, sin afectarme por el encarcelamiento de Cal y mis propias duras pruebas en un palacio y una arena. Y la Guardia debe pensar que estoy de su lado, aliviada de estar "segura".

¿Pero no es así? ¿No le he hecho el juramento a Farley y a la Guardia Escarlata?

Ellos creen como lo hago yo, en el final de los reyes Plateados y los esclavos Rojos. Sacrificaron soldados *por* mí, *a causa* de mí. Son mis *aliados*, mis correligionarios, hermanos y hermanas en armas, pero el hombre de sangre en los ojos me da qué pensar. Él no es Farley. Ella puede ser brusca y de un una sola mente, pero sabe por lo que he pasado. Puede razonar con él. Dudo que la razón viva en el corazón del hombre con sangre en el ojo.

Kilorn está extrañamente tranquilo. Este silencio no es nosotros en absoluto. Estamos acostumbrados a llenar el espacio con insultos, burlas, o en el caso de Kilorn, con un completo disparate. No está en nuestra naturaleza ser silenciosos alrededor del otro, pero ahora no tenemos nada que decir. Él sabía lo que pensaban hacer con Cal y estuvo de acuerdo con ello. Peor aún, ni siquiera me lo dijo. Me sentía enojada pero por el frío. Se come mis emociones, embotándolas en algo así como un zumbido eléctrico en el aire.

Bree no se da cuenta de la extrañeza entre nosotros, no lo haría. Además de ser agradablemente tonto, mi hermano mayor se fue cuando yo era una larguirucha de trece años, que robaba por diversión, no por necesidad, y no era tan cruel como en lo que me he convertido. Bree no me conoce como soy ahora, después de haberse perdido casi cinco años de mi vida. Pero entonces, mi vida ha cambiado más en los últimos meses que nunca. Y solo dos personas estuvieron conmigo a través de ello. El primero está encarcelado y el segundo lleva una corona de sangre.

Cualquier persona sensata los llamaría mis enemigos. Extraño, mis enemigos me conocen mejor, y mi familia no me conoce en absoluto.

En el interior del cuartel está dichosamente seco, zumbando con luces y cables agrupados a lo largo del techo. Las gruesas paredes de concreto convierten el corredor en un laberinto, sin marcadores para guiar el camino. Cada puerta está cerrada, acero gris y corriente, pero algunas llevan signos de vida en su interior. Algunas hierbas de playa adornan la perilla, un collar roto suspendido encima de una puerta, y así sucesivamente. Este lugar no tiene sólo terribles soldados, sino también los refugiados de Naercey y quien sabe qué más. Después de la promulgación del Measures, comandado por mis propios labios, muchos Soldados de la Guardia y Rojos por igual, huyeron de tierra firme. ¿Cómo podían quedarse, amenazados por el reclutamiento y la ejecución? *Pero, ¿cómo se las arreglaron para escapar? ¿Y cómo llegaron aquí?*

Otra pregunta que se une a mi lista cada vez más grande.

A pesar de mi distracción, mantengo una cuidadosa atención a los giros y vueltas que mi hermano toma. Aquí, uno, dos, tres esquinas, a la izquierda de la puerta con la palabra "PRADERA" tallada en ella. Una parte de mí se pregunta si él está tomando una ruta indirecta a propósito, pero Bree no es lo suficientemente inteligente como para eso. Creo que debería estar agradecida. Shade no tenía problemas para jugar al embaucador, pero Bree no. Él es la fuerza bruta, una roca rodando fácil de esquivar. Es un soldado de la Guardia también, liberado de un ejército para unirse a otro. Y en base a la forma en que me sostuvo en los muelles, debe su lealtad a la Guardia y nada más. Tramy probablemente es lo mismo, siempre dispuesto a seguir y ocasionalmente guiar a nuestro hermano mayor. Sólo Shade tiene el buen sentido de mantener los ojos abiertos, para esperar y ver lo que nos depara el destino *nuevasangre*.

La puerta por delante de nosotros está entreabierta, como si estuviera esperando. Bree no necesita decirme que ésta es la litera de nuestra familia, porque hay un trozo de tela color púrpura atada alrededor del pomo de la puerta. Está deshilachado en los bordes y torpemente bordado. Rayos de hilo centellan a través del trapo, un símbolo que no es ni Rojo ni Plateado, sino *mío*. Una combinación de colores de la Casa de Titanos, mi máscara y el rayo que surge dentro de mí, mi escudo.

A medida que nos acercamos, algo rueda detrás de la puerta, y un poco de calor se mueve. Conocería el sonido de la silla de rueda de mi padre en cualquier lugar.

Bree no llama a la puerta. Él sabe que todo el mundo está todavía despierto, esperándome.

Hay más espacio que en el mersive, pero la litera todavía es pequeña y estrecha. Por lo menos hay espacio para moverse, y un montón de camas para los Barrows, con incluso un poco de espacio para vivir alrededor de la puerta. Una sola ventana, de corte alto en la pared del fondo, que se cierra herméticamente contra la lluvia y el cielo parece un poco más ligero. El amanecer está llegando.

Sí lo está, creo, teniendo en cuenta la abrumadora cantidad de rojo. Pañuelos, trapos, restos, banderas, pancartas, rojo en todas las superficies y colgando en cada pared. Debería haber sabido que llegaríamos a esto. Gisa cosió vestidos para los Plateados una vez, ahora hace minuciosamente banderas de la Guardia Escarlata, decorando cualquier cosa que pueda encontrar con el sol desgarrado de la resistencia. No son bonitos, con puntos irregulares y patrones simples. Nada comparado con la técnica que usaba para tejer. Eso es culpa mía.

Está sentada en la pequeña mesa de metal, congelada con una aguja en la garra de su mano medio curada. Por un momento, se queda mirando, y también lo hace el resto. Mamá, papá, Tramy, mirando fijamente pero sin conocer a la chica que están mirando. La última vez que me vieron, no podía controlarme. Estaba atrapada, débil, confundida. Ahora estoy lesionada, llevando contusiones y traiciones, pero sé lo que soy, y lo que debo hacer.

Me he convertido en más, más de lo que podríamos haber imaginado. Me asusta.

—Mare. —Apenas se puede oír la voz de mi madre. Mi nombre tiembla en sus labios.

Como volver a Los Pilares, cuando mis chispas amenazaban con destruir nuestro hogar, ella es la primera en abrazarme. Después de un abrazo que no dura lo suficiente, me sienta en una silla vacía.

—Siéntate, bebé, siéntate —dice, agitando sus manos. *Bebé*. No he sido llamada así en años. Extraño que regrese ahora, cuando soy de todo menos una niña.

Me toca ligeramente a través de mi ropa nueva, buscando moretones debajo como si pudiera ver a través de la tela.

—Estás herida —murmura, negando—. No puedo creer que te dejen caminar después de, bueno, después de todo eso.

Estoy silenciosamente tranquila que no mencionara a Naercey, la arena, o antes. Creo que no soy lo suficientemente fuerte para aliviarlos, no tan pronto.

Papá se ríe oscuramente.

—Ella puede hacer lo que le plazca. No hay un *dejarla hacer* en esto. —Se mueve y noto más canas que nunca en su cabello. Está más delgado también, luciendo pequeño en la familiar silla—. Igual que Shade.

Shade es terreno común, y más fácil para hablar.

—¿Lo has visto? —pregunto, dejándome relajar contra el frío asiento de metal. Se siente bien para sentarse.

Tramy se levanta de su cama, con la cabeza casi al ras del techo.

—Voy a la enfermería ahora. Sólo quería asegurarme que estás…

Estar bien ya no es una palabra en mi vocabulario.

—…sigues en pie.

Solo puedo asentir. Si abro mi boca, podría decirles todo. El dolor, el frío, el príncipe que me ha traicionado, el príncipe que me salvó, la gente que he matado. Y si bien es posible que ya lo sepan, no me atrevo a admitir lo que he hecho. Para verlos decepcionados, disgustados, *aterrados* de mí. Eso sería más de lo que puedo soportar esta noche.

Bree va con Tramy, palmeándome bruscamente la espalda antes de seguir a nuestro hermano por la puerta. Kilorn permanece, todavía en silencio, apoyado contra la pared como si quisiera caer en ella y desaparecer.

—¿Tienes hambre? —dice mamá, ocupándose en una pequeña excusa de armario—. Hemos guardado unas raciones de cena, si quieres.

Aunque no he comido en no sé cuánto tiempo, niego. Mi agotamiento hace que sea difícil pensar en algo que no sea dormir.

Gisa nota mi actitud, y entrecierra sus brillantes ojos. Echa hacia atrás un trozo de suave cabello rojo del color de nuestra sangre.

—Deberías dormir. —Habla con tanta convicción que me pregunto quién es realmente la hermana mayor—. Dejen que duerma.

—Por supuesto, tienes razón. —Otra vez, mamá me lleva, esta vez sacándome de la silla hacia una litera con más almohadas que el resto. Hace de niñera, moviendo las mantas, dirigiendo mis movimientos. Solo tengo fuerza para seguirle, dejando que me arrope como nunca antes lo ha hecho—. Aquí está, cariño, duerme.

Cariño.

Estoy más segura de lo que lo he estado en días, rodeada de la gente a la que más amo, y aun así nunca he querido llorar tanto. Por ellos, me contengo. Me curvo en una bola y sangro sola, por dentro, donde nadie más puede verlo.

No pasa mucho tiempo hasta que estoy dormitando, a pesar de las brillantes luces y los bajos murmullos. La profunda voz de Kilorn retumba, hablando otra vez ahora que estoy fuera de la ecuación.

—Vigílenla. —Es lo último que oigo antes de sumergirme en la oscuridad.

En algún momento de la noche, en algún lugar entre el sueño y la vigilia, papá toma mi mano. No para despertarme, sólo para sostenerme. Por un momento, creo que es un sueño, y estoy de vuelta en la celda bajo el Cuenco de Huesos. Que el escape, la arena, las ejecuciones todos fueron una pesadilla que pronto tengo que revivir. Pero su mano es cálida, áspera, familiar y cierro mis dedos en los suyos. Es real.

—Sé lo que es matar a alguien —susurra, sus ojos en la lejanía, dos puntos de luz en la oscuridad de nuestra litera. Su voz es diferente, igual que él es diferente en este momento. El reflejo de un soldado, uno que ha sobrevivido demasiado en las entrañas de la guerra—. Sé lo que te hace.

Intento hablar. Realmente lo intento.

En su lugar, le dejo ir, y me voy a la deriva.

El fuerte olor a aire salado me despierta la mañana siguiente. Alguien ha abierto la ventana, dejando entrar una fresca brisa otoñal y la brillante luz del sol. La tormenta ha pasado. Antes de abrir los ojos, intento enfocarme. Esta es mi cabaña, la brisa viene del río, y la única decisión que tengo que tomar es si ir a la escuela o no. Pero eso no es una consolación. Esa vida, aunque más fácil, no es una a la que volvería si pudiera.

Tengo cosas que hacer. Tengo que encargarme de la lista de Julian, empezar las preparaciones para ese enorme proyecto. Y si solicito a Cal para eso, ¿quiénes son para negármelo? ¿Quién podría decir no ante el hecho de salvar a tantos de Maven?

Algo me dice que el hombre del ojo de sangre puede que lo haga, pero desecho la idea.

Gisa está tumbada en el catre frente a mí, usando su mano buena para soltar unos hilos de una pieza de tela negra. No se molesta en mirar mientras me estiro, haciendo sonar algunos huesos cuando me muevo.

—Buenos días, *bebé* —dice, apenas ocultando una burlona sonrisa.

Consigue una almohada en el rostro por hacerlo.

—No empieces —gruño, secretamente contenta por la burla. Si solo Kilorn hiciera eso, y fuera un poco el chico pescador que recuerdo.

—Todo el mundo está en el comedor. Todavía hay desayuno.

—¿Dónde está la enfermería? —le pregunto, pensando en Shade y Farley. Por el momento, ella es una de las mejores aliadas que tengo aquí.

—Tienes que comer, Mare —dice Gisa abruptamente, finalmente sentándose—. En serio.

La preocupación en sus ojos me detiene en seco. Debo verme peor de lo que pensaba para que Gisa me trate tan suavemente.

—Entonces ¿dónde está el comedor?

Resopla mientras se levanta, tirando su proyecto al catre.

—Sabía que me quedaría atrapada haciendo de niñera —murmura, sonando muy parecido a nuestra exasperada madre.

Esta vez esquiva la almohada.

El laberinto de barracones pasa más rápido ahora. Recuerdo el camino, al menos, y anoto mentalmente las puertas a medida que pasamos. Algunas están abiertas, revelando habitaciones con literas vacías o algunos Rojos desocupados. Ambos cuentan la historia del Barracón 3, que parecen estar designados a la estructura "familiar". La gente aquí no parecen soldados de la Guardia, y dudo que la mayoría de ellos hayan estado alguna vez en una lucha. Veo señales de niños, incluso algunos bebés, que huyeron con sus familias o fueron traídos a Tuck. Una habitación en particular está llena de juguetes viejos o rotos, sus paredes apresuradamente pintadas con un amarillo enfermizo en un intento de alegrar el hormigón. No hay nada escrito en la puerta, pero entiendo para quiénes es la habitación. *Huérfanos*. Rápidamente aparto los ojos, mirando a cualquier otra parte que no sea la jaula para los fantasmas vivientes.

Las tuberías recorren a lo largo del techo, llevando con ellas un lento pero constante pulso de electricidad. Qué proporciona energía a esta isla, no lo sé, pero el profundo zumbido es reconfortante, recordándome quién soy. Al menos eso es algo que nadie me puede quitar, no aquí, tan lejos de la habilidad silenciadora del ahora muerto Plateado Arven. Ayer, casi me mató, oprimiendo mi habilidad con la suya propia, convirtiéndome otra vez en la chica Roja con nada más que la suciedad bajo las uñas de sus dedos. En la arena, apenas tuve tiempo para temer tal posibilidad, pero ahora me acecha. Mi habilidad es mi posesión más preciada, aunque me separe de

todos los demás. Pero por el poder, por *mi* propio poder, es un precio que estoy dispuesta a pagar.

—¿Cómo es? —dice Gisa, siguiendo mi mirada al techo. Se concentra en el cableado, intentando sentir lo que siento, pero no le sale nada—. ¿La electricidad?

No sé qué decirle. Julian lo explicaría con facilidad, probablemente debatiéndose consigo mismo en el proceso, a la vez que detalla la historia de las habilidades y cómo llegaron a ser. Pero Maven me dijo ayer mismo que mi antiguo profesor no escapó. Fue capturado. Y conociendo a Maven, por no mencionar a Elara, lo más seguro es que Julian esté muerto, ejecutado por todo lo que me dio, y por los crímenes cometidos hace mucho. Por ser el hermano de la chica que el antiguo rey realmente amó.

—Poder —digo finalmente, abriendo la puerta al mundo exterior. El aire del mar me presiona, jugando en mi raído cabello—. Fuerza.

Palabras Plateadas, pero verdaderas a pesar de todo.

Gisa no es de las que te libera tan fácilmente. Aun así, se queda callada. Entiende que sus preguntas no son algo que quiera responder.

A la luz del día, Tuck parece a la vez menos y más ominoso. El sol brilla fuertemente por encima, calentando el aire otoñal, y más allá de los barracones, la hierba marina da paso a una dispersa colección de árboles. Nada como los robles y los pinos de casa, pero lo suficientemente buenos por ahora. Gisa nos guía a través del patio de hormigón, navegando por el bullicio de actividad. Los guardias con sus cintos rojos descargan los móviles, apilando más cajas como las que vi en el Mersive. Desacelero un poco, esperando obtener un vistazo de su carga, pero unos extraños soldados con uniformes nuevos hacen que me detenga. Usan azul, no el color claro de la Casa Osanos, sino algo frío y oscuro. Es familiar pero no puedo ubicarlo. Se parecen a Farley, altos y pálidos, con cabello rubio claro cortado agresivamente corto. *Extranjeros*, me doy cuenta. Están al lado de las pilas de la carga, rifles en mano, custodiando las cajas.

¿Pero custodiándoles de quién?

—No les mires —murmura Gisa, sujetando mi manga. Me empuja, ansiosa por alejarnos de los soldados azules. Uno en particular nos observa irnos, con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no? ¿Quiénes son?

Niega, empujando otra vez.

—Aquí no.

Naturalmente, quiero detenerme para mirar al soldado hasta que se dé cuenta de quién soy y lo que soy. Pero eso es una necesidad tonta e infantil. Debo mantener mi máscara, debo parecer la pobre chica rota por el mundo. Dejo que Gisa nos guíe lejos.

—Los hombres del Coronel —susurra tan pronto como estamos fuera del alcance del oído—. Vinieron con él del norte.

El norte.

—¿Lakelanders? —le respondo, casi jadeando por la sorpresa. Asiente, estoica.

Ahora los uniformes, el color de un frío lago, tiene sentido. Son soldados de otro ejército, *otro* rey, pero están aquí, con nosotros. Norta ha estado en guerra con los Lakelands durante un siglo, luchando por tierra, comida y gloria. Los reyes del fuego contra los reyes del invierno, con sangre roja y plateada en medio. Pero el amanecer, parece que está llegando para todos ellos.

—El Coronel es un Lakelander. Después de lo que pasó en Archeon… —Su rostro se entristece, aunque no conoce la mitad de mi experiencia allí—. Vino para "arreglar las cosas", según Tramy.

Hay algo mal aquí, empujando en mi cerebro como Gisa empujando de mi manga.

—¿Quién es el Coronel, Gisa?

Me lleva un minuto darme cuenta que hemos llegado al comedor, un edificio plano igual que los barracones. El estruendo del desayuno se hace eco detrás de las puertas, pero no las atravesamos. Aunque el olor a comida hace que mi estómago gruña, espero la respuesta de Gisa.

Simply Books

—El hombre del ojo sangriento —dice finalmente, señalando su propio rostro—. Se está haciendo cargo de todo.

Comando. Shade susurró la palabra en el Mersive, pero no pensé mucho en ello. ¿Es eso lo que quería decir? ¿Es el Coronel de quién estaba intentando advertirme? Después de su siniestro trato a Cal anoche, tengo que pensar que sí. Y saber que un hombre así está a cargo de esta isla, y de todos en ella, no es un consuelo en particular.

—Así que Farley está sin trabajo.

Se encoje de hombros.

—La Capitana Farley falló. A él no le gustó.

Entonces me odiará.

Alcanza la puerta, con una pequeña mano estirada. La otra ha sanado mejor de lo que pensaba que lo haría, con solo su quinto y cuarto dedo todavía retorcidos extrañamente, curvados hacia dentro. Huesos mal puestos, en castigo por confiar en su hermana hace mucho tiempo.

—Gisa, ¿a dónde se han llevado a Cal? —Mi voz es tan baja que temo que no me haya oído. Pero su mano se detiene.

—Hablaron de él anoche, cuando te fuiste a dormir. Kilorn no lo sabía, pero Tramy fue a verle. Para observar.

Un dolor agudo se dispara en mi corazón.

—¿Observar *qué*?

—Dijo sólo preguntas por ahora. Nada que pueda doler.

En lo más profundo, frunzo el ceño. Puedo pensar en muchas preguntas que herirían a Cal más que cualquier herida.

—¿Dónde? —le pregunto otra vez, poniendo un poco de acero en mi voz, hablando como debería hacerlo una princesa Plateada de nacimiento.

—Barracón Uno —susurra—. Les oí decir Barracón Uno.

Cuando abre la puerta del comedor, miro más allá de ella, a la línea de barracones que van hacia los árboles. Sus números están claramente pintados, negro contra el hormigón bañado por el sol: *2, 3, 4…*

Un repentino escalofrío me recorre la columna.

No hay Barracón 1.

6

La mayoría de la comida es una sosa papilla gris y agua tibia. Solo el pescado está bueno, bacalao sacado directamente del mar. Sabe a sal y océano, justo como el aire. Kilorn se maravilla por los peces, preguntando ociosamente qué tipo de redes utiliza la Guardia. *Estamos en una red, idiota*, quiero gritar, pero el comedor no es lugar para tales palabras. Aquí también hay Lakelanders estoicos en su azul oscuro. Mientras los guardias de uniforme rojo comen con el resto de los refugiados, los Lakelanders nunca se sientan, constantemente haciendo ronda. Me recuerdan a los oficiales de Seguridad, y siento un familiar escalofrío. Tuck no es tan diferente de Archeon. Las diferentes facciones luchan por el control, conmigo justo en el medio. Y Kilorn, mi amigo, mi amigo más antiguo, podría no creer que esto sea peligroso. O peor, podría entender y no importarle.

Mi silencio persiste, roto únicamente por los continuos mordiscos al pescado. Me están mirando de cerca, como les indicaron. Mamá, papá, Kilorn, Gisa, todos pretendiendo no mirar y fallando. Los chicos se han ido, todavía en la cabecera de Shade. Al igual que yo, pensaron que estaba muerto y están recuperando el tiempo perdido.

—Entonces, ¿cómo llegaron aquí? —Las palabras se pegan en mi boca, pero las obligo a salir. Mejor hago yo las preguntas antes que comiencen conmigo.

—Barco —dice papá bruscamente alrededor de un sorbo de papilla. Se ríe de su broma, complacido consigo mismo. Sonrío un poco, para beneficio suyo.

Mamá le da un codazo, chasqueando su lengua con exasperación.

—Sabes lo que quiere decir, Daniel.

—No soy estúpido —se queja, tomando otra cucharada—. Hace dos días, alrededor de la medianoche, Shade apareció en el porche. Me refiero a que realmente apareció. —Hace un gesto con sus manos, chasqueando sus dedos—. Sabes de eso, ¿cierto?

—Sí.

—Casi nos da un ataque al corazón a todos, con él apareciendo y estando, bueno, vivo.

—Lo puedo imaginar —murmuro, recordando mi propia reacción al ver a Shade de nuevo. Pensaba que en ambos estábamos muertos, en algún lugar más allá de esta locura. Pero como yo, Shade simplemente se había convertido en alguien, *algo*, más para sobrevivir.

Papá continúa, ahora en un rollo literal. Su silla se mece de ida y vuelta sobre ruedas chirriantes, moviéndose con sus salvajes gestos.

—Bueno, después que tu mamá dejara de llorar en él, se puso manos a la obra. Comenzó tirando cosas en una bolsa, cosas inútiles. La bandera del porche, las imágenes, tu buzón. No tenía ningún sentido, en serio, pero es difícil preguntarle algo a un hijo que regresó a la vida. Cuando dijo que teníamos que irnos, ahora, *en ese momento*, me di cuenta que no estaba bromeando. Así que eso hicimos.

—¿Qué hay del toque de queda? —Las Medidas todavía son agudas en mi cabeza, como uñas en mi piel. ¿Cómo podría olvidarlas, cuando yo misma fui obligada a anunciarlas?—. ¡Podrían haberlos matado!

—Teníamos a Shade y su... su... —Papá lucha por encontrar la palabra correcta, haciendo gestos de nuevo.

Gisa pone los ojos en blanco, aburrida de las payasadas de nuestro padre.

—Él lo llama saltar, ¿recuerdas?

—Eso es. —Él asiente—. Shade nos saltó más allá de las patrullas y dentro del bosque. A partir de ahí, fuimos al río y a un barco. Todavía es permitido cargar para viajar de noche, ves, así que terminamos sentados en una caja de manzanas por quién sabe cuánto tiempo.

Simply Books

Mamá se encoge ante el recuerdo.

—Manzanas *podridas* —añade. Gisa se ríe un poco. Papá casi sonríe. Por un momento, la papilla gris es el mal guiso de mamá, los muros de concreto se convierten en madera tosca y son los Barrows en la cena. Estamos en casa de nuevo y soy sólo Mare.

Dejo que los segundos pasen, escuchando y sonriendo. Mamá parlotea de nada en particular, así que no tengo que hablar, dejándome comer en tranquila paz. Incluso ahuyenta las miradas en el desastroso comedor, encontrándose con cada ojo que se desliza en mi dirección con una viciosa mirada que conozco de primera mano. Gisa también juega su parte, distrayendo a Kilorn con noticias de los Pilares. Él escucha atentamente y ella se muerde el labio, satisfecha con su atención. Supongo que su pequeño enamoramiento todavía no ha desaparecido. Eso deja sólo a papá, comiendo su segundo plato de papilla con abandono. Me mira por encima del borde de su tazón y vislumbro el hombre que era. Alto, fuerte, un orgulloso soldado, una persona que apenas recuerdo, tan lejos de lo que es ahora. Pero como yo, como Shade, como el Guardia, papá no es la absurda cosa arruinada que parece. A pesar de la silla, la pierna que le falta y el artefacto haciendo clic en su pecho, todavía ha visto más batallas y sobrevivió más tiempo que la mayoría. Perdió la pierna y el pulmón sólo tres meses antes de una descarga completa, después de cerca de veinte años de servicio militar obligatorio. ¿Cuántos llegaron tan lejos?

Parecemos débiles porque queremos parecerlo. Tal vez esas no son palabras de Shade en absoluto, sino de nuestro padre. Aunque sólo me he dado cuenta de mi propia fuerza, él ha estado escondiendo la suya desde que regresó a casa. Recuerdo lo que dijo anoche, medio oculto en sueños. *Sé lo que es matar a alguien*. Ciertamente no lo dudo.

Extraño, es la comida lo que me recuerda a Maven. No el sabor, sino en sí el acto de comer. Mi última comida fue a su lado, en el palacio de su padre. Bebimos de vasos de cristal y mi tenedor tenía un mango de perlas. Estábamos rodeados de sirvientes, pero aun así bastante solos. No pudimos hablar de la noche por venir, pero seguía robando miradas de él, esperando no perder mi valentía. Me dio tanta fuerza en ese momento.

Creía que me había escogido, y a mi revolución. Creía que Maven era mi salvador, una bendición. Creía en lo que podría ayudarnos a hacer.

Sus ojos eran tan azules, llenos de un tipo diferente de fuego. Una llama hambrienta, aguda y extrañamente fría, teñida con miedo. Pensé que teníamos miedo, por nuestra causa, el uno por el otro. Estaba tan equivocada.

Lentamente, empujo el plato de pescado para alejarlo, raspando la mesa. *Suficiente*.

El ruido atrae la mirada de Kilorn como una alarma y se balancea hacia atrás para mirarme.

—¿Terminado? —pregunta, mirando mi desayuno a medio comer.

En respuesta, me pongo de pie y se pone de pie junto a mí. Como un perro siguiendo órdenes. *Pero no las mías*.

—¿Podemos ir a la enfermería?

Podemos. Las palabras son cuidadosamente seleccionadas, una cortina de humo para hacerlo olvidar quién y qué soy ahora.

Asiente, sonriendo.

—Shade está mejorando a cada momento. Bueno, Barrows, ¿les importaría un viaje? —añade con una mirada hacia lo más parecido que tiene a una familia.

Mis ojos se abren. Necesito hablar con Shade, averiguar dónde está Cal y cuáles son los planes del Coronel. Por mucho que extrañaba a mi familia, sólo se interpondrán en el camino. Por suerte, papá entiende. Su mano se mueve rápidamente por debajo de la mesa, deteniendo a mamá antes que pueda hablar, comunicándose sin palabras. Ella se mueve, adoptando una sonrisa de disculpa que no llega a sus ojos.

—Iremos más adelante, creo —dice ella, queriendo decir mucho más que esas pocas palabras—. Cerca del momento de cambio de batería, ¿cierto?

—Joder —se queja papá en voz alta, lanzando su cuchara hacia el cuenco de barro.

Los ojos de Gisa se encuentran rápidamente con los míos, leyendo lo que necesito. *Tiempo, espacio, una oportunidad para empezar a desenredar este embrollo*.

—Tengo más banderas que ordenar. —Suspira—. Pasan de ellas bastante rápido.

Kilorn se desentiende del pinchazo de buen carácter con una risa y una sonrisa ladeada, al igual que lo ha hecho mil veces.

—Sírvanse. Es por este lado, Mare.

Tan condescendiente como puede ser, dejo que me lleve a través del comedor. Soy cuidadosa de hacer una demostración de ello, fingiendo una cojera, manteniendo mi mirada gacha. Peleo contra el impulso de mirar hacia todos observando, los Guardias, los Lakelanders, incluso los refugiados. Mi tiempo en la corte del rey muerto me sirve igual de bien en una base militar, donde una vez más debo ocultar quien soy. Entonces pretendo ser Plateada, inquebrantable, sin miedo, un pilar de fuerza y poder llamado Mareena. Pero esa chica estaría justo al lado de Cal, confinada en los Cuarteles perdidos. Así que debo ser Rojo de nuevo, una chica llamada Mare Barrow, una chica a la que nadie debe temer o sospechar, dependiente de un chico Rojo y no de sí misma.

La advertencia de papá y de Shade nunca ha sido tan clara.

—¿La pierna te sigue molestando?

Estoy tan concentrada en fingir la cojera, que apenas escucho la preocupación de Kilorn.

—No es nada —respondo finalmente, presionando mis labios en una fina línea de forzado dolor—. Lo he pasado peor.

—Saltando desde el porche de Ernie Wick me viene a la mente. —Sus ojos brillan ante el recuerdo.

Me rompí la pierna ese día y pasé meses con una escayola de yeso que nos costó a ambos la mitad de nuestros ahorros.

—Eso no fue mi culpa.

—Creo que tú elegiste hacerlo.

—Fui *retada*.

—Ahora, ¿quién habría hecho tal cosa?

Se ríe abiertamente, empujándonos a través de un conjunto de puertas dobles. El pasillo en el otro lado es obviamente una nueva adición. La pintura todavía luce húmeda en algunos lugares. Y en lo alto, las luces parpadean. *Mal cableado*, lo sé instantáneamente, sintiendo los lugares donde la electricidad se deshilacha y se fracciona. Pero un cable de alimentación permanece intacto, fluyendo por el pasaje hacia la izquierda. Muy a mi pesar, Kilorn nos lleva a la derecha.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando hacia la dirección opuesta.

Él no miente.

—No lo sé.

La enfermería en Tuck no es tan sombría como la estación médica en el mersive. Las altas y estrechas ventanas están abiertas, inundando la habitación con aire fresco y luz solar. Trajes blancos van y vienen entre los pacientes, sus vendas felizmente limpias de sangre roja. Conversación suave, algunos tosidos secos, incluso un estornudo llena la habitación. Ni un solo grito de dolor o rompimiento de hueso interrumpe el suave ruido. Nadie se está muriendo aquí. *O simplemente ya se han muerto*.

Shade no es difícil de encontrar, y esta vez, no está fingiendo dormir. Su pierna aún está elevada, sostenida por un cabestrillo más profesional y su vendaje del hombro

es nuevo. Está volteado hacia la derecha, viendo la cama junto a él con una expresión estoica. A quién se está dirigiendo, todavía no lo puedo decir. Una cortina rodea la cama por dos de sus lados, ocultando el ocupante del resto de la enfermería. A medida que nos acercamos, la boca de Shade se mueve rápidamente, susurrando palabras que no puedo descifrar.

Se detiene en seco al verme y se siente como una traición.

—Acabas de perderte a los brutos —me dice, ajustándose para que haya espacio para mí en la cama. Un enfermero se mueve para ayudar, pero Shade lo despide con una mano magullada.

Los brutos, su antiguo apodo para nuestros hermanos. Shade creció como el menor, y a menudo era el saco de boxeo de Bree. Tramy era más amable, pero siempre siguió los torpes pasos de Bree. Con el tiempo Shade creció en inteligencia y fue lo suficientemente rápido para evadirlos a ambos y me enseñó a hacer lo mismo. No me cabe duda que los despachó de la cama, permitiéndole suficiente privacidad para hablar conmigo, y con quien sea que está detrás de la cortina.

—Bueno, ya estaban en mis nervios —contesto con una sonrisa bonachona.

Para los extranjeros, nos vemos como hermanos que juegan. Pero Shade me conoce mejor, sus ojos oscureciéndose cuando llego a los pies de su cama. Nota mi cojera forzada y asiente infinitésimamente. Reflejo la acción. *Recibí tu mensaje, Shade, fuerte y claro*.

Antes que incluso pudiera hacer alusión a preguntarle acerca de Cal, otra voz me interrumpe. Aprieto mis dientes ante el sonido, obligándome a mantener la calma.

—¿Qué te parece Tuck, chica rayo? —dice Farley desde la apartada cama junto a Shade. Balancea sus piernas por un lado, totalmente frente a mí, con las dos manos apretadas en sus sábanas. Vetas de dolor a través de su bonito rostro arruinado por una cicatriz.

La pregunta es fácil de esquivar.

—Todavía lo estoy decidiendo.

—¿Y el Coronel? ¿Qué te parece? —continúa, bajando su voz. Sus ojos son reservados, ilegibles. No hay manera de saber lo que quiere oír. Así que me encojo de hombros, ocupándome con la organización de las mantas de Shade en su lugar.

Algo parecido a una sonrisa tuerce sus labios.

—Él hace una bastante interesante primera impresión. Necesita demostrar que está en control con cada respiración, especialmente junto a personas como ustedes dos.

Doy la vuelta en la cama de Shade en un instante, plantándome entre Farley y mi hermano. En mi desesperación, me olvido de cojear.

—¿Es por eso que se llevó a Cal? —Las palabras salen agudas y rápidas—. ¿No puede tener a un guerrero como él corriendo alrededor, haciéndolo quedar mal?

Ella baja su mirada, avergonzada.

—No —murmura. Suena como una disculpa, pero de qué, todavía no lo sé—. No es por eso que se llevó al príncipe.

Temor florece en mi pecho.

—¿Entonces por qué? ¿Qué ha hecho?

No tiene la oportunidad de decirme.

Un extraño silencio desciende en la enfermería, las enfermeras, mi corazón y las palabras de Farley. Sus cortinas ocultan la puerta de nosotros, pero escucho las pisadas de botas marchando con ritmo rápido. Nadie habla, aunque algunos soldados saludan desde sus camas cuando las botas se acercan. Puedo verlos a través de la brecha entre la cortina y el suelo. Cuero negro, recubiertas con arena húmeda y acercándose a cada segundo. Incluso Farley se estremece ante la visión, clavando sus uñas en la cama. Kilorn se acerca, medio ocultándome con su corpulencia, mientras Shade hace lo mejor que puede para sentarse.

Aun cuando ésta es un área médica llena de Rojos heridos y mis llamados aliados, un pequeño pedazo llama a los rayos. Llamaradas de electricidad en mi sangre, lo suficientemente cerca para alcanzarlas si las necesito.

El Coronel rodea la cortina, su ojo rojo arreglado con un resplandor constante. Para mi sorpresa, aterriza en Farley, renunciando a mí por el momento. Sus escoltas, Lakelanders por sus uniformes, lucen como pálidas y sombrías versiones de mi hermano Bree. Tallados con músculo, altos como árboles y obedientes. Flanquean al Coronel en un movimiento practicado, tomando posiciones al final de las camas de Shade y de Farley. El propio Coronel se encuentra en el medio, advirtiéndonos a Kilorn y a mí. *Demostrando que está en control*.

—¿Ocultándose, Capitana? —dice el Coronel, tocando la cortina alrededor de la cama de Farley. Se eriza ante el nombre y la insinuación. Cuando desdeña en voz alta, ella se encoge visiblemente—. Eres lo suficientemente lista para saber que una audiencia no te protegerá.

—Traté de hacer todo lo que ha solicitado, lo difícil y lo imposible —responde. Sus manos tiemblan en las mantas, pero con rabia, no con miedo—. Me dejó un centenar de soldados para derrocar a Norta, a todo un país. ¿Qué esperaba, Coronel?

—Esperaba que volvieras con más de veintiséis de ellos. —La réplica aterriza con fuerza—. Esperaba que fueras más lista que un *principito* de diecisiete años de edad. Esperaba que protegieras a tus soldados, no que los tiraras a una cueva de lobos Plateados. Esperaba mucho más de ti, Diana, y mucho más de lo que diste.

Diana. El nombre es su golpe mortal. *Su verdadero nombre*.

Sus estremecimientos de rabia se vuelven vergüenza, reduciendo a Farley a un cascarón vacío. Se queda mirando sus pies, fijando sus ojos en el suelo. Conozco muy bien su aspecto, el aspecto de un alma destrozada. Si hablas, si te mueves, colapsarás. Ya está empezando a desmoronarse, nivelada por el Coronel, sus palabras y su propio nombre.

—Yo la convencí, Coronel.

Una parte desea que mi voz temblara, para hacer que este hombre piense que le temo. Pero me he enfrentado a peores cosas que un soldado con un ojo sangriento y un mal genio. Mucho, mucho peores.

Suavemente, empujo a Kilorn hacia un lado, moviéndome hacia adelante.

—Asumí responsabilidad por Maven y su plan. Si no fuera por mí, sus hombres y mujeres estarían vivos. Su sangre está en mis manos, no en las de ella.

Para mi sorpresa, el Coronel sólo se ríe de mi arrebato.

—No todo gira en torno a usted, señorita Barrow. El mundo no se eleva y cae bajo sus órdenes.

Eso no es lo que quise decir. Suena absurdo, incluso en mi propia cabeza.

—Estos errores son suyos y de nadie más —continúa, girándose de nuevo hacia Farley—. Te retiro de tu cargo, Diana. ¿Desafías esto?

Por un breve y tranquilo momento, parece que podría hacerlo. Pero deja caer su cabeza y su mirada, retirándose hacia el interior.

—No, señor.

—Tu mejor decisión en semanas —espeta él, volteándose para irse.

Pero ella no ha terminado. Levanta la mirada una vez más.

—¿Qué hay de mi misión?

—¿Misión? ¿Qué misión? —El Coronel parece más intrigado que enfadado, el ojo bueno saliéndose de su cuenco—. No estaba al tanto de alguna nueva orden.

Farley vuelve su mirada a mí y siento una extraña afinidad hacia ella. Incluso derrotada, todavía sigue luchando.

—La señorita Barrow tenía una propuesta interesante, una que planeo seguir. Creo que el Comando estará de acuerdo.

Casi le sonrío a Farley, envalentonada por su declaración en la cara de semejante oponente.

—¿Qué proposición es esa? —dice el Coronel, cuadrando sus hombros. Desde esta distancia, veo los remolinos distintivos de la sangre en su ojo, moviéndose lentamente, nubes en el viento.

—Me dieron una lista de nombres. De Rojos como mi hermano y yo, nacidos con la mutación que permite nuestras... habilidades. —Debo convencerlo, debo *hacerlo*—. Pueden ser encontrados, protegidos, *entrenados*. Rojos como nosotros, pero fuertes como Plateados, capaces de luchar contra ellos en campo abierto. Tal vez incluso lo suficientemente poderosos como para ganar la guerra. —Un tembloroso suspiro resuena en mi pecho, temblando con pensamientos de Maven—. El rey sabe de la lista y seguramente los matará a todos si no los encontramos primero. No dejará ir un arma tan fuerte.

El Coronel está en silencio por un momento, su mandíbula trabajando mientras piensa. Incluso se mueve nerviosamente, jugando con un collar de fina cadena escondido bajo su cuello. Vislumbro los enlaces de oro entre sus dedos, revelando una fina pieza que ningún soldado debería llevar. Me pregunto a quién se lo robó.

—¿Y quién te dio estos nombres? —pregunta finalmente, su voz nivelada y difícil de leer. Para ser un bruto, es sorprendentemente bueno en ocultar sus pensamientos.

Simply Books

—Julian Jacos. —Lágrimas inundan mis ojos ante el nombre, pero no las dejaré caer.

—Un Plateado —se burla el Coronel.

—Un simpatizante —ataco de vuelta, erizada ante su tono—. Fue detenido por *rescatar* a la Capitana Farley, Kilorn Warren y Ann Walsh. *Ayudó* a la Guardia Escarlata, se puso de nuestra parte. Y probablemente esté muerto por eso.

El Coronel se asienta sobre sus talones, todavía con el ceño fruncido.

—Oh, tu Julian está vivo.

—¿Vivo? ¿Todavía? —Suspiro, conmocionada—. Pero Maven dijo que lo mataría…

—Extraño, ¿cierto? ¿Que el rey Maven dejara que un traidor siguiera respirando? —revela, para mi sorpresa—. De la forma en que lo veo, tu Julian no estaba con ustedes en absoluto. Te dio la lista para que nos la pasaras, para enviar a la Guardia en una inútil búsqueda que terminaría en otra trampa.

Cualquiera puede traicionar a cualquiera. Pero me niego a creer eso de Julian. Entiendo lo suficiente de él para saber dónde están sus verdaderas lealtades, conmigo, Sara y cualquiera que se oponga a la reina que mató a su hermana.

—E incluso si, *si*, la lista es verdad y los nombres conducen a otras… —Busca la palabra, sin molestarse en ser educado—, *cosas* como tú, luego ¿qué? ¿Eludimos a los peores agentes del reino, a mejores y rápidos cazadores que nosotros, para encontrarlos? ¿Intentamos un éxodo masivo para lo que podamos salvar? ¿Fundamos la Escuela Barrow para Anormales y pasamos años entrenándolos para luchar? ¿Ignoramos todo lo demás, todo el sufrimiento, los niños soldados, las ejecuciones, por *ellos*? —Niega, haciendo que los músculos gruesos en su cuello se tensionen—. Esta guerra terminará y nuestros cuerpos estarán fríos antes que ganemos un sólo pedazo de suelo con tu propuesta. —Mira a Farley, intensamente—. El resto del Comando dirá lo mismo, Diana, así que al menos que quieras jugar al tonto de nuevo, te sugiero que guardes silencio acerca de esto.

Cada punto se siente como el golpe de un martillo, haciéndome más pequeña. Tiene razón en algunas cosas. Maven enviará a sus mejores fuerzas para cazar y matar a la lista. Tratará de mantenerlo en secreto, lo que lo hará más lento, pero no por mucho. Sin duda vamos a tener que hacer nuestro trabajo por nosotros. Pero si hay alguna posibilidad de otro soldado como yo, como Shade, ¿no vale la pena el costo?

Abro mi boca para decirle justo eso, pero levanta una mano.

—No escucharé más de ello, señorita Barrow. Y antes de hacer un comentario sarcástico de mí tratando de detenerte, recuerda tu juramento. Juraste ante la Guardia Escarlata, no ante tus propios motivos egoístas. —Hace un gesto a la habitación con soldados heridos, todos heridos peleando por mí—. Y si sus rostros no son suficientes para mantenerte a raya, entonces recuerda a tu amigo y su propia posición aquí.

Cal.

—No se atrevería a hacerle daño.

Su sangriento ojo se oscurece, girando con un oscuro color carmesí, el color de la rabia.

—Para proteger a los míos, sin duda lo haría. —Las comisuras de sus ojos se levantan, traicionando una sonrisa—. Al igual que tú lo hiciste. No te equivoques, señorita Barrow, has lastimado a gente para servir a tus propios fines, el príncipe más que a todos.

Por un momento, es como si mis propios ojos se han nublado con sangre. Todo lo que veo es color rojo, una lívida ira. Chispas se precipitan hacia mis dedos, bailando justo debajo de mi piel, pero aprieto mis puños, reteniéndolas. Cuando mi visión se aclara, las luces de arriba parpadean, la única indicación de mi furia. Y el Coronel se ha ido, dejándonos solos para tranquilizarnos.

—Tranquila ahí, chica rayo —murmura Farley, su voz más suave de lo que la haya oído alguna vez—. No todo es malo.

—¿No lo es? —digo con los dientes apretados. No quiero nada más que explotar, dejar salir a mi verdadero yo y mostrarle a estos débiles hombres exactamente con quién están tratando. Pero eso me ganaría cuando menos una celda, una bala en el peor de los casos. Y tendría que morir con el conocimiento que el Coronel está en lo correcto. Ya he hecho tanto daño y siempre a las personas más cercanas a mí. *Por lo que pensé que era lo correcto*, me digo. *Lo mejor*.

En lugar de compadecerse, Farley endereza su espalda y se sienta, viéndome hervir. La niña avergonzada que era desapareciendo con una sorpréndete facilidad. *Otra máscara*. Su mano se desvía hacia su cuello, tirando de una cadena de oro que coincide con la del Coronel. No tengo tiempo para preguntar acerca de la conexión, porque algo cuelga del collar. Una puntiaguda llave de hierro. No necesito preguntar dónde está la cerradura correspondiente. *Los Cuarteles*.

Me la lanza alegremente, con una perezosa sonrisa en su rostro.

—Encontrarás que soy muy buena en dar órdenes y particularmente horrible en seguirlas.

7

Kilorn se queja todo el camino desde la enfermería hasta el patio de hormigón. Incluso camina lentamente, obligándome a reducir la velocidad. Trato de ignorarlo, por el bien de Cal, por la causa, pero cuando capto la *tonta* palabra por tercera vez, tengo que detenerme en seco.

Choca con mi espalda.

—Lo siento —dice, sin sonar en absoluto como una disculpa.

—No, yo lo siento —respondo, girando. Un poco de la rabia que sentí hacia el Coronel se desborda y mis mejillas arden—. Lamento que no puedas dejar de ser un idiota durante *dos minutos* para que puedas ver exactamente lo que está pasando aquí.

Espero que me grite, que me enfrente golpe por golpe en la forma habitual. En cambio, suspira y da un paso atrás, trabajando furiosamente para calmarse.

—¿Crees que soy tan estúpido? —dice—. Por favor, Mare, instrúyeme. Muéstrame la luz. ¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Las palabras piden salir. Pero el patio es demasiado abierto, lleno de soldados del Coronel, de la Guardia, y refugiados moviéndose de prisa de un lado a otro. Y aunque no hay susurros Plateados que lean mi mente, ni cámaras que vigilen cada uno de mis movimientos, no voy a ablandarme ahora. Kilorn sigue mi mirada, apuntando a una tropa de guardias que trotan a pocas yardas de nosotros.

—¿Piensas que están espiándote? —Prácticamente se burla, bajando la voz a un susurro burlón—. Vamos, Mare. Todos estamos del mismo lado.

—¿Lo estamos? —pregunto, dejando que las palabras se hundan—. Oíste cómo me llamó el Coronel. Una *cosa*. Un *fenómeno*.

Kilorn se ruboriza.

—No quiso decir eso.

—Oh, y ¿lo conoces tan bien?

Afortunadamente, no tiene ninguna réplica para eso.

—Me mira como si fuera el enemigo, como si fuera una especie de bomba a punto de estallar.

—Él… —Kilorn tropieza, inseguro de las palabras, incluso cuando salen de sus labios—. No está del todo equivocado, ¿verdad?

Me giro tan rápido, que el tacón de mi bota deja marcas negras en el hormigón. Si tan sólo pudiera dejar un hematoma similar sobre la tonta, pulverizada cara de Kilorn.

—Oye, vamos —llama detrás, cerrando la distancia en unos pocos pasos. Pero sigo caminando, y continúa siguiéndome—. Mare, detente. Eso salió mal…

—*Eres* un estúpido, Kilorn Warren —le digo sobre mi hombro. La seguridad de los Barracones 3 hace señas levantándose frente a mí—. Estúpido y ciego y cruel.

—Bueno, ¡tampoco es fácil lidiar contigo! —grita, finalmente convirtiéndose en el tonto argumentativo que conozco. Cuando no contesto, casi corriendo por la puerta de los cuarteles, cierra su mano en mi brazo y me detiene en seco.

Trato de liberarme de su agarre, pero Kilorn conoce todos mis trucos. Tira, alejándome de la puerta, hacia el sombrío callejón entre los Barracones 3 y 4.

—Déjame ir —ordeno, indignada. Escucho un poco de Mareena volver a la vida en el tono real y frío de mi voz.

—Ahí está —gruñe, señalando mi cara con un dedo—. Eso. *Ella*.

Con un poderoso empujón, lo hago retroceder, rompiendo su agarre.

Suspira exasperado, y se pasa la mano por su cabello rojizo que sobresale en puntas.

—Has pasado por mucho, lo sé. *Todos* lo sabemos. Lo que tuviste que hacer para sobrevivir con *ellos*, mientras nos ayudabas, descubriendo lo que eres, no sé cómo regresaste del otro lado. Pero te cambió.

Tan perceptivo, Kilorn.

—Sólo porque Maven te traicionó, no significa que tengas que dejar de confiar en la gente por completo. —Deja caer su mirada, jugando con sus manos—. Especialmente en mí. No soy sólo algo tras lo que te puedes ocultar, soy tu amigo, y voy a ayudarte en todo lo que necesites, como pueda. Por favor confía en mí.

Ojalá pudiera.

—Kilorn, crece —digo en cambio, tan afilado que lo hace encogerse—. Deberías haberme dicho lo que estaban planeando. Pero me hiciste cómplice, me obligaste a *ver* cuándo se lo llevaron a *punta de pistola*, ¿y ahora me dices que confíe en ti? ¿Cuando estás tan involucrado con estas personas, que sólo están esperando una excusa para encerrarme? ¿Cuán estúpida crees que *soy*?

Algo se agita en sus ojos, la vulnerabilidad escondida dentro de la personalidad relajada que intenta conservar. Este es el chico que gritó debajo de mi casa. El chico que era, resistiendo la llamada a luchar y morir. Intenté salvarlo de eso y a su vez, lo acerqué al peligro, la Guardia Escarlata, y la fatalidad.

—Ya veo —dice finalmente. Da unos pocos pasos hacia atrás, hasta que el callejón se abre entre nosotros—. Tiene sentido —añade, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué confiarías en mí? Sólo soy el chico pescador. No soy nada comparado contigo, ¿verdad? Comparado con Shade. Y *él*…

Simply Books

—Kilorn Warren —lo regaño como lo haría con un niño, al igual que lo hizo su madre antes que lo abandonara. Ella chillaba cuando se pelaba las rodillas o decía algo fuera de lugar. No recuerdo mucho más de ella, pero recuerdo su voz, y la mirada decepcionada y marchita que guardó para su único hijo—. Sabes que no es verdad.

Las palabras salen con fuerza, un bajo gruñido visceral. Él cuadra sus hombros, con los puños a los costados.

—Pruébalo.

Para eso no tengo respuesta. No tengo idea de lo que quiere de mí.

—Lo siento. —Me atraganto, y esta vez lo digo en serio—. Lo siento por ser…

—Mare. —Una cálida mano en mi brazo detiene mi tropiezo. Él está por encima de mí, lo suficientemente cerca como para olerlo. Afortunadamente, el olor de la sangre se ha ido, reemplazado por la sal. Ha estado *nadando*—. No tienes que pedir perdón por lo que te hicieron —murmura—. Nunca tienes que hacer eso.

—Yo… no creo que seas estúpido.

—Podría ser lo más bonito que me has dicho nunca. —Se ríe después de un largo momento. Se pega una sonrisa, poniendo fin a la conversación—. ¿Supongo que tienes un plan?

—Sí. ¿Vas a ayudar?

Se encoge de hombros y extiende sus brazos, haciendo un gesto hacia el resto de la base

—No hay mucho más que el niño pescador pueda hacer.

Lo empujo otra vez, dibujando una sonrisa genuina por él. Pero no dura.

Además de la llave, Farley me da instrucciones detalladas para llegar a los Barracones 1. Como en la capital, la Guardia Escarlata sigue prefiriendo sus túneles y la prisión de Cal, por supuesto, se encuentra bajo tierra.

Técnicamente, bajo el agua. *La prisión perfecta para un quemador como Cal*. Construida bajo el muelle, oculta por el océano, resguardada por las ondas azules y los uniformes azules del Coronel. No es sólo la prisión de la isla, sino también la sala de armas, las literas Lakelander, y la propia sede del Coronel. La entrada principal es un túnel que va desde los hangares de la playa, pero Farley me aseguró de otra manera. *Es posible que te mojes*, me advirtió con una sonrisa irónica. Si bien la perspectiva de bucear en el océano me perturba, incluso tan cerca de la playa, Kilorn está irritantemente tranquilo. De hecho, probablemente está emocionado, feliz de hacer buen uso de sus largos años en el río.

La protección del océano entorpece a la Guardia, normalmente en alerta, e incluso los Lakelanders se suavizan mientras transcurre el día. Los soldados se centran más en los cargamentos y los hangares de almacenamiento, en lugar de patrullar. Los pocos que mantienen sus puestos, se pasean a lo largo del patio de concreto con armas de fuego contra sus hombros, caminando lentamente, con facilidad, a menudo para detenerse a hablar el uno al otro.

Los observo por mucho tiempo, fingiendo escuchar a mamá o Gisa mientras charlan durante su trabajo. Ambas ordenan mantas y ropa en pilas separadas, descargando una colección de cajas sin marcar junto con varios otros refugiados. Se supone que debo ayudar, pero mi atención se centra claramente en otro lugar. Bree y Tramy se han ido, regresaron con Shade a la enfermería, mientras papá se sienta al lado. Él no puede descargar, pero aun así gruñe órdenes a pesar de todo. Nunca ha doblado ropa en su vida.

Atrapa mi mirada una o dos veces, notando mis dedos temblorosos y mis miradas. Siempre parece saber lo que estoy tramando, y ahora es igual. Incluso rueda su silla hacia atrás, lo que me permite una mejor vista del patio. Asiento, agradeciendo en silencio.

Los guardias me recuerdan a los Plateados, de regreso en Los Pilares, antes de las Medidas, antes del Juicio de la Reina. Eran perezosos, contenidos en mi pueblo tranquilo, donde la insurrección era rara. Cuán equivocados estaban. Esos hombres y mujeres no veían mis robos, el mercado negro, Will Whistle y el lento deslizamiento de la Guardia Escarlata. Y estos guardias también están ciegos, esta vez a mi favor.

No se dan cuenta que observo, o a Kilorn, cuando se acerca con una bandeja de pescado cocido. Mi familia come con gratitud, Gisa sobre todo. Ella tuerce su cabello cuando Kilorn no está mirando, dejando que se rice sobre un hombro en una caída de rubí rojo.

—¿Pescado fresco? —pregunta, señalando el plato de estofado.

Él frunce la nariz y pretende hacer una mueca ante la sustancia gris pegajosa de la carne de pescado.

—No para mí, Gee. Mi viejo maestro, Cully, nunca vendería esto. Excepto a las ratas, tal vez.

Nos reímos juntos, yo por costumbre, tras medio segundo después. Por primera vez, Gisa es menos refinada que yo y se ríe abiertamente, feliz. Solía envidiar sus practicadas formas perfectas. Ahora me gustaría no estar tan entrenada y perder mi cortesía forzada con la misma facilidad que ella.

Mientras tragamos a la fuerza el almuerzo, papá vuelca su tazón cuando piensa que no lo estoy observando. No es de extrañar que esté adelgazando. Antes que yo, o peor aún, mamá pueda regañarlo, pasa la mano sobre una manta, sintiendo la tela.

—Estos están hechos de Piedmont. Algodón fresco. Costoso —murmura cuando se da cuenta que estoy de pie junto a él. Incluso en la Corte Plateada, el algodón Piedmont era considerado muy fino, una alternativa común a la seda, reservada para los de Seguridad y Centinelas de alto rango y uniformes militares. Recuerdo que Lucas lo llevaba, hasta en el momento de su muerte. Ahora me doy cuenta que nunca lo vi sin uniforme. Ni siquiera puedo imaginarlo. Y su rostro ya se está desvaneciendo. Unos pocos días y estoy olvidándolo, un hombre al que envié a su muerte.

—¿Robados? —pregunto en voz alta, pasando una mano por la manta, aunque sólo sea por distracción.

Papá continúa su investigación y pasa la mano por el costado de un cajón. Robustas y anchas tablas de madera recién pintadas de blanco. La única marca distintiva es un triángulo de color verde oscuro, más pequeño que mi mano, impreso en la esquina. Qué significa, no lo sé.

—O regalados —dice papá.

No necesita hablar para darme cuenta que estamos pensando en lo mismo. Si hay Lakelanders con nosotros aquí, en ésta misma isla, entonces la Guardia Escarlata podría fácilmente tener amigos en otros lugares, en diferentes naciones y reinos. *Parecemos débiles porque queremos*.

Con un sigilo que no sabía que poseía, papá toma mi mano rápidamente y en silencio.

—Ten cuidado, mi niña.

Pero mientras él tiene miedo, yo siento esperanza. La Guardia Escarlata tiene raíces más profundas de lo que sabía, de lo que cualquier Plateado pueda imaginar. Y el Coronel es sólo una de las cien cabezas, al igual que Farley. Una oposición sin duda, pero una que puedo superar. Después de todo, él no es un rey. De esos, he tenido mi parte justa.

Al igual que papá, vierto mi guiso en una grieta en el concreto.

—He terminado —digo, y Kilorn salta de la silla. Él conoce sus señales.

Vamos a visitar a Shade, o al menos eso es lo que decimos en voz alta, por el bien de los otros cerca. Mi familia sabe mejor, incluso mamá. Me lanza un beso mientras me alejo, y lo meto cerca de mi corazón.

Cuando jalo mi collar, me convierto en otro refugiado, y Kilorn no es nadie en absoluto. Los soldados no nos prestan atención. Es fácil caminar a lo largo del patio de concreto, lejos de los muelles y la playa, siguiendo la gruesa línea blanca.

A la luz del mediodía, veo el hormigón extenderse suavemente hacia las colinas inclinadas, pareciéndose mucho a un amplio camino a ninguna parte. La línea pintada continúa, pero una línea delgada más desgastada se ramifica en un ángulo recto. Conecta la línea central a otra estructura, ubicada al final de los barracones, elevándose sobre todo lo demás en la isla. Se parece a una versión más grande de los hangares en la playa, lo suficientemente amplio y alto como para que quepan seis transportes apilados uno encima de otro. Me pregunto lo que contiene, a sabiendas que la Guardia hace su propia parte de robos. Pero las puertas se cierran rápidamente, y unos pocos hombres Lakelander holgazanean en la sombra. Conversan entre sí, manteniendo sus armas cerca. Así que mi curiosidad tendrá que esperar, tal vez para siempre.

Kilorn y yo giramos a la derecha, hacia la brecha entre los barracones 8 y 9. Las altas ventanas de ambos son oscuras, abandonadas… Los edificios están vacíos. A la espera de más soldados, más refugiados, o peor, más huérfanos. Me estremezco mientras pasamos través de sus sombras.

La playa no es difícil de encontrar. Después de todo, esto es una isla. Y mientras que la base principal está bien desarrollada, el resto de Tuck está vacío, cubierto sólo

por dunas, colinas envueltas por hierba alta, y unos cuantos grupos de árboles antiguos. Ni siquiera hay senderos a través de la hierba, ni animales lo suficientemente grandes como para hacerlos. Desaparecemos muy bien, serpenteando a través de las plantas que se sacuden hasta llegar a la playa. El muelle se encuentra a unos cientos de metros de distancia, un cuchillo ancho que se adentra en las olas. A esta distancia, los Lakelanders patrullando son sólo manchas de color azul oscuro andando de ida y vuelta. La mayoría se centran en el buque de carga que se aproxima desde el otro lado del muelle. Mi mandíbula cae ante la visión de semejante gran buque, obviamente, controlado por los Rojos. Kilorn está más enfocado.

—Tapadera perfecta —dice, y comienza a quitarse los zapatos. Sigo su ejemplo, quitando mis botas sin cordones y calcetines gastados. Pero cuando tira de su camisa por la cabeza, dejando al descubierto los músculos magros, familiares formados por recoger las redes, no estoy tan inclinada a seguir. No me apetece correr a través de un bunker secreto sin camisa.

Tira la camisa sobre sus zapatos, jugando un poco.

—Asumo que esto no es una misión de rescate. —*¿Cómo puede serlo? No hay ningún lugar a donde ir*.

—Sólo tengo que verlo. Decirle acerca de Julian. Hacerle saber lo que está pasando.

Kilorn se estremece, pero asiente de todos modos.

—Entrar, salir. No debería ser muy difícil, sobre todo porque no van a esperar nada del lado del océano.

Se estira de un lado a otro, sacudiendo los pies y los dedos, preparándose para nadar. Al mismo tiempo, pasa sobre las instrucciones susurradas de Farley. Hay un estanque lunar en el fondo del búnker, abriéndose a un laboratorio de investigación. Una vez utilizado para estudiar la vida marina, ahora funciona como las habitaciones del Coronel, aunque nunca las visita durante el día. Estarán cerradas por dentro, fácil de abrir, y los pasillos son fáciles de recorrer. A esta hora del día las literas estarán vacías, el pasadizo desde el muelle cerrado, y muy pocos guardias se quedan atrás. Kilorn y yo enfrentamos lo peor en nuestra infancia, cuando robamos una caja de baterías, para mi padre, de un puesto de seguridad.

—Trata de no salpicar —añade Kilorn, antes de meterse en el oleaje. La piel de gallina se eleva en su piel, reaccionando al frío océano del otoño, pero apenas lo siente. Desde luego, yo lo hago, y para cuando el agua llega a mi cintura mis dientes castañetean. Con una última mirada hacia el muelle, buceo por debajo de una ola, dejando que me enfríe hasta los huesos.

Kilorn nada a través del agua sin esfuerzo, nadando como una rana, casi sin ningún ruido en absoluto. Trato de imitar sus movimientos, siguiendo de cerca a su lado mientras nadamos más adentro. Algo en el agua aumenta mi sentido eléctrico, por lo que es más fácil sentir la tubería corriendo desde la orilla. Podría rastrearla con una mano si quisiera, teniendo en cuenta la trayectoria de la electricidad desde los muelles, a través del agua, y hasta los Barracones 1. Finalmente, Kilorn se vuelve hacia ella, orientándonos en diagonal a la orilla, y luego en paralelo. Su avance es magistral,

con los barcos robados anclados para ocultar nuestra aproximación. Toca mi brazo, una o dos veces bajo las olas, comunicándose con una ligera presión. Alto, avanza, lento, rápido, todo ello mientras se mantiene fijo en el muelle por delante. Por suerte, el buque carguero está descargando, llamando la atención de los soldados que podrían detectar nuestras cabezas flotando en el agua. Más cajas, todas blancas, estampadas con el triángulo verde. *¿Más ropa?*

No, me doy cuenta cuando una caja se viene abajo, abriéndose. Armas de fuego se derraman a través del muelle. Rifles, pistolas, municiones, probablemente una docena en una sola caja. Brillan a la luz del sol, recién hechas. Otro regalo para la Guardia Escarlata, otra maraña de raíces aún más profundas que no sabía que existían.

El conocimiento me hace nadar más rápido, sobrepasando a Kilorn, incluso cuando me duelen los músculos. Me agacho debajo del muelle, por fin a salvo de cualquier mirada por encima, y él sigue, manteniendo el ritmo justo detrás de mí.

—Está justo debajo de nosotros. —Sus susurros hacen extrañamente eco, reverberando en el muelle metálico arriba y el agua alrededor—. Puedo sentirlo con los dedos de mies pies.

Casi me río ante la vista de Kilorn estirándose, con el ceño fijo en concentración mientras trata de pasar un pie contra el búnker oculto de los Barracones 1.

—¿Algo gracioso? —se queja.

—Eres tan útil —respondo con una sonrisa traviesa. Se siente bien estar con él de esta manera, compartiendo un objetivo secreto de nuevo. Aunque esta vez estamos entrando en un búnker militar, no en la casa de alguien, bajo llave.

—Aquí —dice finalmente, antes que su cabeza desaparezca bajo el agua. Se balancea hacia atrás de nuevo, con los brazos extendidos para mantenerse a flote—. El borde.

Ahora viene la parte difícil. La zambullida a través de la sofocante oscuridad.

Kilorn lee el miedo en mi cara claramente.

—Sólo sujeta mi pierna, eso es todo lo que tienes que hacer.

Apenas puedo asentir.

—Correcto. —*El estanque lunar está en el fondo del bunker, sólo siete metros hacia abajo*. "No es nada en absoluto", Farley había dicho. *Bueno, sin duda parece algo*, creo, mirando el agua negra por debajo—. Kilorn, Maven estará tan decepcionado si el océano me mata antes que él.

Para cualquier otra persona, la broma sería de mal gusto. Pero Kilorn ríe humilde, su sonrisa brilla contra el agua.

—Bueno, por más que me gustaría molestar al rey —suspira—, vamos a tratar de evitar el ahogamiento, ¿de acuerdo?

Con un guiño, se sumerge, agitándose de lado a lado, y me agarro fuerte.

La sal escuece mis ojos, pero no es tan oscuro como pensé que sería. La luz del sol atraviesa el agua, rompiendo la sombra proyectada por el muelle. Y Kilorn nos mueve rápidamente, jalándonos hacia abajo a lo largo del costado de los barracones.

La luz del sol, reflejada por el agua, motea su espalda desnuda, manchándolo como una criatura marina. Me concentro principalmente en dar patadas cuando puedo sin quedar atrapada en cualquier cosa. *Esto no es de siete metros*, mi mente se queja cuando se instala la punza por la privación de oxígeno.

Exhalo lentamente, dejando que las burbujas suban más allá de mi cara hasta la superficie. El aliento de Kilorn que pasa, es la única prueba de su esfuerzo. Cuando encuentra el borde inferior, siento sus músculos tensarse, y sus piernas patean, impulsándonos bajo el búnker oculto. Vagamente me pregunto si el estanque lunar tiene una puerta, y si estará cerrada. Qué buen chiste sería.

Antes que sepa lo que está pasando, Kilorn irrumpe a través de algo, arrastrándome con él. El aire sofocante pero dichoso golpea mi cara y lo trago profundamente, con jadeos codiciosos.

Ya sentada en el borde de la piscina, con las piernas colgando en el agua, Kilorn me sonríe.

—No durarías una mañana sacando redes —dice con un movimiento de cabeza—. Eso fue apenas un baño en comparación con lo que el viejo Cully solía obligarme a hacer.

—Realmente sabes cómo herirme profundamente —le contesto secamente, levantándome dentro de las habitaciones del Coronel.

El compartimiento está frío, iluminado por las luces bajas, y ofensivamente bien organizado. Equipo viejo está apoyado cuidadosamente contra la pared de la derecha, acumulando polvo mientras que un escritorio se extiende a lo largo de la izquierda. Pilas de carpetas y papeles se amontonan en la superficie en filas ordenadas, dominando el espacio. Al principio, ni siquiera veo una cama, pero está ahí, una estrecha litera que despliega debajo del escritorio. Es evidente que el coronel no duerme mucho.

Kilorn siempre fue un esclavo de su curiosidad, y ahora no es diferente. Gatea hacia el escritorio, listo para explorar.

—No toques nada —siseo, mientras que exprimo las mangas y las piernas del pantalón—. Deja una gota en esos papeles y sabrá que alguien estuvo aquí.

Asiente, retirando su mano.

—Deberías ver esto —dice, con un tono agudo.

Doy un paso a su lado en un instante, temiendo lo peor.

—¿Qué?

Con cuidado, señala con un dedo la única cosa que decora las paredes del compartimiento. Una deformada fotografía por la edad y la humedad, pero las caras todavía visibles. Cuatro figuras, todos rubios, posando con expresiones severas pero abiertas. El Coronel está ahí, casi irreconocible sin su ojo ensangrentado, con un brazo alrededor de una mujer alta, de buena constitución, y su mano sobre el hombro de una joven. Ambas mujeres y la joven, visten ropa manchadas, agricultores por el aspecto de la misma, pero las cadenas de oro en sus cuellos dicen otra cosa. En silencio, saco la cadena de oro de mi bolsillo, comparando el metal tan fino que podría ser hilo para los

collares en la imagen. Pero por la llave dispareja oscilando desde un extremo, son idénticos. Suavemente, Kilorn toma la llave de mi mano, cavilando sobre lo que podría significar.

La tercera figura lo explica todo. Una adolescente con una larga trenza de oro, está de pie hombro a hombro con el Coronel y luce una sonrisa de satisfacción. Se ve tan joven, tan diferente sin su cabello corto y cicatrices. *Farley*.

—Ella es su hija —dice Kilorn en voz alta, demasiado sorprendido para nada más.

Resisto las ganas de tocar la fotografía, para asegurarme que es real. La forma en que él trataba su espalda en la enfermería, es imposible que sea verdad. Pero la llamó Diana. Él sabía su nombre real. *Y tenían los collares, uno de una hermana, uno de una esposa*.

—Vamos —murmuro, alejándolo de la imagen—. No es nada de qué preocuparse por ahora.

—¿Por qué ella no dijo nada? —Escucho en su voz un poco de la traición que he sentido durante varios días.

—No lo sé.

Sigo sujetándolo, moviéndonos hacia la puerta del compartimiento. *La izquierda por las escaleras, a la derecha en el rellano, a la izquierda de nuevo*.

La puerta se abre en las bisagras engrasadas, revelando un pasillo vacío bastante parecido a los de Mersive. Escaso y limpio, con paredes metálicas y tuberías por encima de nosotros. Electricidad vibra por encima, bombeando a través de una red cableada de venas. Viene de la orilla, alimentando las luces y otro tipo de maquinaria.

Como dijo Farley, no hay nadie aquí abajo. No hay nadie que nos detenga. Supongo que, como hija del coronel, lo sabría de primera mano. Silenciosos como gatos seguimos sus instrucciones, conscientes de cada paso. Me recuerda a las celdas debajo de la Sala del Sol, donde Julian y yo incapacitamos un escuadrón de centinelas enmascarados de negro, para liberar a Kilorn, Farley, y la condenada Walsh. Parece tan lejano, aunque fue hace sólo unos días. *Una semana. Sólo una semana*.

Me estremezco al pensar en dónde estaré en siete días más.

Por fin llegamos a un pasaje más corto, un callejón sin salida con tres puertas a la izquierda, tres puertas a la derecha, y al igual que muchas de las ventanas de observación en medio. El vidrio de cada una es oscuro, excepto por la ventana en el extremo. Parpadea ligeramente, emitiendo una fuerte luz blanca a través del panel. Un puño choca contra el cristal y me estremezco, esperando que se agriete bajo los nudillos de Cal. Sin embargo, la ventana se mantiene firme, haciendo eco débilmente con cada golpe de sus puños, mostrando nada más que manchas de sangre plateada.

Sin duda me oye venir, y piensa que soy uno de *ellos*.

Cuando me paro frente a la ventana, se congela a mitad del movimiento, un puño cerrado y ensangrentado preparado para atacar. Su pulsera creadora de llamas se desliza por su gruesa muñeca, aun girando por el impulso. Es un consuelo, al menos.

No sabían lo suficiente para quitarle su arma más grande. Pero entonces ¿por qué está todavía preso? ¿No podía simplemente derretir la ventana y terminar con ella?

Por un único y abrasador momento, nuestros ojos se encuentran a través del cristal, y creo que nuestra mirada combinada podría destrozarlo. Espesa sangre plateada gotea de donde golpeó con su mano, mezclándose con las manchas ya secas. Ha estado haciendo esto por un tiempo, luchando consigo mismo con sangre en un intento de salir, o quemar un poco de su rabia.

—Está cerrada —dice, su voz amortiguada detrás del vidrio.

—No podría decir —le contesto, sonriendo.

A mi lado, Kilorn sostiene la llave.

Cal se estremece, como si notara a Kilorn por primera vez. Sonríe, agradecido, pero Kilorn no le devuelve el gesto. Ni siquiera se reúne con sus ojos.

Desde algún lugar al final del pasillo, escucho gritos. Pasos. Hacen eco de un modo extraño en el búnker, pero se acercan con cada latido del corazón. Vienen por nosotros.

—Saben que estamos aquí —silba Kilorn, mirando hacia atrás. Rápidamente mete con fuerza la llave en la cerradura y la gira. No se mueve y estrello mi hombro contra la puerta, golpeando en hierro frío, implacable.

Kilorn fuerza la llave nuevamente, torciéndola. Esta vez, estoy lo suficientemente cerca para escuchar el mecanismo hacer clic. La puerta se abre mientras el primer soldado da vuelta en la esquina, pero mis pensamientos son solamente de Cal.

Parece que los príncipes me ciegan.

La cortina invisible cae en el momento que Kilorn me empuja a la celda. Es una sensación familiar, pero no puedo ubicarla. La he sentido antes, sé que lo he hecho, pero ¿dónde? No tengo tiempo para preguntármelo. Cal me sobrepasa, y un grito estrangulado estalla desde sus labios, y sus largos brazos extendidos. No para mí, o la ventana. A la puerta, mientras se cierra de un tirón.

El chasquido de la cerradura se hace eco dentro de mi cráneo, una y otra vez y otra vez.

—¿Qué? —pregunto al aire rancio y pesado. Pero la única respuesta que necesito es la cara de Kilorn, mirándome desde el otro lado del cristal. La llave cuelga de un puño cerrado, y su cara se enfoca en algo entre un ceño fruncido y un sollozo.

Lo siento, articula, y el primer soldado Lakelander aparece a través de la ventana. Seguido de otros, flanqueando al Coronel. Su sonrisa satisfecha coincide con la que su hija lucía en la fotografía, y comienzo a entender lo que acaba de ocurrir. El Coronel incluso tiene la audacia de reírse.

Cal se lanza a la puerta en vano, golpeando su hombro contra el hierro sólido. Jura a través del dolor, maldiciendo a Kilorn, a mí, a este lugar, a sí mismo. Apenas lo escucho sobre la voz de Julian en mi cabeza.

Cualquiera puede traicionar a cualquiera.

Sin pensarlo, llamo a los rayos. Mis chispas me liberarán y convertirán la risa del Coronel en gritos.

Pero no vienen. No hay nada. Nada desolador.

Al igual que en las celdas, como la arena.

—Piedra Silenciosa —dice Cal, apoyándose pesadamente contra la puerta. Señala con un puño sangriento las lateras del piso y el techo—. Tienen Piedra Silenciosa.

Para hacerte débil. Para hacerte como ellos.

Ahora es mi turno para golpear la ventana con mis puños, golpeando la cabeza de Kilorn. Pero golpeo vidrio, no carne, y sólo oigo el chasquido de mis nudillos en lugar de su estúpido cráneo. A pesar de la pared entre nosotros, él se encoge.

Apenas puede mirarme. Se estremece cuando el Coronel pone una mano en su hombro, susurrando en su oreja. Kilorn sólo puede ver mientras grito, un rugido indescifrable de frustración, y mi sangre se une a la de Cal en el cristal.

Rojo atravesando el plateado, uniéndose en algo más oscuro.

Simply Books

8

Las patas de la silla de metal raspan contra el suelo, el único sonido en la celda cuadrada. Dejo la otra silla donde se encuentra, patas arriba y maltratada después de ser lanzada contra la pared. Cal hizo un buen número en la celda antes que yo llegara aquí, lanzando ambas sillas y una mesa ahora abollada. Hay una sola grieta en la pared, justo debajo de la ventana, donde la esquina de la mesa dio en el blanco. Pero tirar los muebles no sirve de nada para mí. En lugar de desperdiciar mi energía, la conservo, y tomo asiento en el centro de la habitación. Cal camina de un lado a otro ante la ventana, más animal que hombre. Cada centímetro de él anhela fuego.

Kilorn se ha ido hace mucho, habiendo partido con su nuevo amigo, el Coronel.

Y me reveló exactamente lo que soy, un pez particularmente estúpido, constantemente moviéndome de anzuelo en anzuelo, sin aprender la lección. Pero junto al Salón del Sol, Archeon, y el Cuenco de Huesos, esto también podrían ser unas vacaciones, y el Coronel es nada comparado con la reina o una línea de ejecutores.

—Deberías sentarte —le digo a Cal, finalmente cansada de su intensidad vengativa—. ¿A menos que planees hacer tu camino a través del suelo?

Él frunce el ceño, molesto, pero sin embargo deja de moverse. En vez de levantar una silla, se inclina contra la pared en un acto de desafío infantil.

—Estoy empezando a pensar que te gustan las prisiones —dice, golpeando descuidadamente los nudillos contra la pared—. Y que tienes el peor gusto en los hombres.

Eso pica más de lo que me gustaría que lo haga. Sí, me preocupaba por Maven, me importaba mucho más de lo que quería admitir, y Kilorn es mi amigo más cercano. Son traidores, ambos.

—Tú tampoco eres demasiado bueno en la elección de amigos —contraataco, pero rebota en él sin causar daño—. Y no tengo… —Las palabras se confunden, sale mal y de forma forzada—, cualquier gusto en los hombres. Esto no tiene nada que ver con eso.

—Nada. —Se ríe, casi divertido—. ¿Quiénes fueron las últimas dos personas que nos encerraron en una celda? —Cuando no contesto, avergonzada, presiona—. Admítelo, tienes dificultades para mantener tu corazón y tu cabeza separados.

Me levanto tan rápido que la silla cae hacia atrás, cayendo contra el suelo.

—No actúes como si no amaras a Maven. Como si no dejaras a *tu* corazón tomar decisiones donde él está involucrado.

—¡Él es mi hermano! ¡Por supuesto que estaba cegado por él! Por supuesto no pensé que mataría a nuestro… nuestro padre. —Su voz se rompe ante el recuerdo, dejándome entrever al andrajoso y roto niño debajo de la fachada de un guerrero—. Cometí errores a causa de él. Y —añade en voz baja—, he cometido errores debido a *ti*.

También lo hice. Lo peor fue cuando puse mi mano en la suya, permitiéndole sacarme de mi dormitorio, en un baile y una espiral descendente. Dejé a la Guardia matar inocentes por Cal, para evitar que fuera a la guerra. Para mantenerlo cerca de mí.

Mi egoísmo tuvo un horrible costo.

—Ya no podemos hacer eso. Cometer errores el uno por el otro —susurro, bordeando lo que realmente quiero decir. Lo que he estado tratando de decirme a mí misma desde hace días. Cal no es un camino que debería elegir o querer. Cal es simplemente un arma, algo que yo utilice, o algo para que los demás utilicen en mi contra. Debo estar preparada para ambos.

Después de un largo momento, él asiente. Tengo la sensación que me ve de la misma manera.

La humedad del cuartel se asienta, uniéndose al frío todavía más profundo en mis huesos. Normalmente temblaría, pero me estoy acostumbrando a ésta sensación. Supongo que debería acostumbrarme a estar sola también.

No en el mundo, pero aquí adentro. En mi corazón.

Una parte quiere reírse de nuestra situación. Una vez más, estoy al lado de Cal en una celda, a la espera de lo que el destino tiene reservado para nosotros. Pero esta vez, mi miedo se ve atenuado por la ira. No será Maven el que venga a regodearse, sino el Coronel, y por eso estoy terriblemente agradecida. Las burlas de Maven no son de las que quiera volver a sufrir de nuevo. Incluso el pensamiento de él duele.

El Cuenco de Huesos era una prisión oscura, vacía y más profunda que ésta. Maven sobresalió fuertemente, su piel pálida, ojos brillantes, con las manos extendiéndose por las mías. En el venenoso recuerdo, parpadeaban entre dedos suaves y garras desiguales. Ambas quieren hacerme sangrar.

Te dije que ocultes tu corazón una vez. Deberías haber escuchado.

Fueron sus últimas palabras, antes de condenarnos una ejecución. Me gustaría que no hubiera sido tan buen consejo.

Poco a poco, exhalo, con la esperanza de expulsar los recuerdos con mi aliento. No funciona.

—Entonces, ¿qué hacemos con esto, General Calore? —pregunto, haciendo un gesto hacia las cuatro paredes que nos mantienen prisioneros. Ahora puedo ver los contornos leves en las esquinas, los bloques cuadrados un poco más oscuros que el resto, fijos justo en los paneles de las paredes.

Después de un largo momento, Cal sale de pensamientos tan dolorosos como los míos. Contento por la distracción, endereza la otra silla con rapidez, empujándola contra una esquina. Se para en ella, casi golpeando su cabeza en el techo, y pasa una

mano sobre la Piedra Silenciosa. Es más peligrosa para nosotros que cualquier otra cosa en esta isla, más perjudicial que cualquier arma.

—Por mis colores, ¿cómo obtuvieron esto? —dice entre dientes, los dedos tratando de encontrar un borde. Pero la piedra fluye al mismo nivel, perfectamente integrada. Con un suspiro, baja de nuevo y se enfrenta a la ventana de observación—. Nuestra mejor oportunidad es romper el cristal. No hay manera de rodear esto.

—Sin embargo es más débil —digo, mirando la Piedra Silenciosa. Eso nos mira justo de vuelta—. En el Cuenco de Huesos, me sentía como si estuviera sofocándome. Esto no es en absoluto tan malo.

Cal se encoge de hombros.

—No hay tantos bloques aquí. Pero aún son suficientes.

—¿Robados?

—Tienen que serlo. Sólo hay ciertas Piedras Silenciosas y sólo el gobierno puede utilizarla, por razones obvias.

—Es verdad… En Norta.

Inclina la cabeza, perplejo.

—¿Piensas que éstas proceden de otro lugar?

—Hay embarques de contrabando procedentes de todas partes. Piedmont, Lakelands, otros lugares también. ¿Y no has visto ningún soldado aquí abajo? ¿Sus uniformes?

Niega.

—No. No desde que ese bastardo de ojos rojos me procesó ayer.

—Lo llaman el Coronel, y es el padre de Farley.

—Me siento mal por ella, pero mi familia es infinitamente peor.

Me burlo, medio divertida.

—Son *Lakelanders*, Cal. Farley, y el Coronel, y todos sus soldados. Lo que significa que hay más de donde vinieron.

La confusión nubla su rostro.

—Eso… eso no puede ser. He visto las líneas de batalla yo mismo; no hay forma. —Mira sus manos, dibujando distraídamente un mapa en el aire. No tiene ningún sentido para mí, pero él lo conoce íntimamente—. Los lagos se bloquearon en ambas orillas; el Choke está fuera de cuestión por completo. Transportar bienes y tiendas es una cosa, pero no personas, no en esta magnitud. Tendrían que tener alas para llegar al otro lado.

Mi respiración se precipita hacia el interior, tan rápido como mi realización. El patio de concreto, el inmenso hangar en el extremo de la base, el amplio camino que conduce a ninguna parte.

No es un camino.

Es una pista de aterrizaje.

—Creo que lo hacen.

Para mi sorpresa, una amplia y auténtica sonrisa aparece en el rostro de Cal. Se vuelve a la ventana, echando un vistazo hacia afuera al canal vacío.

—Sus modales dejan mucho que desear, pero la Guardia Escarlata van a causarle a mi hermano muchos dolores de cabeza.

Y entonces estoy sonriendo también. Si es así como el Coronel trata a sus supuestos aliados, me gustaría ver lo que hace a sus enemigos.

La hora de la cena llega y se va, marcada sólo por un Lakelander canoso con una bandeja de comida. Hace un gesto para que ambos demos un paso atrás y de cara a la pared del fondo, para que pueda deslizar la bandeja a través de una rendija en la puerta. Ninguno de nosotros responde, tercamente permaneciendo de pie junto a la ventana. Después de un largo estancamiento, él se marcha, comiéndose nuestra cena con una sonrisa. No me molesta en lo más mínimo. Crecí con hambre. Puedo manejar un par de horas sin comida. Cal, por otra parte, palidece cuando la comida se va, con los ojos siguiendo el plato de pescado gris.

—Si querías comer, deberías habérmelo dicho —me quejo, tomando asiento de nuevo—. No eres de utilidad si estás hambriento.

—Eso es lo que se supone que ellos deben pensar —responde, con un poco de brillo en los ojos—. Calculo que me voy a desmayar mañana después del desayuno, y ver qué tan bien sus médicos reciben un golpe.

Es un plan inestable en el mejor de los casos, y arrugo la nariz con disgusto.

—¿Tienes una idea mejor?

—No —le digo, hosca.

—Eso es lo que pensé.

—Hmmm.

La Piedra Silenciosa tiene un efecto extraño en los dos. Al quitar en lo que nos basamos en la mayor parte; nuestras capacidades, la celda nos obliga a convertirnos en otra persona. Para Cal, eso significa ser más inteligente, más calculador. Él no puede apoyarse en infiernos, por lo que se vuelve a su mente en su lugar. Aunque, a juzgar por la idea del desmayo, no es la cuchilla más afilada de la sala de armas.

El cambio en mí, no es tan evidente. Después de todo, he vivido diecisiete años en silencio, sin saber qué poder merodeaba dentro. Ahora estoy recordando esa chica de nuevo, la chica sin corazón y egoísta que haría cualquier cosa para salvar su propia piel. Si el Lakelander vuelve con otra bandeja, mejor que esté listo para sentir mis manos alrededor de su garganta y, si logramos salir de esta celda, mi rayo en sus huesos.

—Julian está vivo. —No sé de dónde vienen las palabras, pero de repente están colgando en el aire, frágiles como copos de nieve.

La cabeza de Cal se alza de golpe, sus ojos de repente brillantes. La perspectiva de su tío todavía respirando lo anima casi tanto como la libertad.

—¿Quién te dijo eso?

—El Coronel.

Ahora es el turno de Cal de hacer "hmmm".

—Creo que le creo. —Eso me consigue una mirada despectiva, pero prosigo—. El Coronel piensa que Julian era parte de la trampa de Maven, otro Plateado para traicionarme. Es por eso que no cree en la lista.

Cal asiente, su mirada distante.

—Los que te gustan.

—Farley los llama, a nosotros, nuevasangre.

—Bueno —suspira—, la única cosa que llamaran es muertos si no sales de aquí pronto. Maven los va a cazar a todos.

Directo pero cierto.

—¿Por venganza?

Para mi sorpresa, niega.

—Es un nuevo rey tras un padre asesinado. No es el lugar más estable para comenzar su reinado. Las Casas Altas, Samos e Iral especialmente, saltarían a la oportunidad de debilitarlo. Y el descubrimiento de los nuevasangre, después que te denunció públicamente, sin duda haría eso.

Aunque Cal fue criado para ser un soldado, entrenado en el cuartel de una guerra viva, él también había nacido para ser un rey. Puede que no sea tan intrigante como Maven, pero entiende el arte de gobernar mejor que la mayoría.

—Así que cada persona que salvamos le hará daño, no sólo en el campo de batalla, sino en el trono.

Él sonríe con malicia, inclinando la cabeza hacia atrás contra la pared.

—Estás tirando el "nosotros" bastante.

—¿Eso te molesta? —pregunto, probando las aguas. Si puedo engañar a Cal para localizar a los nuevasangre conmigo, en realidad podríamos tener la oportunidad de superar a Maven.

Un músculo en su mejilla se contrae, la única indicación de su indecisión. Él no tiene la oportunidad de responder antes que de la ya familiar marcha de botas lo interrumpa. Cal gime para sí mismo, molesto por el regreso del Coronel. Cuando él comienza a levantarse, mi mano se dispara, empujándolo hacia atrás en su asiento.

—No te levantes—murmuro, inclinándome hacia atrás en mi propia silla.

Cal hace lo que se le dice y se acomoda con los brazos cruzados sobre su ancho pecho. Ahora, en lugar de golpear contra la ventana y lanzar mesas a las paredes, se ve estoico, sereno, una roca de carne a la espera para aplastar a cualquiera que se acerque demasiado. Si tan sólo pudiera. Sin embargo, por la Piedra Silenciosa, sería un infierno en llamas, ardiendo más caliente y más brillante que el sol. Y yo sería una tormenta. En cambio, estamos reducidos a nuestros huesos, dos adolescentes refunfuñando en una jaula.

Hago todo lo posible para mantenerme inmóvil cuando el Coronel aparece en la ventana. No quiero darle la satisfacción de mi ira, pero cuando Kilorn aparece en su hombro, su expresión fría y severa, mi cuerpo se sacude. Ahora es el turno de Cal de retenerme, su mano una ligera presión en mi muslo, manteniéndome sentada.

El Coronel mira fijamente por un momento, como memorizando la visión del príncipe y la chica rayo aprisionados. Me embarga la necesidad de escupir en el cristal manchado de sangre pero me abstengo. Entonces, se aleja de nosotros, haciendo un gesto con sus dedos torcidos y largos. Ellos se contraen una vez, dos veces, haciendo señas a alguien para dar un paso adelante. O sean traídos adelante.

Ella lucha como un león, obligando a los guardaespaldas del Coronel a sostenerla fuera del piso. El puño de Farley atrapa a uno de ellos en la mandíbula, enviándolo a girar, rompiendo su agarre en su brazo. Ella estrella al otro en la pared del canal, aplastando su cuello entre el codo y la ventana de otra celda. Sus golpes son brutales, con la intención de causar el mayor daño que pueda, y puedo ver moretones ya apareciendo en sus captores. Pero los guardaespaldas tienen cuidado de no hacerle daño, haciendo todo lo posible para mantenerla simplemente contenida.

Órdenes del Coronel, supongo. Va a darle a su hija una celda, pero no moretones.

Para mi desgracia, Kilorn no se queda de brazos cruzados. Cuando los guardias la levantan contra una pared, cada uno agarrando un hombro y una pierna, el Coronel señala al niño de pescado. Con las manos temblorosas, saca una caja gris opaco. Jeringas brillan dentro.

No puedo oír su voz a través del cristal, pero es fácil de leer los labios. *No. No lo hagas*.

—¡Kilorn, basta! —La ventana de repente esta fría y suave bajo mi mano. Golpeo contra ella, tratando de llamar su atención—. ¡Kilorn!

Pero cuadra sus hombros, dándome la espalda para que así no pueda ver su rostro. El coronel hace lo contrario, mirándome en vez de mirar la jeringuilla que se sumerge en el cuello de su hija. Algo extraño se asoma en su ojo bueno, ¿tal vez arrepentimiento? No, este no es un hombre con dudas. Hará lo que tenga que hacer, a quien tenga que hacerlo.

Kilorn se echa hacia atrás después hacerlo, la afilada jeringa vacía en su mano. Él espera, observando a Farley moverse violentamente contra sus captores. Pero sus movimientos son lentos y sus párpados caen tan pronto como la droga hace efecto. Finalmente se derrumba inconsciente en contra de los guardias Lakelander, y la arrastran a su celda al otro lado de la mía. La acuestan antes de bloquear la puerta, encerrándola igual que a Cal, igual que a mí.

Cuando su puerta se cierra, la cerradura en la mía se abre.

—¿Redecorando? —dice el Coronel con un resoplido, mirando la mesa abollada mientras entra. Kilorn siguiéndolo, guardando la caja de jeringuillas en su abrigo, a modo de advertencia. *Para ti, si te pasas de la línea*. Evita mirarme, ocupándose con la caja mientras la puerta se cierra tras ellos, dejando a los dos guardias defendiendo el pasillo del otro lado.

Cal observa todo desde su asiento, su expresión es sanguinaria. No dudo que está pensando en todas las manera en que podría matar al Coronel, y cuál sería más dolorosa. El Coronel también lo sabe, y extrae una corta pero letal pistola de su funda. Holgazaneando en su mano, como una serpiente en espiral que espera para atacar.

—Por favor siéntese, señorita Barrow —dice, haciendo gestos con el arma.

Obedecer sus órdenes se siente como rendirse, pero no tengo otra opción. Me siento, dejando a Kilorn y al Coronel permanecer de pie frente a nosotros. Si no fuera por el arma y los guardias en el pasillo, mirándolo de cerca, podríamos tener una oportunidad. El Coronel es alto, pero viejo, y las manos de Cal encajarían a la perfección alrededor de su garganta. Yo tendría que matar a Kilorn, basándome en el conocimiento que sus heridas todavía deben estar sanando para acabar con el traidor. Pero una vez que acabemos con ellos, la puerta seguiría cerrada, los guardias todavía vigilando. Nuestra pelea no serviría para nada.

El Coronel sonríe satisfecho, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—Mejor quédate en tu silla.

—¿Necesitas un arma para mantener dos niños a raya? —le digo mofándome de él, señalando la pistola en su mano con mi barbilla. No hay una sola alma en la tierra que pudiera atreverse a llamar niño a Cal, incluso sin sus habilidades. Solo su entrenamiento militar lo hace mortal, algo que el Coronel sabe muy bien.

Ignora el insulto y planta sus pies frente a mí, así su ojo sangriento taladra los míos.

—Sabes, tienes suerte que sea un hombre progresista. No hay muchos quienes dejarían vivir. —Mira a Cal, antes de volver su atención a mí—.Y son pocos los que te matarían.

Miro a Kilorn, esperando que se dé cuenta de en cual lado está. Él se agita nerviosamente como un niño pequeño. Si fuéramos niños de nuevo, de la misma talla, lo golpearía directo en el estómago.

—No me mantienes aquí por el placer de mi compañía —dice Cal, cortando el dramatismo del Coronel—. Entonces, ¿con qué me vas cambiar?

La reacción del Coronel es la única que necesitaba. Su mandíbula se tensa, con evidente rabia. Él quería decir las palabras, pero Cal ha quitado el viento de sus velas.

—Negociar —murmuro, aunque suena más como un silbido—. ¿Vas a cambiar una de tus mejores armas? ¿Cuán estúpido eres?

—No tan estúpido para pensar que él peleará con nosotros —responde el Coronel—. No, dejaré esa estúpida esperanza para ti, chica rayo.

No caigas en su trampa. *Es lo que quiere*. Aun así, toma todo lo que tengo para mantener la mirada en él, y evitar mirar a Cal. Siendo honestos, no sé dónde está su lealtad, o por qué pelea. Sólo sé contra quien peleará. *Maven*. Algunos pensarán que eso nos pone del mismo lado. Pero yo lo sé bien. La vida y la guerra no son tan simples.

—Muy bien, Coronel Farley. —Se encoge cuando digo su apellido. Su cabeza se gira levemente, resistiendo la urgencia de mirar a su hija inconsciente en su celda. *Hay dolor ahí*, lo noto, reservándolo para usarlo después.

Pero el Coronel responde a mi comentario amablemente.

—El rey ha puesto una muralla en oferta —dice, sus palabras presionando como un cuchillo a punto de sacar sangre—. A cambio del príncipe exiliado, el rey Maven ha aceptado restaurar la edad de reclutamiento tradicional. De nuevo dieciocho, en vez de quince. —Baja su mirada, su voz siguiéndole. Por un breve momento, pude vislumbrar al padre debajo de su brutal exterior. Su mente vaga hacia los niños enviados a morir—. Es un buen trato.

—Demasiado bueno —digo rápidamente, mi tono es lo suficientemente duro para esconder el miedo que estoy sintiendo—. Maven jamás va a honrar ese trato. *Jamás*.

A mi izquierda, Cal exhala lentamente. Junta sus manos, sus dedos cruzados, a pesar de todos los cortes y moretones que ha ganado en los últimos días. Tira de ellos, uno después del otro. Una distracción para la verdad que está tratando de evitar.

Simply Books

—Pero no tienes opción —dice Cal, sus manos al fin quietas—. Acabar con el trato los condenará a todos.

El Coronel asiente.

—Sin duda. Se necesita coraje, Tiberias. Tu muerte salvará a miles de niños inocentes. Son la única razón por la que sigues respirando.

Miles. Ciertamente lo valen, por supuesto. Pero en lo profundo de mi corazón, la parte fría y retorcida está empezando a saber todo demasiado bien, algo no está de acuerdo. *Cal es un luchador, un líder, un asesino, un cazador. Y lo necesitas*.

En más de una forma.

Algo se asoma en los ojos de Cal. Si no fuera por la Piedra Silenciosa, sé que sus manos ya estuvieran ardiendo en llamas. Se inclina ligeramente hacia adelante. Sus labios tirando hacia atrás contra sus dientes blancos. Es tan agresivo y animal que espero ver colmillos.

—Yo soy tu verdadero rey, un Plateado nato por siglos —responde, hirviendo—. La única razón por la que sigues con vida es porque no puedo quemar el oxígeno de esta habitación.

Nunca he escuchado una amenaza como esa de parte de Cal, tan profunda que corta. Y el Coronel usualmente calmado y estoico, también puede sentirlo. Retrocede demasiado rápido, casi tropezando con Kilorn. Como Farley, él también está avergonzado de su miedo. Por un momento, su compleción combina con su ojo sangriento, haciéndolo lucir como un tomate con extremidades. Pero el Coronel está hecho de un material fuerte, por lo que aleja su miedo en un momento. Se peina su cabello rubio platino, presionándolo contra su cráneo, y enfunda su arma con un suspiro satisfecho.

—Su barco sale esta noche, Su Alteza —dice tronando su cuello—. Y le recomiendo que se despida de la señorita Barrow. Dudo que la vuelva a ver.

Mi mano se acerca al asiento de mi silla, siento el frío y duro metal. Si tan solo mi nombre fuera Evangeline Samos. Entonces golpearía la garganta del Coronel con la silla hasta que probara el hierro y viera sangre en ambos ojos.

—¿Qué pasa con Mare?

Incluso ahora, al borde de su propia sentencia de muerte, ¿cuán estúpido es Cal para preocuparse por mí?

—La mantendremos vigilada —Interviene Kilorn, hablando por primera vez desde que entró a la habitación. Su voz tiembla, como debería hacerlo. El cobarde tiene muchas razones para sentir miedo, incluyéndome—. Pero no la lastimaremos.

El Coronel parpadea con desagrado. Supongo que él también me quiere muerta. Quién podría desautorizarlo, no lo sé. Tal vez los misteriosos jefes de Farley, quien quiera que sean.

—¿Eso es lo que le haces a personas como yo? —gruño, sintiendo cómo me levanto elevo de mi asiento—. ¿A los nuevasangre? ¿Acaso vas a traer a Shade y luego lo pondrás en una jaula como si fuera una *mascota*? ¿Hasta que aprendamos a obedecer?

—Eso depende de él —responde el Coronel de la misma manera, cada palabra es un golpe en el intestino—. Él ha sido un buen soldado. Hasta ahora. Igual que tu amigo aquí presente —añade, colocando una mano en el hombro de Kilorn. Apesta a orgullo paternal, algo que Kilorn jamás ha tenido. Después de tantos años siendo huérfano, incluso un padre tan horrible como el Coronel debe sentirse bien—. Sin él, nunca hubiera tenido ni la excusa, ni la oportunidad de encerrarte.

Sólo puedo observar a Kilorn, esperando que mi mirada le duela de la misma manera en la que él me lastima.

—Cuan orgulloso debes estar.

—Aún no —responde el chico pez

En ninguno de nuestros años en las calles, todas esas horas robando y escabulléndonos como ratas de alcantarilla, nunca lo hubiera visto. Pero Kilorn es fácil de leer, al menos para mí. Cuando dobla su cuerpo, simultáneamente arqueando su espalda y encogiendo sus caderas, luce natural. Pero no hay nada natural en lo que está intentando hacer. La parte de abajo de su chaqueta se levanta, haciendo visible la caja que guarda las jeringuillas. La cual se desliza peligrosamente entre la tela y el estómago, cada vez más rápido.

—Oh —dice de forma estrangulada. Saltando del agarre del Coronel cuando la caja se resbala del todo. Se abre a media caída, dejando a las jeringuillas caer libremente. Golpean el suelo derramando fluidos a nuestros pies. Parece que todas están rotas, pero mis ojos notan que una jeringuilla sigue intacta. Medio escondida en el puño de Kilorn.

—Demonios chico —dice el Coronel, agachándose sin pensarlo. Intenta alcanzar la caja, esperando poder salvar algo, en cambio recibe una aguja en el cuello por su molestia.

La sorpresa le da a Kilorn la oportunidad que necesitaba para vaciar rápidamente la jeringuilla en las venas del Coronel. Al igual que Farley, pelea, golpeando a Kilorn en el rostro. Éste vuela, golpeándose con la pared más lejana.

Antes que el Coronel pueda dar otro paso, Cal sale disparado de su silla, y lo golpea contra la ventana de observación. Los soldados Lakelander miran incapaces de ayudar desde el otro lado del vidrio, sus armas listas pero inútiles. Después de todo, no pueden abrir la puerta y arriesgarse a liberar a los monstruos de la jaula.

La combinación de las drogas y el peso muerto de Cal sosteniendo al Coronel lo noquea. Se desliza, sus rodillas doblándose en frente de él, y desplomándose como una muy insignificante pila. Con sus ojos cerrados luce mucho menos amenazador. Incluso normal.

—Oh. —Se escucha desde la pared en la que Kilorn se está masajeando su mejilla. Drogado o no, el Coronel tiene un buen gancho. Ya se está comenzando a formar un moretón. Sin pensarlo dos veces, me acerco rápidamente a él—. No es nada Mare, no te preocupes…

Pero no voy a reconfortarlo, mi puño golpea el otro lado de su cara. Mis nudillos golpean su hueso. Gime, moviéndose por la fuerza de mi golpe, casi perdiendo el balance.

Ignorando el dolor en mi muñeca, aplaudo.

—Ahora combinas. —Y luego lo abrazo, mis brazos cerrándose a su alrededor. Se encoge, esperando más dolor pero pronto se relaja contra mi toque.

—Te iban a atrapar aquí de todas maneras. Pensé que sería más útil si no estuviera encerrado en la celda de al lado. —Deja escapar un suspiro—. Te dije que confiaras en mí. ¿Por qué no lo creíste?

Para eso, no tengo una respuesta.

Desde la ventana de observación, Cal suspira, haciendo que volvamos la atención al problema que tenemos en las manos.

—No puedo culpar tu valentía. Pero, ¿acaso tu plan va más allá de cantarle canciones de cuna a esta escoria? —Su pie toca el cuerpo del Coronel mientras su pulgar señala a los guardias que nos siguen mirando a través de la ventana.

—Sólo porque no pueda leer no significa que sea estúpido —dice Kilorn, su voz un poco al borde—. Miren la ventana. Debería pasar en cualquier momento.

Diez segundos para ser exactos. Observamos la ventana por diez segundos hasta que una forma familiar aparece. Shade, luciendo mucho mejor que el hombre que vi en la enfermería esta mañana. Parado sobre sus dos pies, con un aparato ortopédico en su pierna lastimada, y nada más que vendajes alrededor de su hombro. Sostiene una muleta como un garrote, golpeando a ambos guardias antes que tengan la oportunidad de saber qué está pasando. Ellos caen al piso como martillos, con miradas estúpidas en sus rostros.

La cerradura de las celdas se abre con un eco, y Cal está en la puerta en un latido, torciendo la puerta para abrirla. Cuando sale al pasillo, respira profundamente. No puedo seguirlo lo suficientemente rápido y suspiro cuando el peso de la Piedra

Silenciosa me deja. Con una sonrisa, chispas salen de mi cuerpo, las observo crujir por mis venas.

—Te extrañé —murmuro para mi más querida amiga.

—Eres una extraña, chica rayo.

Para mi sorpresa, Farley se recuesta en la puerta de su celda, la imagen de la calma. Ella no parece para nada afectada por las drogas, si es que alguna vez hicieron efecto.

—El beneficio de hacer amistad con enfermeras —dice Kilorn. Tocando mi hombro—. Una sonrisa fue todo lo que me tomó para distraer a Lena, y deslizar algo inofensivo en la caja.

—Estará destrozada al enterarse que ya no estás —responde Farley, torciendo sus labios para hacer un puchero—. Pobre chica.

Kilorn sólo se burla. Sus ojos buscando los míos.

—Ese no es mi problema.

—¿Y ahora? —dice Cal, el soldado dentro de él comienza a volver en sí. Sus hombros se tensan, firmes bajo sus frágiles ropas, mira a un lado y otro manteniendo un ojo en cada esquina del pasaje.

Shade alarga su brazo en respuesta. Su palma apuntando al techo.

—Ahora saltamos.

Soy la primera en poner la mano en su brazo, sosteniéndose con fuerza. Incluso aunque no pueda confiar en Kilorn, Cal, o cualquier otra persona, puedo confiar en la habilidad. En la fuerza. En el poder. Con el fuego de Cal, mi tormenta, y la velocidad de Shade, nada ni nadie puede tocarnos.

Mientras estemos juntos, nunca volveremos a estar encerrados.

9

El bunker pasa en destellos de luz y color. Sólo consigo atisbos cuando Shade se suelta, saltándonos a través de la estructura. Sus manos y brazos están en todas partes, agarrando, dándonos a todos el suficiente espacio para sujetarnos. Debe ser lo suficiente fuerte para llevarnos a todos, porque nadie se queda atrás.

Veo una puerta, una pared, el suelo acercándose a mí. Los guardias nos persiguen en cada esquina, gritando, disparando, pero nunca estamos en un sitio el suficiente tiempo. Una vez, aterrizamos en una habitación llena de gente floreciendo con electricidad, rodeada de pantallas de video y equipos de radio. Incluso logro ver algunas cámaras apiladas en la esquina antes que los ocupantes reaccionen a nosotros y saltemos alejándonos. Luego estoy entrecerrando los ojos ante la luz del sol del muelle. Esta vez, los Lakelanders se acercan lo suficiente para que pueda ver sus rostros, pálidos contra la luz del atardecer. Luego arena bajo mis pies. Otro salto y es hormigón. Saltamos más lejos en la intemperie, empezando en un extremo de la pista antes de tele trasportarnos hasta el hangar. Shade se estremece por el esfuerzo, sus músculos tensos, los tendones de su cuello destacando crudamente. Un último salto nos lleva dentro del hangar, para enfrentarnos al aire fresco y a la relativa tranquilidad. Cuando el mundo finalmente deja de girar y tirar, siento que voy a colapsar. O vomitar. Pero Kilorn me mantiene de pie, sosteniéndome para que vea para qué hemos llegado tan lejos.

Dos aeronaves dominan el hangar, con sus alas expandidas amplias y oscuras. Una es más pequeña que la otra, construida para un solo ocupante, con un cuerpo plateado y alas de color naranja. *Snapdragon*, recuerdo, pensando en Naercey y las veloces y letales naves que hicieron llover fuego sobre nosotros. El más grande es totalmente negro, amenazador, con un cuerpo más grande y ningún color para distinguirlo, por así decirlo. Nunca he visto nada como ello, y vagamente me pregunto si Cal lo ha visto. Después de todo, él va a ser quien lo pilote, a menos que Farley tengo una habilidad más en su bolsa de trucos. A juzgar por cómo mira la nave, con los ojos muy abiertos, lo dudo.

—¿Qué están haciendo aquí?

La voz se hace eco extrañamente en el hangar, rebotando en las paredes. El hombre que aparece debajo del ala del Snapdragon no tiene pinta de ser un soldado, usando un mono gris en vez del uniforme Lakelander. Sus manos están negras por la gasolina, marcándole como mecánico. Mira entre nosotros, asimilando las mejillas amoratadas de Kilorn y la muleta de Shade.

—Yo… tendré que informar a sus superiores.

—Informa —gruñe Farley, pareciendo cada centímetro la capitana que era. Junto a su cicatriz y el tenso corte de su mandíbula, me sorprende que el mecánico no se desmaye en el acto—. Tenemos órdenes estrictas del Coronel. —Gesticula rápidamente, señalando a Cal hacia la nave negra—. Ahora haz que se abra la puerta de este hangar.

El mecánico continúa tartamudeando mientras Cal nos guía hacia la parte posterior de la nave. Cuando pasamos bajo el ala, estira una mano, dejando que se arrastre dentro del frío metal.

—Un Blackrun —explica en voz baja—. Grande y rápido.

—Y robado —añado.

Él asiente, estoico, llegando a la misma conclusión que yo.

—Del aeródromo de Delphie.

Un ejercicio de entrenamiento, dijo la Reina Elara en el almuerzo hace mucho. Desechó el rumor de las naves robadas con un gesto de su tenedor de ensalada, humillando a la ahora muerta Coronel Macanthos en frente de su séquito de damas. En aquel entonces pensé que estaba mintiendo, cubriendo las acciones de la Guardia, pero también parecía imposible; ¿quién podría robar una nave, mucho menos dos? Aparentemente la Guardia Escarlata podía, y lo hizo.

La parte posterior del Blackrun, bajo la cola, se abre como una boca, creando una rampa para cargar y descargar la mercancía. En este caso, nosotros. Shade va primero, apoyándose pesadamente en su muleta, su rostro húmedo y pálido por el excesivo esfuerzo. Tantos saltos se han cobrado un precio. Kilorn le sigue, arrastrándome con él, con Cal justo detrás de nosotros. Todavía puedo oír el eco de la voz de Farley cuando trepamos dentro, caminando a través de la semi oscuridad.

Los asientos se alinean a ambos lados de las paredes curvadas, con correas de alta resistencia colgando de cada uno. Suficiente para transportar dos docenas de hombres al menos. Me pregunto a dónde voló esta nave por última vez, y a quién llevaba. ¿Vivieron, murieron? ¿Y compartiremos nosotros su destino?

—Mare, te necesito aquí —dice Cal, pasando junto a mí a la parte delantera de la nave. Se deja caer pesadamente en el asiento del piloto, frente a un insoldable panel de botones, palancas e instrumentos. Todos los diales y medidores apuntan a cero, y la nave zumba con nada más que los latidos de nuestros corazones. A través del grueso cristal de la cabina, puedo ver la puerta del hangar todavía cerrada, y a Farley todavía discutiendo con el mecánico.

Suspirando, tomo el asiento junto a él y empiezo a abrocharme.

—¿Qué puedo hacer? —Los cinturones hacen clic y chasquean cuando aprieto cada uno. Si vamos a volar, no quiero estar rebotando dentro de la nave.

—Esta cosa tiene baterías, pero necesitan un empujón, y no creo que el mecánico vaya a dárnoslo —dice con un poco de brillo en los ojos—. Haz lo que mejor haces.

—Claro. —La determinación me inunda, fuerte como mis chispas. *Es sólo como encender una lámpara, o una cámara*, me digo. *Solo que mucho más grande y más complicado, y más importante*. Brevemente me pregunto si se puede hacer, si yo soy suficiente para arrancar este enorme Blackrun. Pero el recuerdo de los rayos, morados y blancos y poderosos, impactando desde el cielo al Cuenco de Huesos, me dice que lo soy. Si puedo empezar una tormenta, seguramente puedo traer esta nave a la vida.

Con los brazos extendidos, pongo las manos en el panel. No sé qué debo sentir, solo que no siento nada. Mis dedos bailan a lo largo del metal, buscando cualquier cosa a la que aferrarme, cualquier cosa que pueda ser capaz de usar. Mis chispas se elevan en mi piel, listas para que sean llamadas.

—Cal —murmuro a través de los dientes apretados, reacia a dejar que salga el grito.

Él lo entiende y trabaja rápidamente, alcanzando bajo el panel de control algo que hay debajo. El metal se rasga con un penetrante chillido, derretido por las esquinas, cuando él aparta la carcasa del panel. Revela un revoltijo de cables, cruzados en intrincados manojos, y me recuerdan a venas bajo la piel. Solo necesito conseguir que bombeen. Sin pensarlo, meto una mano en los cables, dejando que mis chispas salgan. Buscan por su cuenta, buscando un sitio al que ir. Cuando mis dedos rozan un cable especialmente grueso, una cuerda redondeada y suave que encaja perfectamente en mi mano, no puedo evitar sonreír. Mis ojos se cierran, permitiendo que me concentre. Presiono más fuerte, dejando que mi fuerza fluya a la línea de alta tensión. Se transporta por la nave, dividiéndose y ramificándose por diferentes caminos, pero continúo forzando mis chispas. Cuando llegan al motor y las inmensas baterías, mi agarre se aprieta, con las uñas clavándose en mi piel. *Vamos*. Puedo sentir vertiéndome en las baterías, alimentándolas, hasta que rozo su propia energía almacenada. Mi cabeza baja, apoyándose contra el panel, dejando que el frío metal calme mi piel ruborizada. Con un último empuje, la presa dentro de la nave se rompe, estallando a través de las paredes y los cables. No veo cómo revive la energía del Blackrun, pero lo siento alrededor.

—Bien hecho —dice Cal, gastando un segundo para apretar mi hombro. Sin embargo su toque no se demora, en conformidad con nuestro acuerdo. Sin distracciones, mucho menos ahora. Abro los ojos para ver sus manos bailando por los controles del panel, tocando interruptores y ajustando medidores aleatoriamente.

Cuando me reclino, otra mano toma mi hombro. Kilorn deja que su mano descanse, pero su toque es extrañamente suave. Ni siquiera me está mirando sino que mira a la nave, su rostro dividido entre asombro y miedo. Con su boca abierta y sus ojos muy amplios, parece casi infantil. Yo misma me siento pequeña, sentada en el vientre de la aeronave a punto de hacer lo que nunca creímos posible. *El chico pescador y la chica rayo, a punto de volar*.

—¿Espera que vuele esto a través de una pared? —murmura Cal en voz baja, su propia sonrisa ha desaparecido. Mira por encima del hombro, buscando con los ojos, no a mí, sino a mi hermano—. ¿Shade?

Mi hermano parece a punto de desmayarse, y a regañadientes niega.

—No puedo hacer saltar cosas tan grandes, esto… es complicado. Incluso en un día bueno. —Le duele decir tal cosa, aunque no tiene ninguna razón para estar avergonzado. Pero Shade es un Barrow, y no nos gusta admitir debilidad—. Puedo agarrar a Farley, sin embargo —continúa, su mano dirigiéndose a sus ataduras.

Kilorn conoce a mi hermano tan bien como yo, y le empuja de vuelta a su asiento.

—No eres útil muerto, Barrow —dice, forzando una sonrisa torcida—. Conseguiré abrir esa puerta.

—No te molestes —gruño, mis ojos fijados fuera de la cabina, empujo mi poder, y con un enorme chirrido, la puerta del hangar empieza a abrirse, elevándose del suelo con un movimiento suave y constante. El mecánico parece desconcertado, mirando cómo trabaja el mecanismo que controla la puerta, mientras Farley huye. Corre desapareciendo de la vista, corriendo a través de la puerta que se eleva. El resplandor de la puesta de sol la sigue, cortado con largas sombras a rallas. Dos docenas de soldados forman una silueta, bloqueando la entrada. No solo Lakelanders, si los propios Guardias de Farley, marcados por sus cintos rojos y bufandas. Cada uno tiene un arma apuntado al Blackrun, pero dudan, no queriendo disparar. Para mi alivio no reconozco a Bree o Tramy entre ellos.

Uno de los Lakelanders da un paso adelante, un capitán o teniente a juzgar por las rayas blancas de su uniforme. Grita algo, con una mano extendida, sus labios forman la palabra *deténganse*. Pero no podemos oírle por encima del creciente rugido de los motores.

—¡Vamos! —grita Farley, apareciendo en la parte posterior del avión. Se echa al asiento más cercano, abrochándose con manos temblorosas.

Cal no necesita que se lo digan dos veces. Sus manos trabajan el doble de rápido, torciendo y presionando, como si fuera su segunda naturaleza. Pero le oigo murmurar en voz baja, como una oración, recordándose qué hacer. El Blackrun se apresura, con las ruedas girando, mientras la rampa trasera se coloca en su sitio, sellando el interior de la nave con un satisfactorio siseo neumático. *Ahora no hay vuelta atrás*.

—Está bien, pongamos en marcha esta cosa —dice Cal, reclinándose en su asiento de piloto con un giro casi emocionado. Sin aviso, agarra una palanca del panel, empujándolo hacia delante, y la nave obedece.

Rueda hacia delante, en un trayecto de colisión con la línea de soldados. Aprieto los dientes, esperando una escena brutal, pero ya están corriendo, huyendo del Blackrun y su piloto vengador. Nos alejamos del hangar ganando velocidad con cada segundo que pasa, para encontrar la pista sumida en el caos. Los transportes van más allá de los barracones, dirigiéndose hacia nosotros, mientras una tropa de soldados dispara atrevidamente del tejado del hangar. Las balas hacen sonar el casco de metal, pero no lo agujerean. El Blackrun está hecho de un material más fuerte que aguanta, girando a la derecha fuertemente y sorprendiéndonos en nuestros asientos.

Kilorn consigue la peor parte, al no haberse atado apropiadamente los cinturones de seguridad. Su cabeza golpea contra la pared curvada y maldice, acunando sus mejillas amoratadas.

—¿Estás seguro que puedes volar esta cosa? —gruñe, dirigiendo su enfado hacia Cal.

Con una burla, Cal empuja más, instando la nave a su máxima velocidad. Fuera de la ventana, veo los transportes quedándose atrás, incapaces de seguir el ritmo. Pero por delante, la pista, un camino gris suave, está llegando a su fin. Las colinas verdes y los árboles enanos nunca han parecido tan amenazadores.

—Cal —digo, esperando que me oiga por encima de los ruidos de los motores—. Cal.

Detrás de mí, Kilorn manipula su cinturón, pero sus dedos están temblando demasiado para que sean útiles.

—Barrow, ¿tienes un último salto en ti? —grita, mirando a mi hermano.

Shade no parece oírle. Sus ojos miran adelante, su rostro pálido por el miedo. Las colinas se están acercando, a segundos de nosotros ahora. Me imagino la nave volando sobre ellas, estable por un momento, antes de inclinarse de punta a punta para explotar en un destrozo de fuego. *Al menos Cal sobreviviría a eso*.

Pero Cal no nos dejará morir. No hoy. Se apoya pesadamente en otra palanca, las venas de su puño resaltan fuertemente. Entonces las colinas desaparecen alejándose, como un mantel cuando se quita de la mesa. Ya no veo la isla sino el cielo azul profundo otoñal. Mi respiración desaparece con la tierra, apartada por la sensación de elevarnos en el aire. La presión me presiona contra mi asiento y le hace algo casi doloroso a mis oídos, *explotándolos*. Detrás de mí, Kilorn ahoga un grito y Shade maldice en voz baja. Farley ni siquiera reacciona. Está congelada, sus ojos amplios en sorpresa.

He experimentado bastantes cosas extrañas estos últimos meses, pero nada se compara a volar. Es un contraste discordante, sentir el inmenso empuje del avión a medida que asciende, cada pulso de los motores nos envían hacia el cielo, mientras mi propio cuerpo está tan impotente, tan pasivo, tan dependiente de la nave alrededor. Es peor que Cal aumentando de velocidad, pero también mejor. Mordiéndome el labio, me aseguro de no cerrar los ojos.

Subimos y subimos, oyendo nada más que el rugido de los motores y nuestros propios corazones retumbando. Jirones de nubes pasan a nuestro lado, atravesando la cabina como cortinas blancas. No puedo evitar inclinarme hacia delante, casi presionando mi nariz al cristal para conseguir un buen vistazo. La isla se queda abajo, un pedrusco verde contra el mal azul-hierro, haciéndose más pequeño a cada segundo que pasa, hasta que no puedo distinguir la pista o los barracones.

Cuando el avión se nivela, alcanzando cualquier altura en la que Cal decidió, gira en su asiento. La mirada de suficiencia en su rostro haría a Maven orgulloso.

—¿Y bien? —dice, mirando a Kilorn—. ¿Puedo volar ésta cosa?

Un rezongón "sí" es todo lo que obtiene, pero eso es suficiente para Cal. Se da la vuelta hacia el panel, las manos apoyadas en un mecanismo en forma de U centrada delante de él. El avión reactivo responde a su tacto, en declive cuando gira la U. Cuando está satisfecho, presiona unos cuantos botones en la consola y se inclina hacia

atrás, aparentemente dejando que el avión vuele por sí solo. Incluso se desabrocha su cinturón de seguridad, quitándoselo para ponerse más cómodo en su asiento.

—Entonces, ¿adónde vamos? —pregunta al silencio—. ¿O simplemente están improvisando ahora?

Me estremezco con el juego de palabras.

Un golpe contundente se hace eco a través del avión mientras Kilorn golpea una pila de papeles contra su rodilla. *Mapas*.

—El Coronel —explica Kilorn, con los ojos clavados en los míos. *Tratando de hacerme entender*—. Hay una pista de aterrizaje cerca de Harbor Bay.

Pero Cal niega, como un irritado maestro con un estudiante cada vez más tonto.

—¿Quieres decir Fort Patriot? —se burla—. ¿Quieres que toquemos tierra en el medio de una base aérea Nortan?

Farley es la primera que sale de su asiento, casi rasgando su cinturón. Examina los mapas con movimientos cortantes y deliberados.

—Sí, somos completamente estúpidos, Su Alteza —dice ella con frialdad. Despliega un mapa, antes acércalo hasta su nariz—. No a la fortaleza. El campo Nueve-Cinco.

Apretando sus dientes contra una réplica, Cal toma el mapa con cautela y examina la casilla de líneas y colores. Después de un momento, se ríe de plano.

—¿Qué pasa? —pregunto, agarrando el mapa de su mano. A diferencia del gigantesco y antiguo pergamino indescifrable, en la antigua aula de Julián, este mapa muestra los nombres y lugares familiares. La ciudad de Harbor Bay domina el sur bordeando la costa del océano, con Fort Patriot que ocupa una península que se adentra en el agua. Una tira gruesa de color marrón alrededor de la ciudad, demasiado uniforme para ser natural, sólo puede ser otro tramo de árboles de barrera. Al igual que en Archeon, la creación del jardín verde de los bosques extraños protege a Harbor Bay de la contaminación. En este caso, probablemente desde New Town, la zona marcada abrazando a los árboles como un cinturón de barrera, formando un muro alrededor de la periferia de Harbor Bay.

Otro barrio pobre, me doy cuenta. Al igual que Gray Town, donde los Rojos viven y mueren bajo un cielo lleno de humo, obligados a construir medios de transporte, bombillas, propulsores, todo y cualquier cosa que los Plateados en sí no pueden comprender. A los expertos en tecnología no se les permite salir de sus llamadas ciudades, incluso para reclutarse al ejército. Sus habilidades son demasiado valiosas para perderse en la guerra, o por su propia voluntad. El recuerdo de Gray Town punza, pero sabiendo que no es la única abominación de su tipo, es aún más profundo. ¿Cuántos viven en los confines de ese marginal barrio? ¿O en este otro? ¿Cuantos *como yo*, para el caso?

Pruebo la bilis a medida que sube por mi garganta, pero trago saliva, obligándome a mirar hacia otro lado. Busco a través de las tierras circundantes, en su mayoría ciudades fábrica, la pequeña ciudad ocasional, y denso bosque salpicado de unas ruinas en mal estado. Pero Nueve-Cinco campo no parece estar en cualquier

lugar en el mapa. Un secreto probablemente, al igual que tener nada que ver con la Guardia Escarlata.

Cal nota mi confusión y me permito una última sonrisa.

—Tu amigo quiere convertir a Blackrun en una maldita ruina —dice finalmente, golpeando el ligero mapa.

Su dedo se posa en una línea de puntos, el símbolo de uno de los antiguos caminos de carreteras masivas de hace mucho tiempo. Lo vi una vez, cuando Shade y yo nos perdimos en el bosque cerca de los Pilares. Estaba agrietada por el hielo de mil inviernos y blanqueada por siglos de sol, viéndose más como peñascos de rocas que una vieja vía pública. Unos árboles crecían a través de ella, abriéndose a través del asfalto. La idea de aterrizar un avión reactivo sobre una, me revuelve el estómago.

—Eso es imposible —tartamudeo, imaginando todas las maneras en que podríamos estrellarnos y morir intentando aterrizar en la antigua carretera.

Cal asiente, tomando rápidamente el mapa de mis manos. Lo extiende de par en par, sus dedos bailando a lo largo de las diferentes ciudades y ríos en su búsqueda.

Simply Books

—Con Mare, no necesitamos tocar aquí abajo. Podemos tomar nuestro tiempo, repostar las baterías cada vez que lo necesitemos, y volar todo el tiempo que queramos, mientras lo queramos. —Luego, con un encogimiento de hombros—. O hasta que las baterías dejen de mantener una carga.

Otro rayo de vetas de pánico me atraviesa.

—¿Y cuánto tiempo podría ser?

Él responde con una sonrisa torcida.

—Blackruns entró en uso hace dos años. En el peor de los casos, esta chica tiene otros dos en sus células.

—No me asustes así —me quejo.

Dos años, pienso. *Podríamos dar la vuelta al mundo en ese tiempo. Ver Prairie, Tiraxes, Montfort, Ciron, tierras que son sólo nombres en un mapa. Podríamos verlos todos*.

Pero eso es un sueño. Tengo una misión, nuevasangres para proteger, y una regia cuenta pendiente.

—Entonces, ¿por dónde empezamos? —pregunta Farley.

—Dejamos que la lista decida. La tienes, ¿verdad? —Me esfuerzo para no sonar asustada. Si el libro de los nombres de Julian se quedó atrás en el Tuck, entonces ésta pequeña excursión habrá terminado antes que siquiera haya comenzado. Porque no voy un centímetro más lejos sin ella.

Responde Kilorn, tirando del familiar cuaderno desde el interior de su camisa. Me lo lanza, y lo agarro con destreza. Se siente caliente en mis manos, todavía aferrándose a su calor.

—Se la quité al Coronel —dice, haciendo lo posible por sonar casual. Pero el orgullo sangra, por pequeño que sea.

—¿Sus cuartos? —le preguntan, recordando el austero bunker debajo del océano.

Pero Kilorn niega.

—Él es más inteligente que eso. La mantenía encerrada en el cuartel de la Armería, con la llave en su collar.

—¿Y tú…?

Con una sonrisa satisfecha, deja al descubierto la cadena de oro en su cuello.

—Puede que no sea tan bueno como un ratero, pero…

Farley asiente.

—Estábamos planeando robarla con el tiempo, pero cuando te encerraron, tuvimos que *improvisar*. Y rápido.

—Oh. —Así que esto es lo que mis pocas horas en una celda pagaron. *Puedes confiar en mí*, Kilorn dijo antes que él me empujara hacia el interior de una celda. Ahora me doy cuenta que lo hizo por la lista, para los nuevasangres y para mí—. Bien hecho —susurro.

Kilorn pretende encogerse de hombros pero su sonrisa delata lo realmente contento que está.

—Sí, bueno, voy a agarrar esto ahora si no te importa —dice Farley, su voz más suave de lo que nunca he oído. No espera la respuesta de Kilorn y llega para agarrar la cadena en un movimiento incluso rápido. El oro destella en su mano, pero desaparece rápidamente escondido en un bolsillo. Su boca se contrae un poco, la única indicación de cómo afectada está por el collar de su padre. *No, no es el suyo. No es verdad*. La fotografía en los cuartos del Coronel es prueba de ello. Su madre o su hermana llevaban esa cadena, y por la razón que sea, ella no la está usando ahora.

Cuando levanta la cabeza otra vez, la contracción se ha ido, su forma brusca regresó.

—Bueno, chica rayo, ¿quién está más cercano a Nueve-Cinco? —pregunta, su barbilla sobresaliendo en el libro.

—*No* estamos aterrizando en Nueve-Cinco —dice Cal, firme pero al mando. En esto, tengo que estar de acuerdo con él.

En silencio hasta ahora, Shane gime en su asiento. Ya no está pálido, pero está vagamente verde. Es casi cómico; puede manejar el tele transporte muy bien, pero parece que en volar es un iniciado.

—Nueve-Cinco *no* es una ruina —dice, haciendo todo lo mejor para no estar enfermo—. ¿Has olvidado ya a Naercey?

Cal exhala lentamente, frotándose la barbilla con una mano. Ahí está el comienzo de una barba, una sombra oscura en la mandíbula y las mejillas.

—La repavimentaste.

Farley asiente lentamente y sonríe.

—¿Y no puedes decir eso abiertamente? —la maldigo, quitando la auto-importante sonrisa de su cara—. Sabes que no hay puntos extra por ser dramática,

Diana. Cada segundo que desperdicias presumiendo podría significar otro nuevasangre muerto.

—Y cada segundo que desperdicias cuestionándome, a Kilorn, y Shade sobre todo, hasta el aire que respiras hace lo mismo, chica rayo —dice ella, acortando la distancia entre nosotras. Se eleva sobre mí, pero no me siento pequeña. Con la confianza forjada en frío por Lady Blonos y el tribunal de plata, me encuentro con su mirada sin una pizca de escalofrío—. Dame una razón para confiar en ti y lo haré.

Una mentira.

Después de un momento, niega y se aleja, y me da suficiente espacio para respirar.

—Nueve-Cinco *era* una ruina —explica—. Y cualquiera lo suficientemente curioso para visitarla, sólo ve un tramo de carretera abandonada. Un kilómetro de asfalto que no se ha descompuesto todavía.

Ella comienza apuntando a otras carreteras en ruinas en el mapa.

—No es la única.

La variada red de elementos laminares en el mapa, siempre están escondidas en las ruinas antiguas, pero cerca de las ciudades y pueblos más pequeños. *Protección*, lo llama ella, porque la seguridad es mínima, y los Rojos del campo están más inclinados a mirar hacia otro lado. Tal vez menos ahora, con las Medidas en vigor, pero sin duda antes que el rey decidiera tomar distancia aún más de sus hijos.

—El Blackrun y el Snapdragon son los primeros aviones que hemos robado, pero vendrán más —añade con un orgullo silencioso.

—No estaría seguro de eso —responde Cal. No está siendo hostil, simplemente pragmático—. Después que fueron tomadas de Delphie, será aún más difícil de conseguir en una base, y mucho menos una cabina de piloto.

Una vez más, Farley sonríe, completamente convencida de sus propios secretos ganados con esfuerzo.

—En Norta, sí. Pero los campos de aviación de Piedmont están lamentablemente bajo custodia.

—¿Piedmont? —Cal y yo aspiramos sorprendidos al unísono. La nación aliada al sur se encuentra muy lejos, más lejos aún que Lakelands. Debería estar mucho más allá del alcance de los agentes de la Guardia Escarlata. El contrabando de esa región es fácil de creer, he visto las cajas con mis propios ojos, pero ¿la infiltración directa? Parece... imposible.

Farley no parece pensar así.

—Los príncipes de Piedmont están totalmente convencidos que la Guardia Escarlata es un problema Nortan. Afortunadamente para nosotros, están equivocados. Esta serpiente tiene muchas cabezas.

Me muerdo el labio para no dejar escapar un jadeo, y mantener lo poco que queda de mi máscara. *Lakeland, Norta, ¿y ahora Piedmont?* Estoy dividida entre la admiración y el temor de una organización lo suficientemente grande y paciente para

infiltrarse, no una, sino tres naciones soberanas gobernadas por reyes y príncipes Plateados.

Esto no es la simplicidad de gentuza de verdaderos creyentes que imaginaba.

Se trata de una máquina grande y bien aceitada, en movimiento durante más tiempo de lo que nadie creía posible.

¿En que he caído?

Para mantener mis pensamientos guardados, me tapo abriendo el libro de nombres. El estudio de Julian de artefactos, agregado con el nombre y la ubicación de cada nuevasangre en Norta, me calma. Si puedo reclutarlos, entrenarlos, y mostrarle al Coronel que no somos Plateados, que no debemos temer, entonces podríamos tener la oportunidad de cambiar el mundo.

Y Maven, no tendrá la oportunidad de matar a cualquier otra persona en mi nombre. No voy a llevar más el peso de las lápidas.

Cal se inclina a mi lado, pero sus ojos no están en las páginas. En su lugar, mira mis manos, mis dedos, ya que pasan a través de la lista. Su rodilla roza la mía, caliente incluso a través de su pantalón rasgado. Y aunque no dice nada, entiendo su significado. Al igual que yo, sabe que siempre hay más de lo que parece, más de lo que incluso podemos empezar a comprender.

Está en guardia, dice su contacto.

Con un empujón, le contesto.

Lo sé.

—Coraunt —digo en voz alta, parando el dedo en seco—. ¿Qué tan cerca está Coraunt de la pista de aterrizaje de Nueve-Cinco?

Farley no se molesta en buscar la localidad en el mapa. No tiene por qué.

—Suficientemente cerca.

—¿Qué hay en Coraunt, Mare? —pregunta Kilorn, deslizándose hasta mi hombro. Tiene cuidado en mantener su distancia con Cal, poniéndome entre ellos como una pared.

Las palabras se sienten pesadas. Mis acciones podrían liberar a este hombre. O condenarlo.

—Su nombre es Nix Marsten.

10

El Blackrun era el jet privado que el Coronel usaba para moverse entre Norta y los Lakelands, tan rápido como fuera posible. Es más que un transporte para nosotros. Es un tesoro, todavía cargado con armas, suministros médicos, incluso raciones de alimentos de su último vuelo. Farley y Kilorn dividen lo almacenado en pilas, separando las armas de las vendas, mientras Shade se cambia los vendajes de su hombro. Su pierna se estira de manera extraña, incapaz de doblarse por la rodilla, pero no muestra señales de dolor. A pesar de su pequeño tamaño, siempre fue el más rudo de la familia, seguido solo por papá quien simplemente aprieta sus puños a través de su constante agonía.

Mi respiración de repente se siente desigual, raspando entre las paredes de mi garganta, apuñalando mis pulmones. *Papá, mamá, Gisa, los chicos*. Con el torbellino de mi escape me he olvidado por completo de ellos. Justo como antes, cuando me convertí por primera vez en Mareena, cuando el rey Tiberias y la reina Elara se llevaron mis harapos y me dieron seda. Me tomó horas recordar a mis padres, en casa, esperando por una hija que no regresaría. Y ahora los he dejado esperando de nuevo. Podrían estar en peligro por lo que he hecho, sometidos a la rabia del Coronel. Dejo caer la cabeza en mis manos, maldiciendo. *¿Cómo pude olvidarme de ellos? Acabo de recuperarlos. ¿Cómo pude dejarlos de esta forma?*

—¿Mare? —dice Cal en voz baja, tratando de no atraer la atención. Los otros no necesitan verme doblegarme, castigándome a mí misma con cada pequeña respiración.

Eres egoísta, Mare Barrow. Una niñita estúpida y egoísta.

El suave susurro de motores, una vez lento y cómodamente constante, se vuelve un fuerte peso. Me golpea como olas en la playa Tuck, sin fin, envolventes y ahogadoras. Por un momento, quiero dejar que me consuma. Entonces no sentiré nada más que la luz. Sin dolor, sin recuerdos, sólo poder.

Una mano en la parte de atrás de mi cabeza me aparta un poco del borde, empujando algo de calor a mi piel para encontrarse con el frío. El pulgar traza, lentos y constantes círculos, encontrando un punto de presión que no sabía que existía. Ayuda un poco.

—Debes calmarte —continúa Cal, su voz está mucho más cerca esta vez. Observo de reojo para verlo inclinándose a mi lado, con sus labios casi rozando mi oreja—. Los aviones son un poco sensibles a las tormentas.

—Cierto. —La palabra es tan difícil de decir—. Bien.

Su mano no se mueve, quedándose conmigo.

—Inhala por la nariz, exhala por la boca —me instruye, con la voz baja y tranquila como si estuviera hablando con un animal asustado. Supongo que no está del todo equivocado.

Me siento como una niña, pero tomo el consejo de todos modos. Con cada respiración, dejo que otro pensamiento se vaya, cada uno más difícil que el anterior. *Los olvidaste*. Dentro. *Mataste personas*. Fuera. *Dejaste que otros murieran*. Dentro. *Estás sola*. Fuera.

La última no es verdad. Cal es la prueba de eso, así como Kilorn, Shade y Farley. Pero no puedo sacarme la sensación que, mientras están conmigo, no hay nadie a mi lado. Incluso con un ejército a mis espaldas, todavía estoy sola.

Tal vez los nuevasangres cambiarán eso. Tal vez no. De cualquier forma, tengo que descubrirlo.

Lentamente, me enderezo, y las manos de Cal me siguen. Se aleja después de un largo momento, cuando está seguro que no lo necesito más. Mi cuello se siente repentinamente frío sin su calor, pero tengo demasiado orgullo para hacérselo saber. Así que dirijo mi mirada hacia afuera, enfocándome en las nubes borrosas pasando, el sol hundiéndose, y el océano abajo. Olas blanca se dirigen contra la larga cadena de islas, cada una conectada por franjas de arena, pantanos o un puente dilapidado. Un par de villas de pescadores y faros salpican el archipiélago, pareciendo inofensivo, pero mis puños se aprietan ante la visión de éstas. *Podría haber un vigía en una de ellas. Podríamos ser vistos*.

La más extensa de las islas tiene un puerto lleno de botes, navales a juzgar por el tamaño y las rayas azules y plateadas que decoran sus cascos.

—¿Asumo que sabes lo que estás haciendo? —pregunto a Cal, con mis ojos aún en las islas. ¿Quién sabe cuántos Plateados hay ahí abajo, buscándonos? Y el puerto, lleno de barcos, podría esconder muchas cosas. O personas. *Como Maven*.

Pero Cal no parece preocupado por nada de eso. De nuevo, se rasca su creciente barba de un día, con los dedos raspando contra la dura piel.

—Esas son las Islas Bahrn, y no son nada de qué preocuparse. Fort Patriot, por otro lado… —dice, apuntando vagamente hacia el noroeste. Sólo puedo distinguir la costa de la parte continental, nublada bajo la luz dorada—. Voy a mantenerme fuera de sus sensores tanto como pueda.

—¿Y cuando no puedas? —Kilorn de repente está parado a nuestro lado, inclinándose sobre la parte de atrás de mi silla. Sus ojos van del uno al otro, alternando entre Cal y las islas abajo—. ¿Crees que puedes perderlos en el aire?

El rostro de Cal es calmado, confiado.

—Sé que puedo.

Tengo que ocultar la sonrisa tras una manga, sabiendo que solo enfurecerá a Kilorn. Aunque nunca he volado con Cal antes de hoy, lo he visto en acción en una moto. Y si es la mitad de bueno pilotando aviones como lo es manejando esa máquina de la muerte de dos llantas, entonces estamos en manos muy capaces.

—Pero no tendré que hacerlo —continúa, satisfecho con el silencio de Kilorn—. Cada avión tiene una señal de llamada para hacerle saber a los puertos con exactitud qué avión es cuál. Cuando estemos en el rango, enviaré una antigua, y si tenemos suerte, nadie pensará en revisarlo dos veces.

—Suena como una apuesta —gruñe Kilorn, buscando por cualquier agujero para pinchar el plan de Cal, pero el chico pescador se encuentra lamentablemente superado.

—Funciona —interviene Farley desde algún lado en el suelo—. Así es como pasa el Coronel si no puede volar entre los sensores.

—Supongo que ayuda que nadie espere que los rebeldes sepan cómo pilotar —añado, tratando de aliviar la vergüenza de Kilorn—. No están buscando aviones robados en el aire.

Para mi sorpresa, Cal se tensa visiblemente. Se levanta de su asiento en un rápido e irritante movimiento, dejando su silla tambaleándose.

—Los instrumentos de respuesta son lentos —murmura una explicación apresurada. Una mentira, pobremente hecha, a juzgar por el oscuro ceño en su rostro.

—¿Cal? —lo llamo, pero no se da vuelta. Ni siquiera se digna a mirarme, y camina a zancadas hacia la parte trasera del avión. Los otros lo miran con los ojos entrecerrados, todavía dolorosamente cautelosos con él.

Solo puedo mirar, perpleja. *¿Ahora qué?*

Lo dejo con sus pensamientos y voy hacia Shade, todavía extendido en el suelo. Su pierna luce mejor de lo que esperaba, apoyada por la abrazadera bien hecha, pero todavía necesita la muleta de metal curvado a su lado. Después de todo, tuvo que sacarse dos balas en Naercey y no tenemos curanderos para que lo sanen con un simple toque.

—¿Necesitas que te consiga algo? —pregunto.

—No me molestaría algo de agua —dice de mala gana—. Y la cena.

Feliz de poder hacer, al menos, algo por él, recojo una cantimplora y dos paquetes sellados de provisiones de los depósitos de Farley. Espero que haga un alboroto sobre racionar los alimentos, pero apenas y me mira. Ella ha tomado mi asiento en la cabina, y mira hacia afuera por la ventana, cautivada por el mundo pasando por debajo. Kilorn está al lado de ella, pero nunca toca el asiento vacío de Cal. No quiere ser regañado por el príncipe, y es cuidadoso de mantener las manos alejadas del panel de instrumentos. Me recuerda a un niño rodeado de cristal roto, esperando por tocar, pero sabiendo que no debería.

Casi tomo una tercera ración empacada, ya que Cal no ha comido desde que el Coronel lo encerró, pero una mirada a la parte trasera del jet detiene mi mano. Cal está de pie solo, jugueteando con un panel abierto, montando todo un espectáculo como arreglando algo que no está roto. Rápidamente sube el cierre de uno de los uniformes almacenados a bordo: un uniforme de vuelo blanco y plateado. Las ropas hechas jirones de la arena caen a sus pies. Se ve más como él mismo, un príncipe de fuego, un guerrero de nacimiento. Si no fuera por las distintivas paredes del Blackrun, pensaría que estamos en el palacio, bailando alrededor del otro como polillas alrededor de una

vela. Hay una placa estampada sobre su corazón, un emblema negro y rojo flanqueado por un par de alas plateadas. Incluso desde esta distancia, reconozco los puntos negros retorcidos en la imagen de una llama. *La Corona Ardiente*. Esa era de su padre, de su abuela, su derecho de nacimiento. En cambio, la corona le fue arrebatada de la peor forma, pagada con la sangre de su padre y el alma de su hermano. Y por mucho que odiara al rey, el trono, y todo lo que representaba, no puedo evitar sentir lástima por Cal. Ha perdido todo, toda una vida, incluso si esa vida estaba mal.

Cal siente mi mirada y alza la suya de su trabajo improductivo, por un momento. Entonces su mano se desliza hacia la placa, trazando las líneas de su reino robado. En un rápido giro que me hace saltar, la arranca del uniforme y la desecha. La rabia destella en sus ojos, profundamente bajo su tranquilo exterior. Aunque intenta ocultarlo, su ira todavía burbujea en la superficie, brillando entre las rendijas de su máscara bien puesta. Lo dejo con sus cosas, sabiendo que los trabajos internos del avión pueden calmarlo más que cualquier cosa que pueda decir.

Shade se mueve, dándome espacio a su lado, y me dejo caer sin mucha gracia. El silencio cuelga entre nosotros como una oscura nube mientras nos pasamos la cantimplora el uno al otro, compartiendo una muy extraña cena familiar en el suelo, del dos veces robado, Blackrun.

Simply Books

—Hicimos lo correcto, ¿verdad? —susurro, esperando por alguna clase de absolución. Aunque solo es un año mayor que yo, siempre he confiado en los consejos de Shade.

Para mi alivio, asiente.

—Solo era cuestión de tiempo hasta que me arrojaran contigo. El Coronel no sabe cómo manejar a personas como nosotros. Lo asustamos.

—No es el único —respondo sombríamente, recordando las miradas y los susurros de todos los que he encontrado hasta ahora. Incluso en el Salón del Sol, donde estaba rodeada por habilidades imposibles, todavía era diferente. Y en Tuck, era la chica rayo. Respetada, reconocida, y *temida*—. Al menos los otros son normales.

—¿Papá y mamá?

Asiento, haciendo una mueca ante su mención.

—Gisa también, y los chicos. Son verdaderos Rojos así que él no puede… No les hará nada a ellos. —Suena como una pregunta.

Shade le da una mordida pensativa a sus raciones, una seca y escamosa barra de avena, dejando migas por todas partes.

—Si nos hubieran ayudado, sería una historia diferente. Pero ellos no sabían nada sobre nuestra huida, así que no me preocuparía. Irnos de la forma en que lo hicimos… —Su respiración se detiene, así como la mía—, fue lo mejor para ellos. Papá nos hubiera ayudado de otra forma, también mamá. Al menos Bree y Tramy son lo suficientemente leales para escapar a las sospechas. Por no mencionar que ninguno de ellos es lo suficientemente brillante para planear algo como esto. —Se detiene, pensativo—. Dudo que incluso a los Lakelanders les gustaría arrojar a una mujer mayor, un inválido y a la pequeña Gisa a una celda.

—Bien —contesto, un poco aliviada. Sintiéndome mejor, limpio los restos de la barra de comida de su camisa.

—No me gusta cuando los llamas normales —añade, tomando mi muñeca. Su voz es repentinamente baja—. No hay nada malo con nosotros. Somos diferentes, sí, pero no hay nada de malo. Y ciertamente nada mejor.

Somos cualquier cosa menos normal, quiero decirle, pero las serias palabras de Shade matan el pensamiento.

—Tienes razón, Shade —digo, con un asentimiento, esperando que no note mi mentira—. Siempre la tienes.

Se ríe y termina su cena con un gran mordisco.

—¿Puedo tener eso por escrito? —Se ríe, soltando su agarre sobre mí. Su sonrisa es tan familiar que me duele. Finjo una sonrisa para su beneficio, pero los pesados pasos de Cal rápidamente la borran.

Pasa caminando a nuestro lado, parándose cerca de la pierna extendida de Shade, con los ojos fijos en la cabina.

—Deberíamos estar al alcance pronto —dice a nadie en particular, pero nos pone a todos en acción.

Kilorn se apresura a alejarse de la cabina del piloto, como si de un niño espantado se tratara. Cal lo ignora por completo. Su concentración está en el avión, y nada más. Por ahora, al menos, su hostilidad pasa a un segundo plano contra el obstáculo al frente.

—Cinturones de seguridad —añade Cal por encima del hombro, atrapando mi mirada mientras se hunde en su propio asiento. Se pone rápidamente los cinturones de seguridad con precisión, apretando cada uno rápidamente, con duros tirones. A su lado, Farley hace lo mismo, silenciosamente reclamando mi silla por el momento. No es que me importe. Ver el avión despegar fue aterrador. Sólo puedo imaginarme lo que será aterrizar.

Shade es orgulloso, pero no estúpido, y permite que lo ayude a ponerse de pie. Kilorn lo toma por el otro lado, y juntos logramos levantarlo rápidamente. Una vez que está de pie, Shade se mueve fácilmente, logrando amarrarse a un asiento de seguridad con una muleta bajo el brazo. Tomo el asiento a su lado, con Kilorn al otro lado. Esta vez, mi amigo se ata a sí mismo apretadamente, y agarra sus restricciones con sombría anticipación.

Me concentro en mis propios cinturones, sintiéndome extrañamente a salvo cuando se aprietan. *Acabas de atarte a una pieza de metal a toda velocidad*. Es verdad, pero al menos por los siguientes minutos, la vida y la muerte dependen sólo del piloto. Sólo estoy por el viaje.

En la cabina, Cal se ocupa de una docena de palancas e interruptores, preparando al avión para lo que sea que viene después. Entrecierra los ojos, alejando la mirada del sol y su haz de luz. Prende su silueta en llamas, iluminándolo con franjas rojas y naranjas que podrían ser sus propias llamas. Me recuerda a Naercey, el Cuenco de los Huesos, incluso nuestros encuentros de Entrenamiento, cuando Cal dejaba de

ser un príncipe y se convertía en un infierno. En esa época estaba impresionada, sorprendida cada vez que revelaba su brutal ser, pero ya no. Nunca podré olvidar lo que arde bajo su piel, la rabia que lo alimenta, y lo fuertes que ambos somos.

Cualquiera puede traicionar a alguien, y Cal no es la excepción.

Un toque en mi oreja me hace saltar en mi asiento, sacudiéndome contra las restricciones. Me volteó para ver la mano de Kilorn en el aire y su rostro retorcido en una sonrisa divertida.

—Todavía las tienes —dice, apuntando a mi cabeza.

Sí, Kilorn, todavía tengo orejas, quiero decirle. Pero entonces me doy cuenta a qué se refiere. Cuatro piedras, rosa, roja, violeta oscuro y verde… Mis pendientes. Los primeros tres son de mis hermanos, parte de un solo conjunto dividido entre mi hermana Gisa y yo. Son regalos un poco agridulces, entregados cuando fueron reclutados por el ejército y dejaron la familia, tal vez para bien. El último es de Kilorn, entregado al borde de la fatalidad, antes que la Guardia Escarlata atacara Archeon, antes de la traición que todavía nos atormenta a todos. Los pendientes estuvieron conmigo a través de todo, desde el reclutamiento de Bree hasta la traición de Maven, y cada piedra pesa con el recuerdo.

Simply Books

Los ojos de Kilorn permanecen en el arete verde, el que hace juego con sus ojos. La visión de éste lo suaviza, desgastando los bordes duros que ha ganado en los últimos meses.

—Por supuesto —contesto—. Estarán conmigo hasta la tumba.

—Mantengamos la charla sobre la tumba a lo mínimo, en especial en este momento —murmura Kilorn, mirando su cinturón de nuevo.

Desde este ángulo, tengo una mirada más de cerca a su rostro amoratado. Un ojo negro por el Coronel, una mejilla amoratada por mí.

—Lo siento por eso —digo, disculpándome por mis palabras y la herida.

—Me has hecho peores. —Se ríe Kilorn, esbozando una sonrisa. No está equivocado.

El áspero siseo de la estática en la radio destroza el momento de paz. Me giro para ver a Cal inclinándose hacia adelante, con una mano en el instrumento direccional, y la otra agarrando el micrófono de la radio.

—Fort Patriot Control, este es BR, uno ocho guion siete dos. Origen Delphie, destino Fort Lencasser.

Su tono calmado y plano hace eco en el avión. Nada en su voz suena impropio o ni siquiera ligeramente interesante. Con suerte Fort Patriot está de acuerdo. Él repite la señal de llamada una vez más, incluso sonando aburrido para el momento en que termina. Pero su cuerpo está nervioso y muerde su labio inferior con preocupación, esperando una respuesta.

Los segundos parecen extenderse a horas mientras escuchamos, escuchando nada más que el siseo de la estática al otro lado de la radio. A mi lado, Kilorn aprieta sus cinturones, preparándose para lo peor. En silencio hago lo mismo.

Cuando la radio crepita, anunciando una respuesta, mis manos se aprietan en el borde de mi asiento. Tal vez tenga fe en las habilidades de vuelo de Cal, pero eso no quiere decir que quiera verlas puestas a prueba huyendo de una escuadrón de ataque.

—Recibido, BR uno ocho guión siete dos —contesta finalmente una firme voz autoritaria—. La siguiente llamada será en el punto de Control Cancorda. ¿Recibido?

Cal exhala lentamente, sin poder ocultar la sonrisa extendiéndose.

—Recibido, Control Patriot.

Pero antes que pueda relajarme, la radio continúa siseando, haciendo que la mandíbula de Cal se apriete. Sus manos desvían el instrumento direccional, con los dedos apretándose en cada punta con concentración. Esa sola acción es suficiente para asustarnos a todos, incluso a Farley. En la silla a su lado, lo mira con los ojos y la boca abierta, como si pudiera saborear las palabras por venir. Shade hace lo mismo, mirando la radio en el panel, con la muleta escondida cerca.

—Tormentas en Lencasser, proceda con precaución —dice la voz, después de un largo y palpitante momento. Suena aburrida, obediente y completamente desinteresada en nosotros—. ¿Recibido?

Esta vez, la cabeza de Cal cae, con los párpados medio cerrados de alivio. Apenas y puedo detenerme de hacer lo mismo.

—Recibido —repite a la radio. El siseo de la estática muere con un satisfactorio clic, señalando el final de la transmisión. *Eso es todo. Estamos libres de sospecha*.

Nadie habla hasta que Cal lo hace, girando la cabeza sobre su hombro para mostrar una sonrisa torcida.

—Sin sudar —dice, antes de limpiarse con cuidado la delgada capa de sudor de su frente.

No puedo evitar reírme ante la visión, un príncipe de fuego, sudando. A Cal parece no importarle. De hecho, su sonrisa se ensancha antes de girarse de regreso a los controles. Incluso Farley se permite sonreír y Kilorn niega, desenredando su mano de la mía.

—Bien hecho, Su Alteza —dice Shade, y mientras que Kilorn usa el título como una maldición, suena completamente respetuoso en la boca de mi hermano.

Supongo que es por eso que el príncipe sonríe, negando.

—Mi nombre es Cal, y eso es todo.

Kilorn tose profundamente en su garganta, lo suficientemente bajo como para que sólo yo lo escuche, y entierro un codo en sus costillas.

—¿Te mataría ser un poco educado?

Se aparta de mí, evitando otro moratón.

—No estoy dispuesto a arriesgarme —susurra en respuesta. Y entonces con más fuerza, hacia Cal—. ¿Entiendo que no llamamos a Cancorda, *Su alteza*?

Esta vez bajo mi talón contra su pie, ganándome un grito como satisfacción.

Veinte minutos después, el sol se ha puesto y estamos más allá de Harbor Bay y de los barrios pobres de New Town, volando bajo a cada segundo. Farley apenas puede quedarse en su asiento, estirando su cuello para ver tanto como pueda. Solo hay árboles bajo nosotros ahora, espesando el gran boque que ocupa la mayor parte de Norta. Casi se parece a estar en casa ahí abajo, como si Los Pilares esperaran justo sobre la próxima colina. Pero nuestro hogar queda al oeste, a más de ciento sesenta kilómetros de distancia. Los ríos aquí son poco familiares, los caminos extraños, y no conozco ninguno de los pueblos a las orillas del río. El nuevasangre Nix Marsten, vive en uno de ellos, sin saber qué es o en qué clase de peligro está. *Si todavía está vivo*.

Debería estar preguntándome si hay una trampa, pero no lo hago. No puedo. La única cosa que me impulsa es el pensamiento de encontrar a los nuevasangre. No sólo por la causa, sino por *mí*, para probar que no estoy sola en mi mutación, con sólo mi hermano a mi lado.

Mi confianza en Maven estuvo errada, pero no mi confianza en Julian Jacos. Lo conozco mejor que la mayoría, y también Cal. Como yo, él sabe que la lista de nombres es real y si los otros no están de acuerdo, ciertamente no lo demuestran. Porque creo que también quieren creer. La lista les da la esperanza de un arma, una oportunidad, una forma de luchar la guerra. La lista es un ancla para todos nosotros, dándonos a cada uno algo a que aferrarnos.

Simply Books

Cuando el jet gira hacia el bosque, me concentro en el mapa en mi mano para distraerme, pero todavía siento mi estómago por los suelos.

—Que me condenen —murmura Cal, mirando por la ventana a lo que asumo, son las ruinas convertidas en pista. Gira otro interruptor y los paneles bajo mis pies vibran, coincidiendo con un zumbido distinto que hace eco a través del armazón del jet—. Prepárense para aterrizar.

—¿Y qué significa eso exactamente? —pregunto con los dientes apretados, girándome no para ver el cielo por la ventana, sino las copas de los árboles.

Todo el avión se estremece antes que Cal pueda responder, estrellándose contra algo sólido. Rebotamos en nuestros asientos, con los dedos apretados alrededor de los cinturones, en el momento en que el avión nos balancea de atrás a adelante. La muleta de Shade sale volando, golpeando la parte de atrás de la silla de Farley. Ella parece no notarlo, sus nudillos están blancos sobre los apoyabrazos del asiento. Pero sus ojos están ampliamente abiertos, y sin parpadear.

—Estamos abajo —suspira Farley, casi inaudiblemente por sobre el ensordecedor rugido de los motores.

La noche cae en silencio sobre la nombrada ruina, interrumpido sólo por el distante cantar de las aves y el bajo sonido del avión. Sus motores giran más y más lento, apagándose después de nuestro viaje al norte. El sorprendente tinte azul de la electricidad bajo las alas se desvanece, hasta que la única luz proviene del interior del avión y las estrellas en el cielo.

Esperamos en silencio, con la esperanza que nuestro aterrizaje haya pasado sin ser notado.

Huele a otoño, el aire es perfumado por las hojas muertas y la humedad de una distante lluvia. Respiro profundamente en la parte inferior de la rampa. El silencio sólo es interrumpido por los distantes ronquidos de Kilorn mientras toma, unos muy merecidos, segundos de sueño. Farley ya ha desaparecido, con arma en mano, para explorar el resto de la pista escondida. Se llevó a Shade con ella, solo por si acaso. Por primera vez en semanas, meses inclusive, no estoy bajo vigilancia o siendo seguida de cerca. Me pertenezco de nuevo.

Por supuesto, no dura mucho.

Cal se apresura por la rampa, con el rifle sobre su hombro, una pistola en su cadera, y un paquete colgando en la mano. Con su cabello negro y el traje oscuro, podría haber estado hecho de sombras, algo que estoy segura planea usar en su ventaja.

—¿Y qué estás haciendo? —pregunto, atrapando hábilmente su brazo. Podría romper mi agarre en un segundo, pero no lo hace.

—No te preocupes, no tomé demasiado —dice, apuntando al paquete—. Puedo robar más de lo que necesito de todos modos.

—¿Tú? ¿Robar? —resoplo ante la idea de un príncipe, y uno de cuna de entre todos, haciendo algo de esa clase—. En el mejor de los casos pierdes los dedos. En el peor, la cabeza.

Se encoge de hombros, tratando de no verse preocupado.

—¿Y eso te importa?

—Claro —le digo en voz baja. Hago mi mejor esfuerzo por ocultar el dolor en mi voz—. Te necesitamos aquí, lo sabes.

La esquina de su boca se tuerce, pero no sonríe.

—¿Y eso me importa?

Quiero hacerlo entrar en razón, pero Cal no es Kilorn. Él había recibido mi puño con una sonrisa y siguió caminando. Con el príncipe había que razonar, había que convencerlo. *Manipularlo*.

—Lo dijiste tú mismo, cada nuevasangre que salvamos es otro golpe contra Maven. Todavía es cierto, ¿no?

No dice estar de acuerdo, pero tampoco discute. Está escuchado, al menos.

—Sabes lo que puedo hacer, lo que Shade puede hacer. Y Nix podría ser incluso más fuerte, *mejor* que nosotros dos. ¿Verdad?

Más silencio.

—Sé que lo quieres muerto.

A pesar de la oscuridad, una extraña luz brilla en los ojos de Cal.

—También quiero eso —le digo—. Quiero sentir mis manos alrededor de su garganta. Quiero verlo sangrar por lo que ha hecho, por cada persona que mató. —Se siente tan bien decirlo en voz alta, admitir lo que más me asusta de todo, a la única persona que entiende. *Quiero lastimarlo de la peor forma. Quiero hacer que sus huesos crujan*

como un rayo, hasta que ni siquiera pueda gritar. Quiero destruir el monstruo que Maven es ahora.

Pero cuando pienso en matarlo, parte de mi mente vaga de regreso al chico que creía que era. Sigo diciéndome que no era real. El Maven que conocí y por el que me preocupaba, era una fantasía hecha específicamente por mí. Elara convirtió a su hijo en una persona que amaría, e hizo su trabajo tan bien. De alguna forma, la persona que nunca existió todavía me atormenta, peor que el resto de mis fantasmas.

—Está más allá de nuestro alcance —digo, tanto para Cal como para mi propio bien—. Si vamos tras él ahora, nos enterrará a los dos. Lo *sabes*.

Una vez general y todavía un gran guerrero, Cal entiende la batalla. Y a pesar de su rabia, a pesar que cada fibra de él quiere venganza, sabe que es una batalla que no puede ganar. *Todavía*.

—No soy parte de tu revolución —susurra, con la voz casi perdiéndose en la noche—. No soy un Guardia Escarlata. No soy parte de eso.

Casi espero que dé un pisotón de exasperación.

—¿Entonces qué *eres*, Cal?

Abre su boca, esperando que una respuesta salga. Nada sale.

Entiendo su confusión, incluso si no me gusta. Cal fue criado para ser todo contra lo que estoy luchando. No sabe cómo ser una persona distinta, incluso ahora, al lado de los Rojos, perseguido por los suyos, traicionado por su sangre.

Después de un largo y terrible momento, se da vuelta, regresando al avión. Suelta su mochila, sus armas y su resolución. Exhalo en silencio, aliviada por su decisión. Se quedará.

Por cuánto tiempo más, no lo sé.

Simply Books

11

Según el mapa, Courant está a seis kilómetros al noreste, localizado en la intersección del río Regent y el extenso Port Road. No luce como más que un puesto comercial, y uno de los últimos pueblos antes que el Port Road gire hacia el interior, esquivando los inundados pantanos intransitables en su viaje a la frontera del norte. De los cuatro grandes caminos de Norta, Port Road es el más recorrido, conectando a Delphie, Archeon, y el Harbor Bay. Eso hace que sea el más peligroso, incluso tan al norte. Cualquier número de Plateados, militares o cualquier otro, podría estar atravesándolo, e incluso si no nos están buscando activamente, no hay un Plateado en el reino que no reconocería a Cal. La mayoría trataría de detenerlo; algunos podrían sin duda tratar de matarlo al momento de verlo.

Y ellos podrían, me digo. Me debe asustar el saber esto, pero en cambio me siento fortalecida. Maven, Elara, Evangeline y Ptolemus Samos, a pesar de todo su poder y habilidades, todos son vulnerables. *Pueden* ser derrotados. Sólo necesitamos las armas adecuadas.

El pensamiento hace que sea fácil ignorar el dolor de los últimos días. Mi hombro no duele tan gravemente, y en la tranquilidad del bosque, me doy cuenta que el zumbido en mi cabeza ha disminuido. Unos pocos días más y no recordaría el grito de Banshee en absoluto. Incluso mis nudillos estaban magullados por golpear el pómulo de Kilorn hoy, casi no dolía más.

Shade salta por poco los árboles, su forma parpadeando dentro y fuera como las estrellas a través de las nubes. Él se mantiene cerca, no aparece fuera de la vista, y tiene cuidado de su ritmo de tele transporte. Una o dos veces susurra, señalando un giro en el rastro de un ciervo o un barranco oculto, sobre todo para el beneficio de Cal. Mientras que Kilorn, Shade, y yo nos criamos en el bosque, él creció en palacios y cuarteles militares. Ninguno lo ha preparado para atravesar un bosque por la noche, como lo demuestra el fuerte chasquido de las ramas y su tropiezo ocasional. Está acostumbrado a quemar un camino, abriéndose paso a través de obstáculos y enemigos con fuerza y resistencia por si solo.

Los dientes de Kilorn brillan cada vez que el príncipe tropieza, formando una sonrisa puntiaguda.

—Ten cuidado allí —dice él, tirando a Cal lejos de una roca oculta en la sombra. Cal fácilmente se suelta del agarre del chico pez, pero eso es todo lo que hace, afortunadamente. Hasta que llegamos a la corriente.

Ramificaciones por encima del arco de los árboles en ambas orillas, con sus hojas rozándose entre sí a través del espacio de agua. La luz de las estrellas da pequeños

destellos, iluminando la corriente mientras ésta serpentea a través del bosque para unirse al Regent. Es estrecho, pero no se sabe qué tan profundo podría ser. Por lo menos la corriente parece gentil.

Kilorn probablemente está más cómodo en el agua que en tierra, y salta con agilidad en las aguas poco profundas. Lanza una piedra en medio del arroyo, escuchando el ruido sordo de la roca en el agua.

—Un metro, tal vez dos —dice él después de un momento. Bueno, por encima de mi cabeza—. ¿Deberíamos hacer una balsa? —añade, con una sonrisa en mi camino.

La primera vez que nadé fue en la capital, era un verdadero río tres veces más profundo y diez veces más ancho, cuando tenía catorce años. Así que zambullirse directamente en el arroyo no es nada, sumergiendo mi cabeza bajo la oscura y fría agua. Está cerca del mar, lo cual le da un sabor ligeramente salado.

Kilorn sigue sin lugar a dudas, sus largas y prácticas embestidas llevándolo a través del arroyo en cuestión de segundos. Me sorprende que no muestre más, haciendo giros o conteniendo la respiración durante unos minutos a la vez. Cuando llego a la orilla opuesta, me doy cuenta de por qué.

Shade y Farley se posan en la orilla lejana, mirando el agua más abajo. Sus caras se contraen, luchando contra las muecas o la risa mientras ven al príncipe en las aguas poco profundas. El arroyo se rompe cuidadosamente alrededor de los tobillos de Cal, suaves como el toque de una madre, pero su cara está pálida sobre la luz de la luna. Él rápidamente cruza sus brazos, tratando de ocultar sus temblorosas manos.

—¿Cal? —pregunto en voz alta, cuidando de mantener mi voz baja—. ¿Qué pasa?

Ya apoyado contra el tronco de un árbol, Kilorn resopla en la oscuridad. Se quita la chaqueta, exprimiendo el material empapado con práctica eficiencia.

—Vamos, Calore, ¿puedes volar un avión, pero no puedes nadar? —dice él.

—*Puedo* nadar —responde Cal con vehemencia. Obligándose a dar un paso más en el arroyo, ahora hasta las rodillas—. Simplemente no me preocupé por ello.

Por supuesto que no lo haría. Cal es un quemador, un controlador de la llama, y nada lo debilita más que el agua. Eso lo deja indefenso, sin poder, todo lo que ha estado aprendiendo a odiar, el miedo, y la lucha. Lo recuerdo en la arena, cómo casi murió. Atrapado por Lord Osanos, rodeado de una esfera flotante de agua, ni siquiera podía quemar. Se debe haber sentido como un ataúd, una tumba de agua.

Me pregunto si él piensa en eso también, si su memoria hace que vea la tranquila corriente como un agitado océano sin fin.

Mi primer instinto es nadar de regreso, para ayudarlo a atravesar con mis propias manos, pero eso enviaría a Kilorn a un ataque de risa al que ni siquiera Cal sería capaz de resistir. Y una pelea en el medio del bosque es la última cosa que necesitamos.

—Inhala por la nariz, Cal. —Cuando levanta la mirada, nuestros ojos se encuentran a través del arroyo, le doy un pequeño guiño de apoyo. *Exhala por la boca*. Es sólo su propio consejo, pero lo suaviza todo de igual forma.

Da un paso más, y luego otro, y otro, con el pecho alzándose forzosamente con cada respiración. Y entonces está nadando, chapoteando a través del arroyo como un perro enorme. Kilorn se sacude con una risa silenciosa posando una mano en su boca. Lanzo algunas piedras en su camino. Eso lo calla el tiempo suficiente para que Cal llegue a las aguas poco profundas de nuevo, y con impaciencia se apresura a salir del agua. Un poco de vapor se levanta de su piel, impulsado por el calor de su propia vergüenza.

—Muy frío —murmura, negando para así no tener que mirarnos. Su cabello negro está pegado y aplastado contra un lado de su enrojecida cara plateada. Sin pensarlo, lo aparto, alisando su cabello en un estilo más digno. Él sostiene mi mirada todo el tiempo, pareciendo gratamente sorprendido por la acción.

Entonces es mi turno de sonrojarme. *Dijimos sin distracciones*.

—¿No me digas que le tienes miedo al agua también? —grita Kilorn hacia el otro lado del arroyo, su voz es demasiado ruidosa y brusca. Farley sólo se ríe en respuesta, agarrando la muñeca de mi hermano. Una fracción de segundo más tarde, están de pie junto a nosotros, sonriendo y secos.

Simply Books

Ellos saltaron. Por supuesto.

Shade se burla, exprimiendo mi cola de cabello mojado.

—Idiotas —dice amablemente.

Si no fuera por las muletas, lo habría empujado al arroyo.

Mi cabello ya casi se ha secado para el momento en que llegamos a la colina por encima de Courant. Las nubes alrededor cubren la luna y las estrellas, pero las luces del pueblo son suficientes para ver. Desde nuestro punto de vista, Courant se parece a los Pilares, construido en la desembocadura del río Regent, centrada en un cruce de caminos. Uno perfectamente asfaltado y ligeramente elevado por encima del pantano, es claramente Port Road. El otro corre de este a oeste, y se convierte en un camino lleno de tierra que va más allá del pueblo. Una torre de vigilancia en los puntos de los extremos del río hacia el cielo, la cima iluminada por la luz del faro giratorio. Me estremezco cuando pasa sobre nosotros.

—¿Piensas que está ahí abajo? —dice Kilorn suavemente, se refiere a Nix. Sus ojos en el número de casas más abajo, acurrucadas a la sombra de la torre de vigilancia.

—Nix Marsten. Vivo. Masculino. Nacido el 12/20/271 en Coraunt, Costa Marsh, Estado Regent, Norta. Residencia actual: Igual que la de nacimiento. Eso es todo lo que dice la lista —recito de memoria, viendo las palabras en mi mente. Omito la última parte, la que quema como una marca. *Tipo de sangre: no aplicable. Mutación genética, cepa desconocida*. Seguido por cada nombre en la lista, incluyendo el mío. Es el marcador, Julian dijo que solía encontrar a estas personas en la base de sangre, igualando mi sangre a la de ellos. Ahora me toca usar esa información, espero que no sea demasiado tarde.

Entrecierro los ojos en la oscuridad, tratando de ver a través de la noche. Afortunadamente, el Regent parece tranquilo, un negro y calmado río, y las carreteras

están vacías. Incluso el océano luce todavía como el cristal. El toque de queda se encuentra en pleno efecto, según lo ordenado por las miserables Medidas que siguen en su lugar.

—No hay barcos de la marina que pueda ver. Y no hay tráfico en Port Road.

Cal asiente en acuerdo, y mi corazón se hincha. Sin duda, los cazadores de Maven no viajan sin un séquito de soldados, haciendo que sean fáciles de detectar. Eso deja dos posibilidades: que no han llegado por Nix aún, o se fueron hace mucho tiempo.

—No debería ser muy difícil, incluso con el toque de queda. —Los ojos de Farley brillan sobre el pueblo, tomando cada techo y rincón de la calle. Tengo la sensación que ha hecho esto antes—. Ciudad perezosa, funcionarios perezosos. Diez monedas de cobre a que ni siquiera se molestan en asegurar los registros de la ciudad.

—Te creeré en eso —dijo Shade, empujando su hombro.

—Nos encontraremos allí —dice Cal. Apunta a un bosque de árboles a medio kilómetro de distancia. Es difícil verlos en la oscuridad, rodeados de pantano y hierba alta. Una cubierta perfecta, sin embargo niego.

—No vamos a separarnos.

—¿Preferirías andar tranquilamente hasta allí juntos, contigo y conmigo llevando la carga? ¿Por qué no sólo vuelo el puesto de Seguridad, y tú puedes freír a cualquier oficial que viene en tu camino? —responde Cal. Él hace su mejor esfuerzo para mantener la calma, pero suena más y más como un profesor exasperado. *Al igual que su tío Julian*.

—Por supuesto que no…

—Ninguno de nosotros puede poner un pie en ese pueblo, Mare. No a menos que intentes matar a cada persona que te vea a la cara. *Cada persona*.

Sus ojos se clavan en los míos, deseando que entienda. *Cada persona*. No sólo la seguridad, no sólo soldados, ni siquiera a los civiles Plateados. *Todo el mundo*. Cualquier susurro de nosotros, cualquier rumor, y Maven vendrá corriendo. Con centinelas, soldados, *legiones*, todos y todo en su poder. Nuestra única defensa es permanecer ocultos, y mantenernos a la vanguardia. No podemos hacer nada de eso si dejamos un rastro.

—Está bien. —Mi voz suena tan pequeña como me siento—. Pero Kilorn se queda con nosotros.

Kilorn parpadea, mirando entre Cal y yo.

—Esto va a ir mucho más rápido si no te mantienes cuidándome, Mare.

Cuidando. Supongo que eso es lo que estoy haciendo, incluso ahora que él puede pensar, luchar y mantenerse por sí mismo. Si por lo menos no fuera tan tonto, tan dedicado a negarse a mi protección.

—Maven sabe tu nombre —le digo—. Seríamos estúpidos si pensáramos que tu identificación no ha sido enviada a todos los oficiales y a la avanzada en el país.

Sus labios se tuercen en una mueca.

—¿Qué hay de Farley…?

—Soy una Lakelander, muchacho —responde Farley por mí. Al menos estamos en la misma página.

—¿Muchacho? —dice Kilorn con el ceño fruncido—. Eres apenas mayor que yo.

—Cuatro años más, para ser más precisos —responde Shade sin problemas.

Farley sólo rueda sus ojos hacia ambos.

—Su rey no tiene ningún derecho sobre mi expediente, y no sabe mi verdadero nombre.

—Solo voy porque todo el mundo cree que estoy muerto —dijo Shade en tono agudo, apoyándose en su muleta. Pone una mano tranquilizadora sobre el hombro de Kilorn, pero él lo aleja encogiéndose de hombros.

—Bien —se queja en voz baja. Sin ni siquiera una mirada hacia atrás, comienza a marchar hacia el bosque, rápido y silencioso como un ratón de campo.

Cal lo mira con rabia, la comisura de su boca torciéndose con desagrado.

—¿Hay alguna posibilidad que pueda perderse?

—No seas cruel, Cal —contesto bruscamente, yendo tras Kilorn. Me aseguro de golpear al príncipe mientras lo paso, chocándolo con mi hombro bueno. No para hacerle daño, sino para comunicarnos. *Déjalo en paz*.

Me sigue de cerca, bajando la voz a un susurro. Sus cálidos dedos rozan mi brazo, tratando de calmarme.

—Sólo estoy bromeando.

Pero sé que no es verdad. Eso no es cierto en absoluto. Y lo peor de todo, me pregunto si tiene razón. Kilorn no es un soldado, o un estudiante, o un científico. Él puede tejer una red más rápido que nadie que conozca, ¿pero qué tan bueno es eso cuando estamos capturando *personas*, no peses? No sé qué tipo de formación recibió en la Guardia, pero es poco más que el valor de un mes. Sobrevivió al Salón del Sol debido a mí, y sobrevivió a la matanza de la Plaza Caesar gracias a la suerte. Sin capacidad, poco entrenamiento, y menos sentido, ¿cómo puede hacer otra cosa que no sea estorbarnos?

Lo salvé del servicio militar, pero no para esto. No para otra guerra. Una parte de mí desea que pudiera enviarlo a casa, de vuelta a Los Pilares, nuestro río, y la vida que conocíamos. Viviría pobre, con exceso de trabajo, no deseado, pero *viviría*. Ese futuro, escondido entre los bosques y la orilla del río, ya no es posible para mí. Pero podría serlo para él. Lo quiero para él.

¿Es loco dejar que se quede aquí?

Pero, ¿cómo lo dejo ir?

No tengo una respuesta para cualquiera de estas preguntas, y alejo todos los pensamientos de Kilorn. Pueden esperar. Cuando miro hacia atrás para decir adiós a Shade y a Farley, me doy cuenta que ya se han ido. Un escalofrío de miedo corre por mi espina dorsal mientras me imagino una emboscada en el Courant. Los disparos

Simply Books

hacen eco en mi cabeza, todavía cerca en mi memoria. *No*. Con la habilidad de Shade y la experiencia de Farley, nada puede detenerlos esta noche. Y sin mí, sin ocultar a la chica rayo, nadie va a tener que morir.

Kilorn es una sombra a través de la alta hierba, separando los tallos verdes con hábiles manos. Apenas deja un rastro, no es que importe. Con Cal estrellándose junto a mi espalda, su gran tamaño pisoteando todo a su paso, no hay razón para encubrir nuestra presencia. Y nos iremos mucho antes de la mañana, esperemos que con Nix en el avión. Si tenemos suerte, nadie se dará cuenta que falta un Rojo, lo que nos permite tiempo para adelantarnos a Maven una vez que se dé cuenta de lo que estamos haciendo.

¿Qué es eso, exactamente? La voz en mi cabeza se vuelve extraña, una combinación de Julian, Kilorn, Cal, y un poco de Gisa. Agujas hurgando en lo que tengo demasiado miedo de admitir. *La lista es sólo el primer paso. Rastrear nuevasangres, pero entonces ¿qué hacemos con ellos? ¿Qué debo hacer?*

La frustración me hace caminar más rápido, hasta que rebaso a Kilorn. Apenas lo noto desacelerando para dejarme pasar, sabiendo que quiero ir sola. La arboleda se acerca al segundo, envuelta en la oscuridad, y desearía estar sola. No he tenido un momento de paz desde que desperté sola en el Mersive. Pero incluso eso fue fugaz, mi silencio roto por Kilorn. Me alegré de verlo entonces, pero ahora, ahora me gustaría tener ese tiempo para mí. Tiempo para pensar, planificar, hacer el duelo. Para envolverme entorno a lo que mi vida se ha convertido.

Simply Books

—Le daremos una opción —hablo en voz alta, sabiendo que ni Cal ni Kilorn se dispersaría más allá de la capacidad del oído—. Él viene con nosotros o se queda aquí.

Cal se inclina contra un árbol cercano, con el cuerpo relajado, pero sus ojos permanecen fijos en el horizonte. Nada escapa de su mirada.

—¿Debemos decirle las consecuencias de esa *elección*?

—Si quieres matarlo, tendrás que pasar por encima de mí —respondo—. No voy a matar a un nuevasangre por negarse a unirse al grupo. Además, si él quiere decirle a un oficial que yo estaba aquí, tendrá que explicar por qué. Y eso es tan bueno como una sentencia de muerte para el señor Marsten.

El príncipe frunce sus labios. Luchando con la necesidad de gruñir. Pero pelear conmigo no lo llevaría a ninguna parte, no ahora. Es evidente que no está acostumbrado a tomar ninguna orden a excepción de la suya.

—¿Debemos hablarle de Maven? ¿Que morirá si se queda? ¿Que *otros* morirán si Maven te atrapa?

Hundo mi cabeza, asintiendo.

—Le decimos todo lo que podamos, y luego lo dejamos decidir quién y qué quiere ser. En cuanto a Maven, bueno… —Busco lo correcto para decir, pero esas palabras son más escasas con cada momento que pasa—. Nos quedamos por delante de él. Creo que eso es todo lo que podemos hacer.

—¿Por qué? —dice Kilorn con un chillido—. ¿Por qué darle una opción en absoluto? Tú mismo lo has dicho, necesitamos a todos los que podamos conseguir. Si este tipo Nix es la mitad de lo que eres, no podemos darnos el lujo de dejarlo ir.

La respuesta es tan simple, y me corta hasta el hueso.

—Porque nadie me dio una opción.

Me digo que todavía recorrería este camino si supiera las consecuencias, salvar a Kilorn del servicio militar, descubrir mi capacidad, unirme a la Guardia, dividir mi vida, luchar, matar. Convertirme en la chica rayo. Pero no sé si eso es cierto. Sinceramente, no sé.

Tal vez una hora pasa en pesado y tenso silencio. Adaptándose muy bien conmigo, dándome tiempo para pensar, y Cal se deleita en la tranquilidad. Después de los últimos días, él está tan hambriento por descansar como yo lo estoy. Ni siquiera Kilorn se atreve a hacer bromas. En lugar de ello, está contento de sentarse en una nudosa raíz, tejiendo hilos de hierba alta en una red frágil e inútil. Él sonríe débilmente, disfrutando de los viejos y familiares nudos.

Pienso en Nix en el pueblo, probablemente siendo tirado de su cama, tal vez amordazado, sin duda atrapado en una red de mi propia creación. ¿Farley amenazaría a su esposa, sus hijos, para hacerlo venir? ¿O Shade simplemente tomaría su muñeca y *saltaría*, enviándolos a ambos a lanzarse a través de la enfermiza tele transportación hasta que aterricen en la arboleda? *Nacido el 12/20/271*. Nix tiene casi cuarenta y nueve años, la edad de mi padre. ¿Nix va a ser como él, herido y roto? ¿O estará esperando a que lo rompan?

Antes que pueda caer en una espiral de oscuras y condenatorias preguntas, la hierba alta se mueve. *Alguien viene*.

Es como encender un interruptor en Cal. Se aleja del árbol, cada músculo está tenso y listo para lo que sea que pueda salir de la hierba. Medio espero ver el fuego en la punta de sus dedos, pero después de largos años de entrenamiento militar, Cal lo sabe mejor. En la oscuridad, su llama sería como el faro de la torre de vigilancia, alertando a todos los oficiales de nuestra presencia. Para mi sorpresa, Kilorn está tan alerta como el príncipe. Deja caer su red de hierba, aplastándola bajo sus pies mientras se levanta. Incluso saca una daga oculta en su bota, una pequeña, gruesa y afilada cuchilla que una vez utilizó para destripar el pescado. La visión de ello coloca mis dientes al borde. No sé cuándo el cuchillo se convirtió en un arma, o cuando empezó a llevarla en su zapato. *Probablemente en el momento en que la gente comenzó a dispararle*.

No estoy desarmada. El bajo repiqueteo en mi sangre es todo lo que necesito, más cortante que cualquier espada, más brutal que cualquier bala. Las chispas en las venas debajo de mi piel listas por si las necesito. Mi habilidad tiene una sutileza donde carece la de Cal.

Una llamada de aves divide la noche, ululando a través de la hierba. Kilorn responde, silbando una melodía baja. Suena como los tordos que anidan en las casas de Los Pilares en nuestro hogar.

—Farley —murmura en voz baja, señalando la hierba alta.

Es la primera en salir de las sombras, pero no la última. Dos figuras la siguen: una es mi hermano apoyado en su muleta, y la otra es maciza, con extremidades musculosas y el vientre redondeado que los hombres adquieren con la edad. *Nix*.

La mano de Cal se cierra alrededor de mi brazo, ejerciendo una ligera presión. Jala suavemente, haciendo que me mueva de regreso a las sombras más profundas de la arboleda. Voy sin dudarlo, sabiendo que no podemos ser demasiado cuidadosos. Tenuemente, deseo un trozo de escarlata para cubrir mi cara como lo hicimos en Naercey.

—¿Tuvieron algún problema? —dice Kilorn, dando un paso adelante hacia Farley y Shade. Suena más viejo de alguna manera, más en control de lo que yo estoy acostumbrada. Mantiene sus ojos en Nix, siguiendo cada tirón de la serie de dedos del pequeño nuevasangre.

Farley despide la pregunta con ademán de molestia.

—Sencillo. Incluso con éste cojeando —añade, señalando con el pulgar a Shade. Luego se vuelve hacia Nix—. Él no dio una batalla.

A pesar de la oscuridad, veo un profundo rubor de color rojo en la cara de Nix.

—Bueno, no soy estúpido, ¿o sí? —habla con voz ronca, directamente. Un hombre que no acostumbra tener secretos. *A pesar que su sangre oculta el secreto más grande de todos*—. Eres de la Guardia Escarlata. Los oficiales me encadenarían por tenerte dentro de mi casa. Incluso sin invitación.

—Es bueno saberlo —murmura Shade bajo su aliento. Sus ojos brillantes se atenúan un poco mientras me da una significativa mirada. *Nuestra sola presencia podría condenar a este hombre*—. Ahora, el Sr. Marsten…

—Nix —gruñe él. Algo destella en sus ojos y sigue la mirada de Shade. Él me encuentra en las sombras y entrecierra los ojos, tratando de ver mi cara—. Pero creo que ya lo sabían.

Kilorn da unos ligeros pasos, moviéndose para bloquearme de la vista. El movimiento parece inocente, pero la frente de Nix se frunce mientras entiende el significado más profundo. Él se levanta, de pie cara a cara con Kilorn. El joven muchacho se eleva por encima de él, pero Nix no muestra ni un poco de miedo. Levanta un colorado dedo, apuntando al pecho de Kilorn.

—Tú me sacaste de aquí después del toque de queda. Eso es una ofensa pendiente. Ahora me dirás para qué, o de lo contrario voy a regresar a casa y tratar de no morir en el camino.

—Eres diferente, Nix. —Mi voz suena demasiado aguda, demasiado joven. *¿Cómo le explico? ¿Cómo le digo lo que me gustaría que alguien me dijera? ¿Lo que realmente no entiendo aun?*—. Sabes que hay algo en ti, algo que no puedes explicar. Puede ser que incluso pienses que hay algo… mal contigo.

Mis últimas palabras dan el blanco como flechas. El pequeño y rudo hombre se estremece cuando aterrizan; y los pedazos de su ira se derriten. Sabe exactamente de lo que estoy hablando.

—Sí —dice.

No me muevo de mi lugar adentrada profundamente en el bosque, pero en lugar de hacer gestos para que Kilorn se haga a un lado, él lo invita, dejando a Nix pasar. Mientras se acerca, uniéndose en las sombras, mi ritmo cardíaco se acelera. Golpea en mis oídos, un nervioso y ansioso tamborileo. Este hombre es un nuevasangre, como yo, como Shade. Otro que lo entiende.

Nix Marston no se parece en nada a mi padre, pero tienen los mismos ojos. No se parecen en el color, o en la forma, pero aun así, son los mismos. Comparten la mirada hueca que habla de vacío, un tiempo perdido que no puede recuperarse. Para mi horror, el dolor de Nix es aún más profundo que el de papá, un hombre que apenas puede respirar, y mucho menos caminar. Lo veo en la caída de sus hombros, en el descuido de su cabello gris y su ropa. Si aún fuera una ladrona, una rata, no me molestaría en robar a este hombre. No tiene nada que dar.

Me devuelve la mirada, sus ojos parpadeando sobre mi cara y mi cuerpo. Se ensanchan cuando se da cuenta de quién soy. "La chica rayo". Pero cuando reconoce a Cal en mi hombro, su asombro pasa rápidamente a la rabia.

Simply Books

Para un hombre de casi cincuenta años de edad, Nix es sorprendentemente rápido. En las sombras, apenas lo veo dejar caer un hombro y salir disparado, capturando a Cal alrededor de su centro. A pesar que es de la mitad del tamaño del príncipe, lo embiste como un toro, aplastándolos a ambos en el robusto tronco de un árbol. Agrietándolo sonoramente bajo el golpe, y sacudiéndolo desde las raíces hasta las ramas. Después de medio latido, me doy cuenta que probablemente debería intervenir. Cal es Cal, pero no tenemos idea de quién es Nix, o lo que puede hacer.

Nix consigue dar un puñetazo, golpeando la mandíbula de Cal con tanta fuerza que temo que podría estar rota, antes que me las arregle para conseguir mis brazos alrededor de su cuello.

—No me hagas hacerlo, Nix —grito en su oreja—. No me hagas hacerlo.

—Eres peor —gruñe Nix, tomándome de mi codo y dejándome fuera. Pero me sostengo firmemente apretando su cuello. La carne se siente como roca dura bajo mi tacto. *Muy bien*.

Empujo suficiente energía para aturdir a Nix en la sumisión. La sacudida debería dejar su vello erizado. Mis chispas púrpuras golpean su piel, y espero que caiga de espaldas, tal vez agitarlo un poco, y que vuelva a sus sentidos. Sin embargo, no parece sentir mi rayo en absoluto. Sólo lo molesta, como una mosca molestaría a un caballo. Le doy una descarga de nuevo, más fuerte esta vez, y otra vez, nada. Para mi sorpresa, se las arregla para tirarme y con un duro aterrizaje, golpeo mi espalda contra un árbol.

Cal lo hace mejor, esquivando y capturando tantos golpes como pueda. Pero sisea de dolor con el contacto, incluso los golpes que rebotan en su brazo. Finalmente el brazalete creado de fuego en su muñeca chispea, formando una bola de fuego en su mano. Se estrella contra el hombro de Nix como el agua en la roca, quemando su ropa, pero dejando la carne ilesa.

Piel de piedra se hace eco en mi cabeza, pero este hombre no es tal cosa. Su piel está todavía rojiza y suave, no gris o de piedra. Es simplemente *impenetrable*.

—¡Detén esto! —gruño, tratando de mantener la voz baja. Pero la pelea, o mejor dicho, carnicería, continúa. La sangre Plateada se derrama de la boca de Cal, manchando los nudillos negros de Nix en las sombras.

Kilorn y Farley se precipitan más allá de mí, sus pasos apresurados. No sé de qué uso podrían ser contra esta bola de demolición humana, y levanto una mano para detenerlos. Pero Shade alcanza a Nix antes que ellos, saltando en posición detrás de él. Agarra el cuello de Nix, como yo lo hice, y luego los dos se han ido. Aparecen a tres metros de distancia una fracción de segundo después, y Nix cae al suelo, con el rostro vagamente verde. Se trata de levantar, pero Shade coloca la muleta contra su cuello, inmovilizándolo.

—Te mueves y lo haré de nuevo —dice, con los ojos vivos y peligrosos.

Nix levanta una mano teñida con sangre Plateada en señal de rendición. La otra agarrando su estómago, aún agitado por la sorpresa y la sensación de ser exprimido a través de la nada. La conozco muy bien.

—Suficiente —jadea. Un brillo de sudor atraviesa su frente, revelando el agotamiento desarrollándose. *Impenetrable, pero no imparable*.

Simply Books

Kilorn se deja caer de nuevo sobre su raíz, recogiendo los restos de su red. Él sonríe para sí mismo, casi riendo al ver a Cal golpeado y sangrando.

—Me gusta éste —dice—. Me gusta mucho.

Lucho para ponerme de pie, ignorando los viejos dolores resonando a lo largo mis huesos.

—El príncipe está *con nosotros*, Nix. Él está aquí para ayudar, igual que yo.

Eso no hace nada para que se calme. Nix se sienta sobre los talones, dejando al descubierto los dientes amarillos. Su sonara respiración entrecortada y visceral.

—¿Ayudar? —se burla—. Ese bastardo Plateado ayudó a mis hijas a entrar más fácilmente en sus tumbas.

Cal hace todo lo posible para parecer educado, a pesar de la sangre chorreando por su barbilla.

—Señor...

—Dara Marston. Jenni Marston —sisea Nix en respuesta. Su mirada va justo a través de mí, un cuchillo en la oscuridad—. La Legión Martillo. Batalla de las Cataratas. Tenían diecinueve años de edad.

Muertas en guerra. Una tragedia, si no es un delito, pero ¿cómo es culpa de Cal?

A juzgar por el aspecto de vergüenza pura que cruza su rostro, Cal está de acuerdo con Nix. Cuando habla, su voz es gruesa, ahogada por la emoción.

—Ganamos —murmura, incapaz de mirar a Nix a los ojos—. Ganamos.

Nix aprieta un puño, pero se resiste a la tentación de usarlo.

—*Tú ganaste*. *Ellos* se ahogaron en el río, y sus cuerpos se fueron al Maiden Falls. Las tumbas de los sepultados ni siquiera contenían sus zapatos. ¿Qué era lo que decía la carta? —presiona, y Cal se estremece—. Ah sí, que mis niñas "murieron por la

victoria". Para "defender el reino". Y había algunas firmas muy agradables en la parte inferior. Desde el rey muerto, el general de Los Martillo, y el genio táctico que decidió que una legión entera debía marchar a través del río.

Todas las miradas se vuelven a Cal, y él arde bajo nuestra mirada. Su cara esta blanca, resplandeciendo con sangre y desgracia. Recuerdo su habitación en el Salón del Sol, los libros y manuales llenos hasta el borde con las notas y las tácticas. Me enfermaron entonces y me enferman ahora, por Cal *y* por mí. Porque había olvidado quién es realmente. No es sólo un príncipe, no sólo un soldado, sino un asesino. En otra vida podría haber sido yo marchando hacia la muerte, o mis hermanos, o Kilorn.

—Lo siento —dice Cal suavemente. Se obliga a levantar la mirada, para encontrarse con los ojos de un padre enojado en duelo. Supongo que fue entrenado para hacerlo—. Sé que mis palabras no significan nada. Sus hijas, *todos* los soldados, merecían vivir. Y así como usted lo hace, señor.

Las rodillas de Nix crujen cuando se levanta, pero no parece darse cuenta.

—¿Es una amenaza, muchacho?

—Una advertencia —responde Cal, negando—. Eres como Mare, como Shade. —Hace un gesto a nosotros a su vez—. Diferente. Lo que llamamos un nuevasangre. Rojo *y* Plateado.

Simply Books

—No vuelvas a llamarme Plateado —dice Nix entre dientes.

Eso no detiene a Cal de continuar, poniéndose de pie.

—Mi hermano está cazando gente como ustedes. Él planea matarlos a todos, y pretender que nunca existieron. Planea borrarlos de la historia.

Algo se pega en la garganta de Nix y la confusión nubla sus ojos. Él me mira, en busca de apoyo.

—¿Existen... otros?

—Muchos otros, Nix. —Esta vez, cuando toco su piel, no tengo ninguna intención de darle una descarga—. Niñas, niños, ancianos y jóvenes. En todo el país, en espera de ser descubiertos.

—Y cuando los... encontremos, ¿entonces qué?

Abro la boca para contestar, pero no sale nada. *No he pensado tan lejos*.

Farley se adelanta cuando yo no puedo, extendiendo una mano. Sostiene un desigual pañuelo rojo, pero limpio.

—La Guardia Escarlata los protegerá a ellos, ocultándolos. Y formarlos si quieren ser entrenados.

Casi me frustran sus palabras pensando en el Coronel. Lo último que parece que quiere es nuevasangres alrededor, pero Farley suena tan segura, tan convincente. Como siempre, estoy segura que tiene algo más bajo la manga, algo que no debería cuestionar. Todavía.

Poco a poco, Nix toma el pañuelo, dándole la vuelta en sus manos manchadas.

—¿Y si me niego? —pregunta a la ligera, pero escucho el acero bajo sus palabras.

—Entonces Shade lo pondrá de vuelta en su cama, y nunca sabrá de nosotros otra vez —le digo—. Pero Maven *vendrá*. Si no desea seguir con nosotros, está mejor en un hábitat salvaje.

Su agarre se aprieta sobre la tela escarlata.

—No hay mucho para elegir.

—Pero tiene una opción. —Espero que sepa lo que quiero decir. Lo espero por mi propio bien, para mi propia alma—. Puede optar por quedarse, o venir. Sabe mejor que nadie lo mucho que se ha perdido, pero también puede ayudarnos a recuperar demasiado.

Nix está en silencio durante mucho tiempo después de eso. Camina, con el pañuelo en la mano, mirando de vez en cuando a través de las ramas hacia el faro de la torre de vigilancia. Repite eso tres veces antes de hablar de nuevo.

—Mis hijas están muertas, mi esposa muerta, y estoy enfermo de la peste de los pantanos —dice él, deteniéndose frente a mí—. Estoy contigo. —Entonces mira por encima de mi hombro, y no necesito darme la vuelta para saber que está mirando a Cal—. Simplemente mantengan a ese lejos de mí.

Simply Books

12

Caminamos penosamente a través del bosque ileso, perseguidos por nada más que la brisa del mar y las nubes. Pero no puedo evitar la sensación de miedo que se encrespa alrededor de mi corazón.

A pesar que Nix casi parte el cráneo de Cal, reclutarlo pareció fácil. Demasiado fácil. Y si algo he aprendido en los últimos diecisiete años, durante el *mes* pasado, es que nada es fácil. Todo tiene un precio. Si Nix no es una trampa, entonces él es sin duda un peligro. *Cualquiera puede traicionar a cualquiera*.

Así que a pesar que me recuerda a papá, a pesar de ser algo más que una barba gris y aflicción, a pesar que él es como yo, cierro mi corazón al hombre de Coraunt. Lo he salvado de Maven, dije lo que era, y lo dejé hacer su elección. Ahora debo continuar, hacer lo mismo por otro, y otro, y otro. Lo único que importa es el siguiente nombre.

La luz de las estrellas ilumina el bosque lo suficiente para dar un vistazo rápido, y paso el pulgar a través de las ya familiares páginas de la lista de Julian. Hay un par en la zona, agrupados en torno a la ciudad de Harbor Bay. Dos están enlistados en la misma ciudad, y uno en el barrio de New Town. Cómo vamos a llegar a cualquiera de ellos, no estoy segura. La ciudad amurallada seguramente será como Archeon y Summerton, mientras que las restricciones en los barrios pobres técnicos son incluso peores en las Medidas. Entonces recuerdo; paredes y restricciones no se aplican a Shade. Por suerte, él estará caminando mejor para la hora, y no debería tener que apoyarse después de unos cuantos días. Entonces, vamos a ser imparables. Podríamos incluso *ganar*.

El pensamiento me fascina y confunde de la misma manera, ¿cómo se verá un mundo así? Sólo puedo imaginar dónde estaré. En casa tal vez, sin duda con mi familia, en algún lugar en el bosque donde pueda escuchar un río. Con Kilorn cerca, por supuesto. ¿Pero Cal? No sé dónde elegirá estar al final.

En la oscuridad de la noche, es fácil dejar vagar tu mente. Estoy acostumbrada a los bosques y realmente no necesito concentrarme para no tropezar con las raíces y las hojas. Así que sueño mientras camino, pensando en lo que podría ser. Un ejército de nuevasangres. Farley conduciendo a la Guardia Escarlata. Un levantamiento adecuado de Rojos, desde las trincheras de Choke a los callejones de la Gray Town. Cal siempre decía que en una guerra no valía la pena el costo, que la pérdida de la vida de Rojos y Plateados sería demasiado grande. Espero que esté en lo correcto. Espero que Maven vea lo que somos, lo que podemos hacer, y sepa que no puede ganar. Ni siquiera él es un tonto. Incluso él sabe cuándo está derrotado. *Al menos, espero que lo*

sepa. Porque hasta donde puedo decir, Maven nunca ha sido derrotado. No realmente como para que cuente. Cal le ganó a su padre, a sus soldados, pero Maven ganó la corona. Maven ganó todas las batallas que realmente importaban.

Y dándole tiempo… me habría ganado también.

Lo veo en cada sombra de cada árbol, un fantasma que se alarga contra la tormenta en el Cuenco de Huesos. El agua fluye entre los picos de su corona de hierro, y dentro de sus ojos y boca, en su cuello, en el abismo helado en que está su desperdiciado corazón. Se vuelve roja, tornándose de agua a mi sangre. Él abre la boca para saborearla, y los dientes son filosos, brillantes cuchillas de color blanco hueso.

Lo aparto de mis pensamientos, borrando la memoria del príncipe traidor.

Farley murmura en la oscuridad, detallando el verdadero propósito de la Guardia. Nix es un hombre inteligente, pero como todo el mundo bajo el imperio de la Corona Ardiente, ha sido alimentado con mentiras. *El terrorismo, anarquía, sed de sangre*, esas son las palabras que los medios utilizan al describir la Guardia. Muestran a los niños muertos en el Sun Shooting, los restos del Puente Archeon inundados, todo para convencer al país de nuestra supuesta maldad. Al mismo tiempo que el verdadero enemigo se sienta en su trono y sonríe.

Simply Books

—¿Qué pasa con *ella*? —susurra Nix, lanzando una mirada dura en mi dirección—. ¿Es cierto que sedujo al príncipe para matar al rey?

La pregunta de Nix corta como una cuchilla, tan hiriente que espero ver un cuchillo sobresaliendo de mi pecho. Pero mis propios dolores pueden esperar. Delante de mí, Cal se queda quieto, sus anchos hombros subiendo y bajando, una indicación de profundas y calmantes respiraciones.

Pongo una mano en su brazo, con la esperanza de calmarlo mientras él me tranquiliza a mí. Su piel arde debajo de mis dedos, casi demasiado caliente al tacto.

—No, no lo es —le digo a Nix, empujando todo el acero que puedo en mi voz—. Eso no es lo que ocurrió en absoluto.

—Así que, ¿la cabeza del rey salió por su propia cuenta? —Se ríe, esperando un aumento de la risa. Pero incluso Kilorn tiene el buen sentido de permanecer en silencio. Ni siquiera sonríe. Él entiende el dolor de padres muertos.

—Fue Maven —gruñe Kilorn, para sorpresa de todos nosotros. La mirada en sus ojos es puro fuego—. Maven y su madre, la reina. Ella puede controlar su mente. Y… —Su voz se tambalea, no quiere continuar. La muerte del rey fue tan horrible, incluso para un hombre que odiábamos.

—¿Y? —presiona Nix, dando unos pasos hacia Cal. Lo detengo con una dura mirada, y por suerte, se detiene a unos pocos metros de distancia. Pero su rostro se detiene en una mueca, deseoso de ver al príncipe en su dolor. Sé que tiene sus razones para torturar a Cal, pero eso no significa que tenga que dejarlo.

—Sigue caminando —murmuro, tan bajo que solamente Cal puede oírme.

En cambio, se voltea, con los músculos tensos debajo de mi tacto. Se sienten como olas de laminación caliente en un mar sólido.

—Elara me hizo hacerlo, Marsten. —Sus ojos bronce encuentran los de Nix, retándolo a dar un paso más—. Se metió en mi cabeza, controlando mi cuerpo. Pero dejó que mi mente se quedara. Me dejó ver mientras mis brazos lo tomaron por su espada, cómo separé la cabeza de sus hombros. Y entonces le dijo al mundo que eso es lo que yo quería desde el principio. —Y luego más suave, como si estuviera recordándose a sí mismo—. Me hizo matar a mi padre.

Algo de la malicia de Nix se extingue, lo suficiente para revelar al hombre que hay debajo.

—Vi las imágenes —murmura como modo de disculpa—. Estaban por todas partes, en todas las pantallas de la ciudad. Pensé… pareció…

Los ojos de Cal parpadean hacia los árboles. Pero no está mirando las hojas. Su mirada está en el pasado, en algo más doloroso.

—Ella mató a mi verdadera madre también. Y va a matar a todos si se lo permitimos.

Las palabras salen duras y ásperas, una cuchilla oxidada que vio carne. Tienen un sabor maravilloso en mi boca.

—No si la mato primero.

A pesar de sus talentos, Cal no es una persona violenta. Él te puede matar de mil maneras diferentes, dirigir un ejército, incendiar un pueblo, pero no será de su agrado. Así que sus siguientes palabras me toman por sorpresa.

—Cuando llegue el momento —dice, mirándome—, vamos a tirar una moneda.

Su brillante llama se ha oscurecido verdaderamente.

Cuando salimos del bosque, un breve estremecimiento de miedo me recorre. ¿Qué pasa si el Blackrun se ha ido? ¿Qué pasaría si fuimos seguidos? *¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?* Pero el jet está exactamente donde lo dejamos. Es casi invisible en la oscuridad, fusionándose con el color gris-negro. Resisto las ganas de correr a salvo en él, y me obligo a mantener el ritmo junto a Cal. No demasiado cerca, sin embargo. *Sin distracciones*.

—Mantengan sus ojos abiertos —murmura Cal, una pequeña pero firme advertencia a medida que nos acercamos. Él no aparta los ojos del jet, en busca de cualquier indicio de una trampa.

Hago lo mismo, mirando la rampa de bajada fija aún frente a la pista, abierta al aire de la noche. Parece claro para mí, pero las sombras se reúnen en el centro de Blackrun, a oscuras y es imposible ver a través de esta distancia.

Me toma una gran cantidad de energía y concentración poder ver todo el jet, pero en el interior de las bombillas es otra historia. Incluso a nueve metros de distancia, es fácil llegar a su cableado, chispear sus cables, e iluminar el interior del jet con un resplandor brillante y repentino. Nada se mueve en el interior, pero los demás reaccionan, sorprendidos por el estallido de luz. Farley incluso libera su pistola de la funda atada a su pierna.

—Sólo soy yo —digo con un movimiento de mano—. El jet está vacío.

Mi ritmo se acelera. Estoy ansiosa por estar en el interior, arropada por la creciente carga de electricidad que se fortalece con cada uno de mis pasos. Cuando pongo un pie en la rampa, subiendo en la nave, se siente como entrar en un cálido abrazo. Paso una mano a lo largo de la pared, trazando el contorno de un panel de metal mientras paso. Más de mi poder se extiende, derramándose fuera de las bombillas, corriendo a lo largo de vías de conducción eléctrica en las masivas baterías de la célula bajo mis pies y debajo de cada ala fija. Zumban en perfecta armonía, enviando su propia energía, dándome lo que no tengo. El Blackrun viene a la vida.

Nix se queda sin aliento detrás de mí, asombrado por el gran jet de metal. Probablemente nunca había visto uno tan de cerca, y mucho menos dado un paso dentro de uno. Me doy la vuelta, esperando encontrarlo mirando los asientos o la cabina del piloto, pero sus ojos se fijan firmemente en mí. Mueve la cabeza de un lado a otro en lo que parece un arco inestable. Antes que pueda decir exactamente cuánto me molesta, se encuentra rápidamente un asiento, dándole vueltas a los cinturones de seguridad.

—¿Me dan un casco? —pregunta en silencio—. Si vamos a sumergirnos a través del aire, quiero un casco.

Riendo, Kilorn toma asiento junto a Nix y cierra la hebilla de su cinturón con dedos ágiles y rápidos.

—Nix, creo que eres el único aquí que *no* necesita uno.

Se ríen juntos, compartiendo sonrisas torcidas. Si no fuera por mí, por la Guardia Escarlata, Kilorn se habría vuelto igual que Nix. Un hombre viejo y maltratado, con nada que dar más que sus huesos. Ahora espero que tenga la oportunidad de envejecer, tener dolor de rodillas y una barba gris propia. Si sólo Kilorn me dejara protegerlo. Si sólo no insistiera en arrojarse delante de cada bala en su camino.

—Así que realmente es la chica rayo. Y éste es un... —Hace un gesto a través del jet, a Shade, en busca de una palabra para describir su capacidad.

—Saltador —dice Shade con una respetuosa inclinación de cabeza. Se abrocha su cinturón tan fuerte como puede, ya palideciendo ante la perspectiva de otro vuelo. Farley no se ve tan afectada, y mira resueltamente desde su asiento, con los ojos en las ventanas de la cabina del piloto.

—Saltador. Está bien. ¿Y tú, muchacho? —Él empuja a Kilorn con el codo, cegado por la sonrisa desvaneciéndose del chico—. ¿Qué puedes hacer?

Me hundo en el asiento de la cabina, sin querer ver algún dolor en la cara de Kilorn. Pero no soy lo suficientemente rápida. Capto un vistazo a su rubor de vergüenza, con los hombros rígidos, su estrechamiento de ojos y fruncimiento del ceño. La razón es sorprendentemente clara. Los *celos* aparecen en cada centímetro de él, extendiéndose tan rápidamente como una infección. La intensidad de la misma me sorprende. Ni una sola vez pensé que Kilorn quisiera ser como yo, como un *Plateado*. Está orgulloso de su sangre, siempre lo ha estado. Incluso hacía estragos cuando vio por primera vez en lo que me había convertido. *¿Eres uno de ellos?* me gruñó, su voz áspera y poco familiar. Estaba tan enfadado. Pero entonces, ¿por qué está enfadado ahora?

—Capturo peces —dice, forzando una hueca sonrisa. Hay una amargura en su voz, y dejamos que se agrave con nuestro silencio.

Nix habla primero, dándole una palmada a Kilorn en el hombro.

—Cangrejos —dice, moviendo los dedos—. He sido un aficionado de los cangrejos toda mi vida.

Un poco de la incomodidad de Kilorn retrocede, apretándose detrás de una sonrisa torcida. Se vuelve para ver a Cal desviarse de su camino a través del panel de control, haciendo que el Blackrun esté listo para otro vuelo. Siento que el jet responde de alguna manera, su energía fluye hacia los motores montados en las alas. Comienza a emitir zumbidos, ganando poder con cada segundo pasando.

—Se ve bien —dice finalmente Cal, irrumpiendo en el incómodo agujero de silencio—. ¿Y ahora?

Me toma un segundo darme cuenta que está preguntándomelo a mí.

—Oh. —Me tropiezo con las palabras—. Los nombres más cercanos están en Harbor Bay. Dos en la ciudad propiamente dicha, uno en los barrios bajos.

Simply Books

Esperaba más de un alboroto ante la perspectiva de entrar en una ciudad Plateada amurallada, pero Cal sólo asiente.

—Eso no va a ser fácil —advierte, sus ojos brillando con las luces parpadeantes del panel.

—Estoy tan feliz que estés aquí para decirnos lo que no sabemos —contesto secamente—. Farley, ¿crees que podemos hacerlo?

Asiente, y hay una grieta en su máscara usualmente estoica, revelando la emoción que hay debajo. *La excitación*. Sus dedos tamborilean en su muslo. Tengo la repugnante sensación que ve parte de esto como un juego.

—Tengo bastantes amigos en la Bahía —dice ella—. Las paredes no serán un problema.

—Entonces vamos a la Bahía —dice Cal. Su tono sombrío no es en absoluto reconfortante.

Tampoco lo es la caída en mi estómago mientras el jet se tambalea hacia adelante, saliendo disparado por una pista oculta. Esta vez, cuando empieza a elevarse en el cielo, cierro los ojos con fuerza. Entre el repiqueteo reconfortante de los motores y el conocimiento que no soy necesaria, es terriblemente fácil dormirse.

Me tambaleo entre el sueño y la vigilia muchas veces, en realidad nunca sucumbo a la oscuridad tranquila que mi mente necesita tan desesperadamente. Algo sobre el jet me mantiene suspendida, mis ojos nunca se abren, pero mi cerebro nunca se apaga por completo. Siento a Shade haciéndose el dormido, dice secretos susurrados. Pero los otros están en silencio y, a juzgar por los estruendosos ronquidos de Nix, estaban como velas apagadas. Sólo Farley se mantiene despierta. La escucho desabrochar su cinturón y pasar al lado de Cal, sus pasos casi inaudibles a lo largo de los motores del jet. Me quedo dormida entonces, atrapando unos necesarios minutos de descanso superficial, antes que su grave voz me traiga de vuelta.

—Estamos sobre el océano —murmura ella, sonando confundida.

Cal hace sonar su cuello mientras se voltea, hueso sobre hueso. Él no la oyó venir, demasiado centrado en el avión.

—Perceptiva —dice después que se recupera.

—¿Por qué estamos sobre el océano? La Bahía se encuentra al sur, no al este…

—Debido a que tenemos más que suficiente combustible para rodear la costa, y necesitan dormir. —Algo parecido al miedo contamina su voz. *Cal odia el agua. Esto debe estar matándolo*.

Ella se mofa a través de su garganta.

—Pueden dormir cuando aterricemos. La siguiente pista está oculta como la última.

—*Ella* no lo hará. No con nuevasangres en la línea. Va a marchar hasta que caiga, y no podemos dejar que haga eso.

Una larga pausa. Él debe estar mirándome, convenciéndola con los ojos en lugar de palabras. Sé de primera mano lo persuasivo que sus ojos pueden ser.

Simply Books

—¿Y cuándo duermes tú, Cal?

Su voz se reduce, no en volumen, pero si en estado de ánimo.

—Yo no. Ya no.

Quiero abrir mis ojos. Para decirle que dé la vuelta, para darse prisa como le sea posible. Estamos perdiendo el tiempo en el océano, quemando segundos preciosos que podrían significar la vida o la muerte de los nuevasangres en Norta. Pero mi rabia se ve atenuada por el agotamiento. Y el frío. Incluso junto a Cal, un horno andante, siento la fluencia familiar de hielo en mi carne. No sé de dónde viene, sólo sé que llega en los momentos de calma, cuando estoy quieta, cuando pienso. Cuando recuerdo todo lo que he hecho, y lo que han hecho por mí. El hielo que se asienta en donde mi corazón debe estar, amenaza con reventarme. Mis brazos se enrollan alrededor de mi pecho, tratando de detener el dolor. Funciona un poco, dejando que el calor entre de nuevo en mí. Pero cuando el hielo se derrite, deja sólo el vacío. Un abismo. Y no sé cómo llenarlo de nuevo.

Pero voy a curar. Debo hacerlo.

—Lo siento —murmura, casi demasiado bajo para escuchar. Aún lo suficientemente para mantenerme a la deriva. Pero sus palabras no son para mí.

Algo empuja mi brazo. Farley, mientras se mueve más cerca para oírlo.

—Por lo que te hice. Antes. En la Sala del Sol. —Su voz casi se quiebra, Cal lleva su propio hielo. El recuerdo de sangre congelada de la tortura de Farley en las células del palacio. Se negó a traicionar, y Cal la hizo gritar por ello—. No espero que aceptes ningún tipo de disculpa, y tampoco deberías…

—Acepto —dice, cortante, pero sincera—. También cometí errores esa noche. Todos lo hicimos.

Aunque mis ojos están cerrados, sé que ella me está mirando. Puedo sentir su mirada, pintada con pesar y determinación.

El golpe de las ruedas contra el hormigón me despierta, reboto en mi asiento. Abro los ojos, sólo para abrirlos y cerrarlos de nuevo, alejándome de la puñalada de la brillante luz del sol que entra por las ventanas de la cabina. Los otros están completamente despiertos, hablando en voz baja, y los miro por encima del hombro para hacerles frente. A pesar que estamos aterrizando, frenando pero todavía en movimiento, Kilorn se tambalea a mi lado. Creo que las piernas de los pescadores son buenas para algo, porque no parece que el movimiento del jet lo afecte en absoluto.

—Mare Barrow, si te encuentro dormitar una vez más, le voy a informar al puesto de avanzada —mita a nuestro viejo maestro, el único que compartimos hasta que él cumplió siete años y se fue para ser aprendiz con un pescador.

Lo miro, sonriendo ante el recuerdo.

—Entonces voy a dormir en el cepo, *señorita Vandark* —contesto, enviándolo en un ataque de risas.

Mientras me despierto más plenamente, me doy cuenta que estoy cubierta con algo. Suave y desgastada tela de color oscuro. *La chaqueta de Kilorn*. Él la aparta antes que pueda protestar, y me deja fría sin su calor.

—Gracias —murmuro, mirándolo colocársela de nuevo.

Se encoge de hombros.

—Estabas temblando.

—Va a ser una redada en la Bahía. —La voz de Cal es fuerte sobre los motores rugientes, todavía pendiente del vuelo. Nunca quita los ojos de la pista de aterrizaje y orienta al jet. Al igual que el de Nueve-Cinco, ésta supuesta ruina está rodeada de un bosque y totalmente desierta—. A 9 kilómetros a través del bosque y la periferia —añade, inclinando la cabeza hacia Farley—. ¿A menos que tengas algo más en la manga?

Se ríe para sí misma, desabrochando sus cinturones.

—Aprendiendo, ¿verdad? —Con un chasquido, coloca el mapa del Coronel sobre sus rodillas—. Podemos reducirlas a seis si tomamos los viejos túneles. Y evitamos las afueras del todo.

—¿Otro Tren Subterráneo? —El pensamiento me llena de una combinación de esperanza y temor—. ¿Es seguro?

—¿Qué es un Tren Subterráneo? —gruñe Nix, su voz lejana. No voy a perder mi tiempo explicando el tubo de metal que dejamos atrás en Naercey.

Farley lo ignora también.

—No hay ninguna estación en la Bahía, todavía no, pero el propio túnel pasa justo bajo Port Road. Es decir, ¿si no estuviera cerrado?

Mira a Cal, pero él niega.

—No hay suficiente tiempo. Hace cuatro días pensamos que los túneles se derrumbaron y estaban abandonados. Ellos ni siquiera los tienen en mapas. Incluso con todos los Brazofuertes a su disposición, Maven no podría haberlos bloqueado a todos para el momento. —Su voz se tambalea, cargada de pensamiento. Sé lo que está recordando.

Fue hace sólo cuatro días. Cuatro días desde que Cal y Ptolemus encontraron a Walsh en los túneles del tren por debajo de Archeon. Cuatro días desde que la vimos suicidarse para proteger los secretos de la Guardia Escarlata.

Para distraerme del recuerdo de los vidriosos y muertos ojos de Walsh, me estiro en mi asiento, me encorvo y flexiono los músculos.

—Vamos a empezar a movernos —digo, y suena más como una orden de lo que me gustaría.

He memorizado el siguiente lote de nombres. *Ada Wallace. Nacida 6/1/290 en Harbor Bay, Beacon, Estado de Regent, Norta. Residencia actual: Igual que la del nacimiento*. Y el otro también figura en Harbor Bay, *Wolliver Galt. Nacido 1/20/302*. Él comparte cumpleaños con Kilorn, idéntico el año. Pero no es Kilorn. Él es un nuevasangre, otra mutación Rojo y Plateado para que Kilorn envidie.

Simply Books

Es extraño entonces que Kilorn no muestre ninguna animosidad hacia Nix. De hecho, parece más amable de lo habitual, situándose en torno al hombre mayor como un cachorro bajo los pies. Hablan en voz baja, compartiendo experiencias sobre crecer pobre, Rojo, y sin esperanza. Cuando Nix trae redes y nudos, un tema aburrido que Kilorn adora, cambio mi atención hacia la obtención de todo lo demás. Una parte desea poder unirme a ellos, para debatir sobre el valor de un buen lazo doble de hueso en lugar de la mejor estrategia de infiltración. Me haría sentir normal. Porque no importa lo que diga Shade, somos todo lo contrario.

Farley ya está en movimiento, colocándose una chaqueta de color marrón oscuro sobre sus hombros. Mete el pañuelo rojo en ella, ocultando el color, y comienza a empacar raciones de nuestras tiendas. No son pocas todavía, pero hago una nota mental para tomar todo lo que pueda durante el viaje, si tuviera la oportunidad. Las armas son otra cosa, sólo tenemos seis en total, y robar más no va a ser tarea fácil. Tres rifles, tres pistolas. Farley ya tiene una de cada uno, el rifle de cañón largo por encima del hombro y la pistola en la cadera. Dormía con ellas cerca, como si fueran miembros. Por lo tanto, es una sorpresa cuando los deja, regresando las armas de fuego al armario de almacenamiento en la pared.

—¿Vas desarmada? —dice Cal, con su propio rifle en la mano.

En respuesta, se levanta una pierna del pantalón revelando un largo cuchillo escondido en su bota.

—La Bahía es una gran ciudad. Vamos a necesitar el día para encontrar las personas de Mare, y tal vez toda la noche para sacarlos. No voy a correr el riesgo que se den cuenta de un arma de fuego no registrada. Un oficial me ejecutaría en el acto. Voy a tomar mis posibilidades con las aldeas donde hay un menor cumplimiento, pero no en la Bahía —añade, ocultando el cuchillo de nuevo—. Me sorprende que no conozcas tus propias leyes, Cal.

Rubor plateado toca las puntas de sus orejas volviendo al hueso blanco con la vergüenza. Por mucho que lo intente, Cal nunca tuvo una cabeza para las leyes y la política. Ese fue el dominio de Maven, siempre Maven.

—Y de todos modos —continúa Farley, con los ojos en los dos—. Te considero a ti y la chica rayo mucho mejor arma que las armas.

Casi puedo oír los dientes de Cal rechinar, en ira y frustración.

—Te dije que no podemos… —comienza, y no tenemos que escuchar sus palabras murmuradas para conocer sus argumentos. *Somos las personas más buscadas en el reino, somos peligrosos para todos, ponemos en peligro a todos*. Y mientras mi primer instinto es escuchar a Cal, mi segundo, mi constante, es no confiar en él. Debido a que ser sigiloso no es su especialidad, *es la mía*. Mientras él debate con Farley, en silencio me preparo para los túneles y Harbor Bay. Lo recuerdo de los libros de Julian, y tomo el mapa de Farley. No se da cuenta de la sutil acción, todavía ocupada en su discusión con Cal. Shade se une, interviniendo en nombre de ella, y los tres farfullan dejando que me siente en silencio y haga un plan.

Simply Books

El mapa de Harbor Bay del Coronel es más reciente del que Julian me mostró, y más detallado. Así como Archeon fue construido alrededor del gran puente que la Guardia Escarlata destruyó, Harbor Bay, naturalmente, se centra en su famoso puerto parecido a un tazón. La mayor parte se construyó artificialmente, formando una curva demasiado perfecta del océano contra la tierra. Ambos, verdinos y ninfas ayudaron a construir la ciudad y el puerto, enterrando e inundando las ruinas de lo que una vez estuvo aquí de forma alterna. Y dividiendo el círculo del océano que sobresale del agua, es una carretera recta llena de puertas, patrullas del ejército, y los puntos de Choke. Separando Aquarian Port del bien llamado Ward Port, y conduce a Fort Patriot, que se alza sobre un cuadrado plano de terreno amurallado en el centro del puerto. La fortaleza es considerada la más valiosa en el país, la única base que da servicio a las tres ramas de las fuerzas armadas. Patriot es el hogar de los soldados de la Legión Beacon, así como escuadrones de la Flota Aérea. El agua del propio Ward Port es lo suficientemente profunda para incluso el más grande de los buques, creando una base esencial para la marina de Nortan. Incluso en el mapa, la fortaleza parece intimidante y con suerte Wolliver se encuentran *fuera* de sus paredes.

La ciudad en sí se extiende alrededor del puerto, en hacinamiento entre los muelles. Harbor Bay es mayor que el de Archeon, incorporando las ruinas de la ciudad que una vez estuvieron aquí. El giro de carreteras y divisiones de forma impredecible. Al lado de la ordenada red de la capital, la Bahía se ve como una maraña de hilos anudados. Perfecta para los pícaros como nosotros. Algunas de las calles hasta son subterráneas, vinculadas con la red de túneles. Farley parece conocer todo tan bien. Mientras que sacar a dos nuevasangres de Harbor Bay no será fácil, no parece tan imposible. Especialmente si un par de cortes de energía ocurren por la ciudad en el momento justo.

—Eres bienvenido a quedarte aquí, Cal —digo, levantando la cabeza del mapa—. Pero no me voy a perder esto.

Se detiene a media frase, volviéndose hacia mí. Por un momento, me siento como una pila de leña a punto de ser incendiada.

—Entonces espero que estés lista para hacer lo que tienes que hacer.

Lista para matar a todos los que me reconozcan. Cualquiera que me reconozca.

—Lo estoy.

Soy muy buena mintiendo.

Simply Books

13

Es fácil convencer a Nix de quedarse atrás. Incluso con su invulnerabilidad, aún es un cangrejo de granja que nunca ha ido más allá de las marismas de su casa. Una misión de rescate dentro de una ciudad amurallada no es lugar para él, y lo sabe. Kilorn no fue disuadido tan fácilmente. Acordó quedarse en el avión solo después que le recordé que alguien necesita mantener un ojo en Nix.

Cuando me abraza fuertemente, diciéndome adiós por el momento, espero escuchar una advertencia susurrada, algún consejo tal vez. En su lugar, obtengo ánimo, y es más cómodo de lo que debería.

—Tú vas a salvarlos —murmura—. Sé que lo harás.

Salvarlos. Las palabras hacen eco en mi cabeza, siguiéndome al bajar del avión y entrando al bosque iluminado por el sol. *Lo haré*, me digo, repitiéndolo hasta que creo en mí tanto como lo hace Kilorn. *Lo haré, lo haré, lo haré*.

Los bosques aquí son menos frondosos, forzándonos a estar en constante guardia. A la luz del día, Cal no tiene que preocuparse por arder, y mantiene su fuego listo, cada punta de sus dedos ardiendo como el mecha de una vela. Shade está lejos del suelo por completo, saltando de árbol en árbol. Revisa los bosques con la precisión de un soldado, su mirada de halcón barriendo en cada dirección antes que esté satisfecho. Mantengo mis propios sentidos abiertos, buscando cualquier estallido de energía que pudiera ser un transporte o una aeronave de bajo vuelo. Hay un sordo zumbido hacia el sureste, hacia Harbor Bay, pero eso era de esperarse, al igual que el bajo y mínimo tráfico a lo largo de Port Road. Estamos muy lejos del alcance del oído en el camino secundario, pero mi brújula interna me dice que nos estamos acercando con cada paso.

Los siento antes de verlos. Es pequeño, la más ligera presión contra mi abierta mente. Los pequeños zumbidos de electricidad, probablemente impulsando un reloj o un radio.

—Desde el este —murmuro, apuntando hacia la fuente de energía aproximándose.

Farley latiguea hacia la dirección, sin molestarse en agacharse. Pero yo ciertamente lo hago, cayendo a una rodilla en el follaje, dejando que los primeros colores del otoño camuflaren mi camiseta rojo oscuro y cabello castaño. Cal está justo a mi lado, flamas cerca de su piel, controladas así no incendia el bosque. Su respiración es lenta, calmada, practicada y sus ojos buscan entre los árboles.

Extiendo un dedo, apuntando hacia la batería. Una sola chispa corre por mi mano y desaparece, instando a la electricidad acercándose.

—Farley, agáchate —gruñe Cal, su voz casi perdida junto a las hojas crujiendo.

En lugar de obedecer, se recarga del árbol, disolviéndose entre las sombras del tronco. La luz del sol a través de las hojas baña su piel, y su quietud la hace parecer parte del bosque. Pero no es silenciosa. Sus labios se separan, y un bajo canto de ave hace eco a través de las ramas. El mismo que usó a las afueras de Coraunt para comunicarse con Kilorn. *Una señal*.

La Guardia Escarlata.

—Farley —siseo entre dientes—. ¿Qué está pasando?

Pero no me está poniendo atención y en lugar de eso mira los árboles. Esperando. Escuchando. Un momento después, alguien ulula una respuesta, similar pero no la misma. Cuando Shade responde del árbol encima de nosotros, agregando su propio llamado a la extraña canción, un poco de mi miedo se desvanece. Farley puede llevarme a una trampa, pero Shade no lo haría. *Eso espero*.

—Capitana, pensé que estaba atrapada en esa isla que explotó —dice una áspera voz, apareciendo de un grueso muro de olmos. El acento, duras vocales y R perdidas, es grueso y distintivo… de Harbor Bay.

Farley sonríe ante los sonidos, alejándose del tronco suavemente.

—Crance —dice ella, haciéndole señas a la figura sobresaliendo de entre las ramas—. ¿Dónde está Melody? Se suponía que me encontrara con ella, ¿desde cuándo tú eres el chico de los recados de Egan?

Cuando sale de entre el follaje, hago lo mejor que puedo para medirlo, tomando los pequeños detalles que me enseñé a no notar hace mucho. Se agacha, compensando un poco algo pesado en su espalda. Tal vez un rifle, o un garrote. *El chico de los recados*. Tiene la mirada de un marinero o un peleador, con enormes brazos y un ancho pecho escondido detrás del montón de algodón y un chaleco acolchado. Está muy remendado, creando un extraño patrón de tela descartada, toda en tonos de rojo. Es extraño que su chaleco luciera tan usado, pero sus botas de cuero lucen nuevas, pulidas brillantemente. Robadas, probablemente. *Mi tipo de hombre*.

Crance se encoge de hombros hacia Farley, un tic arrugando su oscuro rostro.

—Tiene negocios en los muelles. Y prefiero *mano derecha*, si no te importa. —Convierte el tic en una sonrisa, entonces se inclina en un suave y exagerado movimiento—. Por supuesto, jefe Egan manda su bienvenida, capitana.

—Ya no es capitana —murmura Farley, frunciendo el ceño mientras sujeta su antebrazo en alguna versión de tomarse las manos—. Estoy segura que lo has escuchado.

Apenas niega.

—Encontrarás a algunos aquí que no están de acuerdo con eso. Los Marineros le responden a Egan, no a tu Coronel.

¿Marineros? Otra división dentro de la Guardia Escarlata, supongo.

—¿Van a seguir tus amigos escondiéndose entre los arbustos? —agrega, lanzándome una mirada. Sus ojos azules son electrificantes, haciendo incluso más oscura su piel bronceada. Pero no son suficientes para distraerme del punto más importante, aun siento la punzante batería de reloj, y Crance no usa reloj.

—¿Qué pasa con *tus* amigos? —le pregunto, levantándome del piso del bosque.

Cal se mueve al mismo tiempo que yo, y puedo decir que está escrutando a Crance, midiéndolo. El otro hombre hace lo mismo, un tipo de soldado a otro. Entonces sonríe, sus dientes brillando.

—Así que es por esto por lo que el Coronel está haciendo tanto escándalo. —Se ríe, dando un atrevido paso al frente.

Ninguno de nosotros se mueve, a pesar de su tamaño. Somos más peligrosos que él.

Deja salir un silbido bajo, volviendo su mirada a mí.

—El príncipe exiliado y la chica rayo. ¿Dónde está el conejo? Sé que lo escuché.

¿Conejo?

La forma de Shade aparece detrás de Crance, un brazo en su muleta, el otro alrededor del cuello de Crance. Pero está sonriendo, *riéndose*.

—Te dije que no me llames así —se queja, sacudiendo los hombros de Crance.

—Si el zapato te queda —responde Crance, saliendo del agarre de Shade. Hace la forma de un aro con su mano, riéndose mientras lo hace. Pero su sonrisa cae un poco cuando ve la muleta y los vendajes—. ¿Caíste de un tramo de escaleras o algo? —Crance mantiene el tono ligero, pero la oscuridad nubla sus brillantes ojos.

Shade aleja su preocupación y sujeta uno de sus enormes hombros.

—Es bueno verte Crance. Y supongo que debería presentarte a mi hermana…

—No es necesaria ninguna presentación —dice Crance, extendiendo una mano hacia mí. La tomo gustosamente, dejándolo apretar mi antebrazo en una mano el doble de grande que la mía—. Es bueno conocerte, Mare Barrow, pero tengo que decir, luces mejor en los posters. No sabía que eso era posible.

Los otros hacen muecas, tan asustados como yo con la idea que mi cara esté pegada en cada puerta y ventana. *Deberíamos haber esperado esto*.

—Lamento decepcionar —me fuerzo a decir, dejando que mi mano caiga de la suya. El cansancio y la preocupación no han sido gentiles conmigo. Puedo sentir la suciedad en mi piel, por no mencionar los nudos en mi cabello—. He estado demasiado ocupada para verme en un espejo.

Crance toma el anzuelo, sonriendo más ampliamente.

—En verdad tienes chispa —murmura, y no me pierdo su mirada desviándose hacia mis dedos. Lucho contra la urgencia de mostrar exactamente con cuanta chispa está lidiando, y entierro mis uñas en la piel de mis palmas.

El toque de batería aún está ahí, un firme recordatorio.

—¿Así que vas a seguir fingiendo que no nos tienes rodeados? —presiono, señalando los árboles multiplicándose en cada ángulo—. ¿O vamos a tener un problema?

—Ningún problema —dice, levantando sus manos en fingida rendición. Entonces silba de nuevo, su tono alto y entusiasta, como un águila de cacería. A pesar que Crance hace lo mejor que puede para seguir sonriendo, parecer relajado, no me pierdo la sospecha en sus ojos. Espero que mantenga una estrecha vigilancia en Cal, pero es en mí en quien no confía. *O a quien no entiende*.

El crujido de hojas anuncia la aparición de los amigos de Crance, también vestidos con una combinación de fachas y finuras robadas. Es algún tipo de uniforme, tan descoordinado que comienzan a lucir similares. Dos mujeres y un hombre, el que tiene un destrozado pero funcional reloj, todos parecen desarmados. Saludan a Farley, le sonríen a Shade, y no saben cómo mirarnos a Cal y a mí. Es mejor de esa forma, supongo. No necesito más amigos que perder.

—Bueno, conejo, vamos a ver si puedes mantener el ritmo. —Molesta Crance, comenzando a caminar.

En respuesta, Shade salta a un árbol cercano, su pierna mala colgando y una sonrisa en sus labios. Pero cuando sus ojos encuentran los míos, algo cambia. Y entonces está detrás de mí por una milésima de segundo, moviéndose tan rápido que apenas lo veo.

Escucho lo que susurra igualmente.

—No confíes en nadie.

Los túneles son húmedos, los muros curvados en un lio de musgo y raíces profundas, pero el piso está limpio de rocas o escombros. Para los aprendices, sospecho, si necesitan deslizarse dentro de Harbor Bay. Pero no hay rasguños de metal contra metal, ni el cegador golpeteo de una batería de tren chillando hacia nosotros. Todo lo que siento es la lámpara en la mano de Crance, el reloj del otro hombre, y el firme patrón del tráfico en Port Road a seis metros encima de nuestras cabezas. Los transportes pesados son lo peor, sus cables e instrumentos gimoteando en la parte trasera de mi cráneo. Me tenso cuando cada uno pasa encima, y rápidamente pierdo la cuenta de cuantos se apresuran hacia Naercey. Si estuvieran juntas, sospecharía de un convoy real llevando a Maven mismo, pero las maquinas vienen y van aleatoriamente. *Esto es normal*, me digo, calmando mis nervios así no hago explotar la lámpara y nos dejó a todos en la oscuridad.

Los seguidores de Crance van en la parte de atrás, lo que debería ponerme nerviosa, pero no me importa. Mis chispas están a solo un latido de distancia, y tengo a Cal a mi lado si alguien toma una mala decisión. Él es más intimidante que yo, una mano en llamas con rojo y danzante fuego. Dibuja parpadeantes sombras que cambian, pintando el túnel en curvas de rojo y negro. *Sus colores, una vez. Pero ahora están perdidos para él, como todo lo demás*.

Todo excepto yo.

No tiene sentido susurrar aquí. Cada sonido se escucha, así que Cal mantiene su boca firmemente cerrada. Pero aun puedo leer su rostro. Está incómodo, peleando

contra cada instinto como un soldado, un príncipe y un Plateado. Aquí está, siguiendo a su enemigo a lo desconocido, ¿y para qué? ¿Para ayudarme? ¿Para lastimar a Maven? Cuales sean las razones, algún día no serán lo suficientemente buenas para mantenerse. Un día, va a dejar de seguirme y necesito prepararme para eso. Necesito decidir lo que va a permitir mi corazón, y cuanta soledad puedo aguantar. Pero no aun. Su calidez aún está conmigo, y no puedo evitar mantenerla cerca.

Los túneles no están en nuestro mapa, o cualquier mapa que haya visto, pero Port Road lo está, y sospecho que estamos justo debajo de él. Lleva directamente al corazón del Bay, a través de Pike Gate, curvándose alrededor del puerto mismo antes de dirigirse al norte hacia las marismas, Coraunt, y las fronteras congeladas más lejos. Más importante que el Port Road es el centro de seguridad, el cubo administrativo de la ciudad entera, donde podemos encontrar los historiales, y más importante, direcciones de Ada y Wolliver. El tercer nombre, la joven en los suburbios de New Town, podrían estar ahí también.

Cameron Cole, recuerdo, a pesar que el resto de su información se me escapa por el momento. No me atrevo a sacar la lista de Julian para volver a revisar, no con tantas caras extrañas alrededor. Entre menos sepan de los neófitos, mejor. Sus nombres son sentencias de muerte, y no he olvidado la advertencia de Shade.

Simply Books

Con algo de suerte, tendremos todo lo que tenemos para el anochecer, y volveremos al Blackburn para el desayuno, con tres neófitos más a bordo. Kilorn va a protestar, enojado que nos hayamos ido tanto tiempo, pero esa es la última de mis preocupaciones. De hecho, estoy esperando su cara ruborizada y petulante gesto. A pesar de la guardia y su recién encontrada rabia, el chico con el que crecí aun brilla debajo, y es tan reconfortante como el fuego de Cal o el abrazo de mi hermano.

Shade habla para llenar el silencio, bromeando con Crance y sus seguidores.

—Este hombre es la razón por la que salí del Choke vivo —explica mi hermano, señalando hacia Crance con su muleta—. Los ejecutores no pudieron tenerme, pero la inanición casi lo hizo.

—Robaste una cabeza de col. Solo te dejé comerla —responde Crance con una negación, pero su rubor traiciona su orgullo.

Shade no lo deja escaparse tan fácilmente. Sonríe de tal manera que podría iluminar los túneles, pero no hay luz en sus ojos.

—Un ladrón con corazón de oro.

Miro su intercambio con los ojos entrecerrados y los oídos abiertos, siguiendo la conversación como un juego. Uno complementa al otro, recordando su viaje de vuelta desde Choke, eludiendo la Seguridad y las legiones por igual. Y mientras podrían haber formado una amistad en esas semanas, no parece existir más. Ahora, sólo son hombres que comparten recuerdos y sonrisas forzadas, cada uno tratando de averiguar exactamente lo que el otro quiere. Yo hago lo mismo, llegando a mis propias conclusiones.

Crance es un ladrón glorificado, una profesión que conozco muy bien. La mejor parte de los ladrones es que se puede confiar en ellos para hacer lo peor. Si nuestras posiciones se invirtieran, y fuera mi viejo yo escoltando un fugitivo dentro de Los

Pilares, ¿lo entregaría por unos tetrarcas? ¿Por algunas semanas de raciones de alimentos o electricidad? Recuerdo los inviernos duros lo suficientemente bien, los días fríos y hambrientos que parecían no tener fin. Las enfermedades con remedios fáciles, pero sin dinero para comprar la medicina. Incluso el dolor amargo de un simple deseo, de tomar algo bello o útil, simplemente *porque*. He hecho cosas terribles en tales momentos, robando a la gente tan desesperada como yo. *Para sobrevivir. Para mantenernos a todos vivos*. Es la justificación que he utilizado de vuelta en Los Pilares, cuando tomé las monedas de familias con niños hambrientos.

No me cabe duda que Crance me entregaría al jefe Egan si pudiera, porque es lo que yo haría. Venderme a Maven por un precio exorbitante. Pero por suerte, Crance es una potencia de fuego sin remedio. Él lo sabe, por lo que debe mantener su sonrisa. *Por ahora*.

El túnel se curva y las pistas del Tren Subterráneo terminan repentinamente, donde el espacio se hace demasiado estrecho para que un tren pase. Se siente más frío mientras más profundo vamos, y el aire se presiona dentro. Trato de no pensar en el peso de la tierra por encima de nosotros. Con el tiempo, las paredes se vuelven agrietadas y decrépitas, y probablemente colapsen si no fuera por los soportes recién añadidos. Las vigas de madera desnuda marchan en la oscuridad, cada una sosteniendo el techo del túnel, previniendo ser enterrados vivos.

Simply Books

—¿Por dónde salimos a la superficie? —dice Cal en voz alta, dirigiendo su pregunta a cualquier persona que vaya a responder. Veneno desagradable en cada palabra. Los túneles más profundos lo tienen en el borde, al igual que a mí.

—Lado oeste de Ocean Hill —responde Farley, mencionando la residencia real en Harbor Bay. Pero Crance la interrumpe con un movimiento de cabeza.

—El túnel está cerrándose —refunfuña—. Hay una nueva construcción, las órdenes del rey. Tres días que ha estado en el trono y ya es un dolor en el trasero.

Así de cerca, escucho los dientes de Cal rechinar. Una explosión de ira ilumina su fuego, lanzando una llamarada de calor a través del túnel que los otros pretenden ignorar. *Las órdenes del rey*. Incluso cuando no está tratando, Maven impide nuestro progreso.

Cal echa un vistazo a sus pies, estoico.

—Maven siempre odió The Hill. —Sus palabras resuenan extrañamente en las paredes, rodeándonos en sus recuerdos—. Demasiado pequeño para él. Demasiado viejo.

Las sombras se desplazan en las paredes, lo que distorsiona nuestras figuras. Veo a Maven en cada forma retorcida, en cada remanso de oscuridad. Una vez me dijo que era la sombra de la llama. Ahora temo que se está convirtiendo en la sombra en mi mente, peor que un cazador, peor que un fantasma. Por lo menos no estoy solo en sus apariciones. Al menos Cal también lo siente.

—El Mercado de Pescado entonces. —La aspereza de Farley me lleva de nuevo a la misión actual—. Tendremos que dar la vuelta alrededor, y necesitaremos una distracción fuera del Centro de Seguridad, si puedes manejarlo.

Echo un vistazo de nuevo al mapa, mi cerebro zumbando. Desde el aspecto del mismo, el Centro de Seguridad está conectado directamente al viejo palacio de Cal, o al menos es parte del mismo complejo. Y el Mercado de Pescado, supongo está a una buena distancia. Tendremos que pelear sólo para llegar a donde tenemos que estar, por no hablar de escabullirnos en el interior. A juzgar por la mueca en el rostro de Cal, él no está ansiándolo.

—Egan ayudará —dice Crance, asintiendo ante la petición de Farley—. Él va a ayudar de cualquier forma que pueda. No es que se necesites mucho más, con conejo de tu lado.

Shade hace una mueca amablemente, todavía molesto por el apodo.

—¿Está familiarizado con los Rojos de la Bahía? ¿Piensas que algunos nombres te recordarán algo?

Tengo que morderme los labios para evitar sisearle a mi hermano. La última cosa que quiero hacer es decirle a Crance a quien estamos buscando, sobre todo porque él se preguntará por qué. Pero Shade me mira, con las cejas levantadas, incitándome a decir en voz alta los nombres. Junto a él, Crance hace todo lo posible para mantener su expresión neutral, pero sus ojos brillan. Está demasiado dispuesto a escuchar lo que tengo que decir.

—Ada Wallace. —Sale a la luz en un susurro, como temerosa que las paredes del túnel puedan robar mi secreto—. Wolliver Galt.

Galt. Envía una chispa de reconocimiento en el rostro de Crance, y no tiene más remedio que asentir.

—A Galt lo conozco. Familia antigua, viven en Charside Road. Cerveceros por el comercio. —Entrecierra los ojos, tratando de recordar más—. La mejor cerveza en la Bahía. Buenos amigos para tener.

Mi ritmo cardíaco se acelera en mi pecho, encantada con la perspectiva de tal suerte. Pero está atemperada por el conocimiento que ahora Crance y el misterioso Egan saben a quién estamos buscando.

—No puedo decir que conozco a Wallace —continúa—. Es un nombre bastante común, pero nadie se me viene a la mente.

Muy a mi pesar, no puedo decir si está mintiendo. Así que tengo que presionar, para que siga hablando. Tal vez Crance revelará algo, o me dará una excusa para convencerlo de hacer eso.

—¿Se llaman a sí mismos los Marineros? —pregunto, con cuidado de mantener mi tono neutro.

Él le muestra una sonrisa por encima del hombro, entonces levanta una manga para revelar un tatuaje en su antebrazo. Un ancla negra azulada, rodeado de rojo, con una cuerda torcida.

—Los mejores contrabandistas en el Beacon —dice con orgullo—. Lo quieres, lo conseguimos.

—¿Y sirven a la Guardia?

Esa pregunta hace que su sonrisa desaparezca y baja su manga de nuevo. Hay la sombra de un movimiento de cabeza, pero nada más convincente que eso.

—Entiendo que Egan es otro capitán. —Acelero el paso, hasta que casi estoy pisando los talones de Crance. Sus hombros se tensan ante mi cercanía, y no me pierdo cuando los vellos en la parte posterior de su cuello se erizan—. ¿Y eso te hace, qué? ¿Su lugarteniente?

—No nos molestamos con títulos —responde, esquivando mi aguijonazo. Pero sólo estoy empezando. Los otros miran, confundidos por mi comportamiento. *Kilorn lo entendería. Mejor aún, seguiría la corriente*.

—Discúlpame, Crance. —Las palabras salen enfermizamente dulces. Sueno como una dama de la corte, no un ladrón escurridizo, y eso lo irrita—. Simplemente soy curiosa acerca de nuestros hermanos y hermanas en la Bahía. Dime, ¿qué te convenció de unirte a la causa?

Fuerte silencio. Cuando miro hacia atrás, los amigos de Crance están igual de tranquilos, sus ojos casi negros a la luz del oscuro túnel.

—¿Fue Farley? ¿Estabas reclutado? —Sigo presionando, a la espera de alguna señal de una ruptura. Todavía no responde. Y un temblor de miedo viene. *¿Qué es lo que no nos está diciendo?*—. ¿O es que buscaste a la Guardia, como yo lo hice? Por supuesto, tuve una muy buena razón. Verás, pensé que Shade estaba muerto, y quería venganza. Me uní porque quería matar a las personas que mataron a mi hermano.

Nada, pero el paso de Crance se acelera. Le he dado a *algo*.

—¿A quién alejaron los Plateados de ti?

Espero que Shade me regañe por mis preguntas, pero se queda en silencio. Su atención nunca titubea de la cara de Crance, tratando de ver lo que el traficante esconde. Porque, sin duda está ocultando algo de nosotros, y todos estamos empezando a sentirlo. Incluso Farley se tensa, aunque parecía tan amable hace unos momentos. Se dio cuenta de algo, ve algo que no vio antes. Su mano divaga en su chaqueta, cerrándose en torno a lo que sólo puede ser otro cuchillo oculto. Cal nunca dejó caer su guardia, para empezar. Su fuego arde, una amenaza desnuda para derramarse en la oscuridad. Una vez más pienso en el túnel. Comienza a sentirse como una tumba.

—¿Dónde está Melody? —murmura Farley, extendiendo suavemente una mano para detener el progreso de Crance. Nos detenemos también, y me parece escuchar nuestros corazones golpeando contra las paredes del túnel—. Egan nunca te enviaría, no solo.

Poco a poco, balanceo mi cuerpo, girando de manera que mi espalda enfrenta a la pared, para que pueda ver a Crance y sus granujas. Cal hace lo mismo, reflejando mis movimientos. Un poco de fuego surge de la mano vacía, a la espera y listo en su palma. Mis propias chispas bailan dentro y fuera de mi piel, pequeños remolinos de color púrpura con blanco. Se sienten bien sostenerlos, pequeños hilos de fuerza pura. Por encima de nosotros, el tráfico se ha incrementado, y sospecho que estamos cerca de las puertas de la ciudad, si no directamente debajo de ellas. *No es un muy buen lugar para una batalla*.

Porque eso es lo que esto está a punto de llegar a ser.

—¿*Dónde* está Melody? —repite Farley, y su cuchilla canta contra el aire. Refleja el fuego de Cal y destella bruscamente, luz ardiendo en los ojos de Crance—. ¿Crance?

Sus ojos se abren a pesar de la luz cegadora, lleno de verdadero arrepentimiento. Eso es suficiente para enviar escalofríos de terror por mi espina dorsal.

—Tú sabes lo que somos, quien es Egan. Somos *criminales*, Farley. Creemos en dinero y la supervivencia.

Conozco la vida demasiado bien. Pero me alejé de ese camino. Ya no soy una ladrona. Soy la chica rayo, y ahora tengo demasiados ideales para contar. Albedrío, venganza, libertad, todo lo que alimenta las chispas dentro de mí, y la resolución que me hace seguir adelante.

Los granujas de Crance se mueven tan lentamente como yo, liberando armas de fundas ocultas. Tres pistolas, cada una en una mano capaz y retorcida. Supongo que Crance también tiene una, pero no ha revelado su arma todavía. Está demasiado ocupado tratando de explicar, tratando de hacernos entender exactamente lo que está a punto de suceder. Y ciertamente lo sé. La traición es familiar, pero todavía me revuelve el estómago y congela mi cuerpo con miedo. Hago todo lo posible para ignorarlo, para enfocarme.

Simply Books

—Ellos se la llevaron —murmura—. Le enviaron a Egan su dedo del gatillo esta mañana. Es lo mismo por toda la Bahía, cada banda perdió a alguien o algo querido. Los Marineros, los Seaskulls, incluso se llevaron al hijo pequeño de Ricket, y ha estado fuera del juego durante años. Y el precio. —Hace una pausa, silbando oscuramente—. No es nada para reírse.

—¿Por qué? —Respiro, sin atreverme a apartar los ojos del Marinero más cerca. Ella me mira de vuelta.

La voz de Crance es un graznido profundo y doloroso.

—Por ti, chica rayo. No es sólo los oficiales y los ejércitos los que te buscan. Se trata de nosotros también. Cada grupo de contrabando, cada compañía de ladrones de aquí a Delphie. Estás siendo cazada, señorita Barrow, al sol y a la sombra, por Plateados y por los tuyos. Lo siento, pero esa es la forma en que es.

Su disculpa no es para mí, sino para Farley y mi hermano. Sus amigos, ahora traicionados. Mis amigos, en grave peligro debido a mí.

—¿Qué tipo de trampa estableciste? —gruñe Shade, haciendo todo lo posible para verse amenazante a pesar de la muleta bajo el brazo—. ¿En qué nos estamos metiendo?

—Nada que te guste, conejo.

En la extraña luz de fuego de Cal, mis chispas, y una linterna de Crance, casi me pierdo el parpadeo de sus ojos. Se disparan a la izquierda, aterrizando en la viga de soporte junto a mí. El techo por encima está separándose y agrietado, con pedazos de tierra que sobresalen a través de los fragmentos de concreto.

—Eres un hijo de puta —espeta Shade, su voz demasiado alta, su forma exagerada. Parece susceptible a lanzar un golpe en cualquier momento, la distracción perfecta. *Aquí vamos.*

Los tres Marineros levantan sus armas, apuntando a mi hermano. A la cosa más rápida que existe. Cuando el levanta el puño, ellos tiran sus gatillos y sus balas cortar a través de nada salvo el aire libre. Caigo en cuclillas, ensordecida por disparos tan cerca de la cabeza, pero guardo toda mi atención donde debe estar, en la viga de soporte. Una ráfaga de rayos astilla la madera como una detonación, quemando directamente. Se rompe, colapsa, mientras lanzo un segundo golpe en el techo agrietado. Cal salta hacia los lados, hacia Crance y Farley, esquivando la caída de losas de concreto. Si tuviera tiempo, me gustaría tener miedo de ser enterrada con los Marineros, pero la familiar mano de Shade se cierra alrededor de mi muñeca. Cierro los ojos, luchando contra la sensación apretándome, antes de aterrizar a unos pocos metros más adelante en el túnel. Ahora estamos por delante de Crance y Farley, actualmente ayudando a Cal a ponerse en pie. El túnel al otro lado de ellos se derrumbó, lleno de tierra, concreto y tres cuerpos aplastados.

Crance da una última mirada a sus Marineros caídos, luego arrastra su pistola oculta. Por un breve momento despiadado, creo que podría dispararme. Pero en lugar de eso levanta la mirada electrizante, mirando hacia el túnel, mientras tiembla a nuestro alrededor. Sus labios se mueven, formando una sola palabra.

—Corre.

14

Izquierda, derecha, izquierda de nuevo, subir.

Las órdenes vociferadas de Crance nos siguen a través de los túneles, guiando nuestras fuertes pisadas. El esporádico eco del estruendo de otro derrumbe nos mantiene moviéndonos tan rápido como podemos, hemos provocado una reacción en cadena, una implosión dentro de los túneles. Una o dos veces, el túnel se derrumba tan cerca de nosotros que escucho el fuerte chasquido de la fisura de las vigas de soporte. Las ratas corren con nosotros, girando en la oscuridad. Me estremezco cuando se precipitan sobre mis dedos del pie, colas desnudas azotando como diminutas cuerdas. No teníamos muchas ratas en casa, las crecidas de los ríos las ahogarían, y las olas de mugriento pelaje negro ponen mi piel de gallina. Pero hago todo lo posible para tragarme mi repulsión. Cal tampoco está interesado en ellas, y golpea la tierra con un puño llameante, haciendo retroceder a los bichos cada vez que se acercan demasiado.

Remolinos de polvo en nuestros talones asfixian el aire, y la linterna de Crance es casi inútil en la penumbra. Los otros dependen del contacto, llegando a sentir a lo largo de las paredes del túnel, pero mantengo mi mente fija en el mundo de arriba, en la red de cable eléctrico y los medios de transporte rodando. Pinto un mapa en mi cabeza, fijándolo sobre el papel que casi he memorizado. Con ello, siento todo con mi creciente alcance. La sensación es abrumadora, pero la apresuro, obligándome a tomar todo lo que pueda. Los transportes chirrían arriba, rodando hacia el derrumbe inicial. Algunos se bambolean a través de callejones, probablemente evitando caminos hundidos y restos retorcidos. *Una distracción. Bien*.

Los túneles de Farley y el dominio de Crance, un reino hecho de polvo. Pero se cae ante Cal para sacarnos de la oscuridad, y la ironía no pasa desapercibida para ambos. Cuando llegamos a un callejón sin salida a una puerta de servicio cerrada y soldada, Cal no necesita que le diga qué hacer. Da un paso hacia adelante, con las manos extendidas, su pulsera chispeando, y luego llamas al rojo vivo vienen a la vida. Bailan en sus palmas, permitiéndole agarrar las bisagras de la puerta y calentarlas hasta que se derriten en rojos globos de hierro. El siguiente obstáculo, un alambrado de metal coagulado por la herrumbre, es aún más fácil, y la retira en cuestión de segundos.

Otra vez el túnel se derrumba estremeciéndose como un trueno, pero desde mucho más lejos. Más convincentes son las ratas, ahora calmadas, desapareciendo en la oscuridad desde donde vinieron. Sus pequeñas sombras son un repugnante consuelo extraño. Hemos escapado de la muerte juntos.

Crance hace un gesto a través del alambrado roto, lo que significa que nosotros lo sigamos. Pero Cal duda, con una ardiente mano todavía apoyada en el hierro. Cuando afloja su agarre, deja detrás el rojo metal y la muesca de su mano.

—¿El Paltry? —pregunta, mirando hacia el túnel. Cal conoce Harbor Bay mucho mejor que yo. Después de todo, ha vivido aquí antes, ocupando Ocean Hill cada vez que la familia real venía a la zona. No hay duda que Cal ha hecho su parte de colarse a través de los muelles y callejones aquí, al igual que lo estaba haciendo la primera vez que me conoció.

—Sí —responde Crane con un rápido asentimiento—. Cerca del centro mientras puedo llevarte. Egan me indicó que te llevará por el Mercado de Pescado, y tiene a los Marineros listos para atraparte, por no mencionar al escuadrón de Seguridad. Él no espera que vayas por el Paltry Place, y no tendrá a nadie buscando.

La manera en que lo dice me hace rechinar los dientes.

—¿Por qué?

—El Paltry es territorio Seaskull.

Los Seaskulls. Otra banda, probablemente marcada con los tatuajes más funestos que el ancla de Crance. Si no fuera por la intriga de Maven, ellos podrían haber ayudado a una hermana Roja, pero en cambio, han sido convertidos en enemigos casi tan peligrosos como cualquier soldado Plateado.

Simply Books

—Eso no es lo que quise decir —continúo, usando la voz de Mareena para ocultar mi temor—. ¿Por qué nos estás ayudando?

Un par de meses atrás, el pensamiento de tres cuerpos aplastados por los escombros podría haberme asustado. Ahora he visto cosas mucho peores, y apenas puedo tener un recuerdo de los cómplices de Crance y sus huesos retorcidos. Crance, a pesar de su naturaleza criminal, no parece tan cómodo. Sus ojos brillan de nuevo en la oscuridad, después de los Marineros que él ayudó a matar. Ellos probablemente eran sus amigos.

Pero hay amigos que *yo* cambiaría, vidas que *yo* abandonaría, por mis propias victorias. Lo he hecho antes. No es difícil dejar que las personas mueran cuando sus muertes dan vida a algo más.

—No soy de juramentos, o auroras Rojas, o alguna de las otras muchas tonterías que sigues hablando —murmura, cerrando y apretando un puño en rápida sucesión—. Las palabras no me impresionan. Pero estás haciendo un infierno de mucho más que hablar. A mi modo de ver, tampoco puedo traicionar a mi jefe o a mi sangre.

Sangre. Yo.

Sus dientes brillan en la penumbra, destellando con cada palabra punzante.

—Incluso las ratas quieren salir de la cuneta, señorita Barrow.

Luego él pasa a través del alambrado, hacia la superficie que a todos nos puede matar.

Y lo sigo.

Cuadro mis hombros, volviéndome hacia los ecos y al final seguro del túnel. Nunca he estado en Harbor Bay antes, pero el mapa y mi sentido eléctrico son suficientes. Juntos, pintan un cuadro de caminos y cableado. Puedo sentir los transportes militares rodando hacia el fuerte, y las luces de El Paltry. Qué es más, una ciudad es algo que entiendo. Multitudes, callejones, todas las distracciones de la vida diaria, esos son mis tipos de camuflaje.

Paltry Place es otro mercado, vivo como el Gran Jardín en Summerton o la plaza de Los Pilares. Pero es más sucio, más atosigado, libre de señores Plateados, pero aglomerado con abundantes cuerpos Rojos y regateos a gritos. *Un lugar perfecto para esconderse*. Emergemos en el nivel más bajo, un enredo subterráneo de puestos entrecruzados por toldos de lona grasientos. Pero no hay humo o hedor aquí, los Rojos pueden ser pobres, pero nosotros no somos estúpidos. Una mirada a través del rallado, amplio agujero en el techo, me dice que en los niveles superiores venden pescado apestoso o carne ahumada, dejando que los olores se escapen hacia el cielo. Por ahora, estamos rodeados de vendedores ambulantes, inventores y tejedores, cada uno tratando de imponer sus productos a los clientes que no tienen dos monedas tetrarca que se rocen juntas. El dinero vuelve a todos desesperados. Los comerciantes quieren conseguirlo, los compradores quieren guardarlo, y esto los ciega a todos. Nadie nota a unos pocos escurridizos bien entrenados escabullirse por el olvidado agujero en la pared. Sé que debería sentir miedo, pero estar rodeada de mis propios es extrañamente reconfortante.

Simply Books

Crance va primero, sus músculos tensándose, transformándose en una cojera para que coincida con Shade. Saca la capucha de su chaleco y oculta su rostro en la sombra. A simple vista, parece un anciano encorvado, a pesar que es todo menos eso. Incluso se apoya un poco en Shade, un brazo contra su hombro para ayudar a mi hermano a caminar. Shade no tiene que preocuparse por ocultar su rostro, y mantiene su enfoque en no resbalar sobre el terreno irregular en la parte inferior de El Paltry. Farley va en la retaguardia, y me tranquiliza saber que me cubre la espalda. Por todos sus secretos, puedo confiar en ella, no veo una trampa, pero escabullirse es su manera de salir de una. En este mundo de traición, eso es lo mejor que puedo esperar.

Ha pasado algunos meses desde la última vez que robó algo. Y cuando deslizo un par de chales gris carbón de un puesto, mis movimientos son rápidos y perfectos, pero siento una poco familiar punzada de aflicción. Alguien hizo esto; alguien hilaba y entrelazaba la lana en estos ásperos retazos. Alguien necesita estos. *Pero yo también*. Uno para mí, uno para Cal. Él lo toma rápidamente, jalando la desgastada lana alrededor de su cabeza y hombros para ocultar sus rasgos reconocibles. Hago lo mismo, y ninguno demasiado pronto.

Nuestros primeros pasos en el atestado y sombrío mercado nos conducen directamente por delante de un letrero. Generalmente lleno de avisos de venta, restos de noticias, monumentos conmemorativos, el barullo Rojo ha sido cubierto por una franja a cuadros de estampados. Algunos niños deambulan sobre el letrero, arrancando los pedazos de papel a su alcance. Ellos se lanzan los restos mutuamente como bolas de nieve. Solo uno de los niños, una chica con el cabello negro desaliñado y los pies descalzos marrones, se molesta en mirar lo que están haciendo. Ella se queda mirando a dos rostros familiares, cada uno mirando hacia abajo desde una docena de enormes

carteles. Son escuetos y desalentadores, el encabezado con grandes letras negras se lee: BUSCADOS POR LA CORONA, por TERRORISMO, TRAICIÓN y ASESINATO. Dudo que alguna de las personas que pululan en el Paltry puedan leer, pero el mensaje es bastante claro.

La imagen de Cal no es su retrato real, que le hacía parecer fuerte, regio, y gallardo. No, la imagen de él es de mala calidad, pero distinta, una inmóvil congelada de una de las muchas cámaras que lo capturaron momentos antes de su fallida ejecución en el Cuenco de Huesos. Su rostro está demacrado, tenso por la pérdida y la traición, mientras que sus ojos brillan con rabia desenfrenada. Los músculos se destacan mientras su cuello está tensionado. Esto podría incluso ser sangre seca en su cuello. Tiene todo el aspecto de asesino que Maven quiere que parezca. Los carteles más bajos están desgarrados o cubiertos de grafitis, escrituras a mano, casi tan violentamente grabados para distinguirse. *El Rey Asesino, El Exilio.* Los títulos rasgados en el papel, como si las palabras pudieran fotografiar piel sangrante. Y tejido entre los títulos: *encuéntrenlo, encuéntrenlo, encuéntrenlo.*

Como Cal, la imagen mía fue tomada del Cuenco de Huesos. Sé exactamente en qué momento. Fue antes de caminar por las puertas a la arena, cuando me detuve y escuché a Lucas recibir una bala en el cerebro. En ese segundo, sabía que iba a morir, pero peor, sabía que era inútil. El ahora muerto Arven estaba conmigo, asfixiando mis habilidades, reduciéndome a la nada. Mis impresos ojos están muy abiertos, con miedo, y parezco pequeña. No soy la chica rayo en esa foto. Solo soy una adolescente asustada. Alguien a quien nadie jamás defendería, mucho menos protegería. No dudo que Maven eligió el marco, sabiendo exactamente qué tipo de imagen proyectaría. Sin embargo, algunos no han sido engañados. Algunos vieron una fracción de segundo de mi fuerza, mi rayo, antes que la transmisión de la ejecución fuera cortada. Algunos saben lo que soy, y lo han escrito a lo largo de los carteles para que todos lo vean.

Reina Roja. La Chica Rayo. Ella vive. Sube, Roja como el Amanecer. Sube. Sube. Sube.

Cada palabra se siente como una marca, abrasadoramente caliente y profunda. Pero no podemos demorarnos por la pared de carteles de búsqueda. Le doy un empujón a Cal, dirigiéndolo lejos de la visión brutal de nosotros. Él va de buena gana, siguiendo a Shade y Crance a través de la multitud arremolinada. Resisto a la tentación de aferrarme a él, para tratar de quitar un poco del peso de los hombros. No importa lo mucho que podría querer sentirlo, no puedo. Tengo que mantener mis ojos adelante y lejos del fuego de un príncipe caído. Debo congelar mi corazón a la única persona que insiste en prenderle fuego.

Terminar en el Paltry es más fácil de lo que debería ser. Un mercado Rojo no tiene consecuencias para alguien importante, por lo que las cámaras y los oficiales son escasos en los niveles inferiores. Pero mantengo mis sentidos abiertos, sintiendo las pocas líneas de visión eléctricas que logran penetrar a través de los desordenados puestos y escaparates. Desearía poder cortar el suministro, en lugar de evitarlos torpemente, pero incluso eso es demasiado peligroso. Un misterioso corte de corriente seguramente llamaría la atención. Los oficiales son aún más preocupantes, destacándose claramente en sus uniformes negros de Seguridad. A medida que subimos a través de los niveles del Paltry, hasta la superficie de la ciudad, crecen en

número. La mayoría luce aburrido por el ajetreo de la vida Roja, pero algunos mantienen su sentido común. Sus ojos frenéticos a través de la multitud, *buscando.*

—Agáchate —susurro, agarrando la muñeca de Cal bruscamente. La acción envía una chispa de nervios a lo largo de mi mano y brazo, forzándome a alejarme demasiado rápido.

Aun así, hace lo que le digo, agacharse para ocultar su altura. Sin embargo, eso podría no ser suficiente. *Todo esto podría no ser suficiente*.

—Preocúpate por *él*. Si se escapa, tenemos que estar listos —murmura Cal de regreso, sus labios lo suficientemente cerca como para rozar mi oreja. Él apunta un dedo de entre los pliegues de su chal, haciendo un gesto hacia Crance. Pero mi hermano tiene al Marinero bien controlado, manteniendo un firme agarre sobre el chaleco de Crance. Como nosotros, él no confía en el contrabandista más lejos de lo que él pueda lanzarlo.

—Shade lo tiene. Enfócate en mantener tu cabeza gacha.

Aliento silba a través de los dientes de Cal, otro exasperado suspiro.

—Sólo mira. Si él va a huir, lo hará en aproximadamente treinta segundos.

No necesito preguntar cómo Cal sabe eso. Al juzgar por el movimiento de la multitud, treinta segundos nos llevará a la cima de la desvencijada y torcida escalera, plantándonos firmemente en el piso principal de Paltry. Puedo ver el centro del mercado ahora, justo encima de nosotros, cubierto con la luz del mediodía que es casi cegadora después de nuestro tiempo bajo tierra. Los puestos se ven más permanentes, más profesionales y rentables. Una cocina abierta llena el aire con el olor de carne de cocción. Luego paquetes de raciones y pescado salado, me hacen agua la boca. Arcos desgastados de madera se doblan por encima, soportando un parchado y desgarrado techo de lona. Algunos de los arcos están dañados, deformados por las temporadas de lluvia y nieve.

—No va escapar —susurra Farley, metiéndose entre nosotros—. Al menos no Egan. Él va a perder la cabeza por haber traicionado a los Marineros. Si va a cualquier parte, es fuera de la ciudad.

—Entonces, déjalo —susurro de vuelta. Otra Roja para cuidar a los niños es lo último que necesito—. Él cumplió con su propósito para nosotros, ¿no es así?

—Y si huye directo a una celda en la cárcel y un interrogatorio, ¿entonces qué? —La voz de Cal es suave, pero llena de amenazas. Un frío recordatorio de lo que debe hacerse para protegernos.

—Él dejó que tres personas mueran por mí, para mantener mi seguridad. —Ni siquiera recuerdo sus rostros. No puedo permitírmelo—. Dudo que la tortura le moleste mucho.

—Todas las mentes pueden caer ante Elara Merandus —dice Cal finalmente—. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie. Si ella lo consigue, vamos a ser encontrados. Los nuevasangre de La Bahía serán encontrados.

Si.

Cal quiere matar a un hombre basado en una palabra tan terrible. Él toma mi silencio como un acuerdo, y para mi vergüenza, me doy cuenta que no está del todo mal. Al menos no hará que yo lo haga, aunque mi rayo puede matar tan rápido como cualquier llama. En cambio, sus manos se desvían dentro de su chal, al cuchillo que sé que mantiene escondido. Dentro de los pliegues de mis mangas, mis manos comienzan a temblar. Y rezo para que Crance mantenga el rumbo; que sus pasos no vacilen. Que no consiga un cuchillo en la espalda por haberse atrevido a ayudarme.

El piso principal de Paltry es más fuerte que las profundidades, una sobrecarga de sonido y visión. Reducen un poco mis sentidos, sin escuchar en lo que debo mantener mi sentido común. Las luces parpadean arriba, con un pulso irregular de corrientes desiguales. Su cableado es defectuoso, parpadeando en algunos lugares. Hace que uno de mis ojos parpadee. Las cámaras son más intensas también, enfocándome en el puesto de seguridad en el centro del mercado. Es poco más que un puesto en sí mismo, de seis lados, con cinco ventanas, una puerta, y un techo de tejas. Excepto la caja que está llena de oficiales en lugar de mercancías desiguales. *Demasiados oficiales*, me doy cuenta con un terror cada vez mayor.

—Más rápido —le susurro—. Debemos ir más rápido.

Mis pies encuentran un ritmo más rápido, superando a Cal y Farley, hasta que estoy casi en los talones de Crance. Shade mira sobre su hombro, con el ceño fruncido. Pero su mirada se desliza más allá de mí, más allá de todos nosotros, y se fija en algo a la multitud. No, *alguien.*

—Nos están siguiendo —murmura, apretando su agarre sobre el brazo de Crance—. Seaskulls.

Condenados instintos, me quito la capucha para poder obtener un vistazo de ellos. No son difíciles de detectar. Tinta blanca sobre la cabeza rapada, tatuajes de calaveras de hueso dentados en su cuero cabelludo. Al menos cuatro Seaskulls encuentran su camino a través de la multitud, siguiéndonos como las ratas lo harían con un ratón. Dos a la izquierda, dos desde la derecha, flanqueándonos. Si la situación no fuera tan grave, me reiría de sus tatuajes a juego. La multitud los conoce de vista, y parte de ellos los dejan pasar, para permitirles *cazar*.

Los otros Rojos claramente temen a esos criminales, pero yo no lo hago. Algunos matones no son nada en comparación con el poder de las docenas de oficiales de Seguridad arremolinándose por su puesto. Podrían ser Veloces, Brazofuertes y Olvidos, Platas que pueden hacernos pagar en sangre y dolor. Al menos sé que no son tan peligrosos como los Platas de la corte, los Susurradores, los Sedas y los Silencios. Los Susurradores tan poderosos como la reina Elara no llevan humildes uniformes negros. Ellos controlan ejércitos y reinos, no algunos metros de mercado, y están muy lejos de aquí. *Por ahora*.

Para nuestra sorpresa, el primer golpe no viene desde atrás, sino exactamente al frente de nosotros. Una vieja bruja inclinada con un bastón no es quien parece, y engancha a Crance alrededor del cuello con su pieza de madera retorcida. Lo arroja al suelo y se quita la capa en un solo movimiento, revelando una cabeza calva y un tatuaje de un cráneo.

—¿El Mercado de pescado no es suficiente para ti, Marinero? —gruñe, viendo cómo Crance aterriza sobre su espalda. Shade cae con él, demasiado enredado por los miembros de Crance y su propia muleta para mantenerse de pie.

Me muevo para ayudar, lanzándome hacia adelante, pero un brazo me agarra por la cintura, empujándome de nuevo en la multitud. Otros miran, ansiosos de un poco de entretenimiento. Nadie nos nota fundirnos en la pared de rostros, ni siquiera los cuatro Seaskulls que nos siguieron. Nosotros no somos su objetivo, *todavía*.

—Sigue caminando —dice Cal en mi oreja.

Pero me detengo. No me moverán, ni siquiera él.

—No sin Shade.

La mujer Seaskull huele a Crance mientras él intenta ponerse de pie, su bastón golpeando profundamente contra el hueso. Ella es rápida, girando su arma sobre Shade, quien es lo suficientemente inteligente como para quedarse en el suelo, sus brazos levantados en simulada rendición. Él podría desaparecer en un instante, saltando su camino a la seguridad, pero sabe que no puede. No con cada ojo observando. No con el puesto de Seguridad tan cerca.

Simply Books

—Tontos y ladrones, muchos de ellos —se queja una mujer cerca. Parece ser la única molesta por la exhibición. Comerciantes, patrones y pillos de la calle por igual miran con anticipación, y los oficiales de seguridad no hacen nada en absoluto, observando con velada diversión. Incluso atrapan a algunos de ellos pasando monedas, haciendo apuestas sobre la lucha que se avecina.

Otro golpe, esta vez golpeando el hombro herido de Shade. Él aprieta sus dientes, tratando de contener un gruñido de dolor, pero hace eco en voz alta sobre Paltry. Casi lo siento yo misma, y me estremezco cuando él se desploma.

—No conozco tu rostro, Marinero —grita con satisfacción la Seaskull. Lo golpea de nuevo, con suficiente fuerza para enviar un mensaje—. Pero Egan seguro que lo hará. Él pagará por tu seguridad, si vuelves golpeado.

Mi puño se aprieta, con el deseo de un rayo, pero siento la llama en su lugar. Piel caliente contra la mía, dedos retorciéndose en mi agarre. *Cal.* No voy a ser capaz de encenderme sin lastimarlo. Una parte quiere apartarlo y salvar a mi hermano en un solo movimiento de gran alcance. Pero eso no nos llevará a ninguna parte.

Con un agudo jadeo, me doy cuenta que no podíamos pedir una mejor distracción, un mejor momento para escapar. *Shade no es una distracción*, una voz grita en mi cabeza. Muerdo mi labio, casi rompiendo la piel. No puedo abandonarlo, no puedo. No puedo perderlo otra vez. *Pero no podemos quedarnos aquí. Es demasiado peligroso, y hay mucho más en juego*.

—El Centro de seguridad —le susurro, tratando de evitar que mi voz tiemble—. Ada Wallace debe ser encontrada, y el Centro es la única manera. —Las siguientes palabras saben a sangre—. Deberíamos irnos.

Shade permite que el siguiente golpe lo derribe hacia los lados, dándole un mejor ángulo. Sus ojos encuentran los míos. Espero que entienda. Mis labios se mueven sin sonido. *Centro de Seguridad*, gesticulo hacia él, diciéndole dónde encontrarse con

nosotros cuando escape. *Porque va a escapar. Él es un nuevasangres como yo. Estas personas no son rivales para él.*

Casi suena convincente.

Su rostro cae, desgarrado por el conocimiento que no lo voy a salvar. Pero él asiente de todos modos. Y luego la presión de los cuerpos se lo traga entero, bloqueándolo de la vista. Me doy la vuelta antes que el bastón golpee el hueso, pero escucho el fuerte sonido haciendo eco. Una vez más me estremezco, y lágrimas pican en mis ojos. Quiero mirar hacia atrás, pero tengo que alejarme, para hacer lo que debe hacerse, y olvidarme de lo que debe ser olvidado.

La multitud aclama y presiona para ver, haciendo aún más fácil para nosotros deslizarnos en la calle, y profundamente en la ciudad de Harbor Bay.

Las calles que rodean Paltry son como el mercado mismo, atestado, ruidoso, maloliente de pescado y malos humores. No espero menos del sector Rojo de la ciudad, donde las casas son estrechas e inclinadas a lo largo de los callejones, formando arcos sombreados medio llenos con basura y mendigos. No hay oficiales que pueda ver, atraídos o bien por la pelea de pandillas en el Paltry o por el túnel derrumbado muy por detrás de nosotros. Cal está a la cabeza ahora, nos mantiene avanzando de manera constante al sur, lejos del centro Rojo.

Simply Books

—¿Territorio familiar? —pregunta Farley, dándole una mirada sospechosa a Cal cuando nos lleva a otro torcido callejón más—. ¿O simplemente estás tan perdido como yo?

Él no se molesta en contestar, respondiendo sólo con un rápido ademán de su mano. Correteamos por una taberna, sus ventanas ya plagadas de sombras de borrachos profesionales. Los ojos de Cal permanecen en la puerta, pintada de un ofensivo rojo brillante. Uno de sus viejos refugios, supongo, cuando podía escaparse de Ocean Hill sin ser detectado para ver a su reino sin el brillo de la alta sociedad Plateada. *Eso es lo que un buen rey haría*, dijo una vez. Pero cuando descubrí su definición de un buen rey era muy, muy deficiente. Los mendigos y ladrones que él ha encontrado en los últimos años no fueron suficientes para convencer al príncipe. Vio hambre e injusticia, pero no lo suficiente como para justificar el cambio. No lo suficiente para ser digno de su preocupación. Eso es hasta que su mundo lo devastara emocionalmente, haciendo de él un huérfano, un exiliado y un traidor.

Lo seguimos porque debemos hacerlo. Porque necesitamos un soldado y un piloto, un instrumento contundente para ayudarnos a lograr nuestros objetivos. Al menos, eso es lo que me digo mientras lo sigo de cerca. Necesito a Cal por razones nobles. Para salvar vidas. Para *ganar*.

Pero al igual que mi hermano, yo también tengo una muleta. La mía no es de metal. Es de carne, fuego y ojos de bronce. Si tan sólo pudiera desecharlo. Si tan solo fuera lo suficientemente fuerte para dejar al príncipe irse y hacer lo que haría con su venganza. Para morir o vivir como a él le pareciera mejor. *Pero lo necesito. Y no puedo encontrar la fuerza para dejarlo ir.*

Aunque estamos lejos del Mercado de Pescado, un horrible olor penetra a través de la calle. Empujo mi chal a mi nariz, tratando de bloquear lo que sea. *No pescado*, me doy cuenta con firmeza, y los otros lo saben también.

—No deberíamos ir por este camino —murmura Cal, deteniéndome con una mano, pero me agacho bajo su brazo. Farley está justo sobre mis talones.

Salimos desde el lado de la calle en lo que antes fue una plaza con un modesto jardín. Ahora hay un silencio mortal, las ventanas de las casas y tiendas cerraron rápidamente. Las flores están quemadas, el suelo convertido en cenizas. Decenas de cuerpos colgando de los árboles desnudos, sus rostros morados e hinchados, con sogas atadas alrededor de sus cuellos. Cada uno ha sido desnudado, salvo por sus medallones rojos a juego. Nada especial, simplemente cuadrados tallados de madera colgando de la áspera cuerda. Nunca he visto collares como esos, y me concentro en ellos para evitar mirar tantos rostros muertos.

Ellos han estado arriba por un tiempo, a juzgar por el olor y la nube zumbante de moscas.

No soy una extraña a la muerte, pero estos cadáveres están peores que cualquiera que he visto, o hecho.

Simply Books

—¿Las Medidas? —pregunto en voz alta. ¿Estos hombres y mujeres rompieron el toque de queda? ¿Hablaron fuera de turno? ¿Ejecutaron las órdenes que les di? *No tus órdenes*, me digo reflexivamente. Pero eso no disminuye la culpabilidad. Nada lo hará.

Farley niega.

—Ellos son Reloj Roja —murmura. Comienza a dar un paso adelante, pero lo piensa mejor—. Grandes ciudades, grandes comunidades Rojas que tienen sus propios guardias y oficiales. Para mantener la paz, para mantener nuestras leyes, porque Seguridad no.

No es extraño que los Seaskulls atacaran a Crane y Shade tan abiertamente. Sabían que nadie los iba a castigar. Sabían que el Reloj Roja estaba muerto.

—Debemos bajarlos —digo, aunque sé que no es posible. No tenemos tiempo para enterrarlos, ni queremos problemas.

Me obligo a apartar la vista. Es una abominación, una que nunca olvidaré, pero no lloro. Cal está ahí, esperando a una distancia respetable, como si él no tuviera derecho a entrar en la plaza del ahorcamiento. Estoy de acuerdo discretamente. Su gente hizo esto. *Su gente*.

Farley no está tan tranquila como yo. Trata de ocultar las lágrimas reuniéndose en sus ojos, y yo pretendo no darme cuenta mientras nos alejamos.

—Habrá un ajuste de cuentas. Ellos responderán por esto —sisea, sus palabras más fuertes que cualquier soga. Cuanto más nos alejamos de Paltry, más ordenada la ciudad se vuelve.

Los callejones se ensanchan en calles, curvándose suavemente en lugar de girar en ángulos muy cerrados. Los edificios aquí son de piedra u hormigón pulido, y no parecen listos para caer con una fuerte brisa. Algunas casas, meticulosamente cuidadas, pero pequeñas, deben pertenecer a los Rojas exitosos de la ciudad, a juzgar

por las puertas y persianas rojas. Están marcadas por nuestro color, marcadas por lo que todos saben quién y que vive dentro. Los Rojas errantes de la calle son tan evidentes, en su mayoría servidumbre llevando brazaletes de cuerda roja. Algunos tienen insignias rayadas sujetas en su ropa, cada uno lleva un familiar orden de color, denotando a cual familia sirven.

La más cercana tiene una placa de color rojo y marrón, la *Casa Rhambos.*

Mis clases con Lady Blonos resurgen, en un borroso semi recuerdo de hechos. Rhambos, una de las Altas Casas. Gobernadores de esta región Beacon. Brazofuertes. Ellos tenían una niña en La prueba de la Reina, una cosita diminuta llamada Rohr que podía romperme por la mitad. Me encontré con otro Rhambos en el Cuenco de Huesos. Él se suponía que debía ser uno de mis verdugos, y lo maté. Lo electrifiqué hasta que sus huesos crujieron.

Todavía puedo escucharlo gritando. Después de la plaza de ejecución, el pensamiento casi me hace sonreír.

Los servidores Rhambos giran hacia el oeste, hasta una ligera inclinación a una colina que domina el puerto. Dirigiéndose a la mansión de sus amos, sin duda. Es una de las muchas casas palaciegas que salpican el lugar, cada una cuenta con paredes blancas prístinas, techos color azul cielo, y altos capiteles plateados coronados con estrellas puntiagudas. Seguimos nuestro sinuoso camino hacia arriba, acercándonos a la estructura más grande de todas. Parece coronada en constelaciones, rodeada por claras, paredes brillantes de cristales de diamante.

Simply Books

—Ocean Hill —dice Cal, siguiendo mi mirada.

El complejo domina la cima de la cuesta, un gato blanco y gordo descansando tranquilamente detrás de las paredes cristalinas. Como en Whitefire Palace, los bordes de la cubierta son dorados metálicos en llamas, tan expertamente forjados que parecen bailar bajo la luz del sol. Sus ventanas parpadean como joyas, cada una brillante y limpia, el producto del trabajo quién sabe cuántos servidores Rojos. El eco de la construcción raspa y retumba desde el palacio, haciendo que solamente Maven sepa que es la residencia real. Parte de mí quiere verlo, y tengo que reír de tan insensato lado de mí misma. Si alguna vez doy un paso dentro de un palacio otra vez, será encadenada.

Cal no puede mirar a Hill mucho tiempo. Es un recuerdo lejano ahora, un lugar al que ya no puede ir, una casa a la que no puede regresar.

Supongo que tenemos eso en común.

15

Las gaviotas están posadas en las estrellas adornando cada techo, observándonos mientras pasamos a través de las frías sombras del mediodía. Me siento expuesta bajo su mirada, como un pez a punto de ser atrapado para la cena. Cal nos mantiene a paso acelerado, y sé que también siente el peligro. Incluso en los callejones, siendo observados sólo por puertas de servicio y las dependencias de sirvientes, todavía estamos irremediablemente fuera de lugar con nuestras capuchas y la ropa vieja. Esta parte de la ciudad es pacífica, calmada, prístina… y peligrosa. Mientras más entramos, más tensa me siento. Y el bajo pulso de la electricidad se profundiza, con un repiqueteo constante por cada casa que pasamos. Incluso los arcos por encima cargados con cables camuflados por las vides torcidas o los toldos de rayas azules. Pero no siento cámaras, y los transportes se mantienen en las calles principales. Hasta ahora, hemos pasado desapercibidos, protegidos por un par de malditas distracciones.

Cal nos guía rápidamente a través de lo que él llama el Sector Estrella. A juzgar por las miles de estrellas en los cientos de techos abovedados, el vecindario ha sido nombrado acertadamente. Nos lleva por los callejones, con cuidado de rodear ampliamente Ocean Hill, hasta que llegamos de regreso al camino principal lleno de tráfico. Un atajo a Port Road, si recuerdo el mapa correctamente, conectando Ocean Hill y sus inmediaciones al activo puerto de Fort Patriot abajo, extendiéndose en el agua. Desde este ángulo, la ciudad se expande alrededor de nosotros, una pintura de azul y blanco.

Llegamos con los Rojos llenando las aceras. Ahí, las baldosas blancas son ahogadas por los transportes militares. Varían en tamaño, van desde vehículos para dos hombres hasta cajas blindadas sobre ruedas, la mayoría de ellos estampados con el escudo de armas del ejército. Los ojos de Cal brillan bajo la capucha, mirando a cada uno pasar. Estoy más preocupada por los transportes civiles. Son menores en número pero brillan, moviéndose rápidamente a través del tráfico. Los más impresionantes tienen banderas de colores, denotando a qué casa pertenecen, o el pasajero que llevan. Para mi alivio, no veo el rojo y negro de la Casa Maven Calore, o el blanco y azul de la Casa Elara Merandus. Al menos no tendré que esperar lo peor hoy.

La multitud empuja obligándonos a caminar apiñados, con Cal a mi derecha y Farley a mi izquierda.

—¿Cuánto falta? —susurro, inclinando mi cabeza hacia atrás bajo mi capucha. El mapa se ha puesto borroso en mi cabeza, a pesar de mi mejor esfuerzo. Demasiados giros y vueltas para mantenerlo claro, incluso para mí.

Cal asiente en respuesta, señalando a una multitud animada de personas y transportes al frente. Trago ante la visión de lo que indudablemente es el corazón de Harbor Bay. La corona de la colina de la ciudad, rodeada de piedra blanca y paredes de cristal de diamante. Puedo ver las puertas del palacio, de un azul brillante escaladas con plateado, pero algunas torretas se asoman. Es un lugar hermoso, pero frío, cruel, y afilado. Peligroso.

En el mapa, esto se veía como nada más que una plaza frente a las puertas de Ocean Hill, conectado al puerto y los puentes de Fort Patriot por una pequeña pendiente. La realidad es mucho más complicada. Aquí, los dos mundos de este reino parecen mezclarse, Rojo y Plateado atraídos por una fracción de momento. Trabajadores del muelle, soldados, sirvientes, y señores de la nobleza se cruzan bajo la cúpula de cristal sobre la enorme plaza. Una fuente gira en el centro, rodeada por flores blancas y azules todavía sin tocar por el otoño. La luz del sol brilla a través de la cúpula, refractando la luz danzante sobre el reino del caos de colores brillantes. Las puertas del fuerte están directamente bajando la avenida desde donde estamos, moteadas por la luz cambiante de la cúpula. Al igual que las del palacio, están creativamente talladas, de doce metros de alto, hechas de bronce bruñido y plata, trenzados en un gigante y serpenteante pez. Si no es por las docenas de soldados y mi puro miedo, podría encontrarlas magníficas. Éstas esconden el puente más allá, y Fort Patriot más distante en el océano. Bocinas, gritos y risas se suman a la sobrecarga, hasta que tengo que bajar la mirada a mis botas y recuperar el aire. La ladrona en mí se deleita ante el pensamiento de tanta confusión, pero los demás están atemorizados y tensos, una clase de alta tensión tratando de contener sus chispas.

—Tienes suerte que no sea La Noche de una Sola Estrella —murmura Cal, sus ojos mirando a la distancia—. Toda la ciudad estalla por el festival.

No tengo la fuerza o la necesidad de responderle. La Noche es una fiesta Plateada, celebrada en memoria de alguna batalla naval de hace décadas. No significa nada para mí, pero una mirada a Cal y a su mirada distraída me dice que no está de acuerdo. Ha visto La Noche en esta misma ciudad, y la recuerda con cariño. La música, las risas, la seda. Tal vez los fuegos artificiales en el agua, y un festín real al final de la fiesta. La sonrisa de aprobación de su padre, las bromas con Maven. Todo lo que ha perdido.

Ahora es mi turno para mirar a otro lado. *Esa vida se ha ido, Cal. No debería hacerte feliz ya*.

—No te preocupes —añade cuando su expresión se aclara. Niega, tratando de esconder una triste sonrisa—. Lo hemos hecho. Ese es el Centro de Seguridad.

El edificio al que apunta está en el borde de la animada plaza, sus paredes blancas contrastan contra el enredado tráfico de abajo. Se ve como una hermosa fortaleza, con ventanas de vidrios gruesos, y escaleras que llevan a una terraza rodeadas con columnas talladas en las escamosas colas de enormes peces. Pasillos vigilados se arquean sobre las paredes de cristal de Ocean Hill, uniéndolo al resto del compuesto palaciego. El techo también es azul, decorado no con estrellas sino con *lanzas*. El hiriente hierro, dos metros de altura, y una afilada y malvada punta. Para magnetrones supongo, usadas contra cualquier clase de ataque. El resto del edificio es

igual, cubierto con armas Plateadas. Vides y plantas espinosas terminan las columnas correspondientes a los verdinos guardabosques mientras que un par de amplias y quietas piscinas contienen agua negra para ninfas. Y por supuesto, hay guardias armados en cada puerta, con largos rifles en sus manos.

Peor que cualquier guardia, son los estandartes. Se agitan con la brisa marina, colgados de los muros, torreones, y columnas de cola de pescado. Estos no portan la lanza plateada de Seguridad sino la Corona Ardiente. Negra, blanca y roja, sus puntas retorciéndose en curvas de llamas. Representan a Norta, al reino, a *Maven*. Todo lo que estamos intentando destruir. Y entre ellas, en banderas doradas, está Maven. O al menos, su imagen. Él observa, con la corona de su padre sobre su cabeza, los ojos de su madre brillando. Luce como un joven pero fuerte chico, un príncipe levantándose en situaciones definitivas. "LARGA VIDA AL REY" dice bajo cada imagen de su afilado y pálido rostro.

A pesar de las impresionantes defensas, a pesar de la inquietante mirada de Maven, no puedo evitar sonreír. El Centro pulsa con mi propia arma, con electricidad. Es más poderosa que cualquier magnetrón, que cualquier verdino guardabosque, que cualquier arma. Está en todas partes. Y es mía. Si tan solo pudiera usarla apropiadamente. Si tan solo no tuviéramos que ocultarla.

Y si. Odio esas estúpidas palabras.

Cuelgan en el aire, lo suficientemente cerca para tocarlas. *¿Y si no podemos entrar? ¿Y si no podemos encontrar a Ada o Wolliver? ¿Y si Shade no regresa?* El último pensamiento quema más profundamente que el resto. Incluso aunque mis ojos son agudos, entrenados para ver en multitudes, no puedo ver a mi hermano en ningún lado. Él debería ser fácil de ubicar, cojeando por ahí con su muleta, pero no está en ningún lugar a la vista.

El pánico profundiza mis sentidos, llevándose el poco control que luché tanto por cultivar. Tengo que morderme el labio para evitar jadear con fuerza. *¿Dónde está mi hermano?*

—¿Así que ahora esperamos? —pregunta Farley, con la voz temblando por su propio miedo. Sus ojos van de un lado a otro, también buscando. A mi hermano—. No creo que ni siquiera ustedes dos puedan entrar ahí sin Shade.

Cal resopla, demasiado ocupado examinando las defensas del Centro para dedicarle una mirada.

—Podríamos entrar fácilmente. Eso podría significar reducir todo el lugar a humo. No es exactamente un aproximamiento sutil.

—No, para nada —murmuro, sólo para distraerme a mí misma. Pero sin importar cuánto intente concentrarme en mis pies o en las manos capaces de Cal, no puedo dejar de preocuparme por Shade. Hasta este momento, nunca dudé de verdad que se encontraría con nosotros. Es un *tele transportador*, la cosa más rápida con vida, y un par de matones de muelle no deberían ser una amenaza para él. Eso fue lo que me dije en el Paltry, cuando lo dejé. *Cuando lo abandoné*. Recibió una bala por mí hace unos días y lo arrojé a los Seaskulls como una oveja a los lobos.

En Naercey, le dije a Shade que no confiaba en su palabra. Supongo que él tampoco debería confiar en la mía.

Mis dedos se mueven hacia mi capucha, tratando de masajear el dolor de los músculos de mi cuello. Pero no me da ningún alivio, porque ahora mismo estamos en desventaja frente a un pelotón de fusilamiento, esperando como estúpidas gallinas mirando el cuchillo de carnicero. Y aunque temo por Shade, también temo por mí. No puedo ser atrapada. No *lo* seré.

—La entrada trasera —digo. No es una pregunta. Toda casa tiene una puerta trasera, pero también tiene ventanas, un agujero en el techo, una cerradura rota. Siempre hay una entrada.

Cal frunce el ceño, como perdido por un instante. Un soldado jamás debería ser enviado a hacer el trabajo de un ladrón.

—Estaríamos mejor con Shade —discute—. Nadie jamás sabrá que está dentro. Un par de minutos más…

—Ponemos a todos los nuevasangre en mayor riesgo con cada segundo que desperdiciamos. Además, Shade no tendrá problemas en encontrarnos después. —Doy mis primeros pasos lejos de Port Road y hacia la calle lateral. Cal maldice, pero nos sigue—. Lo único que tiene que hacer es seguir el humo.

—¿Humo? —Palidece.

—Un fuego controlado —continúo, con un plan formulado tan rápido que las palabras apenas tienen tiempo de salir de mis labios—. Algo *contenido*. Una pared de fuego lo suficientemente grande para contenerlos, hasta que tengamos los nombres que necesitamos. Un par de ninfas gruñonas no debería ser una amenaza demasiado grande para ti, y si lo es… —Aprieto mi mano, dejando que una pequeña chispa salga de mi palma—…por eso estoy aquí. ¿Farley, asumo que conoces el sistema de archivos?

No duda en asentir, su rostro brillando con alguna clase de orgullo.

—Finalmente —murmura—. No hay caso en llevarlos a ambos a todos lados si no van a ser útiles.

Los ojos de Cal se oscurecen en una mirada temible que me recuerda a su fallecido padre.

—Sabes lo que esto va a hacer, ¿verdad? —advierte, como si fuera alguna clase de niña—. Maven sabrá quién hizo esto. Sabrá dónde estamos. Sabrá lo que estamos haciendo.

Me doy la vuelta hacia Cal, enojada porque deba explicarme. Molesta porque no *confíe* en mí para tomar una decisión.

—Nos llevamos a Nix hace más de doce horas. Alguien notará que Nix ha desaparecido, si es que no lo han hecho aún. Será *reportado*. ¿Crees que Maven no está vigilando cada nombre en la lista de Julian? —Niego, sin saber por qué no me di cuenta antes—. Sabrá lo que estamos haciendo en el momento en que escuche de la desaparición de Nix. No importa lo que hagamos aquí. Después de hoy, sin importar

qué, será una cacería humana. Nos buscarán en toda la ciudad, con órdenes de matarnos al vernos. Así que ¿por qué no tomar el riesgo?

No discute, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo. De cualquier forma, no me importa. Cal no conoce este lado del mundo, las alcantarillas y la suciedad en que debemos lanzarnos. Yo sí.

—Es hora que dejemos de contener nuestros golpes, Cal —interviene Farley.

De nuevo, no hay respuesta. Se ve abatido, incluso disgustado.

—Son mi propia gente, Mare —susurra finalmente. Otro hombre gritaría, pero Cal no es del tipo que grita. Sus susurros por lo general queman, pero solo siento determinación—. No los asesinaré.

—*Plateados* —termino por él—. No matarás *Plateados*.

Niega lentamente.

—No puedo.

—Y aun así, estabas dispuesto a acabar con Crance no hace mucho tiempo —lo presiono, siseando—. Él también es de tu gente, o lo sería si fueras rey. Pero supongo que su sangre no es del color correcto, ¿verdad?

—Eso es… —balbucea—, no es lo mismo. Si él huía, si era capturado, estaría en peligro…

Las palabras se atoran en su garganta, desvaneciéndose. Porque simplemente no hay palabras que le queden por decir. Es un hipócrita, plano y simple, no importa lo *justo* que diga ser. Su sangre es plateada y su corazón es Plateado. Y jamás valorará a nadie por debajo de eso.

Vete, quiero decirle. Las palabras saben amargas. No puedo hacer que salgan de mis labios. Tan exasperantes como son sus prejuicios, su lealtad, no puedo hacer lo que debe hacerse. No puedo dejarlo ir. Está tan *equivocado* y no puedo dejarlo ir.

—Entonces no mates —digo finalmente—. Pero recuerda que *él* sí lo hizo. Mi gente… y la tuya. Ellos lo siguen ahora, y nos matarían por su nuevo rey.

Señalo con un magullado dedo a la calle, a los estandartes que tienen el rostro de Maven. Maven quien sacrificó Plateados a la Guardia Escarlata, quien convirtió rebeldes en terroristas y destruyó a sus propios enemigos de un solo golpe. Maven, quien asesinó a todos los de la corte que de verdad me conocían. Lucas y Lady Blonos, y mis sirvientas, todas muertas porque yo era diferente. Maven, quien ayudó a matar a su propio padre, quien trató de ejecutar a su hermano. Maven, quien debe ser destruido.

Una pequeña parte teme que Cal se marchará. Pudo desaparecer dentro de la ciudad para encontrar cualquier paz que siga persistiendo en su corazón. Pero no lo hará. Su furia, mientras esté enterrada profundamente, es más fuerte que su propia razón. Tendrá su venganza justo como tendré la mía. Incluso si nos cuesta todo lo que adoramos.

—Por aquí. —Su voz hace eco. No tenemos tiempo para más susurros.

Mientras rodeamos la esquina trasera del Centro de Seguridad, mis sentidos se ponen en alerta, enfocándose en las cámaras de seguridad cubriendo las paredes. Con una sonrisa, empujo contra ellas, haciendo un cortocircuito en su cableado. Una por una, caen ante mi ola.

La puerta trasera está tan increíblemente hecha como la principal, aunque más pequeña. Un amplio escalón como un porche, una puerta tallada con acero curvado y solo cuatro guardias armados. Sus rifles están pulidos brillantemente, pero se ven pesados en sus manos. *Nuevos reclutas*. Noto las bandas de colores en sus brazos, denotando sus casas y sus habilidades. Uno no tiene ninguna banda, un Plateado de clase baja, sin ninguna familia grande, y habilidades más débiles que los otros. El resto son, un Banshee de la Casa Marinos, un Temblor Gliacon, un Greco Brazofuertes. Para mi deleite, no veo ni blanco ni negro de la Casa Eagrie. Ningún ojo que vea el futuro inmediato, que sepa lo que vamos a hacer.

Nos ven llegar, y no se molestan en enderezarse. Los Rojos no son ninguna preocupación, no para oficiales Plateados. Qué equivocados están.

Sólo cuando nos detenemos ante los escalones de la puerta nos notan. El Banshee, un poco mayor que un niño, con los ojos rasgados y los pómulos altos, escupe a nuestros pies.

—Sigan moviéndose, ratas Rojas. —Su voz tiene un borde desagradable, afilado.

Por supuesto, no escuchamos.

—Me gustaría presentar una denuncia —digo con voz alta y clara, aunque mi rostro sigue apuntando hacia el suelo. El calor aumenta a mi lado, y de reojo veo los puños de Cal apretándose.

Los guardias rompen en múltiples carcajadas, intercambiando grotescas sonrisas. El Banshee, incluso da unos pasos hacia adelante, hasta que está parado frente a mí.

—La Seguridad no escucha a los que son como tú. Llévalo con el Reloj Rojo. —Rompen en risas de nuevo. La del Banshee lastima mis delicados oídos—. Creo que todavía *están* por ahí… —Más risas desagradables—….en el Jardín Stark.

A mi lado, las manos de Farley se curvan dentro su chaqueta, para sentir el cuchillo que mantiene cerca. La miro, esperando evitar que apuñale a alguno, antes del momento justo.

La puerta de acero del Centro se abre, permitiendo que un guardia salga. Él murmura algo a uno de los oficiales, y capto las palabras *rota* y *cámara*. Pero el oficial solo se encoge de hombros, mirando hacia las muchas cámaras de seguridad salpicando la pared sobre nosotros. No ve nada malo en ellas, no es que pueda.

—Apártate de aquí —continúa el Banshee, agitando una mano como si fuéramos perros para ser echados. Cuando no nos movemos, sus ojos se entrecierran como rendijas negras—. ¿O debería arrestarlos por allanamiento?

Espera que nos vayamos. El arresto es tan bueno como la ejecución por estos días. Pero nos mantenemos firmes. Si el Banshee no fuera un idiota tan cruel, me sentiría mal por él.

—Puedes intentarlo —digo, subiendo las manos a mi capucha.

El chal cae alrededor de mis hombros, aleteando como alas grises antes de caer a mis pies. Se siente tan bien alzar mi mirada, y ver el frío reconocimiento, convertirse en miedo a lo largo del rostro del Banshee.

No soy muy impresionante de ver. Cabello marrón, ojos marrones, piel marrón. Magullada, cansada hasta los huesos, pequeña y hambrienta. Sangre Roja y temperamento rojo. No debería asustar a nadie, pero el Banshee ciertamente está asustado. Él sabe qué poder zumba bajo mis moretones. Conoce a la chica rayo.

Se tambalea, con un pie enredándose tras sus pasos, y cae, abriendo y cerrando la boca mientras reúne la fuerza para gritar.

—Es… es ella —tartamudea el Temblor detrás de él, apuntando con un dedo tembloroso. Rápidamente se convierte en hielo. No puedo evitar sonreír con malicia, y las chispas crecen en mis manos. Sus siseos de sorpresa son un alivio como ningún otro.

Cal aumenta el dramatismo. Se arranca el disfraz en un único y suave movimiento, revelando al príncipe por el que nacieron para seguir, luego al que les dijeron temer. Su brazalete se rompe y llamas se extienden a lo largo de su chal, convirtiéndolo en una ardiente bandera.

—¡El príncipe! —jadea el Brazofuertes. Se mira anonadado, incapaz de actuar. Después de todo, hasta hace unos días veían a Cal como una leyenda, no un monstruo.

El Banshee es el primero en recuperarse, buscando su arma.

—¡Arréstenlos! ¡Arréstenlos! —grita, y nos agachamos al unísono, evitando su golpe sónico. Rompe las ventanas tras nosotros.

La sorpresa vuelve a los oficiales lentos y tontos. El Brazofuertes no se atreve a acercarse, y busca a tientas sus pistolas, luchando contra su propia adrenalina acelerada. Uno de ellos, el oficial de pie en la puerta abierta, tiene la sensatez de correr hacia la seguridad del Centro. Es fácil encargarse de los cuatro restantes. El Banshee no tiene la oportunidad de otro grito, recibiendo una descarga eléctrica en cambio. La descarga se entierra en su cuello y pecho antes de encontrar acogida en su cerebro. Por un breve segundo, puedo sentir sus venas y nervios, extendidos como ramas de carne. Cae donde está de pie, cayendo en un profundo y oscuro sueño.

Una brisa de aire frío me toma por sorpresa, y me giro para encontrar una pared de fragmentos de hielo volando hacia mí, conducidas por el Temblor. Se derriten antes de alcanzarme, destruidas por una onda del fuego de Cal, la que rápidamente gira hacia el Temblor y el Brazofuertes, rodeándolos a ambos, atrapándolos así puedo terminar el trabajo. Dos descargas más los derrumban, dejándolos en el suelo. El último oficial, el desconocido, trata de huir, agarrando la puerta todavía abierta. Farley lo agarra por el cuello, pero él la arroja a un lado, mandándola a volar. Es un Telkie, pero uno débil, y rápidamente despachado. Se une a los otros en el suelo, con los músculos saltando débilmente por los dardos eléctricos. Le doy al Banshee una descarga extra, por su maldad. Su cuerpo se sacude contra los escalones como un pez en la red de Kilorn.

Todo nos toma apenas un momento. La puerta todavía está abierta, balanceándose lentamente en las grandes bisagras. La atrapo antes que se cierre, pasando un brazo dentro del frío aire circulado del Centro de Seguridad. Dentro, siento el subidón de la electricidad, en las luces, las cámaras, en mis propios dedos. Con un único y tranquilizador respiro, lo apago todo, sumiendo la recámara en la oscuridad.

Cal camina cuidadosamente sobre los cuerpos inconscientes de los oficiales caídos, mientras Farley hace su mejor esfuerzo para patear a cada uno en las costillas.

—Por la Guardia —espeta, rompiendo la nariz del Banshee. Cal la detiene antes que pueda provocar más daño, suspirando mientras envuelve un brazo alrededor de su hombro, apurándola a subir los escalones y a pasar las puertas traseras. Con una última mirada al cielo, me deslizo dentro del Centro, y cierro el acero firmemente detrás de nosotros.

Los pasillos oscuros y las cámaras muertas me recuerdan al Salón del Sol, escabulléndome en los calabozos del palacio para salvar a Farley y a Kilorn de una muerte segura. Pero casi fui una princesa ahí. Usaba seda, y tenía a Julian a mis espaldas, soltando sus encantos a cada guardia, doblegando su voluntad a nuestro favor. Fue limpio, sin derramar más sangre que la mía. El Centro de Seguridad no es así. Sólo puedo esperar mantener las muertes al mínimo.

Simply Books

Cal sabe a dónde ir, y lleva el liderazgo, pero no hace más que esquivar a los oficiales que intentan detenernos. Para ser un bruto, es bastante grácil, empujando golpes con el hombro de brazofuertes y veloces. Aun así no los lastimará, y me deja esa carga a mí. El rayo destruye casi tan fácilmente como el fuego, y dejamos un rastro de cuerpos a nuestro paso. Me digo que sólo están inconscientes, pero en el calor de la batalla, no puedo estar segura. No puedo controlar las descargas con la misma facilidad que las hago, y es probable que haya matado a uno o dos. No me importa, y tampoco a Farley, su largo cuchillo hundiéndose dentro y fuera de las oscuras sombras. Chorrea sangre plateada metálica para el momento en que llegamos a nuestro destino, una puerta común y corriente.

Pero siento algo especial dentro. Una gran máquina pulsando con electricidad.

—Aquí. El cuarto de vigilancia —dice Cal. Mantiene sus ojos en la puerta, sin ser capaz de mirar hacia atrás a nuestra carnicería. Fiel a su palabra, baña el pasillo que nos rodea en llamas, creando una pared de calor retorcido que nos protegerá mientras trabajamos.

Entramos por la puerta. Espero montañas de papeles, listas impresas como la que Julian me dio, pero en cambio, me encuentro mirando una pared de luces parpadeantes, pantallas de video y paneles de control. Éstas pulsan lentamente debido a mi interferencia con el cableado. Sin pensarlo, pongo una mano sobre el frío metal, calmándome a mí y a mi respiración desigual. La máquina responde amablemente, e inicia un suave zumbido. Una de las pantallas parpadea a la vida, mostrando una pantalla en blanco y negro. El texto revolotea a lo largo de la pantalla, arrancando un jadeo asombrado de Farley y de mí. Nunca lo habríamos imaginado, mucho menos visto nada como esto.

—Impresionante —jadea Farley, estirando una mano con cautela. Sus dedos pasan a lo largo de la pantalla con texto, leyendo lentamente. Grandes letras deletrean *Censo y Archivo con Región de Beacon, Estado Regente, Norta* escrito en letras más pequeñas debajo.

—¿No tienen esto en Coraunt? —pregunto, preguntándome cómo encontró la ubicación de Nix en la villa.

Ella niega.

—Coraunt apenas tiene una oficina de correos, ni hablar de una cosa de éstas. —Con una sonrisa, aprieta uno de los muchos botones bajo la pantalla brillante. Luego otro y otro más. La pantalla parpadea cada vez, sacando diferentes preguntas. Ella se ríe como una niña, y continúa apretando.

Coloco mi mano sobre la de ella.

—Farley.

—Lo siento —contesta—. Necesito ayuda aquí, ¿Su alteza?

Cal no se aleja de la puerta, con su cabeza yendo y viniendo en busca de oficiales.

—La tecla azul. Dice *buscar*.

Presiono el botón antes que Farley pueda. La pantalla se oscurece por un momento antes de parpadear en azul. Tres opciones aparecen, cada una parpadeando dentro de una caja blanca. *Buscar por nombre, buscar por ubicación, buscar por tipo de sangre*. Rápidamente, aprieto el botón marcado *seleccionar*, escogiendo la primera caja.

—Escribe el nombre que quieras, aprieta *proceder*. Presiona *imprimir* cuando encuentres lo que quieres, te dará una copia —instruye Cal. Pero el grito de una maldición atrae su atención, cuando un oficial hace contacto con su barricada ardiendo de llamas. Disparos resuenan, y siento lástima por el estúpido guardia tratando de destruir el fuego con balas—. Rápido.

Mis dedos se ciernen sobre las teclas, buscando cada letra mientras digito Ada Wallace en movimientos lentamente frustrantes. La máquina zumba de nuevo, la pantalla parpadea tres veces antes que aparezca una pared de texto. Incluso tiene una fotografía, la que se usaba en su tarjeta de identificación. Me concentro en la foto de la nuevasangre, absorbiendo la profunda piel dorada de Ada y su suave mirada. Parece triste, incluso en la pequeña imagen.

Otro disparo suena, haciéndome saltar. Giro mi concentración al texto, pasando por la información personal de Ada. Su cumpleaños y lugar de nacimiento que ya sé, así como la mutación en su sangre que la marca como una nuevasangre como yo. Farley busca también, sus ojos pasando sobre las palabras con abandono.

—Ahí. —Apunto con un dedo a lo que necesitamos, sintiéndome más feliz de lo que he hecho en días.

Ocupación: Ama de llaves, empleada por el Gobernador Rem Rhambos. Dirección; Plaza Bywater, Sector Canal, Harbor Bay.

—Lo sé —dice Farley, pinchando el botón de imprimir. La máquina escupe el papel, copiando la información del archivo de Ada.

El siguiente nombre viene más rápido de la máquina zumbando. *Wolliver Galt. Ocupación: Comerciante, empleado por Galt Brewery. Dirección: Jardín Battle y Charside Road, Sector Threstone, Harbor Bay*. Así que Crance no estaba mintiendo sobre esto, al menos. Tengo que estrechar su mano la próxima vez que lo vea.

—¿Terminaron? —grita Cal desde la puerta, y escucho la tensión en su voz. Sólo es cuestión de tiempo para que las ninfas lleguen corriendo, y su pared de llamas se caiga.

—Casi —murmuro, apretando las teclas de nuevo—. Ésta máquina no es sólo para Harbor Bay, ¿verdad? —Cal no responde, demasiado ocupado en mantener su escudo, pero sé que tengo razón. Con una sonrisa, saco la lista de mi chaqueta, y paso a la primera página—. Farley, comienza en esa pantalla.

Su atención salta como un conejo, cliqueando felizmente hasta que la próxima pantalla zumba a la vida. Pasamos la lista entre nosotras, escribiendo nombre tras nombre, recogiendo una impresión tras otra. Cada nombre de la Región de Beacon, todos los diez. La chica de los barrios de New Town, una abuela de setenta años en Cancorda, dos gemelos en las Islas Bahrn, y así sucesivamente. Los papeles se apilan en el suelo, cada uno diciéndome más de lo que la lista de Julian podría. Debería sentirme emocionada, extasiada por un avance tan impresionante, pero algo regula mi felicidad. *Tantos nombres. Tantos que salvar*. Y nos estamos moviendo tan lento. No hay forma de encontrarlos a tiempo, no de esta forma. Ni siquiera con el avión o los registros de todos los túneles subterráneos de Farley. Algunos se perderán. No hay como evitarlo.

El pensamiento se desintegra justo como la pared detrás de mí. Explota hacia el interior en una pared de polvo, perfilando la figura irregular de un hombre de gris, piel de piedra, duro como un ariete. *Piel de piedra* es lo único que logro pensar antes que avance, tomando a Farley por la cintura. Su mano todavía se agarra a la hoja de la impresión, rasgando el precioso papel de la máquina. Vuela detrás de ella como un estandarte blanco de rendición.

—¡Quedan detenidos! —grita el piel de piedra, fijándola contra la ventana más lejana. Su cabeza se estrella contra el vidrio, rompiéndola. Sus ojos ruedan.

Y entonces, la pared de fuego está en el cuarto con nosotros, rodeando a Cal mientras entra como toro enfurecido. Arranco los papeles de la mano de Farley, escondiéndolos con la lista para que no se quemen. Cal trabaja rápidamente, olvidándose de su juramento de no lastimar, y aparta a piel de piedra de ella, usando sus llamas para obligarlo a retroceder a través del agujero en la pared. El fuego aumenta, evitando que regrese. Al menos por el momento.

—¿Ya acabaron? —gruñe Cal, con los ojos como carbones encendidos.

Asiento y giro mi mirada hacia la máquina de registros. Zumba tristemente, como si supiera lo que estoy a punto de hacer. Con un puño apretado, sobrecargo sus circuitos, enviando una destructiva carga pasando a través de ella. Cada pantalla y

línea parpadeante explota en una lluvia de chispas, borrando exactamente por lo que vinimos.

—Listo.

Farley se tambalea lejos de la ventana, con una mano en la cabeza, el labio sangrando, pero todavía inexorablemente de pie.

—Creo que esta es la parte en que corremos.

Una mirada hacia la ventana, el escape más fácil, me dice que está muy alto para saltar. Y los sonidos del pasillo afuera, gritos y pasos marchando, son igual de condenatorios.

—¿Correr a dónde?

Cal sólo hace una mueca, extendiendo una mano hacia el piso de madera pulida.

—Abajo.

Una bola de fuego explota a nuestros pies. Pasa a través de la madera, carbonizando los intrincados diseños y la sólida base como un perro mordiendo a través de carne. El piso se resquebraja al instante, colapsando bajo nosotros, y caemos en el cuarto de abajo, y luego al que está bajo este. Mis rodillas ceden bajo mi peso, pero Cal no me deja caer, con una mano sobre el cuello de mi ropa. Entonces me arrastra, sin soltar jamás su agarre, tirándonos hacia otra ventana.

Simply Books

No es necesario que me digan qué hacer después.

Nuestras llamas y rayos se estrellan contra el grueso panel de vidrio, y continuamos, saltando a lo que creo, es el ligero aire. En cambio, aterrizamos con fuerza, rodando sobre uno de los senderos de piedra. Farley viene después, su impulso la envía directamente contra un sorprendido guardia. Antes que él pueda reaccionar, lo arroja por el puente. Un horrible golpe nos dice que su caída no fue muy buena.

—¡Sigan moviéndose! —gruñe Cal, colocándose de pie.

En una estampida de pasos, vamos corriendo por el arqueado puente, cruzando desde el Centro de Seguridad hacia el palacio real de Ocean Hill. Más pequeño que el Whitefire, pero igual de temible. E igual de familiar para Cal.

Al final del sendero, una puerta comienza a abrirse, y escucho los gritos de más guardias, más oficiales. Un verdadero pelotón de ejecución. Pero en lugar de intentar pelear, Cal se estrella contra la puerta, con las manos ardiendo. Y sella con *calor*.

Farley grita, mirando entre la puerta bloqueada y el sendero detrás de nosotros. Parece una trampa, peor que una trampa.

—¿Cal…? —comienza con miedo, pero él la ignora.

En cambio, extiende las manos hacia mí. Sus ojos todavía se ven como nada que haya visto antes. Puro fuego, puras llamas.

—Voy a arrojarte —dice, sin molestarse en endulzar la palabra. Detrás de él, algo se estremece contra la puerta soldada.

No tengo tiempo para discutir, o siquiera preguntar. Mi mente da vueltas, envenenada por el miedo, pero tomo su muñeca, y él agarra la mía.

—Explota cuando llegues. —Me confía ahora lo que quiere decir.

Con un gruñido, me levanta, y estoy en el aire, cayendo directamente hacia una ventana. Reluce, y espero que no sea una ventana de diamantes. Por un breve segundo antes que lo sepa, mis chispas hacen lo que se les pide. Destrozan la ventana con un chillido de vidrio brillando mientras paso a través de este, sobre una alfombra revestida de oro. Pilas de libros, un familiar olor a cuero y papel, la húmeda biblioteca del palacio. Farley aparece por la ventana detrás de mí. La puntería de Cal es perfecta, y ella aterriza justo sobre mí.

—¡Arriba, Mare! —espeta, casi arrancándome el brazo del tronco para ponerme de pie. Su cerebro trabaja más rápido que el mío y llega a la ventana primero, con los brazos extendidos. La imito rápidamente, con la cabeza dándome vueltas.

Por encima de nosotras, en el puente, guardias y oficiales fluyen desde ambos extremos. En el centro, arde un infierno. Por un momento parece quieto; entonces me doy cuenta. Viene hacia nosotras, saltando, lanzándose, *cayendo*.

Las llamas de Cal se extinguen un momento antes de golpear la pared, y no alcanza la repisa de la ventana.

Simply Books

—¡Cal! —grito, casi cayéndome.

Su mano se desliza entre las mías. Y por un angustioso segundo, pienso que estoy a punto de verlo morir. En cambio, se cuelga con su otra mano firmemente agarrada de Farley. Ella ruge, con los músculos flexionándose bajo sus mangas, de alguna forma evitando que noventa kilos de príncipe caigan.

—¡Agárralo! —grita. Con los nudillos blanco.

Envío un rayo desde el cielo, al puente. A los guardias y las armas apuntadas a la figura de Cal, extendida como un blanco fácil. Se encogen, y pedazos de piedra se agrietan. Otro, y colapsará.

Quiero que colapse.

—¡MARE! —grita Farley.

Tengo que estirarme, tengo que tirar. Sus manos encuentran las mías, casi rompiendo mi muñeca con el esfuerzo. Pero lo subimos tan rápido como podemos, arrastrándolo hacia la cornisa, y al revés. Hasta un desarmador silencio y un cuarto lleno de inofensivos libros.

Incluso Cal parece sorprendido por la horrible experiencia. Se recuesta por un segundo, con los ojos abiertos, respirando pesadamente.

—Gracias. —Finalmente logra decir.

—¡Después! —espeta Farley. Como conmigo, lo pone de pie—. Sácanos de aquí.

—Claro.

Pero en lugar de dirigirse hacia la entrada decorada de la biblioteca, gira a lo largo del pasillo, hacia una pared de estantes. Busca por un momento, buscando algo. Tratando de recordar. Luego con un gruñido, mueve una sección del estante hasta que se *desliza* hacia el costado, abriéndose a un pasadizo estrecho e inclinado.

—¡Adentro! —grita, empujándome.

Mis pies vuelan sobre los escalones, desgastados por cientos de años de pisadas. Nos movemos en una suave espiral, bajando a través de una tenue luz ahogada por el polvo. Las paredes son gruesas, de piedra vieja, y si alguien está siguiéndonos, ciertamente no puedo escucharlos. Trato de descifrar dónde estamos, pero mi brújula interna gira demasiado rápido. No conozco este lugar, no sé a dónde vamos. Sólo puedo seguir.

El pasadizo parece llegar a un punto muerto en una pared de piedra, pero antes que pueda intentar explotar mi camino a través de ella, Cal me detiene.

—Tranquila —dice, colocando una mano contra un pedazo de piedra más desgastado que los otros. Lentamente, coloca una oreja en la pared y escucha.

No escucho nada más que la sangre latiendo en mis oídos y nuestras rápidas respiraciones. Cal escucha más, o tal vez, menos. Su rostro decae, convertido en una sombría expresión que no puedo ubicar. No es miedo, aunque tiene todo el derecho de estarlo. En cualquier caso, está extrañamente tranquilo. Parpadea un par de veces, tratando de escuchar algo más allá de la pared. Me pregunto cuántas veces habrá hecho esto, cuántas veces se escabulló de este palacio.

En ese entonces, los guardias estaban para protegerlo. Para servir. Ahora quieren matarlo.

—Quédense detrás de mí —susurra finalmente—. A la derecha dos veces, luego a la izquierda a la puerta del jardín.

Farley aprieta los dientes.

—¿La puerta del jardín? —Está furiosa—. ¿Quieres hacerlo *fácil* para ellos?

—El jardín es la única salida —contesta—. Los túneles de Ocean Hill están cerrados.

Ella hace una mueca, apretando el puño. Sus manos están crudamente vacías, su cuchillo hace mucho perdido.

—¿Hay alguna posibilidad que haya un ejército entre aquí y allá?

—Ojalá —sisea Cal. Luego me mira, a mis manos—. Tendremos que ser suficiente.

Sólo puedo asentir. *Hemos enfrentado cosas peores*, me digo.

—¿Lista? —susurra.

Mi mandíbula se aprieta.

—Lista.

La pared se mueve sobre un eje central, girando suavemente. Presionamos en ella juntos, tratando de evitar que nuestros pasos hagan eco más allá en el pasadizo. Como la biblioteca, este lugar está vacío y bien amueblado, desbordando lujo, con decoración amarilla. Todo esto tiene un aire de olvidado y poco usado, hasta los tapices dorados descoloridos. Cal casi se detiene, mirando al color, pero nos apura.

A la derecha dos veces. A través de otro pasaje y un extraño closet de dos puertas. El calor irradia de Cal como ondas, preparándose para la tormenta de fuego en que debe convertirse. Me siento igual, los vellos de mis brazos se levantan con la electricidad. Casi crepita en el aire.

Las voces aproximándose hacen eco al otro lado de la puerta. Voces y pasos.

—La siguiente a la izquierda —murmura Cal. Comienza a estirar la mano para tomar la mía, pero lo piensa mejor. No podemos arriesgarnos a tocarnos, no ahora, cuando nuestro toque es mortal—. *Corre*.

Cal va primero, y el mundo más allá pulsa con una expulsión de fuego. Se extiende a lo largo de la gran entrada del pasillo, sobre el mármol y la fina alfombra, hasta que trepa por las doradas paredes. Una lengua de llamas pasa por las pinturas ignorando el pasillo. Un retrato gigante, recién hecho. El nuevo rey, *Maven*. Sonríe como una gárgola hasta que el fuego lo alcanza, quemando el lienzo. El calor es demasiado, y sus labios cuidadosamente dibujados se derriten, retorciéndose en una mueca que hace juego con su monstruosa alma. La única cosa sin tocar por las llamas son dos estandartes dorados, la seda llena de polvo, colgando de la pared opuesta. A quién pertenecen, no lo sé.

Simply Books

Los guardias esperando por nuestra huida, gritan, con la carne quemándose. Están tratando de no quemarse vivos. Cal nos lleva a través del fuego, sus pasos dejan un camino a salvo para que lo sigamos, y Farley se mantiene cerca, metida entre nosotros. Cubre su boca, tratando de no respirar el humo.

Los oficiales que quedan, ninfas o pieles de piedra, impenetrables por el fuego, no son tan inmunes a mí. Esta vez, los rayos desprendiéndose de mí en una red muy brillante de viva electricidad. Sólo tengo la suficiente concentración para alejar la tormenta de Cal y Farley. Los demás no tienen tanta suerte.

Soy una corredora nata, pero mi respiración punza en mis pulmones. Cada jadeo es más fuerte, más doloroso. Me digo que es el humo. Pero mientras pasamos por la gran entrada de Ocean Hill, el dolor no desaparece. Sólo cambia.

Estamos rodeados.

Filas tras filas de oficiales en negro, soldados de gris, ahogan la puerta del jardín. Todos armados, todos esperando.

—¡Ríndase bajo arresto, Mare Barrow! —grita uno de los oficiales. Una vid florecida se retuerce alrededor de un brazo, mientras la otra sostiene una rama—. ¡Ríndase bajo arresto, Tiberias Calore! —Se tropieza con el nombre de Cal, todavía negándose a dirigirse a un príncipe de manera tan informal. En cualquier otra situación, me hubiera reído.

Entre nosotros, Farley se mantiene de pie. Ya no tiene un arma, ni escudo, y aun así se niega a arrodillarse. Su fortaleza es impresionante.

—¿Ahora qué? —susurro, sabiendo que no hay respuesta.

Los ojos de Cal van de un lado a otro, buscando una solución que nunca encontrará. Finalmente sus ojos caen en mí. Están tan vacíos. Y tan solitarios.

Entonces una mano se cierra alrededor de mi muñeca con delicadeza.

El mundo se oscurece, y soy apretada, sofocada, confinada, atrapada por un largo momento.

Shade.

Odio la sensación de tele transportarse, pero en este momento, me deleito en ella. Shade está bien. Y nosotros estamos vivos. De repente, estoy de rodillas, mirando los adoquines de un húmedo callejón bastante lejos del Centro de Seguridad de Ocean Hill, y la zona de muerte de oficiales.

Alguien vomita cerca, Farley, a juzgar por el sonido. Supongo que tele transportarse y golpear tu cabeza contra una ventana es una mala combinación.

—¿Cal? —pregunto en general, ya enfriándome con la luz de la tarde. Un pequeño temblor de miedo inicia, una primera onda de frío, pero él responde a unos metros de distancia.

—Estoy aquí —dice, estirando la mano para tocar mi hombro.

Pero en lugar de inclinarme contra su mano, dejando que su gentil calor me consuma, me alejo. Con un gruñido, me pongo de pie, sólo para ver a Shade parado cerca de mí. Su expresión es oscura, marcada por la rabia, y me preparo para un regaño. *No debería haberlo dejado. Estuvo mal de mi parte hacer eso*.

—Yo… —comienzo a disculparme, pero no llego a terminar. Él me aplasta en un abrazo, envolviendo sus brazos alrededor de mis hombros. Me aferro a él igual de fuerte. Se estremece un poco, todavía aterrorizado por su hermanita menor—. Estoy bien —le digo, tan suave que sólo él puede escuchar la mentira.

—No hay tiempo para eso —gruñe Farley, obligándose a ponerse de pie. Mira alrededor, todavía fuera de balance, pero encuentra nuestras ubicaciones—. El Jardín Battle está por ahí, a un par de calles al este.

Wolliver.

—Claro. —Asiento, estirando una mano para sostenerla. No podemos olvidarnos de nuestra misión aquí, incluso después de ese mortal desastre.

Pero mantengo los ojos en Shade, esperando que sepa lo que pasa en mi interior. Él sólo niega, rechazando la disculpa. No porque no la aceptará, sino porque es demasiado amable para quererla.

—Llévanos —dice, girándose hacia Farley. Sus ojos se suavizan un poco, teniendo en cuenta su determinación de continuar, a pesar de sus heridas y sus nauseas.

Cal también se pone de pie lentamente, desacostumbrado a la tele transportación. Se recupera tan rápido como puede, siguiéndonos a través de los callejones del sector de la ciudad conocido como Threestone. El olor del humo se aferra a él, así como una profunda ira. Plateados murieron allá atrás, en el Centro de Seguridad, hombres y mujeres que sólo estaban siguiendo órdenes. *Sus órdenes alguna vez*. No puede ser algo fácil de digerir, pero debe hacerlo. Si quiere quedarse con nosotros, *conmigo*, debe escoger su bando.

Espero que elija el nuestro. Espero no tener que ver nunca esa mirada vacía en sus ojos de nuevo.

Este es un sector Rojo, relativamente seguro por el momento, y Farley nos mantiene girando en los callejones, incluso empujándose a través de una o dos tiendas vacías para evitar ser detectados. Oficiales de seguridad gritan y corren por las calles principales, tratando de reagruparse, tratando de darle sentido a lo que sucedió en el Centro. No están buscándonos aquí, todavía no. Todavía no se han dado cuenta de lo que Shade es, lo rápido y lejos que puede movernos.

Nos acurrucamos contra una pared, esperando a que un oficial pase a nuestro lado. Está distraído, como los demás, y Farley nos mantiene en las sombras.

—Lo siento —murmuro hacia Shade, sabiendo que debo decir las palabras.

De nuevo, niega. Incluso me da un golpe con suavidad en la cabeza.

—Suficiente de eso. Hiciste lo que tenías que hacer. Y mira, estoy bien. No hay daño.

No hay daño. No para su cuerpo, ¿pero qué hay de su mente? ¿Su corazón? Lo traicioné, mi hermano. *Como todo el mundo que conozco*. Casi escupo con ira, esperando expulsar el pensamiento que tengo algo en común con Maven

Simply Books

—¿Dónde está Crance? —pregunto, necesitando concentrarme en otra cosa.

—Lo alejé de los Seaskulls; y luego se fue por su cuenta. Corrió como un hombre en llamas. —Sus ojos se entrecierran, recordando—. Enterró a tres Marineros en los túneles. No tiene un lugar aquí ahora.

Conozco el sentimiento.

—¿Qué hay de ti? —Niega, vagamente señalando en dirección a Ocean Hill—. ¿Después de todo eso?

Después de casi morir. De nuevo.

—Dije que estoy bien.

Shade arruga los labios, insatisfecho.

—Claro.

Nos quedamos en un tenso silencio, esperando a que Farley se mueva de nuevo. Ella se inclina pesadamente contra la pared del callejón, pero los soldados se acercan cuando el ruido de una multitud de niños de escuela pasa al frente. Nos movemos de nuevo, usándolos como cubierta para cruzar el camino antes de entrar a otro laberinto de callejuelas.

Finalmente pasamos agachados por un bajo arco, o mejor dicho, los otros se agachan; yo simplemente camino. Estoy casi al otro lado cuando Shade se detiene en seco, su mano libre me alcanza para impedirme continuar.

—Lo siento, Mare —dice, y su disculpa casi me derriba de nuevo.

—¿*Tú* lo sientes? —pregunto, casi riéndome por lo absurdo de ello—. ¿Lo sientes por qué?

No responde, avergonzado. Un escalofrío, que nada tiene que ver con el clima, me recorre cuando doy un paso hacia atrás, permitiéndome ver más allá de la boca del arco.

Hay una plaza más allá, claramente hecha para el uso de Rojos. *Jardín Battle*. Es sencilla, pero está bien cuidada, con frescas zonas verdes y estatuas de piedra de guerreros por todos lados. La que está en el centro es la más grande, un rifle cuelga de su espalda, con un oscuro brazo extendido a mitad del aire.

La mano de la estatua apunta al este.

Una cuerda cuelga de la mano de la estatua.

Un cuerpo se balancea en la cuerda.

Su cuerpo no está desnudo, ni lleva el medallón de la Guardia Escarlata. Es joven y bajo, con la piel todavía suave. No fue ejecutado hace mucho, probablemente una hora más o menos. Pero la plaza está despejada de dolientes y guardias. Nadie está aquí para verlo colgado.

Incluso aunque el cabello rubio arena cae sobre sus ojos, dejando su rostro ensombrecido, sé exactamente quién es este chico. Lo vi en los registros, sonriendo en una fotografía de identificación. Ahora nunca sonreirá de nuevo. Sabía que esto sucedería. *Lo sabía*. Pero eso no hace que el dolor, o el fracaso, sean más fáciles.

Es Wolliver Galt, un nuevasangre, reducido a un cuerpo sin vida.

Lloro por el chico que nunca conocí, por el chico que no pude salvar por no ser lo suficientemente rápida.

Simply Books

16

Intento no recordar los rostros de los muertos. Correr para salvar mi vida resulta ser una distracción efectiva, pero incluso la constante amenaza de aniquilación no puede bloquearlo todo. Algunas pérdidas son imposibles de olvidar. Walsh, Tristan, y ahora Wolliver ocupan los rincones de mi mente, atrapándome como si fueran telarañas grises y profundas. Mi existencia fue su sentencia de muerte.

Y por supuesto, están los que he matado directamente, por elección, con mis propias manos. Pero no lloro sus muertes. No puedo pensar en lo que he hecho, no ahora. No cuando todavía estamos en tanto peligro.

Cal es el primero en darle la espalda al cuerpo balanceante de Wolliver. Él tiene su propio desfile de rostro muertos, y no quiere añadir otro fantasma a la marcha.

—Tenemos que seguir moviéndonos.

—No… —Farley se apoya fuertemente contra la pared. Presiona una mano en su boca, tragando con disgusto, intentando no vomitar otra vez.

—Cuidado —dice Shade, poniendo una mano firme en su hombro. Intenta apartarlo, pero él se mantiene firme, observándola escupir en las flores del jardín—. Tenemos que ver esto —añade, clavándonos a Cal y a mí con una mirada justificada—. Esto es lo que pasa cuando fallamos.

Su enfado está justificado. Después de todo, hemos prendido una mecha en el corazón de Harbor Bay, malgastando la última hora de la vida de Wolliver, pero estoy demasiado cansada para dejar que me regañe.

—Este no es el lugar para dar lecciones —le respondo. Esto es una tumba, e incluso hablar aquí se siente mal—. Deberíamos bajarlo.

Antes que pueda dar un paso hacia el cadáver de Wolliver, Cal agarra mi mano, guiándome en la dirección opuesta.

—Que nadie toque el cuerpo —gruñe. Suena tanto como su padre que me sorprende.

—El cuerpo tiene nombre —le espeto cuando me compongo—. ¡Solo porque su sangre no sea de tu color no significa que podamos dejarlo así!

—Yo lo tomaré —murmura Farley, levantándose.

Shade se mueve con ella.

—Te ayudaré.

—¡Paren! Wolliver Galt tenía familia, ¿no? —presiona Cal—. ¿Dónde están? —Señala con su mano libre alrededor del jardín, gesticulando a los árboles vacíos y las ventanas cubiertas que nos miran desde arriba. A pesar de los distantes ecos de una ciudad marchando hacia el anochecer, la plaza está quieta y en silencio—. ¿Ciertamente su madre no le dejaría aquí solo? ¿No hay nadie llorándole? ¿Ningún oficial para escupir sobre su cuerpo? ¿Ni siquiera un cuervo que pique sus huesos? *¿Por qué?*

Sé la respuesta.

Una trampa.

Mi agarre se aprieta en el brazo de Cal, hasta que mis uñas se clavan en su cálida piel amenazando con explotar en llamas. Un horror que iguala el mío sangra en el rostro de Cal mientras mira, no a mí, sino al callejón en sombras. Por el rabillo del ojo, atrapo un atisbo de una corona, la que un chico estúpido insiste en llevar a cualquier parte que vaya.

Y entonces, un sonido que hace clic, como un insecto metálico chasqueando sus pinzas, listo para devorar una comida jugosa.

—Shade —susurro, extendiendo mi otra mano hacia mi hermano tele trasportador. Él nos salvará; nos llevará lejos de todo esto.

No duda. Se lanza.

Pero no me alcanza.

Miro con horror mientras un par de Veloces le atrapan por cada brazo, tirándole al suelo. Su cabeza golpea contra la piedra y sus ojos ruedan hacia atrás. Vagamente oigo gritar a Farley mientras los Veloces se lo llevan muy rápido, sus cuerpos volviéndose borrones. Están en la arcada principal antes que dispare una ráfaga de rayos en su dirección, forzándolos a volver. El dolor me muerde el brazo, lanzando blancos cuchillos de calor. Pero no hay nada más que mis propias chispas, mi propia fuerza. No debería doler.

El sonido que hace clic continúa, haciendo eco en mi cráneo, más rápido con cada segundo que pasa. Intento ignorarlo, intento combatirlo, pero mis ojos se atenúan. Mi visión se llena de puntos, yendo y viniendo con cada clic. *¿Qué es este sonido?* Sea lo que sea, me está destrozando.

A través de la confusión, veo dos fuegos que explotan alrededor. Uno brillante y ardiente, el otro oscuro, una serpiente de humo y llamas. En alguna parte, Cal ruge de dolor. *Corre*, creo que dice. Realmente lo intento.

Termino arrastrándome sobre el adoquinado, incapaz de ver más de unos pocos centímetros delante de mí. Incluso esto es difícil. *¿Qué es esto, qué es esto, qué me está pasando?*

Alguien me agarra por el brazo, su agarre me hace daño. Me retuerzo sin ver, intentando alcanzar donde debería estar su cuello. Mis dedos se clavan en una armadura, suavemente revestida y ricamente tallada.

—La tengo —dice una voz que reconozco. *Ptolomeus Samos*. Apenas puedo ver su rostro. Ojos negros, cabello plateado, la piel del color de la luna.

Con un grito, reúno toda la fuerza que puedo, y le ataco con rayos. Grito tan alto como lo hace él, agarrándome el brazo mientras el fuego me llena por dentro. No, no es fuego. Sé lo que es ser quemado. Esto es otra cosa.

Una patada me atrapa en el estómago y dejo que ruede. Una y otra vez, hasta que estoy boca abajo en la tierra del jardín, mi rostro arañado y sangrando. El frío aroma es un bálsamo momentáneo, calmándome lo suficiente para permitirme ver otra vez. Pero cuando abro los ojos, no quiero otra cosa que quedarme ciega.

Maven está arrodillado frente a mí, su cabeza inclinada a un lado, un cachorro curioso con un juguete. Detrás de él, la batalla se propaga. Una muy desigual. Con Shade incapacitado, y yo en el suelo, solo quedan Cal y Farley. Ella tiene un arma ahora, pero tiene poco uso con Ptolomeus esquivando las balas cada vez. Al menos Cal derrite todo lo que se acerca, quemando cuchillos y vides tan rápido como puede. Sin embargo no puede durar. Están arrinconados.

Casi grito. Hemos escapado de una trampa solo para encontrar otra.

—Mírame a *mí*, por favor.

Maven se mueve obstruyendo mi vista de la escena más allá. Pero no le daré la satisfacción de mi mirada. No le miraré, por mi propio bien. En su lugar, me concentro en el sonido que hace clic, el que nadie más parece oír. Me apuñala con cada segundo que pasa.

Me agarra la mandíbula y tira, forzándome a enfrentarle.

—Tan terca. —Chasquea la lengua—. Una de tus cualidades más intrigantes. Junto con esta —añade, pasando un dedo por la sangre roja de mi mejilla.

Clic.

Su agarre se aprieta, mandando un fuego artificial de dolor a través de mi mandíbula. El clic hace que todo duela más, y más profundo. A regañadientes, miro a los familiares ojos azules y el pálido rostro acentuado. Para mi horror, es exactamente como lo recuerdo. Tranquilo, modesto, un chico acechado. No es el Maven de mis recuerdos de pesadilla, un fantasma de sangre y sombras. Es real otra vez. Reconozco la determinación en sus ojos. La vi en la cubierta del barco de su padre, mientras navegábamos río abajo a Archeon, dejando el mundo a nuestro paso. En ese entonces besó mis labios y me prometió que nadie me haría daño.

—Dije que te encontraría.

Clic.

Su mano se mueve de mi mandíbula a mi garganta, apretando. Lo suficiente para mantenerme en silencio, pero no lo suficiente para que deje de respirar. Su toque *quema*. Jadeo, incapaz de reunir suficiente aire para gritar.

Maven. Me estás haciendo daño. Maven, para.

Él no es su madre. No puede leerme los pensamientos. Mi visión se llena de puntos otra vez, oscureciéndose. Puntos negros se tambalean ante mis ojos, expandiéndose y contrayéndose con cada horrible *clic*.

—Y dije que te salvaría.

Espero que su agarre se apriete. En su lugar, permanece constante. Y su mano libre alcanza mi clavícula, una palma en llamas contra mi piel. Me está abrasando, *marcándome*. Intento gritar otra vez, y apenas consigo hacer un gemido.

—Soy un hombre de palabra. —Inclina su cabeza otra vez—. Cuando quiero serlo.

Clic. Clic. Clic.

Mi corazón intenta seguir el ritmo, latiendo en un frenesí que no sobreviviré, amenazando con explotar.

—Para… —logro decir, una mano alcanzando el aire, deseando que sea mi hermano. Pero es Maven quien toma mi mano en la suya, y eso también quema. Cada centímetro quema.

—Es suficiente. —Creo que le oigo decir, pero no a mí—. ¡He dicho suficiente!

Sus ojos parecen sangrar, los últimos puntos brillantes en mi mundo oscurecido. El azul pálido mancha mi visión, dibujando líneas irregulares de doloroso hielo. Me rodean, encerrándome. No siento nada más que la quemadura.

Eso es lo último que recuerdo antes de un destello de luz blanca y un sonido que hace añicos mi cerebro. Y todo mi mundo estalla con dolor.

Es demasiado de todo, y extrañamente de nada en absoluto. Ni balas, ni cuchillos, ni puños o fuego o vides verdes estranguladores. Esto no es un arma que alguna vez haya enfrentado, porque es mi propia arma. Rayos, electricidad, chispas, una sobrecarga más allá de incluso mis límites. Una vez llamé una tormenta en el Cuenco de Huesos, y me agotó. Pero esto, lo que sea que haya hecho Maven, me está *matando*. Destrozándome nervio a nervio, rompiendo huesos y rasgando los músculos. Estoy siendo destruida dentro de mi propia piel.

De repente, me doy cuenta. *¿Es esto lo que sintieron? ¿Los que maté? ¿Es esto lo que se siente al morir por los rayos?*

Control. Es lo que me decía siempre Julian. *Contrólalo*. Pero esto es demasiado. Soy una presa intentando contener todo un océano. Incluso si pudiera detener lo que sea que es esto, no puedo encontrar una forma de pasar mi propio dolor. No puedo intentar alcanzar nada. No puedo moverme. Estoy atrapada dentro de mí misma, gritando tras mis dientes. *Pronto estaré muerta. Y al menos esto terminará*. Pero no lo hace. El dolor se alarga en un asalto constante en cada sentido. Pulsando pero nunca decayendo, cambiando pero nunca deteniéndose. Puntos blancos, más brillantes que el sol, danzan en mi visión, hasta que una explosión de rojo las hace desaparecer. Intento alejarlo parpadeando, para controlar *algo* en mí misma, pero no parece pasar nada. No sabría si lo hiciera.

Mi piel debe haber desaparecido para ahora, abrasada por los ataques de las descargas. Tal vez se me dé la piedad de desangrarme hasta morir. Eso sería más rápido que este blanco abismo.

Mátame. Las palabras se repiten, una y otra vez. Es lo único que puedo decir, lo único que quiero ahora. Todo pensamiento de los nuevasangre y Maven, mi hermano y Cal y Kirlon ha desaparecido totalmente. Incluso los rostros que me acechan, los

rostros de los muertos, han desaparecido. Es gracioso, ahora que estoy muriendo, mis fantasmas deciden irse.

Deseo que vuelvan.

Deseo que no tuviera que morir sola.

Simply Books

17

—*Mátame*.

Las palabras arden en mi boca, pasando ásperamente por lo que debería ser una garganta en carne viva por gritar. Espero el sabor de la sangre, no, no espero nada en absoluto. Espero estar muerta.

Pero a medida que vuelven mis sentidos, me doy cuenta que no estoy expuesta al desnudo en carne y hueso. Ni siquiera estoy sangrando. Estoy completa, aunque ciertamente no lo siento. Con una explosión de fuerza de voluntad, me obligo a abrir mis ojos. Pero en lugar de Maven o sus ejecutores, me encuentro con familiares ojos verdes.

Simply Books

—Mare.

Kilorn no me da oportunidad de recuperar mi aliento. Abraza mis hombros, presionándome contra su pecho, de nuevo en la oscuridad. No puedo evitar estremecerme ante el contacto, recordando la sensación de fuego y rayos en mis huesos.

—Está bien —murmura. Hay algo tan calmado en la forma en la que me habla, su voz profunda y vibrante. Y se niega a dejarme ir, incluso cuando involuntariamente me alejo. Sabe lo que quiere mi corazón, incluso si mis nervios deshilachados no pueden manejarlo—. Se ha terminado, estás bien. Estás de vuelta.

Por un momento, no me muevo, cerrando mis dedos en los pliegues de su vieja camisa. Me concentro en él, así no tengo que sentirme temblar.

—¿Volver? —susurro—. ¿Volver a dónde?

—Déjala respirar, Kirlon.

Otra mano, tan caliente que solo puede ser de Cal, agarra mi brazo. Se aferra con fuerza, la presión cuidadosa y controlada, lo suficiente para que me centre. Ayuda a que el resto de mí salga de la pesadilla, regresando totalmente al mundo real. Me recuesto lentamente, lejos de Kilorn, para que pueda ver exactamente a lo que estoy despertando.

Estamos bajo tierra, juzgando por el terroso olor a humedad, pero este no es otro de los túneles de Farley. Estamos lejos de Harbor Bay, si mi sentido eléctrico es cualquier indicación. No puedo sentir ni un solo pulso, lo que quiere decir que debemos estar bien lejos de la ciudad. Se trata de una casa de seguridad, enterrada justo en el suelo, camuflada por el bosque y el diseño. Sin duda hecha por Rojos, probablemente usada por la Guardia Escarlata, y todo se ve ligeramente rosado. Las

paredes y el suelo están llenos de tierra, y el techo inclinado es de césped, reforzado por postes de metal oxidado. No hay decoración; de hecho, apenas hay algo aquí en absoluto. Unos cuantos sacos de dormir, el mío incluido, paquetes de raciones, una linterna apagada y unas cuantas cajas de suministros desde el chorro de aire; son todo lo que puedo ver. Mi casa en los Pilares era un palacio comparado con esto, pero no me quejo. Suspiro de alivio, contenta de estar fuera de peligro y lejos de mi cegador dolor.

Kilorn y Cal me dejan parpadear alrededor de la escasa habitación, permitiéndome elaborar mis propias conclusiones. Lucen ojerosos con preocupación, transformados en hombres de edad en el lapso de unas pocas horas. No puedo dejar de mirar fijamente sus ojos oscuros con círculos oscuros y ceños fruncidos profundamente, preguntándome qué los hirió de esa manera. Entonces recuerdo. La luz oblicua desde las ventanas estrechas es de color naranja rojizo, y el aire se ha enfriado. Viene la noche. El día ha terminado. Y hemos perdido. Wolliver Galt está muerto, un nuevasangres para la masacre de Maven. También Ada por lo que sé. Les fallé a ambos.

—¿Dónde está el avión? —pregunto, tratando de levantarme. Pero ambos se estiran para detenerme, manteniéndome firmemente envuelta en mi saco de dormir. Son sorprendentemente amables, como si un solo toque pudiera romperme.

Kilorn me conoce mejor y es el primero en notar mi molestia. Se sienta en sus talones, dándome un poco de espacio. Mira a Cal antes de asentir de mala gana, permitiendo al príncipe explicar.

—No podíamos volar lejos contigo en el… estado en que te encontrabas —dice, apartando los ojos de mi rostro—. Obtuvimos unos cuantos kilómetros antes que despegaras el avión como si fuera una bombilla sobrecargada, casi friendo la maldita cosa. Tuvimos que escalonar nuestros vuelos y luego en tierra, escondidos en el bosque hasta que estuvieras mejor.

—Lo siento. —Es todo lo que puedo pensar para decir, pero él lo desestima.

—Abriste tus ojos, Mare. Eso es todo lo que me importa —dice Cal.

Una ola de agotamiento amenaza con derribarme y me debato si dejarla hacerlo. Pero entonces el toque de Cal se mueve de mi brazo, encontrando mi cuello. Salto ante la sensación, girándome para mirarlo con grandes ojos interrogantes. Pero se centra en mi piel, en algo allí. Sus dedos trazan extrañas líneas dentadas de ramificación en mi cuello, bajando por mi columna. No soy la única que se da cuenta.

—¿Qué es eso? —gruñe Kilorn. Su mirada pondría orgullosa a la reina Elara.

Mi mano se une a la de Cal, sintiendo la peculiaridad. Desiguales rayas grandes bajando por mi nuca.

—No sé lo que es.

—Lucen como —vacila Cal, pasando un dedo por una cresta particularmente gruesa. Estremece mi interior—. Cicatrices, Mare. Cicatrices de rayo.

Me alejo de su toque tan rápido como puedo y me obligo a levantare. Para mi sorpresa, me tambaleo en mis estúpidas piernas débiles y Kilorn está ahí para atraparme.

—Tómalo con calma —reprende, sin dejar in mis muñecas.

—¿Qué sucedió en Habor Bay? Qué… ¿qué me hizo Maven? Fue él ¿cierto? —La imagen de una corona negra quema en mi mente, profunda como una marca. Y las nuevas cicatrices son sólo eso. *Marcas. Sus marcas en mí*—. Mató a Wolliver y nos tendió una trampa. ¿Y por qué luces tan rosa?

Como siempre, Kilorn se ríe de mi ira. Pero el sonido es hueco, forzado, más para mi beneficio que el suyo.

—Tu ojos —dice, pasando un dedo por mi pómulo izquierdo—. Se te reventó un vaso.

Tiene razón, me doy cuenta cuando cierro un ojo, luego el otro. El mundo es radicalmente diferente a través del izquierdo, teñido de rojo y rosa por remolinos de nubes que solo puede ser sangre. El dolor de la tortura de Maven también hizo esto.

Simply Books

Cal no se levanta con el resto de nosotros, en cambio se recuesta en sus manos. Sospecho que sabe que mis rodillas todavía están temblando y que caeré lo suficiente pronto. Tiene una manera de saber cosas como esa, y eso me enoja demasiado.

—Sí, Maven se deslizó en Harbor Bay —responde, todo negocios—. No hizo un alboroto, así no sabríamos y se fue por el primer nuevasangre que pudo encontrar.

Siseo ante el recuerdo. Wolliver solo tenía dieciocho años, culpable de nada más que haber nacido diferente. Culpable de ser como *yo*.

¿Qué podría haber sido? me pregunto, dolida por el soldado que hemos perdido. *¿Qué capacidad tenía?*

—Todo lo que Maven tenía que hacer era esperar —continúa Cal, y un músculo de su mejilla se tensa—. Nos hubieran capturado a todos, si no fuera por Shade. Nos sacó a todos, incluso con una conmoción cerebral. Hizo algunos saltos y demasiadas decisiones difíciles, pero lo logró.

Exhalo lentamente, aliviada.

—¿Farley está bien? ¿Shade? —pregunto. Cal baja su cabeza, asintiendo—. Y estoy viva.

El agarre de Kilorn se aprieta.

—Cómo, no lo sé.

Levanto una mano hacia mi clavícula y la piel debajo de mi camisa punza con dolor. Mientras el resto de mi pesadilla, los otros horrores infligidos a mi cuerpo, se han ido, la marca de Maven es muy real.

—¿Fue doloroso, lo que te hizo? —pregunta Cal, causando que Kilorn se burle.

—Sus primeras palabras en cuatro días fueron "mátame", en caso que lo hayas olvidado —dice rápidamente, aunque Cal no se inmuta—. Por supuesto que lo que hizo esa máquina fue doloroso.

El sonido de clic.

—¿Una máquina? —Palidezco, mirando entre ambos jóvenes—. Espera, *¿cuatro días?* ¿He estado fuera durante tanto tiempo?

Cuatro días dormida. *Cuatro días de nada*. El pánico ahuyenta todos mis persistentes pensamientos de dolor, disparándose a través de mis venas como agua helada. *¿Cuántos murieron mientras estaba atrapada en mi propia cabeza? ¿Cuántos cuelgan ahora de los árboles y las estatuas?*

—Por favor, díganme que no han sido mis niñeras todo este tiempo. Por favor, díganme que han estado haciendo algo.

Kilorn se ríe.

—Consideraría que mantenerte con vida es un gran *algo*.

—Quiero decir…

—Sé lo que quieres decir —replica, finalmente poniendo un poco de distancia entre nosotros.

Con la poca dignidad que me queda, me vuelvo a sentar en la cama y peleo contra el impulso de quejarme.

—No, Mare, no hemos estado simplemente sentados alrededor. —Kilorn vuelve hacia la pared, apoyándose contra la tierra compacta para poder ver por la ventana—. Estamos haciendo bastantes cosas.

—Siguen cazando. —No es una pregunta, pero Kilorn asiente de todos modos—. ¿Incluso Nix?

—El pequeño toro viene muy bien —dice Cal, tocando la sombra de un hematoma en su mandíbula. Conoce la fuerza de Nix de primera mano—. Y él es bastante bueno en la parte convincente. Ada también.

—¿Ada? —digo, sorprendida por la mención de lo que debería ser otro cadáver de nuevasangre—. ¿Ada Wallace?

Cal asiente.

—Después que Crance deslizara a los Seaskulls, la sacó de Habor Bay. La llevó directo a la mansión del gobernador antes que los hombres de Maven irrumpieran en el lugar. Estaban esperando en el avión cuando llegamos allí.

Tan feliz como estoy de oír de su supervivencia, no puedo evitar sentir una punzada de ira.

—Así que la lanzaron de vuelta a los lobos. A ella y a Nix. —Mi puño se aprieta alrededor de la difusa calidez de mi cama, tratando de encontrar un poco de consuelo—. Nix es un pescador; Ada es una criada. ¿Cómo pudieron ponerlos en un peligro tan terrible?

Cal baja su mirada, avergonzado por mi regaño. Pero Kilorn se ríe desde la ventana, volviendo su rostro hacia la luz menguante del atardecer. Lo baña en un color rojo oscuro, como si hubiera estado cubierto en sangre. Es solo mi ojo herido

jugándome una mala pasada, pero aun así la visión me da escalofríos. Su risa, su habitual despido de mis miedos, me asusta más que nada.

Incluso ahora, el niño pez no toma nada en serio. Se va a reír de camino a su tumba.

—¿Algo divertido para ti?

—¿Recuerdas ese patito que Gisa trajo a casa? —responde, atrapándonos con la guardia baja—. Tal vez tenía nueve años, y lo tomó de su madre. Intentó darle de comer sopa… —se interrumpe, tratando de sofocar otra risa—. Recuerdas ¿cierto, Mare? —A pesar de su sonrisa, sus ojos son duros y apretados, tratando de hacerme entender.

—Kilorn —suspiro—. No tenemos tiempo para esto.

Pero continúa en impertérrito, paseándose.

—No pasó mucho tiempo hasta que la madre vino. Unas pocas horas, tal vez, hasta que estuvo dando vueltas alrededor de la parte inferior de la casa, con sus otros patitos detrás. Provocó una gran revuelta, todos los graznidos y chillidos. Bree y Tramy intentaron sacarlo, ¿cierto? —Recuerdo tan bien como lo hace Kilorn. Mirando desde el porche mientras mis hermanos lanzaban piedras a la madre. Ella se mantuvo firme, llamando a su perdido hijo. Y el patito respondía, retorciéndose en los brazos de Gisa—. Al final, hiciste que Gisa regresara a la pequeña cosa. "No eres un pato, Gisa", dijiste. "No van juntos". Y luego le regresaste el patito a su madre, y los observaste alejarse dando tumbos. Patos en una fila, de vuelta al río.

Simply Books

—Estoy esperando escuchar un punto en todo esto.

—Hay uno —murmura Cal, su voz resonando profundamente desde su pecho. Suena casi sorprendido.

Los ojos de Kilorn parpadean hacia el príncipe, dándole el más mínimo asentimiento de agradecimiento.

—Nix y Ada no son patitos y ciertamente no eres su madre. Pueden manejarse a sí mismos. —Entonces sonríe con malicia, cayendo de nuevo a sus viejos chistes—. Tú, por el contrario, luces un poco peor por el desgaste.

—No lo sabes. —Trato de sonreírle, sólo un poco, pero algo en la sonrisa tira de la piel de mi rostro, que a su vez retuerce mi cuello y las nuevas cicatrices allí. Duelen cuando hablo, y duelen terriblemente bajo más tensión. *Otra cosa que Maven me ha quitado*. Lo feliz que debe hacerlo, pensar que ya no puedo sonreír sin abrasador dolor.

—¿Por lo menos Farley y Shade están con ellos?

Los chicos asienten al unísono y casi río ante la visión. Normalmente son opuestos. Kilorn es delgado, donde Cal es corpulento. Kilorn es de cabello dorado y ojos verdes, mientras Cal es oscuro con una mirada como fuego vivo. Pero aquí, a la luz menguante, detrás de la película de sangre nublando mi mirada, empiezan a parecerse.

—Crance también —añade Cal.

Parpadeo, perpleja.

—¿Crance? ¿Está aquí? Está… *¿con nosotros*?

—No es como que tuviera adonde ir —dice Cal.

—Y tú… ¿confías en él?

Kilorn se apoya contra la pared, metiendo sus manos en sus bolsillos.

—Salvó a Ada y ayudó a traer de vuelta a otros en los últimos días. ¿Por qué no deberíamos confiar en él? ¿Porque es un ladrón?

Como yo. Como yo lo era.

—Buen punto. —Aun así, no puedo olvidar el alto costo de la fe mal depositada—. Pero no podemos estar seguros, ¿cierto?

—No estás seguro de nadie. —Kilorn suspira, molesto. Rasca su zapato en el suelo, queriendo decir más, sabiendo que no debería.

—Ahora está con Farley. No es un mal explorador —añade Cal en apoyo. De Kilorn. Casi estoy sorprendida.

—¿Están de acuerdo en algo? ¿En qué mundo estoy despertando?

Una verdadera sonrisa divide la cara de Cal, así como la de Kilorn.

—No es tan malo como lo haces parecer —dice Kilorn, asintiendo hacia el príncipe.

Cal se ríe. Un ruido suave, contaminado por todo lo que vino antes.

—Igualmente.

Pico el hombro de Cal, solo para asegurarme que es sólido.

—Supongo que no estoy soñando.

—Gracias a mis colores, no lo estás —murmuras Cal, su sonrisa desapareciendo de nuevo. Pasa su mano por su mandíbula, rascando una delgada barba. No se ha afeitado desde Archeon, desde la noche que vio morir a su padre—. Ada es más útil que los fuera de la ley, si puedes creerlo.

—Puedo. —Un remolino de habilidades parpadea en mi mente, cada uno más poderoso que el anterior—. ¿Qué hace?

—Nada que haya visto nunca antes —admite. Su pulsera crepita, arrojando chispas que luego se convierten en una retorcida bola de fuego. Se queda en su mano un momento, nunca quemando su manga, antes que perezosamente la arroje a la pequeña fosa excavada en mitad del piso. El fuego emite calor y luz, sustituyendo la puesta de sol—. Es inteligente, increíblemente. Recuerda cada palabra de cada libro en la biblioteca del gobernador.

Y justo así, mi visión de otro guerrero es apagado.

—Útil —digo bruscamente—. Me aseguraré de pedirle que nos cuente una historia más adelante.

—Te dije que no lo entendería —dice Kilorn.

Pero Cal presiona.

—Tiene una memoria perfecta, una inteligencia perfecta. Cada momento de cada día, cada rostro que haya visto alguna vez, cada palabra de lo que haya escuchado alguna vez, *la recuerda*. Cada revista médica o libro de historia o un mapa que haya leído alguna vez, la entiende. Lo mismo ocurre también con las enseñanzas prácticas.

Por mucho que preferiría a un portador de tormenta, puedo entender el valor de una persona como ésta. Si solo Julian estuviera aquí. Se pasaría el día y la noche estudiando a Ada, tratando de entender una capacidad tan extraña.

—¿Lecciones prácticas? ¿Quieres decir entrenamiento?

Algo así como orgullo cruza el rostro de Cal.

—No soy un instructor, pero estoy haciendo lo que puedo para enseñarle. Ya tiene un tiro bastante decente. Y terminó el manual de vuelo Blackrun esta mañana.

Un jadeo escapa de mis labios.

—¿Puede volar el avión?

Cal se encoge de hombros, sus labios curvándose en una sonrisa.

—Voló a los demás a Cancorda y debería estar de vuelta pronto. Pero hasta entonces, debes descansar.

—He descansado durante cuatro días. *Ustedes* descansen. —Me levanto, estirándome para sacudir su hombro. No se mueve bajo mi reconocidamente débil empujón—. Ambos lucen como los muertos vivientes.

—Alguien tenía que asegurarse que seguías respirando. —El tono de Kilorn es ligero y otro podría pensar que está bromeando, pero lo conozco mejor—. Lo que sea que Maven te hizo, no puede volver a ocurrir.

El recuerdo del dolor al rojo vivo todavía está demasiado cerca. No puedo evitar estremecerme ante la idea de pasar a través de ello una vez más.

—Estoy de acuerdo.

Nos enseriamos ante la idea del nuevo poder que tiene Maven. Incluso Kilorn, siempre moviéndose o paseándose, se queda quieto. Mira por la ventana, hacia la pared de la noche que se acerca.

—Cal, ¿tienes algunas ideas en caso que se encuentre con esa cosa de nuevo?

—Si voy a obtener una lección, podría necesitar un poco de agua —digo, repentinamente consciente de mi garganta seca. Kilorn salta de su lugar en la pared, ansioso de ayudar. Dejándome a solas con Cal y el calor encerrándose.

—Creo que fue un dispositivo de sonda. Modificado, por supuesto —dice Cal. Sus ojos se desvían de nuevo hacia mi cuello, hacia las cicatrices de rayo que recorren de arriba a abajo por mi columna. Con sorprendente familiaridad, las traza de nuevo, como si tuvieran alguna pista. La parte inteligente quiere apartarlo, detener el príncipe de examinar mis marcas, pero el agotamiento y la necesidad superan cualquier otro pensamiento. Su tacto es tranquilizante, física y emocionalmente. Es la prueba que otra persona está conmigo. Que ya no estoy sola en el abismo.

»Nos topamos con sirenas en los lagos hace unos años. Dispararon ondas de radio, y causaron estragos en las naves Lakelander. Hizo imposible que se pudieran comunicarse entre sí, pero hizo lo mismo con nosotros. Todos tenían que navegar a ciegas. —Sus dedos se arrastran más abajo, siguiendo una rama nudosa del tejido cicatrizado a través de mi omoplato—. Supongo que éste despoja las ondas eléctricas, o estática, en gran magnitud. Lo suficiente como para incapacitarte, dejándote a ciegas y volteando tu rayo contra ti.

—Lo construyeron con demasiada rapidez. Solo han pasado unos días desde el Cuenco de los Huesos —murmuro de vuelta. Cualquier cosa más fuerte que un susurro podría romper esta frágil paz.

La mano de Cal se queda quieta, su palma plana contra mi piel desnuda.

—Maven se volvió contra ti mucho antes que el Cuenco de los Huesos.

Ahora lo sé. Lo sé con cada maldita respiración. Algo se libera, rompiéndose, doblando mi espalda para poder enterrar mi rostro entre mis manos. Cualquiera que sea la pared que puse para mantener alejados los recuerdos se desmorona de manera constante hasta volverse polvo. Pero no puedo dejar que me entierre. No puedo dejar que los errores que he cometido me entierren. Cuando el calor de Cal se envuelve alrededor, sus brazos alrededor de mis hombros, su cabeza metida contra mi cuello, me apoyo en él. Lo dejo protegerme, aunque juramos que no volveríamos a hacer esto de nuevo en las celdas de Tuck. No somos nada más que distracciones el uno para el otro, y las distracciones consiguen que te maten. Pero mis manos se cierran sobre las suyas, nuestros dedos entrelazándose, hasta que nuestros huesos son tejidos juntos. El fuego está muriendo, las llamas reducidas a cenizas. Pero Cal todavía está aquí. Nunca me dejará.

—¿Qué te dijo? —susurra.

Me alejo un poco, para poderlo ver. Con una mano temblorosa, jalo el cuello de la camiseta, mostrándole lo que hizo Maven. Sus ojos se abren cuando se posan en la marca. Una desigual *M* grabada en mi piel. Durante mucho tiempo, se queda mirando fijamente y temo que su ira pueda prenderme fuego de nuevo.

—Dijo que era un hombre de palabra —le digo. Las palabras son suficientes para quitar su mirada de mi más reciente cicatriz—. Que siempre me encontraría… y me salvaría. —Dejo salir una risa vacía. *La única persona de la que Maven tiene que salvarme es de él mismo*.

Con manos gentiles, Cal pone mi camiseta de nuevo en su lugar, ocultando la marca de su hermano.

—Eso ya lo sabíamos. Por lo menos ahora realmente sabemos por qué.

—¿Eh?

—Maven miente tan fácilmente como respira y su madre sostiene su correa, pero no su corazón. —Los ojos de Cal se ensanchan, implorándome que entienda—. Está cazando a los nuevasangres no para proteger su trono sino para hacerte daño. Para *encontrarte*. Para hacer que vuelvas a él. —Su puño se aprieta en su muslo—. Maven te quiere más que cualquier otra cosa en esta tierra.

Si Maven estuviera aquí ahora, podría arrancar sus horribles ojos inquietantes.

—Bueno, no puede tenerme. —Me doy cuenta de las consecuencias de esto y lo mismo ocurre con Cal.

—¿Ni siquiera si eso detiene la matanza? ¿Ni por los nuevasangres?

Las lágrimas pican mis ojos.

—No volveré. Por nadie.

Espero su juicio, pero en cambio sonríe y agacha su cabeza. Avergonzado de su propia reacción, como yo lo estoy de la mía.

—Pensé que te perderíamos. —Sus palabras son elegidas deliberadamente, dichas con cuidado. Así que me inclino hacia delante, poniendo una mano en su puño. Es toda la seguridad que necesita para seguir adelante—. Pensé que iba a perderte. Tantas veces.

—Pero todavía estoy aquí —digo.

Toma mi cuello entre sus manos como si no me creyera. Vagamente me recuerda a las garras de Maven, pero lucho contra el impulso de encogerme. No quiero que Cal se aleje.

He estado corriendo durante tanto tiempo. Desde antes que todo esto incluso comenzara. Incluso de vuelta en los Pilares, era una corredora. Evitando a mi familia, mi destino, todo lo que no quisiera sentir. Y todavía estoy corriendo ahora. De aquellos que me matarían… y aquellos que me amarían.

Tengo tantas ganas de detenerme. Quiero quedarme quieta, sin matarme o a otra persona. Pero eso no es posible. Debo seguir adelante, debo dañarme para salvarme, dañar a otros para salvar a otros. Dañar a Kilorn, dañar a Cal, dañar a Shade y Farley y Nix y todo el mundo lo suficientemente estúpido como para seguirme. También los estoy haciendo corredores.

—Entonces luchemos contra él. —Los labios de Cal se acercan más, calientes con cada palabra. Su agarre se aprieta, como si en cualquier momento alguien va a venir y me alejará de él—. Eso es lo que nos propusimos hacer, así que lo haremos. Construimos un ejército. Y lo matamos. A él y a su madre.

Matar a un rey no va a cambiar nada. Otro ocupará su lugar. Pero es un comienzo. Si no podemos dejar atrás a Maven, debemos detenerlo en seco. Por los nuevasangres. Por Cal. Por mí.

Soy un arma hecha de carne, una espada cubierta de piel. He nacido para matar a un rey, para poner fin a un régimen de terror antes que pueda comenzar realmente. Fuego y rayo elevaron a Maven y fuego y rayo le harán caer.

—No dejaré que te lastime de nuevo.

Su aliento me hace estremecer. Una sensación extraña, cuando estoy rodeada de tan ardiente calidez.

—Te creo —le digo, mintiendo.

Debido a que soy débil, me vuelvo hacia sus brazos. Debido a que soy débil, presiono mis labios contra los suyos, buscando algo que me haga dejar de correr, me haga olvidar. Ambos somos débiles, al parecer.

Mientras sus manos acarician mi piel, siento un tipo diferente de dolor. Peor que la máquina de Maven, más profundo que mis nervios. Me duele como un hueco, como un peso vacío. Soy una espada, nacida del rayo, de este fuego… y de Maven. Uno ya me ha traicionado y el otro podría irse en cualquier momento. Pero no le temo a un corazón roto. No le temo al dolor.

Me aferro a Cal, a Kilorn, a Shade, a salvar a todos los nuevasangres que pueda, porque tengo miedo de despertar al vacío, a un lugar donde mis amigos y mi familia se hayan ido y no soy nada más que un solo rayo de luz en la oscuridad de una solitaria tormenta.

Si soy una espada, soy una espada de cristal y siento que me estoy empezando a romper.

Simply Books

18

La dificultad con la temperatura es que, no importa cuán frío uno se encuentre, no importa cuánto calor necesitas, siempre, con el tiempo, se torna en demasiado. Recuerdo muchos inviernos pasados con la agrietada ventana abierta, dejando entrar el frío abrasador para combatir el fuego que ardía en la sala de estar de abajo. Algo en el aire helado me ayudó a dormir. Y ahora profundos suspiros de la brisa del otoño ayudan a que me calme, me ayudan a olvidar que Cal está de vuelta en la seguridad de la casa. *No debería haber hecho eso*, pienso, presionando una mano en mi piel febril. No sólo es una distracción, no puedo permitir un corazón roto esperando por ocurrir. Sus alianzas son inestables en el mejor de los casos. Un día se irá, o morirá, o me va a traicionar al igual que muchos hicieron. Un día, me va a hacer daño.

En lo alto, el sol se ha puesto por completo, pintando el cielo en oscuras rayas de rojo y naranja. *Tal vez*. No puedo confiar en los colores que veo. No puedo confiar mucho en nada más.

La casa de seguridad está construida en la cresta de una colina, en medio de un gran claro rodeado del bosque. Tiene vistas a un valle sinuoso lleno de árboles, lagos y constante bruma. Crecí en el bosque, pero este lugar es tan ajeno como Archeon o la Sala del Sol. No hay nada hecho por el hombre hasta donde alcanza la vista, ningún eco de un pueblo o ciudad de la granja. Aunque supongo que cerca hay una pista de aterrizaje escondida, si el avión todavía puede ser usado. Debemos estar profundamente fuera de pista Nortan, del norte y en el interior de Habor Bay. No conozco bien el estado de Regent, pero esto se parece a la región Greatwoods, dominado por el páramo, verdes montañas, y una frontera de tundra helada con los Lakelands. Está escasamente poblado, con suavidad gobernada por Temblores de Casa Gliacon y un maravilloso lugar para esconderse.

—¿Has terminado con él?

Kilorn es poco más que una sombra, apoyado en el tronco de un roble con las ramas extendidas hacia el cielo. Hay una jarra de agua olvidada a un lado de sus pies. No necesito ver su cara para saber que está molesto. Lo puedo escuchar muy bien.

—No seas cruel. —Estoy acostumbrada a darle órdenes, pero esto suena como una petición. Como se esperaba, me ignora, y sigue paseando.

—Creo que todos los rumores tienen algo de verdad. Incluso los que Maven gruñe. "Mare Barrow sedujo al príncipe para matar al rey". Es impactante saber que está casi en lo correcto. —Da unos cuantos pasos alejándose, recordándome

muchísimo a una seda Iral que entra sin ser sentido para un golpe final—. Porque el príncipe está sin duda embrujado.

—Si sigues hablando, te voy a convertir en una batería.

—Deberías conseguir nuevas amenazas —dice, sonriendo bruscamente. Se ha acostumbrado a mi gran charla con los años, y dudo que pudiera asustar con cualquier cosa, incluso mi rayo—. Es un hombre de gran alcance, en todas las formas de la palabra. No me malinterpretes, me alegro que estés sosteniendo las riendas.

No puedo dejar de burlarme en voz alta, riéndome en su cara.

—¿Alegre? Estás celoso, así de simple. No estás acostumbrado a *compartir*. Y no te gusta ser inútil.

Inútil. La palabra pica. Puedo decir por la contracción en su cuello. Pero no le impide elevarse sobre mí, su altura bloqueando las parpadeantes estrellas por encima de nosotros.

—La pregunta es, ¿estás bajo un hechizo también? ¿Te está utilizando de la misma forma en que lo estás utilizando?

—No estoy usando a nadie. —Una mentira, y ambos lo sabemos—. Y no sabes de lo que estás hablando.

—Tienes razón —dice en voz baja.

La sorpresa casi me hace caer. En más de diez años de amistad, nunca he oído esas palabras de Kilorn Warren. Es terco como un tocón de árbol, demasiado seguro de sí mismo para su propio bien, un bastardo la mayor parte del tiempo, pero ahora, en esta colina, no es nada de lo que era antes. Parece pequeño y débil, una luz tenue de mi antigua vida que parpadea de manera constante en la nada. Junto mis manos para evitar extender la mano y tocarlo, para demostrar que Kilorn todavía existe.

—No sé lo que te pasó cuando eras Mareena. No estaba allí para ayudarte a pasar por eso. No voy a decir que entiendo, o que lo siento por ti. Eso no es lo que necesitas.

Pero es exactamente lo que quiero, así que puedo estar enfadada con él. Entonces no tengo que escuchar lo que está a punto de decir. Lástima que Kilorn me conoce mejor que eso.

—Lo mejor que puedo hacer es decir la verdad, o al menos, lo que *creo* que es en la verdad. —Aunque su voz es constante, sus hombros suben y bajan con respiraciones profundas, jadeantes. *Está asustado*—. Será hasta que me creas o no.

Un tic tira de mis labios, revelando una dolorosa sonrisa. Estoy tan acostumbrada a ser empujada y tirada, manipulada para pensar y hacer por los más cercanos a mí. Incluso Kilorn es culpable de eso. Pero ahora me está dando la libertad que he querido durante tanto tiempo. Una opción, por pequeña que sea. Confía en que tengo el sentido de elegir, incluso si no lo hago.

—Estoy escuchando.

Empieza a decir algo más, luego se detiene. Las palabras se pegan, negándose a salir. Y por un segundo, sus ojos verdes se ven extrañamente húmedos.

—¿Qué, Kilorn? —Suspiro.

—¿Qué? —se hace eco, negando. Después de un largo segundo, algo encaja—. Sé que no sientes lo mismo que yo. Acerca de nosotros.

Me da el impulso de aplastar mi cabeza contra una roca. *Nosotros*. Se siente estúpido hablar, una pérdida tonta de tiempo y energía. Pero más que eso, es incómodo y embarazoso. Mis rojas mejillas están llameantes. Esta no es una conversación que he querido tener con él.

—Y eso está bien —presiona antes que pueda detenerlo—. Nunca me viste de la forma en que te veo, ni siquiera en casa, antes que todo esto sucediera. Pensé que tú podrías un día, pero… —Se encoge de hombros—. No se trata sólo que me ames.

Cuando era Mare Barrow de los Pilares, pensaba de la misma manera. Me preguntaba qué pasaría si sobrevivía al servicio militar obligatorio, y vi lo que el futuro tenía. Un matrimonio amigable con el niño pescador con ojos verdes, los niños que podría amar, una pobre casa de zancos. Parecía un sueño en ese entonces, una imposibilidad. Y lo sigue siendo. Siempre será. No amo a Kilorn, no de la manera que él quiere. Nunca lo haré.

Simply Books

—Kilorn —murmuro, dando un paso hacia él. Pero da dos hacia atrás—. Kilorn, eres mi mejor amigo, eres como de la familia.

Su sonrisa sangra tristeza.

—Y lo voy a ser, hasta el día que muera.

No te merezco, Kilorn Warren.

—Lo siento. —Me ahogo, sin saber qué más decir. Ni siquiera sé por qué estoy pidiendo disculpas.

—No es algo que se puede controlar, Mare —responde, todavía lejano—. No podemos elegir a quien amamos. Deseo, más que nada, que pudiéramos.

Me siento agrietada. Mi piel todavía está caliente de abrazo de Cal, recordando la sensación de él hace sólo unos momentos. Pero en lo más profundo de mí, a pesar de todas las fibras de mi ser, pienso más allá de la compensación, a los ojos de color hielo, una promesa vacía, y un beso a bordo de un barco.

—Puedes amarlo todo lo que quieras, no voy detenerte. Pero por mí, por tus padres, por el resto de nosotros, por favor, no dejes que te *controle*.

Una vez más, pienso en Maven. Pero Maven está muy lejos, una sombra en los bordes afilados del mundo. Él podría estar tratando de matarme, pero no puede controlarme, ya no. Kilorn sólo puede pensar en el otro hermano real, el hijo caído de la Casa Calore. *Cal*. Mi escudo contra las cicatrices y las pesadillas. Pero él es un guerrero, no un político o un criminal. No tiene la capacidad de manipular a nadie, y menos a mí. No es su naturaleza.

—Es Plateado, Mare. No sabes de lo que es capaz, o lo que realmente quiere.

Dudo que Cal lo haga tampoco. El príncipe exiliado está aún más a la deriva de lo que yo estoy, sin ningún tipo de lealtad o aliados más allá de una chica con un rayo temperamental.

—No es lo que piensas que es —digo—. No importa el color de su sangre.

Las navajas de afeitar a través de su cara, finas y afiladas.

—En realidad no crees eso.

—No creo —digo con tristeza—. Lo sé. Y hace todo más difícil.

Una vez, pensé que era la sangre del mundo entero la diferencia entre la oscuridad y la luz, una divisoria infranqueable e irrevocable. Esto hizo los Plateados potentes y fríos y brutales, inhumanos en comparación con mis hermanos Rojos. No eran como nosotros, incapaces de sentir dolor o remordimiento o bondad. Pero la gente como Cal, Julian, e incluso Lucas me han demostrado lo equivocada que estaba. Son tan humanos, tan llenos de miedo y esperanza. No están libres de pecados, pero tampoco ninguno de nosotros. Ni yo.

Si sólo fueran los monstruos que Kilorn cree que son. Si las cosas fueran así de simple. En silencio, en lo más profundo de mi corazón, envidio la estrecha ira de Kilorn. Me gustaría poder compartir su ignorancia. Pero he visto y sufrido demasiado para eso.

—Vamos a matar a Maven. Y a su madre —agrego con la garantía de un enfriamiento. *Mata al fantasma, mata a la sombra*—. Si mueren, los nuevasangres estarán a salvo.

—Y Cal será libre para reclamar su trono. Para hacer todo como era.

—Eso no va a suceder. Nadie le dejaría de nuevo en el trono, Rojo *o* Plateado. Y por lo que puedo decir, él no quiere.

—¿En serio? —Inmediatamente me gusta la sonrisa torciendo los labios de Kilorn—. ¿De quién fue la idea? ¿Para matar a Maven? —Cuando no contesto, la sonrisa crece—. Eso es lo que pensé.

—Gracias por tu honestidad, Kilorn.

Mi agradecimiento lo desconcierta, sorprendiéndolo tanto como él me sorprendió. Ambos hemos cambiado en los últimos meses, ya no es la chica y chico de los zancos listos para hablar de cualquier tema, y cada tema. Eran niños, y se han ido para siempre.

—Tendré en cuenta lo que me dijiste, por supuesto. —Mis lecciones nunca se han sentido tan cerca, ayudándome a saber despedir a Kilorn sin hacerle daño. Como una princesa lo haría con un criado.

Pero Kilorn no es dejado a un lado tan fácilmente. Sus ojos se estrechan en ranuras de color verde oscuro, viendo a través de mi máscara de cortesía. Se ve tan disgustado que espero que escupa.

—Un día pronto vas a perderte. —Respira—. Y no voy a estar allí para llevarte de vuelta.

Le doy la espalda a mi viejo amigo. Sus palabras pinchan, y no quiero oírlas, no importa cuánto sentido tengan. Sus botas crujen en la dura tierra cuando se aleja, dejándome de pie y mirando fijamente a los bosques. A lo lejos, un avión zumba, volviendo a nosotros.

Temo estar sola más que cualquier otra cosa. Entonces ¿por qué hago esto? ¿Por qué me aparto de la gente que quiero? ¿Qué está mal conmigo?

No lo sé.

Y no sé cómo hacer que se detenga.

Reunir un ejército es la parte fácil. Los registros de Harbor Bay nos llevan a nuevasangres en las ciudades y pueblos de toda la región Beacon, desde Cancorda a Tauro a los puertos medio inundados de las Islas Bahrn. Debido a la lista de Julian, nos expandimos, hasta que cada parte de Norta está a nuestro alcance. Incluso Delphie, la ciudad más austral del reino, está a sólo unas pocas horas en un avión.

Cada núcleo de población, por pequeña que sea, tiene una nueva guarnición de agentes Plateados con órdenes de capturarnos y entregarnos al rey. Pero no pueden proteger todos los objetivos en todo momento, y Maven todavía no es lo suficientemente fuerte en su reinado para secuestrar a cientos de la noche a la mañana. Atacaremos al azar, sin patrón, y por lo general agarramos el equilibrio. A veces tenemos suerte, y ellos ni siquiera saben que estamos ahí en absoluto. Shade prueba su tiempo de uso una y otra vez, al igual que Ada y Nix. Sus capacidades ayudan a encontrar el camino alrededor de las paredes de la ciudad, nos ayuda a ir por ellos.

Simply Books

Pero siempre se reduce a mí. Siempre soy la que se enfrenta a los nuevasangres, para explicar lo que son y qué tipo de peligro suponen para el rey. Entonces, se les da una opción, y siempre eligen vivir. Siempre nos eligen. Les damos un paso seguro a sus familias, dirigiendo los que quedan atrás a los diversos santuarios y bases operadas por la Guardia Escarlata. *Para Comandos*, como dice Farley, sus palabras más crípticas cada vez. Algunos incluso son enviados a la isla Tuck, a buscar la seguridad del Coronel. Él podría odiar a los nuevasangres, pero Farley me asegura que no les dará la espalda a los verdaderos Rojos.

Los nuevasangres que encontramos están asustados, algunos enojados, pero unos pocos se sorprenden, por lo general los niños. En su mayor parte porque no saben lo que son. Pero algunos lo hacen, y ya son frecuentados por las mutaciones de nuestra sangre.

En las afueras de la ciudad Haven, nos encontramos con Luther Carver. Un niño de ocho años con el cabello negro ralo, pequeño para su edad, hijo de un carpintero. Lo encontramos en el taller de su padre, dispensado de la escuela para aprender el oficio. Toma muy poco conseguir que el señor Carver nos deje entrar, aunque mira a Cal e incluso a Nix con recelo. Y el niño se niega a mirarme a los ojos, sus pequeños dedos retorciéndose con los nervios. Tiembla cuando hablo con él, e insiste en llamarme chica rayo.

—Tu nombre está en esta lista porque eres especial, porque eres diferente —digo—. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

El niño niega violentamente, sus largos mechones se deslizan hacia adelante y hacia atrás. Pero su bien llamado padre se levanta como un guardia a su espalda. Solemnemente, poco a poco, él asiente.

—Todo está bien, Luther, no es nada de lo que avergonzarse. —Llego a través de la mesa, los diseños intrincados son sin duda obra de Carver. Pero Luther aleja sus dedos de mi tacto y coloca sus manos en su regazo, retorciéndose fuera de mi alcance.

—No es nada personal —dice Carver, poniendo una tranquilizadora mano en el hombro de su hijo—. Luther no… simplemente no quiere causarte ningún daño. Esto viene y va… es cada vez peor, ya ves. Pero vas a ayudarlo, ¿verdad? —El pobre hombre se ve afligido, su voz quebrada. Mi corazón está con él, y me pregunto lo que mi padre haría en tal posición. Afrontado por las personas que entienden a su hijo, que pueden ayudar, pero que debe alejarse de ti—. ¿Sabes por qué es así?

Es una pregunta que me he hecho muchas veces, una pregunta que casi todos los nuevasangres hacen. Pero todavía no tengo respuesta.

—Lo siento, pero no lo sé, señor. Sólo sabemos que nuestras capacidades proceden de una mutación, algo en nuestra sangre que no se puede explicar.

Pienso en Julian y sus libros, su investigación. Nunca llegó a enseñarme sobre la División, el momento en el que la sangre plateada y roja se unió, sólo que pasó y resultó en el mundo de ahora. Supongo que una nueva División ha comenzado, en la sangre como la mía. Me estaba estudiando antes de su captura, tratando de averiguar la respuesta a esta pregunta exacta. Sin embargo, nunca tuvo la oportunidad.

Simply Books

Cal se coloca a mi lado, y cuando redondea la mesa, espero ver la máscara intimidatoria que mantiene tan cerca. En cambio, sonríe amablemente, tan grande que casi llega a sus ojos. Entonces se inclina de rodillas para poder mirar Luther a los ojos. El niño está paralizado por la visión, abrumado no sólo por la presencia de un príncipe, sino por toda su atención.

—Su Alteza —chilla, incluso tratando de saludar. A su espalda, su padre no es tan educado, y arruga su frente. Príncipes Plateados no son sus clientes favoritos.

Aun así, la sonrisa de Cal se profundiza, y sus ojos permanecen en el niño.

—Por favor, llámame Cal —dice, y extiende su mano. Una vez más, Luther se aleja, pero Cal no parece hacerlo. De hecho, apuesto a que lo esperaba.

Luther se sonroja, sus mejillas mostrando un precioso color rojo oscuro.

—Lo siento.

—No te preocupes —responde Cal—. De hecho, solía hacer lo mismo cuando era pequeño. Un poco más joven que tú, pero entonces tenía muchos, muchos, muchos profesores. Los necesitaba también —añade, guiñando un ojo. A pesar de su miedo, el niño sonríe un poco—. Pero sólo tienes a tu padre, ¿verdad?

El niño traga, su pequeño meneo de garganta. Luego asiente.

—Yo trato… —dice Carver, de nuevo agarrando el hombro de su hijo.

—Entendemos, señor —digo—. Más que cualquiera.

Luther empuja a Cal con su zapato, su curiosidad superando todo lo demás.

—¿Qué podría darle miedo?

Ante nuestros ojos, Cal extiende su palma que estalla en una turbulenta llama. Pero es extrañamente hermoso, una lenta llama de fuego bailando. Amarillo y rojo, perezoso en movimiento. Si no fuera por el calor, parecería un arte en lugar de un arma.

—No sabía cómo controlarlo —dice Cal, dejando que juegue entre los dedos—. Tenía miedo de las personas que queman. Mi padre, mis amigos, mi… —Su voz casi se quiebra—. Mi hermano pequeño. Pero aprendí a hacer como yo deseaba, para evitar hacerle daño a la gente que quería a salvo. Entonces puedes, Luther.

Mientras el niño se queda mirando, paralizado, su padre no está tan seguro. Pero no es el primer padre con el que nos enfrentamos, y estoy preparada para su siguiente pregunta.

—A los que llamas nuevasangres, ¿también pueden hacerlo? ¿Pueden controlar lo que son?

Mis propias manos crean chispas, cada una con un perno púrpura en torsión de la perfecta luz. Desaparecen en mi piel, sin dejar rastro.

—Sí, podemos, señor Carver.

Con una velocidad sorprendente, el hombre recupera una olla de un estante, y la coloca frente a su hijo. Una planta, tal vez un helecho, brota de la tierra. Cualquier otro lo habría confundido, pero Luther sabe exactamente lo que quiere su padre.

—Vamos, muchacho —lo presiona, su voz amable y gentil—. Muéstrales lo que necesita ser arreglado.

Antes que pueda intervenir en la forma de hablar, Luther tiende una mano temblorosa. Su dedo roza el borde de la hoja de helecho, con cuidado pero seguro. No pasa nada.

—Está bien, Luther —dice el señor Carver—. Puedes dejar que lo vean.

El niño lo intenta de nuevo, su ceño fruncido en concentración. Esta vez, toma el helecho por el tallo, sosteniéndolo en su pequeño puño. Y poco a poco, el helecho se riza bajo su toque, volviéndose negro y doblándose en sí mismo muriendo. Mientras vemos, paralizados, el señor Carver agarra algo más de la plataforma y lo coloca en el regazo de su hijo. Guantes de cuero.

—Cuiden bien de él —dice. Aprieta los dientes, cerrando firmemente contra la tormenta dentro de su corazón—. Prométanme eso.

Como todos los hombres de verdad, él no se inmuta cuando sacudo su mano.

—Le doy mi palabra, señor Carver.

Solo cuando estamos de vuelta en la casa de seguridad, que empezamos a llamar a Notch, me permito tener un momento a solas. Para pensar, decirme la mentira que fue bien hecha. Realmente no puedo prometer que este chico, o los otros como él, van a sobrevivir a lo que está por venir. Pero ciertamente espero hacerlo, y voy a hacer todo lo posible para que así sea.

Incluso si la aterradora capacidad de este chico es la muerte misma.

Simply Books

Las familias de los nuevasangres no son los únicos en huir. Las Medidas han hecho la vida peor que nunca antes, llevando a muchos Rojos a los bosques y fronteras, en busca de un lugar donde no serán trabajados hasta la muerte o colgados por salirse de la línea. Algunos vienen a pocos kilómetros de nuestro campamento, serpenteando hacia el norte a una frontera ya pintada con nieve del otoño. Kilorn y Farley quieren ayudarlos, dándoles alimentos o medicamentos, pero Cal y yo hacemos caso omiso de sus peticiones. Nadie puede saber acerca de nosotros, y los Rojos que marchan no son diferentes, a pesar de su destino. Seguirán dirigiéndose dirección al norte, hasta que lleguen a la frontera Lakelander. Algunos serán presionados en las legiones que sostienen la línea. Otros pueden tener la suerte de sucumbir al frío y al hambre en lugar de una bala en las trincheras.

Mis días se mezclan entre sí. Reclutamiento, entrenamiento, repetición. Lo único que cambia es el tiempo, como el invierno que se acerca más. Ahora cuando me despierto, mucho antes del amanecer, el suelo está cubierto de escarcha gruesa. Cal tiene que calentar el avión, liberar las ruedas y engranajes cubiertos de hielo. La mayoría de los días viene con nosotros, vuela el avión hacia cualquier nuevasangre que hemos elegido. Pero a veces se queda, eligiendo enseñar en lugar de volar. Ada es su sustituta en esos días, y es tan buen piloto como él después de haber aprendido a gran velocidad y precisión. Y su conocimiento de Norta, de todo desde los sistemas de drenaje para suministrar rutas, es asombroso. No puedo empezar a comprender cómo el cerebro puede almacenar tanto, y todavía tiene espacio para mucho más. Es una maravilla, al igual que cada nuevasangre que encontramos.

Casi todo el mundo es diferente, con extrañas habilidades más allá de lo que cualquier Plateado conocido puede hacer, o lo que incluso podría imaginar. Luther continúa sus intentos de controlar cuidadosamente su capacidad, encogiendo desde flores a árboles jóvenes. Cal cree que puede usar su poder para curarse a sí mismo, pero todavía tenemos que averiguarlo. Otra nuevasangre, una anciana que todos la llaman niñera, parece ser capaz de cambiar su apariencia física. Nos dio un buen susto cuando decidió bailar el vals por el campamento disfrazada de la reina Elara. A pesar de su edad, espero usar su poder lo suficientemente pronto. Ha demostrado mejorar en la formación de Cal, aprendiendo a disparar un arma de fuego y usar un cuchillo con el resto. Por supuesto, todo esto hace que el campamento sea muy ruidoso, y sin duda dibuja un aviso aún en lo profundo de los Greatwoods, si no fuera por una mujer llamada Farrah, el primer recluta después de Ada y Nix, quien puede manipular el sonido en sí. Absorbe las explosiones de disparos, sofocando cada ronda de balas de modo que ni siquiera una ondulación de eco sale en todo el valle.

Mientras los nuevasangres amplían sus habilidades, aprendiendo a controlarlos como lo hice, comienza la esperanza. Cal sobresale en la enseñanza, especialmente con los niños. No tienen los mismos prejuicios que los reclutas de edad avanzada, y lo siguen por todo el campamento, incluso cuando sus clases de formación se han terminado. Esto a su vez lleva a los nuevasangres de edad a la presencia del príncipe exiliado. Es difícil odiar a Cal cuando tiene niños pululando alrededor de sus tobillos, pidiendo otra lección. Incluso Nix ha dejado de mirarlo, aunque todavía se niega a hacer nada más que gruñirle a Cal.

No estoy tan dotada como el exilio, y llego a temer las sesiones de la mañana y tarde. Quiero culpar a mi inquietud por el agotamiento. La mitad de mis días me dedico a reclutar, viajando al siguiente nombre en la lista, pero eso no es en absoluto. Soy simplemente una pobre instructora.

Trabajo más cerca con una mujer llamada Ketha, cuyas capacidades son más físicas y parecidas a la mía. No puede crear electricidad o cualquier otro elemento, pero puede destruir. Al igual que los olvidos Plateados, puede explotar un objeto, haciéndolo volar en una nube de conmoción de humo y fuego. Pero mientras que los típicos olvidos son restringidos a cosas que realmente pueden tocar, Ketha no tiene ninguna limitación.

Ella espera pacientemente, mirando la roca en mi mano. Hago todo lo posible para no reducir el tamaño de su explosiva mirada, a sabiendas de lo que puede hacer. En la corta semana desde que la encontramos, se graduó en destrucción de papel, hojas, ramas, incluso piedra sólida. Al igual que con los otros nuevasangres, todo lo que necesitan es una oportunidad para revelar su verdadera identidad. Las habilidades responden en especie, como animales finalmente fuera de sus jaulas.

Simply Books

Mientras los demás entrenan en un amplio espacio, a nosotros nos deja en el extremo opuesto del claro Notch, no puedo hacer tal cosa.

—Control —digo, y ella asiente.

Me gustaría tener más que ofrecerle, pero mi orientación es lamentablemente deficiente. Tengo solamente un mes de entrenamiento de habilidad, en gran parte de Julian, que ni siquiera era un entrenador adecuado para empezar. Lo que es más, es muy personal para mí, y me resulta difícil de explicar exactamente lo que pretendo con Ketha.

—Control —repite.

Sus ojos rasgados, profundizando su enfoque. Extraño, sus marrones ojos son normales a pesar del poder que tienen. Al igual que yo, Ketha proviene de un pueblo de río, y podría pasar por mi hermana o tía, mucho más vieja. Su piel bronceada y el cabello gris en punta son recordatorios firmes de nuestros humildes orígenes injustos. De acuerdo con sus registros, ella era una maestra.

Cuando levanto la roca hacia el cielo, arrojándola tan lejos como puedo, me acuerdo de Arven, el instructor de Formación. Nos hizo dar en blancos con nuestras capacidades, perfeccionar nuestro objetivo y enfoque. Y en el Cuenco de los Huesos, me convertí en su objetivo. Casi me mata, y sin embargo aquí estoy, copiando sus métodos. Se siente mal, pero eficaz.

La roca se pulveriza, como si una pequeña bomba estallara en su interior. Ketha aplaude para ella, y me obligo a hacer lo mismo. Me pregunto si ella se sentirá diferente cuando sus habilidades sean puestas a prueba contra la carne en lugar de piedra. Supongo que puedo hacer que Kilorn nos atrape un conejo para que podamos utilizarlo de prueba.

Pero él se vuelve más distante con cada día que pasa. Lo ha tomado para alimentar el campamento, y pasa la mayor parte de su tiempo en la pesca o la caza. Si no estuviera tan preocupada con mis propios deberes, el reclutamiento y la formación,

intentaría y saldría de ella. Pero apenas tengo tiempo para dormir, y mucho menos convencer a Kilorn de vuelta al redil.

Por la primera nevada, hay veinte nuevasangres que viven en el campo, que van desde solteronas a chicos jóvenes. Por suerte, la casa de seguridad es más grande de lo que pensé la primera vez, que se remonta a la colina en un laberinto de cámaras y túneles. Unos pocos tienen ventanas, pero la mayoría son oscuras, y al final tienen que robar linternas así como nuevasangres de cada lugar que visitamos. En el momento que la primera nieve cae, el Notch nos duerme cómodamente a los veintiséis que somos, con espacio para más. La comida es abundante gracias a Kilorn y Farrah, que lo convierte en un cazador silencioso. Los suministros llegan con cada oleada de reclutas, que van desde ropa de invierno a incluso un poco de sal. Farley y Crance utilizan sus lazos criminales para conseguir lo que necesitamos, pero a veces recurren al robo pasado de moda. En el plazo de un mes, somos una máquina bien engrasada, bien escondida.

Maven no nos ha encontrado, y llevamos un control sobre él lo mejor que podemos. Los postes indicadores y periódicos lo hacen fácil. *El rey visita Delphie, rey Maven y señora Evangeline; soldados de revisión en el Fuerte Lencasser, el recorrido de la coronación continúa por el Estado Rey*. Los titulares señalan su ubicación, y sabemos lo que significa cada uno de ellos. Nuevasangres muertos en Delphie, en Lencasser, en cada lugar que visita. Su gira de coronación es sólo otro velo de secreto, ocultando un desfile de las ejecuciones.

A pesar de todas nuestras habilidades y trucos, no somos lo suficientemente rápidos como para salvar a todos. Por cada nuevasangre que descubrimos y traemos de vuelta a nuestro campamento, hay dos más que cuelgan de la horca, "perdidos", o sangrando en las alcantarillas. Unos cuerpos muestran signos reveladores de la muerte por magnetrón, heridos o estrangulados por barras de hierro. Ptolemus sin duda, aunque Evangeline podría estar allí también, tomando sol en el resplandor de un rey. Ella será la reina muy pronto, y sin duda va a hacer lo posible para mantener a Maven cerca. Una vez, eso me enfurecería, pero ahora siento más que lástima por la chica magnetrón. Maven no es Cal, y él la matará si le conviene. Justo como el nuevasangre, muerto para mantener vivas sus mentiras, para mantenernos en la carrera. Muerto, porque Maven ha calculado mal. Él cree que suficientes cadáveres me harán volver.

Pero no lo haré.

19

Después de tres días de no encontrar nada, excepto nuevasangres muertos, tres días de fracasos, viajamos a Templyn. Una ciudad tranquila de camino a Delphie, en su mayoría residencial, consistiendo en vastas propiedades de Plateados y casas estrechas en filas de Rojos a lo largo del río. Amos y criados. Templyn es complicado, no tiene grandes bosques, túneles, calles llenas de gente para ocultarse. Por lo general, usaríamos a Shade para deslizarnos dentro de las paredes, pero hoy no está con nosotros. Ayer se torció la pierna, lo que agrava aún más su músculo en curación, y lo obligué a quedarse. Cal también falta, después de haber elegido enseñar, dejando que Ada se encargara del Blackrun. Ella todavía está allí, acogedora en el asiento del piloto, leyendo como siempre lo hace. Trato de no estar nerviosa para liderar como lo haría Cal, pero me siento extrañamente desnuda sin él y sin mi hermano. Nunca he estado sin los dos en una misión de reclutamiento, y este es un campo de prueba. Para mostrarle a los demás que no sólo soy un arma a ser liberada, sino también alguien dispuesta a luchar *con* ellos.

Por suerte, tenemos una asombrosa ventaja nueva. Un nuevasangre llamado Harrick, salvado de los pozos de la mina de Orienprantis hace dos semanas. Este será su primer reclutamiento, y con suerte sin incidentes. El hombre es tímido y tembloroso, con los músculos fibrosos de un albañil. Farley y yo nos aseguramos de flanquearlo en la carreta, silenciosamente vigilantes, en caso que decida lanzarse fuera. Los otros que están con nosotros, Nix frente a mí y Crance conduciendo la carreta, están más preocupados por la carretera.

Nuestro carruaje está en consonancia con muchos otros, comerciantes o trabajadores dirigiéndose hacia el centro de la ciudad por trabajo. Las manos de Crance aprietan las riendas de nuestro caballo de carruaje robado, uno viejo, manchado, con un ojo ciego y un casco malo. Pero lo insta a que continúe, manteniendo el ritmo con el resto, tratando de mezclarse. Los límites de la ciudad se ciernen ante nosotros, marcados por una puerta abierta flanqueada por columnas intricadas de piedra. Una bandera está encadenada entre ellas, una bandera familiar de una casa familiar. Rayas de color naranja y rojo, casi sangrando juntos a la luz de la mañana. Casa Lerolan, Olvidos, los gobernadores de la región Delphie. Parpadeo, recordando los cuerpos de los tres Olvidos, Lerolans todos muertos en el tiroteo en la Sala del Sol. El padre, Belicos, asesinado por Farley y la Guardia Escarlata. Y sus hijos gemelos, apenas más que unos bebés, volados en pedazos por la explosión que siguió. Sus rostros muertos cubrieron todo el reino, en cada emisión, otra bandera de lucha de

la propaganda Plateada. *La Guardia Escarlata mata niños. La Guardia Escarlata debe ser destruida*.

Le echo un vistazo a Farley, preguntándome si ella sabe lo que significa la bandera, pero se centra en los oficiales por delante. Al igual que Herrick. Sus ojos reducidos en concentración y sus temblorosas manos apretadas. En silencio, toco su brazo, animándolo.

—Puedes hacer esto —murmuro.

Me ofrece la más pequeña sonrisa, y me enderezo asegurándolo. Creo en su habilidad, ha estado practicando cada vez que puede, pero debe creer en él mismo.

Nix está tenso, sus músculos están abultados debajo de su camisa. Farley es menos obvia, pero sé que está tentada por el cuchillo en su bota. No voy a mostrar el mismo miedo, por el bien de Harrick.

Los agentes de seguridad se encargan de la puerta, echan un vistazo a cada persona que la atraviesa. Buscando sus caras y a través de sus mercancías, sin molestarse en comprobar sus tarjetas de identificación. A estos Plateados no les importa lo que está escrito en un pedazo de papel, sus órdenes son encontrarme y a los míos, no a un agricultor alejándose demasiado de su pueblo. Muy pronto, nuestro carruaje es el siguiente, y sólo el sudor en el labio superior de Harrick indica que no está haciendo nada en absoluto.

Simply Books

Crance detiene el caballo y la carreta, deteniéndose ante la orden de un Oficial de Seguridad. Mantiene su mirada gacha, respetuoso, vencido, mientras el oficial clava sus ojos en él. Como era de esperar, nada lo altera. Crance no es un nuevasangre, ni es un socio conocido de los nuestros. Maven no estará cazándolo. El oficial gira alrededor de la carreta, mirando en el interior. Ninguno de nosotros se atreve a moverse, o incluso a respirar. Harrick no es tan hábil para enmascarar el sonido, sólo la vista. Entonces, los ojos del oficial encuentran los míos y me pregunto si Harrick ha fallado. Pero después de un momento de infarto, sigue avanzando, satisfecho. *No puede vernos*.

Harrick es un nuevasangre de un extraordinario tipo. Puede crear ilusiones, espejismos, hacer que la gente vea lo que no está allí. Y nos ha ocultado a la vista, haciéndonos invisibles en nuestro carruaje *vacío*.

—¿Estás transportando aire, Rojo? —dice el oficial con una mueca de odio.

—Recolección de embarque, con destino al interior de Delphie —responde Crance, diciendo exactamente lo que dijo Ada. Ayer se la pasó estudiando las rutas comerciales. Una hora de lectura y es una experta en importaciones y exportaciones del Norta—. Lana hilada, señor.

Pero el oficial ya está alejándose, sin preocuparse.

—Continúe —dice, agitando una mano enguantada.

La carreta se tambalea y la mano de Harrick agarra la mía, apretando con fuerza. Se la aprieto en respuesta, implorándole que resista, que siga luchando, que mantenga la ilusión hasta que estemos dentro de Templyn y lejos de la puerta.

—Un minuto más —susurro—. Casi llegamos.

Nos desviamos de la carretera principal antes de entrar al mercado, zigzagueando a través de las calles laterales medio vacías, llenas de humildes tiendas Rojas y hogares. Los otros registran, sabiendo lo que estamos buscando, mientras mantengo mis atenciones en Harrick.

—Casi ahí —digo de nuevo, con la esperanza de estar en lo cierto. En cualquier momento, su fuerza fallará, y nuestra ilusión caerá, revelándonos a todos a la calle. Las personas aquí son Rojos, pero sin duda reportarán un carruaje de repente lleno de los fugitivos más buscados del país.

—Izquierda —dice Nix con voz ronca, y Crane obedece. Mueve la carreta con cuidado hacia una casa de madera con cortinas de color carmesí. A pesar del sol, brillando por encima, una vela arde en la ventana. *Rojo como el amanecer*.

Hay un callejón al lado de la casa, bordeada por la casa de la Guardia Escarlata y dos casas vacías y abandonadas. Dónde están sus ocupantes, no lo sé, pero probablemente huyeron de Las Medidas o fueron ejecutados por intentarlo. Es una cubierta suficiente para mí.

—Ahora, Herrick —le digo. Él responde con un masivo suspiro y la protección de la ilusión se ha ido—. Bien hecho.

No perdemos tiempo saltando de la carreta y deslizándonos hasta la casa de los Guardias, usando el alero del techo para ocultarnos lo mejor que podemos. Farley se adelanta y golpea tres veces la puerta lateral. Se abre rápidamente, mostrando nada más que oscuridad. Farley entra sin vacilación, y nosotros seguimos.

Mis ojos se adaptan rápidamente a la casa a oscuras, y estoy sorprendida por la similitud a mi casa en los Pilares. Simple, desordenada, sólo dos habitaciones con pisos de maderas nudosas y ventanas sucias. Las bombillas de luz del techo son de color oscuro, o rotas o faltan, vendidas por comida.

—Capitana —dice una voz. Una mujer mayor de cabello gris acero, aparece cerca de la ventana y extingue la vela. Su cara se alinea con la edad, sus manos tienen cicatrices. Y alrededor de su muñeca, un tatuaje familiar. Una sola banda roja, justo como el viejo Will Whistle.

Al igual que en Harbor Bay, Farley frunce el ceño y estrecha la mano de la mujer.

—No soy…

Pero la mujer sacude su mano.

—De acuerdo con el coronel, pero no con el Comando. Tienen otras ideas en lo que a ti concierne. —*Comando*. Ella nota mi interés y baja su cabeza a modo de saludo—. Señorita Barrow. Soy Ellie Whistle.

Alzo una ceja.

—¿Whistle? —digo—. ¿Eres pariente de…?

Ellie me interrumpe antes que pueda terminar.

—Probablemente no. Whistle es un apodo en su mayoría. Significa que soy una contrabandista. Silbidos en el viento, todos nosotros. —*En efecto*, Will Whistle y su

viejo vagón siempre estaban llenos de productos de contrabando o robados, muchos de ellos cosas que compré—. Soy Guardia Escarlata también —añade.

Sabía eso, por lo menos. Farley ha estado en contacto con su gente durante las últimas semanas, los que no están bajo el mando del coronel, quienes nos ayudarían a mantener nuestros movimientos en secreto.

—Muy bien —le digo—. Estamos aquí por la familia Marcher. —Dos de ellos, para ser precisa. *Tansy y Matrick Marcher, gemelos a juzgar por sus cumpleaños*—. Necesitarán ser retirados de la ciudad, dentro de una hora si es posible.

Ellie escucha atentamente, toda negocios. Se desplaza y atrapo un vistazo de la pistola en su cadera. Mira a Farley, y cuando ella asiente, Ellie hace lo mismo.

—Eso puedo hacerlo.

—Suministros también —agrega Farley—. Vamos a tomar comida si tienes, pero ropa de invierno será mejor.

Otro asentimiento.

—Sin duda lo intentaremos —dice Ellie—. Tendré listo todo lo que podemos darles lo más rápido posible. Sin embargo, puede que necesite un par extra de manos.

—Lo tengo —ofrece Crance. Su corpulencia sin duda ayudará a acelerar el proceso.

No puedo creer la buena voluntad de Ellie y tampoco Farley. Intercambiamos miradas cargadas mientras Ellie se pone a trabajar, abriendo armarios y tablas del suelo en sucesión, revelando compartimentos ocultos por toda la casa.

—Gracias por tu cooperación —dice Farley por encima de su hombro, tranquilamente suspicaz. Como lo estoy yo, observando cada movimiento que hace Ellie. Es vieja, pero ágil, y me pregunto si estamos realmente solos en esta casa.

—Como dije, recibo órdenes del Comando. Y ellos enviaron un aviso. Ayuden a la capitana Farley y la chica rayo, sin importar lo que cueste —dice sin molestarse en mirarnos.

Mis cejas se levantan, conmocionada y gratamente sorprendida.

—Tendrás que ponerme al tanto —le murmuro a Farley. Una vez más, me sorprende cuán organizada y arraigada parece ser la Guardia Escarlata.

—Más tarde —responde—. ¿La familia Marcher?

Mientras Ellie le da direcciones, me muevo para estar junto a Harrick y Nix. Aunque este es el primer reclutamiento de Harrick, Nix piensa que esto es algo viejo, y con razón. He perdido la cuenta de cuántas veces me ha acompañado a territorio hostil, y estoy muy agradecida por ello.

—¿Listo, chicos? —pregunto, flexionando mis dedos. Nix hace todo lo posible para lucir brusco y despreocupado, un veterano de nuestras misiones, pero no me pierdo el destello de miedo en los ojos de Harrick—. Esto no será tan difícil como entrar. Menos gente para esconderse, y los oficiales no se molestan en mirar esta vez. Tienes esto.

—Gracias, uh, Mare. —Se endereza, hinchando su pecho, sonriendo para mi beneficio. Le sonrío en respuesta, a pesar que su voz tiembla cuando dice mi nombre. La mayoría de ellos no saben cómo llamarme. Mare, señorita Barrow, la chica rayo, algunos incluso me dicen *mi lady*. Los apodos pican, pero no tanto como el último. No importa lo que haga, no importa cuánto intente ser uno de ellos, me ven como algo aparte. Ya sea una líder o una leprosa, pero siempre una extraña. Siempre separada.

En el callejón, Crane empieza a cargar la carreta, sin molestarse en mirarnos desaparecer con la gracia de una sombra Plateada. Pero a diferencia de ellos, Harrick no sólo puede desviar la luz, creando claridad u oscuridad, puede conjurar cualquier cosa que quiera. Un árbol, un caballo, cualquier otra persona completamente. Ahora que estamos en la carretera, nos enmascara como Rojos oscuros con caras sucias y capuchas. Somos comunes y corrientes, incluso para nosotros. Me dice que así es más fácil hacernos desaparecer, y es una mejor alternativa en la multitud. Las personas no van a preguntarse por el bulto en el aire.

Farley dirige, siguiendo las instrucciones de Ellie. Tenemos que cruzar la plaza del mercado, pasando los ojos de muchos oficiales de seguridad, pero ninguno hace que nos detengamos. Mi cabello vuela en el escaso viento, enviando un mechón rubio-blanco sobre mis ojos. Casi río. Cabello rubio... en *mí*.

Simply Books

La casa Marcher es pequeña, con un segundo piso construido apresuradamente que luce propenso a colapsar encima de nosotros. Pero tiene un jardín bonito con enredaderas de vino demasiado grandes y árboles desnudos. En verano, debe lucir asombroso. Escogimos pasar por ahí, haciendo todo lo posible por no hacer ruido en el follaje.

—Somos invisibles ahora —murmura Harrick. Cuando miro en su dirección, me doy cuenta que ha desaparecido. Sonrío, pensando en que nadie puede verlo.

Alguien llega a la puerta trasera antes que yo y toca. Nadie contesta, ni siquiera un crujido adentro. Deben estar durante el día, trabajando. A mi lado, Farley maldice en una respiración.

—¿Esperamos? —Aspira. No la puedo ver, pero veo el soplo de la nube de su respiración donde debe estar su cara.

—Harrick no es una máquina —digo, hablando por él—. Esperemos dentro.

Avanzo hacia la puerta, chocando con su hombro, y me apoyo en una rodilla frente a la cerradura. Una sencilla. Podría quitarla hasta dormida, y no toma nada ahora. En unos segundos, soy recibida por el sonido familiar, y satisfactorio clic.

La puerta oscila abriéndose en los chirriantes goznes y me congelo, esperando por lo que podría haber adentro. Igual que la casa de Ellie, el interior está oscuro y aparentemente abandonado. De todas formas espero otro momento, escuchando cuidadosamente. Nada se mueve adentro, y no siento el estremecimiento de la electricidad. O los Marchers están sin provisiones, o ni siquiera tiene electricidad en absoluto. Satisfecha, hago una seña por encima de mi hombro, pero no pasa nada. *No pueden verte, idiota*.

—Adelante —susurro, y siento a Farley a mis espaldas.

Una vez que la puerta está cerrada sin peligros otra vez, nos volvemos con una mirada. Le sonrío a Harrick, otra vez agradecida por sus habilidades y fuerza, pero el olor me congela. El aire está viciado aquí, tranquilo y un poco acido. Con un rápido manotazo de mi mano, quito medio centímetro de polvo de la mesa de la cocina.

—Quizás huyeron. Mucha gente lo ha hecho —ofrece Nix rápidamente.

Algo atrae mi atención, el más pequeño susurro. No una voz, sino un destello. Apenas ahí, tan suave que casi me lo pierdo. Procedente de la canasta junto a la chimenea, cubierto con un paño rojo sucio. Me dirijo hacia eso, atraída por el pequeño faro.

—No me gusta esto. Necesitamos reagruparnos en la casa de Ellie. Harrick recupérate y prepárate para otra ilusión —gruñe Farley lo más suave que puede.

Mis rodillas raspan la piedra mientras me arrodillo sobre la canasta. El olor es más fuerte aquí. También lo es el brillo. No debería estar haciendo esto. Sé que no me gustará lo que encuentre. *Lo sé*, pero no puedo evitar sacar el paño. La tela está pegajosa y jalo, revelando lo que hay debajo. Después de un entumecido segundo, me doy cuenta lo que estoy viendo.

Simply Books

Caigo hacia atrás, gateo, jadeando, casi gritando. Las lágrimas bajan más rápido de lo que nunca pensé que podrían. Farley es la primera a mi lado, envolviéndome en sus brazos, sosteniéndome firme.

—¿Qué es? Mare, qué…

Se detiene brevemente, ahogándose con las palabras. *Ve lo que yo veo*. Y los otros ven lo mismo. Nix casi vomita, y estoy sorprendida que Harrick no se desmaye.

En la canasta hay un bebé, no más de un par de días de nacido. Muerto. Y no por abandono o negligencia. El paño está empapado de su sangre. El mensaje es asquerosamente claro. *Los Marchers también están muertos*.

Un pequeño puño, clavado con la rigidez de la muerte, sosteniendo un diminuto artefacto. *Una alarma*.

—Harrick —siseo a través de mis lágrimas—. Escóndenos. —Su boca cae abierta, confundido, y tomo su pierna en desesperación—. *Escóndenos*.

Desaparece ante mis ojos, y en el momento preciso.

Oficiales aparecen en las ventanas, estallando a través de cada puerta, con las armas levantadas, todos disparando.

—¡Estás rodeada, chica rayo! ¡Sométete al arresto! —gritan en sucesión, como si repetirse hiciera alguna diferencia.

En silencio, me meto cuidadosamente debajo de la mesa de la cocina. Sólo espero que los otros tengan el juicio de hacer lo mismo.

No menos de veinte oficiales entran, pisando fuerte. Cuatro se separan, avanzando hacia las escaleras, y un par de botas se detienen en el bebé. La mano libre del oficial se retuerce y sé que debe estar mirando el pequeño cuerpo. Después de un momento muy largo, vomita en la chimenea.

—Relájate, Myros —dice uno de ellos, apartándolo—. Pobre cosa —añade, moviéndose y pasando al bebé—. ¿Alguien arriba?

—¡Nadie! —replica otro, volviendo abajo—. La alarma debió haber funcionado mal.

—¿Estás seguro? El gobernador nos despellejará si nos equivocamos.

—¿Ve algo aquí, señor?

Casi jadeo cuando el oficial se agacha justo frente a mí. Su mirada barre de atrás hacia delante bajo la mesa, buscando. Siento una pequeña presión en mi pierna, uno de los otros. No me atrevo a responder con un empujón propio, y sostengo mi respiración.

—No —dice el oficial finalmente, poniéndose de pie—. Falsa alarma. Vuelvan a sus puestos.

Se van tan rápido como se abalanzaron, pero no me atrevo a respirar hasta que las pisadas están muy lejos. Entonces jadeo, mientras Harrick deja caer la ilusión, y todos regresamos a la vista.

Simply Books

—Bien hecho —exhala Farley, palmeando a Harrick en el hombro. Como yo, apenas puede hablar, y se pone en pie con ayuda.

—Pude haberlos atrapado —se queja Nix, rodando desde debajo de las escaleras. Cruza hasta la puerta con cortas zancadas, una mano lista en el pomo—. De todas formas no quiero estar aquí si regresan.

—¿Mare? —El toque de Farley en mi hombro es suave, especialmente para ella.

Me doy cuenta que estoy parada frente al bebé, mirando. No había bebés en la lista de Julian, no había niños por debajo de los tres años. Este no era un nuevasangre, no según nuestros registros o alguno que Maven pudiera poseer. El niño murió simplemente porque ella estaba aquí. Por nada.

Con determinación, me quito la chaqueta. No voy a dejarla aquí así, con sólo su propia sangre por sábana.

—Mare, no lo hagas. Sabrán que estuvimos aquí…

—Déjalos que sepan.

La pongo encima de ella… y lucho con todo lo que tengo, contra la urgencia de recostarme a su lado y nunca levantarme. Mis dedos rozan su pequeño y frío puño. Hay algo debajo. *Una nota*. Suave y rápidamente la deslizo en mi bolsillo antes que alguien más pueda verla.

Cuando finalmente estamos de regreso con Ada y el avión, me atrevo a leerla. Está fechada de ayer. *Ayer*. Estuvimos tan cerca.

22 de Octubre.

Un crudo sobre, lo sé. Pero necesario. Tú debes saber lo que estás haciendo, lo que me estás forzando a hacerles a estas personas. Cada cuerpo es un mensaje para ti, y para mi hermano. Ríndete ante mí, y me detendré. Ríndete, y ellos vivirán. Soy un hombre de palabra.

Hasta que nos reunamos otra vez,

Maven.

Llegamos a Notch al anochecer. No puedo comer, no puedo hablar, no puedo dormir. Los otros discuten lo que pasó en Templyn, pero nadie se atreve a preguntarme. Mi hermano lo intenta pero me alejo, más profundo en las madrigueras de nuestro refugio. Me encojo de miedo en el estrecho agujero de la habitación, convenciéndome que necesito estar sola por ahora. En otras noches, odio esta solitaria habitación, estando separada de las otras. Ahora la odio incluso más, pero no me atrevo a unirme a los demás. En su lugar, espero a que todos se duerman antes de dejarme deambular. Tomo la manta, pero no hace nada por el frío, dentro y fuera.

Me digo que es el frío del otoño lo que me envía hasta su habitación, y no el sentimiento de vacío en mi estómago. Ni el frío abismo que crece con cada fracaso. Ni la nota en mi bolsillo, quemando un agujero directo a través de mí.

Fuego baila en el piso, confinado en una nítida pendiente rodeado de piedras. Incluso en las extrañas sombras, puedo ver que está despierto. Sus ojos parecen vivos con llamas, pero sin furia. Ni siquiera confundidos. Con una mano, saca la manta de su cama, y se desliza para hacerme espacio.

—Está frío aquí —le digo.

Él sabe lo que realmente quiero decir.

—Farley me contó —murmura cuando me acomodo. Cruza su brazo por mi cintura, suave y cálido, significando nada más que consuelo. Presiona la otra contra mi espalda, sus palmas aplanan mis cicatrices. *Estoy aquí*, dice.

Quiero decirle de la oferta de Maven. ¿Pero qué bien puede hacer? Podría sólo rehusarse como lo he hecho, y tengo que sufrir el remordimiento de ese rechazo conmigo. Esto sólo le causaría dolor, el verdadero objetivo de Maven. Y en esto, no permitiré que Maven gane. Ya me ha vencido. No vencerá a Cal.

De alguna forma, me quedo dormida. No sueño.

20

De aquel día en adelante, su recámara se convierte en nuestra. Es un acuerdo no verbal, dándonos a ambos algo a lo que aferrarnos. Estamos muy cansados como para hacer algo más que dormir, aunque estoy segura que Kilorn piensa lo contrario. Deja de hablarme e ignora a Cal completamente. Parte de mí quiere unirse a los otros en los grandes dormitorios, donde los niños susurran en la noche y Nanny los calla a todos. Los ayuda a unirse. Pero los asustaría, me quedaría con Cal, la única persona que realmente no me teme.

No me mantiene despierta adrede, pero cada noche lo siento removerse. Las pesadillas son peores que las mías y sé exactamente de qué está soñando. El momento en que separó la cabeza de su padre de los hombros. Aunque finjo dormir, sabiendo que no quiere que le vean en ese estado. Pero siento las lágrimas en mis mejillas. A veces creo que me queman, pero no me despierto con ninguna cicatriz nueva. Al menos no del tipo visible.

Incluso aunque pasamos todas las noches juntos, Cal y yo no hablamos mucho. No hay mucho que decir a parte de nuestras obligaciones. No le hablo de la primera nota o la siguiente. Aunque Maven está lejos, aún se las arregla para meterse entre nosotros. Puedo verlo en los ojos de Cal, un sapo ocupando la cabeza de su hermano, tratando de envenenarlo del interior al exterior. No sé por qué, pero no puedo destruir a ninguno de los dos y no le cuento a nadie su existencia.

Debería quemarlos, pero no lo hago.

Encuentro otra carta en el Corvium, durante otro reclutamiento. Sabemos que Maven estaba en camino a esta área, visitando la última ciudad clave antes de los alrededores de Choke. Pensamos que podíamos vencerle allí. Sin embargo nos encontramos con que el rey ya se había ido.

31 de octubre

Te esperaba en mi coronación. Parecía el tipo de cosa que a tu Guardia Escarlata le encantaría tratar de arruinar, incluso aunque era bastante pequeña. Aún se supone que estemos de luto por padre, y algo grande parecería irrespetuoso. Especialmente con Cal aún allí, corriendo de un lado a otro contigo y tu gentío. Muy pocos le tienen lealtad, según madre, pero no te preocupes. Lo están abordando. No llegará ninguna crisis de sucesión Plateada y apartará a mi hermano de tu cadena. Si puedes, deséale un feliz cumpleaños por mí. Y asegúrale que será el último.

Pero el tuyo está cerca, ¿no es cierto? No tengo dudas que lo pasaremos juntos.

Hasta que volvamos a vernos,

Maven

Su voz habla cada palabra, usando la tinta como cuchillos. Por un momento se me revuelve el estómago, amenazando con echar mi cena sobre todo el suelo de tierra. La náusea dura el tiempo suficiente para salir de la cama, del abrazo de Cal, hacia mi caja de suministros en la esquina. Como en casa, mantengo mis adornos escondidos y hay dos notas más de Maven arrugadas en el fondo.

Cada una lleva el mismo final. *Hasta que volvamos a vernos*.

Siento como unas manos rodean mi cuello, amenazando con quitarme la vida. Cada palabra aprieta el agarre, como si la sola tinta pudiese estrangularme. Por un segundo, temo no poder volver a respirar. No porque Maven aún insiste en atormentarme. No, la razón es mucho peor.

Porque le echo de menos. Echo de menos al chico que pensé que era.

La marca que me hizo quema con el recuerdo. Me pregunto si también puede sentirlo.

Cal se remueve en la cama detrás de mí, no por una pesadilla sino porque es hora de levantarse. Apresuradamente, guardo las notas y me marcho de la habitación antes que abra los ojos. No quiero ver su compasión, aún no. Eso será mucho para soportar.

—Feliz cumpleaños —susurro al pasillo vacío.

He olvidado el abrigo y el frío de noviembre me pincha la piel mientras salgo de la casa de seguridad. El claro está oscuro antes del amanecer, así que apenas puedo ver los tejados en el bosque. Ada se sienta al lado de las brasas de la fogata, encaramada a un tembloroso montón de mantas y bufandas de lana. Siempre es la última en vigilar, prefiriendo levantarse antes que el resto. Su acelerado cerebro le permite leer los libros que le llevo y, al mismo tiempo, mantener un ojo en el bosque. Muchas mañanas, está adquiriendo una nueva habilidad en el tiempo que el resto se está levantado. Solo la semana pasada, aprendió Tirax, el lenguaje de una extraña nación al sureste, también cirugía básica. Pero hoy, no sostiene ningún libro y no está sola.

Ketha está de pie junto al fuego de brazos cruzados. Mueve rápidamente los labios, pero no puedo escuchar lo que está diciendo. Y Kilorn se acurruca cerca de Ada, sus pies casi en las brasas. Mientras me acerco cautelosamente, puedo ver que frunce el ceño con gran concentración. Con un palo en la mano, dibuja líneas en la tierra. *Letras*. Un trazo bruto y deprisa, formando palabras rudimentarias como *bote, arma* y *casa*. La última palabra es más larga que el resto. *Kilorn*. La vista casi lleva lágrimas nuevas a mis ojos. Pero son lágrimas de felicidad, algo desconocido para mí. El vacío hueco en mi interior parece encogerse, aunque solo un poco.

—Difícil, pero lo estás consiguiendo —comenta Ketha, alzando la esquina de la boca en una sonrisa ladeada. *Una profesora de verdad*.

Kilorn me nota antes de poder acercarme mucho más, golpeando su ramita de escribir con un sonoro golpe. Sin mucho más que un asentimiento, se levanta del tronco y se echa la mochila de caza al hombro. Su cuchillo destella en la cadera, frío y afilado como los carámbanos de hielo de los árboles.

—¿Kilorn? —cuestiona Ketha, luego me ve y mi presencia responde su pregunta—. Oh.

—De todos modos es hora de cazar —interviene Ada, extendiendo una mano hacia la forma desvanecida de Kilorn. A pesar del cálido color de su piel, tiene la punta de los dedos de color azul por el frío.

No hago nada para detenerlo. En cambio, me apoyo en los talones, dándole el espacio que quiere tan desesperadamente. Se pone la capucha de su nuevo abrigo, ocultando su rostro mientras camina hacia la fila de árboles. Buena piel marrón y forro de lana, perfecto para mantenerlo caliente y oculto. Lo robé hace una semana en Haven. No pensé que Kilorn fuese a aceptar semejante regalo de mí, pero incluso él sabe el valor del calor.

Mi compañía esta mañana no lo molesta solo a él. Ketha me mira de soslayo, casi ruborizada.

—Pidió aprender —explica, casi a modo de disculpa. Luego pasa a mi lado, volviendo al calor y relativa seguridad del Notch.

Ada la observa marchar, sus dorados ojos brillando pero tristes. Patea el leño a su lado, haciéndome señas para que me siente. Cuando lo hago me lanza una de sus mantas al regazo y la dobla alrededor.

—Aquí está, señorita. —Fue una criada en Harbor Bay y a pesar de su recién descubierta libertad, los viejos hábitos aún no han desaparecido. Aún me sigue llamando "señorita", aunque le he pedido muchas veces que deje de hacerlo—. Creo que necesitan algún tipo de distracción.

—Es una buena. Ninguna otra profesora ha llegado así de lejos con Kilorn. Me aseguraré de darle las gracias después. —*Si no vuelve a huir*—. Todos necesitamos una distracción, Ada.

Suspira en concordancia. Sus labios, carnosos y oscuros, se fruncen en una amarga sonrisa de complicidad. No me pierdo que vuelve a dirigir la mirada a Notch, donde la otra mitad de mi corazón duerme. Y luego al bosque, donde el resto deambula.

—Tiene a Crance con él y Farrah se les unirá pronto. Tampoco hay osos —añade, entrecerrando la mirada al oscuro horizonte. Con la luz del día, si la niebla desaparece, deberíamos de ser capaces de ver las lejanas montañas—. Por ahora han estado callados durante la estación. Durmiendo durante el invierno.

Osos. En casa, en los Pilares, apenas teníamos ciervos, dejando solos los monstruos legendarios del rural. Los almacenes, los equipos de explotación forestal y tráfico fluvial fueron suficientes para alejar cualquier animal más grande que un mapache; pero en la región de Greatwoods abundaba la fauna salvaje. Ciervos de gran cornamenta, zorros curiosos y el ocasional aullido de un lobo rondaba las colinas y los valles. Aún no he visto ningún gran oso, pero Kilorn y los otros cazadores vieron uno hace una semana. Solo las habilidades ocultas de Farrah y el impulso de Kilorn de mantenerse a favor del viento los conservó a salvo de su mandíbula.

—¿Dónde aprendiste tanto de osos? —pregunto, solo para llenar el aire con una conversación. Ada sabe exactamente lo que estoy haciendo, pero me complace de todos modos.

—Al Gobernador Rhambos le gustaba cazar —contesta con un encogimiento de hombros—. Tenía una finca fuera de la ciudad y sus hijos la llenaron de extrañas criaturas para que él las cazara. Sobre todo osos. Hermosas criaturas, con piel negra y ojos penetrantes. Eran bastante tranquilos, si los dejabas solos o acompañados de los guardabosques. La pequeña Rohr, la hija menor del gobernador, quería un cachorro para ella, pero mataron a los osos antes que ninguno pudiese reproducirse.

Recuerdo a Rohr Rhambos. Una brazofuertes con la apariencia de un ratón pero que podía pulverizar una piedra con ambas manos. Compitió en la Prueba de la Reina hace mucho, cuando era una criada al igual que Ada.

—Supongo que lo que el Gobernador hacía no se puede llamar realmente caza —continúa Ada. La tristeza manchando su voz—. Los puso en un hoyo, donde pudo luchar contra los animales y romperles el cuello. Sus hijos también lo hicieron, para su entrenamiento.

Simply Books

Los osos parecían feroces, bestias temibles, pero la manera de Ada me decía lo contrario. Sus vidriosos ojos solo pueden significar que ella vio el hoyo y recuerda cada segundo de ello.

—Eso es horrible.

—Mataste a uno de sus hijos, ¿sabes? Se llamaba Ryker. Era uno de tus verdugos elegidos.

Nunca quise saber su nombre. Nunca pregunté por los que maté en el Cuenco de Huesos y nadie me lo dijo nunca. Ryker Rhambos, electrocutado en la arena de la pista, reducido a nada más que carne calcinada.

—Pido perdón, señorita. No quería molestarla. —Su máscara de tranquilidad había vuelto y con ella, los perfectos modales de una mujer elevada a sirvienta. Con su habilidad, solo puedo imaginar lo terrible que tuvo que haber sido, viendo pero no hablando, siendo incapaz de probar su valía o revelar su verdadero yo. Pero es incluso peor que pensarlo, a diferencia de mí, no puede esconderse tras el velo de una mente imperfecta. Sabe y siente tanto que amenaza con derribarla. Al igual que yo, debe seguir corriendo.

—Solo estoy molesta cuando me llamas *eso*. Señorita, quiero decir.

—Una costumbre, estoy asustada. —Se mueve buscando algo entre las mantas. Escucho el sonido inconfundible de un papel arrugándose y espero ver otro folleto de noticias detallando el recorrido de coronación de Maven. En cambio, Ada revela un documento de una gran apariencia oficial, aunque uno arrugado con bordes quemados. Lleva la espada roja del ejército de Nortan—. Shade sacó este oficial en Corvium.

—El que freí. —Trazo el papel quemado, sintiendo el material áspero y negro luchando por desintegrarse. Extraño, esto sobrevivió cuando su portador no pudo—. Preparaciones —susurro, descifrando la orden—. Para la ayuda de legiones.

Asiente.

—Diez legiones, para reemplazar las nueve ocupando las trincheras de Choke.

Legión Tormenta, Legión Martillo, Legión Espada, Legión Escudo… sus nombres y números estaban apuntados claramente. Cinco mil soldados Rojos en cada una, con otros quinientos oficiales Plateados. Están reunidos en Corvium antes de viajar juntos a Choke, para relevar a los soldados en las filas. Algo terrible, pero no es algo que me interese.

—Menos mal que ya comprobamos Corvium. —Es todo lo que puedo pensar en decir—. Al menos evitamos unos cuantos cientos de oficiales Plateados pasando.

Pero Ada me pone suavemente una mano en el brazo, noto los dedos fríos incluso a través de la manga.

—Diez para reemplazar a nueve. ¿Por qué?

—¿Un empujón? —De nuevo, no entiendo por qué es mi problema—. Tal vez Maven quiera hacer un espectáculo de ello, demostrar el guerrero que es, hacer que todo el mundo olvide a Cal...

Simply Books

—No es probable. Los asaltos a trincheras necesitan al menos quince legiones, cinco para escoltar y diez para marchar. —Mueve los ojos, como si pudiese ver una batalla en su imaginación. No puedo evitar alzar una ceja. Por lo que sé, no tenemos ninguna guía de tácticas por aquí—. El príncipe es un gran experto en las artes militares —explica—. Es un buen maestro.

—¿Le has enseñado esto a Cal?

Su vacilación es la única respuesta que necesito.

—Creo que es una orden de asesinato —murmura, bajando la mirada—. Nueve legiones para reemplazar sus puestos y la novena para morir.

Pero esto es una locura, incluso para Maven.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué alguien malgastaría cinco mil buenos soldados?

—Su nombre oficial es Legión Puñal. —Señala la palabra correspondiente en el papel. Como las otras, cuentan con cinco mil Rojos y se dirige directamente a las trincheras—. Pero el Gobernador Rhambos los llamó algo más. La Pequeña Legión.

—¿La pequeña...? —Mi cerebro lo recibe. De repente estoy de vuelta en la isla de Tuck, en la enfermería, con el Coronel respirándome en el cuello. Estaba planeando negociar con Cal, usándolo para salvar a los cinco mil niños que ahora marchan a una temprana muerte—. Los reclutas. Los niños.

—Entre quince y diecisiete años. El Puñal es la primera legión de niños que el rey ha considerado "preparados para luchar". —No se molesta en ocultar su burla—. Con apenas dos meses de entrenamiento, como mucho.

Recuerdo cómo era con quince años. Aunque aún era una ladrona, era pequeña y tonta, más preocupada en molestar a mi hermana que en mi futuro. Pensaba que aún tenía una oportunidad de escapar del reclutamiento. Los rifles y las cenizas de las trincheras aún no habían empezado a rondar mis sueños.

—Todos serán sacrificados.

Ada se gira en sus mantas, con el rostro sombrío.

—Creo que esa es la idea.

Sé lo que quiere, lo que muchos querrían si supiesen las órdenes de Maven para el ejército de niños. Que manden a los niños a Choke es consecuencia de las Medidas, una forma de castigar al reino por la insurrección de la Guardia Escarlata. Se siente como si los hubiese condenado a muerte yo misma y no dudo en que muchos estarían de acuerdo. Pronto serán un océano de sangre en mis manos y no tengo forma de detenerlo. Sangre inocente, como ese bebé en Templyn.

—No podemos hacer nada por ellos. —Bajo la mirada, sin querer ver la decepción en los ojos de Ada—. No podemos luchar contra legiones.

—Mare...

—¿Puedes pensar en una forma de ayudarlos? —intervengo, mi severa voz con enfado. La intimida a un silencio de derrota—. Entonces, ¿cómo podría yo?

Simply Books

—Por supuesto. Tiene razón. *Señorita*.

El título correcto pica, como si quisiese hacerlo.

—Te dejo con tu vigilancia —murmuro, levantándome del tronco, con la orden de marchar todavía en la mano. Lentamente, lo doblo y lo meto en un bolsillo.

Todo el mundo es un mensaje para ti.

Ríndete a mí y pararé.

—Volaremos desde Pitarus en unas horas. —Ada ya sabe nuestros planes de reclutamiento para el día, pero repetírselo me da algo que hacer—. Cal va a pilotar, así que dale a Shade una lista de suministros que podríamos necesitar.

—Estate atenta —contesta—. El rey vuelve a estar en Delphie, a una hora de vuelo de aquí.

El pensamiento hace que me piquen las cicatrices. *Una hora me separa de la tortuosa manipulación de Maven. De su aterradora máquina que vuelve mi poder contra mí.*

—¿Delphie? ¿Otra vez?

Cal camina hacia nosotras desde la entrada de la casa Notch, con el cabello revuelto de dormir. Pero sus ojos nunca han parecido tan despiertos.

—¿Por qué otra vez?

—Vi un boletín en Corvium que afirmaba que estaba de visita con el Gobernador Lerolan —explica Ada, confundida por el foco repentino de Cal—. Para ofrecer sus condolencias en persona.

—Por Belicos y sus hijos. —Solo me encontré una vez con Belicos, minutos antes de su muerte, pero fue amable. No se merecía el final que ayudé a darle. Tampoco sus familiares.

Pero Cal entrecierra los ojos contra el sol alzándose. Ve algo que nosotros no, algo que incluso las listas y hechos de Ada no pueden entender.

—Maven no perdería el tiempo en tal cosa, incluso para mantener las apariencias. Los Lerolans no son nada para él y ya ha matado a los nuevasangres de Delphie... no volvería sin una buena razón.

—¿Y esa es? —cuestiono.

Abre la boca, como si esperase que saliese la respuesta correcta. No sucede nada y finalmente, niega.

—No estoy seguro.

Porque ésta no es una maniobra militar. Esto es algo más, algo que Cal no entiende. Tiene talento para la guerra, no para la intriga. Ese es el dominio de Maven y su madre y estamos completamente desarmados en su campo de juego. Lo mejor que podemos hacer es desafiarlos en nuestros propios términos, con fuerza, no mente. *Pero necesitamos más fuerza. Y rápido*.

—Pitarus —digo en voz alta, como declaración final—. Y dile a Nanny que viene.

La vieja mujer ha estado pidiendo ayudar desde que vino aquí y Cal piensa que está preparada. Harrick, por otro lado, no se nos ha unido a otro reclutamiento. No desde Templyn. No lo culpo.

No necesito a Cal para señalar dónde empieza la región Rift. Mientras pasamos del Estado King, entrando en el Estado Prince, la división es sorprendentemente clara desde nuestra altitud. El VIÓN se eleva sobre una serie de valles, cada uno bordeado por una línea de montañas. Parecen casi hechos por el hombre, formando largos tajos como arañazos de uñas sobre la tierra. Pero estos son muy grandes, incluso para los Plateados. Esta tierra fue hecha por algo más poderoso y destructivo, hace miles de años. El otoño sangra la tierra, pintando el bosque con varios colores del fuego. Estamos mucho más al sur que Notch, pero veo trozos de nieve en las cumbres, escondida del sol naciente. Como Greatwoods, Rift es otro desierto, aunque su riqueza descansa en el hierro y el acero, no madera. La capital, Pitarus, es la única cuidad en la región y un centro neurálgico industrial. Está asentado en la bifurcación de un río, conectando las refinerías de acero con el frente de campaña, al igual que las ciudades de carbón del sur con el resto del reino. Aunque Rift está gobernado oficialmente por los tejevientos de la Casa Laris, es la casa ancestral de la Casa Samos. Mientras los propietarios de las minas de hierro y las factorías de acero controlaban realmente Pitarus y el Rift. Si tenemos suerte, Evangeline puede estar merodeando y conseguiré devolverle todas sus maldades.

El valle más cercano a Pitarus está a más de veinticuatro kilómetros, pero ofrece buena cobertura en tierra. Esta es la más accidentada de todas las huidas frustradas y me pregunto si nos hemos excedido. Pero Cal mantiene el Blackrun en mano, aterrizando a salvo si temblaba.

Nanny junta las manos, encantada con el vuelo, su rostro arrugado se ilumina con una amplia sonrisa.

—¿Siempre es así de divertido? —pregunta, mirándonos.

Al otro lado de ella, Shade hace una mueca. Aún no se ha acostumbrado a volar y hace su mejor esfuerzo para no vomitar su desayuno en su regazo.

—Estamos buscando cuatro nuevasangres. —Mi voz hace eco en la cabina, silenciando los golpes de hebillas y sujeciones.

Shade se está sintiendo mejor, así que está aquí de nuevo, sentado al lado de Farley. Así que está Nanny y el nuevasangre Gareth Baument. Este será su tercer reclutamiento en cuatro días, desde que Cal decidió que el antiguo maestro de caballería sería una suma bien recibida a nuestras misiones diarias. Una vez trabajó para la misma Lady Ara Iral, manteniendo su gran establo de caballos en la finca familiar en Capital River. En la corte, todo el mundo la llamaba La Pantera por su brillante cabello negro y su agilidad felina. Gareth es menos agradable. Suele llamarla más bien Zorra Seda. Afortunadamente, su trabajo para la Casa Iral lo mantiene en forma y ágil, y sus habilidades tampoco son algo de lo que burlarse. Cuando lo cuestioné primero, preguntándole si podía hacer algo especial, acabé en el techo. Gareth manipuló las fuerzas de la *gravedad* sosteniéndome a la tierra. Si hubiésemos estado en un espacio abierto, probablemente hubiese acabado en las nubes. Pero le dejo eso a Gareth. Además de lanzar a la gente al aire, puede usar su habilidad para *volar*.

—Gareth dejará a Nanny en la cuidad, y entrará en el Centro de Seguridad disfrazada de Lord General Laris. —La miro, solo para encontrarme mirando a un hombre en vez de la mujer que he empezado a conocer. Asiente hacia mí y flexiona los dedos, como si no los hubiese usado antes. Pero lo sé mejor. Bajo la piel es Nanny, fingiendo ser el comandante Plateado de la Flota Aérea—. Nos conseguirá un listado de los cuatro nuevasangres viviendo en Pitarus y del resto en la región del Rift. Seguiremos a pie, y Shade nos sacará a todos.

Como es habitual, Farley es la primera en dejar su asiento.

—Buena suerte con este, Nan —comenta, clavándole un dedo a Gareth—. Si te gusta esto, te va a encantar mucho más lo que él hace.

—No me gusta esa sonrisa, señorita —replica Nan con la voz de Laris. Aunque la he visto transformarse antes, aún no estoy acostumbrada a esta extraña vista.

Gareth se ríe al lado de Nanny, ayudándola en su asiento.

—Farley voló conmigo la última vez. Estropeó mis botas cuando tocamos tierra.

—No hice tal cosa —protesta Farley, pero recorre rápidamente la longitud del jet. Probablemente para esconder su rostro enrojecido. Shade la sigue como siempre hace, tratando de disimular su risa con la mano. Ella ha estado enferma antes y ha hecho un gran esfuerzo por esconderlo, para diversión del resto.

Cal y yo somos los últimos en dejar el avión, aunque no tengo por qué esperarle. Hace los movimientos normales, girando botones y pulsando interruptores que apagan diferentes partes del jet en una rápida serie. Siento cada uno apagarse eléctricamente antes que el bajo zumbido de las baterías es todo lo que queda. El silencio marca el compás de mis latidos y, de repente, no puedo salir del jet lo suficientemente rápido. Algo de estar a solas con Cal me asusta, al menos a la luz del día. Pero cuando cae la noche, no hay nadie a quien prefiera ver.

—Debes hablar con Kilorn.

Su voz me detiene de repente, deteniéndome a mitad de la rampa trasera.

—No quiero hablar con él.

El calor sube a cada momento, mientras se acerca más y más a mí.

—Divertido, normalmente eres buena mentirosa.

Me giro para encontrarme mirando su pecho. El traje de vuelo, prístino cuando se lo puso hace más de un mes, ahora da muestras de desgaste. Aunque hace su mejor esfuerzo de evadir nuestras batallas, las batallas han llegado a él.

—Conozco a Kilorn mejor que tú y nada de lo que diga lo sacará de su pequeña rabieta.

—¿Sabes que pide venir con nosotros? —Sus ojos están oscuros, entrecerrados. Se ve como cuando está a punto de quedarse dormido—. Me lo pide cada noche.

Mi tiempo en Notch me ha hecho directa y fácil de leer. No dudo que Cal ve la confusión que siento, o la pequeña corriente de celos.

—¿Habla *contigo*? No quiere hablar conmigo *por* ti, entonces por qué demonios...

De repente sus dedos están bajo mi barbilla, levantándome la cabeza así no puedo apartar la mirada.

—No es conmigo con quien está enfadado. No está enfadado porque nosotros... —Y vuelve a dejar la frase a medias—. Te respeta lo suficiente para que tomes tus propias decisiones.

—Ya me lo dijo.

—Pero no le crees. —Mi silencio es respuesta suficiente—. Sé por qué piensas que no puedes confiar en nadie... por mis colores, lo sé. Pero no puedes pasar por esto sola. Y no digas que me tienes a mí, porque ambos sabemos que tampoco crees eso. —El dolor en su voz casi me aplasta. Le tiemblan los dedos, tiritando contra mí.

Lentamente, aparto el rostro de su agarre.

—No iba a hacerlo. —Una mentira a medias. No siento que pueda reclamar a Cal y no me permito confiar en él, pero tampoco puedo distanciarme. Cada vez que lo intento, me encuentro echándome atrás.

—No es un niño, Mare. Ya no tienes que protegerle.

Pensar, que todo este tiempo, Kilorn ha estado enfadado porque quería mantenerlo vivo. Casi me río ante la idea. *¿Cómo me atrevo a tal cosa? ¿Cómo me atrevo a querer que viva?*

—Entonces tráelo la próxima vez. —Sé que escucha el temblor en mi voz, pero amablemente finge ignorarlo—. ¿Y desde cuándo te importa?

Apenas escucho su respuesta mientras me alejo.

—No estoy diciendo esto por su bien.

Al final del camino los demás están esperando. Farley se entretiene sujetando a Nanny al pecho de Gareth, usando un arnés improvisado de uno de los asientos del jet,

Simply Books

pero Gareth se está mirando los pies. Escuchó cada palabra, a juzgar por la seriedad de sus rasgos. Me mira cuando pasamos al lado, pero no dice nada. Más tarde me encontraré con una regañina, pero por ahora, nuestra atención se centra en Pitarus y con suerte otro reclutamiento satisfactorio.

—Brazos dentro, cabeza abajo —indica Gareth, instruyendo a Nanny. Ante nuestros ojos, se transforma del corpulento Lord General a su más pequeña y delgada apariencia. Apretando las tiras en consecuencia.

—Más ligera de este modo —explica con una pequeña risa. Después de muchos días de conversaciones serias y noches sin descanso, la vista me hace reír abiertamente. No puedo evitarlo y tengo que cubrirme la boca con la mano.

Gareth le da torpes golpecitos en la parte superior de la cabeza.

—Nunca dejas de asombrarme, Nan. Siéntete libre de cerrar los ojos.

Ella niega.

—He cerrado los ojos toda mi vida —asegura—. Nunca más.

Simply Books

Cuando era una niña, soñando con volar como un pájaro, nunca me imaginé algo así. Gareth no dobla las piernas, no tensa los músculos. No se empuja del suelo. En cambio, aplana las palmas en paralelo al camino y simplemente empieza a alzarse. Sé que la gravedad a su alrededor se está relajando, un hilo siendo desatado. Se alza con Nanny bien sujeta, más y más rápido, hasta que solamente es un pequeño punto en el cielo. Y luego el hilo se aprieta, moviendo el pequeño punto por la tierra, arriba y abajo en suaves giros. Flojo, luego apretado, hasta que desaparecen en las cumbres cercanas. Desde aquí, casi parece pacífico, pero no dudo que encontraremos de primera mano. El jet es suficiente vuelo para mí.

Farley es la primera en apartar la mirada del horizonte y volver a la tarea pendiente. Señala la creciente colina sobre nosotros, crestado con árboles rojos y dorados.

—¿Podemos?

Me dirijo hacia allí en respuesta, marcando un buen ritmo para subir y cruzar la cumbre. De acuerdo con nuestra nueva gran colección de mapas, la aldea minera de Rosen debería estar al otro lado. O al menos la que una vez fue Rosen. Un incendio destruyó el lugar hace años, forzando tanto a Rojos como Plateados a abandonar las valiosas, pero volátiles minas. De acuerdo con las lecturas de Ada, fue abandonado durante la noche, y lo más probable es que tuviese abundantes suministros para nosotros. Por ahora, intentaba atravesarlo, si solo pudiese ver qué podemos asaltar a la vuelta.

El olor a cenizas me golpea primero. Cuelga del lado oeste de la cuesta, haciéndose más fuerte a cada paso que nos acercamos a la cumbre. Farley, Shade y yo nos cubrimos rápidamente la nariz con las bufandas, pero Cal no está molesto con el fuerte olor a humo. *Bueno, no debería*. En cambio inhala, vacilante.

—Aún arde —susurra, mirando los árboles. A diferencia del otro lado de la cumbre, aquí los robles y olmos parecen muertos. Tienen pocas hojas y los troncos están grises y ni siquiera la hierba crece entre sus retorcidas raíces.

—En algún lugar profundo.

Si Cal no estuviese con nosotros, estaría asustada del persistente incendio. Pero incluso la radiación de las minas no es competencia para él. El príncipe podría detener una explosión si quería, así que continuamos en un agradable silencio entre el bosque muriendo.

Los pozos de la mina salpican la ladera, cada uno tapiado precipitadamente. Se respira humo, un reguero de nubes grises colgando en el nublado cielo. Farley lucha contra la urgencia de investigar, pero es rápida en escalar ramas bajas y rocas. Explora la zona con tranquila intensidad, siempre en guardia. Y siempre a unos metros de Shade, que no le quita ojo. Me recuerda ligeramente a Julian y Sara, dos bailarines moviéndose con la música que nadie más oye.

Rosen es el sitio más gris que he visto jamás. La ceniza cubre toda la aldea como nieve, flotando en el aire como copos, abrazando los edificios en un montón hasta la cintura. Incluso echa al sol, rodeando la aldea con una permanente nube de humo. Me recuerda la barriada técnica de Gray Town, pero todo este asqueroso sitio aún late como un lento corazón ennegrecido. Esta aldea lleva tiempo muerta, asesinada por un accidente, una honda chispa en las minas. Solo la calle principal, una cruz chapucera de unos cuantos ladrillos, tiendas y casas de tablas, aún está en pie. El resto se ha derrumbado o quemado. Me pregunto si hay polvo de hueso mezclado con la ceniza que respiramos.

Simply Books

—No hay electricidad. —No puedo sentir nada, ni siquiera una bombilla. Una cuerda de tensión se libera en mi pecho. Rosen hace tiempo que murió y no nos ofrece ningún daño—. Comprueben las ventanas.

Siguen mi ejemplo, limpiando los escaparates con sus mangas ya manchadas. Miro en el edificio más pequeño todavía en pie, apenas un armario aplastado entre un puesto avanzado de seguridad roto y una escuela medio derrumbada. Cuando mis ojos se ajustan a la escasa luz, me doy cuenta que estoy mirando a filas y filas de libros. Desordenados en estantes, tirados al azar en pilas, salpicados por el sucio suelo. Sonrío contra el cristal, soñando con cuantos tesoros puedo llevarle a Ada.

Un golpe atraviesa mi atención. Me giro hacia el sonido, solo veo a Farley frente a un escaparate. Sostiene un trozo de madera y hay cristales a sus pies.

—Estaban atrapados —explica, señalando hacia la tienda.

Después de un momento, una bandada de cuervos sale de la ventana rota. Desaparecen en el cielo ceniciento, pero sus graznidos hacen eco tiempo después de que se van. Suenan como niños con dolor.

—Mis colores —jura Cal entre dientes, negando hacia ella.

Ella simplemente se encoge de hombros, sonriendo.

—¿Lo asusté, Su Alteza?

Él abre la boca para responder, con las esquinas de la boca elevadas en una sonrisa, pero alguien le interrumpe. Una voz que no reconozco, procedente de una persona que nunca he visto.

—Aún no, Diana Farley. —El hombre parece salido de la ceniza. Su piel, cabello y ropa son tan grises como la aldea muerta. Pero sus ojos son de un luminoso y horripilante rojo sangre—. Aunque lo harás. Todos lo harán.

Cal llama a su fuego, yo a mi luz y Farley alza su arma en dirección al hombre gris. Nada de esto parece asustarle. En cambio, se acerca un paso y me mira con su mirada carmesí.

—Mare Barrow —susurra, como si mi nombre lo hiriese. Sus ojos se aguan—. Siento como si ya te conociese.

Ninguno de nosotros se mueve, paralizados ante su vista. Me digo que son sus ojos, o su largo cabello gris. Su apariencia es peculiar, incluso para nosotros. Pero eso no es lo que me mantiene clavada en el sitio. Algo más me provoca inquietud, un instinto que no entiendo. Aunque este hombre parece torcido con la edad, incapaz de lanzar un golpe mucho menos pelear con Cal, no puedo evitar temerle.

—¿Quién eres? —Mi trémula voz hace eco sobre la vacía aldea.

El hombre gris inclina la cabeza, mirándonos uno por uno. Con cada segundo que pasa, su rostro se contrae, hasta que pienso que puede ponerse a llorar.

—Los nuevasangres de Pitarus están muertos. —Antes que Cal pueda abrir la boca para preguntar lo que todos estamos pensando, el hombre alza una mano—. Lo sé porque lo he visto, Tiberias. Justo como los vi venir.

—¿Qué quieres decir con *visto*? —farfulla Farley, acercándose rápidamente a él. Con el arma aún en la mano, preparada para usarla—. ¡Dínoslo!

—Menudo temperamento, Diana —critica, eludiéndola con pasos sorprendentemente rápidos.

Ella pestañea, perpleja y arremete, intentando atraparlo. Una vez más, la esquiva.

—¡Farley, detente! —Me sorprendo a mí misma con la orden. Me mira con desdén pero obedece, rodeándolo, para quedar así detrás del extraño hombre—. ¿Cómo se llama, señor?

Su sonrisa es tan gris como su cabello.

—Eso no tiene importancia. Mi nombre no está en tu lista. Vengo más allá de los límites de tu reino.

Antes que tenga la oportunidad de preguntarle cómo sabe de la lista de Julian, Farley arremete con toda su rapidez, corriendo hacia la espalda del hombre. Aunque no hace ningún sonido y no puede verla, se aparta con agilidad de su camino. Ella cae de bruces contra la ceniza, maldiciendo, pero no tarda en levantarse. Ahora apunta con el arma a su corazón.

—¿Vas a esquivar esto? —masculla, poniendo una bala en la recámara.

—No tendré que hacerlo —contesta con una sonrisa irónica—. ¿Lo haré, señorita Barrow?

Por supuesto.

—Farley, déjalo estar. Es otro nuevasangre.

—Eres... eres un Ojo —susurra Cal, acercándose arrastrando los pies por la calle llena de ceniza—. Puedes ver el futuro.

El hombre se burla, ondeando una mano.

—Un Ojo sólo ve lo que está buscando. Su vista es más estrecha que una brizna de hierba. —De nuevo nos observa con una triste mirada escarlata—. Pero lo veo todo.

Simply Books

21

Sólo cuando entramos en la quemada taberna de Rosen es cuando el hombre gris habla de nuevo, presentándose mientras tomamos asiento alrededor de una mesa carbonizada. Su nombre es sorprendentemente simple. *Jon*. Y su presencia es la más inquietante que jamás he sentido. Cada vez que me mira, con sus ojos del color de la sangre, tengo la sensación que puede ver a través de mi piel, a la cosa retorcida que solía llamar corazón. Pero mantengo mis pensamientos para mí, sólo para permitir que Farley tenga más espacio para quejarse. Alterna entre refunfuñar y gritar, discutiendo que no podemos confiar en un hombre extraño que apareció de las cenizas. Una o dos veces, Shade la tiene que calmar, poniendo sus manos en sus brazos para calmarla. Jon se mantiene sentado con una tensa sonrisa, contemplando sus oposiciones, sólo hablando cuando finalmente se calla.

—A ustedes cuatro los conozco bien, así que no hay necesidad de introducciones —dice, tendiendo la mano en dirección a Shade. Mi hermano hace una especie de sonido estrangulado, retrocediendo un poco—. Los he encontrado porque sabía dónde estarían. No fue nada el coordinar mi viaje con el suyo —añade Jon, volviendo su mirada hacia Cal. Su cara palidece, pero Jon no se molesta en mirar. En vez de ello, me mira a mí, y su sonrisa se suaviza un poco. *Será una buena incorporación, aunque una escalofriante*—. No tengo ninguna intención de unirme a ustedes en el Notch, señorita Barrow.

Entonces es mi turno de tragarme mi lengua. Antes que pueda recuperarme lo suficiente como para preguntar, el responde por mí otra vez, y se siente como una fría puñalada en el estómago.

—No, no puedo leer tus pensamientos, pero veo lo que está por venir. Por ejemplo, lo que vas a decir después. Me imagino que nos puedo ahorrar algo de tiempo.

—Eficiente —espeta Farley. Es la única de nosotros que no está paralizada por este hombre—. ¿Por qué no nos dices simplemente lo que venías a decir y acabamos con esto? Incluso mejor, sólo dinos lo que va a pasar.

—Tus instintos te sirven bien, Diana —responde, inclinando su cabeza gris—. Sus amigos, el cambiante y el volador, volverán pronto. Se encontraron con la resistencia en el Centro de Seguridad Pitarus, y necesitarán atención médica. Nada que Diana no pueda hacer en su jet.

Shade se levanta de su silla, pero Jon le señala que se vuelva a sentar.

—Tranquilo, tienes algo de tiempo todavía. El rey no tiene intención de continuar.

—¿Por qué no? —Farley levanta una ceja.

Los ojos carmesí se encuentran con los míos, esperando que responda.

—Gareth puede volar, algo que ningún Plateado conocido puede hacer. Maven no quiere que nadie vea eso, incluso sus leales soldados. —Cal asiente a mi lado, conociendo a su hermano tanto, o tan poco, como yo—. Me dijo que el reino de los nuevasangres no existe, e intenta mantenerlo de esa manera.

—Uno de sus muchos errores —musita Jon, su voz soñadora y lejana. Probablemente está contemplando un futuro que ninguno de nosotros puede comprender—. Pero se darán cuenta de ello lo suficientemente pronto.

Espero que Farley sea la que gruña frente a más adivinanzas, pero Shade le gana. Se inclina hacia adelante en sus manos, de manera que se alza por encima de Jon.

—¿Has venido aquí a alardear? ¿O simplemente a hacernos perder el tiempo?

No puedo evitar preguntarme lo mismo.

El hombre gris no se acobarda, incluso con la cara de enfado contenido de mi hermano.

—En verdad lo he hecho, Shade. Unos pocos kilómetros más y los ojos de Maven podrían verte venir. ¿O te habría gustado caminar hacia su trampa? Confieso, veo las acciones, pero no los pensamientos y ¿a lo mejor querías que te encarcelaran y ejecutaran? —Nos mira a los demás, su tono sorprendentemente alegre. Un lado de su boca se eleva, curvando sus labios en una media sonrisa—. Pitarus hubiera acabado en muerte, e incluso peores destinos.

Peores destinos. Debajo de la mesa, Cal toma mi mano, como si sintiera el escalofrío de terror enrollándose en mi estómago. Sin pensarlo, abro mi palma para él, dejando que sus dedos encuentren los míos. Qué destinos peores hay planeados para nosotros, ni siquiera quiero preguntar.

—Gracias, Jon. —Mi voz llena de miedo—. Por salvarnos.

—No has salvado nada —dice Cal rápidamente, y su agarre se tensa—. Cualquier decisión podría haber cambiado lo que viste. Un paso mal dado en el bosque, el batir de las alas de un pájaro. Sé cómo ven las personas como tú, y cuán erróneas pueden ser sus predicciones.

La sonrisa de Jon se profundiza, hasta que corta su cara. Eso preocupa a Cal más que otra cosa, más incluso que su nombre de nacimiento.

—Veo más lejos y más claro que cualquiera de los ojos Plateados que hayas conocido. Pero es tu decisión el escuchar lo que tengo que decir. A pesar de ello, me estás empezando a creer —añade, casi guiñando el ojo—. En algún momento alrededor de tu descubrimiento de la cárcel. Julian Jacos es un amigo, ¿no?

Ahora nuestras dos manos están temblando.

—Lo es —murmuro, con los ojos abiertos y esperanzados—. Todavía está vivo, ¿no?

Otra vez, los ojos de Jon se cubren. Murmura para sí mismo, palabras inaudibles, y asiente ocasionalmente. En la mesa, sus dedos se retuercen, moviéndose hacia adelante y atrás como un rastrillo a través de la tierra blanda. *Empujando y tirando, ¿pero qué?*

—Sí, está vivo. Pero su ejecución está planificada, como la de… —Se levanta, pensando—. Sara Skonos.

Los momentos siguientes pasan extrañamente, con Jon respondiendo todas nuestras preguntas antes que podamos conseguir que salgan por nuestra boca.

—Maven planea anunciar sus ejecuciones para preparar otra trampa para ustedes y los suyos. Están prisioneros en la Prisión Corros. No está abandonada, Tiberias, sino reconstruido para el encarcelamiento de Plateados. Piedra Silenciosa en las paredes, refuerzos de cristal de diamante, y guardias militares. No, eso no es sólo para Julian y Sara. Hay otros disidentes en las celdas, encarcelados por cuestionar al nuevo rey o por cruzarse con su madre. La Casa Lerolan ha sido particularmente difícil, como la Casa Iral. Y los prisioneros nuevasangres están demostrando ser tan peligrosos como los Plateados.

—¿Nuevasangres? —digo, cortando a Jon mientras continúa, acelerado.

—Los que nunca encontraron, los que asumieron que estaban muertos. Se los llevaron para observarlos, examinarlos, pero Lord Jacos se negó a estudiarlos. Incluso después de… la persuasión.

La bilis sube hasta mi boca. Persuasión sólo puede significar tortura.

—Hay cosas peores que el dolor, señorita Barrow —dice Jon suavemente—. Los nuevasangres están ahora a merced de la reina Elara. Intenta usarlos, con precisión. —Sus ojos van hacia Cal y comparten una mirada llena de un entendimiento doloroso—. Serán armas contra los suyos, controlados por la reina y su familia, si les damos el suficiente tiempo. Y ese es un camino muy, muy oscuro. No pueden dejar que esto pase. —Sus uñas rotas y sucias cavan en la mesa, tallando profundas ranuras en la oscurecida madera—. No deben.

—¿Qué pasa si liberamos a Julian y los otros? —Me inclino hacia adelante en mi silla—. ¿Puedes ver eso?

Si está mintiendo, no lo puedo saber.

—No. Sólo puedo ver el camino actual, y cuán lejos lleva. Por ejemplo, te veo ahora, sobreviviendo a la trampa de Pitarus, sólo para morir cuatro días después. Esperas demasiado para asaltar Corros. Oh espera, ha cambiado ahora que se los he dicho. —Otra sonrisa triste y extraña—. Hmmm.

—Tonterías —gruñe Cal, desenredando su mano de la mía. Se levanta de la mesa, lenta y deliberadamente como una arrolladora tormenta—. La gente se vuelve loca escuchando predicciones como las tuyas, arruinadas por saber de un futuro incierto.

—No tenemos pruebas a excepción de tu palabra —interviene Farley. Por una vez, se encuentra de acuerdo con Cal, y les sorprende a ambos. Patea su silla hacia atrás, las acciones rápidas y violentas—. Y un par de trucos baratos.

Trucos baratos. Predecir lo que vamos a decir, leer los ataques de Farley antes que los haga, no son tal cosa. Pero es mejor creer que Jon es un imposible. Es por ello que todo el mundo se creyó las mentiras de Maven sobre mí, sobre los nuevasangres. Vieron mi poder con sus propios ojos, y escogieron creer lo que podían entender, en vez de lo que era verdad. Les haré pagar por su estupidez, pero no caeré en su error. Algo en Jon me agita, y el instinto me dice que tenga fe, no en el hombre, pero si al menos en sus visiones. Lo que dice es verdad, aunque su razón para decírnoslo puede ser menos que honorable.

Su loca sonrisa flaquea, torciéndose en una mueca que traiciona su rápido temperamento.

—Veo la corona goteando sangre. Una tormenta sin truenos. Sombras retorciéndose en una cama de llamas. —La mano de Cal se contrae a su lado—. Veo los lagos inundando sus orillas, tragándose a hombres. Veo un hombre con un ojo rojo, su abrigo azul, su pistola humeante…

Farley pega un puñetazo contra la mesa.

—¡Suficiente!

—Yo le creo. —Las palabras saben raro.

No puedo confiar en mis propios amigos, pero aquí estoy, aliándome con un maldito extraño. Cal me mira como si me hubiera nacido una segunda cabeza, sus ojos gritando una pregunta que no se atreve a pronunciar en alto. Sólo puedo encogerme de hombros, y evitar el punzante peso de los ojos rojos de Jon. Vagan por mí, examinando cada centímetro de la chica rayo. Por primera vez en años, deseo una armadura de seda y plateada, para verme como la líder que pretendo ser. En vez de ello, me estremezco en mi raído jersey, intentando esconder las cicatrices y los huesos debajo. Estoy contenta que no puede ver mi marca, pero algo me dice que igualmente sabe acerca de ella.

Anímate, Mare Barrow. Con un gran incremento de fuerza, elevo mi barbilla y me giro en mi silla, efectivamente volviendo mi espalda a los demás. Jon sonríe a la pálida luz.

—¿Dónde está la prisión Corros?

—Mare...

—Puedes dejarme de camino —le grito de vuelta a Cal, sin molestarme en ver cómo cae el ataque verbal—. No voy a dejarlos para que se conviertan en las marionetas de Elara. Y no abandonaré a Julian, no de nuevo.

Las líneas en la cara de Jon se profundizan, hablando de muchas décadas de dolor. Es más joven de lo que pensé, escondiendo la juventud detrás de las arrugas y el cabello gris. ¿Cuánto ha visto, para hacerlo de esta manera? *Todo*, me doy cuenta. *Cada cosa horrible y maravillosa que podría haber pasado. Muerte, vida, y todo lo que hay en medio*.

—Eres exactamente quién pensé que serías —murmura, cubriendo mis manos con las suyas. Una red de venas debajo de su piel, azul y purpura y llenas de sangre roja. El verlas me trae mucha comodidad—. Estoy agradecido de haberte conocido.

Le ofrezco una estrecha pero obligatoria sonrisa, lo mejor que puedo hacer.

—¿Dónde está la prisión?

—No te dejarán ir sola. —Jon mira por encima de mi hombro—. Pero los dos sabemos eso, ¿no?

Un caliente rubor sube por mis mejillas y tengo que asentir.

Jon refleja mi acción antes que su mirada cambie, aterrizando en la mesa. La mirada soñadora retorna y aleja su mano. Se levanta sobre unos pies vacilantes, todavía viendo algo que nosotros no podemos ver. Después huele y levanta su cuello, haciéndonos gestos para que hagamos lo mismo.

—Lluvia —advierte, segundos antes que un aguacero caiga contra el techo encima de nosotros. Una pena que tengamos que caminar.

Me siento como una rata ahogada para el momento en que llegamos al jet, habiendo caminado a través del barro y de la lluvia torrencial. Jon nos mantiene a un ritmo constante, incluso enlenteciéndonos una o dos veces, para "alinear las cosas", como él dice. Unos segundos más tarde que el jet aparezca delante de nosotros, me doy cuenta de lo que quería decir. Gareth sale disparado del cielo, un lento meteorito de ropa húmeda y sangre. Aterriza bien, y el paquete en sus brazos, un bebé parece, surge en medio del aire, transformándose delante de nuestros ojos. Los pies de Nanny tocan el suelo duramente y se tambalea, cayendo en una rodilla. Shade salta a su lado, sosteniéndola, mientras Farley pone el brazo de Gareth sobre su hombro. Él agradecidamente pone su peso en ella, inclinándose para compensar la inútil pierna que gotea sangre.

Simply Books

—Emboscada en Pitarus —gruñe, tanto de enfado como por el dolor—. Nanny pudo escaparse bien, pero me rodearon. Tuve que abrir un bloque en la ciudad antes de escapar.

Aunque Jon nos aseguró que no habría persecución, no puedo evitar mirar el oscurecido cielo. Cada giro de las nubes parece otro jet, pero no puedo oír nada excepto los distantes escalofríos del trueno.

—No van a venir, señorita Barrow —dice Jon por encima de la lluvia. Su loca sonrisa ha vuelto.

Gareth lo mira, confundido, pero asiente.

—No creo que nadie nos siguiera —dice, perdiéndose en un gruñido de dolor.

Farley ajusta su agarre sobre Gareth, sosteniendo casi todo su peso. Aunque le ayuda a ir al jet, se enfoca en Jon.

—¿Estaba la pequeña bestia allí?

Gareth asiente.

—Los centinelas estaban, así que el rey no podía estar lejos.

Ella maldice, pero no sé con quién está más enfadada. Si con Maven por tenderles una emboscada a nuestros amigos, o con Jon por tener razón.

—La pierna parece peor de lo que es —grita Jon sobre la lluvia. Señala a Gareth mientras Farley le ayuda a subir por la rampa hacia el jet. Sus dedos gesticulan hacia

Nanny, aún apoyada en Shade—. Está muy cansada y fría. Unas mantas deberían bastar.

—No soy ninguna vieja excéntrica que tenga que envolverse y enviarse lejos —espeta Nanny desde el suelo. Se levanta sobre sus pies lo más rápido que puede, dándole una mirada encendida a Jon—. Déjame caminar, Shade, o te regañaré hasta la saciedad.

—Como tú quieras, Nanny —murmura Shade, luchando contra una sonrisa mientras ella camina a su lado. Le da suficiente espacio para moverse, pero nunca está más lejos de un brazo. Nanny sube orgullosamente al jet, su cabeza alzada y con la espalda bien recta.

—Hiciste eso a propósito —grita Cal mientras pasa al lado de Jon. No se molesta en mirar atrás, incluso mientras Jon emite una risa parecida a un ladrido ante su figura retrocediendo.

Cree en la visión, no en el hombre. Una buena lección que aprender.

—A Cal no le gustan los juegos mentales —le advierto, levantado una mano. Una chispa de rayo corre por mi dedo. La amenaza es clara como el agua—. Ni tampoco a mí.

Simply Books

—No juego ningún juego. —Jon se encoge de hombros, dándose un golpecito en un lado de su cabeza—. Incluso cuando era un niño. Esto hizo que fuera difícil competir, sabes.

—Eso no es lo que…

—Sé lo que quiere decir, señorita Barrow. —Su plácida sonrisa, en su momento inquietante, se ha vuelto frustrante. Me giro sobre mis talones, subiendo al jet, pero después de un par de pasos rápidos, me doy cuenta que Jon no está siguiéndome.

Está contemplando la lluvia, pero sus ojos están amplios y brillantes. No le ha sobrevenido ninguna visión. Sólo está parado de pie, disfrutando de la sensación del frío, del agua limpiando la ceniza de su piel.

—Aquí es donde los dejo.

El sonido del jet encendiéndose reverbera a través de mi caja torácica, pero se siente distante, sin importancia. Sólo puedo mirar a Jon. En la tenue luz de la lluvia, parece como si estuviera desapareciendo. Gris como la ceniza, gris como la lluvia, efímero como ambos.

—¿Pensé que nos ibas a ayudar con la prisión? —La desesperación inunda mi voz y dejo que lo haga. Jon no parece inmutarse, así que trato con otra táctica—. Maven también te está cazando. Nos está matando a todos, y te matará cuando tenga la oportunidad.

Eso le hace reírse tan fuerte que se dobla.

—¿No crees que sé en qué momento moriré? Lo sé, señorita Barrow, y no será a manos del rey.

Mis dientes rechinan con irritación. *¿Cómo puede irse? Todos los demás eligen luchar. ¿Por qué el no?*

—Sabes que te puedo hacer venir con nosotros.

En la gris lluvia, mi rayo parece brillar dos veces más. Púrpura-blanco siseando en la lluvia, se retuerce entre mis dedos y envía escalofríos de placer por mi espina dorsal.

De nuevo, Jon sonríe.

—Sé que puedes, y sé que no lo harás. Pero sé valiente, señorita Barrow. Nos volveremos a encontrar. —Inclina su cabeza, pensando—. Sí, sí, lo haremos.

Sólo estoy haciendo lo que prometí. Le estoy dando una opción. Aun así, toma todo para no arrástralo al jet.

—¡Te necesitamos, Jon!

Pero ya ha comenzado a irse. Cada paso que da hace que sea más difícil de ver.

—¡Créeme cuando digo que no! Te dejo con estas instrucciones, vuelen a las afueras de Siracas, al lago Little Sword. Protejan lo que encuentren allí, o sus amigos encarcelados estarán muertos.

Siracas, lago Little Sword. Repito las palabras hasta que se quedan en mi memoria.

—No mañana, ni esta noche, sino ahora. *Deben* volar ahora.

El rugido del jet se expande, hasta que el aire vibra con presión.

—¿Qué estamos buscando? —grito sobre el estruendo, poniendo una mano para proteger mi cara de la lluvia. Pica pero entrecierro los ojos, sólo para ver la última silueta del hombre gris.

—¡Lo sabrás! —Sale de la lluvia—. Y dile a Diana cuando dude. Dile que la respuesta a su pregunta es sí.

—¿Qué pregunta? —Pero levanta un dedo, casi en reprimenda.

—Atiende a tu propio destino, Mare Barrow.

—¿Y cuál es?

—Ascender. Y ascender sola. —Reverbera como el aullido de un lobo—. Veo en lo que puedes llegar a convertirte, ya no es el rayo, sino la tormenta. La tormenta que se tragará al mundo entero.

Durante medio segundo, parece como si sus ojos brillaran. Rojo contra gris, quemando a través de mí, para ver en cada futuro. Sus labios se curvan en una loca sonrisa, dejando que sus dientes brillen en la plateada luz. Y después ya no está.

Cuando entro al jet sola, Cal tiene el buen sentido de dejarme pasar mi enfado. Sólo la desesperación ahoga mi rabia. *Asciende sola. Sola*. Clavo mis uñas en mi palma, intentando aliviar la tristeza con dolor. *Los destinos pueden cambiar*.

Farley no tiene tanto tacto como Cal. Eleva la vista de la venda en la pierna de Gareth, sus dedos pegajosos con sangre escarlata, y dice desdeñosamente.

—Bien, no necesitábamos al viejo lunático de todas formas.

Simply Books

—Ese viejo lunático podría haber ganado la guerra. —Shade la toma levemente de los hombros, ganándose una oscura mirada—. Piensa en lo que puede hacer con su habilidad.

Desde el asiento del piloto, Cal me fulmina con la mirada.

—Ha hecho suficiente. —Me mira tomar asiento a su lado, hirviendo todo el rato—. ¿De verdad quieres asaltar una prisión secreta construida para gente como nosotros?

—¿Preferirías que Julian muera? —Ninguna respuesta excepto un bajo silbido—. Eso es lo que pensaba.

—Está bien, entonces. —Suspira, acomodando la velocidad del jet. Las ruedas golpean debajo de nosotros, rodando por la desigual carretera—. Tenemos que reagruparnos, trazar juntos un plan. Cualquiera que quiera venir es bienvenido, pero ningún niño.

—Ningún niño —concuerdo. Mi mente se va hacia Luther y el otro niño nuevasangre en el Notch. Demasiado joven como para luchar, pero no lo suficiente como para evitar la caza de Maven. No les va a gustar ser dejados atrás, pero sé que Cal se preocupa por ellos. No dejará que ninguno esté en el lado equivocado de una pistola.

—Lo que sea sobre lo que estén hablando, cuenten conmigo. —Gareth mira hacia nosotros alrededor de Farley, sus dientes apretados para superar el dolor de la pierna—. Aunque me gustaría saber a qué me estoy apuntando.

Mofándose, Nanny lo señala con su huesuda mano.

—Sólo porque te hayan disparado en la pierna no significa que puedes dejar de prestar atención. Es una fuga de la cárcel.

—Demasiado acertada, Nan —coincide Farley—. Y una fuga inútil si me lo preguntas. Creyendo en la palabra de un loco.

Eso calla incluso las bromas de Nan. Se fija en mí con la mirada que sólo una abuela podría dar.

—¿Es eso verdad, Mare?

—*Loco* es un poco duro —murmura Shade, pero no niega lo que todos están pensando. Soy la única que cree en Jon, y confían en mí lo suficiente como para seguir esa fe—. Tenía razón de Pitarus, y todo lo demás que dijo. ¿Por qué mentiría de la cárcel?

Alzarte y alzarte sola.

—¡No mintió!

Mi grito los silencia a todos, hasta que sólo se oye el murmullo del motor del jet. Se elevan a un familiar bramido monótono que estremece la nave, y pronto el suelo bajo nosotros se aleja. La lluvia choca contra las ventanas, haciendo que sea imposible ver, pero Cal es demasiado bueno como para dejarnos caer. Después de unos momentos, irrumpimos a través de unas nubes gris plomo hacia el brillante sol de mediodía. Es como si estuviéramos quitándonos de encima un peso de hierro.

—Llévanos al lago Little Sword —murmuro—. Jon dijo que encontraríamos algo allí, algo que ayudaría.

Espero más discusiones, pero nadie se atreve a contradecirme. No es sabio enojar a la chica rayo cuando estás volando en un tubo de metal.

El trueno pasa por debajo de nosotros, en las nubes más abajo, un presagio del rayo agitándose en la tormenta. Grandes rayos caen contra el suelo, y siento cada uno de ellos como una extensión de mí misma. Fluido pero afilado como el cristal, quemando todo a su paso. El Little Sword no está lejos, en el extremo norte de la tormenta, y refleja el calmado y claro cielo como un espejo. Cal da una vuelta, lo suficientemente alto y profundo dentro de las nubes como para esconder nuestra presencia, antes de ver una pista medio enterrada en las boscosas colinas alrededor del lago. Cuando tocamos suelo, salto de mi asiento, a pesar de no tener ni idea de lo que estoy buscando.

Shade está cerca mientras corro por la rampa del jet, deseosa de llegar al lago. Está a kilómetro y medio al norte, si la memoria no me falla, y dejo que mi brújula interior tome el control. Pero no he llegado a la línea de árboles cuando un sonido familiar me hace parar.

El clic de una pistola.

22

Está sosteniendo mal la pistola. Hasta yo sé eso. Es demasiado grande para ella, hecha de metal negro brillante, con un cañón de casi treinta centímetros. Más adecuada para un soldado entrenado que para una pequeña chica adolescente que está temblando. *Un soldado*, me doy cuenta con claridad. *Un Plateado*. Es el mismo tipo de pistola con la que un centinela me disparó hace tanto tiempo en las profundas celdas del Salón del Sol. La bala se sintió como el golpe de un martillo y fue directo a mi espina dorsal. Hubiera muerto si no fuera por Julian y la curandera a su cargo. A pesar de mi habilidad, levanto mis manos, las palmas abiertas en señal de rendición. Soy la chica rayo, pero no estoy hecha a prueba de balas. Pero lo toma como una amenaza en vez de sumisión y se tensa, su dedo demasiado cerca del gatillo.

—No te muevas —sisea, atreviéndose a dar otro paso hacia mí. Su piel, del color rico y oscuro de la corteza blackwood, le ofrece un camuflaje perfecto en el bosque. Y a pesar de ello, veo el rojo florecer por debajo y las pequeñas venas escarlatas entelando el blanco de cada ojo. Jadeo. *Es Roja*—. Ni se te ocurra pensarlo.

—No lo haré —le digo, inclinando mi cabeza—. Pero no puedo hablar por él.

Sus cejas se fruncen en confusión. No tiene tiempo de tener miedo. Shade aparece detrás de ella, solidificándose de la nada y la envuelve en una experta llave militar. La pistola cae de su agarre y la recojo antes que pueda tocar el rocoso suelo. Lucha, moviéndose, pero con los brazos de Shade firmemente apretados detrás de su cabeza, no puede hacer mucho más que caer de rodillas. La sigue, manteniéndola firmemente agarrada, su boca en una tensa línea. Una escuálida niña no es rival para él.

La pistola se siente extraña en mi mano. No es mi arma elegida, ni siquiera he disparado jamás. Casi me río ante ello. Haber llegado tan lejos sin haber disparado una pistola.

—¡Quita tus manos Plateadas de mí! —gruñe, luchando contra el agarre de Shade. No es fuerte, pero es escurridiza, con largos y delgados músculos. Mantenerla derecha es como agarrar una anguila—. No iré allí de nuevo, ¡no lo haré! ¡Tendrán que matarme!

Chispas salen de mi mano vacía, mientras la otra agarra la pistola. Al ver mi rayo se congela inmediatamente. Sólo sus ojos se mueven, abriéndose por el miedo.

Su lengua sale, humedeciendo sus secos y rotos labios.

—Sabía que te conocía.

El calor de Cal sale de su cuerpo, envolviéndome en un bolsillo de calor momentos antes de ponerse a mi lado. Sus dedos queman azules con miedo, pero sus llamas retroceden al ver a la chica.

—Te he traído un regalo —murmuro, presionando la pistola en su mano. La mira, viendo exactamente lo que yo vi.

—¿Cómo has conseguido esto? —pregunta él, agachándose para mirarla a los ojos. Su ademán, frío y firme, me hace recordar la última vez que le vi interrogar a alguien. El recuerdo de los gritos de Farley y la sangre congelada todavía revuelve mi estómago. Cuando ella no responde, se tensa, una espiral de fuertes músculos—. ¿*Ésta* pistola? ¡¿Cómo?!

—¡La tomé! —espeta de vuelta, retorciéndose. Sus articulaciones crujen con la acción.

Me estremezco y miro a mi hermano.

—Déjala estar, Shade. Creo que podemos manejar esto bien.

Asiente, agradecido por dejar ir a la adolescente retorciéndose, y la libera. Se echa hacia adelante, pero se para antes de comerse el barro. Se desliza lejos del intento de Cal de ayudarla.

—No me toques, Lordy. —Parece capaz de morder, sus dientes desnudos y brillando.

—¿Lordy? —murmura por debajo de su aliento, ahora tan confundido como la chica.

Encima de ella, Shade entrecierra sus ojos al darse cuenta.

—Lordy. Los señores de rango, Plateados. Es jerga de barrio —explica para nosotros—. ¿De qué ciudad eres? —le pregunta, su tono mucho más amable que el de Cal. La toma con la guardia baja, y lo mira, sus oscuros ojos mostrando miedo. Pero continua mirándome de regreso, paralizada ante las delgadas chispas entre mis dedos.

—New Town —replica finalmente—. Me tomaron de New Town.

Ahora es mi turno de inclinarme, para poder verla plenamente. Parece mi opuesto, alta y delgada donde yo soy baja, su trenzado cabello brillando oscuro mientras el mío se desvanece de marrón a tonos de gris. Es más joven que yo, lo puedo ver en su cara. Quizás quince o dieciséis, pero sus ojos hablan de un cansancio impropio de su edad. Sus dedos son largos y torcidos, probablemente rotos por las maquinas demasiadas veces como para contarlas. Si es de New Town, es una técnico, condenada a trabajar en fábricas y líneas de ensamblado en una ciudad nacida en el humo. Hay tatuajes en su cuello, pero nada superfluo como el ancla de Crance. *Números*, me doy cuenta. *NT-ARSM-188907*. Grande y en bloques, de cinco centímetros, enrollándose a medio camino alrededor de su garganta.

—¿No es bonito, no, chica rayo? —se mofa, notando mi mirada. El desdén sale de sus palabras como el veneno de unos colmillos—. Pero no quiero molestarte con cosas feas.

Su tono me irrita y estoy tentada a enseñarle exactamente cuán fea puedo ser. En vez de ello, escucho a mi entrenador en la corte y hago lo que muchos me hicieron. Sonrío en su cara, riéndome sin hablar. Tengo las cartas aquí y necesita saberlo. Su expresión se agria, enfadada por mi reacción.

—¿Tomaste esto de un Plateado? —presiona Cal, señalando la pistola. Su incredulidad se puede oír—. ¿Quién te ayudó?

—Nadie me ayudó. Tendrías que saber eso de primera mano —espeta—. Tuve que hacerlo todo por mí misma. El guardia Eagrie no me vio venir.

—¿Qué? —Sólo mis lecciones con Lady Blonos me mantienen de jadear abiertamente. Un soldado de la Casa Eagrie. La Casa de los Ojos. Cualquiera de ellos puede ver el futuro inmediato, como menores versiones de Jon. Es casi imposible para un Plateado atacarles sin hacérselo saber, todavía menos una chica Roja. *Imposible*.

Solo se encoge de hombro.

—Pensaba que los Plateados tenían que ser duros, pero ella no lo era. Y luchar era mejor que esperar en mi celda. Para lo que fuera que tuvieran planeado.

Celda.

Caigo en mis talones, arrasada por el entendimiento.

—Escapaste de la prisión Corros.

Sus ojos vuelan a los míos, su labio inferior tiembla. Es la única indicación de miedo que pasa a través de su enfurecido exterior.

La mano de Cal encuentra mi codo, equilibrándome.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, su tono tomando un extremo más gentil. La trata como a un animal asustado y eso la provoca como nada más.

Se levanta rápidamente, sus puños apretados, haciendo que sus venas sobresalgan en sus brazos marcados por años trabajando en la fábrica. Sus ojos se entrecierran y por un momento, pienso que puede escaparse. Pero en vez de ello, planta sus pies en el barro y estira su espalda con orgullo.

—Mi nombre es Cameron Cole y si no te importa, voy a seguir mi camino.

Es más alta que yo, tan grácil y elegante como cualquier dama de la corte. Mi cabeza apenas llega a su barbilla cuando me levanto en toda mi altura, pero el brillo del miedo está todavía en ella. Sabe exactamente quién y qué soy.

—Cameron Cole —repito. La lista de Julian fluye por mis pensamientos, su nombre e información con ello. Y después, los registros de Harbor Bay más detallados que lo que encontró Julian. Me siento como Ada cuando escupo lo que recuerdo, mis palabras rápidas y seguras—. Nacida el tres de enero de 305, en New Town. Ocupación: Aprendiz de mecánico, contratada por el sector de montaje, reparación y fabricación pequeña. Dirección: Unidad Cuarenta y Cuatro, Bloque Doce, Sector Residencial, New Town. Tipo de sangre: no aplica. Mutación de genes, variedad desconocida. —Su boca se abre, dejando salir un pequeño jadeo—. ¿Suena eso bien?

Casi no puede asentir en acuerdo. Su susurro es todavía más suave.

—Sí.

Shade silba bajo su aliento.

—Maldito, Jon —murmura, negando. Asiento, coincidiendo. Lo que nos envió a buscar no era un *ello*, sino un *quién*.

—Eres una nuevasangre, Cameron. Justo como Shade y yo. De sangre Roja, con habilidades Plateadas. Es por ello que te encerraron en Corros y es por eso que has podido escapar. Cualquiera que sea la habilidad que te liberó, nos pudiste encontrar. —Doy un paso, queriendo abrazar a mi hermana de nuevasangre, pero se aparta de mi toque.

—No escapé para encontrarte —espeta.

Le sonrío lo mejor que puedo, intentando calmarla. Después de tantas reclutaciones, las palabras salen fáciles. Sé exactamente qué decir y cómo exactamente responderá. Es siempre lo mismo.

—No tienes que venir, por supuesto, pero morirás sola. El rey Maven te encontrará de nuevo…

Simply Books

Otro paso atrás, sorprendiéndome. Se mofa, negando.

—El único lugar al que voy a ir es a Choke, y ni tú ni tu rayo podrán detenerme.

—¿El Choke? —exclamo, perpleja.

A mi lado, Cal trata de ser civilizado lo mejor que puede. Pero no lo hace muy bien.

—Tonterías —espeta—. El Choke tiene más Plateados de lo que piensas, cada uno instruido para arrastrarte o matarte en cuanto te vean. Si tienes *suerte*, te devolverán a la prisión.

El lado de su boca se tuerce.

—El Choke tiene a mi hermano gemelo y quinientos como él marchando directos al cementerio. Me tendrían también si no fuera por lo que sea que me metió en prisión. Pueden estar de acuerdo en abandonar a los suyos, pero yo *no*.

Su respiración sale fuerte y áspera. Casi puedo ver las balanzas arriba y abajo en su cabeza, sopesando sus opciones. Es fácil de leer, lleva sus pensamientos y emociones claros en cada movimiento de su cara. No me inmuto cuando corre, corriendo entre los árboles. No la seguimos y siento a Shade y a Cal mirándome, esperando para lo que haga después.

Me dije que le daría otra oportunidad. Dejé a Jon irse, a pesar que lo necesitábamos. Pero algo me dice que necesitamos todavía más a Cameron y no se puede confiar en la joven chica con una decisión tan monumental. No sabe cómo de importante es, sin importar su habilidad. Salió de Corros de alguna manera y nos va a llevar a dentro.

—Agárrenla —susurro. Se siente mal.

Shade desaparece con una sonrisa de asentimiento. En la profundidad de los bosques, Cameron grita.

Tengo que cambiar mi asiento con Farley, dejando que tome mi silla de piloto para poder sentarme enfrente de Cameron y mantener un ojo en ella. Está firmemente ligada, con sus manos atadas en un cinturón de seguridad sobrante. Eso, junto con nuestra altitud actual, tendría que ser suficiente para evitar que se escape de nuevo. Pero no estoy deseando tomar esa oportunidad. Por todo lo que sé, puede volar o sobrevivir a la caída desde un avión. Por mucho que quiero utilizar mi viaje de vuelta a Notch para recuperar horas de sueño, mantengo mis ojos abiertos, coincidiendo con su mirada con todo el fuego que puedo. *Escogió mal*, me digo cada vez que la culpa reaparece. *La necesitamos y vale demasiado para perderla*.

Nanny charla a su lado, explicándole cuentos del Notch así como la propia historia de su vida. Casi espero que saque las viejas fotografías de sus nietos, como siempre hace, pero Cameron se mantiene firme donde ninguno de nosotros puede. Ni siquiera la amable vieja mujer puede llegar a la chica frunciendo el ceño, que permanece en silencio y mirando a sus pies.

—¿Cuál es tu habilidad, querida? ¿Grosería súper humana? —se burla finalmente, harta de ser ignorada.

Eso consigue que Cameron al menos gire su cabeza, apartando sus ojos del suelo. Abre su boca para mofarse de nuevo, pero en vez de ver a la vieja mujer, se encuentra mirando su propio rostro.

—¡Para de hablar! —dice impertinente, dejando salir un poco más de su jerga de barrio. Sus ojos se abren y sus manos atadas se retuercen, intentando liberarse—. ¿Alguien más está viendo esto?

Me río sombríamente, sin molestarme en esconder mi sonrisa. Sólo Nanny podría hacer que la chica sintiera miedo y hablara.

—Nanny puede cambiar su apariencia —le digo—. Gareth manipula la gravedad. —Saluda desde su improvisada camilla fijada al lado del avión—. Y ya sabes de los demás.

—Soy inútil —bromea Farley desde su asiento. Un cuchillo se mueve adelante y atrás en sus manos, traicionando exactamente cuán equivocada está.

Cameron se burla, sus ojos siguiendo el cuchillo mientras brilla.

—Justo como yo. —No hay ni un poco de pena en su voz, sólo un hecho.

—No es verdad. —Dejo el diario de Julian a mi lado—. Pasaste por delante de un Ojo, en caso que te hayas olvidado.

—Bueno, eso es todo lo que he hecho, o que jamás haré. —Las tiras alrededor de sus brazos se tuercen, pero se mantienen firmes—. Tomaste a una don nadie, chica rayo. No quieres perder tu tiempo en mí.

Viniendo de cualquier otro, podría sonar triste, pero Cameron es más lista. Se piensa que no sé lo que está haciendo. Pero sin importar lo que diga, sin importar cuán inútil quiera parecer, no le creeré. Su nombre está en la lista y eso no es un error. Quizás no sabe aun lo que es, pero ciertamente lo averiguaremos. Tampoco soy ciega. Aún mientras le mantengo este concurso de miradas, dejándole pensar que me ha engañado, conozco su juego más profundo. Sus habilidosos dedos, entrenados en el

suelo de la fábrica, trabajan en sus agarres con lentitud pero con eficiencia asegurada. Si no mantengo un ojo en ella, no pasará mucho tiempo hasta que se deshaga de sus amarres.

—Conoces Corros mejor que ninguno de nosotros. —Mientras hablo, Nanny se metamorfosea a su cuerpo habitual—. Es suficiente para mí.

—Entonces ¿tienes un adivino aquí? Porque esa es la única manera en la que conseguirás una maldita palabra de mí. —Casi espero que escupa a mis pies.

A pesar de mis mejores esfuerzos, me encuentro perdiendo la paciencia.

—O eres inútil o eres resistencia. Elige uno. —Eleva una ceja, sorprendida con mi tono—. Si vas a mentir, al menos hazlo bien.

El lado de su boca se tuerce, traicionando una malvada mueca.

—Olvidé que sabías todo acerca de eso.

Odio a los niños.

—No actúes tan arrogante y poderosa —presiona, lanzando las palabras como dagas. A parte de su voz, el sonido del avión llena el aire. Los otros están escuchando, Cal más que el resto. Espero que el calor se eleve en cualquier momento—. No eres ninguna dama de la nobleza ahora, sin importar a cuántos de nosotros intentes mandarnos. Acostarte con un principillo no te hace la reina del montón.

Las luces parpadean sobre su cabeza, la única indicación de mi enfado. Por el rabillo del ojo, veo como Cal aprieta su agarre en los controles del jet. Como yo, está tratando lo mejor que puede para mantener la calma y ser razonable. Pero la perra insiste en hacerlo demasiado difícil. *¿Por qué no pudo Jon enviarnos un mapa en su lugar?*

—Cameron, vas a decirnos cómo escapaste de esa prisión. —Lady Blonos estaría orgullosa de mi compostura—. Vas a decirnos cómo es, dónde están las celdas, dónde están los guardias, dónde mantienen a los Plateados, a los nuevasangres, y todo lo que recuerdes, hasta la última uña *sangrante*. ¿He sido clara?

Aparta una de sus muchas trenzas de su hombro. Es lo único que puede mover sin asfixiarse contra los muchos cinturones y correas.

—¿Qué consigo yo?

—Inocencia. —Lanzo un suspiro—. Si sigues sin hablar dejarás a todos esos prisioneros a su destino. —Las palabras de Jon regresan, un maldito eco de aviso—. Para morir, o enfrentar lo peor. Te estoy salvando de esa culpa. —*Una culpa que conozco demasiado bien*.

Hay una lenta presión en mi hombro, Shade. Inclinándose en mí, dejándome saber que está allí. Hermanos de sangre y de armas, otro para compartir la victoria y la culpa.

Pero en vez de coincidir, como cualquier persona racional, Cameron está incluso más enfadada que antes. Su cara se oscurece, una tormenta de emociones.

—No puedo creer que tengas los huevos para decir eso. Tú, que abandonaste a muchos después de sentenciarlos a las trincheras.

Cal ha tenido suficiente. Estampa su puño contra el brazo de su silla. Dice sin rodeos.

—Esa no fue su orden…

—Pero fue su culpa. Tú y tu estúpida banda de andrajosos trapos rojos. —Mira a Farley, acallando cualquier respuesta que pudiera lanzar—. Jugando con *nuestras* familias, *nuestras* vidas, mientras corres y te escondes en los bosques. Y ahora piensas que eres algún tipo de heroína, volando alrededor y salvando a todos los que piensas que son *especiales*, los que valen el precioso tiempo de la chica rayo. Apuesto a que caminas a través de los barrios y los pueblos pobres. Apuesto que ni siquiera ves lo que nos has hecho. —La sangre se eleva con su enfado, coloreando sus mejillas, en un color oscuro y escabroso. No puedo hacer mucho más que contemplarla—. Nuevasangre, Plateados, Rojos, es todo lo mismo, una y otra vez. Algunos que son especiales, algunos que son mejores que el resto, y los que todavía no tienen nada.

Me siento enferma, una ola de temor aprensivo.

—¿Qué quieres decir?

—*División*. Favorecer unos de los demás. Estás en busca de gente como tú, para protegerles, entrenarles, hacer que luchen tu guerra. No porque quieran, sino porque los necesitas. ¿Qué pasa con esos niños que van a luchar? No te importan en lo más mínimo. Los intercambias por otro andante, otra bujía.

La luz parpadea de nuevo, más rápido que antes. Siento cada revolución del motor del jet, a pesar de su cegadora velocidad. La sensación me enloquece.

—Estoy tratando de salvar a la gente de Maven. Convertirá a los nuevasangre en armas, lo cual acabará en *más* muertes, *más* sangre…

—Estás haciendo exactamente lo que *ellos* hicieron. —Señala con sus atadas manos a Cal. Tiemblan por el enfado. Conozco el sentimiento, e intento esconder los temblores de rabia en mis propios dedos.

—Mare. —El aviso de Cal cae en saco roto en mis oídos, ahogado por mi atronador pulso.

Cameron escupe veneno. Está disfrutando esto.

—Hace mucho tiempo, cuando los Plateados eran nuevos. Cuando eran pocos, cazados por la gente que pensaban que eran demasiado diferentes.

Mis manos se agarran a cada lado de mi silla, hundiéndose en algo sólido. *Control*. Ahora el jet gime en mi oreja, como un chillido de huesos rotos.

Nos movemos en el aire y Gareth grita, agarrándose su pierna.

—¡Cameron, para! —grita Farley, sus manos volando a sus cinturones. Se desatan en rápida sucesión—. ¡Si no te callas, yo lo haré!

Pero Cameron sólo tiene ojos y enfado para mí.

—Mira a dónde condujo el camino —gruñe, inclinándose tan lejos como su agarre la deja. Antes de saberlo, estoy en mis pies, mi equilibrio inseguro mientras el jet se balancea. Casi no puedo oírla sobre los chillidos metálicos rodando por mi cabeza. Sus manos están fuera de su agarre, quitándose los cinturones con alta

precisión. Salta para ponerse de pie, gruñendo en mi rostro—. Dentro de cien años un rey nuevasangre se sentará en el trono que le estás construyendo sobre las calaveras de los niños.

Algo se rompe dentro de mí. Es una barrera entre humano y animal, entre sentido y locura. De repente, me he olvidado del jet, de la altitud y en todo lo que confía mi pobre control. Sólo puedo pensar en *instruir* a esta mocosa, enseñarle exactamente quién y qué estamos tratando de salvar. Cuando mi puño colisiona con su mandíbula, espero ver chispas pasar por su piel, tirándola al suelo.

Pero no hay nada excepto mis nudillos magullados.

Se queda mirando, tan sorprendida como yo. A nuestro alrededor, las parpadeantes luces vuelven a la normalidad y el jet se nivela. El ruido en mi cabeza se corta abruptamente, como si una sábana de silencio hubiera caído sobre mis sentidos. Me golpea como un puñetazo en el estómago, haciéndome caer en una rodilla.

Shade agarra mi brazo en un segundo, agarrándome con fraternal preocupación.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

En la cabina de mandos, Cal mira entre mí y su panel de control, su cabeza yendo adelante y atrás.

—Estabilizado —murmura, a pesar que no soy yo—. Mare…

—No soy yo. —Un sudor frío atraviesa mi ceja y lucho contra la repentina urgencia de enfermarme. Mi respiración viene en cortos momentos, como si el aire estuviera siendo presionado en mis pulmones. Algo me está asfixiando—. Ella.

Da un paso atrás, demasiado sorprendida como para mentir. Su boca cae abierta por el miedo.

—No he hecho nada. No he hecho nada, lo juro, maldita sea.

—No era tu intención, Cameron. —Eso quizás es lo que más la sorprende—. Simplemente cálmate, sólo… sólo para. —No puedo respirar, realmente no puedo respirar. Mi agarre se aprieta en Shade, mis uñas hundiéndose. El pánico atraviesa mis nervios, sola sin mi rayo.

Toma todo mi peso en su hombro malo, ignorando el pequeño dolor. Al menos Shade es lo suficientemente listo como para saber qué trato de decir.

—La estás anulando, Cameron. Estás apagando sus habilidades, la estás apagando.

—No puedo… ¿Cómo? —Sus oscuros ojos están llenos de terror.

Veo manchas, pero puedo distinguir a Cal viniendo. Cameron se aleja de él, como cualquier persona en su sano juicio haría, pero Cal sabe qué hacer. Ha entrenado a niños y a mí, a través de episodios similares de caos súper humano.

—Vamos —dice, firme y calmado. Sin mimarla, pero sin enfado—. Respira por tu nariz, expira por la boca. Deja ir lo que estás conteniendo.

Por favor déjalo ir. Por favor déjalo ir. Mi respiración comienza a reducirse, cada vez más superficial que el anterior.

—Déjala ir, Cameron.

Es como si una roca hubiera sido puesta en mi pecho, y me estuviera presionando hasta morir, apretando cualquier semblante conmigo.

—Déjala ir.

—¡Lo estoy intentando!

—Tranquila.

—Estoy intentándolo. —Su voz es más suave, más controlada—. Estoy intentándolo.

Cal asiente, sus emociones suaves como olas.

—Eso es. Eso es.

Otro jadeo, pero esta vez el aire entra en mis pulmones. Puedo respirar de nuevo. Mis sentidos están apagados, pero retornan. Se incrementan con cada fuerte palpitación de mi corazón.

—Eso es —dice Cal de nuevo, mirando por encima de su hombro. Sus ojos encuentras los míos, y un hilo de tensión se libera entre nosotros—. Eso es.

No mantengo su mirada por mucho tiempo. Tengo que mirar a Cameron, a su miedo. Cierra sus ojos y frunce el ceño con concentración. Una sola lágrima escapa, bajando por su mejilla y sus manos masajean el tatuaje en su cuello. Sólo tiene quince. No se merece esto. No tendría que tener tanto miedo de sí misma.

—Estoy bien —digo, y sus ojos se abren.

Antes de cerrar las puertas de su corazón, el alivio cruza su cara. No dura mucho.

—Esto no cambia cómo me siento, Barrow.

Si pudiera pararme, lo haría. Pero mis músculos tiemblan con debilidad.

—¿Quieres hacerle esto a alguien más? ¿A tu hermano cuando lo encuentres?

Ahí está. El trato que debemos hacer. Ella también lo sabe.

—Métenos en Corros y nos aseguraremos que sepas cómo usar tu habilidad. Te convertiremos en la persona más mortífera del mundo.

Tengo miedo que me arrepienta de esas palabras.

23

Mi voz retumba extrañamente en la amplia entrada de la casa de seguridad. La tormenta de Rift nos ha atrapado, y una pesada mezcla de nieve y congelada lluvia aúlla al otro lado de la sucia pared. El frío viene con ello, pero Cal hace lo mejor para ahuyentarlo. Los habitantes de Notch se acurrucan juntos, tratando de calentarse en la fogata que encendió en el suelo. Cada ojo capta la luz del fuego, convirtiéndose en demasiadas joyas rojas y naranjas. Parpadean con cada giro de la llama, siempre mirándome. Quince pares en total. Además de Cameron, Cal, Farley y mi hermano, los adultos de Notch han venido a escuchar lo que tengo que decir. Sentados al lado de Ada están Ketha, Harrick y Nix. Fletcher, un curandero de piel inmune al dolor, extiende sus pálidas manos demasiado cerca del fuego. Gareth lo echa hacia atrás antes que su piel pueda quemarse. También está Darmian, invulnerable como Nix, y Lory de las islas rocosas de Kentosport. Incluso Kilorn nos honra con su presencia, sentándose firmemente entre sus compañeros de caza, Crance y Farrah.

Afortunadamente no hay niños presentes. No serán parte de esto, y continuarán en la seguridad que les puedo dar. Nanny los mantiene en su habitación, divirtiéndoles con sus transformaciones, mientras que cualquier persona mayor de dieciséis años me escucha explicar todo lo que aprendimos en el camino hacia Pitarus. Se sientan con gran atención, las caras mostrando sorpresa, miedo o determinación.

—Jon dijo que cuatro días sería demasiado tiempo. Así que tenemos que hacerlo en tres.

Tres días para entrar en una prisión, tres días para planificar. Tenía más de un mes de entrenamiento duro con los Plateados, y años anteriores en las calles de los Pilares. Cal es un soldado de nacimiento, Shade pasó más de un año en el ejército, y Farley es un capitán por sí sola, a pesar que no tiene habilidades propias. ¿Pero los demás? Cuando miro el potencial recolectado de Notch, mi determinación vacila. Si sólo tuviéramos más tiempo. Ada, Gareth, y Nix son nuestras mejores posibilidades, tienen habilidades que mejor se adaptan a un allanamiento, por no hablar del mayor tiempo de entrenamiento en Notch. Los otros son poderosos, Ketha puede borrar un objeto con un abrir y cerrar de ojos, pero lamentablemente sin experiencia. Han estado aquí unos pocos días o semanas como mucho, procedentes de las canaletas y pueblos olvidados donde eran nada ni nadie. Enviarlos a luchar será como poner a un niño al volante de un transporte. Van a ser un peligro para todos, sobre todo para ellos mismos.

Todo el mundo sabe que es absurdo, una imposibilidad, pero nadie lo dice. Incluso Cameron tiene el buen sentido de mantener la boca cerrada. Mira el fuego,

negándose a levantar la mirada. No puedo mirarla por mucho tiempo. Me hace enfadar mucho, y me pone demasiado triste. Ella es exactamente lo que yo estaba tratando de evitar.

Farley encuentra su voz primero.

—Incluso *si* ese personaje Jon decía la verdad sobre sus habilidades, no hay pruebas que lo que nos dijo no es una mentira. —Se inclina hacia delante, cortando una afilada silueta contra el fuego—. Podría ser un agente de Maven. Dijo que Elara iba a empezar a controlar a los nuevasangres ¿y si estaba controlándolo a él? ¿Usándolo para atraernos? Dijo que Maven nos tendería una trampa. ¿Tal vez es esto?

Con una sensación de hundimiento, veo a unos cuantos asentir junto a ella. Crance, Farrah y Fletcher. Espero que Kilorn se alinee con su equipo de caza, pero se mantiene quieto y en silencio. Al igual que Cameron, no me mira.

El calor me llena en todos los lados. Desde el fuego de delante y Cal detrás, apoyado contra la sucia pared. Irradia como un horno, pero está callado como una tumba. Sabe que es mejor no hablar. Muchos aquí lo toleran sólo por mí o los niños, o ambos. No puedo confiar en él para ganar soldados. Tengo que hacerlo yo misma.

Simply Books

—Yo le creo. —Las palabras se sienten muy extrañas en mi boca, pero son sólidas piedras. Estas personas insisten en tratarme como un líder, así que voy a actuar como tal. Y voy a convencerlos de seguir—. Iré a Corros, trampa o no. Los nuevasangres se enfrentan a dos destinos, a morir, o ser utilizados por el titiritero que todo el mundo llama reina. Ambos son inaceptables.

Murmullos de acuerdo rondan a través de los que estoy tratando de persuadir. Gareth los lleva, moviendo la cabeza en una muestra de lealtad. Él vio a Jon con sus propios ojos, y no necesita más convicción que yo.

—No voy a obligar a nadie ir. Al igual que antes, todos tienen una opción en esto. —Cameron niega ligeramente, pero no dice nada. Shade se mantiene cerca de ella, siempre dentro del alcance del brazo, en caso que decida hacer otra cosa estúpida—. No va a ser fácil, pero no es imposible.

Si digo lo suficiente, podría empezar a creerlo yo misma.

—¿Cómo es eso? —interviene Crance—. Si te he oído bien, la prisión fue construida para mantener a la gente como tú en silencio. No son sólo barras y puertas cerradas que tendrás que pasar. Habrá ojos en cada puerta, una armada de oficiales Plateados, una armería, cámaras, piedras silenciosas y eso sólo si tienes suerte, chica rayo.

Junto a él, Fletcher traga con dificultad. Puede que no sea capaz de sentir dolor, pero el pálido y carnoso hombre sin duda puede sentir miedo.

—¿Y qué si no tienes?

—Pregúntale a ella. —Inclino mi cabeza hacia Cameron—. Ella se escapó.

Jadeos de la multitud como si fuera la superficie de un estanque. Ahora no soy yo a la que están mirando, y se siente bien relajarse un poco. Por el contrario, Cameron aprieta sus largas manos en puños, protegiéndola de los muchos ojos.

Incluso Kilorn levanta la mirada, pero no a Cameron. Su mirada va más allá pasando de ella, encontrándome mientras me apoyo contra la pared. Y todo mi alivio se desvanece, sustituido por una emoción que no puedo identificar. Sin temor, sin ira. No, esto es otra cosa. *Anhelo*. En la luz del fuego cambiante, con la tormenta afuera, puedo fingir que somos un chico y una chica acurrucados debajo de una casa de pilares, en busca de refugio contra el aullido del otoño. Podría alguien controlar el espacio de tiempo y traerme de vuelta a aquellos días. Me aferraría a ellos celosamente, en lugar de lloriquear por el frío y el hambre. Ahora estoy igual de fría, con la misma hambre, pero no hay manta que pueda calentarme, no hay comida que me pueda saciar. Nada volverá a ser lo mismo. Es mi propia culpa. Y Kilorn me siguió a esta pesadilla.

—¿Ella habla? —se burla Crance cuando se cansa de esperar a Cameron para abrir la boca.

Farley se ríe.

—Demasiado para mi gusto. Vamos, Cole, dinos todo lo que recuerdas.

Espero que Cameron salte de nuevo, tal vez incluso morder a Farley en la nariz, pero una audiencia tranquiliza su temperamento. Ve mi truco, pero eso no impide que funcione. Hay demasiados ojos esperanzados, muchos dispuestos a dar un paso al peligro. No puede ignorarlos ahora.

Simply Books

—Es más allá de Delphie. —Suspira. Sus ojos se nublan con la dolorosa memoria—. En algún lugar cerca de Wash, tan cerca que casi se puede oler la radiación.

Wash forma la frontera sur de Norta, una división natural desde el Piedmont y los príncipes Plateados que reinan allí. Al igual que Naercey, Wash es una tierra en ruinas, demasiado lejos para que los Plateados la reclamen. Ni siquiera la Guardia Escarlata se atreve a poner pie allí, donde la radiación no es un engaño y el humo de mil años aún perdura.

—Nos mantuvieron aislados —continúa Cameron—. Uno en cada celda, y muchos no tienen la fuerza suficiente para hacer otra cosa que yacer en sus catres. Algo en ese lugar los pone enfermos.

—Piedra Silenciosa —contesto su pregunta sin hacer, porque recuerdo demasiado bien la misma sensación. Dos veces he estado en una celda de este tipo, y dos veces se lixivia mi fuerza a distancia.

—Sin mucha luz, sin mucha comida. —Se mueve en su asiento, con los ojos entrecerrados contra las llamas—. Tampoco se puede hablar mucho. A los guardias no les gusta hablar y siempre estaban de patrulla. A veces los centinelas vienen y toman a la gente. Algunos estaban demasiado débiles para caminar y tuvieron que ser arrastrados. Sin embargo, no creo que el edificio estuviera lleno. Vi un montón de celdas vacías allí. —La respiración se le traba—. Cada sangriento día.

—Descríbelo, la estructura —dice Farley. Ella empuja a Harrick y entiendo su línea de pensamiento.

—Estábamos en nuestro propio bloque, los nuevasangre sacados de la región Beacon. Era una gran plaza, con cuatro tramos de las celdas alineados en las paredes. Había pasarelas conectando los diferentes niveles todos enredados, y los magnetrones las retiraban por la noche. Lo mismo con las celdas, si tuvieran que abrirlas. Magnetrones en todo el lugar —maldice, y no la culpo por su ira. No había hombres como Lucas Samos en la prisión, ningún tipo de magnetrones como el que murió por mí en Archeon—. No hay ventanas, pero había una claraboya en el techo. Pequeña, pero suficiente para hacernos ver el sol durante unos minutos.

—¿Así? —pregunta Harrick, y se frota las manos. Ante nuestros ojos, una de sus ilusiones aparece por encima de la fogata, una imagen girando lentamente. Una caja hecha de tenues líneas verdes. A medida que mis ojos se ajustan a lo que estoy viendo, me doy cuenta que es un esbozo, en tres dimensiones del bloque de la prisión de Cameron.

Ella lo mira, los ojos parpadeando en cada centímetro de la ilusión.

—Más amplio —murmura, y los dedos de Harrick trabajan. La ilusión responde—. Dos pasarelas más. Cuatro puertas en el nivel superior, una en cada pared.

Harrick hace lo que se le dice, manipulando la imagen hasta que está satisfecha. Casi sonríe. Esto es fácil para él, un simple juego, como dibujar. Miramos la imagen en silencio, cada uno de nosotros tratando de descifrar una manera de entrar.

—Un pozo —gime Farrah, dejando caer su cabeza en sus manos. De hecho, el bloque de la prisión se parece a un afilado agujero cuadrado.

Ada está menos sombría y más interesada en analizar minuciosamente la mayor información de la prisión tanto como puede.

—¿Adónde conducen las puertas?

Con un suspiro, los hombros de Cameron se desploman.

—Más bloques. Cuántas en total, no sé. Pasé por tres en una línea antes de salir.

La ilusión cambia, añadiendo bloques a los lados de Cameron. La vista se siente como un puñetazo en el estómago. Tantas celdas, tantas puertas. Tantos lugares para tropezar y caer. *Pero Cameron escapó. Cameron, que no tenía entrenamiento ni idea de lo mucho que puede hacer*.

—Dijiste que habían Plateados en la prisión —habla Cal por primera vez desde que comenzó la reunión, y su estado de ánimo es oscuro por cierto. Él no va a entrar en el círculo de luz. Por un momento, se ve la sombra que Maven siempre dijo ser—. ¿Dónde?

Un gruñido, una enojada risa dura como una piedra contra el acero, se escapa de Nix. Clava el dedo acusador en el aire, punzante.

—¿Por qué? ¿Quieres a tus amigos fuera de sus jaulas? ¿Enviarlos de vuelta a sus mansiones y fiestas de té? Bah, ¡déjalos que se pudran! —Agita una mano con venas en dirección de Cal y su risa se vuelve fría como la tormenta de otoño—. Deberías haber dejado a éste atrás, Mare. Mejor aún, enviarlo lejos. Él no tiene la mente para proteger a nadie excepto a lo suyo.

Mi boca se mueve más rápido que mi cerebro, pero esta vez, están de acuerdo.

—Cada uno de ustedes sabe que es una mentira. Cal ha sangrado por todos nosotros y protegido a cada uno, por no mencionar que ha entrenado a la mayoría de ustedes. Si él está preguntando por los otros Plateados en Corros, tiene una razón, y *no* es para liberarlos.

—De hecho…

Me volteo, los ojos muy abiertos, y la sorpresa hace eco a través del cuarto.

—¿Quieres liberarlos?

—Piénsalo. Están encerrados porque desafiaron a Maven, o Elara, o ambos. Mi hermano llegó al trono en extrañas circunstancias y muchos, *muchos* no van a creer la mentira que su madre les dice. Algunos son lo suficientemente inteligentes como para tener un perfil bajo, para esperar el momento oportuno, pero otros no lo son. Sus esquemas de corte terminan en una celda. Y por supuesto, están aquellos como mi tío Julian, que enseñó a Mare lo que era. Él ayudó a la Guardia Escarlata, salvó a Kilorn y Farley de la ejecución y su sangre es Plateada. Está en esa prisión también, con otros que creen en una igualdad más allá de los colores de la sangre. No son nuestros enemigos, no en este momento —responde. Descruza sus brazos, haciendo un mal gesto, tratando de hacernos entender lo que el soldado en él ve—. Si los dejamos a todos sueltos en Corros, va a ser un caos. Atacarán a los guardias y harán todo lo posible para salir. Es una mejor distracción que cualquiera de nosotros puede dar.

Incluso Nix se desinfla, acobardado por la sugerencia rápida y decisiva. A pesar que odia a Cal, culpándolo por la muerte de sus hijas, no puede negar que es un buen plan. Tal vez lo mejor que podría ocurrir.

—Además —añade Cal, retrocediendo de nuevo en la sombra. Esta vez, sus palabras están destinadas sólo para mí—. Julian y Sara estarán con los Plateados, no los nuevasangre.

Oh. En mi prisa, en realidad lo había olvidado, de alguna manera, su sangre no era del mismo color que la mía. Son plateados también.

Cal presiona, tratando de explicar.

—Recuerda lo que son y cómo se sienten. Ellos no son los únicos que ven la ruina en este mundo.

No son los únicos. La lógica me dice que debe ser correcto. Después de todo, en mi propio tiempo limitado con Plateados, conocí a Julian, Cal, Sara y Lucas, cuatro Plateados que no eran tan crueles como creía que eran. Tienen que haber más. Al igual que los nuevasangre de Norta, Maven los está eliminando, lanzando a ambos disidentes y opositores políticos en la cárcel para consumirse y ser olvidados.

Cameron se preocupa, mordiéndose el labio con los dientes.

—Los bloques Plateados son iguales que los nuestros, escalonados como un mosaico. Uno para Plateados, otro para nuevasangre, Plateado, nuevasangre y así sucesivamente.

—A cuadros —murmura Cal, asintiendo—. Mantenerlos separados el uno del otro. Más fácil de controlar, más fácil de combatir. ¿Y tu escape?

—Ellos nos paseaban una vez a la semana, para evitar nuestra muerte. Algunos guardias se rieron de ello, dijeron que las celdas nos matarían si no nos dejaban salir un poco. El resto apenas podía arrastrar los pies, por no hablar de pelear, pero yo no. Las celdas no me ponen enferma.

—Debido a que no te afectan —dice Ada, su voz controlada y uniforme y suavemente correcta. Suena tan parecida a Julian que me hace saltar. Para una segunda formación, estoy de vuelta en su salón de clases lleno de libros y soy la que está siendo examinada—. Tus capacidades de silenciamiento son tan fuertes que las medidas normales no funcionan. Un efecto de cancelación, creo. Una forma de silencio contra otro.

Cameron solo se encoge de hombros, indiferente.

—Claro.

—Así que te escabulliste en una caminata —murmura Cal, más para sí mismo que cualquier otra persona. Está pensando en esto, poniéndose en posición de Cameron, imaginando la prisión mientras se escapó, para que pueda encontrar una manera de entrar—. Los ojos no podían ver lo que pensabas hacer, por lo que no pudieron detenerte. Vigilaban las puertas, ¿verdad?

Ella asiente en acuerdo.

—Uno observaba cada bloque de celdas. Tomé su arma, bajé la cabeza y corrí.

Crance deja escapar un silbido bajo, impresionado por su audacia. Pero Cal no está tan cegado y presiona aún más.

—¿Qué hay de los portones? Sólo un magnetrón puede abrirlos.

En ese momento, Cameron sonríe frágil.

—Parece que los Plateados ya no son lo suficientemente estúpidos como para dejar el mando de todas las celdas y la puerta a un puñado de manipuladores de metal. Hay un interruptor de llave, para abrir las puertas en caso que no tengan un magnetrón cerca, o para cerrarlas con deslizadores de piedra, si uno decide no jugar bonito.

Esto es obra mía, me doy cuenta. *Usé a Lucas contra las celdas en el Salón del Sol. Maven está tomando medidas para asegurarse que otro no pueda hacer lo mismo*.

Cal me mira, pensando exactamente lo mismo.

—¿Y tienes la llave?

Ella niega, haciendo un gesto a su cuello. El tatuaje ahí es negro, más oscuro aún que su piel. Es su marca como técnico, un esclavo de las fábricas y el humo.

—Soy mecánico. —Menea sus torcidos dedos—. Los interruptores tienen engranajes y cables. Sólo un idiota necesita una llave para que esos trabajen bien.

Cameron podría ser un dolor, pero es ciertamente útil. Incluso tengo que admitirlo.

—Fui reclutada, a pesar que teníamos empleos en New Town —continúa, dejando caer su tono.

—La prisión, Cameron —le digo—. Tenemos que centrarnos…

—Todo el mundo trabaja allí, y solía ser que no podíamos entrar en el ejército, aunque quisiéramos —habla por encima de mí, su voz cada vez más fuerte. Para competir se tendría que volver en una pelea a gritos—. Las órdenes cambiaron eso. Era una lotería. Uno de cada veinte, de todo el mundo entre quince y diecisiete años. Mi hermano y yo fuimos elegidos. Raras probabilidades, ¿verdad?

—Una probabilidad de menos del tres por ciento —susurra Ada.

—Nos separaron, yo a la legión de Beacon fuera de Fort Patriot, y Morrey a la Legión Dagger. Eso es lo que hicieron con cualquier persona que causaba problemas, que siquiera miraba a un oficial de mala manera. La Legión Dagger es una sentencia de muerte, ya sabes. Cinco mil niños que tuvieron la valentía para luchar y que van a terminar en una fosa común.

Mis dientes se presionan juntos. El recuerdo de las órdenes militares quemando aguda y brillantemente en mi mente.

Simply Books

—Es una marcha de muerte después de salir de Corvium, una masacre. Justo a través de las trincheras y en el corazón de Choke. Enviaron a Morrey allí porque trató de abrazar a nuestra madre por última vez.

Mi tenue control se aguanta en órdenes tensos. Lo veo en cada rostro, mientras mis nuevasangres digieren las palabras de Cameron. Ada está peor que todos. Me mira fijamente, sin parpadear. No es una mirada dura, pero una en blanco. Está haciendo todo lo posible para mantener su juicio y nublar los ojos, pero no está funcionando. El fuego hace estragos en el medio del suelo, transformando lo blanco de sus ojos rojos y oro y brillantes.

—Hay nuevasangres en esa prisión y también Plateados. —Cameron sabe que los tiene en su mano y aprieta su agarre—. Pero hay cinco mil niños, cinco mil niños y niñas rojos, a punto de desaparecer para siempre. ¿Dejarán que se mueran? ¿La seguirán —Mueve su cabeza en mi dirección—, y a su príncipe mascota?

Los dedos de Cal se tuercen demasiado cerca de los míos y me alejo. *Aquí no*. Todos ellos saben que compartimos una habitación, y quién sabe qué más asumen. Pero no le voy a dar a Cameron más munición de lo que ya tiene.

—Ella dice que tienen elección, pero no sabe el significado de la palabra. Fui traída aquí, al igual que el legionario me llevó, como los centinelas me tomaron unos días más tarde. La chica rayo no da opciones a la gente.

Ella espera que luche contra las acusaciones, pero retengo mi lengua. Se siente como derrota y ella lo sabe bien. Detrás de sus ojos, los engranajes ya han comenzado a girar. Me lastimó antes y puede hacerlo de nuevo. *Entonces, ¿por qué se queda? Nos podría silenciar y marchar de aquí. ¿Por qué quedarse?*

—Mare salva a la gente.

La voz de Kilorn suena diferente, más viejo. El dolor de anhelo en mi pecho regresa.

—Mare salvó a cada uno de ustedes de la prisión o la muerte. Se arriesgó a sí misma cada vez que entraba en sus ciudades. No es perfecta, pero no es un monstruo, no por cualquier orden. Confíen en mí —añade, aun negándose a mirarme—. He visto monstruos. Y tú también lo harás si dejamos a los nuevasangre a merced de la reina. Luego va a hacer que se maten entre ustedes, hasta que no quede nada de lo que son, y no habrá quien viva para recordar lo que eran.

Piedad, casi me burlo. *Elara no tiene ninguna*.

No espero que las palabras de Kilorn tengan mucho peso, pero estoy totalmente equivocada. El resto lo mira con respeto y atención. No es de la misma forma en que me miran. No, sus ojos siempre están teñidos de miedo. Soy un general para ellos, un líder, pero Kilorn es su hermano. Todos lo quieren como nunca querrán a Cal o incluso a mí. Ellos escuchan.

Y justo así, la victoria de Cameron es arrebatada.

—Convertiremos esa prisión en polvo —retumba Nix, poniendo una mano en el hombro de Kilorn. Su agarre es demasiado apretado, pero Kilorn no se inmuta—. Voy a ir.

Simply Books

—Y yo.

—Y yo.

—Yo también.

Las voces resuenan en mi cabeza. Más de lo que podía haber esperado de voluntarios. Ahí están Gareth, Nix, Ada, la explosiva Ketha, el invulnerable demoledor Darmian, Lory con sus sentidos superiores y por supuesto, Nanny ya se ha comprometido a venir. Los callados, Crance, Farrah, Fletcher y el ilusionista Harrick, inquietos en sus asientos.

—Muy bien. —Doy un paso hacia delante de nuevo, fijándome en todos con el aspecto más fuerte que pueda reunir—. Necesitaremos al resto aquí, para evitar que los niños quemen el bosque. Y para protegerlos, si pasa algo.

Algo. Otra incursión, un ataque total, lo que podría convertirse en una masacre de los que he tratado tan duro de salvar. Pero quedarse atrás es menos peligroso que ir a Corros, y exhalan suspiros de alivio. Cameron los mira relajada, su rostro retorcido por envidia. Ella se quedaría con ellos si pudiera, pero entonces, ¿quién la entrenaría? ¿Quién iba a enseñarle a controlar sus habilidades y usarlas? *No Cal y ciertamente no yo*. No le gusta el precio, pero ella tendrá que pagarlo.

Trato de mirar a los otros voluntarios, a su vez, con la esperanza de ver la determinación o el enfoque. En su lugar, encuentro miedo, duda y lo peor de todo, arrepentimiento. Ya antes de siquiera empezar. Lo que daría ahora por la Guardia Escarlata desperdiciada de Farley, o incluso soldados Lakeland del Coronel. Al menos tienen alguna pizca de fe en su causa, si no en ellos mismos. *Debo creer lo suficiente para todos nosotros. Debo poner mi máscara de nuevo y ser la chica rayo que necesitan. Mare puede esperar*.

Vagamente me pregunto si alguna vez tendré la oportunidad de ser Mare de nuevo.

—Te necesito para conducirme a través de esto de nuevo —dice Cal, señalando entre Cameron y la ilusión girando de la prisión de Corros—. El resto de, coman bien y entrenen lo mejor que puedan. Cuando la tormenta termine, quiero verlos a todos de nuevo en el patio.

Los otros se apresuran a prestar atención, incapaces de desobedecer. Al igual que yo he aprendido a hablar como una princesa, Cal siempre ha sabido cómo hablar como un general. Él ordena. Es en lo que es bueno, es lo que estaba *destinado* ser. Y ahora que tiene una misión, un objetivo conjunto más allá de reclutamiento y esconderse, todo lo demás se desvanece. Incluso yo. Al igual que los demás, lo dejo con sus planes murmurados. Sus ojos bronce brillan contra la débil luz de la ilusión, como si se le hubiera hechizado. Harrick se queda atrás, diligentemente manteniendo su ilusión viva.

No sigo a los nuevasangres más adentro en Notch, a los túneles y agujeros donde pueden practicar sin perjudicar a los demás. En su lugar, me enfrento a la tormenta y camino al otro lado, dejando una ráfaga fría de lluvia helada golpear mi frente. El calor de Cal es apagado rápidamente, abandonado detrás de mí.

Soy la chica rayo.

Las nubes son oscuras arriba, girando con el peso de la lluvia y la nieve. Una ninfa lo encontraría fácil de manipular, al igual que haría un Plateado tormenta. Cuando era Mareena, mentí y dije que mi madre era una tormenta de Casa Nolle. Ella podría influir en el clima mientras yo puedo controlar la electricidad. Y en el Cuenco de Huesos, llamé rayos de luz del cielo, rompiendo el escudo púrpura encima de mí, protegiéndonos a Cal y a mí de los soldados de Maven mientras se acercaban. Me debilitó, pero yo soy más fuerte ahora. Debo ser fuerte ahora.

Mis ojos se estrechan contra la lluvia, haciendo caso omiso de la picadura de cada gota helada. Se absorben en mi tieso abrigo de lana de invierno, enfriando los dedos de mis manos y pies. Pero no lo hacen insensible. Siento todo lo que debo, desde la red pulsante debajo de mi piel a la cosa más allá de las nubes, latiendo lentamente como un corazón negro. Se intensifica en cuanto más me concentro en él, y parece sangrar. Dedos de estática giran de la vorágine que no puedo ver, hasta que se enredan en las nubes bajas de lluvia. Los vellos de mi nuca se erizan mientras otra tormenta toma forma, crepitando con energía. Una tormenta eléctrica. Aprieto un puño, apretando mi agarre sobre lo que he creado, con la esperanza que resuene.

El primer trueno es suave, apenas un murmullo. Un débil rayo sigue, aterrizando en el valle, brevemente visible a través de la niebla de la nieve y la lluvia. El siguiente es más fuerte, vetado de color púrpura y blanco. Suspiro a la vista, tanto en el orgullo y el agotamiento. Cada ráfaga de un rayo brillante se siente dentro de mí, pero suelta tanto poder como contiene.

—No tienes ningún objetivo.

Kilorn se apoya en la entrada de Notch, cuidando de mantenerse lo más seco que pueda debajo de un borde del techo. Lejos del fuego que se ve más fuerte y más delgado que nunca, a pesar que come igual de bien como lo hizo en los Pilares. Largas cazas y constante ira han pasado factura.

—Supongo que para mejor, si insistes en practicar con eso tan cerca de casa —añade, señalando el valle. A lo lejos, un pino alto arde—. Pero si piensas en improvisar, haznos un favor a todos y da una caminata.

—¿Estás hablando conmigo ahora? —resoplo, tratando de ocultar cuan sin aliento estoy. Entrecierro mis ojos, mirando al árbol humear. Un débil rayo corta a cien yardas de distancia, mucho más allá de donde estoy apuntando.

Hace un año, Kilorn hubiera reído de mis esfuerzos y se burlaría de mí hasta defenderme. Pero su mente ha madurado al igual que su cuerpo. Sus cosas de niño están desapareciendo. Una vez los odiaba. Ahora los extraño.

Levanta la capucha de su sudadera, ocultando su cabello mal cortado. Se negó a dejar a Farley cortarlo con estilo, por lo que Nix intentó su mano, dejando a Kilorn con una cortina desigual de mechones rubios oscuros.

—¿Me dejarás ir a Corros? —pregunta finalmente.

—Has sido voluntario.

La sonrisa que divide su cara es tan blanca como la nieve cayendo a nuestro alrededor. Deseo que no quisiera tanto eso. Me gustaría que escuche y permanezca detrás. Pero Cal dice que Kilorn va a confiar en mí para tomar mis propias decisiones. Por lo que debo permitir que haga las suyas.

Simply Books

—Gracias por hablar por mí ahí dentro —sigo, diciendo en serio cada palabra. Inclina su cabeza, alejando el cabello de sus ojos. Se apoya en la pared de tierra detrás de él y fuerza un encogimiento de hombros indiferente.

—Crees que has aprendido cómo convencer a la gente después de todas esas lecciones con los Plateados. Pero entonces, eres bastante estúpida.

Nuestra risa combina junta, en un sonido que reconozco de los días pasados. En ese momento, éramos diferentes de lo que somos ahora, pero igual que siempre hemos sido.

No hemos hablado en semanas y no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba de menos. Por un momento, debato en si debo dejar salir todo, pero lucho contra el doloroso impulso. Me duele contener, el no hablarle de las notas de Maven, o las caras muertas que veo todas las noches, o cómo las pesadillas de Cal lo mantienen despierto. Quiero decirle todo. Él conoce a Mare como nadie más lo hace, mientras yo conozco al muchacho pescador Kilorn. *Pero esas personas se han ido. Esas personas deben haber desaparecido. Ellos no pueden sobrevivir en un mundo como este*. Necesito ser otra persona, alguien que no se basa en nada más que su propia fuerza. Él hace que sea muy fácil volver a caer en Mare y olvidar la persona que necesito ser.

El silencio se prolonga, suave como las nubes de nuestra respiración en el aire frío.

—Si mueres, te mato.

Sonríe con tristeza.

—Igualmente.

24

De manera extraña, duermo más en los siguientes tres días de lo que he hecho en semanas. A pesar que la instrucción emparejada con las largas sesiones de planificación nos tiene cansados. Nuestros viajes de reclutamiento paran por completo. No los extraño. Cada sola misión fue un suspiro, ya sea de alivio o de horror, y ambas fueron una ruina para mí. Demasiados cuerpos en la horca, demasiados niños que optan por dejar a sus madres, demasiados alejados de la vida que conocían. Para mejor o peor, lo hice para todos. Pero ahora que el jet está en tierra, y paso el tiempo estudiando detenidamente los mapas y planos, siento otro tipo de vergüenza. He abandonado a los de ahí fuera, justo como Cameron dijo que abandoné los niños de la pequeña legión. ¿Cuántos más pequeños y adolescentes morirán?

Simply Books

Pero soy sólo una persona, una joven que ya no puede sonreír. La oculto del resto, detrás de la máscara del rayo. Pero sigue existiendo, frenética, con los ojos abiertos, con miedo. La empujo lejos en cada momento, pero aun así me persigue. Ella nunca se va.

Todo el mundo duerme profundo, incluso Cal, quien se asegura que todos descansemos tanto como sea posible después del entrenamiento. Mientras Kilorn está hablándome de nuevo, permitiéndose volver al grupo, Cal se aleja cada vez más mientras las horas pasan. Es como si no tuviera espacio en su cabeza para la conversación. Corros ya lo ha atrapado. Se despierta antes de mí, para anotar más ideas, más listas, escribiendo sobre cada trozo de papel que juntar. Ada es su mayor activo y memoriza todo tan intensamente que temo que sus ojos puedan hacer agujeros en los mapas. Cameron nunca está lejos. A pesar de las órdenes de Cal, se ve más agotada por cada momento. Oscuras ojeras rodean sus ojos, y se inclina o se sienta cada vez que puede. Pero no se queja, al menos no delante de los demás.

Hoy, el último día antes de la incursión, está en un estado de ánimo particularmente lleno. Volvió a retomar sus objetivos de entrenamiento. Sobre todo, Lory y yo.

—Suficiente —espeta Lory con los dientes apretados. Cae sobre una rodilla, agitando la mano en dirección a Cameron. La adolescente aprieta un puño, pero lo deja ir, su capacidad alejándose, tirando la cortina sofocante de silencio—. Se supone que tienes que noquear mi sentido, no a mí —añade Lory, peleando para ponerse de nuevo en pie. Aunque es del gélido Kentosport, una ciudad medio olvidada en un escarpado puerto ya asaltado por la nieve y las tormentas marinas, aprieta su abrigo más a su alrededor. El silencio de Cameron no sólo te quita tus poderes de nacimiento,

te apaga por completo. Tu pulso ralentiza, tus ojos se oscurecen y tu temperatura desciende. Desordena algo en tus huesos.

—Lo siento. —Cameron ha llegado a hablar con tan pocas palabras como sea posible. Un bienvenido cambio a sus discursos fanfarrones—. No soy buena en esto.

Lory responde con amabilidad.

—Bueno, será mejor que consigas mejorar y rápido. Nos vamos esta noche, Cole, y no estás viniendo para jugar al guía turístico.

No es como si pusiera fin a las peleas. Las instigo, sí, las observo, sin duda, ¿pero detenerlas? Aun así, no tenemos tiempo para discutir.

—Lory, suficiente. Cameron, una vez más. —La voz de corte de Mareena me hace bien aquí y ambas se detienen al escuchar—. Bloquea su poder. Hazla *normal*. Controla lo *que* es.

Un músculo se contrae en la mejilla de Cameron, pero no expresa su oposición. A pesar de su queja, sabe que esto es algo que debe hacer. Si no por nosotros, por ella misma. Aprender a controlar su habilidad es lo mejor que puede hacer y es nuestro trato. Yo la entreno, ella nos lleva a Corros.

Simply Books

Lory no es tan agradable.

—Eres la siguiente, Barrow —se queja. Su acento del lejano norte es fuerte e implacable, al igual que Lory y el duro lugar del que viene—. Cole, si me enfermas de nuevo, te destripo cuando estés dormida.

De alguna manera, crea una media sonrisa en Cameron.

—Puedes intentar —responde ella, estirando sus largos dedos torcidos—. Avísame cuando lo sientas.

Miro, a la espera de alguna señal. Pero al igual que Cameron, las habilidades de Lory son un poco más difíciles de ver. Su por así llamarla capacidad de sentido significa todo lo que oye, ve, toca, huele, saborea es increíblemente elevada. Ella puede ver tan lejos como un halcón, escuchar ramitas romperse un kilómetro de distancia, incluso realizar un seguimiento como un sabueso. Si al menos le gustara cazar. Pero Lory está más inclinada a proteger el campamento, observando el bosque con su vista y oído superior.

—Tranquila —la instruyo. La frente de Cameron se pliega en la concentración y lo entiendo. Es una cosa para dejar suelto, para dejar caer las paredes de la presa en el interior y simplemente dejar que todo derrame. Eso es más fácil que mantenerla firme, contenerse en sí misma, ser constante, firme y controlada—. Es tuya, Cameron. La posees. Responde a ti.

Algo parpadea en sus ojos. No es su acostumbrada ira. *Orgullo*. Entiendo eso también. Para las chicas como nosotras, que no tenían nada, nada que esperar, es embriagante saber que es algo propio, algo que nadie más puede reclamar o llevarse.

A mi izquierda, Lory parpadea, entrecerrando los ojos.

—Funciona —dice ella—. Apenas puedo oír a través del campamento.

Todavía lejos. Su habilidad se mantiene.

—Un poco más, Cameron.

Cameron hace lo que le digo, estirado su otra mano. Sus dedos se contraen a tiempo con lo que debe ser su pulso, moldeando lo que siente en lo que ella quiere que sea.

—¿Ahora? —dice, y Lory levanta su cabeza.

—¿Qué? —grita, entrecerrando los ojos con más fuerza. *Apenas puede ver u oír.*

—Esta es tu constante. —Sin pensar, me estiro, poniendo mis manos sobre los hombros de Cameron—. Esto es lo que uno busca. Pronto va a ser tan fácil como apretar un interruptor, demasiado familiar para olvidar. Será instantáneo.

—¿Pronto? —dice, girando la cabeza—. Volamos esta noche.

Sin pensarlo, la obligo a mirar hacia Lory, empujando mis dedos a su mandíbula.

—Olvida eso. A ver cuánto tiempo puedes mantener sin hacerle daño.

—¡Completamente ciega! —grita Lory, su voz demasiado alta. *Supongo que también sorda por completo*.

—Lo que estás haciendo, está funcionando —le digo a Cameron—. No es necesario decir lo que es, pero sólo para que sepas, esto es tu gatillo. —Meses atrás, Julian me dijo lo mismo, encontrar el gatillo que libera mis chispas en el Jardín Espiral. Ahora sé que soltar es lo que me da fuerza y parece que Cameron ha descubierto lo que le permite—. Recuerda cómo se siente.

A pesar del frío, una gota de sudor rueda por el cuello de Cameron y desaparece en su cuello. Aprieta los dientes, la mandíbula apretada para mantener un gruñido de frustración.

—Será más fácil —continúo, dejando caer las manos de nuevo a sus hombros. Sus músculos se sienten tensos bajo mis dedos, tiesos y tensos como cuerdas demasiado apretadas. Mientras su capacidad causa estragos en los sentidos de Lory, Cameron se debilita también. *Si sólo tuviéramos más tiempo. Una semana más, o incluso un día más.*

Al menos Cameron no tiene que contenerse una vez que lleguemos a Corros. Dentro de la prisión, quiero infligir tanto dolor como ella pueda. Con su temperamento y su historia en las celdas, los guardias silenciadores no deben ser demasiado difíciles, y nos van a abrir un camino a través de la roca y la carne. Pero, ¿qué ocurrirá cuando la persona equivocada se interponga en tu camino? ¿Un nuevasangre que no reconoce? ¿Cal? *¿Yo?* Su capacidad podría ser la más poderosa que he visto o sentido, y desde luego no quiero ser su víctima de nuevo. Sólo el pensamiento hace que mi piel se ponga de gallina. En lo más profundo de mis huesos, mis chispas responden, estallando en mis nervios. Tengo que empujar de vuelta, usando mis propias lecciones para mantener el rayo tranquilo y lejos. A pesar que obedece, desvaneciéndose en el zumbido sordo que apenas noto, las chispas se rizan con poder. A pesar de mi constante preocupación y estrés, mi capacidad parece haber crecido. Es más fuerte que antes, sana y viva. *Al menos una parte de mí lo está*, pienso. Porque por debajo del rayo, otro elemento perdura.

El frío nunca se va. Esto nunca se termina, y se siente peor que cualquier carga. El frío es hueco y come mi interior. Se propaga como carcoma, como enfermedad, y un día me temo que me dejará vacía, una cáscara de la chica rayo, el cadáver respirando de Mare Barrow.

En su ceguera, los ojos de Lory ruedan, buscando en vano a través del manto de oscuridad de Cameron.

—Empezando a sentir de nuevo —dice en voz alta. El jadeo de sus palabras traiciona su dolor. A pesar que es fuerte como las rocas donde fue crecida, ni siquiera Lory puede quedar callada frente a las armas de Cameron—. Empeorando.

—Déjala.

Después de un momento demasiado largo para mi gusto, los brazos de Cameron caen y su cuerpo se relaja. Parece encogerse, y Lory cae a una rodilla de nuevo. Sus manos masajean sus sienes y parpadea rápidamente, dejando que sus sentidos regresen.

—Oh —murmura, buscando una sonrisa de Cameron.

Pero la chica técnico no tiene ninguna sonrisa a cambio. Se gira bruscamente sobre sus talones, sus trenzas balanceándose con el movimiento, hasta que me enfrenta plenamente. O, debería decir, se encara a la parte superior de mi cabeza. Veo la ira en ella, del tipo familiar. Le servirá bien esta noche.

—¿Sí?

—He terminado por hoy —espeta, sus dientes de un blanco cegador.

No puedo aguantarme de cruzar los brazos, poniendo mi columna vertebral lo más recta que puedo. Me siento muy parecida a la Señora Blonos cuando la miro.

—Terminas en dos horas, Cameron, y deberías desear que fueran más. Necesitamos cada segundo que podamos conseguir…

—He dicho, he *terminado* —repite. Para una chica de quince años, puede ser demasiado terca. Los músculos de su largo cuello brillan de sudor y su respiración sale dificultosa. Pero se enfrenta a la ansiedad de jadear, tratando de enfrentar en términos iguales. *Tratando de parecer como un igual*—. Estoy cansada, tengo hambre y estoy a punto de marcharme a una batalla que no quiero luchar, *otra vez*. Y que me condenen si muero con el estómago vacío.

Detrás de ella, Lory nos mira con los ojos muy abiertos, sin parpadear. Sé lo que haría Cal. *Insubordinación*, lo llama él, y no se puede tolerar. Debo presionar más a Cameron, hacerla correr una vuelta alrededor del claro, tal vez ver si puede hacer caer un pájaro con la presión de su capacidad. Cal lo dejaría claro, *ella no está al mando*. Cal conoce los soldados, pero esta chica no es una de sus tropas. No se doblará a mi voluntad, o a la de él. Ha pasado demasiado tiempo obedeciendo los silbidos de un cambio de turno, los horarios transmitidos a través de generaciones de trabajadores de la fábrica de esclavos. Ha probado la libertad y no se someterá a cualquier orden que no quiera seguir. Y a pesar que se queja cada momento de su tiempo aquí, se queda. Incluso con su habilidad, se queda.

No voy a darle las gracias por eso, pero la dejaré comer. En silencio, paso al lado.

—Treinta minutos de descanso, y luego vuelves.

Sus ojos chispean de ira, y la familiar vista casi me hace sonreír. No puedo dejar de admirar a la chica. Un día, incluso podríamos ser amigas.

Ella no está de acuerdo, pero no discute tampoco y se aleja de nuestro rincón del claro. Los otros en el patio la ven pasar, sus ojos siguiéndola mientras desafía a la chica rayo, pero no me importa ni un poco lo que puedan pensar. No soy su capitán, no soy su reina. No soy mejor o peor que cualquiera de ellos y es hora que empiecen a verme como soy. Otra nuevasangre, otra luchadora y nada más.

—Kilorn tiene algo de conejo —dice Lory, aunque sólo sea para romper el silencio. Huele el aire y lame sus labios de una manera que haría a la Señora Blonos chirrear—. Uno jugoso también.

—Vamos, entonces —murmuro, agitando la mano hacia el fuego de la cocina al otro lado del claro. No necesita que le diga dos veces.

—Cal está de mal ánimo, por cierto —añade, mientras se contonea pasando—. O por lo menos, sigue maldiciendo y pateando cosas.

Una mirada me dice que Cal no está fuera. Por un segundo, estoy sorprendida, después recuerdo. Lory oye casi todo, si se detiene a escuchar.

—Voy a verlo —le digo, y establezco un ritmo rápido. Trata de seguir, luego piensa mejor y me permite apresurarme. No me molesto en ocultar mi preocupación, Cal no es rápido para la ira y planificar lo calma, incluso lo hace *feliz*. Así que lo que sea que le ha dado el giro me preocupa mucho, mucho más de lo que debería ser en la víspera de nuestra incursión.

El Notch está casi vacío, con todo el mundo entrenando. Incluso los niños han ido a ver a sus mayores para aprender a pelear, disparar y controlar sus habilidades. Me alegro que no estén colgando a mis piernas, tirando de mis manos, molestando con preguntas tontas sobre su héroe, el príncipe exiliado. No tengo la paciencia para niños como tiene Cal.

Mientras giro en una esquina, casi choco de cabeza con mi hermano, viniendo en dirección de las habitaciones. Farley le sigue, sonriendo para sí misma, pero desaparece al segundo que me ve.

Oh.

—Mare —murmura ella a modo de saludo. No se detiene y sigue en marcha.

Shade intenta hacer lo mismo, pero pongo un brazo para detenerlo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta. Sus labios se contraen, luchando una perdida batalla contra una mueca horrible y juguetona.

Trato de mirar a través de él, aunque sólo sea para mantener las apariencias.

—Se supone que debes estar entrenando.

—¿Preocupada que no esté haciendo suficiente ejercicio? Te lo aseguro, Mare —dice, guiña—, lo hacemos.

Tiene sentido. Farley y Shade han sido inseparables desde hace mucho tiempo. Aun así, jadeo en voz alta y tomo su brazo.

—¡Shade Barrow!

—Oh, vamos, todo el mundo lo sabe. No es mi culpa que no te diste cuenta.

—Podrías haberme dicho —suelto, buscando algo para regañarlo más.

Él sólo se encoge de hombros, sin dejar de sonreír.

—¿Al igual que tú me dices todo sobre Cal?

—Eso es… —*Diferente*, quiero decir. No estamos escondiéndonos en el medio del día, o incluso haciendo casi nada por la noche. Pero Shade levanta una mano, deteniéndome.

—Si es todo de lo mismo contigo, en realidad no quiero saber —dice—. Y si me disculpas, creo que tengo algún tipo de entrenamiento que hacer, como tan amablemente has señalado.

Se retira, con las palmas hacia afuera, como un hombre rindiéndose en una batalla. Lo dejo ir, despidiéndome con un movimiento de manos mientras peleo con mi propia sonrisa. Un pequeño florecer de felicidad chispea en mi pecho, un sentimiento extraño en tantos días de desesperación. Lo protejo como lo haría con la llama de una vela, tratando de mantenerlo vivo y encendido. Pero la vista de Cal la apaga.

Está en nuestra habitación, sentado en una caja volteada, con un papel familiar extendido sobre las rodillas. Es la parte de atrás de uno de los mapas del Coronel, ahora cubiertos de líneas dibujadas con esmero. Un mapa de la prisión de Corros, o al menos tanto como Cameron pudo recordar. Espero ver los bordes del papel humeando, pero mantiene su fuego contenido ardiendo en el suelo. Proyecta una luz roja que debe ser difícil de leer, pero Cal entrecierra los ojos. En la esquina de la habitación, mi mochila descansa sin haber sido tocada, llena de las inquietantes notas de Maven.

Lentamente, levanto otra caja y me hundo a su lado. No parece darse cuenta, pero sé que debe haberlo hecho. Nada escapa del sentido de soldado. Cuando mi hombro golpea el suyo, no levanta los ojos del mapa, pero su mano se desliza a mi pierna, arrastrándome en su calor. No afloja su agarre y yo no lo aparto. Nunca puedo en realidad.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, apoyando mi cabeza en su hombro. *Para poder ver mejor el mapa*, me digo.

—¿Además de Maven, su madre, el hecho que *odio* el conejo y el diseño infernal de esta prisión? Nada de nada, gracias por preguntar.

Quiero reír, pero apenas puedo sonreír. No es propio de él bromear, no en momentos como éste. Dejo tan mal gusto como esto a Kilorn.

—Cameron está haciéndolo mejor, si eso ayuda en algo.

—¿De verdad? —Su voz resuena en el pecho, vibrando en el mío—. ¿Por eso estás aquí y no entrenándola más?

—Ella necesita comer, Cal. No es un bloque de piedra silenciosa.

Jadea, todavía mirando el boceto de Corros.

—No me lo recuerdes.

—Está solo en las celdas, Cal, no el resto de la prisión —le recuerdo. Con suerte me escucha y se esfuerza a recomponerse justo lo suficiente para salir de este extraño estado de ánimo—. Vamos a estar bien, siempre y cuando nadie nos encierre.

—Deja que Kilorn lo sepa. —Para mi pesar, se ríe de su propia broma, suena muy parecida a un escolar en lugar del soldado que necesitamos. Lo que es más, él aprieta su agarre en mi rodilla. No es suficiente para herir, pero suficiente para mostrar sus pensamientos claros.

—¿Cal? —Empujo su mano, deslizándola lejos como una araña—. ¿Qué sucede contigo?

Finalmente, levanta de golpe su cabeza y me mira. Aún está sonriendo, pero no hay ni una pizca de risa en sus ojos. Algo oscuro se dibuja a través de ellos, convirtiéndolo en alguien que no conozco en absoluto. Incluso en el Cuenco de los Huesos, antes que su propio hermano lo condenara a muerte, Cal no lucía así. Tenía miedo, estaba estresado, un ser despreciable en lugar de un príncipe, pero seguía siendo Cal. Podía confiar en esa asustada persona. ¿Pero esto? ¿Este muchacho riendo con manos temblorosas y los ojos sin esperanza? ¿*Quién es?*

Simply Books

—¿Quieres una lista? —responde con una sonrisa amplia y algo en mí se rompe. Lo golpeo con fuerza, un puño cerrado en su hombro. Es enorme, pero él no lucha contra el impulso de mi golpe y deja que lo lleve hacia atrás, pillándolo con la guardia baja. Caigo con él y aterrizamos en el suelo. Su cabeza golpea retumbando con un ruido hueco, y se queja de dolor. Cuando trata de levantarse, lo empujo, sujetándolo firme debajo de mí.

—No te vas a levantar hasta que te recompongas.

Para mi sorpresa, sólo se encoge de hombros. Incluso *guiña*.

—No hay mucho de incentivo.

—Uh. —Una vez, las nobles damas de Norta se habrían desmayado si el príncipe Tiberias les hubiera guiñado el ojo. Sólo me revuelve el estómago y lo golpeo de nuevo, esta vez en el estómago. Al menos tiene el buen sentido de mantener la boca cerrada y sus ojos parpadean felizmente—. Ahora dime cuál es tu problema.

Lo que comenzó como una sonrisa se vuelve a un ceño fruncido y pone su cabeza hacia atrás. Frunce el ceño. Contempla el techo. *Mejor que actuar como un tonto.*

—Cal, hay once personas que vienen con nosotros hasta Corros. Once.

Su mandíbula se aprieta. Él sabe a lo que quiero llegar. *Once que van a morir si no sacamos esto adelante, e innumerables más en Corros si los dejamos solos*.

—Yo también estoy asustada. —Mi voz tiembla más de lo que quiero que haga—. No quiero defraudarlos, ni que sean heridos.

De nuevo, su mano encuentra mi pierna. Pero su tacto no es insistente, no apretando. Es simplemente un recordatorio. *Estoy aquí*.

—Pero sobre todo —Mi respiración se corta, colgando de un borde afilado de verdad—, temo por mí. Tengo miedo al sonido, de sentirme así de nuevo. Tengo miedo de lo que va a hacer Elara si me atrapa. Sé que soy más valiosa que la mayoría, debido a lo que he hecho y lo que puedo hacer. Mi nombre y rostro tienen tanto poder como mi rayo y eso me hace importante. Me hace un mejor premio. —*Me hace sola*—. Y *odio* pensar de esta manera, pero aun así lo hago.

Lo que comenzó con el romperse de Cal se ha convertido en lo mío. Una oscura noche le derramé mis secretos, en un transportador con calor de verano. Entonces era la chica que intentó robar su dinero. Ahora, el invierno se avecina y soy la chica que robó su vida.

La peor de mis confesiones persiste, haciendo sonar mi cerebro como un pájaro en una jaula. Se golpea contra los dientes, pidiendo ser libre.

—Lo echo de menos —le susurro, incapaz de sostener la mirada de Cal—. Echo de menos lo que yo creía que era.

La mano en mi pierna se cierra en un puño, y calor se propaga de ella. **Ira**. Cal es fácil de leer y es un respiro después de tanto tiempo en una cueva de lobos acostados.

Simply Books

—También lo echo de menos.

Mi mirada se dispara hacia él, sorprendida de creer.

—No sé qué haría más fácil olvidarlo. Pensar que no siempre fue así, que su madre lo ha envenenado. O que simplemente nació un monstruo.

—Nadie nace un monstruo. —*Pero me gustaría que algunas personas lo fueran. Haría más fácil odiarlos, matarlos, olvidar sus rostros muertos*—. Ni siquiera Maven.

Sin pensar, me acuesto, mi corazón contra el suyo. Laten al mismo tiempo, reflejando nuestras memorias unidas a un chico con una lengua rápida y ojos azules. Inteligente, olvidado, compasivo. Nunca veremos a ese chico de nuevo.

—Tenemos que dejarlo ir —murmuro contra su cuello—. Incluso si eso significa matarlo.

—Si él está en Corros…

—Yo puedo hacerlo, Cal. Si tú no puedes.

Está callado por lo que se siente una eternidad, pero no puede ser más de un minuto. Aun así, casi me quedo dormida. Su calor es más acogedor que la mejor cama en cualquier palacio.

—Si está en Corros, voy a perder el control —dice finalmente—. Voy a ir tras él con todo lo que tengo, por él y Elara, por ambos. Ella va a usar mi ira y la va a lanzar contra ti. Ella va a hacer que te mate, al igual que me hizo…

Mis dedos encuentran sus labios, deteniéndolo de decir las palabras. Le causan tanto dolor. En ese instante, vislumbro un hombre sin propósito más que la venganza, y sin corazón al que le rompí. Otro monstruo, esperando tomar su verdadera forma.

—No voy a permitir que eso ocurra —le digo, apartando nuestros miedos más profundos.

Él no me cree. Lo veo en la oscuridad de sus ojos. El vacío, el que vi en Ocean Hill, amenaza con volver.

—No nos vamos a morir, Cal. Hemos llegado demasiado lejos para eso.

Su risa es hueca, dolorida. Empuja suavemente mis manos lejos, pero nunca suelta mi muñeca.

—¿Sabes cuántas personas que amo están muertas?

Sé que siente el ritmo de mi pulso y estoy demasiado cerca para enmascarar el dolor que siento por él. Casi hace una mueca de mi pena.

—Todos se han ido. Todos asesinados. Por *ella*. —*Reina Elara*—. Ella los mata y luego los borra.

Otro asumiría que está pensando en su padre, o incluso el hermano que pensó que era Maven. Pero sé mejor.

—Coriane —murmuro, diciendo el nombre de su madre. La hermana de Julian. La reina Cantante. Cal no la recuerda, pero definitivamente puede llorarla.

—Es por eso que Ocean Hill era mi favorito. Era suyo. Padre se lo regaló.

Parpadeo, tratando de recordar más allá de la pesadilla que fue el palacio Harbor Bay. Tratando de recordar cómo era mientras estuvimos luchando por nuestras vidas. Tenuemente, poco a poco, recuerdo los colores que predominaban el interior. Oro. Amarillo. Como papel viejo, como las batas de Julian. El color de la casa Jacos.

Es por eso que parecía tan triste, por qué no podía quemar las banderas. Sus banderas.

No sé lo que se siente al ser un huérfano. Siempre he tenido una madre y un padre. Es una bendición que nunca he entendido hasta que fueron alejados de mí. Se siente mal echarlos de menos en este momento, sabiendo que están seguros mientras los padres de Cal están muertos y desaparecidos. Y ahora, más que nunca, no me gusta el frío dentro de mí y mi temor egoísta por ser dejada sola. De nosotros dos, Cal está más solo de lo que nunca voy a estar.

Pero no podemos permanecer en nuestros pensamientos y recuerdos. No podemos permanecer en este momento.

—Háblame de la prisión —presiono, obligando a un nuevo tema. Voy a sacar a Cal de este bache, incluso si esto me mata.

La fuerza de su suspiro sale de todo su cuerpo, pero él está agradecido por la distracción.

—Es un pozo. Una fortaleza protegida por un ingenioso diseño. Las puertas están en el nivel superior, con las celdas debajo y pasarelas magnetrón conectando con todo. Un giro de muñeca nos hará caer doce metros y nos pondrá en el fondo de un barril. Nos masacrarán y nadie nos dejará salir.

—¿Qué hay de los prisioneros Plateados? ¿No crees que vayan a levantar gran parte de pelea?

—No después de semanas en las celdas silenciosas. Van a ser un obstáculo, pero no mucho. Y van a hacer su escape lento.

—Vas... ¿vas a dejar que escapen?

Su silencio es suficiente respuesta.

—Ellos podrían ponerse en nuestra contra allí abajo, o venir por nosotros más tarde.

—No soy político, pero creo que una fuga de la prisión le dará a mi hermano más que unos pocos dolores de cabeza, especialmente si los presos fugados resultan ser sus enemigos políticos.

Niego.

—¿No te gusta?

—No confío.

—Hay una sorpresa —dice secamente. Uno de sus dedos roza mi cuello, trazando las cicatrices que su hermano me hizo—. La fuerza bruta no te va hacer ganar, Mare. No importa cuántos nuevasangre recojas. Los Plateados todavía te superan en número, y todavía tienen la ventaja.

Simply Books

El soldado abogando por un tipo diferente de lucha. Qué irónico.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

Se encoge de hombros debajo de mí.

—Las intrigas políticas no son exactamente mi fuerte —dice—. Pero voy a intentar.

—¿Incluso si eso significa guerra civil?

Meses atrás, Cal me dijo lo que sería la rebelión. Una guerra en ambos lados, en cada color de sangre. Rojo contra Rojo, Plateado contra Plateado, y todo lo demás. Me dijo que no arriesgaría el legado de su padre por una guerra como esa, incluso si la guerra era justa. El silencio cae de nuevo y Cal se niega a responder. Supongo que no sabe dónde queda. No un rebelde, no un príncipe, sin estar seguro de nada, con excepción al fuego en sus huesos.

—Podríamos ser superados en número, pero eso no junta las probabilidades en contra de nosotros —le digo. *Más fuerte que ambos*. Eso es lo que Julian me escribió, cuando descubrió lo que yo era. Julian, a quien puede para mi grata sorpresa, volver a ver—. Los nuevasangre tienen habilidades que ningún Plateado puede planificar, ni siquiera tú.

—¿Adónde quieres llegar?

—Vas en esto como si estuvieras llevando tus tropas, con habilidades que conoces y que han entrenado contigo.

—¿Y?

—Y me gustaría ver lo que sucede cuando un guardia intenta disparar a Nix o un magnetrón ataca a Gareth.

Cal necesita un segundo para darse cuenta de lo que estoy diciendo. Nix es invulnerable, más fuerte que un Pieldepiedra. Y Gareth, que puede manipular la gravedad, no será derribado en cualquier lugar en cualquier momento. No tenemos un ejército, pero ciertamente tenemos soldados y habilidades que los guardias plateados no sabrán cómo combatir. Cuando cae en cuenta, Cal agarra los lados de mi cara, tirando de mí hacia arriba. Planta un firme beso ardiente que es demasiado corto para mi gusto.

—Eres un genio —murmura y salta a sus pies—. Vuelve con Cameron, ten preparados a todos. —Agarra el mapa en una mano, casi loco con intensidad. La misma risa retorcida, pero esta vez no la odio—. Esto en realidad podría funcionar.

Simply Books

25

El Notch parpadea detrás de mí, y miro con asombro mientras mi hogar de los últimos meses desaparece con un simple barrido de la mano de Harricks. La colina se mantiene, así como el claro, pero cualquier señal de nuestro campamento desaparece como la arena en una piedra plana. Ni siquiera podemos escuchar a los chicos quienes estaban ahí de pie hace un momento, despidiéndose con las manos, sus voces haciendo eco en la noche. Farrah los silencia a todos y junto con Harrick, suelta una cortina de protección alrededor de los nuevasangre más jóvenes. Nunca nadie se ha acercado lo suficiente para encontrarnos, pero con las defensas añadidas me da más tranquilidad de la que me preocupa admitir. La mayoría de los otros dejan salir vítores, como si el acto de camuflar el Notch por si solo es una causa de celebración. Para mi molestia, Kilorn lidera los vítores, silbando con fuerza. Pero no lo regaño, no ahora cuando finalmente estamos de regreso en términos hablados. En cambio, le ofrezco una sonrisa forzosa, con los dientes apretados dolorosamente. Mantiene a raya las palabras que deseo poder decir: *guárdate la energía*.

Shade está tan callado como yo y se deja caer a mi lado. No mira hacia atrás al claro ahora vacío y mantiene sus ojos al frente, hacia el oscuro y frío bosque y la tarea frente a nosotros. Su cojera ha desaparecido casi por completo y establece un ritmo rápido que sigo entusiasmada, llevando al resto con nosotros. El camino hacia el avión no es largo. Trato de absorber cada segundo de este. El frío aire de la noche muerde mi rostro expuesto, pero el cielo está claramente despejado. Sin nieve, ni tormentas, *todavía*. Pero una tormenta ciertamente viene, ya sea por mi mano o por la de alguien más. Y no tengo ni idea quien sobrevivirá para ver el amanecer.

Shade murmura algo que no escucho, colocando una mano en mi hombro. Dos de sus dedos están encorvados, todavía sanándose de cuando reclutamos a Nanny en Cancorda. Un Brazofuertes se las arregló para ponerle la mano encima a Shade y aplastó los primeros dedos en su mano izquierda antes que pudiera alejarse. Farley lo vendó, por supuesto, pero verlo me hacía estremecerme. Me recuerda a Gisa, otro Barrow roto para pagar por mis hechos.

—Esto valió la pena —dice de nuevo, con la voz más alta que antes—. Estamos haciendo lo correcto.

Eso lo sé. Tan asustada como estoy por mí misma y por aquellos más cercanos a mí, sé que Corros es la elección correcta. Incluso sin la garantía de Jon, creo en nuestro camino. ¿Cómo no podríamos? Los nuevasangres no pueden ser dejados a la merced de los susurros de Elara, para ser asesinados o convertidos en caparazones vacíos y sin

alma para seguir sus órdenes. Esto es lo que tenemos que hacer para detener un mundo más horrible que aquel en que vivimos ahora.

Aun así, la declaración de Shade es una cálida manta de tranquilidad.

—Gracias —murmuro de regreso, colocando una mano sobre suya.

Él sonríe en respuesta, una media luna blanca para reflejar la luna creciente. En la oscuridad, se parece mucho a nuestro padre. Sin la edad, sin la silla de ruedas, sin las cargas de una vida desecha. Pero comparten la misma inteligencia, la misma inclinación a la sospecha que los mantuvo vivos en el frente de guerra y que ahora mantiene vivo a Shade en un campo de guerra diferente. Me da un golpecito en la mejilla, un gesto familiar que me hace sentir como una niña, pero no me molesta. Es un recordatorio de la sangre que compartimos. No en la mutación, sino en el nacimiento. Algo más profundo y más fuerte que cualquier habilidad.

A mi derecha, Cal marcha y pretendo no sentir su mirada. Sé que está pensando en su propio hermano y en sus propios lazos de sangre ahora rotos. Y detrás de él está Kilorn, agarrando su rifle de caza, revisando los bosques por una y todas las sombras. Con todas sus diferencias, los dos chicos comparten una sorprendente conexión. Ambos son huérfanos, ambos abandonados, con nadie más que yo para anclarlos.

Simply Books

El tiempo pasa demasiado rápido para mi gusto. Parece que estamos sobre el Blackrun y surcando por el aire en minutos. Cada segundo se mueve más rápido que el anterior mientras nos precipitamos hacia el oscuro acantilado ante nosotros. *Esto vale la pena el costo*, me digo a mí misma, repitiendo las palabras de Shade una y otra vez. Debo mantener la calma, por el avión. No debo parecer aterrorizada, por los demás. Pero mi corazón golpetea en mi pecho, tan fuerte que temo que todos puedan oírlo.

Para combatir el acelerado golpeteo, me presiono contra el casco de vuelo en mi regazo, curvando mis brazos alrededor de la suave y fría forma. Miro el metal pulido, examinando mi reflejo. La chica que veo es familiar y extraña, Mare, Mareena, la chica rayo, la Reina Roja y ninguna en absoluto. Ella no parece asustada. Parece tallada en piedra, con rasgos severos, el cabello trenzado con fuerza en su cabeza y un enredo de cicatrices en su mejilla. No tiene diecisiete años, pero es mayor, Plateada pero sin serlo, Roja pero a la vez no, humana, pero *no*. Una bandera de la Guardia Escarlata, un rostro en un cartel de se busca, la caída de un príncipe, una ladrona… una asesina. Una muñeca que puede tomar cualquier forma menos la propia.

Los uniformes extras de vuelo del avión son negros y plata, dándonos una variada clase de uniforme que nos servirá también de disfraz. Los otros se quejan por sus trajes, haciendo ajustes donde deben encajar en ellos. Como siempre, Kilorn juega con el cuello, tratando de aflojar un poco la tensa tela. Nix apenas y sube el cierre sobre su vientre y parece muy probable que los rasgue en cualquier momento. En contraste, Nanny prácticamente está nadando en el suyo, pero no se molesta en enrollar las mangas o las piernas del pantalón como yo. Ella tomará una forma diferente cuando el jet aterrice, una forma que revuelve mi estómago y hace que mi corazón se aceleré con demasiadas emociones para contar.

Por suerte, el Blackrun fue construido para transporte y nos lleva a los once con espacio de sobra. Esperaba que el peso extra nos desacelerara, pero a juzgar por el panel de control, estamos moviéndonos a la misma velocidad de siempre. Tal vez un

poco más rápido. Cal maneja la nave lo mejor que puede, manteniéndonos lejos de la luz de la luna y escondidos a salvo entre las nubes de otoño pasando a lo largo de la costa Nortan.

Mira por la ventana, con los ojos yendo entre las nubes y los numerosos instrumentos que parpadean frente a él. Todavía no entiendo lo que significan todos ellos, a pesar de mis muchas semanas de sentarme a su lado en la cabina. Fui una terrible alumna en los Pilares y eso no ha cambiado. Simplemente no tengo una mente como la suya. Sólo conozco atajos, como hacer trampa, como mentir, como robar y sé cómo ver lo que la gente esconde. Y ahora mismo, Cal ciertamente está escondiendo algo. Estaría aterrada por los secretos de alguien más, pero sé que lo que Cal oculta no es algo que pueda lastimarme. Está intentando enterrar sus propia debilidad, su propio miedo. Fue criado para creer en la fuerza y en el poder y en nada más. Tambalearse era un error terrible. Le dije antes que también tenía miedo, pero un par de palabras susurradas no son suficientes para romper años de creencias. Como yo, Cal se pone una máscara y ni siquiera me dejará ver que hay tras ella.

Es lo mejor, mi lado práctico piensa. El otro lado, el que se preocupa demasiado por el príncipe exiliado, se preocupa terriblemente. Conozco el peligro físico de esta misión, pero el emocional jamás cruzó mi mente hasta esta tarde. ¿En qué se convertirá Cal en Corros? ¿Se irá de la misma forma que vino? *¿Siquiera se irá?*

Farley revisa nuestro arsenal de armas por doceava vez. Shade trata de ayudarla y ella lo manda lejos, pero hay poca fuerza tras sus acciones. Una vez, atrapo una sonrisa pasar entre ellos, y ella finalmente le permite contar las balas de un paquete marcado *Corvium*. Otro cargamento robado, probablemente hecho por Crance. Junto con los contactos de Farley, se las arregló para contrabandearnos más armas, espadas y varias armas de lo que podría haber imagino posiblemente. Todos estarán armados, con sus habilidades y lo que sea que además escojan. Por mi cuenta no quiero nada más que mi rayo, pero los otros son más ansiosos, reclamando dagas o pistolas o, en el caso de Nix, la brutal lanza plegable que ha usado estas últimas semanas. La mantiene cerca, pasando sus dedos por el afilado acero con abandono. Otro se hubiera cortado para ahora, pero la piel de Nix es tan dura como pocas. El otro nuevasangre invulnerable, Darmian, sigue su ejemplo y coloca una gruesa cuchilla contra sus nudosas rodillas. El borde brilla, rogando cortar a través del hueso.

Mientras observo, Cameron temblorosamente toma un cuchillo pequeño, con cuidado de dejarlo envainado. Ella pasó los últimos tres días mejorando su habilidad, no su trabajo con el cuchillo, y la daga es un último recurso que espero no tenga que usar. Nota mi mirada, su expresión es incómoda y por un momento creo que podría gritarme o algo, o peor, ver a través de mi mascara. En cambio, asiente sombríamente con reconocimiento.

Asiento de regreso, extendiendo la mano invisible de amistad entre nosotras. Pero su mirada se endurece cuando mira fijamente lejos. Su significado es claro. *Somos aliadas, pero no amigas.*

—No falta mucho —dice Cal, dándome un golpecito en el brazo así me doy vuelta. *Demasiado pronto*, mi mente grita, aunque sé que estamos bien de tiempo.

—Esto funcionará. —Mi voz tiembla y afortunadamente es el único que la escucha. Él no se mete con mi debilidad, dejándola salir—. Esto funcionará. —Incluso en voz más baja esta vez.

—¿Quién tiene la ventaja? —pregunta.

Las palabras sorprenden, punzan y tranquilizan seguidamente. El instructor Arven preguntó lo mismo en el entrenamiento, cuando emparejó a los estudiantes unos contra otros en batallas de sangre y orgullo. Lo preguntó de nuevo en el Cuenco de los Huesos, antes que Rhambos Brazofuertes lo atravesara como a un gran cerdo. Odiaba al hombre, pero eso no significa que no aprendiera nada de él.

Tenemos el elemento sorpresa; tenemos a Cameron; tenemos a Shade, a Gareth, a Nanny y a otras cinco nuevasangres que los Plateados probablemente no tengan ningún plan. Tenemos a Cal, un genio militar.

Y tenemos una causa. Tenemos el amanecer Rojo a nuestras espaldas, comenzando a salir.

—*Nosotros* tenemos la ventaja.

Cal sonríe tan forzado como yo, pero me reconforta de todos modos.

—Esa es mi chica.

De nuevo, sus palabras producen una conflictiva emoción.

Un clic y un ruido estático de la radio arrancan todo pensamiento de Cal de mi mente. Giro mi mirada hacia Nanny, quien asiente en respuesta. Ante mis ojos, su cuerpo cambia, transformándose de una mujer mayor a un chico de ojos azules claros, cabello negro y sin alma. *Maven*. Sus ropas cambian con su apariencia, reemplazando el uniforme de vuelo por un impecable uniforme negro, completado con una fila de brillantes medallas y una capa de color rojo sangre. Una corona está sobre sus rizos negros y tengo que luchar con la urgencia de arrojarlo del avión.

Los otros miran absortos, sorprendidos por la visión del falso rey, pero yo sólo siento el odio y el más pequeño tirón de remordimiento. La bondad de Nanny se filtra a través del disfraz, moviendo los labios de Maven en una suave sonrisa que reconozco demasiado bien. Por un solo y doloroso momento, estoy mirando al chico que creí que era y no él monstruo que resultó ser.

—Bien —logro decir, con la voz tensa de emoción. Sólo Kilorn parece notarlo y aparta su mirada de Nanny. Apenas y niego hacia él, diciéndole que no se preocupe. Tenemos cosas más importantes de las que encargarnos.

—Corros, este es el Fleet Prime —dice Cal en la radio. En otros vuelos, hizo su mejor voz de aburrido, desinteresado en las llamadas obligatorias de las diferentes bases, pero ahora es todo negocios. Después de todo, estamos pretendiendo ser el propio transporte del rey, el cual es llamado Fleet Prime, una nave por sobre todo escrutinio. Y Cal sabe de primera mano cómo ésta llamada en particular debe sonar—. El Trono se aproxima.

Ninguna llamado de señal complicado, ningún permiso para aterrizar. Nada más que fría autoridad y cualquier operador al otro lado estaría muy presionado para negárselo. Como esperaba, la voz de respuesta tartamudea.

—R-re-recibido, Fleet Prime —dice un hombre. Su profunda y áspera voz no hace nada para ocultar su intranquilidad—. Perdone, ¿pero no esperábamos a Su Alteza Real para mañana en la tarde?

Mañana. El cuarto día, cuando Jon dijo que moriríamos y tenía razón. Maven traería un ejército de guardias con él, desde Centinelas hasta guerreros mortales como Ptolemus y Evangeline. No podríamos competir con ellos.

Ondeo una mano detrás de mí, apuntando, pero Nanny ya está ahí. Su cercanía con la forma de Maven hace que mi piel se erice.

—El rey no tiene ningún tipo de horario —dice ella en la radio, con sus mejillas de un plateado furioso. Su tono no es lo suficientemente severo, pero la voz es inconfundible—. Y no voy a darle explicaciones a un portero con pretensiones.

Un golpe al otro lado de la radio sólo puede ser explicado como que el operador se cayó de su asiento.

—Sí… sí, por supuesto, Alteza.

Detrás de nosotros, alguien resopla contra su manga. Probablemente Kilorn.

Cal asiente hacia Nanny, antes de tomar la boquilla del radio de nuevo. Veo el mismo dolor en él, el mismo que siento tan profundamente.

Simply Books

—Estaremos aterrizando en diez minutos. Prepara Corros para la llegada del rey.

—Veré que se haga personal…

Pero Cal apaga el radio antes que el operador pueda terminar y se permite para sí mismo una única y aliviada sonrisa. De nuevo, los otros vitorean, celebrando la victoria no existente. Sí, el obstáculo fue superado, pero muchos más vendrán. Todos ellos están abajo, en los campos verde grisáceos que bordean las tierras baldías de Wash, escondiendo la prisión que podría ser nuestra condena.

Un tinte de la luz del día aparece en el horizonte al este, pero el cielo arriba todavía es de un profundo azul cuando el Blackrun aterriza en la suave pista de Corros. Esta no es una base militar llena de escuadrones de jets y hangares, pero todavía es una instalación de los Plateados y un palpable aire de peligro se cierne sobre todo. Deslizo el casco de vuelo sobre mi cabeza, escondiendo mi rostro. Cal y los otros hacen lo mismo, colocándose sus propios cascos y cerrando los escudos sobre sus rostros. Para un extraño, debemos lucir aterradores. Todos de negro, enmascarados, acompañando al joven y despiadado rey a su prisión. Con suerte los guardias nos ignorarán, más preocupados por la presencia del rey que por sus acompañantes.

No puedo seguir sentada, y salgo de la silla tan rápido como puedo. Los cinturones de seguridad cuelgan cuando me paro, entrechocándose. Hago lo que debo, lo que me gustaría no tener que hacer y tomo a Nanny del brazo. *Incluso se siente como Maven*.

—Mira directamente a las personas —le digo, con la voz amortiguada por el casco—. Sonríe sin amabilidad. Nada de pequeñas conversaciones, ni cosas formales. Actúa como si tuvieras un millón de secretos y como si fueras el único importante para conocerlos todos.

Ella asiente, escuchando todo con calma. Después de todo, Cal y yo le hemos indicado cómo hacerse pasar por Maven. Esto es sólo un recordatorio, una última mirada al libro antes del examen.

—No soy tonta —contesta con frialdad y casi la golpeo en la mandíbula. *Ella no es Maven*, suena en mi cabeza, tan fuerte como una campana.

—Creo que lo tienes —dice Kilorn mientras se pone de pie. Agarra mi brazo, apartándome ligeramente—. Mare casi te mata.

—¿Todos listos? —grita Farley desde la parte trasera del avión. Su mano se cierne sobre el botón de la rampa, ansiosa por presionarlo.

—¡Fórmense! —grita Cal, sonando mucho como un sargento a cargo. Pero nosotros respondemos, acomodándonos en las filas que nos enseñó, con Nanny a la cabeza. Él toma su posición, cayendo en el lugar del guardaespaldas más letal.

—Tomemos un par de malas decisiones —dice Farley. Casi la puedo escuchar sonreír mientras presiona el botón.

Un siseo, luego giran los engranes, los cables pulsan y la parte de atrás del avión chilla abriéndose al saludo de la última mañana que algunos de nosotros veremos.

Una docena de soldados espera a una distancia respetable del Blackrun, su formación es cerrada y practicada. Ante la visión de la nuevasangre tomando la forma de su rey, se ponen tensos en perfectos saludos. Con una mano en el corazón y una rodilla en el suelo. El mundo se ve más oscuro tras el escudo en mi casco de vuelo, pero no esconde el gris nublado de sus uniformes militares, o las instalaciones detrás del ellos. Nada de puertas de bronce, ni paredes de cristal diamante, ni siquiera hay ventanas. Sólo un plano ladrillo de hormigón extendiéndose en los abandonados campos de esta tierra. *La prisión de Corros*. Me permito un último vistazo a la nave y la pasarela extendiéndose en la distancia donde las sombras y la radiación danzan. Puedo ver un par de aviones quietos en la penumbra, sus vientres metálicos redondos y llenos. Aviones de prisión, usados para transportar capturados. Y si todo sale según el plan, se verán en acción de nuevo.

Nos aproximamos a Corros en silencio, tratando de marchar al paso. Cal flanquea a Nanny, con un puño permanentemente apretado a su costado, mientras yo voy detrás, con Cameron a mi izquierda y Shade a la derecha. Farley y Kilorn se mantienen al centro de la formación, sin soltar sus armas. El aire por sí mismo parece electrificado, fluyendo con peligro.

No es miedo a la muerte, ya no. He enfrentado la muerte demasiadas veces para estar asustada de ella. Pero la prisión en sí misma, el pensamiento de ser capturada, encadenada, convertida en el títere sin mente de la reina, *eso* no lo puedo soportar. Preferiría morir cien veces que enfrentar tal destino. También cualquiera de nosotros.

—Su Alteza —dice uno de los soldados, atreviéndose a mirar a la persona que cree que es el rey. La insignia en su pecho, tres espadas cruzadas de metal rojo, lo señalan como un capitán. Las barras en sus hombros, brillantes rojas y azules, sólo pueden ser los colores de su familia. *Casa Iral*—. Bienvenido a la Prisión de Corros.

Como fue instruida, Nanny lo mira fijamente, despidiéndolo con una pálida mano. Eso debería ser suficiente para convencer a cualquiera de su supuesta identidad. Pero mientras los soldados se ponen de pie, los ojos del capitán van hacia nosotros, notando nuestros uniformes y la falta de Centinelas acompañando al soberano. Él duda en Cal, con una mirada afilada enfocándose en su casco. Sin embargo no dice nada, y sus soldados se forman a nuestro lado, con sus pies haciendo eco de los nuestros. *Haven, Osanos, Provos, Macanthos, Eagrie* noto los colores familiares en un par de uniformes. La última casa, Casa Eagrie, La Casa de los Ojos, es nuestro primer objetivo. Tiro de la manga de Cameron, asintiendo con suavidad hacia el rubio de barba con los ojos como dardos y rayas negras y blancas en su hombro.

Ella inclina su cabeza y sus puños se aprietan a sus costados en concentración. La redada ha comenzado.

El capitán se pone al otro lado de Nanny, parándose enfrente de mí tan ligeramente que apenas lo noto. *Un Seda*. Tiene la misma piel bronceada, cabello brillante y rasgos afilados que Sonya Iral y su abuela, la peligrosa Pantera. Sólo espero que el capitán no sea tan habilidoso en las intrigas como ella, o esto va a ser mucho más difícil de lo que esperaba.

Simply Books

—Sus especificaciones casi están listas, Su Alteza —dice. Hay un aire punzante en sus palabras—. Cada celda está individualmente sellada como ordenó, y el próximo embarque de Piedras Silenciosas llegará mañana con la nueva unidad de guardias.

—Bien —replica Nanny, sonando desinteresada. Su paso se acelera un poco y el capitán lo ajusta, siguiéndole el ritmo. Cal hace lo mismo y nosotros los seguimos. Parece una persecución.

Mientras que el Centro de Seguridad de Harbor Bay era una hermosa estructura, una visión de piedra tallada y vidrios brillantes, Corros es gris y miserable como la tierra alrededor de éste. Sólo la entrada, una sola puerta de acero negra a ras contra la pared, rompe la monotonía de la prisión. Pero siento electricidad, sangrando por los bordes, originándose desde un pequeño panel central al lado de esta. *El interruptor de la llave*. Como Cameron dijo. La llave por sí misma cuelga de una cadena negra en el cuello de Iral, pero él no la saca.

Hay cámaras también, pequeños ojos fijos a la pared. No me molestan en lo más mínimo. Me preocupa más el capitán Seda y sus soldados, quienes nos tienen rodeados y siguen marchando con nosotros.

—Me temo que no lo conozco, Piloto, o al resto de ustedes llegado el caso —dice el capitán, inclinándose para ver más allá de Nanny y fijar los ojos en Cal como un fusil—. ¿Se puede identificar?

Aprieto mi puño para evitar que mis dedos tiemblen. Cal no hace tal cosa y apenas gira su cabeza, negándose siquiera a mirar al capitán de la prisión.

—Piloto me queda bien, Capitán Iral.

Iral se enfurece, como es de esperarse.

—Las instalaciones de Corros están bajo mis órdenes y mi protección, *Piloto*. Si cree que voy a dejarte dentro sin…

—¿Sin qué, Capitán? —Cada palabra que sale de la boca de Nanny corta como un cuchillo, penetrando en las partes más profundas de mí. El capitán se detiene y se sonroja de color plata, tragándose la réplica—. La última vez que revisé, Corros pertenece a Norta. ¿Y a quién pertenece Norta?

—Sólo estoy haciendo mi trabajo, Su Alteza —dice, pero la batalla ya está perdida. Pone una mano sobre su pecho de nuevo, saludando—. La reina me encargó la defensa de esta prisión y sólo deseo obedecer sus órdenes, así como las suyas.

Nanny asiente.

—Entonces le *ordeno* que abra la puerta.

Él inclina su cabeza, rindiéndose. Uno de sus soldados, una mujer mayor con una tensa trenza plateada y la mandíbula cuadrada, da un paso al frente, colocando una mano sobre la puerta de acero. No necesito las rayas negras y platas en su hombro para saber que es de la Casa Samos. El acero se mueve bajo su toque de magnetos, fragmentando los trozos en pedazos que se retraen con aguda eficiencia. Una ola de aire frío nos golpea al entrar, oliendo débilmente a humedad o algo amargo. *Sangre*. Pero el pasillo más allá de la entrada está hecho de azulejos cegadoramente blancos, cada uno sin una mota de suciedad. Nanny es la primera en entrar y nosotros continuamos.

Simply Books

A mi lado, Cameron tiembla y la empujo con suavidad. Hubiera sostenido su mano si pudiera. Sólo puedo imaginarme lo terrible que debe ser, me rompería en pedazos antes de regresar a Archeon. Y aun así, ella regresa a su propia prisión por mí.

La entrada está extrañamente vacía. Sin fotos de Maven, ni estandartes. Este lugar no debe impresionar a nadie y no necesita decoración. Sólo hay cámaras zumbando. Los soldados del Capitán Iral rápidamente retoman sus puestos, flanqueando cada una de las cuatro puertas alrededor de nosotros. La que está atrás, la negra, se cierra con el molesto sonido de metal raspando contra metal. Las puertas a la derecha y la izquierda están pintadas de plateado y brillan con la luz de la prisión. La que hay al frente, la que debemos pasar, es de un enfermizo color rojo sangre.

Pero Iral se detiene de pronto, apuntando a una de las puertas plateadas.

—¿Asumo que querrá ver a Su Alteza, la reina?

Estoy muy feliz por nuestros cascos, o de lo contrario el capitán hubiera visto el horror en cada uno de los rostros. *Elara está aquí*. Mi estómago da un vuelco ante la idea de enfrentarla y estoy casi enferma dentro de mi casco. Incluso Nanny palidece y su voz se atasca, a pesar de sus mejores esfuerzos. Siento a Kilorn a mi espalda, acercándose a mí. Es silencioso, pero escucho lo que quiere a la vez. *Corre. Corre. Corre*. Pero correr no es algo que pueda hacer ahora.

—¿Su Alteza está aquí? —suelta Cal. Por un segundo, estoy asustada que se haya olvidado de lo que debe hacer—. ¿Todavía? —añade, la ocurrencia tardía de una mentira. Pero la sospecha brilla en los ojos del capitán a la vez. Lo veo como una explosión en sus ojos.

Bendita sea Nanny que se carcajea, su risa es forzada, fría y distante.

—Mamá siempre ha hecho lo que quiere, ya lo sabes —dice a Cal, regañándolo—. Pero estoy aquí por otros asuntos, Capitán. No tiene que molestarla.

El capitán ofrece una sonrisa obediente. Hace una mueca con la cara, retorciendo sus finos rasgos en algo horrible.

—Muy bien, señor.

Kilorn le da un golpecito a mi brazo, su toque es urgente. Él ve lo que veo. *El capitán ya no nos cree*. Girándome, tomo a Cameron por el codo y lo aprieto. Su próxima señal. Bajo mi toque, los músculos se aprietan. Está derramando todo lo que tiene para bloquear la habilidad de Eagrie, para evitar que vea lo que está por venir. La confusión cruza su cara, pero sacude la cabeza, tratando de enfocarse en nosotros. No entiende que sucede con él.

—¿Y qué han venido a hacer aquí? —presiona Iral, todavía usando su sonrisa demoniaca. Da un paso lánguido hacia nosotros. Será su último—. Quítense los cascos, si son tan amables.

—No —le digo.

Simply Books

Con una sencilla inhalación, tomo posesión de las cámaras apuntadas por el pasillo a nosotros. Mientras Iral abre su boca para gritar, exhalo y las cámaras explotan en un montón de chispas como fuegos artificiales. Las luces son lo siguiente, parpadeando encendidas y apagadas, sumiéndonos en una profunda oscuridad y golpeándonos con brillo sucesivamente. Estamos preparados para esto. Los soldados de Corros no.

Llamas corren a lo largo de los azulejos, fundiéndose extrañamente, bailando a lo largo del blanco. Encierra cada puerta, saltando hasta el cielo, encerrando efectivamente a los soldados con nosotros y la parpadeante oscuridad. El soldado Osanos, una ninfa, filtra a toda prisa humedad en el aire, pero no la suficiente para combatir el crepitante fuego de Cal. Un Pieldepiedra corre hacia mí, con su piel convirtiéndose en roca ante mis ojos, pero golpea la pared conocida como Nix Marsten. Darmian se une, y los dos nuevasangre invulnerables se encargan de apartar al soldado. Los demás hacen igual. Ketha arrasa con el Telky Provos, plantando una explosión en su corazón que lo destruye desde el interior. El soldado Haven hace lo mejor para combatir mi oscuridad, usando su habilidad para destruir las sombras, bañándolas en una sombra oscura que de repente estalla con una luz cegadora y brillante. Incuso nuestros cascos no hacen nada para detener el brillo y tengo que cerrar los ojos. Cuando los abro, Haven está en el suelo, con un profundo corte en su cuello. Ella tose sangre plateada sobre los azulejos y mi hermano se cierne sobre ella, con cuchillo en mano. Detrás de él, Eagrie cae de rodillas, apretando su cabeza y gritando.

—¡No puedo ver! —chilla, sacándose sus propios ojos. La sangre se une a sus dolorosas lágrimas—. No puedo ver nada, ¿qué está pasando? ¿Qué es esto? ¿Qué eres? —me grita.

Cameron es la primera en quitarse el casco. Nunca ha matado a un hombre antes, ni siquiera en su escape. Lo veo por todo su rostro, en el horror retorciéndose en ella. Pero no se va. Si es por coraje o malicia, no puedo decirlo. Su silencio se apodera,

hasta que el hombre en el suelo deja de llorar, deja de moverse, deja de respirar. Se muere con los ojos abiertos ampliamente, mirando a la nada, ciego y sordo en sus últimos momentos. Debe sentirse como ser enterrado vivo.

Ha pasado como un minuto más o menos. Doce soldados Plateados muertos en el suelo, algunos quemados, otros electrocutados, otros disparados, algunos con sus cabezas cortadas. Los matados por Ketha son los más desastrosos. Toda una pared está salpicada por su mano y jadea ruidosamente, tratando de no ver lo que ha hecho. Su habilidad de explosión es horrible en lo mejor.

Sólo Lory está herida, habiéndose encargado del Magnetrón con Gareth. Recibió una astilla de metal en el brazo, pero nada demasiado malo. Farley es la primera a su lado y saca la daga improvisada, dejándola caer al suelo. Lory no hace más que gruñir de dolor.

—Olvidamos las vendas —murmura Farley, colocando una mano sobre el corte sangrando.

—*Tú* olvidaste los vendajes —contesta Ada, jalando de una pequeña tira de tela blanca del interior de su traje. Expertamente la amarra alrededor del brazo de Lory. Se mancha en un instante.

Kilorn se ríe para sí mismo, el único que disfruta de un chiste en un momento como este. Para mi alivio, se ve perfectamente bien, enfocado en recargar su arma. El cañón echa humo y al menos dos cuerpos están plagados de sus balas. Cualquier otro pensaría que él no está afectado, pero lo conozco mejor. A pesar de la risa, Kilorn no encuentra divertido este sangriento trabajo.

Tampoco Cal. Se inclina sobre la cabeza del difunto Capitán Iral, con cautela toma la llave negra de su cuello. *No los mataré*, me dijo una vez, antes que entráramos al Centro de Seguridad de Harbor Bay. Rompió su propia promesa y eso lo ha herido más profundamente que cualquier batalla.

—Nanny —murmura, sin ser capaz de apartar la mirada de Iral. Con los dedos temblorosos, cierra los ojos del Capitán para siempre. Detrás de él, Nanny se enfoca en el rostro de Iral, mirándolo. Sólo le toma un momento antes que sus rasgos hacen juego con los de ella, y suelto un pequeño respiro de alivio. Incluso el falso Maven es demasiado para soportar.

Un siseo de estática sale del cinturón de Iral. Su radio, el centro de comando intentando contactar.

—¡Capitán Iral! Capitán, ¿qué está pasando ahí? Perdimos contacto visual.

—Sólo un error —contesta Nanny con la voz de Iral—. Podría extenderse o no.

—Recibido, Capitán.

Cameron quita los ojos del muerto Eagrie. Coloca una mano sobre la puerta roja.

—Por aquí —dice ella, casi inaudible por el goteo de la sangre y los suspiros de los muertos.

Siento el centro de comandos de la prisión como un nervio, pulsando, controlando todas las cámaras de las instalaciones. Me atrae, arrastrándome a través

de los giros de sus pasillos. Los corredores son de azulejos blanco, como en la entrada, pero no tan limpios. Si miro de cerca, puedo ver la sangre entre las baldosas, convertida en marrón con el tiempo. Alguien intentó lavar lo que sea que sucedió, pero no fueron lo suficientemente dedicados. *La sangre roja es tan difícil de limpiar*. Veo a la reina en esto, en cualesquiera que sean las pesadillas que haya inventado en las entrañas de Corros.

Ella está en algún lado, continuando su aterrador trabajo. Incluso podría estar viniendo por nosotros ahora, alertada por los disturbios. *Espero que lo haga. Espero que venga por la esquina ahora mismo, así puedo matarla*.

Pero en lugar de la reina Elara, giramos por la esquina para encontrar otra puerta con una gran D sobre esta y sin cerradura. Cameron corre a esta, con cuchillo en mano y se pone a trabajar para destapar el panel de interruptores. Se afloja en un segundo y sus dedos se meten en el cableado.

—Tenemos que hacer esto para conseguir la clave —dice, moviendo su cabeza hacia la puerta—. Hay dos guardias Magnetrones adentro. Prepárense.

Cal suavemente carraspea, moviendo la llave enfrente de ella.

—Oh —dice, sonrojándose y la toma de su mano. Con el ceño fruncido, la mete en la abertura correspondiente en el interruptor—. Dime cuando.

—Gareth —llama Cal, pero él ya está al frente, preparándose contra la puerta de metal. Nanny se hace a su lado, todavía disfrazada del Capitán Iral. Ambos saben lo que deben hacer.

Los otros no están muy seguros. Ketha parece al borde de las lágrimas, sus manos retorciéndose arriba y abajo de sus brazos, como si tuviera miedo de perder una extremidad. Farley se acerca, sólo para ser apartada de golpe. Mi corazón se hunde cuando me doy cuenta que no sé cómo reconfortar a Ketha. ¿Necesita un abrazo o una bofetada?

—Cuiden sus espaldas —le grito, eligiendo lo que espero sea el medio justo. Ella se estremece, mirándome. Su trenza se ha deshecho y tira de las hebras de cabello negro. Lentamente, asiente, girándose al punto de ver el pasillo vacío detrás de nosotros. Sus estornudos hacen eco con la baldosa.

—No más —murmura. Pero se sostiene. Darmian y Nix se paran a su lado, más como una muestra de solidaridad que de fuerza. A menos harán una buena pared cuando los guardias se den cuenta qué está pasando aquí. *Lo que debería ser pronto*.

Cal sabe la importancia al igual que yo.

—Ahora —dice y se aplana contra la pared con el resto de nosotros.

La llave gira. Siento la electricidad saltar en el interruptor y fluir hacia el mecanismo de la puerta. Esta se abre, chillando contra la pared revelando un cavernoso bloque de celdas. En contraste con los corredores blanco, las celdas son grises, frías y sucias. Agua gotea de algún lado y el aire es pegajosamente húmedo. Cuatro niveles de celdas van hasta la penumbra, cada una puesta sobre las otras, sin aterrizajes o escaleras que conecten los grupos. Cuatro cámaras; cada una conectadas al techo vigilando todo. Las apago con facilidad. La única luz es una amarilla

parpadeante, aunque la pequeña claraboya en el techo se ha puesto azul, traicionando la luz del sol ascendiendo. Parados bajo ella, en una sola pasarela hecha de metal refractivo, hay dos Magnetrones en uniformes grises. Ambos se dan vuelta ante el sonido de la aproximación.

—¿Qué están…? —dice el primero, dando un paso hacia nosotros. Tiene los colores de Samos en su uniforme. Se congela ante la vista de Nanny, parado al lado de Gareth—. Capitán Iral, señor. —Con un movimiento de su mano, el Magnetrón Samos levanta hojas planas de metal del piso de bloques, construyendo una nueva sección de pasarela ante nuestros ojos. Conectándola con la de ellos, permitiendo que Gareth y Nanny avancen.

—¿Sangre fresca? —Se ríe El otro oficial, asintiendo hacia Gareth con una sonrisa—. ¿De qué legión saliste?

Nanny interrumpe antes que Gareth pueda responder.

—Abra las celdas. Es hora de una caminata.

Para nuestro pesar, los oficiales se miran confusos.

—Los hemos sacado ayer, no necesitan…

—Órdenes son órdenes, y tengo las mías —replica Nanny. Levanta la llave de Iral, colgando en abierta amenaza—. Abran las celdas.

—¿Entonces es cierto? ¿El rey está de vuelta? —pregunta Samos, negando—. No es de extrañar que todo el mundo se alborote por una orden. Hay que verse cortante por la corona, supongo, en especial con su madre todavía merodeando por ahí.

—Ella es rara, la reina —dice el otro, rascándose el mentón—. No sé lo que hace en el Pozo, tampoco quiero saberlo.

—Las *celdas* —repite Nanny, con voz seria.

—Claro, señor —gruñe el primer Magnetrón. Le da un codazo al otro y juntos se dan vuelta, de cara a las docenas de celdas levantándose desde el suelo al techo. Muchas están vacías, pero algunas contienen sombras que se consumen bajo el peso de las Piedras Silenciosas. Prisioneros nuevasangre, apunto de ser liberados.

Más pasarelas se ponen en su lugar, el sonido es como el de un gran martillo golpeando una pared de aluminio. Alinean las celdas, creando pasarelas alrededor del perímetro del bloque, mientras más hojas giran y se doblan en escalones para conectar los niveles. Por un momento, me embarga una sensación de asombro. Sólo he visto Magnetrones en batalla, usando sus habilidades para destruir y asesinar. Nunca para crear. No es muy difícil imaginarlo creando aviones y lujosos transportes, curvan hierro dentado en suaves arcos de cuchillas hermosas. O incluso los vestidos metálicos que tanto le gustaban a Evangeline. Incluso ahora, admito que eran magníficos, aunque la chica que los usaba era un monstruo. Pero cuando las barras de cada celda se abren, haciendo que las personas adentro se tensen, olvido todo mi asombro. Estos Magnetrones son carceleros, asesinos, obligando a personas inocentes a sufrir y a morir tras las rejas por cualquiera que sea el motivo que Maven diga. Están siguiendo órdenes, sí, pero eligen *seguirlas* a la misma vez.

—Vamos, salgan.

—De pie, es hora de sacar a los perros a pasear.

Los oficiales Magnetrones se mueven en rápida sucesión, trotando hacia el primer conjunto de celdas. Bruscamente arrastran a los nuevasangre de sus catres, arrojando a aquellos que no pueden levantarse lo suficientemente rápido a la pasarela. Una pequeña niña aterriza peligrosamente cerca del borde, casi cayéndose. Se parece mucho a Gisa y doy un paso al frente, y Kilorn me tira hacia atrás.

—Todavía no —gruñe en mi oreja.

Todavía no. Mis manos se aprietan, con ganas de soltarme sobre ambos oficiales mientras se acercan más y más a la puerta. No nos han visto todavía, pero ciertamente lo harán.

Cal es el primero en quitarse el casco. Samos se detiene en seco, como si le hubieran disparado. Parpadea una vez, sin creer lo que ve. Antes que pueda reaccionar, sus pies dejan el suelo, y se precipita hacia el techo. El otro hace lo mismo cuando pierde el control de la gravedad. Gareth los hace rebotar a ambos, golpeándolos contra el techo de cemento con un enfermizo quiebre de huesos.

Simply Books

Inundamos el bloque de celdas, moviéndonos como uno, tan rápido como podemos. Alcanzo a la niña caída, colocándola de pie. Ella jadea, con el cuerpo pequeño temblando. Pero la presión de la Piedra Silenciosa ha caído y algo de color regresa a sus pálidas y húmedas mejillas.

Me quito mi propio casco.

—La chica rayo –murmura, tocando mi cara. Eso rompe mi corazón.

Parte de mí quiere tomarla y correr, llevarla lejos de todo esto. Pero nuestra tarea está lejos de haber terminado y no puedo irme. Ni siquiera por la niña. Así que la bajo en sus temblorosas piernas, y quito mi mano con delicadeza de su agarre.

—Sígannos lo mejor que puedan. ¡Peleen lo mejor que puedan! —grito hacia el bloque. Me aseguro de inclinarme en el borde de la pasarela, así todos pueden verme y escucharme. Desde lejos, algunos prisioneros todavía vivos en las celdas inferiores comienzan subir los escalones de metal—. ¡Nos iremos juntos de esta prisión esta noche y vivos!

Por ahora, debería saber mejor que no debo mentir. Pero una mentira es lo que necesitan, y si mi engaño salva a alguno de ellos, valdrá el costo de mi alma.

26

Las cámaras cortadas pueden protegernos sólo durante un tiempo, y este tiempo se ha agotado. Inicia con explosiones en la parte de atrás del pasillo. Oigo a Ketha gritando con cada explosión, asustada por lo que ha hecho y lo que sigue haciendo en carne y hueso. Cada grito irregular retumba a través del bloque de celdas, dejando inmóviles los ya ralentizados nuevasangre.

—¡Adelante! —grita Farley. Su maníaca energía ha desaparecido, sustituida por una autoridad severa—. ¡Sigue Ada, sigue Ada!

Ella les arrea como ovejas, tirando físicamente de muchos por las escaleras. Shade es más amable, saltando a los más viejos y más enfermos de los niveles más bajos, a pesar que esto desorienta a la mayoría de ellos. Kilorn los mantiene sin tropezar fuera de la pasarela, sus largas extremidades siéndoles muy útiles.

Ada agita sus brazos, dirigiendo a los nuevasangres a la puerta de al lado. Tiene una C grande y negra en ella.

—Conmigo —grita. Sus ojos se mueven rápido sobre todos y cada uno, contando. Tengo que empujar muchos hacia ella, aunque son inexplicablemente atraídos por mí. Al menos la pequeña niña capta el mensaje. Da los primeros pasos hacia Ada y se agarra a su pierna, tratando de esconderse del ruido. Todo resuena horriblemente en el bloque, transformando los bestiales aullidos por las paredes de cemento y chapas metálicas. Disparos suenan después, seguidos de la risa inequivocable de Nix. Pero no se reirá mucho tiempo si este asalto se mantiene.

Ahora viene la parte que más temo, la parte contra cual lucho más duro. Pero Cal fue claro, *debemos separarnos*. Cubrir más terreno, liberar más prisioneros y lo más importante, sacarlos de forma segura. Así que me muevo a través de la multitud de nuevasangres, lucho contra la marea, con Cameron a mi lado. Ella arroja las llaves sobre su hombro y Kilorn las atrapa hábilmente. Nos mira pasar, sin atreverse a parpadear. Esta podría ser la última vez que me ve y ambos lo sabemos.

Cal sigue detrás de mí. Siento su calor a metros de distancia. Quema el pasadizo detrás de nosotros, dejando que se derrita, separándonos de los otros. Cuando llegamos a la puerta de enfrente, la que está marcada con "Comando", Cameron se pone a trabajar en el panel de interruptores. No puedo hacer nada, solo mirar, mirar entre Kilorn y mi hermano, memorizando sus rostros. Ketha, Nix y Darmian corren de nuevo dentro del bloque, a toda velocidad del ataque violento que ya no pueden retener. Balas siguen picando el metal y la carne de Nix. De nuevo, el mundo se desacelera, y deseo detenerlo por completo. Deseo que Jon estuviera aquí, para

decirme qué hacer, para decirme que he tomado la decisión correcta. Que me diga quién muere.

Una mano caliente, casi hirviendo toma mi mejilla, me forza dándome la vuelta del resto.

—Concéntrate —dice Cal, mirándome a los ojos—. Mare, vas a tener que olvidarte de ellos en este momento. Confía en lo que estás haciendo.

Apenas puedo asentir. Apenas puedo hablar.

—Sí. —Detrás de nosotros, el bloque de celdas vacías. Delante, el interruptor sacando chispas. La puerta se abre.

Cal nos empuja a los dos a través, y aterrizo con fuerza en el otro piso de baldosa. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente pueda y chispas de rayo traen a la vida todo alrededor de mí. Rompen mis pensamientos en Kilorn y Shade, hasta que todo lo que queda es el centro de mando enfrente del pasillo y lo que debo hacer.

Al igual que Cameron dijo, es una sala triangular de celdas impenetrable, con ondulados cristales en cadena, con paneles de control, pantallas monitorizando, seis soldados animados y las misma puertas metálicas como las celdas. Tres en total, un sistema en cada pared. Corro a la primera, esperando a que abra, esperando que los soldados de comando dentro estén a la altura de la ocasión. Para mi sorpresa, se mantienen en sus sillas y mesas, mirándome con ojos grandes, temerosos. Golpeo un puño en la puerta, disfrutando del dolor que dispara a través de mi mano.

Simply Books

—¡Abran! —grito, como si eso puede hacer algo. En cambio, el soldado más cercano se estremece, saltando desde la parte de atrás de la pared. Él también tiene una insignia de capitán.

—¡No! —ordena él, sosteniendo una mano arriba hacia sus compañeros.

Arriba, una sirena empieza a sonar.

—Sí así es como lo quieren —murmura Cal, moviéndose hacia la otra puerta.

Un golpe me hace brincar y doy vuelta para ver un gran bloque de granito deslizarse en el lugar, sustituyendo la puerta metálica que acabamos de atravesar. Cameron sonríe con satisfacción aun acariciando el panel de control.

—Esto nos debería ganar unos minutos.

Se pone de pie con sus rodillas chascando. Su rostro resiente a la vista del centro de comando.

—Sangrados tontos, están asustados —gruñe y hace un gesto de mano muy grosero más adecuado a los callejones de los Pilares—. ¿Podemos alcanzarlos a través del cristal?

En respuesta, mi mirada va a las pantallas monitorizando. Explotan en una rápida sucesión, bañando los soldados en un chorro de chispas y vidrios rotos. La sirena chirria en un sonido bajo y después se corta. Cada una de las piezas de metal dentro de la sala de comando salta con electricidad, friéndose como huevos en una sartén, lo que hace que los soldados se agrupen en el centro de la habitación. Uno de ellos colapsa, agarrando su cabeza en un gesto que reconozco ahora. Su cuerpo se

mece al mismo tiempo que los puños de Cameron, luchando contra ola tras ola de sofocante habilidad. Sangre gotea de su boca, oídos y nariz. No pasará mucho antes que se ahogue en ella.

—¡Cameron! —espeta Cal, pero ella finge no oírlo.

—¡Julian Jacos! —grito, golpeando el cristal de nuevo—. ¡Sara Skonos! ¿Dónde están?

Otro soldado cae, gritando.

—¡Cameron!

No muestra signos de parar. No es que deba. Estas personas la encarcelaron, torturaron, la hicieron pasar hambre y habrían matado. La venganza es su derecho.

Mi rayo se intensifica, saltando dentro de la caja de vidrio, obligando a los soldados a encogerse de miedo de su ira blanco-púrpura. Cada rayo crepita y escupe, explosiones cada vez más cerca de sus cuerpos.

—Mare, *detenlo* —sigue gritando Cal, pero apenas lo escucho.

—¡Julian Jacos! Sara Sko…

El capitán, ahora arrastrándose por el suelo, se lanza a la pared frente a mí.

—¡Bloque G! —grita, golpeando la palma de su mano en el cristal a unas pocos centímetros de mi cara—. ¡Están en el bloque G! ¡Por esa puerta!

—Eso es todo, ¡vamos! —gruñe Cal. Dentro del módulo de comando, los ojos del capitán parpadean hacia su príncipe caído.

Cameron se ríe, alto y claro.

—¿Quiere dejarlos vivos? ¿Sabes lo que nos habrían hecho? ¿A todos aquí, incluyendo tus Plateados?

—Por favor, *por favor*, estábamos siguiendo órdenes, *órdenes del rey* —suplica el capitán, agachándose para evitar otro arco de rayo. Detrás de él, la segunda víctima de Cameron se enrolla en sí mismo, sucumbiendo a su silencio. Lágrimas se aferran a sus pestañas en gotas de cristal—. Su Alteza, le ruego por misericordia, *tu* misericordia…

Pienso en la niña en las celdas. Sus ojos estaban inyectados de sangre, y pude sentir sus costillas a través de su ropa. Pienso en Gisa y su mano rota. El bebé sangrado en Templyn. Niños inocentes. Pienso en todo lo que me ha pasado desde este verano fatídico, cuando un pescador muerto comenzó todo este problema. *No, no fue su culpa. Era suya. Sus leyes, su reclutamiento, la perdición de cada uno de nosotros. Ellos hicieron esto. Han traído este final en sí mismos*. Incluso ahora, cuando somos Cameron y yo destruyéndolos, imploran por la misericordia de *Cal*. Piden a un rey Plateado y escupen reinas rojas.

Veo al príncipe a través del cristal ondulado. Distorsiona su rostro y se parece tanto a Maven.

—Mare —susurra Cal, aunque sólo sea para sí mismo.

Pero sus susurros no pueden detenerme ahora. Siento algo nuevo dentro de mí, familiar pero extraño. Un poder que proviene no de sangre sino de elección. De quien

me he convertido y no de como nací. Me doy la vuelta de la imagen distorsionada de Cal. Sé que me veo igual de retorcida.

Enseño los dientes en un gruñido.

—El rayo no tiene misericordia.

Una vez, miré a mis hermanos quemar hormigas con un poco de cristal. Esto es similar… y peor.

Mientras los bloques de celdas selladas individualmente hacen que sea difícil, casi imposible que los presos se escapen, también hacen que sea más difícil para los guardias comunicarse entre ellos. La confusión es tan eficaz como un rayo o una llama. Los guardias se resisten a abandonar sus puestos de trabajo, especialmente con los rumores que el rey está alrededor y nos encontramos con cuatro Magnetrones discutiendo en el Bloque G.

—Has oído la sirena, algo está mal…

—Probablemente un simulacro, enseñándole al pequeño rey…

—No puedo ponerme en contacto con el comando por radio.

—Los has escuchado antes, las cámaras están funcionando mal, las radios van mal también. Podría ser la reina molestando otra vez, bruja sangrienta.

Lanzo un rayo en uno de ellos para atraer su atención.

—Te equivocaste de bruja.

Antes que la pasarela metálica debajo pueda caer, me agarro a las barras a la izquierda de la puerta, sosteniéndome rápido. Cal va a la derecha y las barras se ponen rojo bajo su toque que arde, derritiéndose directamente. Cameron se queda en la entrada, un brillo ligero de sudor por su ceja, pero no muestra ninguna señal de frenarse. Uno de los Magnetrones se viene abajo desde su posición retirándose, agarrándose la cabeza a medida que cae tres niveles hacia al suelo de cemento. Esto lo deja fuera de combate. Quedan dos.

Una lluvia de metales dentados chirria, cada pieza un pequeño puñal con la intención de matar. Antes que puedan, me dejo caer, deslizándome por las barras, hasta que mis pies pisan la leve repisa de la celda de abajo.

—¡Cal, un poco de ayuda! —grito, esquivando otra ráfaga. Respondo con lo mío, pero el magnetrón baja, caminando en lo que debería ser el aire. En su lugar, el metal se mueve con él, permitiéndole que aparentemente ande a través del atrio abierto.

Muy a mi pesar, Cal me ignora y sigue fundiendo las barras metálicas de las celdas. Su espalda está en llamas, protegiéndose a sí mismo de cualquier arma que el otro magnetrón pueda lanzarle. Apenas lo puedo ver a través de los giros de fuego, pero lo veo suficiente. Está terriblemente enfadado y no hay ningún misterio por qué. Me odia por haber matado a esos plateados, por hacer lo que él no puede. Nunca creí que vería el día cuando Cal, el soldado, el guerrero, tendría miedo de actuar. Ahora se concentra en abrir tantas celdas como puede, sin hacer caso a mis súplicas de ayuda, obligándome a luchar sola.

—Cameron, ¡aniquílalo! —grito, levantando la vista hacia mi insólito aliado.

—Con gusto —gruñe, extendiendo una mano hacia el Magnetrón atacándome. Tropieza, pero no se cae. *Ella se está debilitando*.

Trepo a lo largo de las celdas, los dedos de mis pies casi deslizándose, mis dedos tensándose con cada segundo que pasa. Soy un corredor, no un escalador y casi no puedo pelear de esta manera. *Casi*. Una aguda navaja con forma de diamante roza mi mejilla, abriendo una herida en mi cara. Otra corta mi palma. Cuando agarro la próxima barra, mi agarre es débil, resbalando en mi propia sangre. Me caigo los últimos seis o siete metros, aterrizando con fuerza en las entrañas del bloque. Durante un segundo, no puedo respirar y abro mis ojos para ver un gigantesco clavo silbando hacia mi cabeza. Ruedo, esquivando el golpe de muerte. Uno más cae como lluvia y tengo que ir en zigzag por el suelo para mantenerme viva.

—¡Cal! —grito otra vez, más enojada que asustada.

El siguiente clavo se derrite antes de alcanzarme, pero los pegotes de hierro caen demasiado cerca, quemando mi espalda. Un grito se me escapa cuando la tela de mi traje se funde en mis cicatrices. Es casi el peor dolor que jamás he sentido, sólo superado por el sonido y el coma atroz que siguió. Mis rodillas golpean el suelo, enviando golpes de agonía subiendo por mis piernas.

Simply Books

El dolor, por lo visto, es otro de mis desencadenantes.

La claraboya encima de nosotros se rompe y un rayo explota. Por una fracción de segundo, es como si un árbol morado haya crecido desde el subnivel, ramificando y terminando por atravesar el atrio abierto del bloque G. Atrapa uno de los Magnetrones, y ella ni siquiera tiene tiempo de gritar. La otra, la última guardia, es todo menos terminada, reducida a encogerse en su última hoja de metal, acurrucada contra el martilleo de la voluntad de Cameron.

—¡Julian! —grito una vez el aire se despeja—. ¡Sara!

Cal salta hacia abajo al otro lado del suelo, sus manos acunadas alrededor de su boca. Rechaza mirarme, buscando en las celdas a cambio.

—¡Tío Julian! —grita.

—Voy a esperar aquí —dice Cameron, mirándonos desde la puerta abierta en el nivel superior. Sus piernas cuelgan. Incluso tiene las agallas de silbar, mirando como la última Magnetrón se queja.

El bloque G es tan húmedo como el D de los nuevasangres y gracias a mí, medio destruido. Un agujero humea en el medio del suelo, los únicos remanentes de mi rayo masivo. Por lo que puedo ver, las celdas del fondo son casi negras como boca de lobo, pero están todas llenas. Unos cuantos presos se han atascado en sus barras, viniendo para mirar el escándalo. *¿Cuántos rostros reconoceré?* Pero son demasiado ojerosos, demasiado delgados, su piel casi azul por miedo, hambre y frío. Dudo que reconociera incluso a Cal después de unas semanas aquí abajo. Esperaba más de los Plateados, pero adivino que los presos políticos son tan peligrosos como los secretos de los mutantes.

—Aquí —gruñe una voz.

Casi tropiezo con un cuerpo de Magnetrón, corriendo aunque las quemaduras en mi espalda protestan con cada paso. Cal me encuentra allí, sus manos en llamas, listo para derretir las barras, para salvar a su tío, para compensar algunos de sus pecados.

El hombre en la celda parece débil, tan viejo y frágil como sus queridos libros. Su piel se ha puesto blanca, su restante cabello es fino y las líneas de su cara se han multiplicado y profundizado. Creo que incluso le faltan dientes. Pero sus inconfundibles familiares ojos marrones y la chispa de inteligencia siguen ardiendo muy dentro. *Julian*.

No puedo llegar a él lo suficientemente rápido y se cierne casi demasiado cerca de la fusión del metal. *Julian. Julian. Julian. Mi maestro, mi amigo*. La primera barra cede y Cal las destornilla, creando un espacio lo suficientemente para deslizarme a través. Apenas noto la presión asfixiante de la Piedra Silenciosa y me concentro en sacar a Julian de pie. Se siente frágil, como si sus huesos podrían romperse y por un momento, me pregunto si va a salir de esto con vida. Entonces, su agarre en mí se tensa y frunce el ceño en concentración.

—Llévame hasta aquel guardia —gruñe, traicionando un poco algo de su viejo espíritu—. Y saca a Sara.

—Por supuesto. Estamos aquí por ella también. —Pongo su brazo sobre mi hombro, ayudándole a ponerse de pie. Aunque él es mucho más alto que yo, se siente sorprendentemente ligero—. Estamos aquí para todos.

Cuando lo llevamos fuera de la celda, Julian tropieza, pero mantiene su equilibrio.

—Cal —murmura, estirándose por su sobrino. Toma su rostro en sus manos y estudia al príncipe exiliado como lo haría con un viejo libro—. Las cosas estaban preparadas, ¿no?

—Sí, lo estaban —gruñe Cal. No me mira.

Las celdas han cambiado el aspecto de Julian, pero no como él es. Asiente en comprensión, mirando muy solemne. Esto no reconforta ni un poco a Cal.

—Estas ideas no tienen lugar aquí y ahora. Sino después.

—Después —repite Cal. Por último, vuelve los ojos ardiendo. Me siento quemada por ellos—. Después.

—Ven, Mare, ayúdame hasta ese descompuesto bulto. —Julian señala a la guardia en el suelo, inconsciente pero todavía viva—. Veamos si soy totalmente inútil.

Hago como me dice, sirviendo como muleta de Julian mientras cojea hasta la oficial caída. En este tiempo, Cal se pone a trabajar en la celda de Sara, localizada cruzando el pasillo de Julian. A la vista, pero demasiado lejos para tocar. Otra pequeña tortura que tuvieron que resistir.

He visto a Julian hacer esto antes, pero nunca con tal esfuerzo o dolor. Sus dedos tiemblan cuando levanta el párpado de uno de los ojos del oficial y traga muchas veces, tratando de provocar la voz que necesita. *El susurro*.

—Está bien, Julian, podemos encontrar otra manera...

Simply Books

—Otra manera nos va matar, Mare. ¿No te he enseñado nada en absoluto?

A pesar de la situación, tengo que sonreír. Lucho contra el impulso de abrazarle y tratar de esconder mi sonrisa.

Finalmente, Julian exhala, ojos medio cerrados. Las venas sobresalen en su cuello. Entonces sus ojos se abren, amplios y claros.

—Despierta —dice con una voz más bella que la puesta de sol. Debajo de nosotros, el oficial hace como él ha dicho, su otro ojo parpadeando abierto.

—Abre las celdas. Todas. —Un torcido ruido hace eco de arriba abajo en el bloque cuando las barras de cada celda se abren al unísono.

—Construye las escaleras y caminos. Conecta todo.

Cling. Cling. Cling. Cada pizca de metal, las dagas, los fragmentos electrocutados, incluso las gotas derretidas, se aplanan y reforman, pegándose juntas en la sucesión.

—Camina con nosotros. —La voz de Julian tiembla con la última orden, pero el Magnetrón obedece, aunque un poco lento.

—Tienes suerte de venir hoy, Mare —dice Julian cuando lo ayudo a enderezarse—. Nos sacaron a caminar ayer. No somos tan débiles como de costumbre.

Me debato contarle a Julian sobre Jon, su habilidad, su consejo. A Julian le encantará oír de él. *Después*, me digo a mí misma. *Después*.

Por primera vez, tengo esperanza.

Habrá un después.

Caos desciende en Corros. Disparos resuena en cada pasillo, detrás de cada puerta. La banda harapienta de Plateados nos siguen débiles, pero pocos tienen la fuerza de quejarse. No confío en ellos y camino casi detrás para vigilar. Muchos se ramifican, escurriéndose por las esquinas, deseosos de librarse de este lugar. Otros van más adentro en la cárcel, en busca de venganza. Unos pocos se quedan con nosotros, sus ojos abatidos, avergonzados por seguir a la chica rayo. Pero aun así la siguen. Y luchan lo mejor que pueden. Es como dejar caer una piedra en un estanque. Las ondas comienzan pequeñas, pero crecen sin duda. Cada bloque cae más fácilmente que el anterior, hasta que los Magnetrones de adentro deben correr hacia nosotros. Los Plateados matan más que yo, cayendo sobre sus traidores como lobos hambrientos. Pero incluso esto no puede durar. Cuando un Lerolan olvido hace explotar la barrera de piedras, abriendo el bloque J para nosotros, los escombros no caen hacia abajo sino hacia arriba. Y antes que pueda entender lo que está sucediendo, estoy siendo succionada por un torbellino de humo, fragmentos y sobrenaturales susurros.

Cameron se agarra de mi mano, pero resbala de mi agarre, desapareciendo en lo que debe ser niebla. *Una ninfa*. No puedo ver nada excepto sombras y sombría luz amarilla, cada una como un sol distante, nebuloso. Antes que pueda caer en tal olvido, extiendo la mano para agarrar algo. Mi mano cortada se cierra en una pierna fría, blanda, parándome con una sacudida de huesos.

—¡Cal! —grito, pero el aullido traga mi voz.

Gruñendo, me tiro la pierna. Debe pertenecer a un cadáver, porque no se mueve. Frío miedo rasga en mi mente, alcanzando dedos helados, agudos. Casi lo dejo ir, no queriendo ver el rostro que pertenece este cuerpo. Podría ser cualquiera. Podría ser alguien.

Es incorrecto sentirse aliviado, pero lo hago. No reconozco al hombre enredado en las barras de su celda, una pierna envuelta, la otra todavía colgando. Él es sin duda un preso, pero no lo conozco y no voy a llorarlo. Mi espalda se siente casi abierta por las cicatrices y quemaduras, y por un segundo me permito reclinarme contra las barras. La gravedad de este bloque ha cambiado. Gareth está aquí, lo cual significa que Kilorn, Shade y Farley no están muy atrás. Se supone que ellos estarían al otro lado de la cárcel, vaciando los bloques de celdas lejanas, algo que les ha retenido. O atrapado totalmente.

Antes que pueda gritar, estoy cayendo otra vez, cuando el bloque parece girar. Pero no son las celdas lo que se está moviendo. Es mi propia gravedad.

—¡Gareth, para! —grito en el vacío. Nadie responde. Por lo menos, nadie que quiera escuchar.

Pequeña chica rayo.

Su voz casi divide mi cráneo en dos.

Reina Elara.

Esta vez, deseo el dispositivo del sonido. Quiero algo que me mate, que me dé la seguridad de la muerte. Todavía estoy cayendo. Tal vez lo estoy haciendo. Tal vez me moriré antes que ella se enrosque en mi cerebro y me aleje de todo y todos los me importan. Pero siento los tentáculos en mi mente, ya tomando agarre. Mis dedos se tuercen en su orden y las chispas saltan entre ellos. *No. Por favor no*.

Golpeo fuerte el otro lado del bloque, probablemente rompiendo mi brazo, pero no siento dolor. Ella lo quita.

Con un último grito desigual, hago lo que debo y uso las últimas gotas de mi propia voluntad para deslizarme entre los barrotes retorcidos debajo de mí, en la prisión de Piedra Silenciosa. Hace añicos mi capacidad y la suya. Las chispas mueren, su control se rompe y el ciego dolor quema a través de mi brazo izquierdo y en mi hombro. Me río a través de mis lágrimas. Qué apropiado. Ella construyó esta prisión para hacerme daño y a otros nuevasangres. Ahora, es la única cosa parándola de hacer justo eso.

Ahora, es mi último refugio.

Desde mi lugar en la pared de la celda, supongo que es el suelo, observo la niebla bailar. Los disparos disminuyen, ya sea porque las balas se están agotando o es imposible apuntar en esta terrible visibilidad. Una curvada serpiente de fuego arde y espero ver a Cal después, pero su forma nunca aparece. Lo llamo de todos modos.

—¡Cal! —Pero mi voz es débil. La piedra que me salvó está tomando control. Presiona como un peso contra mi cuello.

Ella no tarda en encontrarme. Sus botas al borde de los barrotes de mi jaula y durante un segundo, creo que debo estar alucinando. Esta no es la reina brillante y

gloriosa que recuerdo. Lejos quedaron sus vestidos y joyas, sustituidas por un uniforme limpio, azul marino con detalles blancos. Incluso su cabello, por lo general perfectamente rizado y trenzado, ha sido peinado hacia atrás en un moño simple. Cuando veo gris en sus sienes, río otra vez.

—La primera vez que nos encontramos, estabas en una celda igual que ésta —reflexiona, inclinándose para que poderme ver mejor—. Los barrotes no me pararon entonces y no me detendrán ahora.

—Entra entonces —le digo, escupiendo sangre. *Definitivamente me falta un diente*.

—Sigues siendo la misma niña que eras. Pensé que el mundo te cambiaría, pero en cambio —Apunta con su cabeza, sonriendo como un gato—, has cambiado un poco del mundo. Si me das la mano, puedes cambiar aún más.

Apenas puedo respirar a través de mi risa.

—¿Cuán estúpida crees que soy?

Mantenla hablando. Mantenla distraída. Alguien la verá pronto, alguien debe verla.

—A tu manera entonces —suspira, poniéndose de pie. Hace gestos a alguien que no puedo ver. *Guardias*, me doy cuenta, con una hueca y hundida resignación. Su mano reaparece con una pistola, su dedo ya en el gatillo—. Me hubiera gustado estar en tu cabeza una vez más. Tienes delirios tan encantadores.

Una pequeña victoria, pienso, cerrando mis ojos. Nunca tendrá el rayo y nunca me tendrá. *Una victoria en efecto*.

Otra vez me siento caer.

Pero en lugar de la bala, las barras golpean contra mi rostro. Abro los ojos a tiempo para ver a Elara alejándose de mí, la pistola cayéndose de su mano, una mirada de terrible ira torciendo su hermoso rostro. Sus guardias se dispersan con ella, desapareciendo en las amarillentas nubes. Y alguien me agarra del brazo sano, jalándome.

—Vamos, Mare, no puedo sacarte por mi cuenta —dice Shade, tratando de liberarme a través de las barras. Sin aliento, aprieto, empujándome tanto como pueda para atravesar. Supongo que es suficiente, porque de repente el mundo se contrae, la niebla desaparece y abro mis ojos para cegarme viendo azulejos blancos.

Casi colapso de alegría. Cuando veo a Sara corriendo hacia mí, con las manos extendidas, con Kilorn y Julian sobre sus talones, realmente lo hago. Alguien más me atrapa, alguien caliente. Me gira de lado y siseo cuando mi brazo pilla un poco de la presión.

—Brazos primero, luego las quemaduras y cicatrices —dice Cal, todo serio. No puedo aguantar gemir cuando Sara me toca y un feliz aturdimiento se propaga a través de mi brazo. Algo frío golpea mi espalda, curando las quemaduras que sin duda estaban infectadas. Pero antes que la curación se pueda extender a mis feas y retorcidas cicatrices, soy empujada y fuera del control de Sara.

La puerta al final del pasillo explota, rota por las retorcidas raíces de un árbol que crecen rápidamente. La niebla sigue, girando hacia nosotros a gran velocidad. Las sombras aparecen en el último lugar. Sé a quién pertenece.

Cal lanza una ráfaga de fuego a las ramas que se aproximan, las quema de nuevo, pero los carbonizados brasas simplemente se unen al rugiente torbellino.

—¿Cameron? —grito, estirando mi cabeza para buscar la persona que puede detener a Elara. Pero no está en ningún lugar para ser encontrada.

—Ya está fuera, ahora *ve* —me grita Kilorn, empujándome.

Sé que soy lo que quiere Elara. No sólo por mi capacidad sino por mi rostro. Si puede controlarme, puede usarme como una portavoz, para mentir al país, para hacer lo que ella dice. Es por eso que corro más rápido que los demás. Siempre he sido la rápida. Cuando miro por encima de mi hombro, estoy a metros por delante y lo que veo me da escalofríos.

Cal tiene que tirar por la fuerza a Julian, no porque sea débil, sino porque él sigue intentando detenerla. Quiere enfrentarla. Él quiere usar su voz contra su mente, contra sus susurros. Para vengar a una hermana muerta, un amor herido, un orgullo roto y deshecho. Pero Cal no perderá la última pieza de familia que le queda y casi arrastra a Julian. Sara se mantiene cerca al lado de Julian, con una mano en él, incapaz de gritar de miedo.

Simply Books

Entonces doblo la esquina. Y golpeo algo. No algo, *alguien*.

Otra mujer, otra persona que nunca quise volver a ver.

Ara, la pantera, la líder de la Casa Iral, me mira con ojos negros como el carbón. Sus dedos todavía están teñidos de color azul grisáceo por la Piedra Silenciosa y su ropa está hecha jirones. Pero su fuerza ya está regresando, evidenciada por el acero puro en su mirada. No hay manera de rodearla, solo enfrentarla. Levanto mi rayo para matarla, una más que sabía que yo era diferente desde el principio.

Reacciona antes que yo pueda, agarrando mis hombros con una agilidad que ningún ser humano debe poseer. Pero en lugar de romperme el cuello o cortar mi garganta, me lanza hacia un lado, y algo riza mi cabello. Una hoja curvada que gira, afilada como una navaja de afeitar, del tamaño de un plato de comida, vuela más allá de mi cara, centímetros de mi nariz. Choco con el suelo, jadeando sorprendida, aferrándome a la cabeza que casi pierdo. Y por encima de mí, Ara Iral está firme, esquivando cada daga que vuela por encima de nosotras. Vienen desde el lado opuesto del final del pasillo, donde se encuentra de pie otra persona del pasado, formando discos del metal de las placas de la armadura de su familia.

—¿Tu padre no te enseñó a respetar a tus mayores? —grita Ara a Ptolemus, dando un paso cuidadosamente debajo de otra daga. La siguiente la empuja del aire y la lanza de vuelta hacia él. Un truco impresionante, pero inútil, ya que la tira lejos con una sonrisa satisfecha—. Bueno, Roja, ¿no ibas a hacer algo? —añade, empujando mi pierna con la punta del pie.

La contemplo, aturdida durante un momento. Entonces me pongo de pie, obligándome a mantenerme. Un poquito de mi terror desaparece.

—Con placer, mi lady.

Al final del pasillo, la sonrisa de Ptolemus se amplía.

—Ahora para terminar lo que mi hermana empezó en la arena —gruñe.

—De lo que tu hermana *huyó* —le grito de vuelta, dirigiendo un rayo hacia su cabeza. Se lanza a un lado, contra la pared y este tiempo que le cuesta recuperarse, Ara cierra la distancia entre ellos a saltos, pateando la pared de azulejo. Usando el impulso, rompe la mandíbula de Ptolemus con su codo.

Sigo y a juzgar por los fuertes pasos detrás de mí, no soy la única.

Fuego y rayo. Niebla y viento. Lluvia metálica, rizada oscuridad, explosiones como diminutas estrellas. Y balas, siempre balas, suenan detrás. Nos adelantamos a través de la tormentosa batalla, rezando por un final para esta prisión, siguiendo el mapa que hicimos todo lo posible por memorizar. Debería estar aquí, aquí no, aquí no. En la niebla y las sombras, es fácil perderse. Y luego está Gareth, siempre alterando los límites de la gravedad, a veces haciendo más daño que bien. Cuando finalmente encontramos la entrada del pasillo, la sala con puertas rojas, plata y negras, estoy magullada por todo el cuerpo otra vez y mi fuerza se desvanece rápidamente. No quiero ni siquiera pensar en los demás, Julian y Sara, que apenas podían caminar antes. *Tenemos que salir al aire libre. Hacia el cielo. Al rayo que puede salvarnos a todos.*

Fuera, el sol se ha levantado. Ara y Ptolemus siguen su danza visceral como un túnel de lavado, una nube gris en el horizonte. Sólo tengo ojos para el Blackrun y el otro avión en marcha en la pista. Una multitud se enjambra alrededor de la nave, nuevasangres y Plateados por igual, embarcando todo a su alcance. Algunos desaparecen en los campos, con la esperanza de escapar a pie.

—Shade, llévalo al avión —grito, agarrando a Cal por el cuello mientras corremos. Antes que pueda protestar, Shade hace según las instrucciones y lo salta cien metros lejos. Siempre puedo contar con Shade para comprender; Cal es uno de nuestros únicos dos pilotos. Él no puede morir aquí, no cuando estamos tan cerca de conseguir escapar. Lo necesitamos para volar y volar bien. Una fracción de segundo más tarde, Shade vuelve, envolviendo sus brazos alrededor de Julian y Sara. Desaparecen con él y exhalo un pequeño suspiro de alivio.

Recurro a todo lo que me queda, en la profundidad de mis huesos. Me hace lenta, me hace débil, tomando mi habilidad y convirtiéndolo en algo más fuerte. Para mi deleite, el cielo se oscurece.

Kilorn se detiene junto a mí, con el rifle doblado en su hombro. Dispara con precisión, liquidando a nuestros perseguidores, uno por uno. Muchos hombres caminan delante de la reina, protegiéndola, ya sea por propia voluntad o la de ella. Va a estar dentro del alcance pronto, de mis dos habilidades y la suya propia. Sólo tengo una oportunidad.

Pasa en la cámara lenta. Echo un vistazo a los dos Plateados en batalla bloqueados entre mí y los aviones. Una daga larga, delgada, como una aguja gigantesca, corta atravesando el cuello de Ara, derramando una fuente plateada. Ptolemus gira con el impulso, dirigiéndola a través de ella, en mí. Me muevo, esperando lo que pienso que es lo peor.

No puedo ver posiblemente lo que viene. Sólo una persona podría. *Jon*. Se alejó de todo esto. Dejó que esto pasara. No quiso advertirnos. No le importó.

Shade aparece delante de mí, con la intención de llevarme lejos de todo esto. En cambio, consigue una cruel daga brillante atravesando su corazón. Él no se da cuenta de lo que está sucediendo. Él no siente ningún dolor. Él muere antes que sus rodillas lleguen al suelo.

No recuerdo nada más hasta que estamos en el aire. Lágrimas corren por mi cara, pero no puedo secarlas. Fijo la mirada en mis manos, pintadas en ambos colores de sangre.

Simply Books

27

Esto no es el Blackrun.

En cambio, Cal pilotea un gran avión de carga, construido para llevar transportes pesados o maquinaria. Ahora la cala de carga lleva aproximadamente trescientos prisioneros fugados, muchos heridos, todos en estado de shock. La mayoría son nuevasangres, pero hay también Plateados entre ellos, encerrados en sí mismos, tomándose su tiempo. Al menos por hoy, todos lucen igual, envueltos en trapos, cansados y hambrientos. No quiero ir con ellos, así que me quedo en el nivel superior del avión. Por lo menos está tranquilo en esta sección, separado de la cala por una estrecha escalera y de la cabina por una puerta cerrada. No puedo moverme más allá de los dos cuerpos a mis pies. Uno se encuentra debajo de una sábana blanca, manchada sólo por el florecimiento de la sangre roja encima de su corazón perforado. Farley se arrodilla sobre él, inmóvil, una mano debajo de la sábana para agarrar los fríos dedos muertos de mi hermano. Me negué a cubrir el otro cadáver.

Elara luce fea en la muerte. Rayos retorcieron sus músculos, tirando de su boca en una mueca que ni siquiera en vida podría haber hecho. Su simple uniforme está pegado a su piel y su cabello rubio ceniza casi ha desaparecido, quemado hasta que sólo quedaron parches fibrosos. Los otros cuerpos, sus guardias, están igual de deformes. Los dejamos descomponiéndose en la pista. Pero la reina sigue siendo inconfundible. Todos conocerán este cadáver. Me aseguraré de ello.

—Deberías ir a acostarte.

El cuerpo perturba a Kilorn, eso está muy claro. No sé por qué. Deberíamos estar bailando sobre sus huesos.

—Deja que Sara te revise.

—Dile a Cal que cambie el rumbo.

Parpadea, perplejo.

—¿Cambiar el rumbo? ¿De qué estás hablando? Vamos de vuelta a Notch, de vuelta casa…

Casa. Resoplo ante una palabra tan infantil.

—Vamos a volver a Tuck. Dile, por favor.

—Mare.

—*Por favor*.

No se mueve.

—¿Te has vuelto loca? ¿Recuerdas lo que pasó allí, lo que el Coronel te hará si vuelves?

Loca. Me gustaría. Me gustaría que mi mente se alejara de la tortura en que se ha convertido mi vida. Eso sería un gran alivio, simplemente volverme loca.

—Seguramente puede intentarlo. Pero somos demasiado ahora, incluso para él. Y cuando vea lo que le traje, dudo que nos vaya a rechazar esta vez.

—¿El cuerpo? —Respira, temblando visiblemente. *No es el cadáver asustándolo*, me doy cuenta tranquilamente. *Soy yo*—. ¿Vas a mostrarle el cuerpo?

—Se lo voy a mostrar a todos. —De nuevo, más firme—. Dile a Cal que cambie de rumbo. Él lo entenderá.

La pulla lastima a Kilorn, pero no me importa. Se endurece, regresando para hacer lo que le digo. La puerta de la cabina se cierra detrás de él, pero apenas lo noto. Estoy preocupada con cosas más importantes que pequeños insultos. ¿Quién es él para cuestionar mis órdenes? No es nadie. Un chico pescador solo con la buena suerte y mi necedad para protegerlo. No como Shade, un tele transportador, un nuevasangre, un gran hombre. *¿Cómo puede estar muerto?* Y no es el único. No, sin duda hay otros dejados para hacer de la prisión su tumba. Solo lo sabremos cuando aterricemos y podamos ver quién más escapó en el Blackrun. Y lo haremos aterrizando en el complejo de la isla, no haciendo excursión en alguna cueva solitaria de la selva virgen.

Simply Books

—¿Tu vidente te dijo acerca de esto?

Las primeras palabras que Farley dice desde que dejamos Corros. Todavía no ha llorado, pero su voz suena ronca, como si pasó los últimos días gritando. Sus ojos están horribles, rodeados con rojo, el iris de un azul intenso.

—Ese tonto, Jon, que nos dijo que hiciéramos esto —continúa, volviéndose hacia mí—. ¿Te dijo que Shade moriría? *¿Lo hizo?* Supongo que era un precio fácil de pagar para la chica rayo, tanto tiempo que significara más nuevasangres para que controlaras. Más soldados en una guerra que no tienes idea de cómo combatir. Un mísero hermano por más seguidores para besar tus pies. No es un mal trato, ¿cierto? Especialmente con la reina incluida. ¿Quién se preocupa por un hombre muerto que nadie conoce, cuando podías tener el cadáver de *ella*?

Mi bofetada le envía un paso hacia atrás, más por sorpresa que por el dolor. Ella atrapa la sábana mientras cae, jalándola hacia un lado, dejando al descubierto el pálido rostro de mi hermano. Al menos sus ojos están cerrados. Podría solamente estar durmiendo. Me muevo para tirar la sábana en su lugar, no puedo mirarlo mucho, pero ella me golpea con su hombro, usando su considerable altura para llevarme hacia la pared.

La puerta de la cabina se abre y los dos chicos salen corriendo, atraídos por el ruido. En un instante, Cal derriba a Farley, tocando la parte posterior de su rodilla por lo que tropieza. Kilorn es menos elegante, simplemente envolviendo sus dos brazos a mi alrededor, levantándome del suelo.

—¡Era mi hermano! —le grito.

Ella grita su respuesta.

—*¡Era mucho más que eso!*

Sus palabras detonan un recuerdo.

Cuando ella dude. Jon me dijo que le dijera algo. *Cuando ella dude*. Y ciertamente Farley duda ahora.

—Jon me dijo algo —digo, tratando de empujar a Kilorn—. Algo para que tú escucharas.

Ella se lanza, estirándose y Cal la empuja de nuevo hacia abajo. Obtiene un codazo en el rostro por el embrollo, pero no renuncia a su firme control sobre los hombros de ella. No irá a ninguna parte, aun así, continúa luchando.

Farley, nunca sabes cuándo renunciar. Solía admirarte por eso. Ahora solamente te compadezco.

—Me dijo la respuesta a tu pregunta.

La detiene en corto, su respiración en pequeñas bocanadas asustadas. Mira fijamente, con los ojos abiertos. Casi puedo escuchar su corazón latiendo.

—Dijo que *sí*.

No sé lo que eso significa, pero la nivela. Se inclina, cayendo sobre sus manos e inclina su cabeza detrás de una corta cortina de cabello rubio. Veo las lágrimas de todos modos. *Ya no va a pelear más*.

Cal también lo sabe y se aleja de su forma temblando. Casi se tropieza con el brazo deforme de Elara y se aleja de ella, encogiéndose.

—Denle su espacio —murmura y agarra mi brazo en un fuerte apretón. Me arrastra lejos, a pesar de mis protestas.

No quiero dejarla. No a Farley, sino a Elara. A pesar de sus heridas, sus quemaduras y sus vidriosos ojos, no confío que su cadáver permanezca muerto. Una tonta preocupación, pero la siento de todas formas.

—Por mis colores, ¿cuál es el problema contigo? —gruñe, cerrando la puerta de la cabina detrás de nosotros, dejando fuera los bajos sollozos de Farley y el ceño fruncido de Kilorn—. ¿Sabes lo que Shade era para ella…?

—Sabes lo que era para mí —contesto. Ser cortés no está en la cima de mi lista, pero lo intento. Mi voz tiembla de todas formas. *Mi hermano más cercano. Lo perdí antes y ahora de nuevo. Esta vez no va a volver. No hay regreso*—. No me ves gritándole a la gente.

—Tienes razón. Sólo los matas.

Mi aliento silba entre mis dientes. *¿Es eso de lo que se trata?* Casi me río de él.

—Al menos uno de nosotros puede.

Espero una pelea a gritos, por lo menos. Lo que obtengo es peor. Cal da un paso atrás, chocando contra el tablero de instrumentos, tratando de poner tanta distancia como sea posible entre nosotros. Por lo general, yo soy la que se aparta, pero ya no.

Algo rompe detrás de sus ojos, traicionando las heridas que esconde debajo de su piel en llamas.

—¿Qué te ha pasado, Mare? —susurra.

¿Qué no me ha pasado? Un solo día sin preocupación, eso es. Todo para prepararme para esto, para el destino que me he comprado con las mutaciones de mi sangre y los muchos errores que he elegido cometer, Cal incluido.

—Mi hermano acaba de morir, Cal.

Pero niega, sin apartar su mirada de mí. Su mirada quema.

—Mataste a esos hombres en el centro de comando, tú y Cameron, mientras *rogaban*. Shade no estaba muerto entonces. No te disculpes con esto.

—Eran Plateados…

—*Yo* soy Plateado.

—*Yo* soy Roja. No actúes como si no hubieras matado a cientos de nosotros.

—No para mí, no de la manera que tú matas. Yo era un soldado siguiendo órdenes, obedeciendo a mi rey. Y eran tan inocentes como yo cuando mi padre estaba vivo.

Lágrimas pican mis ojos, rogando ser derramadas. Rostros nadan delante de mí, soldados y oficiales asesinados, demasiados para contarlos.

—¿Por qué me dices esto? —susurro—. Hice lo que tenía que hacer para seguir con vida, para salvar a la gente, para salvarte, estúpido y terco príncipe de *nada*. Tú más que nadie debería saber la carga que llevo. ¿Cómo te *atreves* a tratar de hacerme sentir más culpable de lo que ya me siento?

—Ella quería convertirte en un monstruo. —Asiente hacia la puerta y el cuerpo torcido detrás de ella—. Sólo estoy tratando de asegurarme que eso no suceda.

—Elara está muerta. —Las palabras saben dulces como el vino. *Se ha ido, no puede hacerme daño*—. Ya no puede controlar a nadie más.

—Pero aun así, no sientes ningún remordimiento por los muertos. Haces lo que puedes para olvidarte de ellos. Abandonas a tu familia sin una palabra. No puedes controlarte. La mitad del tiempo huyes del liderazgo y la otra mitad actúas como una mártir intocable, coronada en la culpa, la única persona que realmente se está dando a sí misma a la causa. Mira a tu alrededor, Mare Barrow. Shade no es el único que murió en Corros. No eres la única que hace sacrificios. Farley traicionó a su padre. Obligaste a Cameron a unirse a nosotros en contra de su voluntad, elegiste ignorar todo salvo la lista de Julian y ahora quieres abandonar a los niños de vuelta en Notch. ¿Para qué? ¿Para pasar por encima del cuello del Coronel? ¿Tomar un trono? ¿Matar a cualquiera que te mire de la forma equivocada?

Me siento como un niño siendo regañado, incapaz de hablar, discutir, de hacer cualquier cosa, pero no llorar. Me cuesta todo para mantener mis chispas contenidas.

—Y todavía te aferras a Maven, una persona que no existe.

Al igual que podría haber puesto una mano alrededor de mi garganta y apretar.

—¿Has mirado entre mis cosas?

—No soy ciego. Te observé tomando las notas de los cuerpos. Pensé que las romperías después. Pero cuando no lo hiciste, supongo que quería ver lo que ibas a hacer. Quemarlos, tirarlos a la basura, devolverlos sumergido en sangre plateada, pero no mantenerlos. No leerlos mientras dormía a tu lado.

—Dijiste que también lo echas de menos. Dijiste eso —le susurro. Tengo que abstenerme de patalear mi pie como un niño frustrado.

—Es mi hermano. Lo extraño de una manera *muy* diferente.

Algo afilado raspa mi muñeca y me doy cuenta que estoy rascándome yo sola en mi desgracia, creando un dolor físico para enmascarar la agonía interior. Él observa, discrepando.

—Cada cosa que he hecho, estuviste detrás de mí —le digo—. Si yo me estoy convirtiendo en un monstruo, entonces tú también.

Baja su mirada.

—El amor te hace ciego.

—Si ésta es tu idea de amor…

—No sé si tú amas a alguien —espeta—, si ves algo ahí fuera, además de títeres y armas. Personas para manipular y controlar, para sacrificar.

No hay defensa posible de tal acusación. ¿Cómo puedo demostrar que está equivocado? ¿Cómo puedo hacerle ver lo que he hecho, lo que estoy tratando de hacer, en lo que me he convertido para mantener a todos que me importan a salvo? Lo mal que he fallado. Lo mal que me siento. Cómo las cicatrices y los recuerdos duelen. Cuan profundo me ha herido con tales palabras. No puedo demostrar mi amor por él, o Kilorn, o mi familia. No puedo poner esos sentimientos en palabras, ni debería tener que hacerlo.

Así que no lo hago.

—Después del bombardeo de Archeon, Farley y la Guardia Escarlata utilizaron una emisión de noticias Plateadas para revindicar la responsabilidad —hablo despacio, metódico y tranquilo en mi explicación. Es lo único que me mantiene cuerda—. Voy a hacer lo mismo ahora, con el cuerpo de la reina. Voy a mostrar a cada persona en este reino la mujer que maté y la gente que guardaba bajo llave, nuevasangres y Plateados. He terminado de dejar a Maven controlar este juego arrojando sus mentiras al reino. Lo que hemos hecho no es suficiente para acabar con él. Tenemos que dejar que el país lo haga por nosotros.

La boca de Cal se queda abierta.

—¿Guerra civil?

—Familia contra familia, Plateado contra Plateado. Solo los Rojos se quedarán unidos. Y vamos a ganar por esto. Norta va caer y nos vamos a levantar Rojos como el amanecer. —Un simple plan costoso para ambos lados. Pero un paso se debía dar. *Ellos nos han obligado a tomar este camino hace mucho tiempo. Solo estoy haciendo lo que se*

debió hacer—. Puedes recoger los niños de Notch después de aterrizar en Tuck. Pero necesito al coronel y necesito sus medios para poner esto en marcha. ¿Entiendes esto?

Apenas asiente.

—Y después, bueno, vamos al norte, hacia Choke, hasta los que he abandonado por elección. Puede hacer como le plazca, Alteza.

—Mare. —Agarra mi brazo y me aparto casi golpeando la pared.

—No me toques más.

Las palabras suenan como el cierre de golpe de una puerta. Supongo que son como un golpe.

Tuck es tranquilo y tan brillante. Sin nubes, sin viento, solo fresco otoño y rayos de sol. Shade no debía haber muerto en un día tan bonito, pero lo hizo. Demasiados lo hicieron.

Soy la primera en salir del avión de carga con dos camillas cubiertas detrás. Kilorn y Farley cerniéndose encima de una, cada uno de ellos apoyando una mano en Shade. Pero la otra camilla es lo que me preocupa ahora. El hombre sosteniéndola parece tener miedo a su cuerpo, al igual que yo lo estaba. Las últimas horas de reflexión en silencio, mirando el cuerpo frío de Elara, habían sido un extraño consuelo. Ella no se va despertar. Al igual que Cal no me va hablar de nuevo, no después de todo lo que nos dijimos uno al otro. No sé dónde está en la línea, o si incluso está bajando en absoluto. Me digo no preocuparme. Pensar en él es pérdida de tiempo.

Simply Books

Tengo que tapar mis ojos para ver la barricada del Coronel al otro lado de la pista de aterrizaje. Él está sentado encima de un transporte sanitario, rodeado de enfermeras en batas blancas. Ada debió transmitir por radio para decirle que necesitaríamos ayuda urgentemente. Su Blackrun ya está aquí, la única sombra oscura a la vista. Cuando el primero de los presos pisa la pista detrás de mí, la familiarizada rampa negra desciende desde el otro jet. Menos de lo que pensaba, salen siguiendo a Ada. Ella comienza la marcha a paso ligero hacia la pared de Lakelanders armados, estoicos guardias y curiosos. En silencio, me maldigo a mí misma. Mi familia estará allí, esperando ver a sus hijos, pero van a encontrar sólo uno de nosotros.

No te importa tu familia. Tal vez Cal tenía razón, porque seguramente me olvidé de ellos más que cualquier otra persona sana debería.

—Esto es suficiente distancia, señorita Barrow —grita el coronel, sosteniendo una mano arriba. Hago lo que me pide, parándome a cinco metros de distancia. De tan cerca puedo ver las armas apuntándonos, pero más importante, los hombres detrás de las balas. Están en alerta, pero no al límite. No tienen orden de matar, no todavía—. ¿Has venido a devolver lo que has robado?

Fuerzo una sonrisa, poniéndonos más relajados a ambos.

—Vengo con un regalo, coronel.

La esquina de su boca se levanta.

—¿Es por esto que has llamado a estas… —Busca la palabra apropiada para describir el andrajoso grupo siguiéndome—, personas?

—Ellos fueron prisioneros hasta esta mañana, en una secreta instalación llamada Corros. Encerrados por la orden del rey Maven, dejados para experimentar con ellos, torturar y asesinar. —Miro detrás de mí, esperando ver almas y cabezas rotas. En vez de esto, veo inagotante orgullo. La pequeña niña, la que casi se cae al pique de la plataforma, parece a punto de llorar, pero sus pequeños puños se aprietan a sus lados. No va llorar—. Ellos son nuevasangres como yo. —Detrás de la chica, un protector joven con piel demasiado pálida y pelirrojo, de pie como su guardia—. Y Plateados también, coronel.

Reacciona como me esperaba que lo hiciera.

—*Idiota*, ¿trajiste Plateados aquí? —grita, con pánico—. ¡Preparen las armas!

La fila de Lakelanders, dos de ancho y probablemente veinte de largo, hacen lo que él manda. Sus armas hacen clic al unísono, cargando balas en las cámaras. Preparados para disparar. Detrás de mí, los prisioneros se encogen, retrocediendo. Pero nadie suplica. Han terminado de suplicar.

—Amenazas sin fundamento. —Lucho con la necesidad de sonreír.

Su mano vuela hacia la pistola de su cadera.

—No me pongas a prueba.

—Conozco sus órdenes coronel y ellos no van a matar la chica rayo. Tus superiores la quieren viva, ¿no es así? —Recuerdo a Ellie Whistle, una de las muchas Centinelas instruidas para ayudarme en mis empeños. No estaba al nivel del coronel, pero el coronel no está al nivel de los altos cargos, quien quiera que sean.

El coronel pierde algo de su ventaja, pero no cede.

—Tráiganla adelante —espeto, mirando las camillas. Los dos hombres hacen lo que digo tan rápido como pueden. Ellos ponen la camilla de Elara a mis pies. Las armas los siguen con cada vacilante paso. Siento el punto de mira incluso ahora, en mi corazón, mi cabeza, en cada centímetro.

—Tu regalo, coronel. —Doy una patada a la camilla, empujando el cuerpo de debajo de las blancas sábanas—. ¿No quieres verlo?

Su ojo bueno destella, casi demasiado rápido para distinguir. Encuentra a Farley en la multitud y las arrugas en sus cejas desaparecen un poco. Con un repugnante sobresalto, me doy cuenta porqué. *Él pensaba que la había matado*.

—¿Quién es Barrow? ¿El príncipe? ¿Has matado la mejor pieza de cambio que tenías?

—Difícilmente —grita una voz desde el grupo. Cal.

No me giro para mirarlo, eligiendo enfocarme en el coronel en su lugar. El sostiene mi mirada, nunca vacilando. Lentamente, una mano levantada, la otra estirándose, tiro alejando la sábana, dejándola caer para que todos la vean. Sus miembros se han puesto rígidos. Sus dedos son especialmente curvados y trozos de hueso se ven por la piel de su mano derecha. Los armados son primeros en reaccionar, bajando sus armas un poco. El coronel está completamente mudo, contentándose con mirar. Después de un largo momento, parpadea.

Simply Books

—¿Es quien creo que es? —dice con voz ronca.

Asiento.

—Elara de la Casa Merandus, reina de Norta. Madre del rey. Matada por nuevasangres y Plateados en la cárcel que ella había construido para ellos.

Aquella explicación debía parar su mano por el momento.

Su rojo ojo brilla.

—¿Qué estás planeando hacer con esto?

—El rey y este país merecen una oportunidad para despedirse de ella, ¿no crees?

El coronel es igual que Farley cuando sonríe.

—Otra vez —espeta coronel Farley, moviéndose atrás en posición.

—Mi nombre es Mare Barrow —digo a la cámara, intentando no sonar tonta. Después de todo, es la sexta vez que me estoy presentando en diez minutos—. Nací en los Pilares, un pueblo de la capital River Valley. Mi sangre es roja, pero por culpa de esto —Extiendo mis manos, permitiendo elevar dos bolas de chispas—, fui llevada a la corte del rey Tiberias el sexto y me dieron un nuevo nombre, una nueva vida y transformada en una mentira. Me llamaron Mareena Titanos y dijeron a todo el mundo que había nacido Plateada. No soy Plateada. —Encogiéndome, arrastro el cuchillo por la palma de mi mano, sobre la ya rota carne. Mi sangre brilla como rubines en la penetrante luz del vacío hangar—. El rey Maven les dijo que esto era un truco. —Chispas bailan a través del corte—. No lo es. Y tampoco lo son los otros como yo, todos nacidos Rojos con extrañas habilidades Plateadas. El rey sabe que existen y está dándoles caza. Les digo que corran. Encuéntrenme. Encuentren la Guardia Escarlata.

Simply Books

A mi lado, el coronel se endereza orgulloso. Lleva un pañuelo rojo por su rostro, como si su ensangrentado ojo no fuera suficiente identificativo. Pero no me quejo. Ha estado de acuerdo en acoger los nuevasangres, habiendo visto el error en sus maneras. Ahora sabe el valor y la dureza de la gente como yo. No se puede permitir hacerse enemigo de nosotros también.

—A diferencia del rey Plateado, nosotros no vemos ninguna discrepancia entre nosotros y otros Rojos. Lucharemos y moriremos por ustedes, y esto significa un nuevo mundo. Dejen el hacha, la pala, la aguja, la escoba. Agarren las armas. Únanse a nosotros. Luchen. Levántense Rojos como el amanecer.

La siguiente parte retuerce mi estómago y quiero frotar mis manos con ácido. Cuando mis dedos se enredan en su deshilachado cabello, sosteniendo su cabeza en alto para estar de cara a la destartalada y parpadeante cámara, estoy aguantando las lágrimas. Por mucho que la odiaba, esto lo odio más. Se siente antinatural, anti todo lo bueno que pueda haber quedado en mi interior. Ya he perdido a Cal, arrojándolo aparte, pero ahora siento que estoy perdiendo mi alma. Y más que decir las palabras que debo. Creo en ellos y ellos ayudarán un poco.

—Luchen y ganen. Esta es Elara, reina de Norta y la hemos matado. Esta guerra no es imposible y con ustedes, puede ser vencida definitivamente.

Mantengo mi posición, intentando todo lo que puedo para no parpadear. Las lágrimas van a caer si lo hago. Pienso en todo menos el cuerpo en mis manos.

—Incluso ahora, los Centinelas están dejando sus fortalezas por esperar a alguien que conteste nuestra llamada.

—Ármense, hermanos y hermanas —dice el coronel, dando un paso adelante—. Superan a sus dominantes y ellos lo saben. Les temen. Les temen y lo que serán. Busquen a los Whistles en los bosques. Ellos los van a llevar a casa.

Después de seis intentos, en un final terminamos en perfecto unísono.

—Levántate, Rojo como el amanecer.

—En cuanto a los Plateados de Norta —hablo rápidamente, apretando mi agarre en Elara—. Su rey y reina les han mentido y traicionado. La Guardia Escarlata ha liberado una cárcel esta mañana y dentro de ella hemos encontrado Rojos y Plateados juntos. Miembros desaparecidos de las casas Iral, Lerolan, Skonos, Jacos y más. Injustamente encarcelados, torturados con Piedras Silenciosas, abandonados a morir por crímenes inexistentes. Están con nosotros ahora y están vivos. Sus desaparecidos vivos. Levántense para ayudarles. Levántense para vengar a los que no pudimos salvar. Levántense y únanse a nosotros. Porque su rey es un monstruo. —Miro fijo a la cámara, sabiendo que él va ver esto—. Marven es un *monstruo*.

El coronel me mira boquiabierto, ofendido. La cámara para. Él se quita el pañuelo con furia.

—¿Qué estás haciendo, Barrow?

Le devuelvo la mirada.

—Estoy haciendo tu vida mucho más fácil. Divide y conquista coronel. —Hago señal al equipo trabajando con la cámara, sin molestarme recordar sus nombres—. Ve a los barracones de los Plateados y graba algo con ellos. Que no se vean los guardias. Demuestren mis palabras. Esto va a poner el país en llamas y ni siquiera Marven va ser capaz de quitarlo.

Ellos no necesitan hablar para demostrar que están de acuerdo. Me doy la vuelta.

—He terminado.

El coronel me sigue, persiguiendo mis pasos incluso cuando salgo fuera del hangar.

—Barrow, no he dicho que hemos terminado… —gruñe pero cuando me detengo en seco, también lo hace. No necesito rayos para asustar la gente. Ya no.

—Hágame girar, coronel. —Extiendo mi brazo, retándolo para que me tire. Retándolo para que me pruebe—. Vamos.

Una vez, este hombre puso a Cal en una celda. Dirigió quien sabe cuántos soldados y mató a unos cuantos más aún. No sé cuántas batallas ha visto, o cuantas veces ha engañado la muerte.

No tiene por qué tener miedo a una chica como yo, pero lo tiene. He vuelto a Tuck como su igual, *mejor* que su igual y él lo sabe.

Me giro lentamente para enfrentarlo y solo porque parece que tengo que hacerlo.

—¿Qué te cambió, coronel? Porque sé que no era solo tu propio sentido común o ni siquiera las órdenes de tus superiores.

Después de un largo y detenido momento, asiente.

—Sígueme. Ellos me han pedido encontrarse contigo.

Simply Books

28

Tuck parece más pequeño de lo que recuerdo, con los trescientos de Corros además de los propios refuerzos del Coronel, agrupándose por toda la isla. Me guía más allá de todos ellos, marcando un ritmo al que debo esforzarme por igualar. Muchos de los nuevos soldados son Lakelanders, contrabandistas del lejano norte al igual que las armas de fuego y la comida que entra desde los muelles, pero también hay una buena cantidad de Nortan. Agricultores, sirvientes, desertores, incluso algunos tatuados expertos en tecnología se entrenan en el espacio abierto entre los barracones. Muchos han llegado en los últimos meses. Son los primeros de muchos, dejando atrás las leyes, y con certeza más los seguirán. Me gustaría sonreír ante la idea, pero sonreír se me hace demasiado difícil en estos días. Me duelen la cabeza y las cicatrices. Detrás, en la pista de aterrizaje, un familiar jet hace ruido y el Blackrun sube hacia el cielo. Dirigido hacia Notch, apostaría que Cal está en los mandos. Mucho mejor. No lo necesito merodeando alrededor, viendo y juzgando cada uno de mis movimientos.

Barracones 1. La última vez entré en secreto. Ahora entro a plena luz del día, con el Coronel a mi lado. Caminamos por los estrechos pasillos del bunker bajo el agua y sus Lakelanders se hacen a un lado para dejarme pasar en cada punto. Estoy perfectamente consciente de este lugar, una vez fui su prisionera, pero ya no le temo a nada aquí abajo. Seguimos la tubería en el techo, hacia el corazón palpitante de los barracones y toda la isla. La sala de control es pequeña, pero abarrotada, llena de pantallas, equipos de radio y mapas en cada superficie plana. Espero ver a Farley gritando órdenes, pero ella no está en ninguna parte para ser encontrada. En su lugar, hay una saludable mezcla de Lakelander azules y Guardias rojos. Dos hombres son diferentes, vistiendo uniformes verdes, gruesos, desteñidos con detalles en negro. No tengo ni idea qué país o reino representan.

—Despejen la habitación —murmura el Coronel. No tiene razón para gritar, pero ellos le obedecen rápidamente.

Con excepción de la pareja en verde. Tengo la sensación que ellos estaban esperando esto. Se mueven en un extraño unísono, girando hacia nosotros en perfecta sincronización. Los dos llevan emblemas en sus uniformes, un círculo blanco con un triángulo verde oscuro en el interior. La misma marca que vi en las cajas de contrabando que vi la última vez que estuve aquí.

Los hombres son gemelos, de la clase perturbadora. Idénticos, pero de alguna manera más que eso. Ambos tienen cabello negro rizado, ceñido como una capucha, ojos color barro, piel morena y barba impecable. Una cicatriz es la única diferencia entre ellos, uno tiene una línea en zigzag en su mejilla derecha y el otro en la

izquierda. *Para distinguirlos*. Con un escalofrió, me doy cuenta que incluso parpadean al mismo tiempo.

—Señorita Barrow, es un placer conocerla por fin. —Cicatriz derecha extiende su mano, pero soy reacia a tomarla. No parece importarle e insiste—. Mi nombre es Rash, y mi hermano…

—Tahir, a su servicio —lo corta el otro. Inclinan sus cabezas con elegancia, de nuevo en sorprendente unísono—. Hemos viajado desde lejos para encontrarte a ti y a los tuyos. Y esperamos…

—…por lo que se siente aún más tiempo —termina Rash por él. Mira al Coronel y capto un destello de disgusto en su mirada—. Te traemos un mensaje y una oferta.

—¿De quién? —Me siento emocionada, casi mareada. Lo más seguro es que estos hombres son nuevasangres, su conexión no es normal, y tampoco son Nortan ni Lakelander. *Viajado desde lejos*, dijeron. *¿Desde dónde?*

Hablan en un melódico coro.

—La Libre República de Monfort.

De repente deseo que Julian estuviera a mi lado, para ayudarme a recordar sus lecciones y los mapas que mantenía tan cerca. Monfort, un país de montañas, tan lejos que podría estar al otro lado del mundo. Pero Julian me dijo que era como Piedmont hacia el sur, gobernado por una serie de príncipes, todos ellos Plateados.

—No entiendo.

—Tampoco lo hizo el coronel Farley —dice Tahir.

Rash le corta.

—…porque la república está bien protegida, escondida entre montañas…

—…nieve…

—…muros…

—…e intencionadamente.

Esto es muy irritante.

—Mis disculpas —añade Rash, observando mi molestia—. Nuestra mutación conecta nuestros cerebros. Puede ser bastante…

—Perturbador —termino por él, sacando una sonrisa de ambos. Pero el Coronel continúa frunciendo el ceño, con su ojo rojo brillando—. ¿Entonces son nuevasangres como yo?

Un doble asentimiento.

—En Monfort, nos llaman los Ardents, pero es diferente de un país a otro. Nadie puede estar de acuerdo en cómo llamar a los Rojo y Plateados —dice Tahir—. Hay muchos como nosotros, en todo el mundo. Algunos a la vista, como en la República, o escondidos, como en tu país. —Cambia la mirada al Coronel, hablando con dos sentidos—. Pero nuestros vínculos van más allá de las fronteras de los países. Protegemos lo nuestro, para que nadie más lo desee. Monfort ha estado oculto por veinte años, construyendo nuestra república desde las astillas de la fuerte tiranía. Creo

que lo entiendes. —De hecho lo hago. Ni siquiera me importa que esté sonriendo, a pesar del dolor que provoca—. Pero ya no nos estamos escondiendo. Tenemos un ejército y una flota propia y no van a estar inactivos por más tiempo. No mientras reinos como Norta, Lakelands y todo el resto siguen de pie. No mientras Rojos mueren y Ardens se enfrenta a peores destinos.

Ah. Así que el Coronel nos acepta no por bondad o incluso necesidad, sino por miedo. Otro jugador se ha unido al juego, uno que él no entiende. Comparten un enemigo, al menos, eso está más que claro. *Plateados. Gente como Maven*. *Nosotros también compartimos un enemigo*. Pero un escalofrió me atraviesa, uno que no puedo ignorar. *Cal es Plateado, Julian es Plateado*. ¿Qué piensan de ellos? Como el Coronel, tengo que permanecer atrás y ver qué quieren, en realidad, estas personas.

—El premier Davidson, el líder de la república, nos envió como embajadores para tender una mano de amistad a la Guardia Escarlata —dice Rash, su propia mano retorciéndose en su muslo—. El Coronel Farley aceptó esta alianza, por voluntad propia hace dos semanas, al igual que sus superiores, lo Generales del alto mando Rojos.

Alto mando.

Las crípticas palabras de Farley parecen tan cercanas ahora. Nunca explicó lo que quería decir, pero ahora comienzo a ver un poco más de la Guardia. Nunca he oído hablar de los generales Rojos, pero mantengo mi rostro inmóvil. Ellos no saben lo mucho, o lo poco, que me han contado. A juzgar por la forma en que los gemelos están hablando, creen que soy un líder también, con control sobre la Guardia Escarlata. *Apenas tengo control sobre mí misma*.

—Nos hemos aliado con grupos similares y subgrupos en países de todo el continente, formando una compleja red. La República es el núcleo. —Los ojos de Rash perforan los míos—. Ofrecemos paso seguro, a cualquier Ardents de aquí, a un país que no sólo los va a proteger sino que les va ofrecer libertad. Ellos no necesitan luchar; solo necesitan vivir y vivir libres. Esa es nuestra oferta.

Mi corazón late salvajemente. *Solo necesitan vivir*. ¿Cuántas veces he soñado con una cosa así? Demasiadas para contar. Incluso atrás en los Pilares, cuando pensaba que era dolorosamente normal, cuando era nada. Solo quería vivir. Los Pilares me enseñaron el valor y la curiosidad de una vida normal. Pero también me enseñó algo más, una lección más valiosa. *Todo tiene su precio*.

—¿Y qué piden a cambio? —murmuro, sin querer escuchar la respuesta.

Rash y Tahir intercambian cómplices miradas, sus ojos entrecerrándose en muda comunicación. No dudo que los hermanos pueden hablar uno con el otro sin palabras, susurrando como Elara lo hizo una vez.

—El premier Davidson pide que tú los escoltes —dicen al mismo tiempo.

Una "petición". No es gran cosa.

—Tú eres una instigadora en tus derechos y esto será de gran ayuda para la guerra a punto de llegar. —*Necesitan que no luche*. Debería haber sabido que esto no se

ponía en práctica conmigo—. Tendrás tu propia unidad, tus propios Ardens, escogidos a mano, a tu lado…

Un nuevasangre se sentará en el trono que tú le construías.

Cameron me dijo eso unos días atrás, cuando la obligué a unirse a nosotros. Ahora sé exactamente cómo se sintió y cuán horriblemente verdaderas podrían ser sus palabras.

—¿Pero solo Ardens? —contesto, cambiando constantemente de un pie a otro—. ¿Solo nuevasangres? Dime ¿cómo es realmente en su República? ¿Simplemente han cambiado a los Plateados con unos nuevos?

Los hermanos se quedan sentados, mirándome con ojos punzantes.

—Lo has entendido mal —dice Tahir. Toca su cicatriz bajo su ojo izquierdo—. Somos como tú, Mare Barrow. Hemos sufrido por lo que somos y simplemente deseamos que nadie encuentre este destino. Ofrecemos refugio para los que son como nosotros. Para ti en especial.

Mentirosos. Ambos. No ofrecen nada más que otra etapa para estar ahí y representar.

—Estoy bien donde estoy. —Miro al Coronel, enfocándome en su ojo bueno. Ya no está frunciendo el ceño—. No voy a irme, no ahora. Hay cosas que se deben manejar aquí. Problemas de los Rojos con los cuales no necesitan molestarse. Pueden llevarse a cualquier nuevasangre que quiera ir con ustedes, pero no a mí. Y si intentan obligarme a hacer algo contra mi voluntad, los freiré a los dos. No me importa el color de su sangre o cuán libre dicen ser. Díganle a su líder que no puedo ser comprada con promesas.

—¿Y qué hay de acción? —ofrece Rash, levantando una cuidada ceja—. ¿Eso te movería al lado del líder?

Había pisado este camino antes. Había tenido suficiente de reyes, sin importar cómo se llamaban. Pero escupiendo en los gemelos no me llevará a ningún lugar así que me encojo de hombros en cambio.

—Muéstrame acción y veremos. —Riéndome, me doy la vuelta para irme—. Tráiganme la cabeza de Maven Calore y su líder puede usarme como reposapiés.

La respuesta de Tahir hiela mi sangre.

—Tú mataste a la loba. No debe ser nada matar al cachorro.

Salgo de la sala de controles con paso enérgico.

—Extraño, señorita Barrow.

—¿El qué? —gruño, encarando al Coronel. No puede ni siquiera dejarme salir de este barracón en paz. Su expresión abierta me toma por sorpresa, mostrando algo parecido al entendimiento. Es la última persona que espero me *entienda*.

—Has venido aquí con tantos seguidores, pero pierdes a los únicos con los que te fuiste. —Levanta una ceja, apoyándose contra la fría y húmeda pared del pasillo—. El pueblerino, tu príncipe y mi hija, todos parecen estar evitándote. Y por supuesto, tu hermano… —Un rápido paso adelante lo detiene en seco, asustándolo en silencio—.

Mis condolencias —murmura después de un largo momento—. Nunca es fácil perder un familiar.

Recuerdo la fotografía en su cuartel. Tenía otra hija y una esposa, dos personas que ahora no están aquí.

—Todos necesitamos algo de tiempo —le digo, con la esperanza que sea suficiente.

—No les des demasiado. No es bueno dejarlos hacer hincapié en tus pecados.

No puedo encontrar el corazón para argumentar, porque tiene razón. He agredido a las personas más cercanas a mí, y les he enseñado el monstruo bajo mi piel.

—¿Y qué hay de este problema de los Rojos que mencionó? —continúa—. ¿Algo que debería saber?

Antes en el jet, le dije a Cal que iba ir al norte. La mitad de mí lo dijo por furia, para demostrarle algo. La otra mitad lo dijo porque era la decisión correcta. Porque he ignorado cosas durante demasiado tiempo.

—Hace unos días interceptamos una orden de marcha. La primera legión de niños está siendo enviada a Choke. —Mi respiración se traba, recordando lo que Ada dijo—. Van a ser masacrados, les ordenaron que avanzaran más allá de las trincheras, justo en la zona de muerte. Cinco mil de ellos, sacrificados.

—¿Nuevasangres? —instiga el Coronel.

Niego.

—No que yo sepa.

Coloca una mano en su pistola, endereza su columna y escupe al suelo.

—Bueno, el alto mando me ordenó ayudarte. Creo que es tiempo de hacer algo útil.

La enfermería está en silencio, es un buen lugar para esperar. Sara tenía permitido salir de los barracones asignados a los Plateados e hizo un rápido trabajo en todos los lesionados. Ahora las camas están vacías, con excepción de una. Me acuesto de lado, mirando fijamente la gran ventana frente a mí. El engañoso cielo azul se ha desvanecido a gris acero. Otra tormenta tal vez, o quizás mis ojos se han oscurecido. Simplemente no puedo ver más la luz del sol hoy. Las sábanas son suaves, desgastadas por muchas lavadas y lucho contra el impulso de tirarlas por encima de mi cabeza. Como si eso pudiera evitar que los recuerdos regresen, cada uno rompiendo fuerte como una ola de hierro. El último momento de Shade, sus ojos ampliamente abiertos, una mano estirada hacia mí, antes que la sangre brotara de su pecho. Estaba regresando para salvarme, y lo mataron. Siento que lo hice hace muchos meses, cuando me escondí en el bosque, incapaz de hacer frente a Gisa y su mano fracturada. Ahora no puedo soportar la idea de volver con mi familia y ver el hueco que Shade dejó atrás. Seguramente se preguntan dónde estoy, la chica que les costó un hijo. Pero no es un Barrow quien me encuentra aquí.

—¿Debo volver más tarde o has terminado de sentir lástima de ti misma?

Me siento rápidamente solo para ver a Julian parado al pie de mi cama. Su color ha vuelto, al igual que los dientes que le faltaban, cortesía de Sara. Pero juzgando por la desparejada ropa, sobrante de las tiendas de Tuck, parece de su misma edad otra vez. Espero una sonrisa, tal vez incluso un agradecimiento, pero no un regaño. No de él.

—¿Puede una chica tener un momento de paz en alguna parte por aquí? —resoplo, cayendo de vuelta contra las almohadas.

—Según mis cálculos, has estado escondida durante la mayor parte de una hora. Creo que es más que un momento, Mare. —El viejo profesor está intentando todo lo que puede para ser agradable pero no funciona.

—Si quieres saber, estoy esperando al Coronel. Tenemos que planear una operación y está reuniendo voluntarios mientras hablamos. —*Toma esto*. Pero Julian no es tan fácil de desalentar.

—¿Y tú has decidido que tomar una siesta era un mejor uso de tu tiempo que, digamos, dirigirte a los nuevasangres, tal vez tranquilizando un grupo de nerviosos Plateados, consiguiendo algo de atención médica o incluso hablar con tu propia familia en luto?

Simply Books

—No he echado de menos tus sermones, Julian.

—Mientes bien, Mare —dice, sonriendo.

Cierra la distancia entre nosotros demasiado rápido, llegando a mi lado para sentarse. Huele a limpio y fresco de la ducha. Así de cerca, puedo ver cuán delgado se ha vuelto y el vacío en sus ojos. *Ni siquiera Sara puede curar mentes*.

—Y un sermón necesita un oyente. Tú con certeza ya no estás escuchándome. —Alza su voz y toca mi rostro, obligándome a verlo. Estoy demasiado cansada para dejarlo—. Ni a nadie, en realidad. Ni siquiera a Cal.

—¿Tú también me vas a gritar?

Sonríe tristemente.

—¿Lo hice alguna vez?

—No —susurro, deseando no tener que hacerlo—. No, no lo has hecho.

—Y no voy a empezar a hacerlo ahora. Solo he venido para decirte lo que necesitas oír. No te voy a *obligar* a escuchar, no te voy a *obligar* a obedecer. Te dejo la elección. Como debería ser.

—Bien.

—Una vez te dije que cualquiera puede traicionar a cualquiera. Sé que lo recuerdas. —*Oh, sí que recuerdo*—. Y lo digo otra vez. Cualquiera, cualquier cosa, puede traicionar a cualquiera. Incluso tu propio corazón.

—Julian…

—Nadie nace malvado, al igual que nadie nace solo. Se *convierten* de esa manera, a través de elecciones y circunstancias. Lo último lo puedes controlar, pero lo primero… Mare, tengo miedo por ti. Las cosas que te han hecho, cosas no personas,

deberían sufrir. Has visto cosas horribles, has hecho cosas horribles que te cambiarán. Estoy tan asustado por lo que podrías ser si eliges la opción equivocada.

Igual que yo.

Dejo mi mano cerrarse alrededor de la suya. La conexión es suficientemente tranquilizadora pero débil. Nuestro vínculo está torcido al máximo y no sé cómo arreglarlo.

—Lo intentaré, Julian —murmuro—. Lo intentaré.

En lo profundo de mi mente, me pregunto. ¿Julian contará historias sobre mí algún día? Cuando me haya vuelto miserable, alguien como Elara, ¿sin nada ni nadie quien la quiera? ¿Seré simplemente la chica que lo intentó? *No. No puedo pensar de esa manera. No lo haré. Soy Mare Barrow. Soy lo suficientemente fuerte*. He hecho cosas, cosas horribles y no merezco el perdón por ellas. Pero lo veo en los ojos de Julian de todas maneras. Y me llena de tanta esperanza. No me transformaré en un monstruo, no importa lo que deba hacer de ahora en adelante. No voy a perder quien soy, aunque esto me mate.

—Ahora, ¿necesitas que te acompañe hasta la cabaña de tu familia o podrás encontrar el camino?

No puedo evitar resoplar.

—¿Siquiera *conoces* el camino?

—No es respetuoso interrogar a tus mayores, chica rayo.

—Una vez tuve un maestro que me dijo que cuestionara todo.

Sus ojos centellan e hincha su débil pecho con orgullo.

—Tu maestro era un hombre inteligente.

Observo sus ojos insistentes y la luz en ellos se desvanece. Mira fijo mi expuesta clavícula y la marca de ahí. Considero cubrirla pero decido no moverme. No esconderé la *M* quemada en mí, no de él.

—Sara puede arreglar eso —murmura—. ¿La busco?

Me levanto con piernas temblorosas. Hay muchas cicatrices que quiero que me cure, pero no ésta.

—No. —*Déjalo ser un recordatorio para todos nosotros*.

Brazo a brazo, dejamos la vacía enfermería. Nuestros pasos hacen eco en una sala blanca constantemente desvaneciendo en gris. Fuera, una sombra ha sido arrastrada encima del mundo. El invierno está esperando a la puerta, va tocar en seguida. Pero me gusta el aire frio. Me despierta.

Mientras cruzamos el patio central, dirigiéndonos a los Barracones 3, tomo nota del recinto. Unas pocas caras familiares se mezclan con varios grupos, algunos entrenando, otros transportando productos o simplemente merodeando alrededor. Diviso a Ada deslizándose detrás de un medio de transporte estropeado, con un manual de instrucciones en la mano. Lory se arrodilla junto a ella, seleccionando entre un montón de herramientas. Unos pocos metros más allá, Darmian se deja caer en un

grupo de Centinelas, uniéndoseles para correr. Ellos son los únicos que he visto de Notch y me revuelven el estómago. *Cameron, Nix, Gareth, Keth, ¿dónde están?* Rápidamente me siento enferma, pero me trago la sensación. Solo tengo la fuerza necesaria para llorar a las personas que sé con seguridad que están muertas.

Julian no tiene permitido entrar en los Barracones 3. Me informa esto con una reservada sonrisa, pero sus palabras están llenas de desprecio. No hay forma de hacer cumplir la orden, pero él obedece de todos modos.

—Sólo estoy intentando ser un buen Plateado —dice seco—. El Coronel ya ha sido bastante amable al dejarnos salir de nuestros barracones. Odiaría traicionar su confianza.

—Vendré a buscarte después. —Le aprieto el hombro—. Debe ser bastante mal ahí.

Julian solo se encoge de hombros.

—Sara se toma su tiempo sanando, no queremos muchos Plateados dominantes, malnutridos y enfadados en un espacio encerrado. Y saben lo que hiciste por ellos. No tienen ningún motivo para armar un escándalo, aún.

Aún. Una simple pero efectiva advertencia. El Coronel no sabe cómo manejar tantos Plateados refugiados e indudablemente pronto dará un paso en falso.

—Haré lo que pueda —suspiro y añado reprimir un posible disturbio, cada vez mayor, lista de cosas por hacer. *No llores delante de mamá, pide disculpas a Farley, averigua cómo salvar a cinco mil niños, cuida un montón de Plateados, darme cabezazos contra una pared*. Parece factible.

Los barracones están, por lo que recuerdo, llenos de laberínticas curvas y giros. Me perdí una o dos veces, pero finalmente encuentro la puerta con el pañuelo rojo atado a la manija. Está firmantemente cerrada y tengo que tocar.

Bree abre la puerta. Su rostro está rojo por llorar y esto casi me destroza ahí y entonces.

—Te tomó mucho tiempo —gruñe, dando un paso atrás para que pueda entrar. Me encojo por su duro tono, pero no respondo. En su lugar, pongo una mano en su brazo. Se encoge, pero no la quita.

—Lo siento —le digo. Y después, más fuerte, para el resto de la habitación—. Lamento no venir antes.

Gisa y Tramy están sentadas en sillas diferentes. Mi madre se dobla en una de las camas, con mi padre y su silla firmemente plantada a su lado. Mientras se gira, escondiendo su rostro en la almohada, él me mira fijo.

—Tenías cosas que hacer —dice papá. Áspero como siempre, pero más insultante que nunca. Me lo merezco—. Lo entendemos.

—Debería haber estado aquí. —Me adentro más en la habitación. ¿Cómo me puedo sentir perdida en un lugar tan pequeño? —. He traído su cuerpo.

—Lo hemos visto —espeta Bree, tomando asiento en la cama enfrente de mi madre. Se hunde bajo su peso—. Un pequeño pinchazo y se ha ido.

—Lo recuerdo —murmuro antes de poder detenerme.

Gisa remueve su cabello, sus delgadas piernas recogidas debajo de ella. Flexiona su mano dañada, distrayéndose.

—¿Sabes quién lo mató?

—Ptolemus Samos. Un Magnetón. —Hace tiempo en la arena, Cal pudo haberlo matado. Pero fue piadoso. Y su piedad mató a mi hermano.

—Conozco ese nombre —dice Tramy solo para tener algo con qué llenar el hueco—. Era uno de tus ejecutores. No pudo matarte a ti, pero lo hizo con Shade. —Suena como una acusación. Tengo que bajar la mirada, examinando mis zapatos en vez del dolor en sus ojos.

—¿Al menos lo mataste? —Bree se pone de pie otra vez, incapaz de mantenerse inmóvil. Está sobrepasándome, intentando verse intimidante. Se ha olvidado que ya no me asusta la fuerza bruta—. ¿Lo hiciste?

—Maté a muchas personas. —Mi voz se rompe, pero continúo—. Ni siquiera sé cuántos, solo sé que la reina fue una de ellos.

Simply Books

En la cama, mi madre se levanta, finalmente decidiendo mirarme. Sus ojos nadan en lágrimas.

—¿La reina? —susurra sin aliento.

—Tenemos su cuerpo también —digo, casi demasiado entusiasta. Hablar de su cuerpo es más fácil que llorar la muerte de mi hermano. Así que les cuento sombre la transmisión que tenemos la esperanza de hacer.

La horrible cosa tendría que salir esta noche, durante las noticias del telediario. Son obligatorias ahora, una adición a las órdenes, obligando a cada persona en el reino a comer mentiras y propaganda con su cena. Un joven e impaciente rey, otra victoria en las trincheras y similares, pero no mañana. En lugar de eso, Norta verá a su reina muerta. Y el mundo escuchará nuestra llamada a las armas. Bree se pasea, sonriendo maliciosamente ante la idea de la guerra civil y Tramy lo sigue, como siempre hace. Parlotean entre ellos, soñando ya con marchar al Archeon juntos y colocar nuestra bandera roja en las ruinas del palacio Whitefire. Gisa es menos entusiasta.

—Supongo que no estarás aquí mucho tiempo —dice, triste—. Te necesitan de vuelta en el continente, reclutando otra vez.

—No, no estaré reclutando, al menos no durante un tiempo.

No puedo resistir la esperanza que los ilumina, especialmente a mi madre. Casi no les cuento nada, pero la última vez me fui tan de repente. No les haré lo mismo de nuevo.

—Me voy a Choke, y pronto.

Mi padre gruñe tan fuerte que espero que se caiga de su silla de ruedas.

—¡*No* lo harás! ¡No mientras aún respire! —jadea para enfatizar su punto—. Ningún hijo mío regresará a ese lugar. *Nunca*. Y no te atrevas a decirme que no puedo detenerte, porque créeme, puedo y lo *haré*.

Una vez, el Choke le quitó a mi padre un pulmón y una pierna. Sacrificó tanto en aquel lugar. Y ahora, supongo que piensa que me va perder a mí también.

—Estoy segura que lo harás, papá.

Intento seguirle la corriente. Normalmente funciona.

Pero esta vez me hace una señal de desdén, rodando con su silla de ruedas tan rápido que su pierna golpea mi espinilla. Me mira como un demonio, agitando su dedo, apuntado a mi rostro.

—Dame tu palabra, Mare Barrow.

—Sabes que no puedo hacerlo. —Y le digo el por qué. Cinco mil niños, cinco mil hijos e hijas. Cameron tuvo razón todo el tiempo. Las separaciones de sangre aún son muy reales y no pueden ser toleradas más.

—Deja que alguien más vaya —gruñe, intentando todo lo que puede para no derrumbarse. Nunca deseé ver a mi padre llorar y ahora deseo poder olvidar esta imagen—. El Coronel, aquel príncipe, *alguien* más puede hacerlo. —Agarra mi brazo como un hombre perdido.

—Daniel —La voz de mi madre es suave, reconfortante, como una sola nube en un cielo vacío—. Déjala ir.

Cuando levanto su mano de mi muñeca, me doy cuenta que estoy llorando.

—Iremos con ella.

Bree apenas saca las palabras antes que le diga no. El rostro de mi padre se enrojece, su tristeza dándole camino a la furia.

—¿Quieres que muera de un ataque al corazón? —espeta, girándose para enfrentar a mi hermano mayor.

—Ella nunca ha estado en Choke, no sabe cómo están las cosas ahí —chilla Tramy—. Nosotros sí. Hemos pasado casi una década entre nosotros y la línea de trincheras.

Niego, alzando una mano para detenerlo antes que mi padre realmente lo haga.

—El Coronel viene, él ha visto el Choke también, no hay necesidad…

—Tal vez desde el lado Lakelander. —Bree ya está de pie, buscando sus cosas. *Mirando qué llevar*—. Pero las trincheras Nortan tienen un diseño diferente. Dará media vuelta en segundos.

Es probablemente la cosa más inteligente que alguna vez he oído de Bree. No es conocido por su cerebro, pero de nuevo, ha sobrevivido casi cinco años en las líneas. Esos son cinco años más que la mayoría. No puede ser suerte. Me doy cuenta en cambio, que es valentía por parte de ambos, posiblemente más de lo que pueda saber. Alguna vez pensé en cuánto de mi vida se perdieron mis hermanos mayores, pero he hecho lo mismo. No son como los recuerdo. Son tan guerreros como yo lo soy.

Mi silencio es todo lo que necesitan para empezar a empacar. Desearía poder decirles que no vengan. Me harían caso si realmente hablara en serio. Pero no puedo. Los necesito, al igual que necesitaba a Shade.

Solo tengo la esperanza de no llevar otro hermano a la tumba.

Después de un largo momento, me doy cuenta que estoy temblando. Así que me subo en la cama junto a mi madre, y la dejo sostenerme un buen rato. Me esfuerzo todo lo que puedo para no llorar, pero mi esfuerzo no es suficiente.

Simply Books

29

El sucio cafetín está abarrotado, pero no para una comida. El coronel hizo la llamada por una operación de alta prioridad solo hace una hora y las habitaciones están llenas de voluntarios como también de elegidos a dedo. Los Lakelanders están callados, bien entrenados y estoicos. Los Centinelas son mucho más escandalosos, a pesar que Farley no es nada de esto. Ha sido reinvestida como capitán, pero no da señal de notarse. Está sentada en silencio, torciendo ausentemente un pañuelo rojo en sus manos. Cuando entro en el cafetín, flanqueada por mis hermanos, el ruido va disminuyendo y cada ojo me mira. Con excepción de Farley. No levanta la mirada para nada. Lory y Darmian realmente aplauden cuando camino cruzando la sala, haciéndome sonrojar. Ada se nos une y después para mi deleite, Nanny está de pie al lado de ella al igual que Cameron. *Lo hicieron*. Exhalo un poco, intentando sentirme aliviada. Pero aún no hay señal de Nix, Gareth o Ketha. *Ellos pueden haber elegido no venir*. *Deben estar enfermos del peligro hasta el momento*. Esto es lo que me digo en mis adentro mientras me siento al lado de Farley. Bree y Tramy siguen, tomando los asientos directamente detrás de mí, como guardaespaldas.

No somos los últimos en llegar. Harrick se desliza dentro, habiendo acabado de llegar ahora de Notch y me dispara un corto asentimiento. Sostiene la puerta abierta, permitiendo a Kilorn entrar. Mis latidos se aceleran cuando Cal los sigue, con Julian y Sara detrás de él. Mi entrada fue callada, ahora es lo contrario. Al ver a los tres Plateados, muchos saltan de pie, la mayoría Lakelanders. En el escándalo, es difícil escuchar sus gritos, pero lo que significan está claro. *No los queremos aquí*.

Cal y yo cruzamos miradas a través del escándalo, aunque solo por un segundo. Se da la vuelta alejándose primero, encontrando un asiento en la parte de atrás de la sala. Julian y Sara se quedan cerca de su lado, ignorando los abucheos, mientras Kilorn elige el suyo en la parte de adelante. Me hace un saludo casual, como si estuviéramos simplemente sentados para comer.

—¿Así que, de qué trata todo esto? —dice, su voz bastante fuerte para ser escuchado por encima del ruido.

Miro a mi amigo, perpleja. La última vez que lo vi estaba quitándome de Farley y lucía disgustado con mi existencia. Ahora es todo sonrisa. Incluso saca una manzana de su chaqueta y me ofrece la primera mordida. Temblorosa pero segura, tomo el regalo.

—No eras tú misma —susurra en mi oído. Aparta la manzana otra vez dando un mordisco—. Olvídalo. Pero salte de la línea así otra vez, y tendremos que corregir este estilo de los Pilares. ¿Sí?

Mi cicatriz me da una punzada cuando sonrío.

—Sí. —Y más bajo para que solo él me escuche—. Gracias.

Durante un segundo, se queda inmóvil, extrañamente pensativo. Después ondea una mano, haciendo una mueca.

—Por favor, te he visto peor que así. —Una reconfortante mentira, pero le dejo decirla de todas formas—. Ahora, ¿qué es este asunto de alta prioridad? ¿Idea tuya o del coronel?

Como en el momento justo, el coronel entra en el cafetín, sus manos ampliamente estiradas, pidiendo silencio.

—Mía —murmuro mientras las quejas se desvanecen.

—Silencio —espeta, su voz como un azote. Los Lakelanders obedecen a primera, tomando sus asientos en movimientos practicados. Su mirada es suficiente para callar a los otros no conformistas. Señala la parte de atrás de la sala, hacia Cal, Julian y Sara—. Estos tres son Plateados, sí, pero aliados demostrados de la causa. Tienen mi permisión para estar aquí. Los van a tratar como a todos, como a cualquier hermano o hermana de armas.

Simply Books

Los calla a todos. Por el momento.

—Están aquí porque son voluntarios en una operación sin saber de qué trata. Esto es verdadera valentía y los elogio a todos por ello —continúa, tomando su lugar al frente de la sala. Tengo la sensación que ha hecho antes. En esta postura, el cabello corto y el ojo rojo le dan un aire de autoridad, al igual que su imponente voz—. Como saben, la edad más baja para conscripción ha resultado en jóvenes soldados, por debajo de quince años. En presente, una legión está en camino hacia el campo de guerra. Cinco mil fuertes, todos con menos de dos meses de entrenamiento. —Un furioso murmuro atraviesa la multitud—. Le debemos nuestras gratitud a Mare Barrow y su equipo por darnos esta información.

No puedo aguantar encogerme. *Mi equipo*. Ellos pertenecen a Farley o incluso a Cal, pero no a mí.

—La señorita Barrow es también la primera voluntaria para detener esta tragedia antes de suceder.

El cuello de Kilorn cruje por girarse tan rápido. Aumenta sus verdes ojos y no puedo decir si está enfadado o impresionado. Tal vez un poco de las dos cosas.

—Han sido nombrados la Pequeña Legión —digo, obligándome a levantar, para que me pueda dirigir apropiadamente a la multitud. Me miran impacientes, cada ojo como un cuchillo. Las lecciones de Lady Blonos me servirán bien ahora—. Según nuestras informaciones, los niños van a ser enviados directamente a Choke, más allá de las líneas de trincheras. El rey lo quiere muertos, para asustar nuestro pueblo en silencio y va suceder si no hacemos algo. Propongo una operación doble, dirigida por el coronel Farley y yo misma. Me infiltraré en la legión de las afueras de Corvium,

utilizando soldados que puedan pasar por edad de quince, con orden de separar a los oficiales Plateados de los niños. Luego seguiremos directamente en Choke. —Hago lo que puedo para mantener mi mirada en la pared de atrás, pero sigue volviendo de nuevo a Cal. Esta vez, soy yo la que tiene que apartar la mirada.

—¡Esto es suicidio! —grita alguien.

El coronel se mueve a mi lado, negando.

—Mi propia unidad estará esperando en el norte, en las líneas Lakelander. Tengo contactos en aquel ejército y puedo conseguirle tiempo a la señorita Barrow para poder cruzar. Una vez me alcance, nos retiramos hasta Lake Eris. Dos cargueros de cereales deberían ser suficientes para transportarnos, y desde ahí, entramos en territorio disputado.

—Absurdo.

No necesito levantar la mirada para saber que Cal está de pie. Está colorado, con los puños apretados, enfadado por tan estúpido plan. Casi sonrío al verlo.

—Mil años y ningún ejercito Nortan ha cruzado alguna vez Choke. *Nunca*. ¿Crees que puedes hacerlo tú con un grupo de niños? —Se gira implorando—. Tendrías mejor suerte si los devolvieras a Corvium, esconderlos en los bosques, cualquier cosa que cruzar una maldita zona de muerte.

Simply Books

El coronel se toma todo esto con calma.

—¿Cuánto hace que ha entrado en las trincheras, Alteza?

Cal no vacila.

—Hace seis meses.

—Hace seis meses, los Lakelanders tenían nueve legiones en las líneas, para estar al par con Nortan. En cuanto a hoy, tienen dos. Choke está abierto y tu hermano ni siquiera se ha dado cuenta.

—¿Una trampa? ¿O una diversión entonces? —espeta Cal, adivinando lo que podía significar.

El coronel asiente.

—Los Lakelanders planean forzar a lo largo del Lago Tarion, mientras tus ejércitos están ocupados defendiendo un tramo desperdiciado que nadie quiere. Señorita Barrow puede caminar a lo largo con los ojos cerrados y no conseguir ningún rasguño.

—Y esto es exactamente lo que intento hacer. —Lentamente, con certeza, armo de valor mi corazón. Tengo la esperanza de lucir valiente, porque definitivamente no lo siento—. ¿Quién viene conmigo?

Kilorn es el primero en levantarse, como sabía que haría. Muchos más lo siguen, Cameron, Ada, Nanny, Darmian, incluso Harrick. Pero Farley no. Está sentada como si tuviera raíces, dejando a sus tenientes tomar su lugar. El pañuelo está envuelto demasiado fuerte alrededor de su muñeca, volviendo su mano ligeramente azul.

Intento no mirarlo. Definitivamente intento.

En la parte de atrás de la sala, el príncipe exilado se levanta. Sostiene mi mirada, como si solo sus ojos podrían encenderme en llamas. *Una pérdida de tiempo*. No queda nada en mí para que pueda quemar.

Las tumbas en el cementerio de Tuck son nuevas, señaladas por tierra fresca removida y unos pocos trozos de hierba. Piedras recogidas sustituyen las lápidas, cada una cuidadosamente tallada por sus seres queridos. Cuando bajamos el ataúd de Shade en tierra, todos los Barrows de pie alrededor del hoyo, me doy cuenta que tenemos suerte. Tenemos un cuerpo para enterrar, al menos. Pero hay tantas otras tumbas marcando nada más que tierra. Sus nombres están tallados también. Nix, Ketha, y Gareth. Sus cuerpos abandonados pero no olvidados. De acuerdo con Ada, nunca llegaron al Blackrun o al avión de carga. Murieron en Corros, junto con cuarenta y dos otros conforme con su impecable recuento. Pero trescientos sobrevivieron. Trescientos, a cambio de cuarenta y cinco. *Un buen trato*, me digo. *Un cambio fácil*. Las palabras escuecen, incluso en mi cabeza.

Farley se abraza a sí misma contra el helado viento, pero se niega a ponerse un abrigo. El Coronel también está aquí, estando de pie a una distancia respetuosa. Él no está aquí por Shade, pero su hija está de luto, a pesar que no hace ningún movimiento para consolarla. Para mi sorpresa, Gisa la lleva a su lado, envolviendo un brazo alrededor de la cintura del capitán. Cuando Farley la deja, la conmoción casi me hace caer. No sabía que las dos alguna vez se conocieron, pero son tan familiares. De alguna manera, por debajo de mi dolor, me las arreglo para sentir un poco de celos. Nadie trata de consolarme, ni siquiera Kilorn. El funeral de Shade es demasiado para él para soportar y se sienta en lo alto, lo suficientemente lejos para que nadie pueda verlo llorar. Su cabeza baja de vez en cuando, incapaz de ver cuando Bree y Tramy comienzan a echar palas de tierra a la tumba.

Simply Books

No decimos nada. Es demasiado duro. El viento me atraviesa y deseo calor. Deseo el calor confortable. Pero Cal no está aquí. Mi hermano ha muerto y Cal no puede encontrar esto en su corazón obstinado para vernos enterrarlo.

Madre arroja lo último de tierra, con los ojos secos. Ya no tiene más lágrimas para dar. Al menos tenemos eso en común.

Shade Barrow, se lee en su lápida. Las letras parecen arañadas, escritas por algún animal salvaje en vez de mis padres. Se siente mal enterrarlo aquí. Él debería estar en su casa, junto al río, en el bosque que tanto había amado. No aquí, en una isla árida, rodeado de dunas y hormigón, con nada más que cielo vacío para hacerle compañía. Esto no era un destino que se merecía. *Jon sabía que esto sucedería. Jon dejó que esto sucediera. Un pensamiento más oscuro se afianza. Tal vez este es otro cambio, otra ganga. Tal vez esto era el mejor destino que alguna vez enfrentaría*. Mi más inteligente, cuidadoso hermano mayor que siempre venía a salvarme, quien siempre sabía qué decir. *¿Cómo puede ser esto su fin? ¿Cómo puede ser esto justo?*

Sé mejor que nadie que nada en este mundo es justo.

Mi visión se torna borrosa. Miro la tierra apisonada por quién sabe cuánto tiempo, hasta que somos sólo yo y Farley en el cementerio. Cuando levanto la mirada, ella me está mirando, una fuerte tormenta entre ira y tristeza. El viento eriza su

cabello. Ha crecido más en los últimos meses, casi alcanzándole la barbilla. Ella lo aleja tan violentamente que temo que podría rasgar su cuero cabelludo.

—No voy contigo. —Obliga las palabras salir.

Solo puedo asentir.

—Has hecho demasiado por nosotros, más que suficiente. Entiendo.

Resopla a esto.

—No lo haces. No me podía importar menos protegerme a mí misma, pero ahora. —Su mirada se arrastra de nuevo a la tumba. Una sola lágrima se le escapa pero no se da cuenta—. La respuesta a mi pregunta —murmura, sin pensar más en mí. Entonces niega y da un paso más cerca—. No era más que una pregunta de todos modos. Lo sabía, muy dentro de mí. Creo que también lo sabía Shade. Él es, *era*, muy perceptivo. No como tú.

—Lo lamento por todos los que has perdido —digo, más franca de lo que deseo ser—. Lo siento…

Ella solo ondea una mano, descartando la disculpa. Ni siquiera le importa preguntar cómo lo sé.

—Shade, mi madre, mi hermana. Y mi padre. Puede que él esté vivo, pero lo he perdido también.

Recuerdo la preocupación en el rostro del coronel, el breve destello de preocupación cuando volvimos a Tuck. Estaba temiendo por su hija.

—No estaría tan segura. Ningún verdadero padre podría alguna vez ser realmente perdido para los hijos que ama.

El viento sopla una cortina de cabello encima de su rostro, casi escondiendo la mirada sorprendida en sus ojos. Conmoción y esperanza. Una mano se extiende por encima de su estómago, extrañamente suave. La otra palmea mi hombro.

—Espero que salgas de esto con vida, chica rayo. No eres completamente horrible.

Puede que sea la cosa más amable que alguna vez me haya dicho.

Después se gira sin mirar atrás. Cuando me voy unos minutos más tarde, yo tampoco lo hago.

No hay tiempo para llorar a Shade o a los otros apropiadamente. Por segunda vez en veinticuatro horas, debo embarcar en el Blackrun, olvidarme de mi corazón y prepararme para luchar. Fue idea de Cal esperar hasta la tarde, para dejar la isla mientras nuestra interceptada emisión atraviese el país. Para el momento en el cual los perros y Maven vengan cazándonos, ya estaremos en el aire y en nuestra manera de escondernos en el aeródromo de las afuera de Corvium. El coronel va a continuar hacia el norte, usando encubrimiento de la noche para cruzar los lagos y rodear. Por la mañana si el plan se mantiene, ambos estaremos al mando de nuestras dos legiones, uno en cada lado de la frontera. Y después marchamos.

La última vez que dejé a mis padres, no había peligro. De alguna manera, aquello fue más fácil que esto. Despedirme de ellos es tan difícil que casi corro hasta el

Blackrun y su familiar seguridad. Pero me obligo a abrazarlos, darles el consuelo que puedo, incluso si es mentira.

—Los mantendré seguros —susurro, metiendo mi cabeza en el hombro de mi madre. Sus dedos pasan por mi cabello, trenzándolo rápidamente. Las puntas grises han crecido, llegando casi hasta mis hombros—. Bree y Tramy.

—Y a ti —susurra ella en respuesta—. Protégete a ti también, Mare. Por favor.

Asiento contra ella, sin querer moverme.

La mano de mi padre encuentra mi muñeca, dándole un gentil apretón. A pesar de su estallido de antes, es el quien me recuerda que debo irme. Sus ojos se posan por encima de mi hombro, al Blackrun detrás de nosotros. Los otros ya han embarcado, dejando solo a los Barrows en la pista. Supongo que quieren darme algún momento de privacidad, a pesar que no tengo costumbre para algo así. He pasado los últimos meses viviendo en un cuchitril, antes en un palacio lleno de cámaras y guardias. No me importan los espectadores.

—Para ti —espeta Gisa, sosteniendo su mano sana. Ofrece un trozo de seda negra. Se siente fría y resbaladiza en mi mano, como un tejido aceitoso—. De antes.

Simply Books

Rojos y doradas flores decoran la tela, bordadas con la habilidad de una maestra.

—Recuerdo —murmuro, pasando un dedo por encima de la imposible perfección. Ha bordado esto hace mucho tiempo, la noche antes que un oficial le rompiera la mano. No está terminado, al igual que su antiguo destino. Al igual que el de Shade. Temblando, lo ato alrededor de mi muñeca—. Gracias, Gisa.

Busco en mi bolsillo.

—También tengo algo para ti, mi niña.

Un abalorio barato. El solitario pendiente combina con el océano y el invierno que nos rodea.

Su respiración se traba cuando lo toma. Las lágrimas rápidamente siguen, pero no puedo verlas. Me giro alejándome de todos ellos y subo al Blackrun. La rampa se cierra detrás de mí y para el momento que mi corazón deja de correr, estamos en el cielo, elevándonos por encima del mar.

Mis soldados son pocos en comparación con los muchos siguiendo al Coronel en Lakelands. Después de todo, sólo podía llevar conmigo gente que parezca lo suficientemente joven para jugar el papel en la pequeña legión y preferiblemente aquellos que habían servido, que sepan cómo actuar como soldados. Dieciocho Centinelas encajan y se han unido a nosotros en el cielo. Kilorn está con ellos, haciendo todo lo posible para acomodarlos a nuestro bastante unido grupo. Ada no está con nosotros y tampoco lo están Darmian y Harrick. No pueden pasar por adolescentes, se fueron con el Coronel, para ayudar a nuestra causa en lo que puedan. Nanny no es tan limitada, a pesar de su avanzada edad. Su aspecto parpadea, revoloteando entre las diferentes iteraciones de rostros jóvenes. Por supuesto Cameron se ha unido a nosotros, esta era realmente su idea en primer lugar, y rebota de adrenalina. Está pensando en su hermano, al que perdió en la legión. Me encuentro envidiándola. Todavía tiene una oportunidad de salvarlo.

Cal y mis hermanos serán los más difíciles de disimular. Bree tiene un rostro joven, pero es más grande que cualquier quinceañero. Tramy es demasiado alto, Cal demasiado reconocible. Sin embargo, su valor radica no en su apariencia o incluso sus fuerzas, sino en sus conocimientos de las líneas de trincheras. Sin ellos, no tendremos a nadie para navegar en un tal laberinto y entrar en el descampado terreno de pesadilla de Choke. Sólo he visto el Choke en fotografías, boletines de noticias y mis sueños. Después que mi habilidad fue descubierta, pensé que nunca tendría que ir allí. Pensaba que había escapado de ese destino. Qué equivocada estoy.

—Tres horas hasta Corvium —grita Cal, sin levantar la mirada de sus herramientas. El asiento junto a él está obviamente vacío, reservado para mí. Pero no me sentaré con él, no después de haberme abandonado para hacer frente al funeral de Shade sola.

—Levántate, Rojo como el amanecer —gritan los Centinelas al unísono, golpeando las culatas de sus armas en el suelo. Nos toma a todos por sorpresa, sin embargo Cal hace todo lo que puede para no reaccionar. Aun así, veo indignación levantando las esquinas de su boca. *No soy parte de tu revolución*, dijo una vez. *Bueno, con certeza lo pareces, Alteza*.

Simply Books

—Levántate, Rojo como el amanecer —digo, tranquila pero segura.

Cal resopla abiertamente, mirando por la ventana. La expresión lo hace parecer a su padre y pienso en quien podría haber sido. Un estratégico príncipe guerrero, casado con la víbora de Evangeline. Maven dijo que no habría sobrevivido pasar la noche de su coronación, pero en realidad no creo esto. El metal está forjado en llamas, no de otra manera. Habría vivido y reinado. Para hacer lo que sin embargo, no puedo decir. Una vez, pensaba que conocía el corazón de Cal, pero ahora me doy cuenta que es imposible. Ningún corazón puede ser verdaderamente entendido. Ni siquiera el propio.

El tiempo pasa en sofocante silencio. Dentro del jet, estamos quietos, pero en el suelo las cosas están en movimiento. Mi mensaje está a todo volumen en todas las pantallas del reino.

Me gustaría que estuviéramos en Archeon, de pie en el medio del mercadillo, mirando cómo el mundo cambia. ¿Los Plateados reaccionarán como espero? ¿Verán la traición de Marven por lo que es? ¿O apartarán la mirada?

—Fuegos en Corvium.

Cal se inclina contra el cristal de la cabina, boquiabierto.

—En el centro de la ciudad y en los suburbios del río Town. —Pasa una mano por su cabello, como una derrota—. Disturbios.

Mi corazón da un salto, después se desmorona. *La guerra ha empezado. Y no tenemos ni idea cuál será el coste.*

El resto en el jet rompe en aplausos y aclamaciones y son demasiados apretones para mi estómago. Casi tropiezo fuera de la silla con mis piernas tropezando encima de ellos. Nunca tuve malestar de vuelo. Nunca. Pero apenas puedo llegar a la parte de atrás del avión de una pieza. Me siento mareada y enferma, a punto de echar la cena

que nunca comí entera, encima de la pared. Una mano encuentra el metal, dejando el frío reconfortarme. Funciona un poco, pero mi cabeza sigue dando vueltas. *Tú querías esto. Tú lo hiciste suceder. Esto es el precio. Este es el trato*.

El control que he tratado tanto en mantener comienza a astillarse. Siento cada empuje del jet, cada giro en los motores. Fluye en mi cerebro, un mapa de blanco y purpura, demasiado brillante para soportar.

—¿Mare? —Kilorn se levanta de su asiento. Da un paso hacia mí, con una mano extendida. Se ve como Shade en sus últimos momentos.

—Estoy bien —miento.

Es como sonar una campana. Cal se da la vuelta en su asiento, encontrándome en un instante. Cruza el jet con fuertes y deliberados pasos, las botas golpeando en el suelo metálico. Los otros le dejan pasar, demasiado asustados para detener al príncipe del fuego. No comparto tal miedo y le doy la espalda. Me da la vuelta gentilmente, sin molestarse en ser gentil.

—Tranquilízate —espeta. No tiene tiempo para berrinches. Estoy sintiendo la necesidad de empujar para alejarlo, pero entiendo lo que está intentando hacer. Asiento, esforzándome para estar de acuerdo, esforzándome en hacer como dice. Le aplaca un poco—. Mare, cálmate —dice otra vez, esta vez solo para mí, suave como recuerdo. Pero por el pulso del jet, podríamos estar de nuevo en Notch, y nuestra habitación, en nuestra manta, envueltos en nuestros sueños—. Mare.

La alarma suena segundos antes que la parte trasera del avión explote.

La fuerza me golpea en la espalda, tan fuerte que veo estrellas. Siento sabor a sangre y siento abrazante calor. Si no fuera por Cal, el fuego me hubiera incinerado. En vez de esto, trepa por sus brazos y espalda, inofensivo como la caricia de una madre. Retrocede tan rápido como ha crecido, empujado atrás por el poder de Cal, conteniéndose a sí mismo de avivar. Pero ni siquiera él puede reconstruir la cola del avión, o mantenernos de no caer del cielo. El ruido amenaza con estallar mi cabeza, rugiendo como un tren, gritando con la voz de mil chillidos de lloros. Me sostengo en lo que sea que puedo, metal o carne.

Cuando mi vista se aclara, veo el oscuro cielo y ojos dorados. Nos abrazamos uno al otro, dos niños atrapados en una estrella fugaz. Todos alrededor de nosotros, el Blackrun pelado a trozos, pieza por pieza, cada rasgadura otro espeluznante chillido. Con cada segundo que pasa más partes del jet desaparecen, hasta que solo queda un fino banco metálico. Hace un frío polar, es difícil de respirar e imposible mover algo por propia voluntad. Me aferro a la barra de debajo, sosteniéndome con todo lo que me queda. A través de ojos entrecerrados, veo el oscuro suelo debajo, acercándose con cada terrorífico segundo. Una sombra pasa más allá a toda velocidad. Tiene motor eléctrico y relucientes alas. *Snapdragons*.

Mi estómago cae en picado con los restos de Blackrun. No puedo ni siquiera reunir la fuerza para gritar. Pero los otros seguro que lo hacen. Los escucho a todos, gritando, rogando, pidiendo clemencia a la fuerza gravitacional. La estructura se rompe alrededor, acompañada por un familiar sonido metálico. Metal rompiéndose junto. *Re-componiéndose*. Con un jadeo, me doy cuenta que es lo que nos pasa.

El jet ya no es jet. Es una celda, una trampa de acero.

Un tumba.

Si pudiera hablar, le diría a Cal que lo siento, que lo amo, que lo necesito. Pero el viento y el descenso me quitan el aliento. No me quedan palabras. Su toque es dolorosamente familiar, una mano en mi nuca, implorándome que lo mire. Al igual que yo, no puede hablar, pero escucho su disculpa de la misma manera que él entiende la mía. No miramos nada más que uno al otro. Ni las luces de Corvium al horizonte, la tierra elevándose para encontrarnos, o el destino que estamos a punto de tener. No hay nada más que sus ojos. Incuso en oscuridad, ellos brillan.

El viento es demasiado fuerte, rasgando mi cabello y piel. Las trenzas de mi madre se deshacen, la última huella de ella arrancada lejos. Me pregunto quién le va decir cómo he muerto, si alguien incluso va a saber el final que hemos tenido. Qué muerte Maven se va inventar. Esta debe haber sido su idea, matarnos juntos y darnos tiempo para realizar lo que está llegando.

Cuando la jaula se para en seco, grito.

Hay hierba agarrotada bajo mis manos colgando, solo besando las puntas de mis dedos. *¿Cómo?* Me pregunto alejándolas. Es difícil encontrar equilibrio y caigo. La jaula se mueve con mi movimiento como un columpio colgando de un árbol.

—No te muevas —gruñe Cal, poniendo una mano en mi nuca. La otra agarra una barra de metal y está resplandece roja en su puño.

Sigo su mirada, buscando en el claro del bosque las personas estando en un círculo amplio rodeándonos. Sus cabellos plateados son difíciles de confundir. Magnetrones de la casa Samos. Ellos estiran sus brazos, moviéndose al unísono y la jaula desciende lentamente. Se cae el último centímetro, ganándose chillidos de todos nosotros.

—Suelten.

La voz se siente como un tornillo de rayo. Salgo del agarre de Cal y me pongo de pie, corriendo al lado de la jaula. Antes que pueda golpear el lado, las barras se caen y mi ímpetu me lleva demasiado lejos. Tropiezo, cayendo en la medio helada hierba, derrapando de rodillas. Alguien me golpea en la cara, enviándome despatarrada en el barro. Disparo una chispa en zigzag pero mi atacador es demasiado rápido. Un árbol se hace astillas en su lugar, derrumbándose con un ensordecedor ruido.

La rodilla del Brazofuerte golpea mi espalda, clavándolo tan fuerte que saca el aire de mis pulmones. Dedos extraños al sentir, revestidos en plástico, tal vez guantes, cierran alrededor de mi garganta. Me aferro a su agarre, chispeando, pero no parece funcionar. Me levanta sin nada de esfuerzo, obligándome a ponerme en puntillas para seguir aguantándome de pie. Intento gritar pero es inútil. Pánico me atraviesa y mis ojos se abren ampliamente, buscando una manera de salir de esto. En lugar a esto, solo veo a mis amigos, aun activos en la jaula, empujando las barras en vano.

El metal hace ruido otra vez, curvándose y retorciéndose, cada barra volviéndose su propia cárcel. A través de un ojo magullado, veo serpientes metálicas rodeando a Cal, Kilorn y los otros, atándose a sus muñecas, tobillos y cuellos. Incluso Bree, grande

como un oso, no tiene defensa contra los tentáculos enrollándose. Cameron lucha como mejor puede, reduciendo un magnetrón tras otro, pero son demasiados. Cuando uno se cae, otro toma su lugar. Solo Cal puede resistir en verdad, fundiendo cada tentáculo que se acerca. Pero acaba de caer del cielo. Está desorientado a lo mejor, y sangrando de un corte por encima del ojo. Un tentáculo le corta a lo largo de su nuca, golpeándole frío fuera del combate. Sus ojos parpadean y deseo que se despierte. En vez de esto, las enredaderas plateadas se enrollan alrededor de él, apretándolo con cada segundo que pasa. La de su garganta es la peor de todas, metiéndose profundo, lo suficiente para estrangularlo.

—¡Para! —Me ahogo, girándome hacia la voz. Ahora lucho con mi propio escaso musculo, intentando no romper el agarre del Brazofuerte de la manera tradicional. Nada podría ser más ineficaz—. ¡Para!

—No estás en posición de negociar, Mare.

Maven es reticente, manteniéndose en la oscuridad, en su sombra. Veo su silueta aproximarse, observando la puntiaguda corona en su cabeza. Cuando da un paso en la luz de las estrellas, siento una breve punzada de satisfacción. Su rostro no corresponde a su confiada manera de hablar. Hay ojeras moradas bajo sus ojos y un brillo de sudor cubre su frente. La muerte de su madre se ha cobrado su precio.

Simply Books

Las manos alrededor de mi cuello se aflojan un poquito, permitiéndome hablar. Pero aún estoy colgando, mis puntillas resbalando en la hierba y lodo.

Sin negociar no hay trato.

—Él es tu hermano —digo, sin molestarme a pensar. *A Maven esto no le importa para nada*.

—¿Y? —Levanta una ceja oscurecida.

En el suelo, Kilorn se retuerce contra sus ataduras. Ellas aprietan en respuesta y jadea, respirando con dificultad. A su lado, los párpados de Cal aletean. Vendrá aquí y entonces Maven lo matará. No tengo tiempo para nada. Daría lo que sea para mantener estos dos con vida. Lo que sea.

Con una última chispa de rabia, miedo y desesperación me dejo vencer. Maté a Elara Merandus. Debería ser capaz de matar a su hijo y sus aliados. Pero el Brazofuerte está listo para mí y aprieta. Sus guantes aguantan, protegiéndole de mis rayos, haciendo exactamente lo que se suponía que iban hacer. Resoplo contra su agarre, intentando hacer una llamada al cielo. Pero mi vista se llena de puntos negros y un vago latido suena en mis oídos. Me va a ahogar antes que las nubes puedan juntarse. Y los otros van a morir conmigo.

Haría lo que sea para mantenerlo con vida. Para tenerlo conmigo. Para no estar sola.

Mi rayo nunca se va visto tan débil o solitario. Las chispas se desvanecen lentamente, como el latido de un moribundo corazón.

—Tengo algo para negociar —susurro con voz ronca.

—¿Oh? —Maven da otro paso. Su presencia hace mi piel de gallina—. Cuenta.

De nuevo, mi agarre se afloja. Pero el Brazofuerte mete un dedo contra la vena de mi garganta, una amenaza clara.

—Lucharé a lo último contigo —digo—. Todos lo haremos y moriremos haciéndolo. Tal vez te llevamos con nosotros, al igual que a tu madre.

Los ojos de Maven parpadean, la única señal de su dolor.

—Vas a ser castigada por esto, recuerda mis palabras.

El pulgar responde del mismo modo, presionando más, probablemente dejando un espectacular moratón. Pero este no es el castigo del que Maven habla, ni mucho menos. Lo que tiene en mente para nosotros va ser mucho, mucho peor.

Los tentáculos alrededor de las muñecas de Cal enrojecen, resplandeciendo con fuego. Sus entrecerrados ojos reflectan la luz de las estrellas, mirándome conteniendo el aliento. Deseo poder decirle que se quede inmóvil, que me deje hacer lo que tengo que hacer. Que me deje salvarlo como él lo ha hecho conmigo tantas veces.

A su lado Kilorn está inmóvil. Me conoce mejor que nadie y entiende completamente mi expresión. Lentamente su mandíbula se tensa y niega.

Simply Books

—Déjales ir con vida —susurro. Las manos del Brazofuerte se sienten como cadenas y me las imagino trepando centímetro tras centímetro, como serpientes metálicos.

—Mare no sé si entiendes la definición de la palabra *trato* —se burla Maven, insistiendo más—. Debes darme algo.

No volveré con él por nadie. Le había dicho a Cal una vez, después de haber sobrevivido a los artefactos, y él se había dado cuenta de qué se trataba.

Rendirse decía la nota de Maven, suplicándome volver.

—No lucharemos. No lucharé. —Cuando el Brazofuerte me deja caer, mis defensas se desintegran. Bajo mi cabeza incapaz de levantar la mirada. Se siente como una reverencia. *Este es mi trato*—. Deja al resto ir y seré tu prisionera. Me rendiré. Volveré.

Me enfoco en mis manos en la hierba. El frío de la escarcha es familiar. Toca mi corazón y el agujero que aumenta ahí. La mano de Maven es cálida bajo mi barbilla, quemando con un enfermo calentón. Atreverse a tocarme es un cruel mensaje. No tiene miedo a la chica rayo o al menos quiere que así se vea. Me obliga a mirarlo, y no veo nada del chico que fue una vez. Solo hay oscuridad.

—¡Mare, no! ¡No sea idiota! —Apenas le oigo a Kilorn, rogando ahora. El sonido chirriante en mi cabeza es tan fuerte, tan doloroso. No es el siseo de electricidad sino otra cosa más, dentro de mí. Mis propios nervios, gritan en protesta. Pero al mismo tiempo, siento un enfermo y retorcido alivio. Tantos sacrificios han sido hechos por mí, por mis elecciones. Es solo deber aceptar mi vuelta y aceptar el castigador destino aguardado.

Maven me lee también, buscando una mentira que no existe. Y hago lo mismo. A pesar de su postura, está asustado de lo que he hecho, de las palabras de la chica rayo y del efecto que tienen. Ha venido aquí para matarme, para meterme bajo tierra.

Ahora ha encontrado un mejor premio. Y me he rendido a él voluntariamente. Es un traidor por naturaleza, pero esto es un trato que quiere sostener. Lo veo en sus ojos; lo he leído en sus notas. Me quiere a *mí* y hará lo que sea para mantenerme en cadenas otra vez.

Kilorn se retuerce otra vez contra sus ataduras, pero no sirve para nada.

—¡Cal, haz algo! —grita, soltando patadas al cuerpo de su lado. Sus huesos hacen un sonido en un vacío hueco—. ¡No la dejes!

No puedo mirarlo. Quiero que me recuerde diferente. De pie. Al mando. No así.

—¿Tenemos un trato? —Estoy reducida a una mendiga, suplicándole a Maven para que me ponga de nuevo en su jaula de oro—. ¿Eres un hombre de palabra?

Por encima de mí, Maven sonríe cuando le cito. Sus dienten brillan.

Los otros están gritando ahora, sacudiendo sus cuerpos. No escucho nada de esto. Mi mente está cerrada a todo menos al trato que estoy a punto de hacer. Supongo que Jon vio esto venir.

La mano de Maven se cambia de mi barbilla a mi garganta. Su agarre aprieta. Más suave que el Brazofuerte, pero mucho más doloroso.

—Tenemos un trato.

Simply Books

Epílogo

Pasan días. Al menos, creo que son días. Paso la mayor parte de mi tiempo en una ceguera apagada, sometida a la rendición. Ya no duele tanto. Mis carceleros han perfeccionado la tan llamada dosis, usándolo para mantenerme inconsciente, pero no con un dolor que me parte el cráneo. Cada vez que se me pasa el efecto, mi visión a manchas para mostrar hombres con batas blancas, encienden el dial y el dispositivo se pone en marcha otra vez. Los insectos hacen madrigueras en mi cerebro, haciendo clic, siempre haciendo clic. A veces siento que me tiran, pero nunca lo suficiente para despertarme del todo. A veces, oigo la voz de Maven. Luego la prisión blanca se vuelve negra, ambos colores son demasiado fuertes para soportarlos.

Esta vez cuando recupero la conciencia, nada hace clic. El mundo está demasiado brillante, y ligeramente borroso, pero no vuelvo a desvanecerme. Me despierto de verdad.

Mis cadenas son transparentes, probablemente de plástico o cristal de diamante. Atan mis muñecas y tobillos, demasiado fuerte para que sea cómodo, pero lo suficiente suelto para que permitan la circulación. Las esposas son la peor parte, afiladas y ásperas contra la sensible piel. Heridas desgastadas, superficiales con el picazón de la sangre exudada. El rojo parece saltar en contraste con mi pálido vestido de cambio, y nadie se molesta en limpiarla. Ahora que Maven no puede ocultar lo que soy, debe mostrarlo a todo el mundo, para cualquier conspiración retorcida que tenga ahora. Las cadenas tintinean y me doy cuenta de que estoy en un transporte blindado, uno en movimiento. Esto deben usarlo con los prisioneros porque no hay ventanas, y las paredes tienen aros. Mis cadenas están enganchadas a uno, balanceándose ligeramente.

Frente a mí hay dos hombres vestidos de blanco, ambos tan calvos como huevos. Tienen un parecido impresionante al Instructor Arven. Sus hermanos o primos, lo más seguro. Eso explica la sensación sofocante y mi dificultad para respirar. Estos hombres están silenciando mi habilidad, manteniéndome como rehén en mi propia piel. Extraño que necesiten cadenas también. Sin mi rayo, solo soy una chica de diecisiete años, casi dieciocho ahora. No puedo evitar sonreír, pasaré mi cumpleaños como una prisionera de mi propia voluntad. En esta época el año pasado, pensé que iba a ir al frente de la guerra. Ahora me dirijo a quién sabe dónde, atada a un transporte en movimiento con dos hombres que seguramente quieren matarme. No es mucha mejora.

Y supongo que Maven tenía razón. Me advirtió que pasaríamos juntos mi próximo cumpleaños. Parece que es un hombre de palabra.

—¿Qué día es? —pregunto, pero ninguno responde. Ni siquiera parpadean. Su concentración en mí, en silenciar lo que soy, es perfecta e inquebrantable.

Fuera, un extraño y apagado rugido empieza a sonar. No puedo ubicarlo, y no quiero malgastar energía intentándolo. Estoy segura de que lo descubriré pronto.

No me equivoco. Después de unos minutos más, el transporte se detiene, y la puerta lateral se abre. El rugido es una multitud, una entusiasta. Por un aterrador segundo, me pregunto si me están enviando de vuelta al Cuenco de Huesos, a la arena donde Maven intentó que me hicieran matar. *Debe querer terminar el trabajo*. Alguien me desengancha las cadenas, tirando, empujándome hacia delante. Casi me caigo fuera del transporte, pero uno de los silenciadores Arven me atrapa en el último momento. No por bondad sino necesidad. Debo parecer peligrosa, como la chica rayo del pasado. A nadie le importa una prisionera débil. Nadie se burla de una cobarde que lloriquea. Quieren ver un conquistador vencido, un trofeo viviente. Ya que eso es lo que soy ahora.

He entrado en esta jaula por voluntad propia.

Siempre lo hago.

Mi cuerpo se estremece cuando me doy cuenta de dónde estoy.

Simply Books

El Puente de Archeon. Una vez, lo vi desmoronarse y arder, pero el símbolo de poder y fuerza ha sido reconstruido. Y debo cruzarlo, mis pies cortados y desnudos, con mis cadenas y captores muy cerca. Miro al suelo, incapaz de levantar la vista. No quiero ver los rostros de tanta gente, tantas cámaras. No puedo permitir que me vean romperme. Eso es lo que quiere Maven, y nunca se lo daré.

Pensaba que sería fácil que me exhibieran, después de todo, para ahora estoy acostumbrada. Pero esto es mucho peor que antes. Los temblores de alivio que sentí en el claro del bosque se han ido, dando paso al temor. Cada ojo se arrastra sobre mí, buscando las grietas en mi famoso rostro. Encuentran muchas. Intento no escuchar sus gritos, y por unos segundos, tengo éxito. Luego me doy cuenta de lo que están diciendo la mayoría de ellos, y las cosas horribles que sostienen en alto para que las vea. *Nombres. Fotografías. Todos los Plateados muertos o desaparecidos*. Yo he participado en todos sus destinos. Me gritan, lanzándome palabras más dolorosas que cualquier objeto.

Para cuando alcanzo el extremo opuesto del Puente y la abarrotada Plaza de Caesar, las lágrimas vienen demasiado rápido y fuertes para detenerlas. Todos lo ven. Con cada paso, mi cuerpo se tensa. Intento alcanzar lo que no puedo tener, la habilidad que no puede salvarme. Apenas puedo respirar, como si la cuerda ya estuviera fuertemente atada alrededor de mi cuello. *¿Qué he hecho?*

Hay muchos reunidos en las escaleras del Palacio Whitefire, ansiosos por ver mi caída. Los nobles y los generales van vestidos con el negro de duelo, esta vez por la reina. El atuendo de Evangeline es difícil de ignorar, pinchos medianoche de cristal, brillando cuando se mueve.

Solo una persona lleva gris, el único color que le queda bien. *Jon*. De alguna manera, está con el resto de ellos y observa mi acercamiento. Sus ojos, rojos como la

sangre, contienen una disculpa que nunca aceptaré. *Nunca debí haberlo dejado marchar*. Maldigo para mí misma.

Una vez, dijo que ascendería sola. Ahora sé que mentía. Ya que ciertamente he caído.

La parte delantera de la plataforma está vacía, elevada por encima del resto. Un buen lugar para una ejecución, si Maven está tan interesado. Está sentado ahí, esperando, sentado en un trono que no reconozco.

Mis carceleros me empujan hacia él, forzándome a acercarme al rey. Me pregunto si me matará delante de todos, y pintará las escaleras de este palacio con mi sangre. Me estremezco cuando se levanta. Nos damos la cara como lo harían una pareja comprometida, rigurosos y solos delante de una multitud de rostros. Pero esto no es una boda. Puede que este sea mi funeral, mi final.

Algo brilla en su agarre. *¿La espada de su padre? ¿La espada de un verdugo?* Me siento temblando de frío cuando abrocha algo alrededor de mi cuello. *Un collar*. Enjoyado, dorado, con bordes afilados, una cosa hermosa de horrores. Mis lágrimas borrosas hacen que sea difícil ver, hasta que solo estoy segura del rey con armadura negra ante mí, y la marca hirviendo en mi clavícula.

Simply Books

Hay una cadena adjunta al collar. Una correa. *No soy nada más que un perro*. Él lo sujeta apretadamente en su puño y espero que me arrastre de la plataforma. En su lugar, se queda firme.

Tira con precisión, probando la cadena que tiene en mano, haciendo que me tropiece hacia él. Las puntas del collar se clavan. Casi me ahogo.

—Pusiste su cuerpo en exposición. —Sus labios rozan mi oreja mientras fuerza las palabras a través de los dientes apretados. El dolor vibra en su voz—. Te haré lo mismo.

Su expresión es ilegible, pero su propósito está claro. Con una mano, señala a sus pies. Sus dedos están más blancos de lo que recordaba.

Hago lo que me dice.

Me arrodillo.

Sobre la autora

Victoria Aveyard

Victoria Aveyard nació y creció en East Longmeadow, Massachusetts, un pequeño pueblo conocido solo por el peor tráfico rotativo en todo el territorio continental de Estados Unidos. Se mudó a Los Ángeles para conseguir un grado de Artes en escritura de guiones en la Universidad del Sur de California, y se quedó ahí a pesar de la falta de estaciones. Actualmente es autora y guionista, y usa su carrera como excusa para leer demasiados libros y ver demasiadas películas. Puedes visitarla online en www.victoriaaveyard.com.

Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

Simply Books